

VOLKER KUTSCHER

EL
EXPEDIENTE
VATERLAND



B

EL EXPEDIENTE VATERLAND

Volker Kutscher

Traducción de Susana Andrés



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@AdictosAlCrimen



@adictosalcrimen



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

El año 1932 será nuestro año, el año de la victoria final de la república sobre su enemigo. No queremos estar un día más ni una hora más a la defensiva: ¡vamos a atacar! ¡Ataque en toda la línea! Nuestro despliegue mismo ya debe formar parte de la ofensiva general. ¡Hoy nos manifestamos, mañana atacamos!

KARL HÖLTERMANN, Partido
Socialdemócrata de Alemania,
diciembre de 1931

PRÓLOGO

Domingo, 11 de julio de 1920

Vuelve a estar fuera y se desliza a hurtadillas por los bosques, ha abandonado su guarida y se esconde entre los arbustos; nadie lo oirá, nadie lo verá. En el aire flota una apatía amarilla, incluso a la sombra de los árboles percibe el calor del mediodía, el verano ha llegado con fuerza. Los tilos esparcen su aroma y la cebada se despliega por los campos de cultivo cercanos a Markowsken. Tokala se detiene e inspira profundamente. Ahora hasta puede oler el lago y se alegra del baño que lo espera en el agua blanda y fría.

Cuanto más cerca está de su meta, más lentitud adquieren sus movimientos. Es esquivo y cuando se muestra es solo para infundir miedo. Le disgusta que entren en su bosque, le disgusta que griten, que pisoteen las matas sin el más mínimo respeto, le disgusta que muestren desprecio hacia todo lo que para él es sagrado.

Ha colgado un espejo en la cabaña y a veces, antes de marcharse, se frota el rostro con tierra negra hasta que sus ojos resplandecen salvajes, y cuando enseña los dientes parece un depredador. Durante el crepúsculo eso le confiere invisibilidad, pero ahora el sol está en su cénit y ha renunciado a ese camuflaje. De ahí que todavía se mueva con más prudencia, en sus mocasines de piel de alce se desplaza tan silenciosamente como un felino.

Tokala ha de tener cuidado, pues el lago pertenece al imperio de ellos y allí podría tropezar con hombres. No se atreven a entrar en su bosque: ahí tienen miedo, miedo del pantano y miedo al Kaubuk.

Kaubuk. Sí, así lo llaman porque no han encontrado ningún otro nombre. Del antiguo nombre, del cual ni él mismo se acuerda, ya hace mucho tiempo que se han olvidado, y no conocen el nuevo, su nombre auténtico, su nombre de guerra, el que adoptó cuando hace muchos inviernos dejó el mundo de ellos.

Tokala.

El zorro.

Como un zorro se hurta por los bosques, se esconde en su madriguera y lo dejan en libertad. Le permiten que se dedique a sus asuntos; nadie se entromete en el mundo del otro, es un acuerdo tácito desde hace años. El mundo de ellos es peligroso, pero a veces tiene que arriesgarse, tiene que internarse por las noches en sus ciudades y pueblos, cuando necesita libros, petróleo o algunos frutos que no crecen en el pantano.

Su cautela no es exagerada. Casi ha llegado al lago, pero oye tararear una melodía y se detiene en medio de un gesto, presta atención. Es la voz de una mujer, una melodía indefinida. Lentamente se desliza a su escondite en la orilla. Tokala la ha reconocido, ha reconocido su voz incluso antes de vislumbrar a través del ramaje el vestido de verano blanco y rojo.

Niyaha Luta, así la llama él.

Ya la vio una vez, hace unas pocas semanas, en el mismo lugar, y también entonces se quedó encogido en su escondite, sin osar moverse. Sabía que ella no podía verlo en la penumbra de la espesura del bosque, y, sin embargo, parecía mirarlo directamente cuando levantaba la vista del libro. Notó que no se había escapado sola de la ciudad cuando un sonido y un timbre metálico penetraron en su guarida y poco después salió del bosque un hombre con una bicicleta. Se veía que ella estaba esperándolo. Y entonces lo besó. En efecto, fue ella quien lo besó a él, no al revés, y Tokala tuvo claro que no era la primera vez que se veían, que su encuentro no era casual.

En ese momento salió del escondite y se retiró a la oscuridad del bosque.

Y ahora ella vuelve a estar ahí y Tokala se acuclilla en su escondrijo, ve su vestido, un estampado de plumas rojas sobre un blanco resplandeciente, ve sus piernas desnudas balanceándose en el agua. Está sentada sobre el tronco iluminado por el sol que sobresale del lago, justo como entonces, y de nuevo lee un libro.

Las ramas crujen cuando del bosque sale un hombre. No es el de la bicicleta, sino otro. Por la expresión del rostro de la mujer, Tokala percibe que no lo

esperaba. Cierra el libro como si él la hubiera sorprendido haciendo algo prohibido.

—Así que es aquí por donde andas dando vueltas —dice el hombre.

—No ando dando vueltas por aquí, leo.

—¡Lees! ¿En plena naturaleza, cuando todos están en la ciudad, incluso los campesinos de Jewarken y de Urbanken, para cumplir con sus deberes patrióticos?

Esos días se habla mucho de la patria. Tokala no entiende lo que dicen. Ni por qué lo persiguen hombres de uniforme cuando lleva dos botellas de petróleo de Suwalken o sal a cambio de sus pieles. Para él no hay ninguna diferencia entre desplazarse por el bosque de Markowsken o el de Karassewo, pero ellos se comportan como si fueran tan distintos como el cielo y el infierno. La frontera. No sabe a qué se refieren con ello. El bosque es el mismo a ambos lados, y Tokala nunca comprenderá por qué un árbol es prusiano y el siguiente polaco.

Se oye un chapoteo cuando el hombre se introduce en el agua y se dirige a Niyaha Luta.

—¡Mira que internarte tanto en el bosque! ¿No tienes miedo de perderte en el pantano? ¿O de que te coja el Kaubuk?

—Ya no soy una niña a la que se asusta con eso.

—No, ya no eres una niña, eso sí es cierto. —El hombre la mira de un modo que a Tokala no le gusta—. Eres una mujer adulta. Ahora hasta tienes derecho a votar.

—He votado justo después de ir a misa, si eso es lo que te preocupa.

Quiere hablar alto y con firmeza, Tokala lo nota, pero en su voz resuena un leve temblor.

—Lo que me preocupa... —resopla el hombre desdeñoso—. Y después no tenías nada más urgente que hacer que venir aquí a caballo...

Ella mira a su alrededor, con miedo. Como si temiese que de un momento a otro fuera a salir del bosque el hombre de la bicicleta. Tokala se acurruca en su escondrijo, tan angustiado como ella.

—¿Se debe quizá a que junto al molino cuelga un pañuelo rojo de la barandilla del puente?

Ella no responde y el hombre se acerca más al tronco en el que está sentada y señala la corteza.

—Alguien ha grabado aquí un corazón —señala.

—¿Ah, sí?

Su voz vuelve a ser animosa. El valor de la desesperación.

—A punto, eme punto —dice él, escarbando con los dedos en la madera— y al lado, jota punto, pe punto. Recién grabado.

Ella no dice nada, pero Tokala distingue el miedo en sus ojos.

—A punto, eme punto... podrías ser tú, palomita. —Con el dedo índice sigue las letras de la corteza—. Pero ¿quién es jota punto pe punto? —pregunta.

Tokala observa cómo el miedo de la mujer se transforma lentamente en ira.

—¿Qué me estás diciendo? —le increpa—, ¿qué demonios me estás diciendo?

—¡Que te has echado un admirador del bando contrario, eso quiero decir! ¡Y lo que pienso de ello!

Ahora el hombre vocifera. Tokala se tapa los oídos en su escondite, pero los gritos penetran en ellos.

—¡Yo nunca te he prometido nada!

La mujer ha bajado de un salto del tronco y ahora está con los pies descalzos en el agua y mirando al hombre indignada.

—¿Ah, no? Pero al polaco ese sí le has prometido algo, ¿o cómo tengo que entender esto?

—¡Tú no tienes que entender nada, esto no es asunto tuyo!

—¡La gente ya habla de vosotros! ¡Todavía no eres mayor de edad y te paseas con ese tipo, mirándolo como una enamorada!

—¡Nunca te he prometido nada y nunca, nunca en mi vida permitiré que me toque un tipo como tú!

El hombre retrocede dando trompicones, como si las palabras de ella lo

hubiesen golpeado físicamente. Como azotado por una vara. Luego se recobra. Y vuelve a hablar en voz baja.

—Pero a él sí que lo dejas, ¿verdad? ¡Al polaco!

—No es polaco, es un prusiano como tú.

—Así que lo admites.

—¿Y si así fuera? ¡A lo mejor me caso con él!

—¿Con un católico? ¿Con un amigo de los polacos?

—A ti qué más te da.

—¿Que qué más me da? ¿Y tú me lo preguntas?

—Sí, te lo pregunto. No sé qué haces aquí. ¡Vete de una vez y déjame en paz!

—¡Al diablo! ¡Hay que enseñarte buenos modales! ¡Ya que tu padre no lo ha hecho!

—¡No te atrevas a tocarme!

El hombre da un paso hacia ella, los ojos de la mujer echan chispas, pero eso no parece asustarlo.

—Solo un beso —dice, de una manera nada tierna—. ¡Si besas al polaco, yo también tengo derecho a besarte!

Sujeta con las manos los delgados brazos de ella, que intentan rechazarlo. Tokala se encoge en su escondite y ve que el hombre la tiene agarrada y trata de poner la boca contra el rostro de Nihaya Luta mientras la muchacha intenta liberarse. Él es más fuerte.

—Suéltame —grita ella cuando por fin se separa de sus labios.

—¿Qué pasa? Para una puta como tú nunca hay suficientes hombres, ¿no?

La fuerza a tenderse en el suelo, en las aguas poco profundas de la orilla, se oye un chapoteo cuando ella intenta defenderse. Él es malo, Tokala ya lo sabía.

—¡Déjame! —grita ella pero el hombre malo no la deja, los gritos de la joven se pierden en un borboteo, debe de tener la cabeza debajo del agua.

Tokala vuelve la vista hacia otro lado. Y ve a otra mujer y a otro hombre, no en el lago, en una cabaña, a la luz de una lámpara de queroseno. La mujer sangra

por encima del ojo, el rostro del hombre está enrojecido, está borracho y furioso, la golpea y le desgarró el camisón...

Aparta esa imagen de su mente y vuelve la vista hacia la orilla del lago, ve cómo el hombre acosa a la mujer. Algo en él quiere intervenir, pero otra voz lo retiene. ¡No debe inmiscuirse en el mundo de los humanos! ¿Cuántos hombres hay ahí en la ciudad que hacen daño a sus mujeres? Es su mundo y Tokala sabe que es malo. Por eso lo ha abandonado. Los de la ciudad no se meten en sus asuntos y él no se mete en los de ellos, así funciona su vida desde hace años, y es la única vida para él imaginable.

No aguanta más tiempo mirando, ha de volver al bosque, no puede permanecer allí ni un segundo más. Y mientras se retira lentamente, tal como ha aprendido en los libros, todavía ve cómo el hombre malo tira violentamente del vestido de verano de la joven, oye desgarrarse la tela, ve cómo el hombre se coloca encima de la indefensa mujer y se desabrocha la bragueta del pantalón, cómo la presiona contra el suelo con el otro brazo y con las rodillas le separa los muslos. Tokala la oye gritar y un borboteo vuelve a sofocar los gritos cuando el agua le cubre la cabeza. Y de nuevo ve a la mujer con el camisón desgarrado, sus ojos sin vida.

Escapa con esa imagen en la cabeza, corre por el bosque, tan deprisa como puede, huye lejos del mundo, de la violencia de ellos, lejos, tan lejos como sea posible.

La maldad ha vuelto, la maldad de la que huyó una vez, ante la cual se creía a salvo en su bosque.

Corre y corre, huye de su pasado, del que a pesar de todo no puede desprenderse. Cuando ya está lejos del lago, se detiene por fin, en medio de la naturaleza, y emite tales gritos y alaridos que los pájaros aletean alrededor. Se queda ahí, en su desamparo e impotencia, y chilla.

«¡Es imposible! No puedes participar en su mundo sin sentir dolor, sin invocar la maldad, ni siquiera puedes hacerlo como observador. Esta es la lección que has aprendido. Ahora sabes, todavía con más certeza que antes, por qué debes

mantenerte alejado de su mundo, por qué lo único correcto es poner distancia y vivir en el bosque.»

PRIMERA PARTE

BERLÍN

Desde el 2 de julio hasta el 6 de julio de 1932

El sol que cae a plomo sobre los cadáveres desconoce el futuro, no tiene una visión general, solo sabe adónde enviar a las moscas.

ED BRUBAKER,
Sleeper, capítulo 7, segunda temporada

Reinhold Gräf nunca había visto la Potsdamer Platz tan oscura y vacía. Las cinco y cuarto de la madrugada, ya hacía tiempo que se habían apagado los rótulos luminosos y los edificios que bordeaban la plaza se erigían contra el cielo como rocas negras. El Maybach negro, a través de cuya ventanilla lateral miraba el secretario de la Policía Criminal, era el único coche que había en ese cruce, por lo general tan transitado. Ni siquiera la torre de señalización del tráfico funcionaba a esas horas y los semáforos acechaban opacos tras los cristales. Gräf apoyó la frente contra la ventana del vehículo y observó las gotas de lluvia que confluían formando sobre el vidrio arroyuelos empujados por el viento en contra.

—Eso de allí, con la cúpula —señaló desde el asiento trasero Lange—, es la Casa Patria, ¿no?

Gräf no contestó, hizo detenerse al conductor y bajó la ventanilla. El policía de Seguridad que estaba bajo la lluvia en la Stresemannstrasse ya había reconocido el Mordauto (por *Mord*, «homicidio»), y se acercaba.

—¡Entrada de proveedores, señor comisario! —El agente de uniforme señaló la Köthener Strasse y realizó el saludo militar.

—El comisario todavía ha de llegar —respondió Gräf. Subió de nuevo el cristal de la ventanilla e indicó al conductor que girase a la derecha.

No estaba precisamente de muy buen humor. Lange era el único agente que había salido con él; el ayudante de la Policía Criminal también tenía servicio nocturno en Homicidios. Habían sacado de la cama a Christel Temme, la taquígrafa, y habían tenido que ir a recogerla a Schöneberg. En el vehículo

también estaba el conductor y, a excepción de ellos, Gräf no había podido contactar con nadie, ni siquiera con un comisario, a esas horas, en esa zona intermedia entre la medianoche y la mañana. Pese a que Gereon Rath tenía obligación de estar accesible telefónicamente no había contestado a sus llamadas. Después de cuatro intentos inútiles, Gräf había arrojado la toalla y se había subido con Lange en el coche de Homicidios para ir a buscar a la taquígrafa y dirigirse a continuación al lugar del crimen. Habían permanecido callados durante todo el trayecto hasta que Lange había roto el silencio con ese comentario banal.

Pues claro que eso era la Casa Patria. La Köthener Strasse los condujo a lo largo de la oscura fachada posterior, junto a una hilera interminable de altos arcos de medio punto escasamente iluminada por la luz de gas de las farolas de la calle. Había sido la sede de los estudios cinematográficos UFA, pero luego Kempinski había invertido una gran suma de dinero para rehabilitar el edificio completamente y convertirlo en el mayor templo del ocio de Berlín. Y ahora la Casa Patria, *Haus Vaterland*, albergaba bajo un mismo techo todos los placeres que el turista medio de provincias esperaba de una tarde estupenda en la metrópoli de Berlín: comer, bailar, emborracharse y chicas de revista ligeras de ropa.

Los hilos de lluvia centelleaban a la intensa luz que salía de un portal abierto al final del edificio. La entrada de los proveedores se hallaba lo más alejada posible de la tan transitada Stresemannstrasse. Había dos vehículos estacionados en el arcén: una furgoneta con la puerta trasera abierta y un Horch granate. El conductor del Mordauto aparcó directamente detrás, bajó del vehículo y abrió la puerta a Gräf.

—Tranquilo, Schröder, no soy el presidente de la Policía.

—A sus órdenes, señor secretario.

MATHÉE LUISENBRAND SÍ QUE SABE. Eso ponía en un lateral de la furgoneta que estaba aparcada justo delante de la entrada, y en unas letras más pequeñas, abajo: HERBERT LAMKAU, LICORES. La lluvia arreciaba, Gräf se caló el sombrero.

—¡No te olvides de la cámara de fotos! —le gritó a Lange, que en ese momento estaba a punto de ponerse a buen resguardo de la lluvia. Había sonado más áspero de lo que había pretendido, solo quería dejar totalmente claro quién era el que dirigía las investigaciones mientras el comisario en servicio brillaba por su ausencia. Que Lange no se hiciera ilusiones: aspirante a comisario no era ningún grado, ese hombre seguía siendo un asistente, y todavía estaba por verse si aprobaba la prueba para ser comisario de la Kripo, la Policía Criminal. Hasta entonces, Reinhold Gräf era quien tenía el grado más alto.

El asistente obedeció sin protestar y fue al maletero del Mordauto, tiró una vez de la puerta y tiró una segunda vez, esta con más fuerza, pero no pasó nada. Gräf ya lo sabía, con la humedad solía atascarse. Había un truco, que el asistente ya debería haber aprendido en todos los meses que llevaba en la Alex, la Alexanderplatz.

El secretario de la Policía Criminal sorteó unos charcos y se encaminó hacia la entrada fuertemente iluminada de los proveedores, donde un agente de uniforme hacía guardia. La lluvia se había almacenado en el ala del sombrero de Gräf y se derramó en el suelo cuando inclinó la cabeza para sacar sus credenciales del bolsillo del chaleco. El policía de Seguridad dio un paso a un lado para que el agua no le cayera sobre la bota.

—Con su permiso, informo, señor: sargento mayor de policía Reuter, de la 16.^a Comisaría, Vosstrasse. Alrededor de las cuatro y treinta y dos se nos comunicó telefónicamente el hallazgo de un cadáver. Inspeccionamos el lugar y luego informamos de inmediato al servicio de urgencias de Homicidios.

—¿Han averiguado ya algo?

—Nada, señor comisario, solo que...

—Secretario —corrigió Gräf—. El comisario está en camino.

—Con su permiso, informo, señor: no hemos averiguado nada, señor secretario. Salvo que el hombre está muerto.

Gräf asintió.

—Así pues, ¿dónde está nuestro cadáver?

Con el sombrero señaló hacia la cubierta de cemento.

—Arriba.

—¿En la cubierta?

—En el montacargas. Cuarto piso. O tercero. Se ha quedado atascado.

Gräf miró a su alrededor. A la izquierda se veían las puertas de los dos ascensores, metálicas y sin adornos. A la derecha una escalera de cemento conducía hacia arriba.

—No hemos permitido que nadie más subiera a los montacargas —dijo el agente—, por la recogida de pruebas.

—Muy bien —lo elogió Gräf. La precaución no era algo que se diese por descontado entre los policías de Seguridad, aunque Gennat no se cansaba de predicarles cuáles eran los fundamentos del trabajo policial moderno—. ¿Ha surgido algún problema por esta causa?

—Solo con el médico forense. Ha protestado por tener que subir a pie.

—¿No hay ascensores para personas?

—De todo tipo. Pero no aquí detrás. En la parte delantera del edificio, en la sala central.

Gräf suspiró e hizo una señal con la cabeza a la taquígrafa, que entretanto se había acercado y sacudía su impermeable.

—Tenemos que ir por la escalera, señorita Temme —dijo, abriendo la puerta. Antes de subir con la taquígrafa al cuarto piso, tuvo tiempo de ver que Lange por fin había conseguido abrir el maletero. Arriba, cuando salieron de la escalera, un puñado de hombres se los quedó mirando. Junto al agente de Seguridad que montaba guardia había un vigilante de la Berliner Wach und Schliessgesellschaft, la compañía de seguridad y servicios de protección de Berlín, al lado un hombre fácilmente identificable como cocinero, luego otro con un mono azul y, finalmente, un caballero atlético y elegantemente vestido cuyo traje de verano color arena exhibía unas oscuras manchas producidas por el agua de la lluvia. Gräf solo precisó echar un vistazo para hacerse una idea general: detrás de él la puerta de la escalera; en la pared a su izquierda, dos ventanas; en

la pared de enfrente las dos puertas de los montacargas. La doble de la izquierda estaba abierta y dejaba a la vista el hueco sombrío así como un grueso cable metálico del que colgaba la cabina del montacargas que se había quedado atascada y de la cual solo se veían los dos tercios superiores. La luz de la cabina todavía estaba encendida e iluminaba una gran pila de cajas de madera contrachapada con bebidas alcohólicas que se hallaba sobre un carro de rejilla metálica. En la madera, grabado con una florida caligrafía, se leía MATHÉE LUISENBRAND.

«Sí que sabe», pensó Gräf, al tiempo que sacaba su credencial.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al grupo.

Antes de que el agente de uniforme u otra persona pudiera dar una respuesta, el hombre del traje, cuyo revuelto cabello indicaba que lo habían sacado de la cama, entró en acción.

—No me lo puedo explicar, señor comisario, es todo...

—Secretario —lo corrigió Gräf—. El comisario vendrá enseguida.

—Fleischer, Richard Fleischer, director —se presentó el hombre del traje, tendiendo la mano—. Soy el director de la Casa Patria.

—Vaya, vaya.

—Espero que podamos manejar con toda discreción este desagradable asunto, señor secretario. Y de prisa. Abrimos dentro de unas pocas horas y...

—Ya veremos —respondió Gräf.

El director Fleischer pareció desconcertado. Era evidente que no estaba acostumbrado a que lo interrumpieran. Y en absoluto dos veces seguidas.

—Todos nuestros ascensores —prosiguió—, también los montacargas y los montaplatos se revisan periódicamente, la última vez hace tres meses. Contamos con diecisiete ascensores en la casa y no podemos permitirnos que...

—Pero el montacargas se ha quedado atascado, ¿no?

La expresión de Fleischer fue de ofendido.

—Usted mismo puede verlo —contestó—. Pero el señor Lamkau no se ha muerto por eso.

—Deje que la Policía Criminal extraiga sus propias conclusiones. ¿Conoce al muerto?

—No personalmente. Era uno de nuestros proveedores.

Gräf asintió y observó la cabina del montacargas, en la que una sombra se movía. Al lado de las cajas de licor se irguió una figura flaca con una bata blanca y asomó una cabeza de cabello rubio peinado con raya. Aunque el doctor Karthaus casi medía metro noventa, solo se le veía hasta el pectoral. Parecía estar en un teatrillo de marionetas.

—¡Vaya, debe de ser la Kripo!

Desde el hueco del ascensor, las palabras de Karthaus tenían un sonido metálico hueco.

—¡Doctor! ¡Es sorprendente que siempre llegue con su Horch antes que el Mordauto!

—No se queje. Alégrese de que yo esté de servicio. El doctor Schwartz se habría negado a meterse aquí dentro. Es probable que tampoco lo hubiera conseguido a su edad.

—Pues sí —dijo Gräf—, la dignidad de la edad no siempre es compatible con lo que hacemos aquí.

—En eso tiene razón —opinó Karthaus—, de todos modos preferiría ponerme a trabajar antes que seguir aquí cruzado de brazos.

Gräf se inclinó por encima y miró el interior de la cabina. El muerto yacía junto a su mercancía vestido con una bata gris claro de tendero. Estaba pálido y tenía los labios azulados. Por encima de él había un pañuelo rojo anudado a la rejilla, se diría que estaba empapado. Al difunto le brillaba el cabello mojado así como los hombros, a la altura de los cuales la tela de la bata se había teñido de un gris oscuro, alrededor de la cabeza todavía quedaban las huellas de un charco y se distinguía un reguero de agua que había descendido hasta el rincón del montacargas.

—Ha debido de llegar mientras llovía, ¿no?

El médico forense se encogió de hombros.

—Eso tendrá que preguntárselo a los criminalistas. Espero que lleguen pronto para poner manos a la obra de una vez.

—Están en camino.

—¿Y dónde está el comisario?

—Vendrá a su ritmo —contestó Gräf. Señaló hacia la puerta donde asomaba por el hueco de la escalera la punta de un trípode—. De momento nuestro compañero Lange ya está aquí y va a hacer las fotos. Y luego podrá usted dedicarse al cadáver.

Lange, que llevaba al hombro la cámara y el trípode, miró inquisitivo al grupo. Gräf señaló con la barbilla brevemente el montacargas y el asistente comprendió.

—Buenos días, doctor —dijo Lange, inclinando el pesado aparato hacia la cabina—. ¿Podría sostenerme esto, por favor?

Gräf se volvió de nuevo a los testigos que estaban a la espera.

—¿Quién ha encontrado al muerto?

El cocinero levantó la mano como en la escuela.

—Yo, señor secretario.

—El señor Unger es nuestro cocinero jefe —apuntó Fleischer, el director.

A Gräf le estaba poniendo de los nervios que el gerente de la empresa todo el rato quisiera situarse en primer plano.

—¿Y dónde estaba usted cuando encontraron el cadáver, señor Fleischer?

—¿Yo? —el gerente respondió sorprendido—. En casa, por supuesto. ¿Por qué lo quiere saber?

—Sinceramente, me asombra que el director de la empresa esté personalmente en el edificio a estas horas.

—¡Por favor! ¡Se ha encontrado a una persona muerta! El servicio de vigilancia me ha informado de inmediato, como es natural, así que he venido.

—Muy loable por su parte —respondió Gräf, inclinando la cabeza en señal de reconocimiento—. Pero supongo que los otros señores ya estaban aquí cuando se descubrió el cadáver.

El vigilante, el cocinero y el hombre del mono asintieron.

—Bien. Entonces le interrogaré a usted primero. ¿Dónde podemos hablar tranquilamente?

—Yo... esto... Puedo ofrecerle mi despacho —respondió el director Fleischer claramente pillado por sorpresa.

—Buena idea. ¿Tiene teléfono?

—Naturalmente.

—Entonces, por favor, condúzcanos allí a la señorita Temme y a mí. Y convoque a todos los trabajadores que estaban en el edificio cuando se encontró el cadáver.

Fleischer asintió y se puso en marcha.

—Sígueme, por favor. Tenemos que bajar dos pisos.

Del montacargas salían los destellos del flash. Lange había empezado a hacer las fotografías. Gräf suspiró. Ahora solo le quedaba averiguar dónde demonios se había metido Gereon Rath y tal vez entonces se podría salvar el día.

A través de la cubierta de cristal resplandecía con un tono azul grisáceo el crepúsculo de la mañana, que ya había empezado a vencer la cansina luz de las bombillas eléctricas. El rumor general, el sonido de los altavoces y los silbatos... a Rath le parecía que el volumen de los típicos sonidos de la estación de trenes era más alto que de costumbre, lo que tal vez se debiera a la hora del día. El gran reloj señalaba las 5.23 y tenía la impresión de que la mayoría de la gente que circulaba por la estación Zoo a esa hora estaba tan cansada como él mismo pese al ruido que producía. Se había bebido dos tazas de café negro, pero seguía sintiéndose como si no estuviera en su cuerpo sino flotando en un lugar por encima y observándose a sí mismo: un hombre alto, de cabello moreno, vestido con un traje de verano gris claro y el sombrero a juego, con el billete para entrar en el andén en una mano y en la otra un ramo de flores y una correa roja. Un hombre cansado que en ese momento cruzaba la barrera, con una perra negra igual de somnolienta que él atada a la correa.

Casi se había olvidado de llevar flores y la idea se le había ocurrido al entrar en la estación Zoo. Entonces había visto luz en la floristería que había abajo, en el vestíbulo, y había dado unos golpecitos en el cristal. La dependienta, que en ese momento colocaba las flores recién llegadas en los jarrones pertinentes, había sido comprensiva, le había abierto la tienda y le había hecho un ramo que había cobrado con recargo. Así que ahora estaban en el andén plantados como unos pasmarotes: un hombre, una perra y un ramo de flores.

Rath se estiró y se puso de puntillas para activar la circulación de la sangre,

luego sacó del bolsillo interior una pitillera, se colocó las flores bajo el brazo y encendió un Overstolz. En realidad no debería estar allí, ese fin de semana tenía guardia, lo que significaba que debía estar localizable por teléfono en cualquier momento. Normalmente los agentes daban a la comisaría de la Alex el número de teléfono en el cual podían ser localizados en cada momento, si es que uno no quería pasarse todo el fin de semana en casa sentado junto al aparato. Rath suponía que Ernst Gennat, el Buda, director de la Inspección de Homicidios, podía hacerse una imagen exacta de las costumbres de sus agentes simplemente a través de los números de contacto que facilitaban: a qué bares iban, a qué restaurante, teatros, cines, pabellones deportivos, pistas de carreras e incluso a qué mujeres visitaban. Precisamente por eso Rath intentaba permanecer en casa cuando le tocaba el turno. Justo como ese día, solo que no había dicho a nadie en la Alex que saldría un momento a la estación Zoo. Estaría media hora fuera, tal vez tres cuartos... ¿qué podía ocurrir en un lapso tan corto de tiempo?

Últimamente casi no se habían producido casos de asesinato... si no se contaba a comunistas y nazis, que cada vez disfrutaban más matándose entre sí desde que el nuevo gobierno del Reich, en una de sus primeras medidas, había revocado la prohibición de las milicias SA promovida por el gobierno de Brüning. El día anterior mismo se habían producido tiroteos en Wedding y en Moabit. El resultado: un nazi muerto y ocho heridos. La Policía Criminal del distrito se ocupaba de esos casos, de la Alex solo salían, si lo hacían, los funcionarios de la Policía Política. Por lo demás, solo los suicidios seguían prosperando: en Grunewald alguien se había pegado un tiro en la cabeza; en la Bernauer Strasse una mujer había tirado por la ventana a su hijo de cinco años y luego había saltado ella. La locura de cada día.

El trabajo en la Inspección de Homicidios pocas veces le había parecido tan poco carente de sentido como en los últimos tiempos. Gereon Rath siempre había pensado que la policía estaba para velar por la seguridad y el orden; pero a esas alturas empezaba a parecerle como si ahora fueran ellos los únicos que recogían los pedazos rotos.

El altavoz del andén emitió primero unos gruñidos y luego una voz con un chirrido militar anunció que el Nordexpress llegaría a Berlín con aproximadamente diez minutos de retraso. Rath arrojó al andén el Overstolz y encendió a continuación el siguiente cigarrillo. Así que tenía tiempo de fumarse otro más. Sentía que se iba poniendo más nervioso cuanto más se hacía esperar el tren. Salvo él, no había nadie en la estación, ningún hombre sonriente, ninguna Greta, ni nadie que hubiera podido causarle molestia; dos llamadas habían bastado para garantizarlo. Rath sabía que a los amigos de Charly tampoco les gustaba cruzarse en su camino, siempre lo habían evitado de algún modo. O él a ellos, no lo sabía con tanta precisión. Con todos esos abogados y estudiantes nunca había podido entablar algo.

Recordó cómo había acompañado a Charly a la estación el último otoño y lo jodido que se había sentido. Ahora ella regresaba por fin y él no se sentía mucho mejor, pese a que nunca había deseado nada tanto como en ese momento. Al principio ella iba a quedarse un semestre, pero luego habían sido dos. Durante ese tiempo se habían escrito mucho y también habían hablado por teléfono, pero solo se habían visto una única vez, un par de semanas después de la partida de ella, cuando se reunieron en la habitación de un hotel en Colonia y se volvieron a despedir tras una frenética noche de amor. Luego la visita a París en Navidad, que con tanto tiempo habían planeado, se había ido a pique porque Gereon no había podido hacer vacaciones. Un asesino a sueldo había sembrado la inseguridad en Berlín, un tirador de alta precisión que con un único y exacto disparo en el corazón acababa con sus presas y no dejaba ninguna huella tras de sí. Había eliminado a su primera víctima, un abogado de dudosa moral, delante de la Opernhaus, la casa de la ópera, en Charlottenburg, y el asesino solo había dejado a su paso el proyectil, ninguna huella más. Czerwinski, el gordo secretario de la Policía Criminal, había dicho de broma en el lugar del crimen: «A lo mejor ha sido el fantasma de la ópera». De ahí había tomado su nombre el asesino, un nombre que también la prensa de la capital había adoptado agradecida.

El Fantasma, tal era desde entonces el nombre que se había dado al asesino, le había dejado sin vacaciones como regalo de Navidad y él se había consolado pensando que Charly ya regresaría a mediados de febrero. O que lo pillarían en Nochevieja y al menos podría pasar un par de días en París para Año Nuevo.

Ninguna de las dos cosas había ocurrido.

No habían atrapado al Fantasma, ni para Nochevieja ni en Año Nuevo. El desconocido, por el contrario, había seguido asesinando, añadiendo a su cuenta al menos dos muertes y era probable que incluso fueran más. El misterioso tirador se había convertido en un símbolo del fracaso de la normalmente tan mimada por el éxito Inspección A.

Y el regreso de Charly... A finales de enero, dos semanas antes del plazo, Charly había enviado un telegrama a Berlín comunicando que el profesor Weyer había ampliado su contrato y Rath le había deseado suerte y había fingido que se alegraba, aunque no era alegría lo que sentía. Profesionalmente todo iba viento en popa en París, la señorita Charlotte Ritter se estaba haciendo un nombre en el mundo de la abogacía. Pero en el mundo de Gereon Rath las cosas eran distintas. La foto que ella le había dejado se había vuelto con el tiempo tan irreal como si mostrarse a una persona que en realidad no existía.

Ahora todo había acabado. Ella regresaba, por fin volvía, y él se había prometido no dejarla marchar nunca más tanto tiempo. Se había jurado sentar de una vez cabeza.

Ya había tirado a la vía la segunda colilla cuando el altavoz anunció la llegada del tren. Al fin. Rath se puso tieso como una vela, se estiró un poco el traje y miró las luces que iban brotando lentamente del crepúsculo matinal, en silencio al principio, hasta que el Nordexpress también embutió en la estación su estrépito y llenó los andenes con bufidos, vapor de agua y unos fuertes chirridos metálicos. Los vagones cama de color azul noche se deslizaron delante de Rath, cada vez más despacio hasta que el tren, con un último siseo de los pistones, quedó finalmente parado.

Por un momento reinó tanta calma que parecía como si el tiempo se hubiera

detenido, luego se abrieron las puertas y en un abrir y cerrar de ojos la gente que bajaba de los vagones llenó de ruido y parloteo el andén. Rath estiró el cuello buscando la estilizada silueta de Charly. En vano, en medio de ese gentío. Tuvo que dar un paso atrás para que no lo atropellasen, entonces la perra lanzó un breve ladrido, empezó a mover la cola con vigor y de repente tiró con todas sus fuerzas de la correa. Rath cedió y se dejó arrastrar por Kiguí a través de la muchedumbre.

Y entonces distinguió a Charly de pie en el andén, la vio buscando con la mirada a su alrededor, y esa visión lo dejó tan atónito que se detuvo. La perra lanzó un breve gemido cuando la correa se tensó y se volvió a mirar sorprendido a su amo. Rath estaba parado, mirando a Charly.

En realidad apenas había cambiado, y sin embargo casi no la había reconocido. La forma de ir peinada era distinta de la que recordaba, llevaba el cabello moreno más corto y unos reflejos rojizos que no conocía. El sombrero debía de ser nuevo y también el abrigo, así como los zapatos. Esa imagen contradecía de tal modo la que había guardado en su memoria durante todos esos meses que un sentimiento de extrañeza le asaltó de forma totalmente inesperada. Levantó el brazo y la saludó con el ramo de flores. Ella por fin lo vio, sonrió y el hoyito en su mejilla izquierda le dio un aire un poco más familiar. Kiguí siguió tirando de la correa y Rath se puso de nuevo en marcha, casi dejándose arrastrar hacia ella.

Y llegaron a su lado.

La perra no se reprimió, se abalanzó sobre la joven y le lamió la cara, y ella se rio, y Rath se alegró tanto de volver a oír esa risa que se quedó ahí parado, mirando, todo el rato, después de que Kiguí ya se hubiese tranquilizado y se limitara a mover el rabo y jadear. Por unos instantes permanecieron uno frente al otro sin decir palabra. Charly lo miraba con sus ojos oscuros.

—Bienvenida a casa —dijo él al final por decir algo, y la abrazó. Respiró su aroma y aunque el perfume le resultaba tan extraño como su aspecto, reconoció por debajo el inconfundible olor que solo la piel de Charly podía emanar. Y fue

ese olor el que le hizo olvidar todas las impresiones de extrañeza y le trajo de golpe incontables recuerdos; en realidad no eran recuerdos, nada salido de la memoria, sino de algo mucho más profundo que él ni siquiera había sabido que existía. Había tanto en ese olor que Rath sintió de repente como si en los últimos meses no se hubiera producido ninguna separación, como si entre ellos fuera inconcebible algo así como una separación.

La estrechó largo tiempo entre sus brazos y luego dio un paso atrás para contemplarla. Los ojos de ella reían.

—¿Esas flores son para mí? ¿O es que esperas a alguien más?

—A Marlene Dietrich. Pero debe de haber perdido el tren.

Ella puso los ojos en blanco pero sonrió. Rath le tendió el ramo.

—Ahora me siento totalmente desarmada —dijo, levantando las dos manos. En la izquierda llevaba una pequeña bolsa de viaje y en la derecha las flores.

—Eso está bien —contestó él, dándole un beso. Al sentir que le respondía, se habría abalanzado sobre ella en ese mismo lugar.

Pero entonces la perra se puso a ladrar y la gente empezó a mirarlos.

—Creo que deberíamos marcharnos a un entorno algo más privado —dijo Rath, y ella sonrió irónica.

Llamó a un mozo para que cargara con el equipaje y llevó a Charly al coche que había aparcado justo delante de la estación. El mozo colocó la maleta y la bolsa de Charly en el maletero y Rath le dio una buena propina. En cuanto abrió la puerta del acompañante, Kiguí se metió de un salto en el coche. Sacó a la reticente perra del vehículo tirándole del collar y la instaló junto al equipaje.

—La perra ya sabe que tiene que ir detrás cuando sube otra persona al coche —dijo Rath cuando se sentó junto a Charly y puso en marcha el motor.

—¿Y quién ha estado viajando contigo en estos últimos meses?

—Es evidente que tan pocos que Kiguí hasta se ha olvidado de lo que ha de hacer.

Rath puso la marcha. Ella no se dio cuenta de que giró en la Hardenbergstrasse cuando llegaron a Steinplatz. Pero cuando él aparcó en

Carmerstrasse y le abrió la puerta del coche, Charly miró con curiosidad a su alrededor. Rath sacó a la perra del asiento extra, luego las maletas y, detrás de Kiguí, que ya conocía el camino, se dirigió a grandes zancadas a la casa, contento de que Charly no pudiera verlo sonreír. Ella siguió sus pasos por la breve escalera exterior y entró en el vestíbulo revestido de mármol e inundado de luz.

—Buenos días, señor Rath —saludó el portero desde su garita.

—Buenas, Bergner —respondió Rath.

—¿Qué es esto? —susurró Charly cuando llegaron al lado del ascensor y nadie podía oírlos—. ¿Dónde estamos?

—Déjate sorprender.

Pulsó un botón del ascensor y poco después se abrió la puerta. No tuvo que indicar al ascensorista a dónde iban y cuando bajaron en el tercer piso, los ojos de Charly eran todo un interrogante.

Sacó la llave del bolsillo, abrió y Kiguí desapareció de inmediato por la rendija de la puerta. Rath abrió del todo y dejó las maletas sobre el suelo de mármol del recibidor. Tuvo que esforzarse para no exhibir una sonrisa de oreja a oreja y se dio media vuelta para que ella no le viera la cara. Justo en ese momento Charly descubrió la placa de latón que había junto a la puerta.

Estaba grabado RATH, nada más. No había querido poner el nombre de pila. Todavía no.

—No lo entiendo —dijo ella, mientras entraba.

—He pensado en crecer un poco —explicó Rath, ayudándola a quitarse el abrigo—. ¿No quieres echar un vistazo?

Ella se internó en el piso y miró a su alrededor. Maravillada. Ya en el recibidor el apartamento la había impresionado. Luminoso y moderno. Solo la perra, que se había acostado en su cestito y parpadeaba somnolienta, perturbaba un poco ese cuadro perfecto.

—¡Felicidades! ¿Desde cuándo vives aquí? ¿Te han ascendido a comisario jefe o ya eres consejero de la Policía Criminal?

Él ya se había temido que ella planteara alguna pregunta en esa dirección.

—Herencia —respondió lo más despreocupadamente posible—. El tío Joseph.

Era verdad, aunque su padrino, que había muerto hacía medio año, no le había dejado mucho. Del cheque que había recibido hacía tres meses y medio desde ultramar prefería no contarle nada. Si bien el nombre de Abraham Goldstein no aparecía en el sobre, sí el de una compañía de la que Rath no había oído hablar hasta la fecha, Transatlantic Trade Inc., que le hacía llegar dos mil dólares por sus servicios como *consulting fee*. Charly podría sacar sus conclusiones de ello. Y no debía hacerlo. Nadie debía saber que aceptaba asignaciones de fuentes dudosas y que incluso era de la opinión de que se merecía ese dinero, puesto que el Estado Libre de Prusia no estaba en situación de pagarle correctamente. Su sueldo anual no llegaba a los cinco mil marcos.

Amaba esos ojos oscuros, y todavía los amaba más cuando Charly los abría de par en par como en ese momento. Sabía lo mucho que le gustaba el diseño de interiores moderno y había amueblado las cuatro habitaciones en ese estilo. Los muebles no eran precisamente baratos pero sí sólidos. Mucho cuero y mucho acero, maderas nobles. Durarían siglos.

Rath abrió la puerta del salón.

—Si me permite.

El sol de la mañana acababa de salir y lanzaba los primeros rayos a través de la ventana sobre una mesa con un abundante desayuno. Olía a *schrippen* salidos del horno y a café. El champán estaba en la nevera y las copas en su sitio.

Charly se había quedado sin palabras.

—Yo... Madre mía, qué recibimiento —consiguió decir.

—He pensado en un desayuno berlinés. Seguro que ya estás harta de *baguettes* y camembert. —Señaló la puerta que todavía no había abierto—. Y después te enseño el dormitorio.

—¡Sátiro!

—Siempre a su servicio, señora.

Notó que se excitaba solo de pensar en meterse con ella en la habitación. Si

por él fuera, habría renunciado sin problemas al desayuno.

—Es un...

Demasiado tarde. Charly ya había descubierto el champán.

—Heidsieck Monopol. —Esa era precisamente la marca que habían bebido en su primer encuentro. En la Casa Europa. Cuando Rath pensaba en que eso había ocurrido más de tres años atrás, se percataba de que lo que había planeado hacer ese día llevaba un retraso importante.

Sirvió cuidadosamente y le tendió una copa de champán. La que llevaba el anillo.

Levantó la copa y brindaron. Charly sonrió y mostró sus hoyitos. Él la observaba mientras bebía; ella tardó un momento en detenerse y sacar el anillo de entre las burbujas.

No dijo nada, se quedó mirando el anillo, que goteaba brillante entre sus dedos, y lentamente pareció comprender lo que eso podía significar.

—Señorita Charlotte Ritter —dijo él, cogiéndole la mano—, en el día de hoy desearía solemnemente pedir su mano.

Miró sus ojos sorprendidos y entendió que no era un asunto que pudiera tratarse con la ironía con la que solía cargarse cualquier situación romántica, aunque lo cierto era que solo pretendía que no fueran cursis.

—Charly —dijo, y pensó que nunca en su vida había dicho nada con tanta gravedad—, ¿quieres casarte conmigo?

Ella lo miró, casi asustada, pensó él, y se dejó caer en la silla que tenía más próxima.

—Buf —exclamó—, ¡demasiadas sorpresas para una sola mañana!

—Pensé en pedirte matrimonio antes de irnos al dormitorio. Soy católico.

—Eso nunca te había molestado.

—Charly... —seguía sujetando su mano. En ese momento se arrodilló delante de ella como el caballero de la rosa en el siglo pasado, pero le daba igual—. Debería de habértelo pedido antes. Solo que... se interpuso París. Pero lo digo en serio, condenadamente en serio: ¿quieres ser mi esposa?

Ella lo miró.

—No me malinterpretes, pero antes de contestarte, debo... —Se interrumpió e hizo otro intento—. Gereon, esta es realmente una pregunta muy seria. Y si bien es cierto que ya hace tiempo que podrías haberla planteado, ahora surge de un modo inesperado. Yo...

Volvió a interrumpirse y Rath se percató al instante de por qué había temido tanto esa situación, por qué la había evitado a pesar de que ya hacía un año que había comprado el anillo. De golpe volvió a experimentar esa extrañeza que había sentido en la estación. La mujer que estaba sentada frente a él iba vestida según la moda parisina, nada en ella recordaba a la joven berlinesa que él conocía.

Soltó su mano y ya iba a ponerse en pie cuando notó que ella le cogía la cabeza entre las manos y lo besaba. El erotismo que pensaba que se había ido al infierno volvía a estar allí. En cualquier caso ahí estaba su erección.

—¿Es esto un sí? —preguntó.

—No hablemos de ello —respondió ella—, no ahora. Más tarde.

Él la besó a su vez y empezó a desabrocharle la blusa.

—No seas tan impetuoso —advirtió ella—. ¿No querías enseñarme el dormitorio?

—Como usted desee, señora.

—¡Señorita! —replicó ella indignada.

Se levantó y la condujo al dormitorio. Era tan suave, cálida y liviana como la recordaba. No sabía si había hecho el ridículo con su proposición de matrimonio, no sabía qué significaba su respuesta, pero lo único que sabía era que ella había apartado a un lado ese tema tan serio con un beso y que entre ellos todo volvía a ser de repente como antes.

Sonó el teléfono.

No se dejó distraer y llevó a Charly al dormitorio, la tendió en la cama y la besó, mientras volvía a ocuparse de su blusa y ella le deshacía el nudo de la corbata.

El teléfono seguía sonando. Debía de ser alguien obstinado, pero Rath estaba decidido a ignorar el sonido del timbre hasta que Kiguí lo sofocó con sus ladridos y Charly sonrió.

—Tal vez sea mejor que respondas a la llamada —le aconsejó.

Rath consultó el reloj. Las 5.45. Suspiró y se levantó, se acercó al aparato y respondió.

—¡Hombre, Gereon, por fin! Maldita sea, ¿dónde te habías metido?

Reinhold Gräf. Rath se lo había temido.

—He ido un momento a la estación.

—¿Un momento? Joder, pero si llevo un montón de tiempo intentando dar contigo...

—¿Qué ocurre?

—Cadáver de un hombre. La Casa Patria, Potsdamer Platz.

—Mierda.

—Sí, ¡mierda! ¡Date prisa, tío, antes de que junto con todos los demás implicados también Böhm se entere de que el comisario de guardia se hace esperar!

Rath colgó y se ajustó la corbata. No tuvo que explicarle nada a Charly, ella ya estaba abrochándose de nuevo la blusa.

La Casa Patria yacía en la Potsdamer Platz como un barco de recreo varado, y, en efecto, algo así era. No tenía nada que ver con el patriotismo, sino solo y exclusivamente con sacarle a la gente el dinero de su bolsillo, y cuanto más, mejor. Detrás de su fachada, una docena de locales de lo más variado esperaba a la clientela: una cervecería bávara, una bodega española, un salón del Salvaje Oeste, un café turco y otros muchos más, todos con el mobiliario en consonancia, el menú en consonancia y el programa de entretenimiento en consonancia. Los papanatas que lo único que querían era echar un vistazo y pasmarse no eran bien recibidos, quien quería entrar tenía que pagar en el ingreso un vale de consumición.

Durante los primeros días de su estancia en Berlín, Rath había intentado encontrar algo así como un hogar en la Terraza del Rin, pero luego se había dado cuenta de que allí no había más que vino dulce en exceso y una ñoña atmósfera romántica. En cualquier caso, ese establecimiento no contribuía demasiado al tan repetido aire de gran capital que atribuían a Berlín los berlineses sobre todo y los turistas de provincias que miraban perplejos la esplendorosa ciudad; en eso los mundanos bares de la zona Oeste, como el Femina o el Kakadu, tenían mucho más que ofrecer, al menos para el gusto de Rath. La Casa Patria imponía tan solo por su tamaño y por los tubos de neón, cuyos efectos luminosos dominaban en la nocturna Potsdamer Platz.

A esas horas, en cualquier caso, el barco de recreo varado estaba tan muerto como un buque fantasma. Solo los vehículos que había delante de la entrada de

proveedores, empezando por el Mordauto, señalaban que había pasado algo. Rath aparcó el Buick detrás del Opel del SI, el Servicio de Identificación, y permaneció un momento sentado en el coche. Sacó un Overstolz y exhaló el humo contra el cristal del parabrisas. Nunca como esa mañana, había tenido tan pocas ganas de trabajar; sí, nunca había sentido un auténtico rechazo hacia su profesión. Por un instante había pensado en llevarse con él a Charly, pero ella había rehusado. «¿Qué pensarán nuestros compañeros si nos ven aparecer a los dos juntos por ahí?» Su respuesta le había producido cierto desagrado, aunque sabía que tenía razón.

Apagó la colilla en el diminuto cenicero del Buick y salió decidido a resolver ese asunto lo antes posible y regresar a la Carmerstrasse, junto a Charly, a quien había confiado el cuidado de Kiguí.

El doctor Karthaus, quien también solía llevar la bata blanca de su profesión fuera de la sala de disecciones, se encontraba delante de la entrada con un cigarrillo en la mano, hablando con un policía de Seguridad. El agente de uniforme azul saludó marcialmente cuando Rath entró, el médico forense tan solo insinuó una inclinación de cabeza.

—Buenos días, doctor.

—¡Señor comisario! Gracias por concedernos el honor. Me estoy dejando los pulmones negros fumando de aburrimiento. ¿Qué ha ocurrido? Tal vez debería comprarse un coche alemán.

Rath no hizo caso de la indirecta.

—¿Qué tipo de cadáver tenemos aquí? —preguntó.

Karthaus esbozó una suave sonrisa.

—Esto es lo bonito de la Policía Criminal, que uno puedo contarlo todo tres veces. Acompañeme, se lo enseño. Está arriba. Los de la funeraria esperan impacientes para poder llevárselo de una vez.

—¿Arriba?

Karthaus apagó el cigarrillo en un charco.

—Si el señor comisario tiene la bondad de seguirme.

Sin esperar respuesta, el médico forense dio media vuelta y se introdujo en el edificio. Rath siguió la bata blanca hacia el interior de una sala, grande y sin adornos, de la que partían dos montacargas y una escalera. Parecía ser el lugar donde se recibían las mercancías en la Casa Patria. Karthaus se encaminó hacia la escalera. Llegó al cuarto piso, donde dos policías de Seguridad y dos hombres vestidos de negro esperaban delante de los ascensores. En el suelo había un ataúd de zinc.

—¿Ya podemos? —preguntó uno de los de negro cuando vio al doctor.

—Enseguida. El señor comisario todavía tiene que examinar el cadáver.

Karthaus esbozó una sonrisa agria y señaló una cabina que colgaba a más de un metro de profundidad en el hueco del ascensor. Dos criminalistas estaban ocupados en recoger huellas dactilares de los botones del montacargas y del carro de rejilla que había en la cabina lleno hasta los bordes de cajas de licor.

—Un estúpido accidente, ¿no? —preguntó Rath al tiempo que se encendía un cigarrillo. Ya en ese momento sentía pocas ganas de investigar esa memez. ¿Es que Gräf no podría habérselas apañado solo?

—¿Accidente? —Karthaus lo miró escéptico—. Me temo que no.

Rath bajó a la cabina con el cigarrillo entre los labios, el médico forense lo siguió.

El muerto yacía en el suelo y llevaba una bata gris. Los ojos muy abiertos, nadie los había cerrado todavía, se salían de las órbitas, mirando fijamente al vacío como si hubieran visto todos los horrores del fuego eterno. Por un momento, Rath quedó sumido en la imagen de que ese montacargas de la Casa Patria descendía, en efecto, hacia las profundidades, hasta el infierno. Instintivamente siguió la dirección que marcaban los ojos inertes y miró hacia arriba, pero solo vio el contrachapado amarillento.

—Si no se trata de un accidente, ¿cómo murió?

El doctor carraspeó.

—Sé que parece algo peculiar pero estoy seguro de que la autopsia confirmará mis suposiciones...

—¿Autopsia?

—Su compañero ya ha hablado por teléfono con el abogado. Siguiendo mi recomendación, por supuesto.

—¿Dónde anda, dicho sea de paso?

—Interrogando a los testigos, por lo que yo sé. Así pues —dijo Karthaus impaciente—, este hombre, si no me equivoco, se ahogó.

Los criminalistas ya parecían conocer el diagnóstico de Karthaus, al menos seguían trabajando con expresión imperturbable.

—¿Se ahogó? —preguntó Rath—. ¿Normalmente, uno no se ahoga en el agua?

—A lo mejor se limitaron a traer el cadáver hasta aquí.

—No lo parece —intervino el criminalista—. Hemos encontrado hasta las huellas de sus zapatos. Todo parece indicar que él mismo se subió al montacargas.

El otro hombre callaba y recogía con toda calma una huella dactilar del tubo de acero del carro de rejilla.

—Además —prosiguió su compañero—, llegó aquí en su propia furgoneta. Es decir, si quieren saber mi opinión: nadie lo depositó aquí.

Rath miró al doctor Karthaus, pero él se encogió de hombros.

—Sabremos más después de la autopsia —dijo.

—¿Dónde me ha dicho que está el compañero Gräf?

—Tomando declaraciones. En algún despacho. Pregunte a los agentes —dijo Karthaus, saliendo de la cabina.

Rath aplastó fuera el cigarrillo contra el suelo, a la altura del pecho más o menos, y siguió al médico forense, que tenía prisa por despedirse. Los de la funeraria lo consideraron como una invitación a comenzar por fin su trabajo y acercaron el ataúd de zinc al ascensor. Un agente de uniforme se ofreció a llevar al señor comisario donde se encontraban sus compañeros. Mientras Rath seguía al policía escaleras abajo, a través de un lóbrego almacén y la fantasmagóricamente vacía cervecería Löwenbräu, en la que todavía flotaba en

el aire el vaho de la cerveza de la víspera, le sobrevino de nuevo esa sensación de estar en el lugar equivocado.

El policía abrió una gran puerta y de golpe se encontraron en la imponente sala central. Desde ahí, a través de un sinnúmero de escaleras, corredores, ascensores y puertas, se accedía a los distintos locales y atracciones que la Casa Patria ponía a disposición de los clientes en sus cuatro pisos. Rath recordaba la sala como un lugar de gran ajetreo comercial, con personas por todas partes yendo de un restaurante a otro; pero ahora, precisamente por su tamaño y vaciedad, causaba un efecto espectral. Tan solo unas dos docenas de personas esperaban en los escalones, unos pocos con delantal de cocina, otros con el uniforme de camarero o traje de calle y un par con mono de trabajo. Cuatro o cinco policías de Seguridad estaban allí cerca como perros pastores vigilando el rebaño de ovejas. Y como el pastor, el asistente de la Criminal, Andreas Lange, estaba de pie con dos agentes de uniforme en la escalera donde se habían sentado los empleados. Cuando descubrió a Rath se separó de los policías.

—Buenos días, señor comisario. Qué bien que haya llegado.

—Buenos días, Lange. ¡Cuánta gente!

—Todos testigos. El compañero Gräf ha pedido que los reuniésemos.

—¿Y todos han visto lo ocurrido?

Lange se encogió de hombros.

—Todavía no lo sabemos. Son todos empleados que en el supuesto momento del crimen ya habían llegado. O todavía estaban aquí.

—¿Todos?

Rath miró a los individuos que esperaban. Si Gräf tenía realmente la intención de interrogarlos a todo, pasarían horas allí.

—Podemos estar contentos de que no ocurriera ayer por la tarde, cuando esto estaba en plena actividad. En ese caso tendríamos a un par de miles de personas más sentadas en la escalera.

Lange calló. Rath no pudo evitar pensar en Charly, que lo esperaba en la Carmerstrasse, y se puso de mal humor.

—¿Hemos averiguado ya alguna cosa?

—Depende. Tenemos un muerto, tenemos una peculiar forma de morir. Y salvo por eso, ni la más remota idea de lo que le ocurrió a ese pobre hombre.

—Ahogado. ¿De verdad se lo cree?

Lange se encogió de hombros.

—Si el experto lo dice...

—¿Se ha identificado ya al fallecido?

Lange sacó un documento del bolsillo.

—La Policía Científica lo ha encontrado en su bata.

«Herbert Lamkau», leyó Rath. Un carnet de conducir expedido en octubre de 1919 en el distrito de Oletzko. El hombre de la foto tenía una mirada fulminante, como si hubiera querido apuñalar al fotógrafo. Probablemente imitaba al emperador Guillermo.

—Lamkau. Es lo mismo que está escrito en la furgoneta, ¿no?

Lange asintió.

—Es el propietario.

—Qué raro que el jefe en persona reparta la mercancía...

—A saber lo grande que será la empresa. A lo mejor él es el único empleado.

—¿Una empresa de mala muerte suministrando a un negocio gigante como la Casa Patria? No me cuadra. Averigüe cuál es el tamaño de la compañía y si Lamkau siempre se encargaba en persona de los repartos.

—Entendido.

—Y diga a los del Servicio de Identificación que revisen las instalaciones técnicas del ascensor. Solo para ir sobre seguro.

Lange asintió.

—Ya hemos hablado con el técnico de mantenimiento. Y con el cocinero que ha tropezado, literalmente, con el cadáver...

—Ajá.

—Llamó al ascensor desde el cuarto piso y casi se cayó en la cabina al abrir la

puerta. En el último momento se dio cuenta de que estaba demasiado abajo en el hueco del ascensor y pudo agarrarse. Y entonces descubrió el cuerpo.

—Y dio la voz de alarma.

—Sí. Informó al servicio de vigilancia y este, a su vez, nos avisó a nosotros. El técnico de la casa ha estado revisando el ascensor y ha dicho que en realidad está todo en orden.

—A mí no me ha parecido en orden.

Lange hizo un gesto de impotencia.

—El técnico supone que alguien ha pulsado el freno de emergencia entre dos rellanos y luego no ha avisado. De ahí que sea posible que la cabina se haya desajustado y no se detenga exactamente a nivel de suelo.

—Hum... —Rath vio centellear entre sus pensamientos una imagen vaga, difusa, que se disipó antes de que pudiera distinguir los detalles—. Según esto, Lamkau tuvo que pulsar el freno de urgencia ante de morir, ¿no? —preguntó.

—Ya veremos. El SI ha recogido las huellas dactilares del botón.

Rath señaló la puerta del despacho.

—¿Quién está ahora con el compañero Gräf?

—El vigilante. Después del cocinero es el segundo que ha visto el cadáver.

—Bien, entonces voy a asomarme.

Rath dio unos golpecitos a la puerta y entró antes de que nadie pudiera decir «¡Adelante!». El despacho era sorprendentemente pequeño y oscuro comparado con la deslumbrante luminosidad de la enorme sala; la única fuente de luz era una lámpara de escritorio con pantalla verde. Reinhold Gräf suspiró aliviado al ver a su jefe. En la pared que había detrás de la mesa del director, junto a la cual estaba sentado el secretario de la Policía Criminal, colgaban innumerables fotos de artistas: músicos, prestidigitadores, cantantes, bailarinas. Christel Temme, que estaba sentada a una mesita adicional con su cuaderno, acusó la llegada del comisario con la misma indiferencia con que reparaba en todo lo demás. Temme tenía fama de mantenerse imperturbable incluso durante el interrogatorio al

asesino con menos escrúpulos del mundo. Escribía todo lo que se decía impasible, sin importar lo espantoso que fuera. O banal.

Pero en la silla que había entre las dos mesas no estaba sentado ningún asesino impenitente, sino un hombre flaco con el uniforme de la empresa de vigilancia y seguridad de Berlín, que debía de andar por los cuarenta y pocos y apretaba su gorra entre las manos. El secretario Gräf se levantó de la silla.

—Señor comisario —dijo, a un mismo tiempo saludando al recién llegado y explicando quién era al vigilante. Se quedó de pie junto a la silla como si cediera el sitio a su superior.

El vigilante se dispuso a levantarse e insinuó una inclinación de cabeza. Rath le señaló con un gesto de la mano que volviera a sentarse.

—El señor Janke trabaja de vigilante aquí en la empresa —explicó innecesariamente Gräf.

Rath asintió y se sentó en el borde del escritorio.

—Prosigan, por favor —dijo, encendiendo un cigarrillo.

Gräf permaneció en pie, aunque Rath no había reclamado la silla. Así que los dos funcionarios de la Policía Criminal observaban desde arriba al vigilante, cuya mirada se deslizaba entre Rath y Gräf.

—Bien... —empezó el hombre, y enseguida se oyó el lápiz de la taquígrafa rascando el papel— ahora ya no recuerdo dónde nos habíamos quedado...

—Quería contarme cómo reconoció que el hombre del montacargas estaba muerto, señor Janke —le ayudó Gräf, quien volvió a sentarse al advertir que Rath no hacía gesto de proceder por su cuenta al interrogatorio.

—Exacto. —Janke asintió—. Pues bien, pasó que bajé a la cabina...

—¿Tuvo que abrir usted la puerta? —preguntó Gräf.

—¿Cómo?

—La puerta del montacargas.

—Ya estaba abierta. Unger la había abierto.

—El cocinero que encontró el cadáver.

—Exacto. —El vigilante miraba de un policía al otro como si sospechara que

le iban a poner en un compromiso con alguna pregunta capciosa. Cuando nadie dijo nada, prosiguió—: Bien, entonces me metí en la cabina. Tal como estaba ahí tendido, con la mirada fija, enseguida pensé que ya no vivía. Pero primero comprobé el pulso en la carótida.

—¿En la carótida? —preguntó Gräf.

—Es como... como nos lo han enseñado... en nuestro curso. En la empresa de vigilancia y seguridad.

Gräf asintió y tomó nota. Rath estaba sentado en el borde del escritorio, dio una calada y se sorprendió a sí mismo mirando el reloj. Todo aquello lo sacaba de quicio, ese vigilante tan minucioso, Gräf preguntando por los detalles más banales, toda la insoportable lentitud de ese interrogatorio.

—¿Y qué hizo entonces? —inquirió Gräf.

El vigilante miró a Rath.

—Primero salí de la cabina y luego...

—Muchas gracias, señor Janke, pero ¡tampoco necesitamos ahora que nos lo cuente todo tan minuciosamente! —Rath se bajó de la mesa—. Me gustaría interrumpir por unos minutos el interrogatorio. Si es usted tan amable de salir mientras tanto.

—Por supuesto —respondió Janke, poniéndose en pie.

Gräf esperó a que el vigilante hubiera salido

—¿De qué va esto, Gereon? ¿Me lo cuentas?

—Señorita Temme, no es necesario que tome nota de nuestra conversación, espere fuera, por favor. Descanse unos minutos.

—No necesito descansar, señor comisario.

—La llamaremos cuando volvamos a necesitarla —contestó Rath, mirándola con severidad. La taquígrafa recogió sus cosas y salió.

—¡Joder, Gereon! Primero estoy horas telefoneándote para dar contigo, ¿y cuando por fin apareces en el lugar del crimen no tienes nada mejor que hacer que dar por terminado el interrogatorio de un testigo cuando está en marcha?

—No te pongas nervioso. No he dado nada por terminado, solo lo he

interrumpido. Puedes continuar, ese vigilante es muy colaborador.

—¿De qué asunto importante tienes que hablar conmigo?

—Primero: esa gente de ahí fuera, ¿pretendes interrogarla a toda aquí? ¿Y a toda personalmente?

—Lo único que pretendía era empezar. Ahora estás aquí y puedes decidir lo que se va a hacer.

—Así es. Puedes seguir con el interrogatorio interrumpido. Pero antes de que lo hagas, di a los agentes de Seguridad que están fuera que tomen los datos personales de todos los empleados que esperan en la sala.

—Ya hace tiempo que lo hemos hecho. ¿Cuánto rato crees que llevamos aquí?

—Mejor. Si alguno de ellos ha hecho alguna observación, por mí puedes interrogarlo ahora mismo. De lo contrario, que hagan el favor de personarse en la jefatura de policía. Lange, mientras tanto, puede controlar que el Servicio de Identificación realice correctamente su trabajo, y todo lo demás lo solucionamos la semana que viene en el despacho.

—¿Y a los parientes? ¿Quién los informa?

—De eso se puede encargar Lange. Como aspirante a comisario algún día tiene que aprender a hacerlo.

—En eso vuelves a tener razón. —Gräf asintió—. Pero una pregunta más.

—¿Sí?

—¿Y tú, qué tarea desempeñas tú en todo esto?

—Por eso te doy ahora todas las instrucciones. —Rath no intentó parecer arrepentido o compungido, de todos modos no lo conseguía—. Tengo que marcharme. Te estaría muy agradecido de que siguieras ocupándote de que todo esto funcione.

—Gereon, nunca he dirigido una investigación.

—Tampoco tienes que hacerlo ahora. Haz lo que te he dicho y luego te vas a casa.

Gräf no parecía muy entusiasmado

—¡Venga, hombre! ¡Te debo una!

—Joder, Gereon, ¡a ti nada te hace perder los nervios!

—¡Los tengo de acero! ¿Qué pasa?

—Tú eres el jefe.

—Bien visto. —Rath dio al secretario unas animosas palmaditas en la espalda—. Venga, ¡tú puedes! A lo mejor todo esto no ha sido más que un estúpido accidente. Todavía no hay señales de que haya intervenido un desconocido.

—Lo sé —respondió Gräf—, pero no por eso deja de ser misterioso. Karthaus afirma que el hombre se ahogó.

Rath se encogió de hombros.

—Al final siempre hay una explicación para todo, a lo mejor el doctor simplemente se equivoca.

Llamaron a la puerta y esta se abrió, el hombre con el traje claro de verano entró en la habitación como Pedro por su casa, echó un vistazo a su alrededor y se encaminó hacia Rath.

—¡Señor comisario! Me han dicho fuera que podía encontrarlo aquí. Me llamo Fleischer. Soy el director.

Rath estrechó la mano que le tendía.

—Encantado.

—Me alegro de que por fin haya llegado. Espero que no impida por mucho más tiempo que mis empleados sigan trabajando. Vamos muy retrasados, el técnico no está en su sitio, en la cocina central apenas hay gente y enseguida comenzarán a llegar nuestros clientes...

—Mi compañero le comunicará qué trabajadores puede enviar a sus puestos —dijo Rath, empujando con un suave gesto a Fleischer hacia Gräf—. Lamentablemente, debo disculparme pero tengo otro caso en que ocuparme...

El director lo miró desconcertado, pero el comisario ya se había quitado el sombrero a modo de saludo y había cruzado el umbral antes de que nadie pudiera decirle nada.

Apenas un cuarto de hora más tarde, Rath bajaba del Buick en la Carmerstrasse y ya hacía rato que había acallado los remordimientos que le habían importunado al abandonar la Casa Patria. Por primera vez desde que volvía a vivir en Charlottenburg sentía que de verdad volvía a casa; le bastaba con pensar quién le estaba esperando allí. Pasarían el día juntos, pasarían el fin de semana juntos, por primera vez desde hacía una eternidad.

Mientras cerraba el coche con llave, echó un vistazo a su nuevo vecindario. El barrio en torno a la Steinplatz no era ciertamente un mal lugar donde residir, por doquier se apreciaba la solidez de la alta burguesía, no había ni una casa que no dispusiera de una entrada de servicio. Rath abrió el pesado portal y entró en su nuevo entorno de piedra caliza clara y mármol brillante. Sabía que antes había conseguido impresionar a Charly; le gustaba la casa, él lo había visto en sus ojos.

Había alquilado ese moderno apartamento sobre todo por una razón: porque era casi el doble de grande que su antigua vivienda en el edificio trasero en Kreuzberg y tenía espacio suficiente para dos personas y, si era necesario, incluso más.

Ya se dio cuenta de que algo no funcionaba mientras subía los cinco escalones cubiertos de una alfombra que precedían el vestíbulo y oyó los apagados golpeteos de las patas de un perro y luego, dos veces, un ladrido breve. La cabeza negra de Kiguí asomó por la esquina de la portería, y el portero miró al nuevo inquilino un poco inseguro por encima del mostrador de mármol y de su teléfono.

—¿Qué sucede, Bergner? —preguntó Rath, aunque ya lo sospechaba.

El portero carraspeó antes de hablar.

—La señorita... Lamentablemente ha tenido que marcharse y me ha confiado al animal.

Bergner soltó la correa del collar de Kiguí y Rath aguantó la húmeda bienvenida de la perra.

—¿Y a dónde ha ido la señorita?

—Lo siento, pero no me lo ha comunicado.

—Vaya, vaya —dijo Rath, que ya estaba pensando en otra cosa y se dirigía con la perra al ascensor.

El olor de Charly todavía flotaba en el aire, y precisamente por eso el apartamento parecía más vacío que de costumbre. A Kiguí eso no parecía importarle, se encaminó hacia su cestito y se ovilló en él. A veces Rath se preguntaba cuántas horas de sueño necesitaba esa perra en realidad. Se acercó a una de las grandes ventanas y miró al exterior sin percibir nada. Luego levantó la pierna y, ya fuera por rabia o por decepción, no sabría decirlo con exactitud, propinó un puntapié a uno de los pesados sillones.

Ella ya había recogido el desayuno. Sobre la mesa encontró una hoja de papel con su caligrafía.

Lo siento, Gereon, pero no he podido esperarte más tiempo. Lo he conseguido al menos una hora, pero cuanto más tiempo pasaba en tu bonito apartamento con Kiguí sin que tú llegaras, más claro veía que para volver a sentirme en casa después de una ausencia tan larga en el extranjero tengo primero que ir a la Spenerstrasse, a mi propia casa, y todavía más cuando el lunes me espera un período de vida totalmente nuevo.

El amable portero me ha ayudado con el equipaje y se ha encargado de Kiguí. Parece tener práctica en ello, con la perra, me refiero, o al menos así me lo ha parecido.

He vuelto corriendo al apartamento para escribirte estas líneas, el taxi ya espera abajo. En lo que respecta a tu pregunta y el anillo... No estés enfadado conmigo por no haberte podido contestar al instante. No me malinterpretes, me ha conmovido muchísimo que me hicieras una propuesta de matrimonio (¡después de que hayan pasado tantos años desde que nos conocemos!), pero creo que una pregunta tan importante no merece una respuesta precipitada, y ahora, que acabo de llegar de la estación tras vivir diez meses en París, todo me ha parecido en cierto modo precipitado. Volver a verte tras tanto tiempo, un apartamento nuevo y una propuesta de matrimonio... incluso para una chica de Moabit es, todo junto, un poco demasiado.

Propongo que fijemos un plazo más apropiado y un lugar más adecuado para mi respuesta. Y que pasemos juntos un poco más de tiempo, pues mi contestación, ya puedo decírtelo ahora, no consistirá meramente en un sí o un no. Yo también voy a tener que hacerte un par de preguntas.

Sé que no suena precisamente romántico, pero no hay nada peor que tomar una decisión precipitada ante preguntas de tal importancia. Como tú bien sabes, ya tuve que romper un compromiso en una ocasión y no quiero volver a vivir una experiencia así.

No te lo tomes a mal, te doy un fuerte abrazo.

Nos vemos pronto,

C.

Rath plegó la carta y se fue al dormitorio como si aún fuera posible que Charly estuviera ahí donde la había dejado hacía apenas dos horas. Lo primero que llamó su atención fue la cama, debía de haberla vuelto a estirar, como si quisiera mostrarle lo buena ama de casa que era. El anillo estaba en la mesilla de noche. ¿Qué significaba eso? ¿Era una respuesta el hecho de que no se lo hubiera llevado sino que lo hubiera dejado allí? Lo cogió y se lo quedó mirando. ¿Qué se suponía que tenía que hacer con él? ¿Llevárselo la próxima vez que se vieran, esperar su respuesta y entonces ponérselo si se daba el caso? Rath no se manejaba especialmente bien en esas situaciones. Sacó brillo al anillo con una punta de su chaqueta y se lo guardó en el bolsillo interior.

Ese parecía ser el destino del maldito anillo: pasar siglos en el bolsillo de la chaqueta de Rath.

Volvió a desplegar la carta e intentó leerla y entenderla. Le desconcertaban esas líneas, no sabía qué pensar. ¿Cuál era la postura de ella? Por mucho que la leyera no hallaba, sin embargo, respuesta. Recordó el momento en que había descubierto a Charly en el andén. En el segundo de terror. Por unos instantes había realmente creído, más bien había sospechado, que había perdido a su amor; a decir verdad más bien se había temido que había dañado a la persona que él recordaba. Hasta que percibió el olor de su cabello y de su piel y experimentó que todo su cuerpo se sentía absorbido por ella. Y lo mismo exactamente le había ocurrido a Charly, a más tardar cuando le había enseñado el apartamento.

Lo del anillo en la copa de champán... ¡qué idea tan descabellada!, ¿quién se la había metido en la cabeza? ¿Le había contado Paul alguna vez esa historia? ¿O algún otro compañero del Castillo? Rath tenía la desagradable sensación de que había sido ese condenado anillo de compromiso, y no el hecho de que él se hubiera quedado demasiado rato en el lugar del crimen, lo que la había impulsado a irse del apartamento.

Hasta que no abrió las puertas con cristal del mueble bar no se dio cuenta de que aún llevaba el sombrero puesto y lo colgó de una percha. En el salón buscó

un disco del montón que había preseleccionado. Puso *Indigo*, de Ellington, uno de los muchos discos que Severin le había enviado de Estados Unidos en los últimos meses y que él había querido que ella escuchara. Los dos. El tocadiscos era nuevo de fábrica, un mueble de Telefunken, Charly ya no lo podía apreciar.

Sacó una botella de coñac del mueble bar y una copa, y se sentó en uno de los modernos sillones que había comprado, en realidad solo para Charly, porque una vez, cuando paseaban juntos por Tauentzien, le había enseñado unos similares en el escaparate de una distinguida tienda de decoración. Entonces, los días anteriores a París, cuando la despedida ya flotaba en el aire. Al menos los sillones eran cómodos aunque no lo parecían. Rath olisqueó el globo de coñac y se abandonó a la música, las tristes trompetas y su melodía, los clarinetes con su terrena calidez. El aroma del coñac casi lo tranquilizaba más que la música.

¡Cuánto había ansiado ese momento! Ya antes de que ella se hubiera marchado.

«¿Y ahora? ¡Pues sí, señor Rath, ahora estás aquí sentado, todavía no es mediodía y ya tienes que servirte un coñac para conseguir aguantar el día!»

Lo despertó un gemido inquieto y abrió los ojos. Kiguí estaba delante de él moviendo la cola, daba un par de pasos hacia la puerta y volvía. Rath se incorporó. Debía de haberse quedado dormido. Sobre la alfombra, delante del sillón, estaba la copa de coñac. Volcada pero vacía. Sobre el plato del tocadiscos, Duke Ellington seguía girando casi en silencio, la aguja golpeaba continuamente contra el final del surco produciendo un suave y rítmico rascado.

El reloj señalaba casi las dos. La perra insistía en ir hacia la puerta. Rath se levantó con esfuerzo del sillón, se lavó la cara con agua fría y cogió la correa de Kiguí. Esta lo sacó literalmente de la casa, bajó por la escalera a la calle, lo arrastró al primer arbusto de la Carmerstrasse y miró a su amo agradecida y aliviada mientras hacía sus necesidades. Rath paseó un poco con la perra por la Steinplatz y notó que su estómago protestaba. Se sentó en una terraza del hotel, que ahí se contentaba con llamarse «pensión», y pidió una cerveza y un tentempié. Aunque la ración no era grande, quedó un resto para Kiguí, que todo ese tiempo había estado esperando pacientemente debajo de la mesa su oportunidad. Después de la comida, cuando Rath se fumó el cigarrillo obligatorio con una taza de café solo y otra copa de coñac, sabía que no iba a volver al apartamento. Llamó al camarero y pagó, metió a Kiguí en el coche y se dirigió a Moabit.

No aparcó en la Spenerstrasse, sino en la esquina con Melanchtonstrasse, donde escondido entre dos árboles de la calle podía tener una buena visión del portal de Charly sin correr el riesgo de que ella descubriese su Buick nada más

asomarse a la ventana. Pues ya no estaba tan seguro como en la Steinplatz. Tampoco después de leer por vigésima vez como mínimo su carta. ¿Querría ella realmente verlo? ¿Debía limitarse a subir y llamar a su puerta? A lo mejor se había acostado, le había comentado lo mal que había dormido en el tren. Entonces Greta le abriría la puerta y eso no le apetecía nada en absoluto. Recordó el año en que la compañera de piso de Charly había estado en el extranjero y habían tenido el piso para ellos solos, casi como si hubieran llevado una vida de casados...

«Más te habría valido quedarte en casa, Gereon Rath —pensó—, a lo mejor todavía te llama, puede que en este mismo momento lo esté haciendo.» Entonces cayó en la cuenta de que ella desconocía su nuevo número de teléfono en la Steinplatz. ¿O tal vez ya había intentado localizarlo en el despacho porque sabía que estaba trabajando? ¿Y no sospechaba que había faltado a su deber por causa de ella? ¿O había sido más bien por su propia necesidad?

Mientras todavía estaba dándole vueltas a todo eso, algo ocurrió delante de la casa. Un hombre joven había cruzado la Spenerstrasse y se dirigía directamente al portal de Charly. Rath no había vuelto a verlo en un año, pero lo reconoció de inmediato. El hombre sonriente: Guido Scherer. El anterior compañero de Charly, ahora abogado en un mísero bufete de Wedding y todavía unido a Charly por la más ferviente amistad. Por lo visto. Rath no podía entenderlo: ¿se había ido de su casa a toda prisa, como si huyera, y ya recibía a ese gilipollas el primer día de su regreso de París? ¿Había invitado a todos sus amigos a una fiestecita de reencuentro, a todos esos abogados con los que él nunca había podido relacionarse? Claro, ahí Gereon Rath, el rudo madero, lo único que haría sería molestar.

Puso el motor en marcha y apagó el cigarrillo. Al menos ahora sabía seguro que no iba a llamar a su timbre. Dio tanto gas que los neumáticos rechinaron tan fuerte cuando pisó el embrague que el hombre sonriente, que ya estaba en el portal, se volvió antes de que él se marchase de esa jodida casa, de esa jodida Spenerstrasse. Rath no hizo caso, descargó su rabia en el pedal del acelerador y

salió de la calle atravesando la ciudad a toda pastilla. Al principio sin un objetivo, simplemente quería salir de Moabit, ese era su único acicate, pero luego, sin haberlo decidido de forma consciente, con una meta, incluso si al principio no se percató de que cada vez avanzaba más y más en dirección al sur. Solo cuando el Buick giró hacia el este por la Gitschner Strasse, a la sombra del tren elevado, tuvo claro que iba hacia Luisenufer.

Cuando aparcó en el arcén y dejó que Kiguí saltara fuera del coche, los recuerdos despertaron, recuerdos de los cuales muchos estaban, por desgracia, relacionados con Charly. La perra olfateó un árbol que estaba al borde de la calle, al lado de los jardines y del gran parque infantil, como si lo reconociera, meneó la cola y miró expectante a Rath. Los chillidos de los niños que jugaban en la gran superficie de arena le recordaron un día en que Charly y él habían estado sentados al sol en uno de los bancos. Se había imaginado lo dichoso que se sentiría si uno de los niños que estaba jugando en el parque fuera su hijo, el hijo de ambos. Solo se lo había imaginado, no le había dicho nada a ella ni en ese momento ni tampoco después. Si lo recordaba bien, solo había compartido con Charly unos pocos de sus sueños.

Ató la perra a la correa. Kiguí iba delante, llena de expectación, a fin de cuentas había recorrido ese camino cientos de veces. En el acceso al patio salió a su encuentro un adolescente de cabello rubio peinado con una raya impecable, la camisa parda, en el brazo izquierdo un brazalete con la esvástica, la gorra de las SA bajo el brazo. El nazi le lanzó una mirada agresiva, pero Rath no se dejó intimidar, no podía tragar a esos niños de camisas pardas desde que había presenciado cómo alborotaron en la Ku'damm el año anterior, peor que los comunistas. Si el chico tenía ganas de follón, adelante, acabaría en la comisaría. Pero por lo visto el muchacho tuvo bastante con la mirada provocadora, pasó junto a Rath sin molestarlo, aun así se dio media vuelta en la calle y, lanzando una última mirada hostil, se ajustó la gorra.

A Rath no le resultó algo extraño. Ya antes habían vivido nazis ahí, en tiempos en los que no había tantos, ni mucho menos, en tiempos en que todavía llamaba

la atención un brazalete con la cruz gamada. Simultáneamente, todos los años que Rath había residido allí, los Liebig siempre habían mantenido izada la bandera roja en el edificio interior sin que se hubiera producido ninguna pelea abierta. Comunistas y nazis bajo un mismo techo, eso también era Berlín. Justo en los barrios obreros vivían rojos y pardos, con frecuencia puerta por puerta, y allí la convivencia no siempre era tan pacífica como en Luisenufer. En cambio, la gente normal cada vez era más difícil de encontrar en esa ciudad, incluso en los barrios burgueses, o al menos eso le parecía a Rath.

Annemarie Lennartz, la portera, estaba sacudiendo una alfombra y se detuvo al ver quién entraba en el patio.

—¡Esto sí que es una sorpresa! Menos mal que nos visita de vez en cuando.

Rath se llevó la mano al sombrero a modo de saludo y señaló el edificio interior.

—¿Está el compañero en casa? —preguntó.

La Lennartz asintió. Miró a su alrededor y bajó la voz como si estuviera desvelando un secreto.

—Servicio nocturno —respondió con mirada de experta—. Ha vuelto a casa hoy al mediodía.

Rath entró en el edificio interior y subió por la escalera. En el primer piso se detuvo delante de la puerta de una vivienda y dio unos prudentes golpecitos. Esperó un momento y cuando no se movió nada, golpeó otra vez, en esta ocasión fuerte y con violencia.

—¡Abra de inmediato, policía! —gritó.

Oyó unos ruidos en el interior del apartamento y poco después se abrió una rendija de la puerta que dejó a la vista a Reinhold Gräf.

—¡Gereon! —El secretario, con el cabello mojado y en albornoz, lo miró al principio disgustado y luego sorprendido—. ¿Ha sucedido algo?

—No. Es una visita puramente privada. ¿Molesto?

—Estaba en la bañera. Pero entra —dijo, abriendo del todo la puerta—. Siéntete como en tu casa. No te resultará difícil.

—Gracias.

Rath siguió a Gräf a la cocina.

El secretario de la Policía Criminal colocó el cazo con agua sobre el hornillo.

—¿Te apetece también un café? —preguntó—. Todavía no he desayunado.

—No digo que no.

Rath se quitó el sombrero y se quedó de pie junto a la puerta. Gräf sacó el molinillo del armario, del mismo armario en que Rath antes lo guardaba.

—Siéntate —lo invitó, sin darse media vuelta.

Rath permaneció en pie.

—¿Qué tal ha ido esta mañana?

Gräf no respondió. Siguió llenando el molinillo de granos de café.

—Siento haber tenido que dejarte solo... Pero es cierto que tenía que resolver un asunto importante

Gräf lo miró y empezó a girar la manivela. Durante un rato solo se oyó el sonido crujiente del molinillo.

—Si se trata de una disculpa oficial —dijo—, considérala aceptada.

Rath sacó dos platos y dos tazas del armario y los colocó sobre la mesa mientras su compañero se ocupaba del cazo con agua y del filtro de porcelana. Reflexionó unos instantes acerca de qué más debía decir, pero no se le ocurrió nada conveniente. Se sentó a la mesa y esperó a que Gräf se reuniera con él. Durante un rato no se oyó nada más que el susurro del café al gotear en la jarra a través del filtro.

—¿Sabes que hoy por la mañana nos has dejado bastante tirados? —rompió al final Gräf el silencio—. Y no me vengas con quién es aquí el jefe. Al fin y al cabo has sido el que ha llegado al lugar del crimen con un retraso considerable. Te he estado llamando como un tonto solo para salvarte el pellejo delante de Böhm y de los otros jefes. Y no se te ha ocurrido nada mejor que hacer que salir corriendo otra vez.

Rath asintió, pero se negó a poner una expresión compungida. A fin de cuentas ya se había disculpado. Gräf se levantó, cogió el filtro y vertió el café en

las dos tazas. Rath bebió un sorbo. Un café flojo como era habitual en Gräf, a lo mejor incluso más aguado que de costumbre, pero fue diplomático y no dijo nada; en lugar de ello sacó un Overstolz de la pitillera.

—Pensaba —masculló mientras sostenía el cigarrillo en la llama del encendedor— que podría enmendar este asunto con una cerveza en el Dreieck.

—Tú estás de guardia. —Gräf echó unas cucharadas de azúcar en su taza mientras hablaba—. Y yo tengo servicio nocturno en el Castillo.

Rath consultó el reloj.

—Faltan tres horas.

—Exacto. Y no quiero aparecer borracho.

—Solo una cervecita para hacer las paces. Y aprovechas para contarme lo que habéis averiguado esta mañana.

—Gereon, ahora mismo ya hueles a alcohol. En rigor, estás de servicio.

—Solo un coñac —mintió Rath—. Ha sido después de comer.

Gräf bebió un par de sorbos de café.

—Está bien —aceptó al final—. Un vaso de cerveza antes del turno no debe de estar prohibido.

—Seguro que no. —Rath sonrió—. Te lo digo yo, que soy tu jefe.

—Ya te he dicho que no me vengas con el cuento de siempre.

Poco después los dos estaban sentados a la barra del vacío Nassen Dreieck, El Triángulo Mojado, probablemente la taberna más pequeña y triangular de todo Berlín. Kiguí se había hecho un hueco a sus pies. Delante de los dos había dos vasos de cerveza, delante de la perra un cuenco con agua que Schorsch, el dueño, había colocado sin que nadie se lo pidiera. También había empezado a servir la cerveza del barril antes de que hubiesen hecho el pedido, conocía a sus parroquianos. Los dos agentes solo habían renunciado esa vez al aguardiente de rigor. Brindaron. Gräf parecía recuperar lentamente su buen humor.

—Así que tengo que ponerte al día —dijo, secándose la espuma de la boca.

Rath asintió.

—A fin de cuentas soy quien tiene que informar a los superiores en la reunión,

¿no?

—El informe escrito ya está haciéndose. Lange y yo acabaremos el resto esta noche.

—Bien. De momento me basta con un resumen. ¿Ha encontrado algo el SI?

—Todavía no hay nada confirmado —contestó Gräf—. Ningún rastro de forcejeo, ningún rastro de violencia, ningún indicio de que alguien haya intervenido. Pero tampoco indicios de muerte natural.

—Entonces es cierto que tendremos que esperar a la autopsia. —Rath bebió un trago—. ¿Qué opinas de la suposición de Karthaus? Me refiero a que ese hombre se haya ahogado.

—Aunque suena extraño, creo que el doctor podría estar en lo cierto. El pelo del cadáver todavía estaba húmedo.

—Yo no me he dado cuenta.

—Has llegado demasiado tarde al lugar del crimen. Mírate las fotos que ha hecho Lange y lo verás.

—El pelo mojado. —Rath se encogió de hombros—. ¿Y? A fin de cuentas ayer por la noche llovió.

—El aspecto habría sido distinto, también tenía los hombros mojados, pero el resto no.

—¿Y? ¿Cuál es tu teoría?

—¿Sobre cómo puede ahogarse un hombre en un montacargas? —Gräf hizo un gesto de ignorancia—. No tengo ninguna. Tampoco sobre el pañuelo rojo.

—¿Qué pañuelo rojo?

Gräf lo observó con un reproche contenido en la mirada y Rath levantó las manos, conciliador.

—¡Está bien, está bien! Me miraré las fotos.

—El pañuelo colgaba del carro de rejilla con las cajas de licor. Ahora lo tienen los del SI.

—¿Una bandera comunista?

—Más bien un pañuelo de bolsillo. Ya veremos.

Antes de que Gräf pudiera decir no, Schorsch ya había colocado en la barra dos cervezas Molle más. Los hombres bebieron.

—¿Y de verdad te crees que alguien puede ahogarse en un ascensor? —preguntó Rath.

—Yo no creo nada. —Gräf se encogió de hombros—. Cómo murió ese hombre sigue siendo un misterio. Y si se confirma que realmente se ahogó, el misterio será más grande que pequeño.

—A lo mejor alguien lo dejó allí

—¿Y para eso utilizó la furgoneta de reparto de Lamkau? —Gräf negó con la cabeza—. No, no, todos los indicios hablan claramente en contra. Y al servicio de vigilancia no se le habría pasado por alto un hombre con un cadáver.

Schorsch colocó la tercera entrega sobre la barra y recogió los vasos vacíos.

—Ahora ya es suficiente —dijo Gräf.

—Va, venga, una más. Luego haces unas cuantas gárgaras con Odol y el aliento ya no te huele a alcohol.

—Parece que hables por experiencia.

Rath levantó su vaso.

—En cualquier caso desempeñas una función modélica ante nuestro joven aspirante a comisario, eso sí que has de tomártelo en serio.

También Gräf levantó el vaso.

—Igual que tú te tomas en serio tu función modélica ante un joven secretario de la Policía Criminal, ¿o no te refieres a eso?

—¿Ha informado Lange a los familiares? —preguntó Rath.

Gräf asintió.

—El difunto deja una viuda. Los Lamkau viven justo al lado de su empresa en Tempelhof.

—¿Cuántos empleados?

—Una buena docena.

—Así que se plantea la pregunta de por qué el jefe en persona salió en coche a realizar el reparto.

—Se plantean un montón de condenadas preguntas. He convocado a los testigos más importantes el lunes por la mañana en el Castillo. —Gräf vació el vaso de cerveza y se puso en pie—. Hoy no ha ayudado mucho que el director estuviera dando vueltas por todos sitios, no ha aumentado precisamente la elocuencia de sus empleados. Creo que averiguaremos más cuando los tengamos sentados en la sala de interrogatorios. —Se bajó del taburete junto a la barra—. Tal vez nos enteremos de por qué Lamkau llevaba consigo un sobre con mil marcos.

—¿Con mil marcos?

—Estaban en su bata.

Rath ya iba a decir algo, pero al ver la cara de Gräf lo dejó estar.

—El SI tiene el dinero —prosiguió el secretario—, está buscando huellas dactilares en el sobre.

—Un dineral, ¿qué iba a hacer con él?

Gräf hizo un gesto de ignorancia.

—En fin —dijo Rath—, al menos ahora ya sabemos una cosa...

—¿Qué?

—Que podemos excluir definitivamente —respondió Rath sonriendo— el robo con homicidio.

INSTITUTO DE MEDICINA FORENSE DE LA UNIVERSIDAD DE BERLÍN rezaba la placa de latón en el muro de ladrillo, en la entrada había un coche fúnebre aparcado. La atmósfera apropiada para lo que esperaba detrás del muro.

Ya en la escalera exterior volvió a percibir esa débil sensación en el estómago; no era la mejor condición previa para entrar en la morgue, en cuyas frías catumbas solían esperar desagradables sorpresas.

Esa mañana, la llamada del doctor Karthaus había sacado a Rath de la cama. Después de que Gräf se hubiera despedido la noche anterior para marcharse a trabajar, había cometido la estupidez de seguir bebiendo, se había quedado en el Dreieck para tomar un par de cervecitas más y luego, prudentemente, había vuelto en taxi a casa. Una vez allí había tenido que comprobar, sin embargo, que todavía estaba demasiado sobrio para soportar la soledad de su apartamento, que aún estaba más vacío desde que Charly había aparecido en él y había vuelto a marcharse. Así que, siguiendo el reglamento, había llamado disciplinadamente a la Alex para comunicar dónde podían encontrarlo en las próximas horas, había dejado a Kiguí al cuidado del portero de noche y luego había bajado por la Uhlandstrasse hacia la Ku'damm y se había entregado al swing del Kakadu y a la oferta de bebida de su bien provisto bar, se había resistido a las insinuaciones de una rubia aventurera y había intentado no pensar en Charly, lo que tampoco acabó de conseguir en ese entorno. Aun así, los cócteles lo habían emborrachado lo suficiente para, ya pasada la medianoche, volver a casa y conciliar por fin el sueño.

Hasta que el estridente timbre del teléfono lo había despertado.

—Acabo de descubrir algo que quisiera mostrarle —había dicho Karthaus y lo había citado a las dos en la Hannoversche Strasse.

Rath había dado de comer a la perra, pero él no había probado bocado, sino bebido un café y duchado antes de ponerse en camino con Kiguí. Fue al llegar a la puerta que se acordó de que todavía tenía el coche en Kreuzberg y bajó por la Hardenbergstrasse rumbo a la estación Zoo.

Pese a ello, eran poco antes de las dos cuando entraron en la morgue. El portero conocía a la perra y al comisario, cogió la correa de Kiguí y se ganó al animal con un pedazo de su bocadillo de salami.

—El doctor espera abajo —dijo, señalando con un gesto el sótano donde el médico forense examinaba los cadáveres. Rath mantuvo la vista baja, el dibujo a cuadros blancos y negros del suelo tenía un efecto sedante en su estómago. Cuando entró en la sala de autopsias a través de la gran puerta batiente, encontró al doctor Karthaus en un rincón junto a su escritorio, con una taza humeante de café y un portafolios delante en el que apuntaba algunas notas.

El médico forense levantó la vista y frunció el ceño por encima de sus gafas de lectura.

—¡Señor comisario! ¡Hoy inusualmente puntual!

—Como un clavo.

El doctor plegó las gafas y encendió un cigarrillo. Rath se palpó en busca del paquete de Overstolz que, al parecer, se había dejado en casa. Miró fijamente el estuche metálico que había sobre el escritorio, pero al doctor no se le ocurrió ofrecerle un Manoli, se levantó y condujo a su invitado a una camilla con ruedas en la que bajo una sábana de algodón se dibujaba la silueta de un cuerpo humano.

—Mire —dijo Karthaus, apartando la sábana a un lado de un tirón rápido, casi brutal—, a esto tiene que echarle un vistazo.

El cadáver mantenía la mirada horrorizada de la mañana del día anterior y todavía estaba más pálido, la zona alrededor de la boca todavía más azul. El

doctor cogió la cabeza blanca como la cera por la barbilla y la giró a un lado. El dedo índice envuelto en un guante blanco señaló un lugar en el cuello en el que se había formado un pequeño punto azulado.

—¿Ve a qué me refiero? —preguntó Karthaus, y Rath asintió.

Por un momento estuvo tentado a inclinarse sobre el cuello para poder verlo mejor, pero luego siguió el consejo de su estómago y decidió confiar sobre todo en las palabras del doctor.

—Es la marca de un pinchazo —continuó hablando Karthaus—. Proviene de una inyección. Intravenosa.

—¿Qué tipo de inyección?

—No ha sido su médico quien se la ha puesto —dijo Karthaus—, ya lo he comprobado. A lo mejor era morfinómano. —El doctor dio una calada a su cigarrillo—. Aunque inyectarse en la yugular no es muy usual entre los morfinómanos. Habría necesitado un espejo para pincharse él mismo. Además... si nuestro hombre fuera un adicto a la morfina, habríamos tenido que encontrar otras marcas de pinchazos. Y esta es la única.

Rath aguzó el oído.

—¿Se refiere a que ha sido otra persona quien le ha puesto la inyección?

Karthaus asintió.

—Todo lo señala. Tenemos, pues, signos de una intervención exterior violenta.

—¿Y que ha sido? ¿Una inyección letal?

—Esperemos que el análisis de sangre nos aclare qué sustancia se le administró.

—¡Así que el hombre no se ahogó! —Rath no solía pelearse por tener él la razón, pero en este caso disfrutó de ello.

—No se puede decir exactamente así —contestó Karthaus.

—¿No ha hecho la autopsia al cadáver?

Karthaus asintió.

—Y el hombre también tenía agua en los pulmones. Tanta que es imposible

que la hayan introducido *post mortem*. Hasta aquí son los síntomas típicos de una muerte por ahogamiento. No obstante, la aspiración de agua no fue tan extrema como para conducir inevitablemente a una hipoxia mortal.

—Hábleme para que yo lo entienda, doctor, no soy médico. Y solo tengo conocimientos elementales de latín.

—La palabra «hipoxia» procede del griego. Significa falta de oxígeno. La hipoxia como consecuencia de una aspiración extrema de agua es lo que generalmente se conoce en nuestra lengua como muerte por ahogamiento. — Karthaus miraba a Rath como un profesor severo—. De todos modos, tengo la sospecha de que, pese a que nuestro hombre amenazaba con ahogarse, murió antes a causa de una parálisis respiratoria.

—¿Qué quiere decir con esto? ¿Se ahogó o no se ahogó?

—Se ahogó un poco. No cabe duda de que aspiró agua, una experiencia muy desagradable. Pero es muy probable que no muriese por eso. O, dicho de otro modo: antes de que pudiera morir por ahogamiento su respiración se detuvo.

—Porque le inyectaron un veneno...

Karthaus se encogió de hombros.

—Usted sospecha definitivamente que se trata de un asesinato.

—Porque alguien intervino.

—Y heme aquí ahora, pobre loco...

—Vaya, al menos se sabe a Goethe.

—Tanto si se lo cree como si no, hasta tengo el bachillerato.

Karthaus mostró su reconocimiento.

—Entonces seguro que también habrá aprendido a ser paciente. Cuando tenga el resultado del análisis, también sabremos la causa de la muerte, casi me gustaría apostar por ello. Pero una cosa ya puedo decirle: tenemos ante nosotros una muerte extraña.

Rath contempló el cuerpo, el espanto en su rostro. ¿Quién había tenido algo contra Herbert Lamkau? ¿Y por qué intentó ahogarlo si ya le había administrado una inyección letal?

—Muchas gracias, doctor —dijo—. Cuando sepa algo más, infórmeme, por favor, rápidamente.

Karthus hizo un gesto afirmativo.

Rath ya estaba junto a la puerta cuando se dio media vuelta.

—Ah —dijo—, una pregunta más, doctor...

Karthus arqueó las cejas.

—Es usted médico... ¿No tendrá una aspirina por algún sitio?

Media hora larga después, Rath subía con Kigú las escaleras del metro de Potsdamer Platz. La cúpula bordeada de esculturas de piedra de la Casa Patria dominaba sobre la plaza como un templo romano al que le hubieran atornillado anuncios luminosos. Ese gigantesco complejo era lo primero que el recién llegado veía al salir de las escaleras del metro, después se sumaban en el campo visual la estación del tren y los demás edificios. En la amplia escalinata que precedía a la entrada principal ya había movimiento; en efecto, la gente hacía cola para entrar y que la dejaran sin blanca. La mayoría de los presentes tenían aspecto de asistentes contables de Königs Wusterhausen, el área metropolitana de Berlín, deseosos de pasar en la capital un fin de semana salvaje o lo que fuera que entendieran por ello.

Rath dejó donde estaban a esos paletos y rodeó la Casa Patria con Kigú. En la entrada de proveedores un par de hombres descargaba en ese momento cantidades ingentes de patatas. Rath contempló la escena unos segundos y luego entró en el edificio tranquilamente con la perra. El ascensor de la izquierda todavía parecía estar fuera de servicio, en cualquier caso los de las patatas amontonaban sus sacos solo en el de la derecha. Rath ya casi había llegado a las escaleras cuando alguien lo llamó.

—¡Eh! ¿Qué hace usted aquí? ¿Nos conocemos? —preguntó con un marcado acento berlinés.

Rath se dio media vuelta y reconoció el uniforme de la compañía de seguridad

y servicios de protección. Así que también vigilaban durante el día que no se colara ninguna persona no autorizada. Y era evidente que lo hacían bien. Sacó sus credenciales y el perro guardián levantó la vista desconfiado.

—¿Policía Criminal? —preguntó.

Rath asintió.

—El asesinato de ayer

La palabra asesinato no pareció desconcertar al vigilante.

—¿Ahora qué quiere?

—Examinar una vez más el lugar del crimen.

—¿Ha anunciado su visita?

—La Policía Criminal nunca anuncia su visita.

El perro guardián conservó su expresión desabrida pero dejó pasar al comisario.

Rath subió las escaleras y echó un vistazo delante de los ascensores de cada uno de los pisos. Kiguí olfateaba con curiosidad por doquier, pero Rath no le prestaba atención, ya tenía suficientes malas experiencias vinculadas a las aptitudes de su perra. En realidad los boyeros de Flandes eran tenidos por excelentes rastreadores, pero Kiguí debía de ser la gran excepción.

En el tercer piso tropezó con un hombre vestido con un mono azul de trabajo que estaba acucillado delante de la puerta abierta del hueco del ascensor, atornillando algo. Rath lo observó un rato antes de dirigirle la palabra.

—¿Una avería? —preguntó, tendiéndole un paquete de cigarrillos que había comprado en la estación del metro. El obrero cogió uno agradecido y Rath le dio fuego.

—La puerta —dijo el hombre del mono azul, inhalando complacido—. ¿Por qué lo pregunta?

Rath también encendió un Overstolz y mostró su placa: el técnico de mantenimiento no pareció sorprenderse de tener que hablar con un policía.

—¿Estaba usted presente ayer cuando se descubrió el cadáver?

—No. Fue mi colega Siegmann.

—¿Está en el edificio?

—No. Tiene turno de noche.

—¿Qué ha pasado con la puerta? El señor Siegmann no nos ha explicado nada al respecto.

—Lo hemos visto esta mañana, cuando uno quería bajar y la puerta se ha quedado atrancada. La mayoría siempre sube arriba del todo, a la cocina.

—¿La puerta se atranca?

—Algún gilipollas que apretó el freno de emergencias —respondió con su fuerte acento de Berlín el hombre del mono azul—, justo entre dos pisos. Y luego abrió la puerta a lo bruto en lugar de pedir ayuda. Ha doblado toda la chapa. No cierra bien.

—Este es el ascensor en que ayer se encontró el cadáver, ¿no?

El hombre hizo un gesto de ignorancia.

—Puede ser. Pero eso tampoco es disculpa para esta marranada.

—Si le he entendido bien, alguien salió de la cabina del ascensor, ¿cierto? De la cabina en la que se encontró el cadáver, ¿sí?

El técnico miró como si le hubieran hecho partícipe de un conocimiento inesperado.

—Se refiere a que...

—A que posiblemente esta fuera la vía de escape de un asesino. ¿Ha tocado mucho?

—Tocaré. Sin tocar, trabajos como los nuestros no funcionan.

—Entonces tómese un descanso. U ocúpese de otro trabajo que tenga que hacer. Los criminalistas han de examinar la puerta.

El técnico de la casa parecía tomarse las cosas como venían y se encogió indiferente de hombros.

—Pero deben asegurar esto —dijo—. No vaya a ser que se caiga alguien por el hueco.

Rath asintió.

—Tiene razón. ¿Qué le parece si se encarga usted de eso hasta que lleguen

mis compañeros? ¿Dónde hay un teléfono por aquí?

—Allí detrás. Los camareros tienen una sala de descanso —indicó el hombre del mono azul—. Pero yo no me puedo quedar toda la vida aquí esperando....

Rath pasó por alto la protesta y entró por la puerta que le habían señalado. Al final de una hilera de taquillas, delante de las cuales se estaban cambiando cuatro o cinco hombres, colgaba un teléfono de pared. Rath mostró la placa al camarero de uniforme que estaba hablando, pero el hombre hizo como si no viera al comisario, era evidente que tenía práctica en ignorar. Defecto de profesión. Pero Rath también lo tenía. Apretó la horquilla hacia abajo hasta interrumpir la conexión. El camarero iba a protestar, pero se tragó lo que iba a decir cuando vio la cara de Rath.

Aunque los domingos tampoco estaba en jefatura todo el equipo del SI, Rath pudo contar con dos personas que saldrían de inmediato.

El hombre del mono azul pareció aliviado cuando el comisario regresó a los ascensores.

—¿Puedo volver a mi trabajo? —preguntó.

—Por mi parte, mientras no toque este ascensor, puede llevar a cabo cualquier trabajo que se le ocurra.

El técnico se marchó y Rath encendió un cigarrillo. Su mirada se posó sobre dos ventanas estrechas y altas que conducían hacia el exterior. Una estaba semiabierta. Kigú lo siguió cuando se aproximó a ella.

Cogió un pañuelo de bolsillo y abrió del todo la ventana. Fuera distinguió una especie de galería, un pasillo con una barandilla de piedra que bordeaba el edificio.

Ya iba a subir cuando oyó una tos a sus espaldas y se dio media vuelta. Ahí estaba él, con el ligero traje de verano, de punta en blanco y perfectamente peinado: Richard Fleischer, el director de la Casa Patria. El vigilante de la entrada debía de haber dado la voz de alarma o el hombre del mono azul ya se había chivado porque no le dejaban reparar el ascensor.

—¡Señor comisario! ¡No salgo de mi asombro! ¿Qué hace usted aquí?

—Mi trabajo.

—¡Ayer detuvo la marcha del local y hoy no permite los trabajos necesarios de reparación! Y, además, entra usted a hurtadillas por la puerta trasera.

—¿Habría usted preferido que hubiese accedido por la puerta principal y allí me hubiese presentado en voz alta y nítida en nombre de la brigada de Homicidios?

Fleischer apretó los labios, como si hubiera mordido un limón.

—Tampoco es necesario pregonar a los cuatro vientos un accidente así.

—Al parecer no fue un accidente. Estamos ante un homicidio premeditado. Y en tal caso, eso ya puedo decírselo ahora, la Policía Criminal no puede respetar la actividad de la empresa. Ni tampoco su buena reputación.

—Pero ¿quién iba a querer matar al señor Lamkau? ¿Y además aquí?

—¿Tiene alguna sospecha?

Fleischer lo miró como si le hubiera preguntado si en su tiempo libre le gustaba ponerse ligeros.

—Claro que no —contestó el director—. No creerá que uno de nuestros empleados mató a golpes a un proveedor

—Al señor Lamkau no lo mataron a golpes.

Unos camareros pasaron al lado, acabada ya su jornada laboral o para tomarse un descanso, y se sorprendieron al ver al director delante de los montacargas junto a un desconocido y un perro.

—Pues como sea. —Fleischer bajó la voz—. De todos modos, preferiría seguir esta conversación, si es necesario, en mi despacho.

—Lo siento, pero he de esperar aquí la llegada de mis compañeros.

—¿De sus compañeros? —La perspectiva de tener todavía más policías dentro de la casa no pareció entusiasmar al director.

—La Policía Científica —fue todo cuanto dijo Rath y luego se volvió de nuevo a la ventana—. Debemos investigar las posibles vías de fuga del asesino.

—Por ahí se llega a la galería, no se puede bajar a la calle. Como mucho a otro sitio por el que volver a entrar en el edificio.

Rath ofreció un cigarrillo a Fleischer, que este aceptó. El comisario estaba convencido de que fumar juntos un cigarrillo era el mejor método para acabar con animosidades o recelos.

—Tengo la impresión de que su edificio está bien vigilado —dijo, mientras daba fuego al director.

—Oh, sí, nuestros vigilantes son muy eficientes.

—Según su opinión, ¿por dónde sería posible entrar o salir de aquí pasando inadvertido?

—Yo diría que por ningún sitio. —Fleischer dio una calada y señaló con la cabeza la ventana abierta—. Exceptuando, quizá, que escale usted fachadas.

Rath asintió pensativo.

—¿Cuántas personas trabajan aquí? ¿Doscientas? ¿Trescientas?

—¿Trescientas? —El director sonrió comprensivo—. Solo atendiendo al público hay cuatrocientos camareros; en la cocina central, arriba, ochenta cocineros y ciento veinte asistentes. En números redondos, servimos a un millón de personas al año. En total trabajan para nosotros a lo largo del día casi mil cien personas. Somos como una pequeña ciudad, por decirlo de algún modo, tenemos incluso nuestra propia incineradora de desechos.

Rath no se dejó intimidar por esas cifras.

—Con ese número de trabajadores no los conocerá a todos personalmente.

—Desde luego que no.

—¿Cuántos estaban trabajando cuando mataron al señor Lamkau?

Fleischer se encogió de hombros.

—Eso debería saberlo usted mejor que yo, los reunieron a todos. Cincuenta, tal vez sesenta, si incluye al personal técnico. Y al de vigilancia. Del servicio de atención al público todavía no había casi nadie.

La conversación se vio interrumpida cuando una puerta se abrió y salieron de la escalera dos hombres con batas grises. Rath enseguida reconoció a los miembros del Servicio de Identificación y les mostró la puerta abollada del ascensor.

—Luego examinen también esa ventana a ver si pueden recoger alguna huella. Y si se encuentra quizá algún indicio fuera, en la galería.

Los hombres asintieron, abrieron sus maletines y se pusieron manos a la obra. Rath los observó durante un rato.

—¿Qué cree que va a encontrar ahí? —preguntó al cabo de unos minutos el director.

—Información sobre por dónde ha escapado el asesino —contestó Rath— y a lo mejor incluso indicaciones sobre su identidad.

—Solo espero que este asunto no haga demasiado ruido. A la compañía no le conviene tener mala prensa.

—¿Tiene aquí alguna sección médica?

Fleischer lo miró sorprendido.

—Una habitación de primeros auxilios —respondió—. Con varias camillas. Para casos de emergencia. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Guardan medicamentos allí? ¿Jeringas?

—Por supuesto. ¿Tengo que hacerle una lista?

Rath sonrió.

—Estupendo. Preferiblemente hoy mismo. Y diga a una persona de su confianza que compruebe todos los armarios con las medicinas. Debemos averiguar si falta algo.

El director movió afirmativamente la cabeza como un alumno obediente.

—¿Conocía usted al señor Lamkau? —preguntó de repente Rath—. Me refiero a si lo conocía personalmente.

—No —contestó al instante Fleischer—. Ayer fue la primera vez que lo vi.

—¿Alguno de sus empleados lo trataba en privado?

—No que yo sepa, pero no es algo que pueda excluirse con ese número tan elevado de trabajadores, claro.

—Lo que me maravilla es que el señor Lamkau en persona se encargara del reparto. Y además a esas horas.

Fleischer hizo un gesto de ignorancia y apagó su cigarrillo.

—A veces sucede que el propietario se encarga de la distribución. Y las horas de entrega siempre cambian mucho, dependen de cómo planifiquen la ruta los proveedores. Pero el señor Riedel podrá explicarle más al respecto.

—El señor Riedel —repitió Rath, sacando su cuaderno de notas.

El director asintió.

—Alfons Riedel, uno de nuestros compradores.

—¿Está aquí?

—Lo siento. —El director sonrió—. Es domingo, la sección de compras no trabaja.

—Bien, entonces volveré mañana —anunció Rath—. Por favor, comuníquesele al señor Riedel.

Aunque el director seguía sonriendo, tenía la misma expresión de alguien que sufriese un tremendo dolor de muelas.

La compañía Lamkau tenía su sede en Tempelhof, justo al lado del canal. El aspecto del edificio de la empresa era pulcro, las furgonetas de reparto, una media docena, estaban ordenadamente alineadas en el patio y parecía como si las hubiesen lavado a fondo. Rath aparcó directamente al lado de un brillante vehículo que resplandecía bajo el sol. El Buick, que acababa de recoger de Kreuzberg, mate a causa del polvo del verano, parecía un chico de la calle que ha ido a parar a un grupo de jóvenes preparados para recibir la confirmación. Los coches eran iguales a aquel en el que el propietario de la firma había ido a la Casa Patria la noche anterior y que todavía seguía en manos de la Policía Científica. Unos exhibían publicidad de los licores Lamkau y de Mathée Luisenbrand, y otros de las marcas Danziger Goldwasser o de Treuburger Bärenfang.

Rath bajó del automóvil y le puso la correa a la perra. Camino de la vivienda notó que los pelos de la nuca de Kigú se erizaban y que emitía un leve gruñido.

—Tranquila, amiga mía —dijo—, tranquila.

Y entonces se estremeció pues oyó a sus espaldas un fuerte ladrido y al mismo tiempo el sonido metálico de una cadena desenrollándose cada vez más deprisa. Rath se dio media vuelta y vio un monstruo abalanzándose sobre él. De forma instintiva dio un par de pasos a un lado y esa fue precisamente la cantidad correcta: poco antes de que el perro lo alcanzara, la cadena se tensó y lo detuvo. Pero los ladridos no cesaron, el perro guardián tiraba del collar, resollando y ladrando a los recién llegados. Kiguí había decidido entretanto responder al alarido, de modo que esa quietud propia de las tardes de domingo se vio definitivamente alterada.

El portal de la vivienda se abrió y una sirvienta se lo quedó mirando. Tuvo que gritar para hacerse oír por encima de los ladridos.

—¿Qué desea?

—En primer lugar: que no me devoren. Haga el favor de tranquilizar al perro.

—Lo siento, pero Nerón no me obedece. Solo hacía caso del señor y él, lamentablemente, está...

—Muerto. Lo sé. —Rath mostró la placa—. Mis condolencias. Me gustaría hablar con la señora de la casa, ¿es posible?

La sirvienta señaló el edificio de la empresa.

—La señora está ahí al lado, en el despacho.

—¿Y cómo puedo entrar sin que me despedacen?

Ella se encogió de hombros.

—Haga un arco grande alrededor de Nerón.

Siguiendo esta indicación, Rath consiguió efectivamente llegar a su objetivo, el almacén delante del cual también aparcaban las furgonetas de reparto y una pequeña y modesta ala de oficinas a un lado. El perro guardián dejó de ladrar cuando se percató de que Rath se retiraba. No parecía sentirse responsable de la empresa. Justo al lado de su entrada, una placa de latón de la compañía, que resplandecía al sol tan bruñida como todo en ese lugar, saltaba a la vista. Una de las hojas de la puerta de cristal estaba abierta y Rath entró. La zona de oficinas

estaba limpia y ordenada, aunque en el aire flotaba un discreto olor a alcohol debido seguramente al producto que se vendía ahí.

En la oficina del jefe, Rath encontró a una mujer de cabello ondulado rubio ceniza sentada a la mesa del escritorio ojeando unos documentos, ante ella había un desorden total de archivadores abiertos y cerrados y un montón de hojas sueltas: facturas, pedidos, contratos, listas de nombres. Si hubiese soplado una ráfaga de viento, el caos habría sido perfecto.

Era obvio que la mujer estaba demasiado ocupada para percibir la presencia del comisario; no levantó la vista hasta que él golpeó la puerta abierta y mostró su placa.

—¿Edith Lamkau? —preguntó, y ella hizo un gesto afirmativo—. Rath, Policía Criminal. Mi más sincero pésame por la muerte de su esposo. Disculpe que vuelva a molestarla, por favor.

La viuda Lamkau asintió y levantó la vista de las actas que en ese momento sostenía en la mano. No parecía del todo presente y su apariencia era de desesperación, si bien esa desesperación parecía estar más ligada al caos que reinaba sobre el escritorio que a la muerte de su esposo.

—Menudo lío —se lamentó, aunque era evidente que ella misma era quien había causado ese enredo.

—Un montón de papeleo —comentó Rath comprensivo.

Ella asintió y señaló con una mirada agónica el montón de actas que tenía sobre el escritorio.

—¿Quién se aclara con esto? ¿Quién lo entiende? Pedidos, facturas... Y, además, llaman constantemente para saber cómo va a seguir funcionando esto. En cierto modo la muerte de Herbert se ha divulgado antes que nuestras últimas ofertas.

—¿No tiene a ningún apoderado en la empresa? ¿Alguien que sepa y que pueda echarle una mano?

—Herbert siempre lo hacía él solo. Se ocupaba de todo. Nadie podía sospechar que...

Dejó los documentos y se puso a llorar tan de repente que Rath se asustó. Recordó sus buenos modales y se sacó de la chaqueta un pañuelo de algodón de un blanco inmaculado. Edith Lamkau lo cogió agradecida y se secó con él los ojos.

—Señora Lamkau —dijo Rath cuando ella se hubo tranquilizado—, en este tiempo se ha ido confirmando la sospecha de que su marido no falleció a causa de muerte natural.

—¡Oh, Dios mío! ¿Alguien lo mató? —Rath asintió con el rostro turbado—. ¿Quién?

—Es lo que estamos intentando averiguar, señora Lamkau. Por eso he pasado por aquí. —Señaló hacia el exterior, donde Nerón había vuelto a ladrar—. Está usted bien vigilada. ¿Tenía miedo su marido? ¿Tenía algún enemigo?

Ella movió negativamente la cabeza.

—Herbert solo estaba preocupado por nuestra seguridad. En esta zona ha habido últimamente muchos robos.

—En la bata de su marido hemos encontrado un sobre con mil marcos. ¿Sabe usted de dónde procede ese dinero?

La señora Lamkau hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Pagaban sus clientes las facturas al contado?

—Puede que algunos. No lo sé.

—Entonces debería haber una factura correspondiente a esa suma. ¿Sabe a qué clientes fue a ver ayer su marido? ¿Hay una especie de libro de ruta? ¿Una lista de proveedores?

Edith Lamkau hizo un gesto de ignorancia y Rath creyó en su desamparo. Esa mujer no sabía realmente nada sobre los asuntos de su marido. Lo que dejaba abierta la posibilidad de que entre sus negocios también hubiera alguno turbio.

—A ver qué opina —dijo—, ¿le envío mañana por la mañana a un par de empleados para que se ocupen de sus papeles?

Sonrió agradecida.

—¿Lo haría?

Rath asintió.

—Pero tendrá que prometerme que dejará todos estos papeles por el momento y cerrará la puerta para que nadie se ocupe de ellos.

—Por supuesto. ¡Será un placer! —Era como si Rath le hubiera quitado un peso enorme de encima.

Querido Gereon,

Estoy de nuevo en Berlín y seguimos comunicándonos principalmente por escrito... ¡Es más difícil dar contigo que con el jefe superior de Policía!

Querido mío, me habría gustado verte otra vez antes de encontrarnos inevitablemente en el Castillo. Pero en primer lugar todavía sigue en pie nuestro antiguo acuerdo, ¿verdad? Ningún compañero debe darse cuenta de que nos conocemos algo mejor de lo que permite una relación entre colegas de trabajo. Para mí sería importante, ¿sabes...? Mañana es mi primer día y creo que ya hay suficientes compañeros que consideran que las mujeres policía están fuera de sitio como para darles más munición si nos comportamos con demasiada familiaridad durante el servicio. Ya sabes que en el Castillo los rumores se propagan a la velocidad del rayo.

Pero salvo por esto, considero que deberíamos vernos pronto y hablar. Sigo debiéndote una respuesta.

Perdona que haya dejado a Kigú en la estacada, pero parecía conocer muy bien a ese amable portero y no iba a llevarme a la perra, aunque ella seguro que habría ido obedientemente conmigo. Pero necesitaba salir de tu apartamento, espero que lo comprendas y no te hayas enfadado conmigo. No estoy hecha para esperar a un hombre durante horas, deberías acostumbrarte a eso.

Entretanto me he vuelto a integrar la mar de bien en Berlín. No te imaginas la cantidad de gente que ha venido a verme en tan poco tiempo. Y la Krause de la tienda de verduras de la esquina enseguida ha vuelto a echarme una bronca: «Lo que toque tiene que comprarlo», me ha dicho con ese acento suyo tan cerrado, como si nunca me hubiese marchado. Es fantástico el modo en que Berlín celebra mi vuelta.

Mil abrazos,

C.

Dobló la carta y volvió a meterla en el sobre, luego la sacó una vez más y la leyó de nuevo. Las siete y cuarto. Todavía tenía tiempo de fumarse un cigarrillo antes de ir a jefatura y a la sala de conferencias. Encendió un Overstolz y abrió la ventana lateral. Rath había aparcado el Buick justo al lado de las arcadas del ferrocarril urbano y podía ver cómo los compañeros confluían en el Castillo procedentes de todas partes.

Sacó un tubo de aspirinas del abrigo y se llevó una a la boca, tragándosela con un sorbo de su pequeña petaca plateada. Al instante se sintió mejor, con la vaga sensación de que el coñac contribuía más a su bienestar que la pastilla.

Demasiado poco sueño, mucho alcohol, una combinación que siempre acababa produciéndole dolor de cabeza. Debería haberlo sabido, pero no había podido calmarse sin la ayuda de la botella de coñac.

La noche anterior, cuando el portero se le acercó por encima del mostrador, él enseguida supo que la carta era de ella y ya en el ascensor rasgó el sobre mientras subía al apartamento. Abrió una botella de coñac, se repantingó en el sillón y se puso a leerla. Y no supo si debía alegrarse o enfadarse más por esas líneas que ella debía de haber dejado por la tarde en la Carmerstrasse.

Ya no sabía cuántas veces más, una tras otra, había leído desde entonces la misiva.

Sin por ello entenderla mejor. ¿Que ella no estaba hecha para estar esperándolo durante horas? ¿Significaba eso que rechazaba su proposición de matrimonio? Y que Berlín celebraba tenerla de vuelta... ¿se refería tal vez a que había otro hombre? ¿O simplemente a la vieja Krause? Al menos a él no lo había olvidado. Pero que tuviera que hacer énfasis en la cantidad de gente que la había ido a ver...

También ahora en el coche, cuando leía una vez más la carta con la mente más clara, no acababa de entender lo que expresaba, pero sus palabras se le antojaban más positivas, más amables. Pero lo mejor, mejor que cada una de las palabras en sí, era que la carta olía a ella. Incluso ese día por la mañana podía distinguir, entre el olor del papel y el de la goma adhesiva del sobre, el olor inconfundible de Charly. Volvió a olfatear el papel de carta y lo metió de nuevo en el sobre.

Kiguí, que estaba sentada en el asiento del acompañante y esperaba impaciente que por fin le abriera la puerta, ladró fuerte dos veces arrancándolo de sus pensamientos.

—Tienes razón, amiguita, tenemos que ponernos en marcha.

Rath dio un pequeño rodeo por la Alex y dejó que la perra hiciera pipí antes

de entrar en la Jefatura Superior de Policía. El enorme edificio de ladrillo causaba un efecto tan lóbrego como el de un castillo y era así como lo llamaban los que trabajaban en él: el Castillo. De hecho, antes había dominado la Alexanderplatz como una fortaleza roja, pero ahora las nuevas construcciones lo habían alejado de la plaza y relegado a una segunda línea. El jefe superior de policía, que antes había disfrutado de la vista de la Alex desde su vivienda oficial en el primer piso, tenía ahora que contentarse con ver las hileras de ventanas de la Alexanderhaus, donde había encontrado un nuevo espacio el restaurante Aschinger.

Rath encontró su despacho en el primer piso todavía cerrado. Erika Voss, la secretaria, no llegaba hasta las ocho; debería haber pensado en ello. No le quedaba más remedio que llevarse a Kigú a la sala de conferencias. Ahí ya reinaba cierto movimiento, la sesión iba a empezar en pocos minutos. Se abrió paso entre el gentío para situarse lo más atrás posible. Algunos compañeros lo miraron sorprendidos al verlo hacerse camino con la perra atada a la correa, pero ¿qué otra cosa habría podido hacer? No iba a dejar a Kigú atada fuera.

—¿Van a presentarnos hoy a los nuevos perros policía? —preguntó un funcionario. Los que estaban alrededor se echaron a reír y Rath trató de esbozar una sonrisa. Acababa de hacer entrar en razón a la inquieta Kigú con un áspero *sitz!*, que ella obedeció para sorpresa de su propio amo, cuando llegaron en fila Lange, Charly y otra mujer, y detrás de los aspirantes a comisario, finalmente, Bernhard Weiss. Y pese a que él ya sabía que iba a volver a verla ahí, su corazón empezó a latir más deprisa. Charly llevaba un discreto conjunto gris ratón en el que sin embargo estaba deslumbrante, y así más o menos pensaba Rath que la debía de ver todo el mundo en la sala. Aunque no se oyó nada por el estilo, a él le pareció como si todos los hombres silbaran admirativos a su paso, en cualquier caso todos tenían aspecto de estar deseando silbar. Rath volvió a sentirse invadido por esa antigua cólera y no pudo hacer nada más por combatirla que apretar los dientes.

Los nuevos se sentaron en la primera fila y ya no se volvieron a ver. El doctor

Weiss subió a la tarima y se acercó a la tribuna del orador. Los cuchicheos de la sala se convirtieron de inmediato en un leve murmullo, pero el subjefe de policía siguió esperando a que desapareciera el último carraspeo para empezar.

—Antes de que procedamos al auténtico, satisfactorio objeto de nuestra reunión, déjenme decirles un par de cosas sobre la situación actual —comenzó, mirando con seriedad a los reunidos. A causa de los gruesos cristales de las gafas uno tenía siempre la impresión de que Bernhard Weiss lo miraba directamente a los ojos—. Pues esta situación se ha recrudecido de forma escandalosa desde hace exactamente dos semanas: desde que las SA y las SS vuelven a desfilar y pueden lucir de nuevo sus uniformes. Las consecuencias: solo en este fin de semana se han producido conflictos políticos en Wedding y en Moabit que se han cobrado cinco heridos y un muerto. Ese es el balance de un fin de semana solo en Berlín.

—¿El muerto no es uno de las SA al que los rojos mataron a tiros? —susurró un agente que estaba al lado de Rath en un tono muy bajo de voz para que el subjefe no lo oyera.

—Había buenas razones para prohibir el uniforme —prosiguió Weiss su discurso—. Sin él, los hombres de las SA aparecen como lo que son: bandas de camorristas violentos. En uniforme, sin embargo, no se sienten como delincuentes, más bien al contrario: se permiten incluso actuar como si fueran policías. Suele ocurrir cada vez con más frecuencia que los hombres de las SA tienen la desfachatez de realizar registros en las casas de comunistas. Se ha informado desde Friedrichshain que una tropa de las SA asaltó una heladería y pretendía llevarse a todos los miembros de la milicia Reichsbanner; como si se tratara de una redada de la policía contra sindicatos y demócratas. Por fortuna la llegada de nuestros compañeros pudo desbaratar sus planes. Este comportamiento, señoras y señores —dijo Weiss y al pronunciar la palabra «señoras» lanzó una mirada afable a la primera fila, donde seguramente estaban sentadas Charly y su compañera— no es más que usurpación de funciones públicas. Por eso les pido a ustedes y a todos los compañeros que dediquen

especial atención a su trabajo y sofoquen, a ser posible en su origen, los incidentes correspondientes. No podemos dejar la calle a esa chusma, ni a los camisas pardas ni tampoco a los rojos.

Weiss hizo una pausa y un par de agentes empezaron a aplaudir, pero el aplauso enseguida se desvaneció, lo que en cierto modo produjo un efecto más lamentable que si nadie hubiese aplaudido.

—Por desgracia —continuó el subjefe—, con su política el nuevo gobierno ha animado a los nacionalsocialistas a que cometan estas acciones. Desde hace dos semanas, y así de claro debemos desafortunadamente decirlo, desde que se levantó la prohibición de las SA, la seguridad de nuestras calles vuelve a verse en extremo amenazada.

—Y yo que pensaba que la policía no es política —musitó un funcionario al que Rath no conocía en la fila de delante—. Para mi gusto aquí se habla demasiado. A fin de cuentas trabajamos para ese gobierno que ahora se está criticando.

—Nuestro patrón superior no es el Reich alemán, sino el Estado Libre de Prusia —siseó un hombre detrás del criticón—. Está claro que el gobierno del Reich no está en sus cabales.

—Pero al menos todavía es un gobierno. Prusia ya no tiene ninguno, en cualquier caso, ninguno que funcione.

—Bah, ¡cierre el pico!

—¿Tengo que enseñarle aquí quién debe cerrar el pico ahora mismo?

Antes de que la pelea fuera a más, dos compañeros intervinieron y separaron a los gallitos, pero la agitación y el alboroto en las últimas filas también habían atraído la atención de Weiss. El subjefe deslizó una severa mirada por la sala y todos los que fueron alcanzados por ella o que así lo creyeron dejaron de murmurar al instante. También los dos funcionarios que casi habían llegado a los puños se limitaron a expresarse su animadversión con unas hoscas miradas.

Cuando volvió a reinar la calma, Weiss continuó.

—Llegamos ahora a algo más grato, al auténtico objeto de nuestro encuentro.

Les pido que saluden a los nuevos aspirantes a comisarios que de aquí en adelante van a prestar servicio en sus filas.

Cogió una lista y leyó en voz alta los nombres de los nuevos, y cada uno de los mencionados avanzó unos pasos hasta que todos, los novatos, formaron fila ordenadamente. La mayoría sonreía nerviosa, Lange se había puesto como un tomate; por el contrario, Charly, que estaba al lado de la rubia, miraba a la sala con una sonrisa segura de sí misma, una sonrisa que a Rath le pareció demasiado amistosa para esa horda de brutos.

El subjefe continuó con el habitual sermón de que había que tratar bien a los aspirantes en el día a día y prestarles ayuda, y terminó con la broma que siempre hacía en esas ocasiones:

—No lo olviden: uno de estos caballeros podría ser en pocos años su superior.

Los presentes rieron debidamente, aunque la mayoría ya había escuchado ese chiste más de una vez. Y a nadie le extrañó que Weiss excluyera a las dos mujeres. Pues así eran las cosas en realidad: por muchos éxitos que Charly o su compañera cosecharan, nunca saldrían de la Inspección G, y nunca ninguna de ella por muy capaz que fuera daría órdenes a un hombre. En cualquier caso, no en el Castillo, como mucho en la vida privada.

—Me alegra especialmente —dijo Weiss cuando las risas de cortesía cesaron— poder presentarles a dos damas, dos aspirantes a comisarias que reforzarán nuestra Inspección G.

Así que ese era el aspecto que presentaba el futuro profesional de Charly en la Policía de Berlín: la Inspección G, la Policía Criminal Femenina que se ocupaba en especial de la delincuencia juvenil y de mujeres que incurrieran en delito. Seguramente habría sido más útil que trabajase en complicadas investigaciones sobre asesinatos, pero no volvería nunca más a la Inspección A, encargada de homicidios y lesiones físicas, a no ser como taquígrafa.

—Joder, ya me gustaría a mí enseñarles algo a esos dos bomboncitos —oyó murmurar Rath a su lado a alguien cuya voz le pareció familiar—, y yo ya sé el qué. La morena está buenorra, ¿a que sí señores míos?

Rath estiró el cuello, pero no pudo averiguar de dónde salían exactamente esas palabras o quién las había pronunciado. Sintió que volvía a invadirle esa furia impotente que ya antes había experimentado, y más cuando un par de compañeros habían comentado con una risa contenida esas frases. ¿Es que esos guarros no podía cerrar el pico? Claro que no. La policía era una asociación de hombres, allí las mujeres eran cuerpos extraños. En este sentido, Rath se alegraba de que Charly tuviera que trabajar en la Inspección G con sus iguales y no tener que pelearse con bocazas de ese calibre.

Había dejado de prestar atención, pero por el murmullo, que iba subiendo el volumen, Rath notó que el doctor Weiss había dado por concluida la reunión. Se dejó llevar por la riada de agentes y fue acercándose lentamente a la salida. Ya casi había llegado a la puerta cuando notó que Kiguí tiraba de repente con fuerza de la cadena.

—*Fuss* —siseó, pero la perra no reaccionó, gimió e insistió todavía con más fuerza.

Rath distinguió entre el gentío un sombrero de señora color gris ratón a unos metros de distancia por delante de él y comprendió por fin lo que sucedía: la condenada perra había olfateado y reconocido a Charly. En ese momento movía como una loca el rabo y tiraba todavía con más fuerza de la correa, de modo que Rath casi no podía detenerla, y de golpe soltó un tan breve como fuerte «¡buff!» lleno de reproches, como si quisiera decir: «¡Déjame de una vez que vaya con ella!».

Todas las miradas se volvieron hacia el animal y su amo, también los ojos de Charly destellaron. Vio que sonreía al reconocerlos a él y a la perra, y cómo esa sonrisa se helaba primero y luego desaparecía cuando caía en la cuenta de lo que sucedía. Ahora Kiguí ya casi había llegado a su lado y era casi imposible detenerla. Un boyero de Flandes adulto era fuerte, Kiguí ya no era el ovillo de pelo pequeñito y dulce que había sido. Charly no pudo quedarse mirando cómo el animal se esforzaba para alcanzarla y dio un paso hacia él, lo acarició y dejó que le lamiera las manos.

Después de un caluroso saludo, la perra se tranquilizó y Rath pudo tirar de nuevo de ella para que volviera a su lado.

—No —dijo. Amenazó a Kiguí con el dedo índice y la mandó sentarse. Estaba en ese momento justo frente a Charly y apenas se atrevía a mirarla a los ojos. Vio sus hoyitos y la mirada curiosa de los que estaban a su alrededor. Algo así como la mitad de la Policía Criminal había presenciado el efusivo saludo del animal; ellos no habían imaginado su encuentro en el Castillo de este modo. En cualquier caso, no era así como uno pasaba desapercibido.

—Lo siento —musitó, mirando ahora a Charly a los ojos—. No volverá a suceder. Tengo que educarla mejor.

—¿No es esta la perra que hace unos años nos condujo al asesino del cine?

Rath asintió agradecido por su presencia de ánimo. Charly había colaborado en ese caso. Y al menos los compañeros de la Inspección A sabían que se conocían desde entonces.

—La felicito por su memoria, señorita Ritter —dijo él, levantándose el sombrero—. Me alegro de volver a verla con nosotros. Lástima que la Inspección A deba renunciar a su presencia.

Y dicho esto se dio media vuelta y aceleró el paso hacia la gran puerta de la sala, luchando contra la tentación de volverse otra vez. No habría podido mirar ni un segundo más a Charly a los ojos, no en presencia de tantos compañeros, no si tenía que fingir de esa manera.

Kiguí ya no volvió a dar más problemas y siguió obedientemente a su amo.

—Está entrenada para ligar, ¿eh? —preguntó un compañero que salía con Rath, dándole un codazo en el costado—. ¡A ver si me la presta un día!

Rath se forzó a dibujar una sonrisa cómplice y recorrió el pasillo flanqueado de puertas de oficinas tan deprisa como nunca en todos sus años de servicio. No volvió a girarse y se alegró cuando por fin llegó a su despacho.

Erika Voss ya había llenado los dos cuencos que tenía preparados en el despacho para Kiguí y enseguida se ocupó de ellos. Un día Rath había ordenado a su secretaria cuidar de la perra durante las horas de servicio porque, a fin de

cuentas, a ella había que agradecerle que él se hubiera quedado con el animal, que había pertenecido a la víctima de un asesinato.

—El compañero Gräf ha vuelto a marcharse —informó Voss—, hoy tiene que hacer un resumen de la situación del fin de semana. Ha preguntado por un informe, Casa Patria; ¿tiene idea de dónde puede estar?

La reunión matinal, introducida en su tiempo por el comisario jefe Böhm, se había convertido entretanto en una especie de ritual en la Inspección A. Los agentes de la Criminal intercambiaban noticias sobre los casos actuales, incluso superando los reducidos límites de cada uno de los grupos de investigación. Una mirada exterior siempre podía volver a poner en marcha investigaciones que se habían estancado y algunas veces incluso se había podido confirmar que asesinatos que aparentemente eran independientes tenían alguna relación entre sí.

Cuando Rath por fin entró, ya estaban todos en sus sitios y Gräf había empezado su presentación. De los funcionarios de más alto rango de la Inspección de Homicidios, él era el único que no había conseguido llegar a tiempo desde la sala grande hasta la pequeña de conferencias. Todos se volvieron hacia él, también Gräf.

El secretario de la Criminal, por cuyo aspecto se diría que estaba rendido, enumeraba todas las muertes que se habían registrado en la comisaría de la Policía Criminal de la Alex durante el fin de semana. Aparentemente no había en ello nada especial, sin embargo, Ernst Gennat, el jefe de la Inspección de Homicidios, escuchaba fascinado. El consejero era conocido por no dejar escapar ningún detalle y a menudo había deducido a partir de insignificancias, en apariencia banales, la solución de un caso de asesinato. Y también por ver vínculos donde nadie los veía.

Rath atendía solo a medias a lo que contaba Gräf. En la Stuttgarter Platz, en Charlottenburg, se había producido un tiroteo con víctimas mortales, posiblemente una reyerta con trasfondo político, del cual ya se habían encargado los compañeros del departamento IA, al igual que del nazi muerto en Wedding

que Weiss había mencionado antes. A esas alturas, esas cosas ya formaban parte del día a día de la Policía Política. El hallazgo de un cadáver en Grunewald ya se había revelado como un suicidio y estaba en manos de la comisaría competente. Y luego, en el palacio de Bellevue, un hombre había matado a su esposa con una navaja de afeitar, un caso que la comisaría 21 había empezado a investigar por su cuenta al principio hasta que al final había acabado en la Alex, con el comisario jefe Wilhelm Böhm, quien ya había incluido en su brigada de Homicidios a Henning y Czerwinski; dos compañeros con los que Rath colaboraba con frecuencia y que, en realidad, pertenecían a la brigada Fantasma. Rath pensaba en ese momento en cómo recuperar a los dos para su grupo de investigación cuando de repente oyó su nombre.

—Puesto que el comisario Rath está presente —dijo Gräf—, él les informará mejor acerca del caso del que antes les he hablado a grandes rasgos: el hallazgo de un cadáver en la Casa Patria en la madrugada del sábado.

Era evidente que el secretario no estaba muy contento con que el comisario se hubiera llevado el informe el día anterior. Rath se puso en pie y se dirigió hacia delante con el todavía flaco expediente de investigación bajo el brazo. No miró en su interior, pues la mayor parte de lo que tenía que explicar todavía no estaba allí. Contó en pocas palabras lo que habían encontrado en la Casa Patria antes de relatar el descubrimiento del doctor Karthaus.

—Por lo visto, es posible que nos encontremos ante una muerte violenta, pese a no haberse hallado ningún tipo de indicios de violencia salvo el de esa inyección supuestamente administrada por un tercero en la yugular. En cualquier caso, se trata de un asunto en extremo misterioso y no solo por las peculiares circunstancias concomitantes de la muerte.

Ernst Gennat, un hombre de imponente estatura a la que también debía el apodo de Buda, se había mantenido en silencio hasta entonces, pero en ese momento tomó la palabra.

—Si le he entendido bien, el cadáver muestra todas las marcas de una muerte por ahogamiento, pero ¿es posible que no se haya ahogado?

—Exacto, señor consejero. Siempre que yo haya entendido correctamente al doctor Karthaus.

Algunos hombres rieron. La mayoría de los que estaban en la sala habían tenido sus propias experiencias con la jerga del médico forense. Lange y Gräf no se rieron.

—Todavía carecemos de un diagnóstico escrito —prosiguió Rath—, pero esperamos contar con indicaciones más concretas sobre cómo murió con los resultados del análisis de sangre. Sin embargo, ya es suficientemente extraño: una muerte por ahogamiento simulada, por así decirlo. En un montacargas.

Gennat asintió pensativo. Algo parecía preocuparlo, pero no dijo nada más y Rath prosiguió con su informe, mencionó su descubrimiento en la puerta del ascensor del tercer piso y comunicó sus sospechas de que el autor del crimen probablemente se hallara dentro del círculo de los empleados de la Casa Patria.

—En cualquier caso, supongo que el asesino todavía estaba en el recinto cuando llegó la policía. El servicio de vigilancia se cuida bien de que ninguna persona no autorizada entre y salga. Y según la declaración del vigilante que estaba de guardia nadie abandonó el edificio después del crimen. Tenemos una lista de unas cincuenta personas que se encontraban en la Casa Patria la mañana del sábado, volveremos a interrogarlas a todas y a analizar cuidadosamente sus declaraciones. A lo mejor encontramos un móvil.

—Y los mil marcos —preguntó Böhm—, ¿no son un móvil?

—Si lo hubieran sido no hubieran estado allí —contestó Rath, apoyado de nuevo por un par de risas. Se alegró de la expresión avinagrada de Böhm.

—No forzosamente —intervino Gennat—. El compañero Böhm tiene toda la razón. No es corriente llevar tanto dinero en un sobre en blanco. El dinero siempre puede ser el móvil de un asesinato, no solo en un caso de robo con homicidio.

—Por supuesto, señor consejero. —Rath carraspeó—. Ciertamente yo también he reflexionado sobre este detalle. La viuda no se explica la causa de que su marido llevara ese dinero en el bolsillo. Aunque la señora Lamkau no se

defiende bien en los negocios. Hoy estudiaremos los papeles de la empresa y veremos si encontramos allí alguna explicación para esa suma.

—Si es así, también podría haberse ahorrado ese estúpido comentario a costa del compañero Böhm.

Gennat ya no le dejó tiempo para replicar y dio por terminada la sesión. Acto seguido se oyó el sonido de las patas de las sillas arrastrándose por el suelo de piedra. Aunque ya se temía que no tenía posibilidades, se acercó a Gennat para intentar recuperar a Henning y Czerwinski, a quienes se habían llevado del grupo de investigación Fantasma. Fue en vano.

—Según tengo entendido, lleva usted semanas con este caso sin haber hecho ningún tipo de avance —dijo el Buda—, así que puede dejar descansar un rato la investigación. En primer lugar, se ocupará junto con los compañeros Lange y Gräf exclusivamente del muerto en la Casa Patria. Puede que ahí tenga más éxito.

—Con permiso, señor consejero, también podría necesitar más personal para esta investigación.

—Me resulta realmente imposible proporcionarle más hombres, la Inspección A está en la actualidad hasta las orejas de trabajo.

—¿Y los aspirantes a comisario?

Gennat pensó un poco.

—Veré qué puede hacerse —contestó.

—Gracias, señor consejero.

El pequeño grupo de investigación ya lo estaba esperando cuando Rath regresó al despacho. Erika Voss acababa de preparar café, Lange y Gräf sostenían cada uno una taza humeante en la mano. Ambos tenían unos oscuros círculos bajo los ojos.

—¿Un cafecito, señor comisario? —preguntó Voss.

Rath asintió.

—Muchas gracias —dijo cuando le llevó una taza, y se dirigió hacia el fondo con los dos agentes de la Criminal—. Ah, Erika —dijo antes de cerrar la puerta

intermedia—, telefonee por favor a medicina forense y pregunte al doctor Karthaus si ya ha acabado el análisis de sangre de Lamkau. Y pregunte en el SI si los compañeros de la Científica han encontrado una jeringuilla en la Casa Patria.

—Menos mal que también nosotros tenemos acceso a tus actividades de ayer —dijo Gräf en cuanto Rath hubo cerrado la puerta.

—Ayer pasé por tu casa pero no estabas.

—Al menos podrías haber dejado una nota en el despacho. Ya que te llevas tranquilamente el expediente de la investigación.

—¿Vas a reprocharme que me haya puesto manos a la obra después de enterarme de las novedades del médico forense? —Rath colocó el expediente sobre la mesa—. A partir de ahora volvemos a trabajar en grupo. Los tres.

—¿Solo somos tres? —preguntó Gräf.

—De momento el caso Fantasma queda cerrado, y Gennat no puede poner a más gente a nuestra disposición para el muerto de la Casa Patria.

—¿Sabes la cantidad de interrogatorios que nos espera hoy?

—Tendremos que repartirlos entre los tres.

Gräf suspiró.

—¡Joder, Gereon! A veces es realmente un castigo trabajar para ti.

Intentó concentrarse en el expediente que tenía delante, pero por mucho que se esforzara, por mucho que estuviera dispuesta a mostrar su implicación el primer día, no lo conseguía. No se le iba de la cabeza el modo en que Gereon la había mirado cuando la perra había corrido a saludarla. Había ahí una tristeza, una extraña falta de seguridad, que no se debía solo al hecho de que Kigú los hubiese forzado a un encuentro inesperado ante los ojos de los demás compañeros. Estaba claro que tenían que hablar de una vez tras ese desastroso fin de semana, tras ese ruinoso reencuentro. Había intentado localizarlo todo el domingo, pero en el listín telefónico todavía no estaba su número y en el Castillo no habría podido pedírselo a nadie sin levantar recelos. Así que no le había quedado otro remedio que ir a verlo a la Steinplatz en la bicicleta de Greta. El amable portero le había dicho ahí que el señor Rath acababa de salir hacía unos pocos minutos. La primera vez lo había creído; la segunda había sentido que posiblemente Gereon le había mandado decir que no estaba en casa. Le había dejado una carta, la segunda, y había esperado que él reaccionara, que al menos la llamara, pero no lo había hecho, ni ayer por la tarde ni esa mañana. Debería haber sabido que no podría hablar con ella durante la conferencia. Y encima esa absurda idea de aparecer con la perra...

—¿Tú qué crees? Pueden venir de Wedding, ¿no?

—¿Hum?

Charly levantó la vista y vio el rostro inquisitivo de su rubia compañera. Karin van Almsick no contaba con ninguna experiencia previa en el trabajo policial,

había llegado a la Alex procedente de Protección de Menores. No habían podido contarse nada más en el camino desde la sala de conferencias hasta el despacho de la Policía Criminal Femenina, en el segundo piso, donde la consejera Friederike Wieking había recibido a las dos nuevas, un recibimiento realmente seco y carente de todo tipo de sentido del humor, así lo había percibido Charly, en cualquier caso en comparación con Ernst Gennat, quien dirigía su inspección con mucha más calidez humana. Y tras esa breve bienvenida, Wieking había colocado sobre la mesa de las aspirantes a comisarias su primer trabajo duro: una pandilla de chicas que por las noches robaba a los pasajeros de los vagones vacíos del metro y que llevaba semanas teniendo en vilo a la policía. Contaban con un par de vagas declaraciones de testigos y, salvo eso, nada más. Ya tenían expedientados siete atracos con el mismo método y poco se podía hacer con las descripciones de las delincuentes, sobre todo porque en parte eran muy distintas unas de otras. Los testigos solo coincidían en que siempre se trataba de dos o tres chicas armadas con cuchillos para amedrentar a las víctimas.

—¿De Wedding? —preguntó Charly. En realidad no era una pregunta, sino una repetición.

Su compañera no pareció darse cuenta.

—Todos los robos se cometieron en la línea C —dijo—, la mayoría en el norte. Llama la atención, ¿no?

Charly se encogió de hombros.

—¿Qué quieres decir? ¿Deberíamos proponérselo a Wieking?

—¿El qué?

—Emprender una caza en Wedding o algo así. Buscar a una pandilla de chicas. Seguro que Wieking espera que le digamos algo, ¿no?

Charly no podía remediarlo, pero el celo de su nueva compañera la sacaba de sus casillas. Por una parte. Por otro lado lo entendía: ella misma debería haber mostrado el mismo entusiasmo ese día.

—Perdona —dijo—, no he llegado tan lejos con el expediente. Tal vez deberíamos intercambiar opiniones después del descanso de mediodía.

—O durante.

—Eso.

Charly sonrió a su nueva compañera. La ex empleada en Protección de Menores parecía querer estrechar los lazos con ella y Charly no pretendía parecer reservada, eso podría considerarse un acto de arrogancia por parte de una persona que ha estudiado Derecho.

Realizó otro nuevo intento y trató de concentrarse en el expediente, pero ya en las primeras líneas confirmó que leía las palabras pero no se enteraba del contenido. Lo intentó otra vez, pero volvió a ver los ojos de Gereon, la tristeza de esa mañana, su cara dos días antes, la decepción que había intentado esconder cuando ella no había reaccionado ante el anillo con un alegre «sí». Aunque ella ya podía imaginar que algo así iba a suceder; sí, a decir verdad ya había sabido que en cuanto tuviera la oportunidad él le pediría que se casara con él, pero en ese momento se había sentido totalmente superada. Desde el último verano sabía que había adquirido un anillo de compromiso, durante todos esos meses en París podría haber reflexionado sobre si llegaba a imaginarse casada con Gereon Rath, y en realidad lo había hecho un par de veces, al principio del todo; pero luego se había concentrado en su trabajo y en su nueva vida en esa nueva ciudad hasta que tales reflexiones habían desaparecido completamente de su mente. Y durante el viaje en tren hacia Berlín se le habían pasado por la cabeza todos los pensamientos habidos y por haber, especialmente aquellos relacionados con su futuro como aspirante a comisaria, pero ni uno solo en torno al tema boda. ¿Es que el muy memo no había podido esperar uno o dos días para hacerle la proposición en lugar de cogerla desprevenida?

No pudo evitar sonreír cuando se percató de lo que estaba haciendo ahí. Ya había alcanzado su objetivo, por fin estaba en la Policía Criminal, no de taquígrafa como hacía unos pocos años, sino como aspirante a comisaria, ¿y qué hacía el primer día de trabajo? Pensar durante horas en Gereon Rath en lugar de ocuparse del caso que le habían librado. Cerró el expediente.

—Tengo que hacer una breve llamada —anunció a Karin.

Su compañera la miró y se encogió de hombros.

—Por supuesto.

—Privada. ¿No te importa?

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de la joven.

—¿Cómo se llama?

Charly no pudo reprimir una sonrisa, aunque, en realidad, no era su intención intercambiar confidencias con la nueva compañera. Levantó el índice amenazadora.

—Ojito —dijo—. ¡La curiosidad es la madre de todos los males!

La compañera se puso en pie.

—De todos modos quería ir a la Sección de Robos y preguntar si constaba en actas algún caso similar. —Guiñó el ojo—. A lo mejor reconocemos algún tipo de patrón.

Charly sonrió amablemente aunque ese guiño de supuesta complicidad la ponía de los nervios. Esperó un momento a que cerrara, pues creía que Karin van Almsick era totalmente capaz de pegar el oído a la puerta, hizo de tripas corazón y marcó el número que tan bien conocía.

—Voss, brigada de Homicidios, despacho del comisario Rath.

Mierda.

—Ritter. Inspección G. Con el comisario Rath, por favor —respondió ella, aparentando la mayor profesionalidad posible.

—El señor comisario no está en su puesto. ¿Puedo darle algún recado?

—No es necesario, luego volveré a intentarlo.

Charly colgó. ¡Mierda! ¿Tan difícil era hablar el uno con el otro estando en el mismo edificio? ¡Y mira que sacar de la oficina a su compañera por esa absurda llamada!

Intentó ocuparse otra vez del expediente, pero se dio cuenta de que volvía a divagar con sus pensamientos.

El teléfono de su escritorio sonó y Charly se estremeció. ¿Habría mandado decir que no estaba y ahora le devolvía la llamada?

—Ritter, Inspección G —contestó según las normas pero con el corazón desbocado.

—Gennat —oyó en el aparato, y su corazón volvió a serenarse—. No quería olvidarme de desearle todo lo mejor al comienzo de su año de aspirante a comisaria.

—Muchas gracias, señor consejero —respondió debidamente Charly. Tuvo que esforzarse para esconder su desilusión. Apreciaba, sí, casi idolatraba a su antiguo jefe, y sabía que una llamada así no se daba por sentada, que casi equivalía a ser armado caballero, pero en ese momento no podía valorarlo como se merecía.

—Creo que hablo en nombre de la Inspección A si le digo que lamentamos mucho que ya no trabaje en Homicidios.

—Más lo lamento yo. Pero en la división de las Inspecciones de la Policía Criminal de Berlín no se puede cambiar nada.

—No, no se puede —dijo Gennat—, ni siquiera yo. —Carraspeó antes de hablar—. Pero voy a hacerle una propuesta, Charly. Si está usted conforme, hablaré con sus superiores. Y por lo que sé de la señora Wieking, no pondrá ninguna objeción.

—¿Qué propuesta es esa, señor consejero?

Cuando Gennat le explicó lo que tenía que proponerle, Charly se alegró de que Karin van Almsick no estuviera sentada enfrente de ella en ese momento.

Los interrogatorios se habían comido su descanso del mediodía. En contra de lo esperado, Gennat no había puesto a su disposición ningún agente más, ni siquiera un aspirante a policía. Así que, camino de la Potsdamer Platz, Rath se había detenido un momento en la Leipziger Strasse para comprar en el Aschinger una salchicha con col lombarda. No habían tenido tiempo para un descanso ni tampoco para intercambiar impresiones y consultas, y, por lo visto, el maratón de interrogatorios había confirmado básicamente lo que ya sabían. El hallazgo más importante tal vez era que uno de los testigos no había aparecido.

Había enviado a Gräf y Lange, sus únicos subordinados, a la compañía Lamkau, en Tempelhof.

—La jefa os está esperando. Miraos los papeles de la compañía, las facturas recientes y demás. A ver si encontráis alguna explicación de los mil marcos que Lamkau llevaba en la bata. —Así se había librado de los dos por un rato y cumplido la promesa que le había hecho a Edith Lamkau.

Al llegar a la Casa Patria se alegró de haber comido algo por el camino, pues encontró en la Terraza del Rin a Alfons Riedel en pleno ajetreo de la tarde. La parte frontal de la sala mostraba tras una hoja de cristal un enorme panorama del Rin iluminado: Sankt Goarshausen con barcos y trenes circulando. El comprador de licores estaba sentado en un rincón más o menos tranquilo del local delante de toda una batería de botellas y probaba distintos digestivos.

—Ya, ya, Lamkau —dijo moviendo la cabeza—. Una tragedia lo que ha pasado.

Rath pidió un café al camarero que lo había acompañado hasta la mesa.

—¿Lo conocía personalmente? —preguntó.

—Yo diría más bien profesionalmente.

—Pero ¿le estrechó alguna vez la mano? ¿Habló con él?

—Por supuesto. —Riedel olfateó con mucha calma la copa que acababa de servirse.

—Lamkau llevaba una enorme cantidad de dinero en efectivo, cuyo origen todavía no está claro. ¿Es posible que Lamkau fuese el sábado por la mañana a la Casa Patria para hacer la entrega en persona porque tenía una cuenta que saldar?

—Kempinski paga con cheque o por giro bancario. ¡Pero no en efectivo! —Riedel casi parecía indignado.

—¿Quedan todavía facturas pendientes entre la Casa Patria y la empresa Lamkau?

—Kempinski —dijo Lamkau—, yo no compro solo para la Casa Patria, sino para la compañía Kempinski.

—¿Y? ¿Debe todavía Kempinski algo a Lamkau?

—No me ocupo directamente de los pagos, pero, por lo que yo sé, no.

—¿Tiene usted tal vez alguna explicación para la presencia de tanto dinero en efectivo?

Riedel se encogió de hombros.

—A lo mejor había hecho antes una entrega en otro sitio. No sé cómo pagan sus facturas los otros locales.

—Nos sorprende que el propietario de la compañía se encargue personalmente de hacer el reparto en sábado.

Riedel miró alrededor como si tuviera miedo de que alguien pudiese estar escuchándolo.

—No hay que hablar mal de los muertos —dijo al final—, lo averiguaré en algún momento.

—¿Qué?

—Posiblemente —dijo el comprador, haciendo una pausa cargada de

significado— era un signo de su buena voluntad hacer él personalmente la entrega. La compañía Lamkau tiene algo que enmendar.

Rath aguzó los oídos.

Riedel señaló las botellas que tenía delante de él.

—Lo que ve aquí son todos alcoholes excelentes —dijo—. Kempinski no le da a nadie matarratas. Nuestros clientes lo saben y lo saben nuestros proveedores.

—¿Qué tiene eso que ver con Lamkau?

Riedel bajó la voz.

—En una de las últimas entregas había una partida adulterada con agua. Varias cajas. No era el Luisenbrand de la etiqueta de las botellas, sino un licor barato cualquiera. Puede que un lego hubiese caído, pero no un experto: imposible.

Riedel olfateó una copa de orujo claro. No resultaba difícil pensar que era un experto en bebidas alcohólicas de todo tipo, no solo por la nariz cubierta de venillas rojas.

—¿Significa eso que Lamkau trataba de endosarles un artículo de menor calidad?

—¿Quién sabe? —Riedel hizo un gesto de ignorancia—. Él no destila el producto, pero tiene la distribución exclusiva de Mathée Luisenbrand en toda Alemania Central. Algo así no debe ocurrir.

—Pero ocurrió.

Riedel asintió.

—Exacto. Y por eso la empresa Lamkau estaba a punto de ser tachada de nuestra lista de proveedores. Me había citado hoy con Herbert Lamkau para hablar. —Miró el reloj—. En realidad, debería estar sentado donde está usted ahora.

De repente se apagaron las luces de la sala y un murmullo se extendió entre la muchedumbre. Detrás de la lámina de cristal se dibujó un rayo, justo después se oyó un trueno y empezó a llover sobre la versión en miniatura de Sankt Goar.

Las numerosas exclamaciones de sorpresa indicaban que la sala estaba ocupada sobre todo por recién llegados. Rath se preguntó si habría alguien dispuesto a ver ese espectáculo por segunda vez.

—«La Casa Patria es rigurosa, aquí truena cada hora» —recitó Riedel con un gesto de impotencia.

El burdo eslogan era una frase publicitaria que debía atraer a la clientela de la Terraza del Rin. En labios de Riedel casi sonaba a disculpa. Rath esperó a que hubiera cesado el ruido y se encendió un cigarrillo.

—¿Qué tema habrían tratado en esa conversación? —preguntó al tiempo que tiraba la cerilla. En ese mismo momento volvió a encenderse la luz de la sala.

Riedel siguió bebiendo a sorbos de los vasos y tomando apuntes de las distintas bebidas.

—Si seguiría en la lista de proveedores de Kempinski —respondió.

—¿Y ahora que ha muerto, ¿qué pasará?

El comprador se encogió de hombros.

—Puedo obtener en otros sitios el material que suministra Lamkau. Solo tiene la exclusividad con Luisenbrand.

—¿Y con Danziger Goldwasser?

—Ahí no la tiene.

—Si la compañía Lamkau se viene abajo, ¿quién podría proveer a la Casa Patria de aguardiente de cereales?

—Si he de ser sincero —respondió Riedel, con un gesto de resignación—, todavía no he pensado en ello. En cualquier caso, Luisenbrand no es el único *kornbrand* del mundo.

Rath tendió a Riedel una hoja de su cuaderno de apuntes por encima de la mesa.

—Entonces, hágame el favor de escribir un par de licores por el estilo que tener en cuenta y el nombre de sus proveedores.

—¿Se refiere a que tal vez alguien de la competencia eliminó a Lamkau? —Riedel movió escandalizado la cabeza—. No me lo puedo imaginar.

No obstante, escribió un par de nombres en el papel. Rath echó un breve vistazo, los nombres de las empresas no le decían absolutamente nada.

—Volvamos a la conversación que había planeado sostener hoy con Lamkau —dijo, guardándose la hoja de papel—. ¿Qué habría podido hacerle cambiar de opinión?

Riedel se encogió de hombros.

—Una disculpa. —Sostuvo a contraluz un vaso con un líquido dorado—. Una explicación razonable de cómo había pasado esa desgracia. Y por supuesto la garantía creíble de que algo similar no iba a volver a suceder. Eso me hubiera bastado.

—¿Y tal vez algún que otro billetito?

—¿Cómo?

—Usted ocupa un cargo de poder en la casa. En toda la empresa Kempinski. ¿Nunca ha intentado sobornarle algún proveedor?

—Naturalmente, en una posición como la mía uno no debe mostrarse vulnerable.

—¿Y mil marcos? ¿Tampoco lo harían vulnerable mil marcos?

Riedel soltó una carcajada.

—¿Mil marcos? ¡Amigo mío! Con las cantidades que nos suministra Lamkau, sería una estupidez dar mil marcos. ¿Cuándo se amortizarían?

Camino del cuarto piso, Rath comprobó que los dos montacargas volvían a funcionar y por fin llegó al corazón, o mejor dicho, a la barriga de la Casa Patria. Por el elevado número de máquinas y aparatos que contenía, la cocina central recordaba una pequeña fábrica: toda una batería de hornillos de gas y unas enormes cazuelas, tan grandes como bañeras, en las que humeaban sopas y salsas; varias cafeteras, máquinas de pelar patatas y picadoras de carne. Algo apartado se veía trabajando un monstruo de metal al que alimentaba, ayudada por un joven lavaplatos, una cadena de montaje con platos sucios en un desfile

interminable de bandejas. Todo siseaba, chirriaba, martilleaba, golpeteaba, tintineaba y giraba y entre esa toda esa maquinaria de brillo metálico correteaba una muchedumbre con delantal blanco que cortaba verduras, removía las cazuelas, maceraba carne o apilaba bandejas de comida en un pequeño paternóster.

Justo encima de la máquina de fichar de la entrada colgaban un par de anuncios de trabajo. SE BUSCA LAVAPLATOS, SE BUSCA AUXILIAR DE COCINA, SE BUSCA OFICINISTA (SE REQUIEREN CONOCIMIENTOS DE MECANOGRAFÍA Y EXPERIENCIA EN COCINAS DE RESTAURANTE).

Rath detuvo a un joven que empujaba un carrito de platos.

—El señor Unger —preguntó—, ¿dónde puedo encontrarlo? Trabaja aquí de cocinero.

El joven sonrió irónico.

—Unger es el mejor cocinero —dijo, señalando con la cabeza una gran ventana al otro lado, antes de seguir empujando el carrito.

La ventana, más bien el ventanal, pertenecía a un pequeño despacho en el que un hombre con gorro de cocinero estaba sentado a un escritorio, delante de unas estanterías llenas de archivadores y apuntando algo en un grueso cuaderno de notas. También ahí colgaban en la ventana anuncios de empleo. Rath dio unos breves golpecitos en la puerta y entró. Manfred Unger era un hombre sorprendentemente delgado —al menos para su profesión— y no pareció alegrarse de que lo importunaran.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó enfadado—. La entrada a todo el recinto de la cocina está prohibida a las personas no autorizadas.

Rath miró a su alrededor. La estancia le recordaba el despacho de un supervisor de turnos en la Ford, a través del ventanal no se perdía de vista al personal de la cocina.

—¿Manfred Unger?

—¿Quién pregunta?

Rath mostró la placa y el cocinero se puso en pie.

—¡Ah, por eso! ¡Pero ahora no puedo ir a la comisaría, es imposible, usted mismo puede verlo! —Señaló el gentío de la cocina—. En estos momentos estamos en plena actividad.

—Tampoco tiene que ser ahora, debería... —Rath consultó su reloj de pulsera — acudir a la Alex antes de aproximadamente cuatro horas y media.

—Entonces todavía habrá más jaleo aquí que ahora. No tengo reemplazos, no hay nada que hacer.

—Creo —dijo Rath— que todavía no ha entendido bien la gravedad de una citación.

—¿Cómo citación? Yo no he recibido ninguna. Su compañero me pidió que fuera esta mañana a la comisaría. Y lamentablemente no me ha sido posible.

—No quiero pelearme con usted, señor Unger, pero debería tomarse ahora quince minutillos libres para hablar conmigo o de lo contrario me enfadaré. — Unger volvió a sentarse—. Al fin y al cabo es usted testigo importante de un caso de asesinato...

—¿Asesinato?

—Y la falta de cooperación siempre puede convertir a un testigo en un sospechoso del delito.

—Pero, señor comisario, ya se lo he explicado, el trabajo...

Unger señaló el ventanal con un asomo de desesperación en la mirada.

—Tan solo quería aclarar estos hechos. Así pues, ¿puede dedicarme un poco de tiempo?

—Por descontado.

Rath se encendió un Overstolz antes de sacarse del bolsillo la libreta de notas. Mientras comprobaba la punta del lápiz, planteó la primera pregunta...

—Usted fue quien encontró al señor Lamkau...

—Ya se lo he contado todo a su compañero.

—Pero a mí no.

—Me llevé un susto de muerte, ahí en el suelo, y casi me caí encima. Dentro de la cabina. Por suerte me pude agarrar en el último momento.

—¿Qué iba a hacer en el ascensor?

—¿Cómo?

—¿Por qué pulsó el botón?

—¿Por qué lo hice? Quería ir a recoger algo de abajo.

—¿El qué?

—¿Y yo qué sé? Supongo que algo de comer.

Unger se rio de su propio chiste, pero se calló enseguida cuando vio el rostro serio de Rath.

—¿Es que las neveras y despensas no están todas aquí arriba?

—La mayoría, pero no todas.

—Pero tantas veces no tendrá que bajar para recoger material, ¿no? Eso frenaría notablemente el funcionamiento de la cocina.

Unger lo miró vacilante.

—¿Adónde quiere llegar? —preguntó—. ¿Qué interés tiene esto en relación con un asesinato?

—Eso es asunto mío. Así que quería recoger mercancía y se olvidó, ¿cuál?

—Tampoco la pude recoger cuando llegaron sus hombres. Pararon todo el funcionamiento de la empresa. Durante horas.

Rath calló y apuntó una larga nota. No porque tuviera algo que escribir, sino porque en un interrogatorio eso a veces ayudaba a crear inseguridad en el interlocutor. De todos modos Unger no había parado de moverse de un lado a otro de la silla en todo el rato, no podía dejar las piernas quietas ni un segundo. Una y otra vez estiraba el cuello y miraba por el ventanal lo que ocurría en la cocina, y lo que ahí veía parecía enervarlo todavía más. Rath ya iba a hacer la siguiente pregunta cuando el jefe de cocina se puso en pie de un salto, abrió la puerta y gritó una retahíla de indicaciones en la cocina.

—¡Friedhelm! ¡Hay que meter el estofado en el horno, joder! Y Carsten, ¡como no tengas listo de una vez el ragú de pollo, yo mismo en persona te meteré un petardo en el culo! ¿Qué ocurre con el puré de patatas? ¿Estará listo

para hoy? ¡Dentro de una hora empezarán los pedidos de las primeras cenas!
¡Venga, venga, espabilad!

—«La Casa Patria es rigurosa, aquí truena cada hora» —murmuró Rath dando una calada.

—¿Decía? —preguntó Unger cuando volvió a cerrar la puerta y regresó a su despacho.

—El señor Lamkau —Rath carraspeó—... ¿lo conocía personalmente?

—¿Al proveedor de licores? ¿Por qué iba a hacerlo? ¡Soy cocinero!

—Solo era una pregunta, señor Unger.

—Por supuesto.

El hombre flaco volvió a echar un vistazo por la ventana. Rath no estaba seguro de si lo que lo inquietaba tanto era la actividad sin control en la cocina o la conversación.

—¿Sabe de alguien aquí que conociera al señor Lamkau?

—No. —El cocinero sacudió su enjuta cabeza.

—¿Al señor Riedel, por ejemplo?

—¿Quién es ese?

—Un compañero de trabajo. Compra licores en Kempinski.

—Ah, ese.

Rath volvió a tomar nota, lo que desconcertó visiblemente al cocinero. Luego habló de nuevo.

—Al parecer hubo problemas con la entrega de unos licores...

—Con los proveedores siempre hay problemas. Pero no solemos emplear licores tan frecuentemente en la cocina. Alguna vez para sazonar o en flambeados.

—¿No le informaron entonces al respecto? Una carga adulterada de Luisenbrand.

—Cierto. Algo oí decir. Pero nosotros no utilizamos aguardiente en la cocina.

Unger seguía mirando por la ventana mientras hablaba, no parecía estar muy

concentrado. Y de repente se levantó de nuevo, como si le hubiera picado una tarántula, y corrió a la puerta.

—Pero ¿esto qué es? ¡Esto no se le puede servir a nadie! —El cocinero vociferaba a un hombre digno de compasión que pasaba con una bandeja enorme de rosbif junto al ventanal de la oficina y que se había quedado petrificado en medio de la carrera. Unger señaló la carne—. ¡Quién va a comerse esta mierda, está totalmente hecha! ¡Tiene que estar rosa, rosa! ¡Todo esto es para dárselo a comer a los cerdos!

El cocinero levantó el brazo y se oyó un ruido cuando la bandeja con la carne demasiado hecha cayó sobre el suelo embaldosado.

—Recoged esta mierda inmediatamente —dijo con la cara de un rojo encendido—. ¡Y luego venís a mi despacho! —Volvió a su oficina dando un portazo. Todavía jadeaba cuando volvió a sentarse detrás del escritorio.

—Espero que acabe pronto con sus preguntas —dijo—. Ya ve lo que pasa cuando uno no lo controla todo.

Rath apagó el cigarrillo y se puso en pie.

—En principio ya hemos terminado —anunció y vio a través de la ventana que tres ayudantes de cocina con delantales blancos estaban recogiendo las lonchas de rosbif del suelo—. Siento haber interrumpido su trabajo. Venga la próxima vez a la Alex cuando se lo pidamos, y no volverá a suceder esto.

Desde la Potsdamer Platz, Rath se dirigió directamente a la Hannoversche Strasse y llegó media hora antes de lo convenido a la morgue. El doctor Karthaus no estaba en la sala de autopsias y el portero envió al comisario al primer piso. Detrás de la puerta de la oficina del médico forense se oía teclear en una máquina de escribir, y Rath llamó a la puerta. Cuando entró, el golpeteo enmudeció y Karthaus y su secretaria se lo quedaron mirando. El doctor lo observó por encima del borde de las gafas de lectura y echó un vistazo al reloj.

—¿Qué hace aquí? ¿Me he equivocado al darle la hora a su secretaria?

—La puntualidad es cortesía de reyes —contestó Rath.

—En mi opinión, llegar demasiado temprano es mucho menos cortés que llegar un poco más tarde. ¿O cree usted poder compensar así su notoria costumbre de llegar tarde?

—No haga una montaña de un grano de arena, doctor. Me iba bien. Me pillaba más o menos de camino... y aquí estoy.

—En fin, entonces parece realmente ansioso por conocer mis hallazgos. —Karthaus se volvió hacia la secretaria—. En este caso no vamos a decepcionar tanta curiosidad científica, Martha. Recoja, mañana seguiremos.

Sin añadir nada más, el doctor salió y bajó por las escaleras con la bata blanca ondeando a sus espaldas. A Rath le costaba seguir su paso. Karthaus no volvió a hablar hasta haber entrado en la sala de autopsias por la puerta batiente.

—Acaba de impedir que concluya precisamente su tan ansiado diagnóstico escrito, ¿es consciente de ello?

—¿Y?

—En realidad, quería dárselo hoy. Pero ahora tendrá que esperar hasta mañana a que llegue por correo interno.

—De todos modos, prefiero los diagnósticos verbales.

El médico forense meneó la cabeza. Se acercó al escritorio, sobre el cual reinaba un caos terrible, y ofreció asiento a Rath en una destartalada silla de madera. Él se sentó en la silla del escritorio y se ajustó las gafas de lectura.

—Bien —empezó, al tiempo que cogía un par de papeles—. El resultado del análisis de sangre. —Karthaus echó un vistazo a la página de encima y luego cogió otra—. He conseguido comprobar, efectivamente, que en la sangre del fallecido había una sustancia inusual.

—Inusual, ¿en qué sentido?

—Pues bien, es una sustancia que uno tal vez esperaría encontrar en alguien que ha estado de viaje por la selva sudamericana. Se llama tubocurarina.

—Tubo... ¿qué?

—Curarina. Debemos este remedio a los indígenas sudamericanos. Los

salvajes de la selva amazónica cazan con cerbatanas y aniquilan a sus presas con un veneno letal, el curare. Esa sustancia provoca parálisis muscular y con ello también que la víctima se asfixie. Más o menos deprisa según la dosificación.

—¿Quiere decir que ahora tenemos que salir en busca de un indio? ¿A lo mejor en el salón del Salvaje Oeste de la Casa Patria?

—Deje a un lado sus chistes, no nos sirven de ayuda. Permita que concluya. —Karthus parecía realmente un poco ofendido—. Existen diversas formas de veneno curare. Una de ellas es la tubocurarina.

—La que ha encontrado en la sangre del muerto.

—Exacto. Lo interesante es que actualmente se están realizando pruebas para emplearla en la medicina moderna, en intervenciones quirúrgicas...

—¿Un veneno?

—Como relajante muscular en operaciones en el abdomen y en el tórax. La tubocurarina es una sustancia que relaja la musculatura y de ese modo hace posibles muchas intervenciones. Lo único que se precisa es dosificarla correctamente. Y, por supuesto, controlar la respiración.

—Y en el caso de nuestro muerto no se dosificó correctamente.

Karthus se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. Pero ya que estamos buscando la causa de la muerte y el ahogamiento debe excluirse pese a todos los síntomas, yo diría que nuestro hombre ha muerto por una parálisis de su musculatura respiratoria. Apunta también en esa dirección la cantidad de agua, de hecho demasiado reducida, en ambos lóbulos pulmonares.

Rath asintió pensativo.

—Esto significa que alguien le puso una inyección al pobre Lamkau en la yugular que lo dejó fuera de combate primero y luego lo mató.

Karthus asintió.

—Y al mismo tiempo —prosiguió Rath—, ¿esa persona intentó ahogar a ese pobre hombre? No es razonable.

Karthus hizo un ademán de ignorancia.

—A lo mejor solo lo torturó. Desde la Inquisición española la tortura con agua es por todos conocida. El delincuente cree que se está ahogando de verdad y sufre miedo a la muerte.

—¿Y cómo funciona eso?

—En la «tormenta de toca» se ata al delincuente y se le cubre la boca y la nariz con un pañuelo sobre el que se va vertiendo agua.

—¿Cuánta agua se necesita?

—Basta con un par de litros. Solo hay que poner atención en que el pañuelo siempre esté mojado. Del resto se encarga el reflejo nauseoso del delincuente.

—Lo sabe todo espantosamente bien, doctor. ¡Es preocupante!

Karthaus permaneció impasible.

—La historia de la tortura es una materia interesante en extremo. Precisamente desde el punto de vista médico.

—Vaya, vaya. —Rath contuvo el impulso de hacer un movimiento de rechazo con la cabeza. El doctor Karthaus, con su figura enjuta y sus mejillas hundidas, a veces le resultaba inquietante de verdad. Se entendía mejor con el doctor Schwartz, que le resultaba más simpático, y con su macabro sentido del humor —. Lo que no entiendo... Torturar significa que uno quiere obtener una información de su víctima. Entonces ¿para qué administrarle primero una inyección sedante? ¿Y luego matarlo?

—Lo de inyección sedante no es del todo cierto —dijo Karthaus imperturbable—. La tubocurarina no actúa como un analgésico, solo paraliza la musculatura, pero uno lo experimenta todo plenamente consciente y sintiendo todo el dolor. Sin embargo, no puede moverse ni hablar.

Rath se estremeció.

—Entonces solo cabe esperar que a uno no le pase algo así en el quirófano.

—Se reirá —dijo Karthaus con una expresión sumamente grave—, pero en algunos casos ha ocurrido exactamente eso. Desgraciadamente, los pacientes solo pudieron expresarse después de la operación, porque durante la intervención se encontraban paralizados por completo.

—¡Basta, doctor! Puedo decir que, por fortuna, nunca he tenido que ponerme en manos de un cirujano con un bisturí.

—No hay intervención invasiva que carezca de riesgo, esto se lo confirmará cualquier compañero médico. —El doctor se encogió de hombros—. Así visto, me alegro de que con mis clientes estoy al cien por cien seguro de que no voy a hacerles daño cuando les abra el tórax.

El doctor pronunció estas palabras sin el menor asomo de ironía en su voz.

Había llegado demasiado tarde. ¡Mierda! Debería haberse enterado antes de la muerte de Lamkau, entonces no habría pasado, no lo habían llamado hasta hoy por la mañana. En Treuburg armarían un alboroto, pero ¿qué debía hacer él? El Opel verde se le adelantó, justo cuando quería acercarse a la viuda con un par de fórmulas de condolencia, y se habían bajado esos dos tipos que se notaba que eran polis a cien metros de distancia. Así que había seguido su camino, descendiendo por la Ordensmeisterstrasse, como si perteneciera a su comisaría y a su ruta diaria, y había maldecido para sus adentros a esos dos. ¡Mierda!

Con un poco de suerte no encontrarían nada, pero no apostaba demasiado. Esos no eran polis de Tempelhof, eran investigadores de la brigada de Homicidios de la Alex, instruidos por Gennat, y no se les pasaba nada por alto.

¡Mierda, mierda!

Esperaría a que los polis se hubieran marchado y luego echaría un vistazo. A lo mejor Lamkau había escondido bien el libro; si era astuto, tal vez hacía tiempo que lo había tirado. Pero no creía que fuera muy inteligente. Si lo hubiera sido, habría sobrevivido a ese asunto. Un asunto del que todavía no sabían con exactitud de qué se trataba en realidad, pese a que las esquelas hablaban una lengua clara. Desvelaban que había uno que sabía. Pero no quién era.

Al otro lado de la calle ocurrió algo. Los polis volvían al Opel cargados con cajas de cartón. Era lo que se había temido, que se lo llevaran todo para estudiarlo tranquilamente en la Alex.

—¿No sería mejor que el comisario Rath se mirase él mismo toda esta

porquería? —oyó decir a uno de ellos—. ¿Es que somos contables?

—La viuda nos ha tomado justo por eso, por contables. He tenido la impresión de que esperaba que pusiéramos en orden todo su papeleo.

—Sí, cuánto puede equivocarse uno.

Los hombres metieron las cajas de cartón en el coche, acompañados por los ladridos del gran chucho que Lamkau se había agenciado tras la muerte de Wawerka, y volvieron al edificio. Por un momento estuvo tentado de ir hacia allí y echar un vistazo, pero el coche estaba aparcado en el patio junto a las furgonetas, se podía ver desde el despacho, y el perro también daría la voz de alarma. Así que prefirió quedarse donde estaba al resguardo de una columna de anuncios. Los hombres salieron dos veces más del despacho y cargaron el coche de cajas, luego se marcharon.

Reflexionó unos instantes si debía dirigirse a la viuda incluso si ahora eso era superfluo. Pero al menos los dos funcionarios habían sido muy amables indicándole a dónde llevaban los documentos.

Erika Voss solo esperaba a dar por terminada la jornada laboral y marcharse, lo que acababan de hacer Lange y Gräf. Los escritorios de ambos agentes estaban desiertos, como Rath podía ver a través de la puerta abierta; en cambio, en el despacho se apilaban una docena de cajas de cartón llenas de archivadores.

—El secretario Gräf me ha pedido que le comunique que revisar los libros de contabilidad de la compañía Lamkau es más difícil de lo que se esperaba —explicó la secretaria que estaba sentada junto al escritorio con el abrigo ya puesto—. Aunque los compañeros han confiscado algunos papeles.

Rath asintió y colgó su sombrero. Kiguí se acercó a él y le lamió las manos.

—Y luego ha llamado una señora —prosiguió Voss, mirando una hoja de papel—. De la Inspección G.

—Ajá —dijo Rath marcadamente despreocupado, mientras saludaba al animal—. ¿Qué quería?

—La señora no me lo ha comunicado. Volverá a llamar.

—¿Hay novedades del SI?

—Desgraciadamente, no. El señor Kronberg dice que mañana tendrá el informe completo.

Dicho esto, Erika Voss se marchó del despacho. Rath la siguió con la mirada. Normalmente la habría acompañado, tal vez incluso llevado a casa, pero hoy no tenía ningunas ganas de salir de la oficina. La visión de su apartamento absolutamente vacío y demasiado grande lo espantaba más que atraerlo.

Fue al despacho y colocó una caja de cartón sobre su escritorio. No parecían

documentos relacionados con la empresa; Gräf, con su exceso de celo, también había vaciado el escritorio particular de Herbert Lamkau, por lo visto. O Lange, con su exceso de celo. Kiguí se acercó y él le acarició la cabeza mientras examinaba el contenido de la caja. Un par de cartas, un pasaporte con un par de sellos del extranjero. Sobre todo Polonia y la Ciudad Libre de Danzig. Una libreta de apuntes negra en la que estaban anotadas unas interminables columnas de cifras que no entendió. Y abajo del todo una pila de diarios. *Alcohol*, rezaba el título, *Revista general para la práctica de la industria del licor, aguardiente de cereales y levadura prensada*. Órgano oficial de la Unión alemana de funcionarios de la destilería. Otro folleto era la *¡Revista para la Industria Licorera, Órgano de la Unión de Fabricantes de Licores de Alemania!* Rath meneó la cabeza. ¡La de cosas que había en Alemania! Para cada especialista con anteojeras su revista especializada.

En el resto de las cajas no parecía haber nada más privado, estaban llenas hasta los bordes de archivadores. Con un vistazo, Rath advirtió que los compañeros no solo habían reunido material de los últimos meses sino de hacía un par de años de negocio. La viuda Lamkau no estaría muy satisfecha.

Ya iba a encender un cigarrillo para mirarse los archivos más recientes cuando alguien llamó tímidamente a la puerta. Kiguí se levantó inmediatamente de un salto y enderezó las orejas.

Rath se sorprendió. ¿Sería tal vez el compañero Kronberg que venía a contarle un par de hallazgos del SI? Desde hacía un par de meses Kronberg también solía hacer horas extras sin que nadie se lo pidiera. Desde que había muerto su esposa.

—Adelante —dijo Rath, al ver que no ocurría nada.

La puerta se abrió lentamente y una joven se introdujo en la antesala. Kiguí enseguida corrió hacia ella.

—El consejero Gennat me envía aquí, señor comisario.

Rath no podía creer lo que veían sus ojos. Ahí estaba ella, con la vista baja como la alumna de una escuela de monjas. A lo mejor solo para esconder una sonrisa.

—En realidad —prosiguió la alumna de la escuela de monjas—, no debería presentarme aquí hasta mañana por la mañana, pero pensé que era mejor venir antes. Para no asustarlo.

No podía hacer nada por evitarlo, pero en el mismo momento en que la había reconocido sintió un hormigueo entre las piernas.

—Acérquese y deje que la mire. Lamentablemente, los compañeros ya se han ido todos.

—¿Lamentablemente?

Obedeció, cerró la puerta y se acercó, la mirada todavía baja. Él le cogió dulcemente la barbilla y le levantó despacio la cara, hasta que ella por fin lo miró a los ojos.

Y entonces la besó y sintió que respondía a su beso.

—Pero, señor comisario —dijo.

Que ella siguiera interpretando ese papel todavía lo excitó más.

—Pase aquí detrás, a mi despacho —dijo con severidad, y la observó un momento antes de que ella lo siguiera. A Kiguí, que también pretendía ir con ellos, la obligó a quedarse en la antesala. La perra se acostó ofendida en el cestito.

Rath entró en la oficina y cerró la puerta.

Se miraron.

Ella parecía leer sus pensamientos.

—Esto no puede ser —dijo ella antes de que él se inclinara y le besara la nuca, en ese lugar que era su punto flaco, y por su propio jadeo ni ella misma creía en su protesta—. ¡No puede ser aquí!

—Es usted aspirante a comisaria, señorita Ritter, y, por lo visto, yo soy en la actualidad su instructor.

Ella suspiró cuando él volvió a besarla.

—¡Para, Gereon!

Él se dio media vuelta y la miró.

—¡Soy tu superior, así que haz por una vez lo que yo te mando! ¡Al menos en

la oficina!

—¡A sus órdenes, señor comisario!

—En el cajón superior hay una llave. Por favor, cógela y cierra la puerta. Por lo que pueda ser.

Ella hizo lo que le decía.

—¿Y ahora, señor comisario?

Ya había corrido las cortinas de la ventana, se acercó a ella y le abrió la blusa con unos movimientos llenos de delicadeza, le besó la suave piel por encima de la clavícula y luego fue desabrochando botón por botón hacia abajo. Charly jadeaba y gemía.

—Casi lo había olvidado —dijo—, demoras el placer.

—Solo hasta un momento determinado —respondió Rath.

La observó, cómo estaba ahí, delante de él.

Y decidió que ese momento justo acababa de llegar.

Estaba justo delante de la Jefatura Superior de Policía y miró hacia arriba. Sabía más o menos dónde se encontraban las oficinas de la brigada de Homicidios, había estado allí un par de veces hacía años. Un montón de funcionarios salía en ese momento del edificio, debían de haber concluido el turno de día. Se había ocultado bajo las arcadas del tren urbano y había esperado a que salieran los hombres.

En medio del barullo de la Alexanderplatz no llamaba la atención, y estaba seguro de que no lo reconocerían; era probable que en medio de todo ese gentío ni se percataran de él.

Había estado esperando el tiempo de fumarse un cigarrillo antes de abandonar su puesto de observación. Sabía cómo llegar a la jefatura sin tener que cruzarse con un portero. En el patio de luz no había vigilantes, solo dos agentes de uniforme en el acceso de carruajes. Para pasar desapercibido, bastaba con saludarles amablemente y comportarse como si se tuviera algo que hacer. Rumbo hacia su objetivo se dirigió hacia la escalera, subió los peldaños de piedra y recorrió el primer piso hasta encontrarse delante de una puerta de cristal en la que estaba escrito en letras mayúsculas BRIGADA DE HOMICIDIOS.

Ahí arriba estaba tranquilo, no había ni un alma en el pasillo y ya no se oía el golpeteo de ninguna máquina de escribir. Tuvo que pasar por delante de toda una hilera de puertas y nombres, leyó incluso el del famoso Gennat, que salía constantemente en los periódicos, hasta encontrar el nombre que estaba buscando.

COMISARIO DE LA POLICÍA CRIMINAL GEREON RATH.

Notaba en el bolsillo la ganzúa que había tenido que ir a buscar a Kreuzberg antes de dirigirse a la Alex.

Se detuvo y miró a su alrededor. El pasillo seguía estando desierto. Apoyó el oído en la puerta. Silencio. No se oía ni el tecleo de una máquina de escribir ni tampoco voces.

Entonces percibió un movimiento con el rabillo del ojo, la puerta de cristal se había movido y proyectó un reflejo corto y diáfano al pasillo. Alguien entró en el ala de la brigada de Homicidios, una joven delgada. Se separó de la puerta manteniendo la calma y siguió caminando por el pasillo, intentando no ir demasiado deprisa y conteniendo el impulso de darse media vuelta. Era imposible que ella se hubiese dado cuenta de que él estaba delante de la puerta, debía de ser una de esas estúpidas secretarias haciendo horas extras. Vio la puerta de un cuarto de baño y se metió. Las cabinas parecían estar todas vacías, abrió una, corrió el cerrojo y se sentó sobre la tapa del inodoro. Se concentró en los sonidos, oyó gotear un grifo y también creyó percibir que una puerta se cerraba. Luego, durante un buen rato reinó el silencio. Aun así esperó unos minutos más antes de atreverse a salir de nuevo.

El pasillo estaba vacío. Ignoraba de quién era secretaria la mujer, pero esperaba que no lo fuera del comisario Rath. Que hoy precisamente no hiciera horas extras. Pero entonces sus subalternos no se habrían ido de la comisaría a la hora en punto, ni un minuto más ni un minuto menos.

Cuando llamó a la puerta, nadie contestó, y ya iba a sacar la ganzúa del bolsillo cuando se percató de que no estaba cerrada. Volvió a guardar la ganzúa en el bolsillo de la chaqueta, llamó de nuevo y, como seguía sin haber nadie que contestase, abrió.

En efecto, en la antesala no había nadie sentado al escritorio y ya iba a avanzar cuando descubrió al perro negro que lo miraba con la cabeza inclinada y que seguramente lo había estado observando todo el tiempo. Curioso, sin amenazar, sin gruñir o enseñar los dientes. Sin embargo, se decidió por una

prudente retirada y se percató acto seguido de que esa era la decisión correcta porque antes de que volviera a cerrar la puerta el tonto del chucho ladró. Dos veces solo y un ladrido breve, pero para él, fortísimo.

Miró a su alrededor pero entretanto tampoco había aparecido nadie en el pasillo. Hasta el turno de noche, no había nadie trabajando. Hasta el turno de noche y los idiotas que hacían horas extras. Como ese imbécil de comisario Rath.

Había tenido una condenada buena suerte al no toparse con él, solo con su perro. Y ese no podía hablar.

El incidente le había cubierto la frente de sudor. Para salir del edificio, se encaminó a la escalera que estaba en el otro extremo del pasillo y así no tener que volver a atravesar toda la brigada de Homicidios.

Bueno, al menos algo había averiguado: ahora ya sabía dónde tenía que buscar.

—Todavía no me has contestado —dijo Rath cuando, más o menos decentemente vestidos, compartían un Overstolz—. ¿O era esto justamente una respuesta?

Descorrió la cortina para que la luz del día volviera a entrar en el despacho. No sabía cuánto tiempo habían estado tendidos en su canapé de las horas extras, desnudos y estrechamente enlazados, sin aliento y simplemente soñando despiertos. Kiguí había ladrado una, dos veces brevemente, y esos ladridos los habían devuelto a la realidad, recordándole a él que allí fuera tenía una perra que le esperaba y otros asuntos, y se habían vuelto a vestir.

—Me has seducido, canalla —dijo ella, dando una calada al cigarrillo.

—Si he de ser sincero, yo más bien tengo la sensación de que eres tú la que me ha seducido a mí.

—Vale, entonces los dos somos culpables.

—De acuerdo, su señoría. ¿Y? ¿Tu respuesta?

Ella dio otra calada y le devolvió el Overstolz.

—No ahora —contestó—. Y no aquí.

—Conozco un restaurante muy agradable en la Friedrichstadt.

De hecho tenía un hambre canina.

—Gereon —dijo ella—, ahora no.

—Entonces ¿cuándo?

—Dentro de poco. Ahora no tengo tiempo.

Él miró el reloj.

—¿A las nueve será suficiente? ¿O a las diez?

—¡Eres incorregible! —Miró a través de la ventana como si su agenda estuviera escrita ahí fuera en el cielo, por encima del palacio de justicia. Luego rio—. Para mí las diez es demasiado tarde —dijo—. Pero a las nueve no estaría mal.

—Estupendo. Vayamos al Femina. Y ponte el vestido de baile.

—Entonces en serio que tengo que irme ahora. De todos modos ya llego demasiado tarde. —Le dio un beso y lo miró enfadada—. ¡Demorador de placer! Y dicho esto giró la llave. Kiguí entró en cuanto hubo abierto la puerta.

—Mejor que vosotros dos esperéis un poco —dijo—. Aunque ya es tarde no quiero correr el riesgo de que nos vean salir del Castillo juntos.

—La perra se lo tomará personalmente a mal.

Ella se encogió de hombros y salió. La siguió con la mirada, más pensativo de lo que quería parecer en realidad. Al ver que la perra lamentaba que se hubiera ido con una mirada similar, no pudo evitar reírse.

Media hora más tarde, después de que Kiguí hubiese disfrutado de un paseíto por el Tiergarten, se encontraba en la Carmerstrasse mucho antes de lo que había planeado. Cuando corrió escaleras arriba con la perra se sentía de tan buen humor que casi le resultaba insoportable.

—Buenas noches, Bergner —saludó al portero al pasar.

—Buenas noches, señor Rath.

Desde que se había mudado ahí, disfrutaba de la fórmula de saludo del portero. Sonaba un poco como: «Buenas noches, señor consejero». Mientras subía en el ascensor se sorprendió a sí mismo por primera vez desde hacía una eternidad pensando en títulos y promociones. Por ahora solo podía soñar con convertirse en consejero, pero comisario jefe era un grado que poco a poco sí iba mereciendo. Al fin y al cabo el comisario Rath no había cometido ninguna falta disciplinaria más desde hacía siglos. En cualquier caso ninguna de la que tuvieran noticia sus superiores.

El estatus de hombre casado y, como era de esperar, también el de padre de

familia podían aumentar considerablemente las perspectivas de una promoción. Suponiendo que Charly diera el sí, tendría que hacer público el compromiso en el Castillo lo antes posible, eso no iba a perjudicar a nadie. A lo mejor incluso convencían a Gennat para que fuera testigo de boda...

Al llegar arriba, arrojó el sombrero al perchero y soltó a Kiguí de la correa. Fue a la sala de estar y abrió una de las ventanas, encendió un cigarrillo y miró hacia fuera. El aire fresco de verano y la atmósfera del atardecer en el exterior todavía le levantaron más los ánimos. Por primera vez en mucho tiempo se sintió en armonía con el mundo.

El teléfono sonó y fue a atenderlo. ¿Sería ella? Él todavía tenía que ponerse de mil botones.

—Aparatos Rath, Rath al aparato —dijo exultante y haciendo rodar las erres.

—¿Has evaluado alguna vez la posibilidad de convertirte algún día en adulto?

—¿Paul?

Paul Wittkamp era su más antiguo amigo y el único que todavía le quedaba de su época en Colonia. Cuando Rath se trasladó a Berlín casi todos sus supuestos amigos le volvieron la espalda o, a decir verdad, eso ya había sido antes, todavía en Colonia, cuando la prensa lo acosó y los compañeros empezaron a sentarse en otra mesa en el comedor; cuando su novia, un buen partido de una familia bien de Colonia, rompió el compromiso. Paul le había sido fiel. Desde entonces, Rath había conocido a mucha gente en Berlín, pero probablemente era el único auténtico amigo que tenía, pese a que solo lo veía de higos a brevas.

—La señorita Heller me ha dejado una nota en la que dice que un tal señor Rath de Berlín ha llamado a la compañía.

—Sí, hace siglos. Necesitaba tu consejo.

—Y yo que había esperado que necesitases un padrino de boda. Ha vuelto, ¿verdad?

Paul ya había conocido a Charly. En realidad, él era quien le había recomendado fervientemente que se casara con ella. De eso hacía ya dos años. Y

desde entonces la pregunta sobre la inminente boda se planteaba en casi todas las conversaciones que sostenían los dos.

—Los prusianos no disparan tan deprisa —dijo Rath.

—Nunca me había dado cuenta de lo lento que eres. ¿Cuánto hace ya que la conoces?

—Lo sabes perfectamente. —Rath se alegró de que Paul no pudiera ver que sonreía—. Y en cuanto a este tema puede que tal vez recibas novedades antes de lo que te imaginas. Pero primero necesito tu consejo de especialista.

—¿Tengo que recomendarte un vino? Lo siento, la firma Wittkamp no reparte a solteros amenazados de alcoholismo.

—¿Y a Kempinski sí?

—Desde hace dos años. Todavía me acuerdo bien de la visita a Berlín. Me costó el arañazo de una bala que me pasó rozando y un par de moratones. Porque tuve que sacarte de un apuro. Y, además, dejé atado y bien atado el contrato con Kempinski.

—¿Es para ti muy importante? ¿El contrato con Kempinski?

—Mucho. No solo por el volumen de ventas, también por la reputación. Proveer a Kempinski es como era antes proveer a palacio. Solo que ahora ya no tenemos ni emperador ni rey, y debemos buscar otros clientes de referencia. Y Kempinski tiene un nombre, no solo en Berlín.

—¿Es difícil conseguirlo?

—Te lo diré de este modo: otros clientes son más fáciles de conseguir. Para él lo más importante es la calidad, luego viene el precio.

—¿Se dejan untar los compradores de Kempinski?

—¿Cómo dices?

—¿Puede uno dar un empujoncito a su buena predisposición? Por ejemplo con regalitos.

—No sé qué idea te has formado de mis negocios, pero yo nunca he hecho algo así.

—Tampoco es lo que estoy diciendo. Lo que me interesa es si podrías

imaginártelo.

—En el fondo todo el mundo es sobornable. Pero si la calidad no es buena, ningún comprador de Kempinski se avendría a ello. Enseguida fracasaría; perdería su puesto.

—Y si la calidad hubiera sido mala en una ocasión y se amenazara con darlo a conocer, ¿podría ayudar un pequeño regalo? Con la condición de que se jurase por todos los santos volver a suministrar la calidad habitual.

—Gereon, escucha, no sé si realmente puedo seguir ayudándote. No sé lo que hace la gente cuando está desesperada. No sé cómo reaccionan entonces los compradores de Kempinski.

—Que te echen de Kempinski puede hacerte caer en la desesperación...

—En cualquier caso pude arruinarte tu buena reputación. Aunque tienes que haber disfrutado antes de ella.

El Femina Bar se encontraba al principio de la Nürnberger Strasse, muy cerca de Tauentzien, en un edificio moderno y grande con una fachada interminablemente larga y que trazaba una elegante curva. En ningún lugar era Berlín tan sofisticado como en ese entorno. Un hombre en uniforme rojo y dorado abrió la puerta del coche y ayudó a Charly a salir mientras Rath tendía un billete al taxista. Contaba con una buena suma de dinero, sabía que la velada no le saldría barata.

Rath deslizó la mirada por la calle. Tres años atrás había vivido a unos pocos metros de allí en dirección Wilmersdorf, como inquilino de la viuda Behnke. El Femina todavía estaba entonces en obras.

Charly estaba junto al taxi y le dirigió una sonrisa. Con el vestido azul noche, que cubría con un ligero abrigo de verano, estaba deslumbrante. Se alegraba de haberse comprado un nuevo traje de vestir para poder estar a la altura. Le ofreció el brazo y ella se lo cogió. Qué indescriptiblemente orgulloso se sintió de repente con ella en la noche, tras el portero con galones dorados que los conducía a la entrada, compuesta de toda una hilera de modernas puertas de vidrio; una ancha y atractiva línea de luz cálida y diáfana sobre la cual el resto de la fachada se perdía en la oscuridad, interrumpido solo por las líneas de los rótulos luminosos: Femina, el salón de baile de Berlín.

Y ese era, en efecto, el local que estaba más de moda en la ciudad. Y sin duda no el más barato. Pero a fin de cuentas él también quería demostrarle lo mucho que ella valía para él. Más de lo que jamás podría pagar.

No habían hablado mucho en el taxi, Rath tenía la impresión de que Charly estaba, como mínimo, igual de nerviosa que él, y no podía decir si eso era un buen o mal augurio.

El portero les abrió una de las puertas de cristal. Sin que Charly se diera cuenta, Rath le tendió al hombre una moneda de cinco marcos y él enseguida recomendó a los nuevos clientes al colega del vestíbulo que los acompañó al guardarropa, se ocupó de todo y fue premiado con otra moneda de cinco. Rath puso cuidado en que Charly no se diera cuenta de cómo él iba repartiendo dinero. El hombre los llevó a un gran ascensor. Al subir, Rath recordó sin querer el montacargas de la Casa Patria y los ojos muertos de Herbert Lamkau.

El ascensor ascendía hasta llegar a un enorme salón de baile con palcos alrededor; rococó de imitación, con mucho oro y brillo, justo lo contrario de la moderna fachada. Otra moneda de cinco contribuyó a que encontraran una mesa delante de todo y un camarero extraordinariamente solícito. Rath se alegró de sentarse de una vez, poco a poco se estaba quedando sin calderilla.

Las primeras parejas ya bailaban en la pista al son de una banda de jazz un tanto rígida, pero que no cometía errores al tocar. Rath pidió champán para empezar, mientras Charly estudiaba la carta con atención. Parecía estar hambrienta. Observó cómo sus ojos se abrían y lanzaba un tenue silbido entre los dientes.

—¡Menudos precios! —dijo, dejando a un lado la carta.

—También es una noche especial.

Ella lo miró de un modo que no supo entender. De repente volvió a sentir esa gran inseguridad que ya lo había atormentado en los últimos días.

Llegó el champán y brindaron.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Rath—. ¿Por nosotros?

—En primer lugar por esta noche y por tu cartera, que espero que esté bien repleta —dijo Charly, mostrando su sonrisa con hoyitos antes de beber, y entonces Rath supo que ella ya había tomado una decisión, pero que su respuesta sería más complicada que un simple sí.

Callaron durante un rato al tiempo que leían la carta.

—Así que quieres casarte conmigo —dijo ella, sacando un Juno de su bolso de mano con el eco de su sonrisa todavía en el rostro—. ¿Tienes idea de a qué te comprometes haciéndolo?

—Creo que sí —dijo él abriendo la pitillera—, ya hemos practicado lo suficiente.

—Pero en un matrimonio hay algo más que solo deberes matrimoniales —murmuró sobre la mesa.

—¡Si sigues hablando así —susurró él a su vez—, me abalanzo sobre ti en medio mismo del salón!

—Va en serio, Gereon. ¿Cómo imaginas que será nuestro día a día?

Ya empezaba. Ahí estaban las complicadas preguntas de Charly. Había contado con ello, por supuesto, pero no tenía preparada ninguna respuesta correcta. ¿Cómo iba a saberlo? Él no imaginaba cómo iba a ser su día a día, y aún menos su futuro. Lo único que quería era, simplemente, vivirlos. Y con ella.

—Como un cuento —respondió, escribiendo la frase en el aire con el cigarrillo que acababa de sacar de la pitillera: «Y vivieron felices hasta el final de sus días». Acercó el encendedor primero al Juno y luego a su Overstolz—. ¿Y tú, cómo te imaginarías nuestro día a día?

Charly respondió en el acto.

—En cualquier caso no me lo imagino pasando todo el día en la cocina, ocupándome de nuestros centenares de hijos y esperando a que el señor llegue del trabajo para servirle la comida y mimarlo.

—No es que suene muy cariñoso —dijo él—. Y... y tienes razón: es verdad que quiero tener hijos contigo. Centenares quizá no, pero de uno a tres...

A ella se le escapó la risa.

—¡No pongas esa cara de carnero degollado! No quiero decir que no quiera tener nunca hijos. ¡Pero no ahora! Antes quiero progresar profesionalmente.

El camarero llegó y tomó nota del pedido. En la mesa no reinaba nada que se aproximara a la atmósfera romántica que Rath había esperado para esa noche. Le

parecía en cierto modo como si estuvieran negociando un contrato, o algo así, en lugar de hablar de su amor y de la decisión de pasar el resto de su vida juntos.

Charly esperó a que volvieran a estar solos.

—No me malinterpretes —dijo—, pero sé de muchas mujeres que quieren trabajar pero sus maridos se lo prohíben. Y yo no quiero ser una de ellas.

—Bueno, ¿qué significa prohibir? Tampoco gano tan poco dinero como para que necesites trabajar.

—Gereon, ¡trabajaré todo el tiempo que yo quiera y tú no me lo impedirás! ¡Si me niegas el permiso a trabajar me divorcio al momento!

La habría abrazado, viéndola ahí sentada con esa cara tan indignada. Levantó la copa de champán y sonrió.

—Brindemos por ello.

—¿Cómo?

—Bueno, si te he entendido bien, esto ha sido un sí. Si esa no es razón para brindar, ya me dirás cuál es.

Por un momento ella se lo quedó mirando desorientada, luego mostró sus hoyitos.

—Joder, a un poli no es nada fácil engañarlo, ¿eh?

Levantó su copa, brindaron y bebieron. Luego ella le cogió la mano y lo miró con sus ojos castaños y Rath volvió a tomar conciencia de por qué valía cada cabello gris que le había salido por su culpa y que le saldría en el futuro.

—En serio, Gereon —dijo—, ¡para mí estas cosas son importantes!

Él asintió. Nadie había afirmado que con Charly fuera a ser sencillo. Pero tampoco se trataba de eso.

—Prometido —contestó sonriendo—. Nunca te impediré que trabajes. Pero... —vaciló—, a pesar de todo, me gustaría... en algún momento... tener hijos contigo.

Ella sonrió mostrando sus hoyitos.

—Por mí, centenares, si es lo que más quieres. ¡Pero te lo advierto! Resulta que solo puedo tener niñas. Y todas serán igual que yo.

—¡Cielo santo! Entonces tal vez tengamos que pensárnoslo mejor.

—¡De eso nada! ¡Y ahora también quiero el anillo!

Él sacó el estuche del bolsillo interior y lo abrió.

—Si me permite pedir su mano, señorita Ritter.

Ella le tendió la mano izquierda y él le puso hábilmente el anillo. Encajaba a la perfección.

—Tienes práctica —dijo.

—Ya lo sabes tú. —Levantó la copa—. Por nosotros. ¡Por el compromiso más hermoso que yo haya podido celebrar jamás!

Ella observó más de cerca el anillo.

—Si no fuera tan bonito te lo tiraría por la cabeza. Después de esa insolencia.

—De eso nada, ahora ya es oficial. —Rath sacó el champán de la cubitera y sirvió—. Pero una vez sí que me gustaría oírtelo decir.

—¿El qué?

—¿Pues qué va a ser? La palabrita. Sí.

—Pensaba que lo importante era decirla en el registro civil.

Sonrió.

De repente se produjo un tumulto. La discusión ya debía de haber comenzado hacía un rato, aunque la música había ahogado indulgentemente el vocerío. Pero ahora la canción estaba terminando y, en el aplauso que iba apagándose, se oyó gritar a un hombre.

—¡Si a mí me da la gana de pedir una cerveza, usted me la trae, mamarracho!

Rath se volvió. A tres mesas de distancia como mucho estaba en pie un camarero con una carta de vinos en la mano intentando sosegar a un cliente que, con la cara encendida, estaba ahí sentado, decidido, como era obvio, a enfurecerse. Era evidente que a su acompañante, una beldad entrada en carnes, la escena le resultaba desagradable. El camarero hablaba con un tono de voz civilizado, y Rath solo podía oír retazos de sus palabras.

—Lo siento... en la pista es obligatorio... el vino... lamentablemente solo se sirve cerveza en los palcos...

Entonces el alborotador volvió a empezar y toda la sala lo escuchó.

—¿Pretende usted ordenarme dónde tengo yo que pedir las cosas? Aquí yo soy el cliente y usted el camarero, así que ¡tráigame una cerveza! ¿O tengo que echarlo de aquí?

Entretanto, dos señores elegantemente vestidos y de cuerpos fornidos se acercaron al hombre. El camarero se alejó discretamente y se ocupó de otros clientes mientras ambos señores trataban de convencer en voz baja al camorrista, sugiriéndole probablemente que buscara la ficha del guardarropa.

El gritón todavía no se había dado cuenta de que ya había perdido. Se levantó de un salto y apartó la mano que uno de los dos fortachones le había colocado en el hombro.

—¡Yo esto no lo tolero en este local judío de mierda! ¡Así no pueden tratar ustedes a un alemán!

Se equivocaba; los forzudos sí podían: con toda la discreción posible escoltaron a ese furibundo personaje fuera de la sala.

—Ya veréis lo que os espera —vociferó, volviéndose una vez más antes de que lo metieran en el ascensor y se cerraran las puertas—. ¡Chusma judía! ¡Os pensáis que sois mejores, pero estáis equivocados!

La mujer, que se había quedado sola a la mesa, miró avergonzada a su alrededor. Luego cogió el bolso de mano y se levantó.

La orquesta por fin había pasado página a su partitura, la música volvió a sonar y los clientes que habían estado escuchando en silencio reemprendieron sus conversaciones; en la pista reinaba el mismo movimiento que antes, como si no hubiera pasado nada.

—Tal vez esta sea una posibilidad —dijo Charly.

—¿Cómo?

—El antisemitismo. A fin de cuentas, la Casa Patria también es un «local judío de mierda», para mantenernos en el léxico de ese agradable cliente.

—¿Como móvil de un asesinato? —Rath se encogió de hombros—. No sé. Cuando la gente de este tipo habla mal de los judíos no lo dice en serio, es solo

que se enfurece porque un club judío se ha convertido en campeón de liga en Alemania o algo así; son solo maneras de hablar.

—Es antisemitismo. Yo también me enfadé porque el Bayern de Múnich ganara el campeonato de fútbol y no el Hertha, pero yo no hablo del club de los judíos.

—Pero ya vuelves a hablar de trabajo. —Rath sonrió—. A ti también se te nota que eres poli. Hasta mañana por la mañana no entras en servicio.

—En cierto modo no encaja del todo que a una agente de la Policía Criminal la llamen poli ¿no?

—¿Qué debo decir? ¿Sabueso?

—No. De nombres de animales hasta dentro de diez años, nada.

—Como quieras, conejito mío.

—¿Burro!

Rath sonrió.

—¿Cómo reaccionará Gennat cuando lo sepa? —preguntó.

—¿El qué?

—Que nos hemos prometido.

—Mientras todavía se estén realizando las investigaciones de la Casa Patria, no lo sabrá. De lo contrario volverá a enviarme inmediatamente con Wieking.

Él asintió.

—Pero en cuanto el expediente Patria esté cerrado, lo hacemos público.

—Seguro. —Charly se puso en pie—. Y ahora me gustaría bailar.

—¿Antes de cenar? No he oído decir que ahora les toque a las damas sacar a bailar a los caballeros.

—Ahora estás prometido. Ve acostumbrándote.

Y dicho esto le tendió su fino brazo y esperó a que él la llevara a la pista de baile.

En la mesa de al lado, Erika Voss tecleaba en la máquina de escribir, aunque no le molestaba. Tan solo al hablar por teléfono tenía que taparse un oído, pero eso no era un problema. Gereon le había asignado un lugar en la antesala, junto a su secretaria y Kiguí, un sitio en la mesa de las visitas, no había ningún otro en su pequeño despacho. La perra se había alegrado más que Voss, quien parecía tomarse a mal que el animal se ovillara bajo la mesa de su nueva compañera. La secretaria de Gereon también se había sorprendido mucho del efusivo saludo que Kiguí le había dedicado a la nueva, pero lo aceptó con resignación. Solo cuando Charly le había pedido el teléfono porque lo necesitaba para trabajar, Erika Voss le había lanzado una mirada virulenta, pero luego le había entregado el negro aparato sin poner objeciones.

—Cuando suene, responda usted también a las llamadas mientras tenga el aparato —había dicho, y Charly había intentado no responder con nada más que con una sonrisa cautivadora. Todavía no estaba segura de si había sido por eso, pero en cualquier caso, desde entonces la secretaria la había dejado tranquila.

Ahora estaba ahí sentada, a esa mesa tambaleante, y todavía no se lo podía creer.

Volvía a trabajar para la brigada de Homicidios, ¿quién lo hubiera pensado? Ella menos que nadie. Un traslado así ocurría muy raramente y por lo tanto las miradas de los colegas de trabajo habían sido de sorpresa al verla aparecer ese día por la mañana en la reunión de la Inspección A. Había disfrutado de las miradas, se había unido a su grupo de investigación y escuchado.

Al grupo de investigación «Patria».

Y precisamente a Gereon Rath. Se había preguntado a menudo si Gennat sospechaba que había algo más que una relación profesional entre su antigua taquígrafa y su comisario de la Policía Criminal. Pero entonces no la habría enviado con él. ¿O lo había hecho justamente por eso?

En cualquier caso ni ella ni Gereon habían dejado que se notara nada, ni en la reunión ni en el despacho. Como siempre que se encontraban en el Castillo, se habían hablado de usted. Una extraña sensación, justo después de la tarde anterior. Y después de la noche anterior. Había dormido en casa de él, pero no habían ido juntos a la Alex. Él había cogido el Buick y ella el transporte público, ella había sido puntual y él había llegado un poco demasiado tarde. Y ella le había deseado un buen día por segunda vez en pocas horas, pero en esta ocasión hablándole de usted.

Charly debía tener cuidado para no equivocarse en el círculo de sus nuevos compañeros de trabajo. A Reinhold Gräf, al que conocía desde hacía una eternidad, lo tuteaba; pero a Andreas Lange le hablaba de usted pese a haber colaborado ambos en una investigación. Y a Gereon Rath le tuteaba, pero allí tenía que hablarle de usted. Bastante complicado. En el caso de Erika Voss no estaba nada segura de qué trato darle. Normalmente le habría ofrecido que se tutearan, pero ¿no sería confraternizar demasiado? Como aspirante a comisaria, ¿acaso no debía guardar distancias con una secretaria?

Había decidido no romperse la cabeza por ahora con este tema y concentrarse en su trabajo. A la nueva había que darle primero un trabajo monótono, naturalmente Gereon no podía favorecerla. Así que le había confiado la tarea de revisar uno por uno los suministradores de un veneno paralizante llamado tubocurarina, la sustancia tóxica que había acabado con la vida del hombre de la Casa Patria, y Reinhold Gräf le había puesto sobre la mesa una larga lista con las direcciones de los lugares que tenían disponible esa sustancia: investigadores latinoamericanos e institutos tropicales, pero también un par de hospitales. Tal como le habían ordenado, Charly había emprendido el maratón telefónico

aunque no creía que alguien que utilizaba ese remedio como arma asesina recurriera a proveedores legales. O bien lo robaría o se lo suministraría alguien en cuya posesión no debería hallarse.

Pasadas dos horas largas, había revisado la lista de Gräf y confirmado sus sospechas: no se había producido ningún robo, tampoco ninguna desaparición inexplicable de las existencias; las provisiones de curarina no se habían reducido en ningún lugar.

Charly miró hacia Erika Voss, que golpeaba apasionadamente las teclas, castigando a su nueva compañera con la indiferencia. Era probable que hubiese cometido el clásico error de todo principiante de acabar demasiado pronto con un trabajo que solo se le había dado para tenerla un rato ocupada. Pero ahora no iba a detenerse en ello, quería hacer algo con sentido y no estar allí sentada de brazos cruzados. Así que tendría que molestar otra vez a los hombres. ¡Que le dieran algo nuevo!

Erika Voss recuperó el aparato de teléfono con una expresión en la cara que recordaba lejanamente a una sonrisa y Charly llamó a la puerta intermedia con la lista de direcciones revisada bajo el brazo.

Junto a un escritorio, Lange y Gräf se inclinaban sobre una caja de cartón llena de archivadores, algunos de los cuales ya estaban abiertos sobre la mesa, y parecían discutir sobre un asunto; Gereon hablaba por teléfono y arqueó un momento las cejas cuando la vio entrar. Ella apenas le prestó atención y notó que eso le deparaba incluso una alegría secreta: ignorarlo aparentemente y sin embargo pasar cerca de su escritorio, acariciarle la mano de paso sin que los otros lo vieran. No quería recordar lo que había pasado precisamente en ese despacho la tarde anterior, de lo contrario lo habría agarrado allí mismo por la corbata para alejarlo del escritorio y arrastrarlo al cuarto de la limpieza más próximo.

Se puso delante de la mesa con los archivadores y carraspeó.

—Resultado negativo —anunció—. Los hospitales y los investigadores sudamericanos no nos llevan a ninguna parte.

El secretario levantó la vista sorprendido, el aspirante a comisario también. En efecto, los señores habían esperado tener a la nueva ocupada hasta el descanso del mediodía. Antes de que pudieran decir algo, Charly prosiguió.

—Yo propondría hacer una selección de los suministradores ilegales de estupefacientes y plantearles las preguntas convenientes. —Miró a sus oyentes pero no oyó ninguna réplica y continuó—: Tal vez debería hablar con la Sección de Estupefacientes, ¿no?

Reinhold Gräf todavía la miraba maravillado, y ella casi se echó a reír.

—¿Ya está? —preguntó incrédulo, cogió la lista y miró las direcciones marcadas con un visto—. ¿Y nadie ha sufrido irregularidades con respecto a la tubocurarina?

—Nadie. Y todos lo han comprobado y me han devuelto la llamada. Creo que podemos confiar en las respuestas. Son todas direcciones serias.

—Entiendo —dijo Reinhold—. Y ahora quieres estudiar las que no son serias.

Gereon había concluido la conversación telefónica y se había levantado para echar él también un vistazo a la lista.

—Oh, muy buen trabajo, señorita Ritter —dijo asintiendo—. También su idea de consultar en la sección de Estupefacientes. Pero no tiene que tomar al instante el camino oficial, que a veces resulta algo arduo aquí en la jefatura. —Señaló la pared en la que colgaba el obligado retrato de Hindenburg—. Un par de despachos más allá está el compañero Dettmann. Hace dos meses dejó Estupefacientes y se unió a nosotros; a lo mejor tiene alguna sugerencia. Dicen que se desenvuelve muy bien en la calle. Y si la vía directa no sirve, siempre podemos acudir a la oficial.

Había pronunciado la última frase de un modo tan paternal y sabiondo que Charly tuvo que hacer un esfuerzo por controlar los músculos de la cara. Por fortuna, Erika Voss asomó la cabeza por la puerta y atrajo la atención de todos.

—¿Señor comisario? —dijo la secretaria, todavía evitando mirar a Charly—. El consejero Gennat comunica que quiere hablar con usted ahora.

—Dígale al consejero que en cinco minutos estoy ahí.

La secretaria se marchó y Charly sonrió a Gereon.

—Gracias por la sugerencia, señor comisario —contestó—. ¿Me ha dicho el compañero Dettmann? ¿Dónde está exactamente?

—Espere, yo mismo le enseñaré el camino. De todos modos tengo que ir a ver a Gennat.

«Podría haberse ahorrado la explicación», pensó Charly, sonaba un poco forzada, como a exceso de celo. Pero los compañeros no parecían haberse percatado de nada y ella misma accedió tan humildemente como se esperaba en una aspirante a comisaria.

Lange y Gräf volvían a estar concentrados en sus archivos cuando salieron juntos. Erika Voss tampoco levantó la vista de la máquina de escribir, pero Charly estaba convencida de que había tomado nota de que su comisario había salido con la aspirante.

—Le enseño a la señorita Ritter dónde está el compañero Dettmann —informó Gereon— y luego voy al despacho de Gennat.

Voss se limitó a asentir y no interrumpió su trabajo.

Con cara de resignación, Gereon dejó el despacho y cerró la puerta tras Charly. Fuera, en el pasillo, sus miradas se cruzaron un instante y luego ella descubrió más abajo otra cosa.

—Oh —dijo—, ¿no habré sido yo?

Él no contestó, tan solo miró alrededor. Por suerte, el pasillo estaba vacío. Solo atrás del todo, en el otro extremo del ala, justo al lado de la puerta de vidrio, había un par de personas, pero demasiado lejos para que pudieran distinguir algo. Salvo que un hombre y una mujer permanecían un poco demasiado tiempo delante de la puerta de un despacho.

—Tenías que enseñarme el despacho de Dettmann —susurró—, si nos quedamos aquí más tiempo parecerá como si fuéramos a despedirnos el uno del otro llorando a lágrima vida.

—Joder, Charly —dijo él, poniéndose de nuevo en marcha—, se nos tendrá que ocurrir algo urgentemente. Esto así no funciona.

—A lo mejor tendrías que pensar un poco más en el trabajo.

—No me costará ahora, cuando esté con Gennat. —Se detuvo y le señaló una puerta—. Dettmann está aquí. No derrocha simpatía pero estuvo casi diez años en Estupefacientes. Si hay alguien que pueda contarte algo sobre suministradores, es él.

—De acuerdo —dijo—. ¿Vas bien?

—Mucho mejor. —Y le dio un beso tan por sorpresa que ella se asustó, pero luego se abandonó, no le quedaba otro remedio.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio la jovial sonrisa de Rath y se dio media vuelta. Los compañeros que hacía unos segundos estaban junto a la puerta de vidrio habían desaparecido, en el pasillo no había ni un alma.

—La ocasión hace al ladrón —dijo él tomando otra dirección, hacia donde el Buda tenía su despacho. Estaba en lo cierto. Realmente tenía que ocurrírseles algo distinto.

El despacho del comisario Harald Dettmann se hallaba, en efecto, solo a dos puertas del de Gereon Rath. Charly se echó un vistazo en el espejito de bolsillo y dio un retoque al carmín de labios, acto seguido llamó a la puerta y entró prudentemente cuando nadie contestó. La antesala de Dettmann estaba vacía, la puerta intermedia abierta y ella se limitó a atravesar la habitación. Sentado al escritorio se encontraba un hombre enjuto a finales de la treintena y con una calva incipiente, el otro escritorio de la habitación estaba vacío.

Charly golpeó la puerta abierta y el hombre levantó la vista.

—Comisario Dettmann, supongo. —Ella entró animosa en el cuarto.

—El mismo —dijo Dettmann, poniéndose en pie—, pase, por favor.

Charly siguió la indicación. Dettmann se sentó con manifiesta indolencia en el borde del escritorio.

—¿Y con quién tengo el placer?

—Charlotte Ritter. Aspirante a comisaria. Disculpe. Pensaba que esta mañana estaría en la reunión.

—Tenía cosas que hacer. —Dettman la miró de arriba abajo—. ¿Me he

perdido algo?

—Bueno, estoy trabajando en un caso de asesinato y...

—Un caso de asesinato. —Dettmann encendió un cigarrillo—. No sabía que en la G también se ocuparan de esas cosas.

—En la actualidad estoy destinada en la brigada de Homicidios, en el caso Patria, del comisario Rath —dijo, tan objetiva y tranquila como le era posible—. Necesitamos urgentemente información sobre una sustancia paralizante llamada tubocurarina. Y sobre sus posibles suministradores ilegales en el área de Berlín.

—Vaya, vaya —respondió Dettmann.

—Había pensado que usted podría ayudarme.

—¿Y por qué no viene Rath mismo a verme?

—El comisario Rath me ha confiado a mí este trabajo, por eso tendrá que contentarse conmigo.

—¿Es que como aspirante a comisario no se aprende que en estos casos hay que dirigirse a la Sección de Estupefacientes? Yo soy inspector de Homicidios.

Esta inocente conversación entre compañeros parecía estar saliéndose de madre, pero Charly insistió con valentía. No iban a doblegarla tan fácilmente, ¿para qué había crecido en Moabit?

—Por decirlo de algún modo, optamos por la vía directa —contestó, intentando sonreír, pero en el rostro de Dettmann no se movió ni un músculo—. Antes de que tenga que recurrir a otra sección. Pensaba que entre compañeros...

—Vaya, vaya. Entre compañeros —la interrumpió Dettmann—. ¿Es una broma?

—¿Cómo?

—¿Es que tengo pinta de secretaria?

—No entiendo...

—Oye, chica, tú habías sido secre de Gennat, ¿no? Y que me tomes a mí por tu compañero...

—¡Yo no soy secre, como usted dice, sino aspirante a comisaria en la

Inspección G, actualmente designada en la Inspección A! No tolero ese tono y su grosera familiaridad.

—¿No toleras este tono? ¡Vaya!

Dettmann se la miró de la cabeza a los pies, deteniéndose insolentemente en sus piernas.

—Escúchame bien, chica —dijo entonces en voz baja pero clara, y se inclinó tanto hacia delante que ella pudo oler la loción para después del afeitado y su aliento—, no sé a quién se la habrás mamado más veces, si a Böhm o al Buda, pero una cosa sí que sé: tú a mí no tienes nada que decirme.

Charly creyó no haber entendido bien.

—¿Qué acaba de decir?

—No sé lo que acabas de oír.

—¡Deje de tutearme! No recuerdo habérselo permitido.

—Yo no necesito tu permiso. Para nada en absoluto, ¿está claro? Y aún menos dentro de este despacho. Si quieres dar órdenes, vuelve con tu compañía de mujeres, a lo mejor ellas te hacen caso. Y ahora, largo, tengo cosas que hacer.

Y dicho esto se sentó al escritorio y siguió estudiando los expedientes que había dejado sobre la mesa sin dignarse a volver a mirar a Charly.

Ella se quedó allí, con la boca abierta, totalmente estupefacta. Su primer impulso fue acercarse a ese grosero y darle una bofetada, pero la detuvo la razón, que le decía que algo así no ayudaría en su carrera profesional. Pero no se le ocurría nada más, ni siquiera una respuesta mordaz, así que se quedó sin aliento, como un pez fuera del agua.

—¿Algo más, señora compañera? —preguntó Dettmann, sonriéndole con un descaro que definitivamente la dejó sin palabras—. Pensaba que ya había terminado con usted.

Volvía a hablarle de usted. Y en ese momento, al verlo ahí sentado, sonriendo, Charly supo que Harald Dettmann negaría ante cualquier persona que había pronunciado esas palabras, esos humillantes insultos. ¿Y quién iba a creerla a ella, a la aspirante a comisaria? ¿Qué valía su testimonio contra el de un

veterano comisario? Por el distintivo que llevaba en la solapa, Dettmann hasta era miembro de la Schrader-Verband, la Asociación de agentes de la Policía Prusiana; alguien así era inamovible ahí en la jefatura, a no ser que robara los candelabros de plata de la vivienda oficial del jefe de policía.

No iba a conceder al sonriente Dettmann que disfrutara de su triunfo por más tiempo ni tampoco de la visión de su propia impotencia: giró sobre sus talones sin decir nada más, dio un portazo, aunque en realidad no había tenido la intención de hacerlo, y salió de la antesala al pasillo sin saber qué debía hacer en ese momento.

Ni siquiera estaba segura de si tenía que contarle a alguien ese incidente, que seguía pareciéndole más irreal cuanto más pensaba en él. Como si solo lo hubiese soñado.

Pero su indignación, y todavía más claramente su vergüenza, le decía inequívocamente que sí había ocurrido. Como si ella fuera la que tenía que avergonzarse por las groserías que Dettmann le había dicho en la cara. Sí, en efecto, se avergonzaba y, cuando se dio cuenta, todavía se enfureció más.

Finalmente, sin saber cómo había llegado hasta allí, se encontró en los lavabos de señoras que se habían instalado en la Inspección A para las numerosas secretarías y taquígrafas que trabajaban en ella. Por suerte no se encontró con ninguna, el gran cuarto de baño estaba vacío; se llenaría poco antes del descanso de mediodía, cuando todas fueran a repasarse el carmín de labios. Charly se encerró en una cabina y se sentó sobre la tapa del inodoro. Y entonces las lágrimas asomaron a sus ojos sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo, lágrimas de indignación. Dio una patada a la puerta de la cabina, pero no consiguió más que provocar un fuerte ruido y hacerse daño en el pie.

«¡Dettmann, menudo cabrón!»

Lo que más la enfurecía era que le hubiese afectado tanto con su cobarde perversidad. Justo en un momento en que se encontraba en el séptimo cielo, porque pensaba ser plenamente partícipe del aparato de la Policía de Berlín.

Ahora había vuelto a la realidad. Y la realidad era que, como mujer, en la

Policía Criminal era un cero a la izquierda al que cualquier comisario que pasara por allí siendo miembro de una asociación bien considerada y con una sucia fantasía podía decirle marranadas a la cara sin miedo a las consecuencias.

Rath estaba sentado en el sofá verde y desgastado del despacho de Gennat delante de una increíble montaña de pasteles. En su plato solo había acabado un trozo de pastel de nueces pequeño y encima reseco, el Buda se había servido un trozo de pastel de grosella. Y ahora llegaba Trudchen Steiner, la secretaria de Gennat, con una cafetera llena de café recién hecho. Más que agradecido, Rath aceptó la bebida, ya tenía la boca seca a causa del pastel de nueces.

—Una presentación extraordinaria, la que nos ha ofrecido esta mañana —dijo Gennat, pinchando un trozo de pastel con el tenedor. Rath había descrito en la reunión matinal la nueva situación del caso Patria, como lo había bautizado para uso interno, y los resultados del análisis de sangre especialmente habían impresionado a Gennat.

—¿Ha progresado en la búsqueda de suministradores de ese veneno indio para flechas?

—La compañera Ritter se encarga de ello. Hospitales, instituciones universitarias y todos los investigadores latinoamericanos conocidos de la ciudad pueden descartarse. La compañera ha propuesto indagar entre los proveedores ilegales de narcóticos con ayuda de la sección de Estupefacientes.

—¿Qué tal se desenvuelve la señorita Ritter? ¿Está usted contento?

—Mucho. —Rath se apresuró a tragar su pastel de nuez—. La señorita Ritter trabaja bien y es cumplidora.

—¿A que sí? No dudo de que su presencia en la Inspección A es enriquecedora. Pero desgraciadamente solo puedo pedir a la compañera Wieking

que nos la ceda en algún que otro caso. —Movi6 la cabeza—. En fin, me doy por satisfecho con que haya al menos una Polic6a Criminal femenina.

—Adem6s de la reconstrucci6n del crimen —prosigui6 Rath—, es sobre todo la b6squeda del m6vil lo que nos tiene ocupados. Y a ese respecto todav6a tenemos como punto de partida los mil marcos que encontramos con el cad6ver.

—¿Alguna explicaci6n para esa elevada cantidad de dinero?

Rath neg6 con la cabeza.

—Las facturas de la Casa Patria no se pagaban en efectivo. Los compa1eros Lange y Gr6f est6n intentando reconstruir la 6ltima ruta de Herbert Lamkau. Todav6a no tenemos respuesta a la pregunta de por qu6 el jefe en persona realiz6 el reparto esa madrugada.

—Pero ¿tiene alguna sospecha?

—A lo mejor estaban destinados a sobornar a alguna persona de la Casa Patria, posiblemente a un comprador de la empresa. Lamkau tem6a perder a su cliente m6s importante, pero sobre todo ten6a miedo de perder su reputaci6n. Los proveedores de Kempinski son algo parecido a lo que antes eran los proveedores de palacio.

—Pero ¿d6nde reside el m6vil del asesinato? Una persona que va a ser sobornada no tiene por qu6 asesinar a otra.

—A lo mejor tambi6n hab6a extorsi6n.

—Pero ¿entonces por qu6 segu6a estando el dinero en la bata de Lamkau?

Rath se encogi6 de hombros.

—Todav6a hay ciertas incongruencias que tenemos que estudiar. Es evidente que detr6s del tel6n de la Casa Patria se han efectuado negocios sucios. Y que est6n vinculados con Lamkau y su asesinato. —Volvi6 a depositar el plato del pastel sobre la mesa—. Podemos suponer, adem6s, que el asesino de Lamkau todav6a estaba en el edificio cuando entr6 la polic6a, es decir, que se trata de alguien que consta en nuestra lista de nombres. A este respecto, no hemos avanzado con los interrogatorios, pero...

Rath, que por fin hab6a conseguido terminarse el pastel de nueces, observ6

horrorizado que Gennat le ponía un trozo de *Sachertorte* en el plato.

—Muchas gracias, señor consejero —dijo. No logró pronunciar un «No, gracias».

—Prosiga.

—Ejem, creo que nos las tenemos aquí con un círculo delimitado de individuos; por ejemplo sería razonable comprobar si todos los empleados que se consideran dignos de atención han adquirido en algún momento conocimientos de medicina. Antes de trabajar en la Casa Patria o, pongamos por caso, en su tiempo libre, en Cruz Roja u otro lugar.

—¿Lo dice por la inyección letal?

Rath asintió.

—Según el doctor Karthaus no es tan fácil inyectar en la yugular. Y no todo el mundo está familiarizado con la tubocurarina. —Pinchó con el tenedor el primer trozo de *Sachertorte* y decidió atreverse a hacer un nuevo intento—. Lo que podría imaginar en esta situación, señor consejero, es una investigación secreta. Introducir a alguien en Casa Patria que observe a los sospechosos en su puesto de trabajo.

Para regocijo de Rath, Gennat asintió.

—Buena idea.

—Me alegra que usted también lo vea así, señor consejero. —Rath seguía columpiando el pastel en el tenedor—. Tal vez podría ponerme a disposición uno o dos compañeros con este objeto...

—Lamentablemente, nuestra situación actual no nos lo permite.

—El problema es que tanto el compañero Lange como también el compañero Gräf y yo mismo, por supuesto, ya nos hemos presentado como agentes de la Policía Criminal en la Casa Patria e inevitablemente nos reconocerían. Sin contar con que ninguno de los agentes cuenta con las habilidades y conocimientos necesarios para trabajar en la cocina de un restaurante.

—El compañero Roeder trabajaba con barba postiza para que no lo reconocieran.

—El compañero Roeder ya no está en la Policía.

Erwin Roeder había abandonado el servicio en la Policía hacía unos pocos años para hacer carrera como escritor. Los disfraces, con los que quien se autodenominaba criminalista jefe se fotografiaba con expresión grave, no habrían engañado a nadie en Colonia, ni siquiera como disfraces en el carnaval.

—Tiene razón —dijo Gennat—, en este caso las barbas postizas no tendrían ningún sentido.

—¿Considera que podría hacerse algo más? Con un hombre habría suficiente. ¿Y si recurre a sus contactos en las otras Inspecciones?

—Ya le he conseguido a la compañera Ritter, más es imposible. —Gennat respondió con un tono bastante cortante y Rath prefirió callar y dedicarse a su pastel—. Pero pensándolo bien —siguió el Buda—, sería el suplemento perfecto que usted necesita. En este caso solo ha confiado a Charly tareas de oficina hasta el momento, ¿cierto? Ella nunca ha estado como policía en la Casa Patria.

Rath se alegró de no tener que contestar al momento porque todavía estaba ocupado con la *Sachertorte*. Lo cierto es que nunca se hubiera imaginado que las cosas tomaran ese derrotero, pero a Gennat parecía gustarle la idea.

—Una mujer no levantaría la menor sospecha —señaló el Buda—. A nadie se le ocurre pensar que es agente de policía. Además, Charly ya realizó unas pesquisas encubiertas para nosotros, y con mucho éxito.

—Y también corriendo mucho peligro, si no recuerdo mal.

—Algo así siempre puede volverse peligroso. La compañera Ritter sabe defenderse. ¡Usted mismo ha sugerido tener a un infiltrado!

«Sí —pensó Rath—, pero solo porque quería tener más personal.»

—Ya, pero...

—¡Nada de peros! Es una buena idea, ¡piense a ver cómo puede introducir a Ritter en la Casa Patria! La operación queda pues aprobada.

Rath se preguntaba qué diría Charly cuando él le propusiera pedir trabajo en Casa Patria. Pero por la expresión de Gennat ya vio que era totalmente imposible dar marcha atrás. El Buda había vuelto a atacar la bandeja de pasteles para cortar

artísticamente un segundo trozo de pastel. Se deleitó masticando un rato y Rath aprovechó la oportunidad para seguir liquidando la *Sachertorte*. Era una ley no escrita no dejar pastel en el plato cuando uno iba a la oficina de Gennat; de lo contrario, el gordo, al parecer, se sentía ofendido.

—Tengo algo más que hablar con usted —dijo Gennat—, algo que en un principio ha de quedar entre nosotros. Se trata de la cuestión de si en nuestro caso podríamos estar tratando con un asesino en serie.

La expresión «asesino en serie» sobresaltó a Rath. Ya en el caso Fantasma había tenido encima a la impaciente prensa, y le gustaría que eso no volviera a ocurrir en este nuevo caso. «Asesino en serie.» El mismo Gennat había acuñado el término y la mayoría de las veces llevaba consigo problemas. La prensa amarilla enseguida sacaba la porra cuando las investigaciones se estancaban, hablaba de la ineptitud de la policía y atizaba un terror entre la población que, con frecuencia, degeneraba en histeria.

El Buda señaló con el tenedor una mesa sobre la que descansaba una revista. Rath reconoció la portada de la *Revista mensual de criminalística*, una publicación en la que Gennat también escribía de vez en cuando. Como en su tiempo sobre Peter Kürten, el Vampiro de Düsseldorf, un asesino en serie que había caído por azar en las redes de la policía.

—Ayer por la mañana mismo —siguió diciendo el Buda—, cuando nos describía las extrañas circunstancias de la muerte, no pude evitar pensar en un artículo que leí hace unas semanas en la *Revista mensual* y en el que se plasma un caso similar. —Cogió el ejemplar de la mesa y se puso las gafas—. He vuelto a leerlo y de hecho se encuentran unas sorprendentes similitudes entre nuestro caso y... —Gennat abrió la revista y leyó a través de las gafas— el caso Wawerka de Dortmund. También ahí se produce una muerte por ahogamiento en un espacio cerrado para la que no hay explicación.

—Lamkau no se ahogó.

—Puede que Wawerka tampoco. A saber si la medicina forense de Dortmund es tan competente como la nuestra. Sea como sea, ayer me vino a la cabeza

mientras usted daba la explicación. —Gennat empujó la revista por encima de la mesa—. Lea y decida por sí mismo.

Rath apartó a un lado de la mesilla del sofá su plato con la esperanza de que el Buda no volviera a servirle otro pedazo de pastel y cogió la revista. «Tal vez debería leer regularmente las revistas especializadas», pensó, abriendo la publicación y fingiendo interés.

—Así que en Dortmund —dijo—. ¿Han avanzado allí nuestros compañeros más que nosotros?

—Por desgracia no. —Gennat movió negativamente la cabeza—. Es un caso sin resolver. Pero las coincidencias son sorprendentes. No quise exponerlo a los cuatro vientos en el pleno. Ya sabe, algunos compañeros suelen cuidar sus relaciones con los periodistas más de lo que conviene. —Al pronunciar estas palabras miró a Rath fijamente a los ojos. Gennat conocía los buenos contactos que su comisario mantenía con la prensa de la capital—. Y si la prensa amarilla capta en algún sitio las palabras «asesino en serie», se armará un revuelo en los medios de comunicación. No es necesario que se lo diga, lo sabe usted por propia experiencia.

—Sí, señor.

—En cualquier caso no podemos permitirnos ningún escándalo, y en especial cuando todavía no sabemos si estamos sobre la pista correcta. Yo solo le pido que investigue discretamente también en esta dirección.

—Pero la distancia entre los dos lugares del crimen, ¿no habla en contra de su teoría? Berlín y Dortmund, entre ambos hay unos quinientos kilómetros.

—Cuatrocientos noventa, si viaja por la Reichstrasse, la carretera imperial. Y seis horas y media si coge el tren. —Gennat permaneció impassible—. Tiene usted razón, un asesino en serie suele actuar en un radio limitado. Pero tenemos dos asesinatos que posiblemente estén relacionados. A lo mejor hay más. A lo mejor hay algún vínculo entre ellos que ahora todavía no vemos. Tal vez espacial, tal vez de otro tipo.

—Y si realmente se trata de un mismo y único asesino, posiblemente no venga

de Berlín sino de Dortmund.

—O de otro lugar. A lo mejor es un viajante de comercio que actúa donde hace una parada.

—Entonces deberíamos investigar si se han producido otros casos similares en Prusia.

—Exacto, señor comisario, es lo que yo también opino. —Gennat ya se había comido un segundo trozo de pastel de grosella y no volvió a servir ni a su invitado ni a sí mismo. La señal inequívoca de que la audiencia había llegado a su fin—. Precisamente por eso he informado a las jefaturas de policía de las capitales, así como a las oficinas de la Policía Criminal de cada región y la gendarmería, para que no se nos escape nada si es que en las zonas rurales se ha dado algún caso parecido.

—Gracias, señor consejero. —Rath enrolló la revista y se puso en pie—. Una pregunta más —dijo, cuando ya estaba junto a la puerta—. El muerto de Dortmund... ¿Tenía él también algo que ver con el sector de la restauración? ¿O lo encontraron en un ascensor, como a Lamkau?

Gennat negó con la cabeza.

—Era minero en Zollern y lo encontraron en la vivienda que le había dado la empresa. Muerto en la cama.

Al menos no tenía que decírselo enseguida. Cuando Rath regresó con su equipo, Charly todavía estaba fuera; desde que habían dejado juntos la oficina, hacía apenas una hora, nadie sabía nada de ella. Era imposible que su visita a Dettmann durase tanto. Rath encendió un cigarrillo y pensó en si tenía que echarle un sermón, un sermón de cara a la galería, por decirlo de algún modo, para que los compañeros no tuvieran la impresión de que le daba un trato mejor de favor a Charly. En cualquier caso, no podía dejarle pasar que no hubiese encontrado necesario comunicar al grupo de investigación cuáles eran sus siguientes pasos. ¿Habría visitado por su cuenta y riesgo la sección de Estupefacientes? Más valdría que lo hubiera dejado en sus manos, esos compañeros no se tomaban en serio a un aspirante a comisario, ¿cómo iban a reaccionar entonces delante de una aspirante?

—¿Qué tal ha ido con el Buda? —preguntó Gräf, arrancándolo de sus pensamientos.

—El consejero Gennat lamenta no poder cedernos más personal, pero al mismo tiempo aprueba que un agente de la Policía Criminal se introduzca de incógnito como auxiliar de cocina en la Casa Patria. Pesquisas encubiertas.

—¡Estupendo! —Gräf no parecía muy entusiasmado—. ¿Vamos a tener ahora que limpiar verdura?

—Si pagan, habrá que considerarlo —dijo Lange—. Con lo que ganamos cualquier ingreso complementario es bien recibido.

—De todos modos, ninguno de nosotros tres podemos encargarnos de ello, los

empleados ya nos han visto las caras —contestó Rath.

—Entonces solo queda la señorita Ritter —concluyó Lange.

—Precisamente a ella es a quien Gennat ha propuesto para esta operación.

—¡Pobre Charly! —Gräf no pudo evitar sonreír—. Ahora que por fin trabaja en la Kripo, va y termina en la cocina.

Rath no lo encontraba tan divertido, a fin de cuentas era él quien tenía que comunicárselo a Charly.

—Al menos sabe desenvolverse en una cocina —oyó decir a Lange—, para una operación de este tipo no habría ningún compañero que tomar en consideración. ¿O conoces tú a alguno que sepa cocinar?

—Hay algo más —dijo Rath. Su tono cortante hizo callar a esos dos tontorrones—. Gennat señala que podría tratarse de un asesino en serie.

Con esas palabras a cualquiera se le podían bajar los ánimos en la jefatura.

—¿Cómo? —Gräf lo miró incrédulo, aunque con restos de buen humor en la cara—. No lo dirás en serio. ¿Dónde más ha actuado nuestro asesino?

—Muy lejos. Por la cuenca del Ruhr. —Rath mostró la revista que había depositado en el escritorio delante de él—. El Buda ha descubierto el caso en la *Revista mensual* y ha visto paralelismos. Yo soy más bien escéptico.

—¿Significa eso que vamos a ignorar la sabiduría que nos llega de arriba? —preguntó Gräf.

—Significa que no vamos a precipitarnos. Tenemos la orden expresa de investigar discretamente también en esa dirección. Pero primero echaré un vistazo al artículo en cuestión. Y luego ya hablaremos. Después de la pausa de mediodía.

Gräf asintió.

—A mí el estómago ya me está protestando. En el restaurante tenemos hígado de ternera.

—Me apunto —dijo Lange.

—¿Y tú, Gereon? —preguntó Gräf.

Rath negó con la cabeza.

—El hígado no es lo mío. —Apagó el cigarrillo—. Pregunta a Voss si quiere acompañaros, yo me iré a buscar algo al Aschinger.

Los agentes se marcharon y Rath hojeó la revista hasta dar con el artículo. «Misteriosa muerte por ahogamiento —rezaba el título—. El *modus operandi* plantea un enigma.» Como era costumbre en la *Revista mensual* estaba escrito en un alemán objetivo, casi burocrático, apenas más vivaz que el de los protocolos policiales, pero además reforzado por un tonete sabihondo con dejes académicos. A Rath le costaba leerlo. Volvió a tomar conciencia de por qué leía la publicación en tan pocas ocasiones.

El muerto de Dortmund se llamaba Hans Wawerka y había sido hallado sin vida en su cama la mañana del domingo de Pascua. Rath observó la foto que se había reproducido en la *Revista mensual* como si el hombre, que lo contemplaba con mirada franca, fuera a empezar a hablarle y a contarle quién lo había matado en su propio lecho.

Pues en lo único que las pesquisas de la jefatura de Dortmund no dejaban lugar a dudas era en que el minero había sido asesinado; a diferencia de en todo lo demás. El diagnóstico del médico forense había constatado que la muerte se había producido por ahogamiento. Que tal vez solo se tratase, como en Berlín, de un casiahogamiento, como sospechaba Gennat, a Rath en principio le daba igual. Más interesante resultaba otro aspecto: el médico forense de Dortmund también había comprobado la existencia de la marca de un pinchazo en la yugular, como en el caso de Lamkau, sin embargo no había profundizado más en ese aspecto, en cualquier caso no había hecho ningún análisis de sangre. Así pues, la desconfianza de Gennat frente a la competencia de la Policía Criminal en la provincia prusiana no era debida a la clásica arrogancia berlinesa. ¿Podría comprobarse la existencia de la tubocurarina en un cadáver de tres meses? Rath tenía que preguntárselo al doctor Karthaus. Y entonces probablemente tendrían que desenterrar al tipo de Dortmund.

Levantó la vista del artículo y de la foto de Wawerka. Estaba muerto, tenía agua en los pulmones y la marca de un pinchazo en el cuello; todo lo demás era

un misterio, igual que con Lamkau. No había signos de violencia de ningún tipo ni tampoco sospechosos del delito, en cualquier caso ninguno que estuviera vivo. Un vendedor de periódicos comunista con quien era sabido que Wawerka se había peleado ya no se tomaba en consideración como autor del crimen, pues unos días antes había fallecido víctima del incendio provocado en su quiosco.

Hans Wawerka acababa de cumplir treinta y tres años y vivía solo en un pequeño ático en Dortmund-Bövinghausen; era un sencillo minero, picador en la mina de Zollern, un solterón retraído. Herbert Lamkau, alrededor de cuarenta y cinco años de edad, era por el contrario un hombre de negocios con éxito y padre de familia.

De la foto poco se podía concluir. Wawerka tenía la complexión fuerte de un trabajador, alto y musculoso; mientras que Lamkau había sido toda su vida lo que por lo bajo se denomina un canijo. Solo la mirada resoluta que se adivinaba en la foto de su carnet de conducir daba muestra de fortaleza. Por el contrario, los ojos de Hans Wawerka miraban más bien simplones a la cámara del fotógrafo. Dos hombres tan distintos como la noche y el día.

Lo único que los unía, por lo visto, era que habían muerto del mismo modo, uno en Dortmund y el otro en Berlín. Si esas extrañas coincidencias de los diagnósticos forenses no hubiesen existido, Rath nunca habría apostado por que los dos asesinatos tuvieran alguna relación. El artículo de la *Revista mensual* se interesaba sobre todo por los misteriosos aspectos del caso; fuera como fuese, los agentes que investigaban el suceso de Dortmund carecían, al igual que sus compañeros berlineses, de alguna pista o al menos del asomo de una explicación. Otra semejanza entre ambos asesinatos, si quería verse así.

Cuando Rath apagó su último Overstolz, Charly seguía sin aparecer, pero por mucha buena voluntad que le pusiera él no podía esperarla más. Kigú tenía que salir urgentemente y además él necesitaba comprar cigarrillos.

—Venga, vámonos —dijo, cogiendo el sombrero y la correa.

Después de dar una vuelta por la Alex, donde se estaban colocando los raíles del nuevo tranvía, invitó a la perra a una salchicha cocida que compró a un

servicial tendero delante de la estación. Mientras la perra se comía la salchicha, o más bien se la tragaba, Rath pensaba en Charly.

Marcharse así, sin despedirse en el descanso, no era una buena idea. Aislarse durante la pausa del mediodía no estaba bien visto en el Castillo, nadie lo sabía mejor que Gereon Rath. Y en realidad, Charly también lo sabía, ella era la que se lo había explicado un día. De ahí que todavía le asombrara más que no hubiese vuelto a aparecer. ¿Tenía que empezar a preocuparse? ¿Qué podía haber pasado? Probablemente se había encontrado con Wilhelm Böhm y él había invitado a comer a su taquígrafa preferida.

Para su sorpresa, todos volvían a estar reunidos cuando al cabo de media hora larga volvió a la oficina. Erika Voss hablaba por teléfono y Charly estaba sentada a su mesa en la antesala como si nada hubiese ocurrido, estudiando un expediente. La saludó de un modo claramente más impersonal y frío que la perra, que, en cuanto se desprendió de la correa, le lamió las manos y se puso cómoda al instante bajo su mesa.

Charly tenía un aspecto extraño, pensativo y ausente, casi esquivo, cuando lo saludó. Si esta frialdad no era más que un papel que estaba interpretando, lo hacía condenadamente bien.

Cuando un poco más tarde Rath llamó a su despacho a todo el equipo, ella todavía parecía inaccesible y no muy concentrada en el tema.

—La hemos echado de menos, señorita Ritter —dijo con severidad—. ¿Ha podido averiguar algo, al menos?

Charly puso una cara como si fuera a empezar a berrear en ese momento. Y sin embargo debía saber que todo eso era solo fachada, que era el papel que él tenía que interpretar, como ella.

—He estado también en la sección de Estupefacientes —fue lo único que dijo.

—¿Así que el compañero Dettmann no ha podido ayudarla?

Rath lo había dicho con suma amabilidad, pero Charly no parecía haberlo oído. Hizo un gesto que podía interpretarse como un movimiento de cabeza negativo, pero también como un estremecimiento y miró a través de él. La lista

que dejó sobre el escritorio, una lista con los nombres de los traficantes de droga conocidos por la policía, entre los cuales dos ya estaban en la trena, no era extraordinariamente larga.

—El compañero Gräf se ocupará de ella —dijo Rath, pasando la lista—. Sin duda son en parte tipos de comportamiento dudoso, no es trabajo para mujeres.

Rath había temido que ella pudiera interpretarlo como una crítica ofensiva, pero Charly apenas reaccionó.

—Tengo otra tarea para usted —dijo—, el comisario Gennat desearía que empezara usted una investigación secreta en la Casa Patria. —Carraspeó y hubiera deseado borrar esa sonrisa maliciosa de la cara de Reinhold Gräf—. Resumiendo: quiero que mañana por la mañana se presente en la cocina central para pedir trabajo, se ofrecen un par de puestos. A lo mejor podríamos infiltrarla sin ayuda de la dirección... cuanto menos gente tenga conocimientos de la misión, mejor...

En contra de lo esperado, el rostro de Charly se iluminó. Por fin parecía estar presente en la habitación.

—Buena idea —dijo—, ahí seguro que nadie me toma por agente de policía.

Rath encendió un cigarrillo y hojeó el ejemplar de la *Revista mensual* hasta encontrar la cara de Hans Wawerka. Se la mostró al grupo y volvió a repetir brevemente la tesis de Gennat para Charly.

—¿No suele haber en los asesinatos en serie una motivación sexual? —preguntó ella—. Aquí no veo ninguna.

Rath observó con cierto alivio que volvía a involucrarse en el caso. Apagó el cigarrillo.

—Exactamente, señorita Ritter —dijo—. Sin embargo, debemos mantener abiertos los ojos en esa dirección. Con frecuencia se han producido asesinatos en serie carentes de móvil sexual. Basta con que le recuerde al asesino del cine. A lo mejor existe una relación entre Wawerka y Lamkau que nosotros todavía no advertimos.

Charly asintió.

—Sin embargo —continuó hablando Rath—, debemos ir siguiendo las pistas que tenemos. Cuando el *modus operandi* plantea una incógnita de este tipo, hemos de concentrarnos en la búsqueda del móvil. A través del móvil es como se suele llegar mejor al autor del crimen. Y cuando lo tengamos, siempre nos podrá explicar cómo lo hizo.

Lange y Charly asintieron, pero Gräf se había quedado petrificado. Parecía como si al secretario le hubiera caído un rayo encima. Por fin volvió a moverse, al menos su boca, cuando preguntó.

—¿Cómo has dicho que se llamaba el muerto de Dortmund?

—Wawerka. —Rath miró la revista—. Hans Wawerka.

—¡Mierda! —Gräf se había puesto blanco como la leche.

—¿Qué te pasa? —preguntó Rath.

Gräf no respondió, fue a su escritorio y revolvió una de las cajas que habían sacado del despacho de Lamkau. A continuación regresó al despacho de Rath con dos sobres.

—Mira —dijo y sacó de uno de los sobres una esquila ligeramente amarilleada que alguien había cortado cuidadosamente del periódico—. Esto estaba en el escritorio particular de Lamkau. Entre otras cartas. Siento haber reaccionado tan tarde.

Rath miró el delgado papel que Gräf le tendía y no pudo creer lo que veían sus ojos. Una sencilla esquila mortuoria, probablemente de las más económicas. Ni una cita bíblica, tan solo las palabras:

LLORAMOS LA MUERTE DE NUESTRO FIEL COMPAÑERO

JOHANN WAWERKA

14 DE DICIEMBRE DE 1898 MARGGRABOWA – 27 DE MARZO DE 1932

DORTMUND-BÖVINGHAUSEN

LOS TRABAJADORES DE LA MINA DE ZOLLERN II/IV

El nuevo Aschinger de la Alexanderhaus era más luminoso que el anterior, en el antiguo y popular Köngistädtischen Theater, cuyo derribo se podía observar estupendamente desde las grandes ventanas. El nuevo edificio permitía que entrara más luz y, sin embargo, había conservado la atmósfera acogedora del antiguo local. Y sobre todo, y eso era lo más importante, la carta seguía siendo la misma, al igual que los precios, así que en la Alexanderhaus reinaba el mismo ajetreo que en el antiguo domicilio e incluso un poco más porque por ser nuevo atraía a los curiosos. Fuera como fuese, tuvieron que esperar un rato hasta encontrar una mesa.

Rath se alegraba de estar a solas con ella después de todo el trajín de la tarde. El descubrimiento de que, efectivamente, había una relación entre Lamkau y la otra víctima de asesinato los había dejado a todos electrizados. Aun así no habían podido averiguar qué tipo de relación era esa. Gräf, inconsolable por no haberse percatado antes de la esquela mortuoria, estaba compungido.

Para que pensara en otra cosa, Rath le había asignado el servicio externo de comprobar la lista de vendedores de estupefacientes. Había vuelto a enviar a Lange a Tempelhof a ver a Edith Lamkau y convocado en su despacho a los técnicos de la Inspección I, es decir del Servicio de Identificación. En el cajón de Lamkau había otro sobre, igual que el anterior, con otra esquela mortuoria. En ella se lloraba a un cierto August Simoneit, que había fallecido el 11 de mayo a la edad de cuarenta y siete años en Wittenberg; aunque aparentemente no de muerte violenta. Rath había encargado a Charly que averiguara más sobre las

circunstancias de la muerte de ese tercer hombre, pero eso había resultado más complicado de lo que habían imaginado; al menos no se había investigado su defunción, la policía local ni siquiera conocía el nombre de Simoneit ni tampoco estaba anotado en ningún expediente. Un magro resultado pese a que ella se había puesto manos a la obra con todo su ahínco, casi como si quisiera demostrar que era una buena agente de la Policía Criminal, pese a que ni Rath ni sus compañeros habían dudado jamás de sus aptitudes. La única que parecía tener dudas era la misma Charly, y Rath seguía preguntándose si eso se debía solo a la investigación infructuosa de la tubocurarina.

En el Castillo no lo había podido aclarar con ella, Erika Voss había impedido que se quedaran a solas.

Rath esperaba que a Charly le sirviese de consuelo que él tampoco hubiera avanzado gran cosa con su llamada a Dortmund. En cualquier caso, la mina de Zollern no había enviado a Lamkau la esquela, ni la dirección ni el comité de empresa. Tampoco había podido contactar por teléfono con el comisario encargado de la investigación del caso Wawerka, solo con su secretaria. Lange, a su vez, había llegado sin haber obtenido ningún resultado de su visita a Tempelhof: la viuda no había podido desvelar nada acerca de la esquela, y el nombre de Wawerka le decía tan poco como el de August Simoneit.

Charly tendría que acostumbrarse: gran parte del trabajo que realizaba un agente de la Policía Criminal no servía para nada.

Al final Rath había dejado que el equipo se marchara a casa, había logrado alcanzar a Charly delante de la estación y la había invitado al Aschinger. De hecho le había parecido como si hubiera tenido que atraparla, como si ella se hubiera contentado con marcharse a la Spenerstrasse en lugar de a Charlottenburg, como si hubiera olvidado completamente su compromiso. Y eso después de tan solo un día.

Incluso camino del Aschinger solo había hablado del trabajo. Como si fuera a comer con su jefe en lugar de con su prometido.

Y ahora estaban ahí sentados, junto a la ventana, la perra se había acurrucado

debajo de la mesa y contemplaban las ruinas del Königstädtische Theater, pues los restos de unos muros permanecían absurdamente en pie. En una de las paredes todavía se veían las baldosas y un lavamanos que flotaba a unos diez metros de altura sobre la tierra. «Un lavamanos para gigantes con dedos pequeños», pensó.

Todavía pensaba en cómo empezar, pero Charly rompió el silencio.

—La cuestión es: por qué precisamente así —dijo, y no estaba claro si hablaba consigo misma o con él.

—¿Cómo?

—¿Por qué mata de forma tan complicada? —Por fin apartó la vista de la ventana y lo miró—. Alguna razón debe de haber para que primero paralice a una persona y luego la ahogue. O que le haga creer que se está ahogando.

—Hum —exclamó Rath, no tenía ganas de seguir hablando del trabajo allí.

—A lo mejor —siguió ella— quiere decir algo. Como con esas esquelas. Es un mensaje.

—¿Un mensaje para quién? ¿Para la policía? —El tono de las preguntas era más exasperado de lo que él pretendía.

Charly no pareció darse cuenta.

—Entonces también nosotros habríamos tenido que recibir las esquelas, están relacionadas. No. —Movi6 la cabeza en un gesto de negaci6n—. Es un mensaje para las v6ctimas. Significa: pronto morir6is.

Charly actuaba como si no pasara nada, 6l ya no lo soportaba m6s.

—¿Qu6 ha ocurrido hoy? —pregunt6.

Por un momento pareci6 sorprendida.

—¿Qu6 puede haber ocurrido? —dijo sonriendo, una sonrisa tan artificial y extraña que a 6l le pareci6 como si se la hubiera pegado.

—Despu6s de hablar con Dettmann no te dejas ver el pelo en la oficina, no vuelves en un mont6n de tiempo de Estupefacientes, a saber d6nde te has metido en el descanso de mediod6a, y luego, de repente, est6s otra vez en tu escritorio con una cara como si se te hubiera muerto tu mejor amigo. Eso no es normal.

—¿Quieres contarme algo que sea normal en la jefatura? ¿Salvo tú?

—Por Dios, Charly, solo quiero saber qué ocurre. Estaba preocupado. —La miró—. Deberías haber vuelto cuando has visto que el compañero Dettmann no podía ayudarte. Hubiera sido mejor que yo hubiese hablado con la sección de Estupefacientes. ¿Se han reído de ti, o qué ha pasado? ¿Algún comentario estúpido? No te lo tomes personalmente, seguro que les pasa a todos los nuevos.

Ella ya iba a decir algo, tenía la boca abierta, pero se interrumpió bruscamente y Rath se asustó al ver su rostro. Había algo en su mirada que lo asustó profundamente, algo muerto, inmóvil. Sus ojos castaños, por lo general tan cálidos, parecían haberse congelado.

Conocía a Charly. Ella solo tenía ese aspecto cuando estaba a punto de sufrir un ataque de furia. O cuando se esforzaba por no sentir nada.

Pero el ataque de furia no ocurrió, miraba a la mesa como si tuviera que controlarse como nunca antes en su vida.

—Perdona —dijo, tan prudente y delicadamente como pudo—. No quería parecer tan duro, pero de verdad que estaba preocupado. ¿Qué tienes?

—Nada —respondió, pero el sonido de su voz decía otra cosa.

—¡Charly! ¿Ha ocurrido algo? ¿Me he portado mal contigo sin darme cuenta? Ella negó con la cabeza.

—Mi pose de jefe solo era fachada, ya lo sabes.

Ella asintió sin pronunciar palabra.

—Venga, explícame lo que te pasa, me estás asustando.

Tal como movía la cabeza parecía como si quisiera desprenderse de la mirada fija.

Se acercó a ella y le cogió la mano. Como si quisiera sacarla a bailar, pero ahí no había ninguna pista de baile, ni siquiera se oía tocar música. Pero ella se levantó y él la cogió del brazo.

—¿Qué pasa, cariño mío? —le susurró al oído.

Y entonces sintió que ella temblaba, sintió que su cuerpo estaba sacudido como por un sollozo mudo.

—Tranquila —dijo, acariciándole la cabeza mientras ella no dejaba de sollozar—. Tranquila, tranquila. —Como un conjuro.

Por fin cesó el temblor. Ella se puso en pie y lo miró un momento, el rímel corrido, antes de bajar la vista y desaparecer en el baño de señoras.

Cuando regresó a la mesa, ya sin lágrimas y maquillada de nuevo, fue capaz de explicarle lo que había ocurrido.

Zaczaczaczaczaczaczaczac.

El movimiento era tan rápido que apenas si se podía seguir. Y ya estaba atomizando la siguiente cebolla, cortándola en partes diminutas.

—Así, ¿lo ves? Tienes que colocar bien el cuchillo y ya no hay problema. Siempre hacia abajo, zac, zac. Y luego das la vuelta así. Y ten cuidado no te vayas a cortar el dedo en lonchas.

El chico tendría dieciocho años como mucho, pero cortaba las cebollas a una velocidad y con tal precisión que podría haber actuado en un circo. Pocas veces se había sentido Charly tan torpe como en ese momento. Intentó sostener el cuchillo y la cebolla tal como le había enseñado el muchacho pelirrojo que el jefe de cocina Unger había elegido para que la ayudara y enseguida se dio cuenta de que hacía progresos. Incluso si todavía estaba muy lejos de adquirir la vertiginosa velocidad que él había mostrado.

—¿Ves? ¡Ya va mejor! ¡Cuando las hayas acabado todas, esto irá sobre ruedas! ¡Ya verás! —la animó con su pronunciado acento berlinés.

«Todas» eran unos cincuenta kilos, en cualquier caso una montaña enorme. Nunca en su vida había visto tantas cebollas juntas.

El chico le lanzó un animoso guiño y la dejó sola con su tarea. Sonriente, Charly se enfrascó aplicada en su trabajo. Ya con la primera cebolla habían aparecido las lágrimas, y no quería seguir el consejo del joven —«tú nada más cierra los ojos»— por miedo a salir del trabajo con un par de dedos menos. Además, tenía la sensación de que los ojos todavía le escocían más si cerraba los

párpados. Así que dejó que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas e intentó distinguir a través de ese velo lo que estaba haciendo.

La entrevista de trabajo con Unger, el cocinero jefe, había sido la cosa más agradable que le había sucedido ese día. Sin el menor disimulo el hombre le había estado mirando las piernas cuando le dictó un breve texto de prueba, pero se había mostrado satisfecho con sus aptitudes. En cualquier caso le había dado el empleo pero, lamentablemente, no había recurrido a sus conocimientos de estenografía al principio.

—Puede empezar inmediatamente —dijo, mirándola desconcertado cuando ella había vuelto a coger el cuaderno—. No, no, primero en la cocina. Ya le mandaré a alguien para que le enseñe.

Charly dejó a un lado el cuaderno y preguntó si podía llamar por teléfono. Y al ver que Unger fruncía el ceño malhumorado, añadió con una amable sonrisa:

—A mi madre. Seguro que se preocupa si al mediodía no voy a casa.

—Bien —gruñó Unger—, pero cuesta veinte céntimos. Los descontaré del salario. —Le acercó el teléfono que tenía encima del escritorio. Luego salió para ir a buscar al chico de la cocina que tenía que adiestrarla, y ella se alegró de poder intercambiar un par de palabras con Gereon. Pero solo puedo hablar con Erika Voss. El señor comisario no estaba en el despacho.

Ya no tuvo otra oportunidad de telefonar. Unger regresó poco después, llevando consigo al pelirrojo y poniendo punto final a su libertad.

No pudo evitar acordarse del día anterior por la tarde. Le había sentado bien contarle, contárselo a alguien por fin. Y, sin embargo, mientras lo contaba, había vuelto a sentirse mediocre y sucia. Si bien no tenía nada que reprocharse, lo había vivido como una confesión, como si le hubiera confesado sus pecados a Gereon. Y al mismo tiempo la rabia se había apoderado una vez más de ella, una rabia impotente. Por un momento él no había dicho nada, solo la había mirado, horrorizado.

—Joder —había dicho Gereon—, ¿por qué no te has quejado? ¿Por qué no le has dicho a ese cabrón lo que piensas de él?

—Gereon, parece que me estés echando las culpas a mí. ¿Nunca te has quedado sin palabras cuando alguien se comporta de una forma tan grosera como nunca hubieras imaginado posible?

—Perdona. Claro que me ha ocurrido.

Ella había visto en sus ojos que estaba furioso y le había hecho prometer que no se lo diría a nadie del Castillo, ni a Gennat ni a nadie.

Después la noche había transcurrido bastante bien, y ella incluso había logrado volver a reír, a reír de verdad con los ojos secos de lágrimas. Se habían puesto cómodos en la Carmerstrasse, en ese apartamento enorme del que ella no estaba segura si no era demasiado para los ingresos de Gereon. Era imposible que se lo permitiera solo gracias a su sueldo. Pero los Rath tenían dinero, lo había visto el año pasado cuando había visitado Colonia y a lo mejor el tío Joseph había dejado a su sobrino una suma considerable en herencia. Habían bebido un poco más de vino y enseguida se habían ido al dormitorio. Y Gereon había sido tan tierno y delicado con ella que ella casi había tenido un ataque de risa.

—Ey, que no soy de porcelana —le había dicho.

—Entonces todavía sería más bonito —había contestado él, pero luego la había estrechado de verdad contra él.

Cuando ella se había dormido en sus brazos, ya no pensaba en Dettmann, y eso lo había conseguido Gereon.

Charly observó la montaña de cebolla que se negaba a disminuir de tamaño, como si un brujo perverso interviniese en ello. Y también parecía haber hechizado las agujas del gran reloj que había encima del ventanal de la oficina para evitar que girasen a un ritmo normal.

Al menos poco a poco estaba dejando de llorar. A lo mejor ya no tenía más lágrimas que derramar. Detrás del cristal vio la cara de Unger, que le arrojaba una mirada de desaprobación cada vez que ella tomaba aliento aunque fuese por un segundo. La montaña de cebolla probablemente la tendría ocupada todo el día, ¿cómo iba a poder darse una vuelta por la Casa Patria? ¿Y además pasando

inadvertida? Si solo le encargaban que cortara cebollas, no se enteraría de nada de lo que estaba ocurriendo allí. Ni de las cosas públicas ni en absoluto de las secretas. La Casa Patria era un gigantesco complejo con cientos de trabajadores. Solo la cocina era más grande que la mayoría de los restaurantes berlineses.

No le quedaba otro remedio, cogió la siguiente cebolla y colocó el cuchillo. Al menos iba cogiendo práctica. Aunque era posible que no aprendiera todo el resto, simplemente no servía para ser una perfecta ama de casa pese a todos los esfuerzos que había invertido su madre. Y, a fin de cuentas, tampoco quería llegar a serlo.

Era insoportable. Que la conferencia de Böhm fuera tan aburrida como solo lo eran los informes técnicos de Werner Kronberg, el jefe del SI, todavía habría podido aguantarlo en caso de necesidad, pero no que Harald Dettmann estuviera sentado en la fila de delante, unas tres sillas a su izquierda y con una sonrisa complaciente en esa estúpida cara que Rath con tanto gusto habría golpeado.

La mitad del tiempo, Dettmann se saltaba la ronda de las mañanas con alguna excusa poco convincente, pero justamente hoy tenía que estar allí exhibiendo sonrisa.

Rath había aparecido en la sala pequeña de conferencias, con aspecto cansado y un par de minutos demasiado tarde, y no solo porque Charly se había acostado con él en la Carmerstrasse. En comparación con otras ocasiones, lo cierto era que se habían ido a dormir temprano. En comparación con otras ocasiones, *ella* se había dormido temprano. Él, en cambio, se había pasado el resto de la noche despierto y mirándola a ella o al techo. La historia que le había contado no se le iba de la cabeza. Al principio no lo había entendido, pero Charly tenía razón, no podía hablar de lo ocurrido con Gennat o con su superior Wieking, entonces el caso se haría oficial y si Dettmann, tal como había dejado entrever, negaba su grosero comportamiento y sus aún más groseras palabras, Charly quedaría después como una perversa compañera de trabajo que había intentado desacreditar a sus compañeros varones con sus pérfidas mentiras. Y confirmaría todos los prejuicios. La mayoría de los agentes ya consideraban innecesaria la

existencia de una mujer en la Policía Criminal, pero su presencia en la brigada de Homicidios constituía para ellos toda una catástrofe.

¡Qué tíos tan cortos!

Ahí estaban todos juntos sentados en la sala de conferencias y entre ellos, sonriendo alegremente, Harald Dettmann. Era evidente que ese desgraciado se sentía como pez en el agua.

Rath había tomado asiento discretamente, pero apenas había prestado atención a la conferencia de Böhm, si bien había entendido que, al parecer, el comisario jefe había resuelto el asesinato con la navaja de afeitar de Schlosspark Bellevue. Así pues, el Bulldog hacía algo a favor del porcentaje de casos resueltos por la Inspección A, a diferencia de Gereon Rath, quien en ese momento no hacía más que apilar casos sin resolver sobre su escritorio. En fin, a lo mejor había al menos perspectivas de recuperar a Henning y Czerwinski del grupo de Böhm y volverlos a tener en el grupo Patria.

Böhm había concluido y le tocaba el turno a Rath como indicó un pequeño gesto de las cejas de Gennat. Se colocó delante y resumió en pocas palabras el estado actual de la investigación en torno al caso Patria

—Tenemos tres puntos de partida: el narcótico tubocurarina, cuyo suministrador esperamos descubrir dentro de poco... —Lanzó una mirada con el rabillo del ojo a Dettmann, pero este parecía no haber oído jamás hablar de esa sustancia—. Gracias a la colaboración de los compañeros de la sección de Estupefacientes, hemos podido reunir las direcciones de los traficantes de drogas conocidos por la policía en una lista que ahora está comprobando el compañero Gräf con ayuda del compañero Lange.

Por su expresión, Dettmann parecía tan aburrido como el resto de los compañeros de la sala. Rath se percató de que hacía una pausa demasiado larga y siguió hablando.

—El segundo punto de partida son ciertas eventuales irregularidades en la Casa Patria, en las que Lamkau, la víctima del asesinato, podría haber estado implicado. Varios indicios, entre ellos los mil marcos que encontramos con el

cadáver, apuntan en este sentido. Para conseguir más información en este aspecto hoy empieza una investigación secreta.

No dio más detalles, tampoco mencionó el nombre de Charly.

—El tercer punto de partida —prosiguió mientras en su imaginación se veía propinando una patada en el hipócrita semblante de Harald Dettmann—, el tercer punto apareció ayer por la tarde. Pudimos establecer una relación entre otro caso de asesinato con idéntico *modus operandi* y el caso Patria. Entre ambas víctimas parece haber un vínculo, aunque todavía nos es imposible concretar cuál. En cualquier caso hemos encontrado en posesión de Herbert Lamkau una esquila de esa primera víctima. Así como la de otro hombre, las circunstancias de cuya muerte todavía, por desgracia, desconocemos.

Rath acabó su presentación y Gennat incluso elogió brevemente al grupo de investigación Patria por su trabajo. Rath volvió a sentarse en su sitio y creyó que la reunión de la mañana ya había terminado pero, ese día, el Buda no se puso en pie para dar por concluida la sesión pronunciando unas pocas palabras, sino para detonar una bomba.

—Señores —anunció el consejero de la Policía Criminal—, la prensa todavía está tranquila, pero se enterarán como mínimo en las ediciones de tarde. Esta noche pasada, poco antes de las doce, se ha producido un asesinato en el cine Lichtburg de Wedding. La víctima ha fallecido a causa de un certero disparo en el corazón, la bala del fusil le ha desgarrado la mitad del tórax al salir. Pese a las medidas inmediatamente adoptadas, se carece hasta el momento de la menor pista del autor del crimen.

Pese a que Gennat no mencionó el nombre, toda la sala sabía cómo se llamaba: el Fantasma había atacado de nuevo.

Demasiado tarde para los periódicos de la mañana, pero los del mediodía estarían encantados de propagar el caso y aún más los de la noche, que volverían a exponer el nombre del «Fantasma» en los titulares y a reprochar a la policía que en medio año no hubiese hecho ningún progreso. Y era posible que en algún

que otro artículo también apareciese el nombre de Gereon Rath, el nombre del hombre que perseguía inútilmente al Fantasma desde hacía meses.

En la sala reinaba el silencio. Todos sabían que bajo la presión de la opinión pública el trabajo no iba a ser fácil en los siguientes días, sin importar de qué caso se tratara.

Rath todavía se preguntaba sorprendido por qué no lo habían llamado el día anterior por la noche (a fin de cuentas el Fantasma era su caso), cuando el Buda volvió a tomar la palabra y le dio la respuesta.

—Aunque falta el informe final, el caso Bellevue está cerrado, de modo que los compañeros Henning y Czerwinski, que ya tienen experiencia, volverán al grupo de investigación Fantasma, que se había descompuesto entretanto; sin embargo..., lo harán bajo una nueva dirección.

La mayoría de los presentes en la sala sabían que Rath había dirigido el caso y se volvieron hacia él. Puso al mal tiempo buena cara e hizo como si no le llegara de nuevo.

—He decidido —explicó Gennat— poner el caso en otras manos. Ahora que el comisario Rath está haciendo progresos tan satisfactorios en el caso Patria, no quisiera descomponer su actual grupo de investigación.

El consejero miró afablemente a Rath, pero en ese momento el comisario sintió que todos lo observaban como si su fracaso lo hubiese llevado a la picota. Bajó la vista, se hizo el aburrido y se preguntó quién asumiría la dirección de su viejo caso. Böhm, probablemente, como solía ocurrir la mayoría de las veces.

—Tuvimos la suerte —oyó decir a Gennat— de que, por una feliz coincidencia, un experimentado compañero nuestro se detuviera ayer en las cercanías del lugar del delito, así que pudimos, en esta ocasión antes que en cualquier otro de los casos estudiados hasta la fecha, tomar las medidas de investigación en el entorno directo del escenario del crimen. Tenemos a dos personas bajo arresto temporal esperando que se las interrogue. De ahí que desearía traspasar el caso al hombre que a través de su audaz comportamiento tal vez haya conseguido, por fin, dar un paso adelante en la guerra contra ese

asesino sin escrúpulos. Acérquese, comisario Dettmann, y descríbanos los detalles de los sucesos de ayer.

Rath creyó no haber oído bien pero, en efecto, un par de asientos más allá, Harald Dettmann se levantó de su silla y se dirigió hacia delante con una pequeña carpeta bajo el brazo.

Rath tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para permanecer sentado sin moverse. Cuanto más escuchaba cómo Dettmann maquillaba sus heroicidades con el pecho henchido de orgullo al tiempo que fingía modestia delante de todos, más crecía su indignación.

En cuanto a la víctima más reciente del Fantasma, se trataba de un traficante, «el cual, a causa de mi tan larga actividad en la sección de Estupefacientes, no me resulta desconocido», subrayó Dettmann para hacer después un breve retrato de la víctima. Por lo que contaba, el mundo no debía sentirse especialmente triste por la pérdida de ese coetáneo sin escrúpulos. El hombre había salido con su novia de la última sesión del cine, justo al lado de la estación Gesundbrunnen. Un único disparo lo había abatido. La mujer había salido ilesa, mientras que la energía del disparo había lanzado al hombre al suelo y le había desgarrado el tórax.

Después de la intervención de Dettmann, Gennat dio por terminada la sesión y Rath fue uno de los primeros en abandonar la sala. Prefirió retirarse con su rabia a la soledad de su oficina.

Intentaba convencerse de que tal vez fuera mejor librarse del maldito caso Fantasma. Pero el modo en que eso había sucedido y que fuera precisamente Dettmann quien posiblemente recogiera los frutos de lo que Rath y su equipo habían sembrado le resultaba insoportable, así de sencillo.

—Que no me molesten —gruñó a su secretaria cuando atravesó la antesala sin detenerse siquiera junto a Kiguí y se encerró dando un portazo en su oficina.

Apenas se hubo sentado, Erika Voss asomó su rubia cabeza por la puerta.

—¿No me he expresado con claridad? —preguntó.

Voss no se dejó intimidar.

—Vale más que supere el mal humor con este expediente —dijo—. Acaba de llegar de Dortmund. Los compañeros han enviado un coche expresamente. Con los saludos del comisario jefe Watzke. También al consejero Gennat.

—Gracias —farfulló Rath, cogiendo dos gruesos archivadores.

—Ya ve, ¡funciona! —dijo Voss, sonriendo—. El señor Watzke también ha llamado antes, cuando usted estaba en la reunión.

—¿Y?

—Lo volverá a intentar al mediodía. Esta mañana tiene una cita en el juzgado. Ahí nunca se sabe cuándo termina uno.

Rath asintió.

—Y la señorita Ritter le informa de que ha obtenido el empleo. «Taquígrafa y asistente de cocina», ha dicho.

—Estupendo. Gracias, Erika. Es usted un cielo. —Abrió el primer archivador—. Pero hoy de verdad que no quiero que me molesten. Lo he dicho en serio.

—¿Tampoco quiere café?

Sonrió. Por primera vez desde que había entrado en el Castillo esa mañana.

—Usted gana —respondió—. Tráigame una taza, pero luego cierre por favor la puerta.

Erika Voss hizo lo que le pedía. Por su aroma, el café estaba recién hecho. Rath a veces creía que su secretaria era la que preparaba el mejor café en toda la jefatura. En cualquier caso, sabía con qué dar una alegría a su jefe. Se encendió un cigarrillo y bebió el primer sorbo, luego se sumergió en el trabajo.

Dos horas más tarde había estudiado los dos archivadores y había hecho todo un listado de notas. Esa revisión no había aportado nuevos hallazgos, pero sí una buena cantidad de nuevos detalles. Y los detalles siempre podían acabar siendo importantes, él lo sabía por experiencia.

Sacó el expediente Lamkau de la estantería y lo colocó junto a los de Dortmund sobre el escritorio. En la pitillera todavía le quedaban dos Overstolz, encendió uno y por enésima vez comparó los datos personales de los dos fallecidos.

Herbert Lamkau, nacido en Tilsit en 1890, casado, sin hijos, registrado con su empresa en la oficina de actividad empresarial de Tempelhof desde 1925, sin antecedentes penales.

Hans Wawerka, nacido en 1898 en Marggrabowa, trabajaba desde noviembre de 1924 en la mina de Zollern. Dos años antes, tras una riña en un bar, la policía lo había fichado a causa de una pelea política que había ido a más. Los investigadores de Dortmund también habían entresacado de ese expediente a su único sospechoso, el comunista que se había convertido en víctima de un incendio y que por eso no podía ser considerado autor del crimen.

Erika Voss golpeó la puerta.

—Disculpe, señor comisario, solo dos cositas.

—¿Cuáles?

—Acaba de llamar el señor Kronberg. El informe de criminalística está terminado.

—Por fin. ¿Y la segunda?

—Si por el momento no me necesita, me gustaría marcharme en el descanso.

—Márchese. Pero no es que no la necesite. —Sacó la billetera y le dio una moneda de dos marcos—. Hágame el favor de ocuparse también de Kiguí. Cómprele un par de albóndigas en el Aschinger. Y usted tómese un café. Necesito un par de minutos más para acabar con esto. Y estar un rato tranquilo.

Cuando la secretaria se hubo marchado con la perra, Rath encendió el último cigarrillo y reflexionó. Los dos muertos tenían un vínculo, pero ¿cuál? ¿Por qué le habían enviado a Herbert Lamkau la esquila mortuoria de Hans Wawerka? Eso no se podía deducir solo a partir de los expedientes. ¿O se le había pasado algo por alto, algo que unía a esos dos hombres tan diferentes? ¿Qué diablos tenían en común Wawerka y Lamkau? Rath dio una intensa calada al Overstolz, como si el cigarrillo escondiera la verdad en algún lugar y él solo tuviera que inhalarla.

Se había lavado las manos a fondo, pero no se libraba del olor a cebolla. Incluso el Juno que por fin se había encendido sabía a cebolla.

Bueno, al menos tenía un descanso. Tras pasar una eternidad cortando bien finito no sabía cuántas cebollas, el pelirrojo había vuelto a su lugar de trabajo, había lanzado una mirada escéptica a la todavía imponente montaña de cebollas y le había dicho que hiciera la pausa del mediodía, le correspondían quince minutejos.

—Y luego continúas inmediatamente —había dicho— y le das un poco más de caña.

Charly había estado a punto de arrojar la toalla. Solo de imaginarse toda la vida haciendo eso... ¡No, gracias!

Ahora estaba al aire libre, en la galería del cuarto piso, fumando un cigarrillo con sabor a cebolla. En la cocina estaba estrictamente prohibido fumar y cuanto más había tenido que esperar, más impaciente estaba por disfrutar del descanso con su primer pitillo. Era la única que estaba allí, por un momento había pensado ir a la sala de descanso, pero necesitaba urgentemente tomar el aire.

De todos modos, ahí no se hacía, por supuesto, un descanso general al mediodía durante el cual conocer a los compañeros de trabajo. Al mediodía era cuando más ajetreo había, salía una cantidad enorme de comida. Y Charly tenía la impresión de que la cebolla formaba parte de los ingredientes de la mayoría de los platos que se servían en la Casa Patria.

Se encontraba en el lateral sureste del edificio, dio una calada y miró hacia el

mar de edificios en medio de los cuales se hallaba el gran vestíbulo de la estación de Anhalt. La Casa Europa parecía estar al alcance de la mano, allí había sido su primera cita con Gereon Rath. Había pasado un montón de tiempo desde entonces, más de tres años. Entonces él la había herido como nunca antes ningún hombre y ella lo había enviado al infierno, y a pesar de todo, habían vuelto a encontrarse un año más tarde. Y ahora hasta se habían prometido. Seguía sin estar segura de si Gereon Rath realmente llegaría a ser un buen esposo. Pero estaba segura de que no quería a ningún otro que no fuera él.

Un matrimonio de policías, ¿funcionaría? No había tantos que lo hubiesen intentado. Quizá hasta fuesen los primeros.

«Todavía no eres policía, Charlotte Ritter, no eres más que una simple aspirante a comisaria y todavía estás en la fila. ¡Es aquí donde debes cumplir tu tarea!»

Consultó el reloj. Todavía le quedaban diez minutos de pausa y aún no tenía ni idea de por dónde empezar a investigar. Aunque todavía no había logrado observar nada. Salvo que el cocinero jefe Unger siempre lo tenía todo a la vista y que pasaba más tiempo sentado en su cuarto controlando y telefoneando que de pie en la cocina.

Una puerta se abrió y un hombre entró en la galería. Tenía la piel tan oscura como la noche, llevaba una camisa de franela a cuadros y un pañuelo rojo alrededor del cuello, pantalones con flecos a los lados, pistoleras y un Stetson en la cabeza que al menos era tan grande como el del actor Tom Mix. En sus labios asomaba un cigarrillo que él encendía en ese momento.

Un negro vestido de vaquero. Charly creyó haberlo visto una vez en un programa de la Casa Patria. Ya entonces se había preguntado si en Estados Unidos realmente había vaqueros negros. Al menos en las películas nunca los había visto.

Cuando su cigarrillo empezó a consumirse, el hombre levantó la vista. Pareció sorprendido de verla allí, de ver a alguien fuera. Vaciló unos segundos, luego se

aproximó a ella y la saludó, dándose un golpecito en el ala del sombrero de modo tan desenfadado como un auténtico vaquero.

—¿Tiene algo en contra de que le haga compañía? —preguntó. Su alemán tenía un ligero acento que Charly no supo definir.

Lo invitó a acercarse con un gesto y el hombre se puso a su lado junto a la barandilla.

—Nunca la había visto aquí —dijo.

—Hoy es mi primer día.

—¿En qué trabaja?

Dibujó una sonrisa torcida con la boca.

—En realidad —contestó—, yo pensaba que era taquígrafa. Pero hasta el momento no he hecho más que cortar cebollas. —Dio una calada—. ¿Es usted americano?

—No, alemán. —El vaquero negro sonrió, mostrando sus blancos dientes—. De Dar es-Salam, África Oriental alemana. Incluso peleé en la guerra por el emperador y la patria.

—¿Un askari?

El hombre asintió.

—Me llamo Husen —dijo, tendiéndole la mano—. Bayume Mohamed Husen.

—Charlotte Ritter. —Husen tenía un agradable apretón de manos—. ¿Y cómo es posible que un askari esté haciendo de vaquero en Berlín? —preguntó.

—Es una historia demasiado larga para la pausa del cigarrillo. La versión corta es esta: estoy en Berlín porque la patria todavía me debe dinero.

—¿La Casa Patria?

Husen rio.

—No, la otra patria. La grande. —Dibujó un arco con los brazos, como si quisiera abarcar todo el mundo—. Alemania todavía me debe la soldada.

—¿Y cómo se convierte uno en vaquero?

Husen se encogió de hombros.

—De algo tiene que vivir el hombre, así que trabajo de camarero. En el Café

Turco o en el Salvaje Oeste. Lo principal es que sea exótico. No hay muchos negros en Berlín.

Charly aplastó el Juno contra la barandilla.

—¿Sale con frecuencia a fumar? —preguntó.

—Si no llueve. Necesito salir. Ahí dentro... —Señaló hacia el interior— me siento como en una cárcel a pesar de los bonitos paisajes que se ven en las paredes.

—Me lo imagino. Si tengo que seguir cortando cebollas un día más, me sentiré como en la cárcel.

—Ánimo. Uno se acostumbra a todo. —Husen también apagó su cigarrillo. Uno turco, observó Charly, no americano—. Venga a visitarme al Salvaje Oeste cuando haya terminado de trabajar —dijo—. Le serviré un whisky.

—¿Tiene también Luisenbrand?

—Como usted diga. No es la bebida clásica del Oeste, pero no creo que a Joe le plantee ningún problema. En el salón del Salvaje Oeste es donde se encuentra la mejor oferta de alcohol de alta graduación que puede ofrecer la Casa Patria.

—¿Joe?

—Nuestro barman. En realidad se llama Johannes. Pero en verdad yo tampoco me llamo Husen, sino Hussein.

Charly asintió.

—Ya veremos —respondió—. Si cuando acabe no me he convertido en una cebolla, tal vez me pase a tomar una copita.

—Entonces, madame...

La forma en que Mohamed Husen se tocaba el ala del sombrero recordaba, en efecto, a Tom Mix.

En el pasillo reinaba el silencio cuando atravesó la puerta, no se oía a nadie teclear la máquina de escribir ni tampoco resonaba ninguna voz. La mayoría de los compañeros ya hacía rato que habían salido para el descanso de mediodía, solo un agente de uniforme y dos civiles deambulaban por el largo corredor de la Inspección de Homicidios. Rath ya iba a cerrar la puerta del despacho, cuando oyó el golpeteo de una máquina de escribir. En el silencio del mediodía el sonido causaba el mismo efecto que las ráfagas de una metralleta. Rath creyó saber de qué despacho procedía. La puerta estaba abierta y él miró al interior. La antesala estaba desierta, el tecleo provenía de más adentro. Sin pensárselo demasiado entró y siguió hasta la oficina. Allí estaba el comisario Harald Dettmann delante de una máquina de escribir que él mismo utilizaba a falta de secretaria. En ese momento sacaba una hoja del rodillo.

—Ah, el compañero Rath —dijo, arqueando las cejas.

—Buenas.

Dettmann colocó la hoja sobre una pila de páginas escritas a máquina, levantó todo el paquete y las ordenó meticulosamente con unos golpecitos. Rath se había olvidado totalmente de ello: Dettmann no solo era un gilipollas, sino también un condenado maniático.

—¿Qué ocurre? —preguntó el ex investigador de Estupefacientes, colocando el montón de papeles bajo una perforadora.

Rath consiguió leer un par de retazos de frases, no tenían nada que ver con el Fantasma. Parecía como un detallado informe del viejo caso Tiergarten. Lo había

cerrado hacía unos días y Gennat ya había reclamado el informe el lunes. Era evidente que el pretexto de que la secretaria estaba enferma ya no servía ahora que el comisario de la Policía Criminal Dettmann tenía que investigar el caso más popular que Gennat tenía para adjudicar. Se oyó un crujido cuando Dettmann accionó la perforadora. Rath calculó las hojas que habría en el montón, seguro que veinte.

Se enderezó delante del escritorio.

—Qué palo cuando la secretaria se pone enferma, ¿verdad? Entonces uno ve por vez primera el trabajo que da esto.

—Formularlo requiere más esfuerzo que escribirlo a máquina. —Dettmann lo miraba desconfiado—. ¿Qué te trae por aquí, Rath? ¿Te duele haber perdido tu antiguo caso? Lo siento de veras, ya he reunido a mi grupo de investigación y tú no formas parte de él.

—¿Ya habéis averiguado algo de los dos sospechosos del crimen?

—¿Por qué quieres saberlo?

Rath se encogió de hombros.

—Por curiosidad. Me extrañaría que uno de ellos fuera el Fantasma.

—Todavía los estamos interrogando.

—¿Y tú no estás en los interrogatorios?

—Si consultaras el reloj, sabrías que ya llevamos casi una hora de descanso de mediodía. Y la estoy aprovechando para acabar el informe Tiergarten para Gennat y el fiscal.

—Qué encomiable. Entonces ¿es verdad?

—¿El qué?

Rath observó a Dettmann y asintió en silencio.

—¿Qué demonios quieres, Rath?

—Tal como estás ahí sentado realmente recuerdas a una secre. ¿Cuántas pulsaciones haces por minuto?

Dettmann se sorprendió. Pero lentamente pareció entrever de qué se trataba.

—¿Qué es lo que te ha contado?

—Eres tú el que hizo esa pregunta, ¿no? «¿Es que tengo pinta de secre?» Y yo diría que sí.

—¡Así que la muy zorra se ha chivado! —Dettmann movió la cabeza de un lado a otro—. Yo no haría caso de todo lo que te dicen. Las mujeres enseguida se sienten ofendidas. El trato en el aparato policial es algo rudo. Si uno quiere formar parte de él, ha de poder aguantarlo. Yo en tu lugar no tendría una joya como esa en mi grupo de investigación, pero tú mismo has de...

—¡Cierra el pico! —replicó Rath, y Dettmann se quedó tan pasmado que realmente perdió el habla—. Mira, gilipollas —dijo Rath, apoyándose con ambas manos sobre el escritorio—, como vuelvas a ofender otra vez a la compañera Ritter, como la mires mal simplemente, ¡vas a tener un gran problema conmigo!

—¿Ah, sí? —El ex miembro de Estupefacientes miró a Rath de arriba abajo—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Al gran protector? ¿Qué te ha contado la pequeña?

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando. Aquí no se trata de detalles, se trata de principios: no se trata de que un desgraciado como tú trate con grosería a una compañera de trabajo, sino de que en el futuro no vuelvas a molestarla ni en pensamiento, palabra y obra.

—Esto se está poniendo demasiado católico.

—¿Me has entendido?

Dettmann movió la cabeza fingidamente incrédulo.

—¡En efecto! ¡No me lo puedo creer! ¡El compañero Rath convertido en vengador de zorras y golfas! —Harald Dettmann dibujó su sonrisa más repugnante—. ¿Te la ha chupado para que te pongas así o es simplemente que se ha chivado y luego te ha mirado con ojos de ternero degollado?

—¡Te lo advierto! —Rath se colocó a unos centímetros de la cara de Dettmann—. ¡Ten cuidado con lo que dices!

Dettmann se retiró imperceptiblemente un poco para atrás.

—¿Tú me adviertes? ¡No seas ridículo! ¿Qué planeas! ¿De qué he de tener miedo? —La sonrisa había vuelto a su rostro—. ¡Ah, sí! Claro, cómo he podido olvidarlo. Dicen que te gusta golpear a compañeros.

—Solo a los cabrones... —Rath se detuvo—... pero tienes razón... cuando te miro... podría ser que estuvieras en peligro.

—Qué chiste. ¿Vas a arriesgarte a un procedimiento disciplinario? Entonces golpea tranquilo. No me defenderé. —Dettmann señaló la punta de su barbilla—. ¡Adelante! ¡Pégame! Pero luego más te vale poner en orden tu escritorio porque hoy será tu último día de servicio aquí.

—Puedo controlarme —dijo Rath, separándose del escritorio—. No quiero ensuciarme los dedos contigo.

—¿Puedes controlarte? Eso sí que es nuevo. —Dettmann estudió con la mirada a Rath—. En fin, te comprendo. Un bomboncito así en el grupo de investigación, hasta yo bajaría la guardia. ¿Ya te la has tirado como Dios manda en el escritorio? A muchos de los chicos seguro que les gustaría. Y yo tampoco le haría un feo. Pero a mí el Buda solo me ha cedido a Henning y Czerwinski.

Mientras Dettmann estaba hablando, la mano derecha de Rath había alcanzado el tintero del escritorio. Dejó que el cabrón hablara, lo siguió mirando a los ojos y tiró lentamente la tinta sobre el bonito informe Tiergarten, recién mecanografiado y perforado. Hasta que la tinta no empezó a gotear por el borde del escritorio sobre su regazo y una fea mancha fue formándose sobre sus pantalones claros de verano, Dettmann no se percató de lo que ocurría. Se levantó de un salto, y retrocedió tan de repente que volcó la silla y casi se cayó encima de ella.

Se quedó mirando la jugarreta consternado.

—¡Tú estás mal de la cabeza! —vociferó de repente. Ya no quedaba ni huella de su sonrisa.

—Uy —dijo Rath y colocó con toda tranquilidad el tintero vacío sobre el escritorio—. Qué torpe soy. Me temo que vas a tener que tirar el pantalón.

Pero a Dettmann los pantalones no le interesaban para nada. Dirigía la mirada a las hojas empapadas en tinta, en las que probablemente había perdido dos horas escribiendo.

—Cabrón —dijo Dettmann y cogió el montón de papeles del escritorio, lo que

todavía aumentó esa cochinada—. Cabrón de mierda, ¡el informe no está todavía copiado!

Rath se encogió de hombros.

—Pues tendrás que escribirlo una segunda vez. Consuélate, una vieja regla del periodismo: la segunda vez siempre se escribe más deprisa. Eso seguro que también puede aplicarse a un informe policial.

—¡Te mataré, Gereon Rath, cabrón de mierda, te mataré!

Rath levantó las manos.

—Puedes pegarme tranquilamente —dijo, sonriendo. Por desgracia su sonrisa no era tan obscena como la de Dettmann—. Pégame, Dettmann, no me defenderé.

Dettmann no le pegó. El comisario solo estaba ahí de pie, respirando con dificultad, con el informe chorreando tinta en la mano, y mirando a Rath, que se despedía con el dedo índice en el ala del sombrero mientras avanzaba hacia la puerta.

—Ay, casi me olvidaba —dijo antes de salir de la habitación—, naturalmente quiero disculparme formalmente por el percance que he provocado. Lo siento mucho, compañero, lo siento muchísimo, pero a veces soy algo patoso.

Antes de que el tintero pudiera alcanzarlo, Rath ya había cerrado la puerta.

No recordaba haber disfrutado tanto de un descanso como en esa ocasión.

Lo había conseguido, el libro obraba en su poder. ¡Había que ser paciente!
¡Saber esperar el momento oportuno!

Había necesitado dos días, dos días al acecho hasta que llegara su oportunidad, y se había visto recompensado.

Sus dedos ya jugueteaban con la ganzúa en el bolsillo del pantalón, cuando el comisario se lo había puesto todavía más fácil. Mientras fingía observar las órdenes de búsqueda y captura que colgaban en la pared de al lado de la puerta de vidrio, lo había observado y se había dado cuenta de que no había girado la llave antes de desaparecer dos puertas más allá de su despacho.

A eso se le llamaba suerte. Ahora ya podía renunciar a la ganzúa, con ella, de todos modos, tampoco era tan hábil. Y ahora también desaparecía el riesgo de que vieran cómo en el descanso del mediodía se ponía a luchar con la puerta de un comisario.

Sin embargo, el día anterior había observado que en la pausa del mediodía no se dejaba ver ninguna alma en el pasillo durante veinte minutos, pero eso no tenía que ser igual todos los días. En ese momento tampoco estaba solo, pero los dos hombres que estaban a su lado era evidente que habían quedado ahí para ir juntos al restaurante de la jefatura y ya habían desaparecido por la escalera.

Así que se había dirigido tranquilamente a la puerta que ya conocía, y había mirado una vez más alrededor antes de entrar. Esta vez ningún perro le había ladrado, esta vez se había internado en la oficina sin que nada se lo impidiera y

había visto sobre el suelo y las sillas las cajas de cartón que los dos agentes se habían llevado de la casa de Lamkau.

No había tardado mucho en encontrar el libro. Una ojeada rápida por las páginas le había demostrado que era el ejemplar correcto. Con un poco de suerte todavía no habrían descubierto su significado. Los polis no solían apañárselas demasiado bien con los números, en cualquier caso los investigadores de Homicidios, no.

Ya en la antesala, se había escondido el libro en la cinturilla del pantalón, por debajo de la chaqueta, y cuando hubo confirmado que no había moros en la costa volvió a salir al pasillo.

Ahora solo tenía que llegar hasta la escalera. Casi se había muerto del susto al oír unos pasos a sus espaldas y, cuando volvió un poco la cabeza hacia un lado, reconoció al comisario Rath justo detrás de él, cada vez más cerca. El comisario lo había alcanzado en la puerta de la escalera. Pero no lo asió por el cuello, no le preguntó: «¿Qué ha estado buscando en mi oficina?».

No ocurrió nada de eso, solo escuchó un amable «¡Que tenga un buen día!» cuando lo adelantó en el rellano y bajó saltando alegremente los escalones.

Rath volvía después del descanso y cruzaba justo en ese momento la puerta cuando oyó decir a su secretaria:

—El señor comisario está cruzando justo ahora la puerta.

Erika Voss tapó el teléfono con la mano.

—Dortmund —dijo.

Rath asintió, le alborotó el pelo a Kiguí, colgó el sombrero en el perchero y fue hacia el fondo. La oficina estaba vacía, Lange y Gräf todavía estaban ocupados con el asunto de la tubocurarina.

—Un momento, por favor, ahora le pongo con él —dijo Voss, y el teléfono sobre el escritorio de Rath empezó a sonar.

Cerró la puerta y cogió los sobres de los dos difuntos, el expediente Wawerka de Dortmund y el expediente Lamkau de Berlín, al lado colocó los apuntes que había tomado. Entonces, descolgó.

El comisario jefe Watzke de Dortmund era un compañero dispuesto a cooperar, pero no tenía mucho más que ofrecer que lo que ya estaba en el expediente de Wawerka.

—¿Era conocido ese hombre tal vez por ser violento? —preguntó Rath—. La pelea en el bar así lo hace sospechar.

—Nunca antes lo habían fichado. Y además se trataba de un inofensivo altercado con un comunista, consecuencia del cual Wawerka acabó acompañando a los agentes que estaban de guardia en Lütgendortmund. De lo contrario estaría totalmente limpio. Hemos estado analizando todo su pasado,

incluso hemos preguntado a los compañeros de Treuburg, pero allí siempre ha sido considerado un ciudadano decente y que pagaba sus impuestos

—¿Por qué en Treuburg?

—Es su ciudad natal. Vivió y trabajó allí antes de venir a trabajar a Westfalia.

—¿Ha dicho Treuburg? —Rath estaba desconcertado. Hojeó el expediente—. Pero... En el expediente está... Un momento... —Por fin encontró el lugar—. Marggrabowa.

—Usted no se interesa mucho por Prusia Oriental, ¿verdad?

—Ahí no quiero ni poner un pie, como decimos nosotros. Yo soy renano.

—Marggrabowa y Treuburg son el mismo sitio.

—¿Una ciudad con dos nombres?

—Hace cuatro años Marggrabowa se dio un nombre nuevo. La población quería con ello honrar el hecho de que en el plebiscito de Masuria, en 1920, solo dos ciudadanos votaron por Polonia, pero todos los demás fueron leales a Prusia y el imperio. De ahí el nombre Treuburg, «burgo leal».

—Debo admitir que conoce usted la historia de Prusia Oriental condenadamente bien.

—Mi padre era de Königsberg. Pero no le gustaba nada y se marchó al Oeste.

Watzke no parecía molesto cuando lo dijo, pero Rath tuvo la sensación de haber entrado en un terreno pantanoso.

—Espero no haberlo ofendido, compañero —dijo—. En serio que no tengo nada en contra de Prusia Oriental, es solo que no me he ocupado de ella especialmente. Otra vez para apuntarlo: ahora Treuburg, antes Marggrabowa.

—Lo encuentra también en la enciclopedia Brockhaus, si quiere echar un vistazo. Gran ciudad del distrito de Oletzko.

Watzke prosiguió con sus explicaciones, pero Rath ya no le prestaba del todo atención. En su mente retenía una palabra que el compañero de Dortmund acababa de pronunciar. Hacía poco que se había tropezado con ella, no sabía dónde, solo sabía que era algo, un cabo al que agarrarse, una relación, una coincidencia, algo que se encontraba en los expedientes, algo que en un

momento dado había leído allí. Dio las gracias al compañero por la llamada y colgó. Luego rebuscó en los dos expedientes de asesinato que estaban sobre el escritorio, buscó febrilmente, fue pasando página por página cada uno de los documentos e intentó recordar.

Al final cogió el carnet de conducir de Lamkau en las manos y la sospecha de tener una pista caliente se convirtió en certidumbre incluso antes de que su mirada, o más bien su memoria, quedase anclada en la palabra. En una de las seis palabras que se habían impreso sobre la foto de pasaporte de Lamkau.

«Distrito Oletzko. El jefe del distrito.»

Su instinto no lo había engañado. ¡La había vuelto a encontrar, joder! La relación que llevaba días buscando.

Edith Lamkau se extrañó al ver llegar al comisario de nuevo.

—Pero si ya se lo dije ayer a su compañero. No conozco a este señor, tampoco sé nada de esas esquelas.

—Pero su marido sí que los conocía, al parecer. A uno de ellos en cualquier caso. Hans Wawerka.

Ella se encogió de hombros.

—Sea como sea no fuimos a su entierro.

—Mírese otra vez la foto. —Rath le mostró la foto de la policía del expediente de Dortmund—. A lo mejor ha visto al señor Wawerka en algún otro lugar. A lo mejor visitó a su marido en alguna ocasión...

La viuda echó la cabeza hacia atrás con asco como si la foto tuviera mal aliento. Señaló la pizarra con el número que Wawerka sostenía delante del pecho, tal como estaba prescrito.

—¿Es un delincuente? ¿Por qué iba a visitar a mi marido un hombre así?

—¿Su marido era de Prusia Oriental?

Ella asintió.

—De Tilsit. Siempre hacía chistes de eso. Por lo del queso, ¿entiende?

Sonrió al decirlo, pero luego los recuerdos llegaron y con ellos las lágrimas.

Rath esperó a que la viuda se recuperase y se secara la cara con un pañuelo blanco como la nieve.

—¿Y Marggrabowa? —preguntó.

—¿Cómo?

—¿Le dice algo el nombre de Marggrabowa?

—¿Se refiere a Treuburg?

—Su esposo se sacó allí el carnet de conducir.

—Sí, vivió en ese sitio un par de años. Antes de venir a Berlín. Trabajó para la destilería Mathée en Luisenhöhe, está por la región.

—¿Son los que producen el Luisenbrand que vende su empresa?

Ella asintió.

—Y el licor Bärenfang. Una especialidad de Prusia Oriental.

—¿Significa esto que su marido siempre mantuvo buenas relaciones con su antiguo patrón?

—Tenemos la venta exclusiva de Mathée para Berlín y Brandemburgo, es un muy buen negocio.

—¿Cambiará esta situación en algo con la muerte de su marido?

—Espero que no. —Le lanzó una mirada llena de reproche—. Sus compañeros se han llevado todos los archivos de la empresa de los últimos años, espero que pronto nos los devuelvan para que podamos seguir con el negocio.

—¿Quién se encargará de dirigirlo? Usted dice que no entiende.

—He puesto un anuncio. Busco un gerente. Además el director Wengler me ha prometido que me ayudaría.

—¿El director Wengler?

—Sí, es el propietario de Luisenhöhe. Y la destilería.

Rath apuntó el nombre.

—Volvamos a Marggrabowa, señora Lamkau...

—Treuburg...

—Como quiera, sospecho que su marido conoció al señor Wawerka durante el período que pasó allí. ¿Está segura de que nunca le mencionó ese nombre? ¿Cuándo le hablaba de su pasado?

—Ya se lo he dicho. Nunca hablaba demasiado de lo que hacía antes.

—¿Era quizá Wawerka un viejo compañero? ¿De la destilería?

—¡No lo sé, señor comisario! ¿La policía no puede averiguarlo?

—Puede. Da la casualidad de que es precisamente lo que estoy intentando hacer.

Edith Lamkau tenía aspecto de haberse asustado de su propia insolencia y adoptó de nuevo un tono más pacífico.

—Ese Wawerka —preguntó—, ¿qué ocurre con él? ¿Por qué es tan importante saber si Herbert lo conocía?

—Si lo supiera, señora Lamkau —dijo Rath— habría dado un gran paso hacia delante.

La dejó con su cara de pasmada y sus ojos de ternera y volvió al Castillo. Había esperado más de su excursión a Tempelhof, había esperado que Edith Lamkau recordara algo cuando se viera frente a la palabra clave Marggrabowa. Falsa alarma.

Antes de marcharse, había telefoneado a la policía de Treuburg pero sin obtener ningún resultado. Tal como había dicho el comisario jefe Watzke, Wawerka no había llamado la atención en su antiguo hogar. Al menos no había llamado tanto la atención como para acabar en un expediente policial. Tan poco como Herbert Lamkau, que se había sacado el carnet de conducir en la capital del distrito de Masuria, la misma en la que Hans Wawerka había visto la luz del mundo por primera vez y en la que había vivido hasta mudarse a Dortmund. Naturalmente, este hecho no demostraba absolutamente nada, pero Rath pondría la mano en el fuego a que las dos víctimas de asesinato se habían conocido antes.

Cuando regresó a la oficina, Erika Voss tenía un montón de recados para él.

—El comisario Gennat desea hablar urgentemente con usted —dijo, y miró la hoja de papel— y también el secretario Gräf ha llamado por esa historia de las drogas, y la señorita Ritter ha vuelto a telefonar.

—La aspirante a comisaria —la corrigió Rath, al tiempo que colgaba el sombrero.

Voss hizo como si no lo hubiera oído y con un soplido se apartó de la frente el rubio flequillo.

—Ah, sí —prosiguió— y el Servicio de Identificación me ha dicho que les

devuelva la llamada. No me lo he apuntado, acaban de telefonear.

—Bien, nadie podrá decir que no estoy solicitado —dijo Rath—. ¿Qué quería la señorita Ritter?

—La aspirante a comisaria Ritter querría verlo para informarle. Ha dicho que no puede telefonear con mucha frecuencia o atraería la atención.

—Tampoco tiene que telefonear constantemente, dígaselo la próxima vez. Esta noche la llamaré a su casa. ¿Y el secretario Gräf?

—Hasta ahora no ha obtenido ningún resultado. Cree que habrá terminado de comprobar la lista esta tarde. ¿Tiene que volver el asistente Lange al despacho?

—Claro. ¿O es que ambos han solicitado vacaciones?

Rath pasó a la parte posterior y se sentó al teléfono.

—Por favor, póngame con el SI —indicó a través de la puerta—. Y luego necesito el teléfono de una destilería de licor Mathée en Treuburg o las cercanías. Está en Masuria.

Voss siguió sus indicaciones y poco después tenía en línea al Servicio de Identificación. Kronberg en persona atendió la llamada.

—Señor comisario, qué rápido. Tengo novedades para usted.

—¿El informe escrito sobre el estado actual de las pruebas en la Casa Patria?

—Mañana por la mañana estará encima de su mesa. En estos momentos tenemos mucho que hacer, desde que ayer el Fantasma...

—Está bien, está bien.

—Se trata de la esquila mortuoria que ayer nos presentó —dijo el jefe del SI con un deje de orgullo en la voz—. Hemos averiguado de qué periódicos proceden los anuncios.

—Estupendo. Dispare.

—Pues... —empezó a decir Kronberg, tan minucioso como siempre. Necesitó tanto tiempo antes de continuar que Rath pudo imaginar cómo al otro lado del cable el criminalista se ponía primero las gafas de lectura y luego desplegaba cuidadosamente la hoja de papel—. La esquila mortuoria de Simoneit procedía

del *Volkszeitung für die Ost- und Westprignitz*, edición del 14 de mayo de este año. La publicación aparece en....

—Deje que lo adivine: Wittenberge —concluyó Rath, que pocas veces podía soportar la minuciosidad del jefe del SI—. Y la esquila de Wawerka seguramente procede de un periódico de Dortmund.

—Exactamente del *Der Dortmunder Zeitung*. Así se llama la publicación. Edición del 2 de abril.

Rath tomó nota.

—Vaya, vaya —dijo—. Muchas gracias.

—Pero las cartas —dijo Kronberg, y Rath percibió por el tono de su voz que se había vuelto a guardar algo para el final— se enviaron, ambas, en Berlín.

—¿Significa esto que el remitente de las esquelas mortuorias reside en Berlín?

—Sería una posibilidad. La otra sería que nos quieren hacer creer que reside en Berlín.

—Hum. Es mucha previsión —contestó Rath—. ¿Ha podido recoger huellas dactilares?

—Hemos encontrado algunas en los sobres. Pero ninguna limpia. Los compañeros todavía están comparándolas, aunque no puedo darle muchas esperanzas.

—¿Y las huellas dactilares de la Casa Patria? ¿Algún resultado?

—Pudimos clasificar la mayoría. O de algún empleado o del fallecido.

—¿Qué empleado?

—Más de una docena. Encontrará los nombres en el informe.

—Cuanto antes lo tenga, mejor.

—Mire, señor comisario, los compañeros no nos enviaron las huellas impresas hasta el lunes. Casi cincuenta. Tampoco podemos hacer milagros.

—Está bien, señor Kronberg. Es que estamos un poco bajo la presión del tiempo. Es posible que esas no sean las últimas víctimas de nuestro asesino.

En cuanto Rath hubo colgado, Erika Voss asomó su rubia cabeza por la puerta.

—¿Tiene el número de teléfono de la destilería de licor? —preguntó Rath.

Ella asintió.

—Entonces póngame con ellos, por favor.

—Encantada, señor comisario; pero tal vez debería esperar un poco.

—¿Y eso?

—Es que... mientras estaba hablando por teléfono... el consejero Gennat ha vuelto a llamar.

—¿Y?

—Creo que sería mejor que pasara por su oficina...

Por la expresión de la secretaria, Rath supo que era mejor que fuera enseguida.

No había pasteles, eso ya debería haber despertado sus sospechas, pero salvo por ese detalle todo estaba igual que siempre: se sentó en el sofá verde, Gennat en su sillón y Trudchen Steiner sirvió café.

El Buda parecía muy interesado en los últimos progresos del caso Patria.

—Parece como si una huella nos condujera a Prusia Oriental, ¿no?

—¿Ya lo sabe?

—Lamkau era de Prusia Oriental, compra allí el Luisenbrand, y el muerto de Dortmund también es de Prusia Oriental, así como el de Wittenberge.

—¿Cómo? ¿También ese?

Gennat empujó una carpeta delgada por encima de la mesa.

—August Simoneit, los documentos de registro policiales de Wittenberge.

—Los pidió la señorita Ritter —se apresuró a decir Rath—. Qué bien que ya hayan llegado.

—Estaban en el correo oficial. —Gennat golpeó con la palma de la mano la cubierta del archivador—. El hombre llegó de Wittenberge, junto al Elba, en septiembre de 1924 procedente de Marggrabowa.

—De Treuburg.

—Exactamente. Treuburg. Veo que está bien enterado.

Rath no mencionó la ayuda del comisario jefe Watzke.

—Todo parece señalar a Treuburg —dijo en cambio—. Herbert Lamkau también vivió allí antes de venir a Berlín, se deduce de su carnet de conducir.

—¿Es por eso por lo que fue otra vez a Tempelhof?

—Correcto, señor consejero. Quería interrogar de nuevo a la viuda acerca del pasado de su marido. Lamkau y Wawerka debían de haberse conocido en Treuburg. Y ese tal Simoneit es el tercero del grupo.

—Esperemos que la cosa quede en tres. —Gennat removi6 el caf6 de su taza—. Tenemos que averiguar qu6 es lo que une a esos tres hombres, ah6 debe de encontrarse la causa de los asesinatos.

—As6 lo veo yo tambi6n, se6or consejero.

—Si los tres vivieron en Treuburg hace diez a6os, deber6a empezar a investigar all6.

—He hablado con los compa6eros del lugar. Policialmente no hay nada.

—¡Hay que coger las riendas de este asunto! No puede ser que deje usted la investigaci6n en manos de la polic6a de Treuburg, ese hatajo de simplones.

—No voy a trasladar a todo el grupo Patria a Prusia Oriental. La se6orita Ritter ha conseguido un empleo en la Casa Patria e investiga en secreto, tal como usted mismo aconsej6. Y los compa6eros Lange y Gr6f est6n indagando acerca de la tubocurarina, un aspecto tambi6n importante.

—Tampoco tienen que ir todos juntos all6.

—Con lo que volvemos a la falta de personal en mi grupo de investigaci6n.

Gennat parec6a disgustado. Pero antes de que pudiera decir nada, llamaron y Trudchen Steiner, su secretaria, apareci6 junto a la puerta.

—El se6or comisario ha llegado, se6or consejero.

—Que entre.

El consejero de la Polic6a Criminal no se tom6 la molestia de explicar qui6n iba a entrar, pero en cualquier caso la conversaci6n sobre Prusia Oriental y sobre el personal del grupo de investigaci6n Patria parec6a haber concluido. Y entonces Rath se enter6 de por qu6.

En el marco de la puerta se dibuj6 la figura de Harald Dettmann.

—No es necesario que los presente —dijo Gennat—. Tome asiento, compa6ero Dettmann.

Dettmann sigui6 la indicaci6n y lanz6 a Rath una mirada hostil.

«A ver quién es aquí el chivato, gilipollas», pensó Rath y dejó la taza de café sobre el plato. Estaba listo para la defensa.

—He pedido al compañero Dettmann el informe final del caso Tiergarten — empezó el Buda. En su rostro no se entreveía cuáles eran sus intenciones—. Para que pueda dedicar toda su energía al nuevo caso.

Gennat miró a Rath, quien prefirió mantenerse en silencio. A esas alturas conocía al Buda lo suficiente como para resistirse a abandonar su reserva tan fácilmente.

Pero se sobresaltó cuando el consejero empezó a gritar de repente.

—¿Qué se ha pensado usted, señor comisario, impidiendo la lectura de un importante informe, el trabajo de dos o tres días?

—No era mi intención.

Dettmann se puso en pie de un salto, rojo como la grana.

—¿No era su intención? ¡Qué insolencia!

Rath conservó la calma. Sabía que Dettmann acababa de perder un punto.

—Fue ese tintero, que desgraciadamente estaba justo ahí... Lo siento de verdad —dijo.

—Compañero Dettmann, siéntese —indicó Gennat—. Hablemos sobre este tema como personas adultas. —Luego se volvió hacia Rath—. ¿Por qué razón fue usted al despacho de Dettmann, comisario Rath?

—Por el caso Fantasma —contestó Rath serenamente—. Como el compañero se había hecho cargo de mi antiguo caso, quería...

—¡Eso es una mentira repugnante! —gritó Dettmann. Una severa mirada de Gennat lo puso de nuevo en su sitio.

Rath estaba seguro de ir ganando puntos.

—Yo quería ofrecerle mi apoyo —prosiguió—, pero lamentablemente no pude llegar a hacerlo. Me ocurrió esa desgracia y el compañero se puso fuera de sí al instante, de modo que ya no pudimos seguir hablando.

—¿Cómo? ¡Qué insolencia! ¡Cuenta las cosas como le conviene!

—¡Comisario Dettmann! ¡Le pido que se contenga! Antes me ha contado

usted su versión de esta historia, deje ahora que el comisario Rath explique la suya. —Se dirigió de nuevo a Rath—. Señor comisario, si es así como usted dice, me extraña mucho que no haya ayudado después a reparar el daño que ha provocado. O que al menos no se haya disculpado.

—Si no recuerdo mal, sí me disculpé —dijo Rath—, aunque decidí marcharme de la oficina del compañero después de que me lanzase el tintero.

—¿Es cierto? —preguntó Gennat.

—El comisario Rath solo cuenta mentiras. Nunca tuvo la intención de disculparse conmigo. Así que aún menos de ayudarme a poner orden. O... —miró a Rath furioso— a volver a escribir el informe.

Rath permaneció impasible.

—Podemos pedirle a la Científica que se ocupen de esto si es que no me cree, señor consejero. Estoy seguro de que en la puerta hay huellas de dónde fue a parar el tintero.

—Creo que es mejor no mezclar al compañero Kronberg con este asunto —dijo Gennat—. Lo arreglaremos entre nosotros. Compañero Dettmann, ¿le arrojó el tintero al compañero Rath tal como él dice?

—Sí, pero...

—Bien —dijo Gennat, y Dettmann calló—. Entonces han tenido los dos la oportunidad de describir lo ocurrido desde su punto de vista. Y ahora quiero que se den la mano y que hagan las paces. Esto es una inspección de Homicidios y no un jardín de infancia.

Los dos comisarios se quedaron sentados. Ninguno de ellos hizo el gesto de ir a ponerse en pie y de ser el primero en tender la mano.

—¿Me han entendido? —preguntó el Buda, en esta ocasión con el tono de voz más claramente mordaz.

Rath se puso en pie y a continuación Dettmann también se levantó del gastado sofá. Los hombres se estrecharon la mano. Los ojos del veterano centelleaban de rabia, pero no dijo nada. Rath conservó la mirada furiosa y sonrió amablemente.

—Le pido de nuevo disculpas por mi torpeza.

Dettmann se mantuvo en silencio. Le estrechó la mano con fuerza, casi causándole dolor, mientras seguía fulminando a Rath con la mirada, como si quisiera matarlo con ella. Soltó de repente la mano, murmuró una despedida y abandonó el despacho.

Rath ya se disponía a seguirlo, pero lo detuvo la voz cortante de Gennat.

—¡Todavía no he terminado con usted, comisario Rath! ¡Siéntese!

Gennat lo examinaba con atención. Esperó a que Dettmann saliera de la antesala y luego volvió a dar vueltas al café que tenía en la taza.

—Se lo ha preparado muy bien —dijo al final—. ¿Y espera que yo me crea esta historia?

—Señor consejero, es que...

—¡Joder, no me venga con tonterías!

Rath se estremeció por segunda vez en ese día cuando, Gennat, normalmente de temperamento tranquilo, levantó la voz. No recordaba haber oído nunca al Buda gritar tan fuerte.

—¿Se cree que no me doy cuenta de cuándo me toman por tonto? ¿Cuánta gente cree usted que he visto aquí sentada mintiendo mejor que usted? ¡No me venga con cuentos!

—Yo...

—Ya le ha presentado usted al compañero Dettmann su versión oficial, pero yo quiero saber de una vez qué ocurrió.

—Lo siento, señor consejero. —Rath se hizo el compungido—. Está usted en lo cierto, lo hice intencionadamente.

—¿Y solo porque le quité su caso y se lo di a Dettmann? Tengo mis razones, obedezca. —Gennat movió la cabeza—. Entonces solo me queda esperar que en el próximo acto de venganza no se le ocurra prender fuego a mi despacho. O a toda la jefatura, ya puestos.

—El caso Fantasma no fue la razón.

—¿No? ¿Y cuál fue la razón? ¡Si es que puede haber una razón para eso!

—Lo siento pero no puedo hablar de ello.

—Pues tendrá que poder si no quiere que se las haga pasar canutas.

—Lo siento, señor consejero, hágamelas pasar canutas si no queda otro remedio, pero la discreción me obliga a permanecer en silencio. Lo único que puedo decirle es que tiene que ver con el comportamiento del compañero Dettmann frente a una dama.

—En fin, tantas damas no hay en nuestra Inspección. Pero la señorita Ritter sabe defenderse por sí misma, eso se lo aseguro yo, no tiene usted que interpretar el papel de noble vengador. Se trata de Charly, ¿verdad?

—No deseo hablar de eso.

—Querido Rath, este incidente me recuerda fatalmente a otra historia, dos años atrás aproximadamente. Cuando dejó usted medio muerto de una paliza al compañero Brenner...

—Los certificados médicos eran falsos, Brenner nunca estuvo medio muerto.

—Vale, por mí que no quede: cuando pegó al compañero Brenner y superó el procedimiento disciplinario con un ojo morado también se trataba de una dama, ¿no es así?

Rath calló.

—Señor comisario, efectivamente su vida privada no es asunto mío. Pero sí lo es cuando repercute en los intereses laborales.

—Yo... yo iba... iba a comunicárselo dentro de poco. Pero no quiero que ello perjudique a la compañera en cuestión. —Rath miró inseguro a Gennat, pero este se veía ahora tan bondadoso como antes—. Es que... —Rath carraspeó— anteayer... la compañera Ritter y yo... nos prometimos.

De hecho, Gennat parecía sonreír; aunque su rostro era tan impasible como siempre, sus ojos reían. Tendió su gruesa zarpa.

—Bien, le felicito —dijo—, ¡mis más sinceras felicitaciones, señor comisario!

—Gracias, señor consejero.

Rath estrechó la mano de su jefe, un poco sorprendido de lo fácil que había sido todo. Solo tenía mala conciencia con respecto a Charly. En realidad, ella habría querido esperar un poco más...

—Así que el señor Dettmann ha herido el honor de su prometida. ¿De qué modo?

—Con su permiso, señor consejero: si la señorita Ritter no aborda este tema con usted, yo tampoco deseo hacerlo. Ya he hablado demasiado.

—Está bien, está bien, no voy a insistir más. ¿Había algún testigo del incidente en el despacho de Dettmann?

—Solo él y yo.

Gennat asintió.

—Con algo de suerte podrá usted evitar el procedimiento disciplinario. Tal vez sí fue su torpeza la que echó a perder el informe.

Una sonrisa pugnó por asomarse al rostro de Rath, pero la sofocó y siguió poniendo la expresión de humilde agradecimiento que reservaba para tales circunstancias.

—Le doy las gracias, señor consejero.

—No me las dé tan pronto. Dettmann no es su único problema. ¿Ya sabe que en esta administración se considera extremadamente problemático que compañeros comprometidos en la vida privada trabajen en el mismo departamento?

—Insisto: no quiero que la señorita Ritter sufra ningún perjuicio profesional por mi causa. Sé lo mucho que le gusta trabajar en la brigada de Homicidios y yo...

—No se preocupe por la señorita Ritter. ¡No le pasará nada por su causa, solo faltaría! Charly seguirá trabajando en este caso hasta que se cierre el expediente Patria. Me alegro de que la Inspección G la haya puesto a mi disposición.

»No, no, tengo otra solución en mente. Una que también rebajará la tensión de su relación con el comisario Dettmann.

Frotaba y frotaba con el cepillo de fregar, pero el maldito olor a cebolla no se le iba. ¡Qué día, estaba hecha polvo! Hasta los ojos seguían hinchados y llorosos. ¡Joder, menuda pinta!

No había podido ir a la Carmerstrasse, no tal como había salido de la Casa Patria: con las manosapestándole a cebolla y el pelo y la ropa a grasa frita. «Todavía te queda mucho que aprender, Charlotte Ritter —pensaba— si quieres realmente contraer matrimonio. En ese caso deberías permitir que tu marido también te viese con este aspecto.»

Pero ¿de verdad quería contraer matrimonio?

Aunque había dado el sí, seguía sin estar del todo segura. Simplemente no sabía cómo se encajaba eso en la vida que se imaginaba. En realidad, tampoco sabía exactamente cómo se imaginaba su vida. Únicamente que quería vivir de otro modo que su madre que, como ella bien sabía, no había salido de casa y había sido infeliz. Quería trabajar. Y a pesar de ello también quería hijos y un hogar. Pero cómo conseguirlo, nadie se lo podía decir.

Golpearon a la puerta.

—¿Te falta mucho? Yo también tengo que ir al baño.

—Es cuestión de horas.

La puerta se abrió y Greta asomó la cabeza en la habitación.

—¿Qué le pasa a mi cocinerita? —preguntó sonriendo—. ¿Tiene Cenicienta problemas para volver a convertirse en princesa?

Charly tendió a su amiga las manos brillantes de agua. Greta olisqueó e hizo

una mueca.

—¿Has probado con pasta de dientes? —preguntó.

—El aliento no es mi problema.

—No, en serio. Dame. —Greta cogió las manos de Charly, extendió una tira de pasta de dientes y frotó las dos palmas entre sí—. Un viejo remedio casero. Lo conocerías si también hubieras estado cortando a menudo cebolla en nuestra casa.

Charly se aclaró el dentífrico con agua. Ahora sus manos olían un poco a menta pero ya no a cebolla. Se miró al espejo. Los ojos volvían lentamente a su estado normal.

¿Habría llegado ya Gereon a casa? Había llamado otra vez al despacho por la tarde, pero de nuevo la había atendido Voss. Naturalmente, no podía comunicarle nada a través de la secretaria. El señor comisario volvía a estar fuera. Sonaba como si fuera tras una nueva pista, pero tampoco sabía interpretar tan bien las palabras de la secretaria. Tal vez esa fuera la intención.

Aunque habría salido corriendo de la Casa Patria, había aceptado la invitación del camarero negro y había ido a echar un vistazo por el bar del Salvaje Oeste. Mohamed Husen, el vaquero africano, se había alegrado de la visita y le había ofrecido un Luisenbrand.

—Qué reconfortante —había dicho ella y colocado la palma de la mano sobre el vaso cuando él iba a servirle otra vez—. Pero no sabe a nada especialmente americano.

—Si tuviéramos que ser auténticos americanos aquí no habría bourbon, ni nada en absoluto de alcohol. En Estados Unidos está prohibido. —Husen señaló con discreción a un grupo de clientes que hablaba a gritos—. Por eso precisamente les gusta tanto a los yanquis venir aquí. Se lo beben todo, el aguardiente, el vodka y el coñac. Lo importante es que el porcentaje de alcohol sea alto. En mi opinión, la Ley Seca solo ha intensificado la avidez por el alcohol.

—¿No tiene entonces nada de tiempo para atenderme?

—Acabo de decidir pasar mi pausa para fumar el cigarrillo aquí dentro.

Había sacado la pitillera y le ofreció un cigarrillo. Charly lo cogió.

Por lo visto, Mohamed Husen se desenvolvía bien en la Casa Patria, ya llevaba casi dos años trabajando allí. Sabía incluso que había habido problemas con el Luisebrand adulterado. Los yanquis que estaban en el Salvaje Oeste no se habían dado ni cuenta, pero Riedel, el comprador de licores, que a menudo se tomaba allí una copita, había dado discretamente la voz de alarma. Sin que nadie lo advirtiera, los camareros habían tenido que recoger todas las botellas de Luisenbrand que todavía estaban en circulación o en la estantería. De siete botellas, tres estaban adulteradas, y eso solo en el bar del Salvaje Oeste. En total, dijo Husen, dos docenas de botellas contenían un barato matarratas en lugar de un aguardiente noble.

Mientras conversaban, la gente del Salvaje Oeste les lanzaba disimuladamente una y otra vez miradas de soslayo. Al principio Charly pensó que se lo estaba imaginando, que era la sensación de estar siendo desenmascarada que de vez en cuando le invadía a uno en una misión secreta; pero luego se percató de que no se imaginaba las miradas de la clientela y que la razón de estas se hallaba sentada a su lado junto a la barra. No estaba segura de si el aspecto exótico de Husen y su vestimenta de vaquero era lo que atraía las miradas o se trataba del hecho de que una chica alemana estuviera sentada con un negro.

Mohamed Husen no se había dado cuenta de nada. Probablemente ya estaba acostumbrado a que lo mirasen así, pensó Charly, mientras se contemplaba el rostro cansado en el espejo y se repasaba los labios con el carmín. De todos modos, la próxima vez que quedaran tendría que ser en otro sitio, en el Salvaje Oeste llamaban demasiado la atención. Y si allí los camareros empezaban a cotillear, los rumores pronto llegarían a la cocina central y Charly perdería su puesto.

Cuando, más o menos presentable, por fin estuvo sentada en un taxi rumbo a Charlottenburg, pensó en qué podía contarle a Gereon en realidad sobre la Casa Patria. ¿Que se había reunido con un negro en el bar del Salvaje Oeste y que

habían atraído las miradas de todos los que estaban allí? No, bastaría con que le informara sobre los detalles del tema Luisenbrand. En la Carmerstrasse indicó al taxista que se detuviera y le pagó. Miró calle abajo, en dirección Steinplatz, y levantó la vista a la fachada del edificio. Todavía no sentía que regresaba a casa. Pero se alegraba de reunirse con Gereon, tenía ganas de estar con él, con la perra y de pasar una bonita velada.

El portero la saludó cuando pasó por la portería, el ascensorista la llevó al tercer piso sin preguntar... Pues tal vez sí que era un poco como llegar a casa.

Y después de un día como ese no había nada que necesitase tanto como llegar a casa.

Pulsó el timbre y, mientras esperaba mirándose las uñas, se acordó de que a pesar de que se había frotado las manos con pasta dentífrica, con todo el trajín que Greta había armado se había olvidado totalmente de cepillarse los dientes. Seguro que el aliento le olía a alcohol. ¡Mierda! Oyó ruidos y los pasos de él. La puerta de la casa se abrió. Gereon llevaba sombrero y abrigo. Y la perra no parecía estar allí, de lo contrario ya la habría saludado. Charly se sorprendió.

—¿Tú también acabas de llegar a casa?

Él negó con la cabeza.

—Al contrario —respondió.

No entendió lo que decía hasta que vio la gran maleta que había en el pasillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, intentando sonreír—. ¿Hace dos días que nos hemos prometido y ya me abandonas?

—Algo parecido. —Sonrió con tristeza—. Lo siento, Charly, tengo algo que confesarte...

La tijera está afilada, basta con que roce apenas el papel de periódico y este se rasga. Cortas con mucho esmero el marco negro; tiene que permanecer intacto, no quieres destrozarlo.

«¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?»

Te preguntas si la viuda se habrá decidido por la Epístola a los Corintios o ha sido la funeraria. Pero ¿qué importa eso ya?

«Dios Todopoderoso ha tenido a bien en su insondable voluntad arrebatarnos inesperada y repentinamente a mi querido esposo en la plenitud de su vida.»

Este tipo de esquela llega a mucha gente, pero solamente a aquella que lee el periódico en el que aparece. Pero tú ya te ocupas de que la vean los que tienen que verla, gente a quien su viuda no conoce, cuya existencia ella ni siquiera sospecha.

HERBERT LAMKAU

5 DE ENERO DE 1895-2 DE JULIO DE 1932

Se había publicado en el *Kreuz-Zeitung*. En realidad, podrías habértelo imaginado de un prusiano como Lamkau. El hombre del puesto de periódicos ya iba a quejarse de que estuvieras hojeando tantos diarios durante tres días seguidos, pero cerró la boca cuando sacaste la billetera. Y ha puesto una cara rara cuando has comprado dos ejemplares al mismo tiempo. Pero no ha dicho nada. Esto es lo bueno de Berlín, aquí nadie se sorprende de nada.

Todavía te queda por realizar una única tarea en esta ciudad, luego por fin

podrás emprender el viaje. De regreso. Regreso al pasado.

Al día en que concluye tu antigua vida.

No puedes evitarlo, lo revives cada vez como si fuera ahora. Era un bonito día, todavía te acuerdas, hasta el momento en que se quebró y el mundo se hizo añicos como un fino cristal.

Una espléndida mañana de domingo, la ciudad adornada con banderas. La calma aparente engaña, por todas partes acecha el odio. Respondes a las miradas hostiles con tu sonrisa. Sonríes porque crees en el futuro, no sabes que, en realidad, tu vida ya se está acabando... en el momento en que pisas la calle y el sol te deslumbra.

SEGUNDA PARTE

MASURIA

Desde el 7 de julio hasta el 13 de julio de 1932

Si me preguntas cómo es aquí la gente, tengo que decirte: «Como en todas partes». El género humano es una cosa uniforme. La mayoría de ellos pasan la mayor parte del tiempo trabajando para vivir, y lo poco que les queda de libertad les da tanta angustia, que buscan todos los medios para librarse de ello.

JOHANN WOLFGANG GOETHE,
Los sufrimientos del joven Werther

Los motores le retumbaban en los oídos a un volumen insoportable. La máquina hizo un ruido endemoniado y, sin embargo, el tiempo que tardó en ponerse en marcha se le hizo larguísimo. Rath notó una sacudida, luego se percató de que aceleraban lentamente. Las manos se cerraron en un acto reflejo en torno a los brazos del asiento hasta que un vistazo a través de la ventana le mostró que no se habían separado del suelo ni un solo milímetro, sino que solo avanzaban por la pista.

Charly le había contado que subir a un avión era algo distinto a subir a una torre o a un andamio, que no tendría ningún problema con el vértigo. Además, según las estadísticas, los aviones eran más seguros que el ferrocarril o el coche. Todo eso podía ser cierto, pero él tenía miedo, maldita sea, ¡ya tenía miedo antes de despegar!

Los intentos de ella por tranquilizarlo cuando estaban esperando con una docena de hombres, la mayoría viajeros de negocios, a que anunciaran el vuelo nocturno a Königsberg habían sido inútiles.

—A lo mejor ves un alce —había dicho. Como si se fuera a Masuria de vacaciones. Y no estaba del todo seguro de si había querido consolarlo o si se trataba de puro sarcasmo.

Pues Charly no estaba de un humor estupendo. Durante el viaje a Tempelhof apenas habían hablado, y, cuando lo habían hecho, habían discutido. También ella se había imaginado totalmente diferente la primera semana de una pareja

que acababa de prometerse. En cualquier caso no había pensado que uno de ellos tuviera que volver a marcharse de viaje tan pronto.

Después de no dirigirse la palabra durante un rato y que el Buick pasase por el Yorckbrücken, él le había confesado lo ocurrido con Dettmann. Qué otro remedio le quedaba, más tarde o más temprano habría salido, y además se había propuesto firmemente ser honesto con ella ahora que estaban prometidos. Al menos con ella.

—Deberías controlarte mejor —había dicho Charly.

—Es posible. Pero ese cabrón se lo merecía.

Y entonces había visto que Charly, aunque se esforzaba por mantenerse seria, había sonreído bajo esa máscara de severidad, al menos sus ojos. Y desde ese instante se convenció sin duda alguna de haber actuado correctamente con Dettmann. Un par de días de destierro a cambio era un precio razonable. Y alguien de su grupo de investigación tenía que ir al Este, en eso Gennat tenía razón. Así que, ¿por qué no el jefe?

Lo único a lo que habría renunciado era a volar.

Aunque tal vez eso fuera parte del castigo, puesto que el Buda se había cerrado en banda a la propuesta de Rath de viajar a Masuria en su propio vehículo.

—¿Tiene usted idea del tiempo que estará de viaje? Necesita un visado de tránsito. Y los polacos no le recibirán con los brazos abiertos cuando vaya a cruzar el Corredor. Y aún menos cuando lean en su pasaporte que es usted agente de policía.

—¿No tenemos ningún acuerdo con la policía polaca?

—En la frontera tendrá que vérselas con aduaneros, no con policías.

El Buda no se había dejado convencer. Además el billete de avión estaba sobre el escritorio y ya parecía todo encarrilado para que Rath emprendiera el viaje de trabajo hacia Prusia Oriental. Gennat le había tendido un sobre con los documentos para su partida.

—Mañana por la mañana lo esperan en la jefatura de Königsberg. ¡Póngase en

contacto con el consejero Grunert, él le facilitará un coche!

Mañana por la mañana. En ese momento vio con claridad cuánta prisa tenían por librarse de él.

—Todavía le quedan seis horas —le había dicho Gennat—, después tiene que estar en el aeropuerto. Y llévese ropa de abrigo. En Masuria puede hacer mucho frío incluso en verano.

Antes de poder marcharse a casa y de acatar las indicaciones de Gennat, Rath todavía había tenido que presentarse en la oficina del vicepresidente Weiss, que quería darle una carta de recomendación para que la llevara consigo. Una carta que pedía a todos los agentes de la policía y de la gendarmería prusiana que prestaran al comisario Gereon Rath de Berlín todo el apoyo que precisara.

Mientras Rath leía las líneas por encima y se preguntaba si con esa carta de recomendación no se ganaría más bien antipatías, Weiss también le había echado un sermón político.

—Deseo que sea usted consciente del significado que su presencia como funcionario prusiano tiene en esa provincia.

—Sí, señor.

—¿Sabe usted por qué el gobierno de Brüning se ha retirado?

—No me interesa la política, señor vicepresidente.

—¡Pues debería interesarle, querido amigo, debería! La política forma parte de todo lo que hacemos, tanto si nos gusta como si no.

—Con su permiso, señor vicepresidente, yo lo veo de otro modo: yo combato el crimen.

—El Este es un terreno delicado. Los campesinos tienen dificultades para derrotar a los hacendados, muchos han abandonado el país. La administración implantada por Brüning ha fracasado totalmente. Los masurios aclamaron en abril a ese Hitler (un hombre que hace poco consiguió de forma artera la nacionalidad alemana) como si fuera el liberador de Prusia Oriental. Los nazis ya hablan del despertar masurio, esos siempre tienen que correr a glorificarlo todo y a sacar provecho para su propaganda.

—¿Qué quiere decirme con esto, doctor? ¿Que en Prusia Oriental solo me tropezaré con nazis? ¿Debo ponerme un brazalete con la cruz gamada para camuflarme?

—Al contrario, querido, al contrario: quiero que durante sus pesquisas en Prusia Oriental, y en especial en Masuria, haga usted propaganda de la democracia prusiana...

—¿Y no de la democracia alemana?

—También puede usted hacer propaganda de ella, pero me temo que ya no existe. El Reich todavía se las da de república, pero ya hace tiempo que no lo es, a más tardar desde que Hindenburg ha nombrado canciller a ese intrigante de Franz von Papen. El gobierno de esta llamada república únicamente espera el momento adecuado para volver a sentar al trono al emperador o para proclamar una dictadura militar.

Eso y todavía mucho más había dicho Weiss, pero Rath había desconectado. Todas esas querellas políticas no le interesaban. Tampoco a él le gustaba ese Hitler que se autodenominaba Führer y aún menos esos matones suyos de las SA. ¿Y? Pues entonces no se le votaba, la democracia es así de fácil. Si bien Rath había tenido que pensar cuándo había sido la última vez que había ido a votar. En cualquier caso, ese año se había quedado en casa en las elecciones presidenciales. Hindenburg, Hitler o Thälmann... ¡menuda selección!

Miró por la ventana. A la luz de un foco podía distinguir las briznas de hierba del campo de Tempelhof. Unas pocas horas antes, Weiss le había despedido con sus mejores deseos, y ahora estaba ahí, sentado en ese montón de chatarra, que avanzaba metiendo ruido por la pista como si fuera a caerse a pedazos. Un Junkers G31, una máquina extremadamente fiable, le habían dicho, la Luft Hansa ya hacía seis años que cubría con ella la ruta a Königsberg. A pesar de todo, para él era un misterio cómo esa cosa que vibraba, traqueteaba y metía ruido iba a levantarse en el aire, y ni qué decir de cómo iba a sostenerse allí más de cinco minutos. Y ese enigma era el causante de que tuviese la frente empapada de sudor.

Para pensar en otra cosa, Rath desplegó la carta que Weiss le había dado, pero no pudo concentrarse y al cabo de un rato renunció. Un vistazo a través de la ventana y confirmó que todavía no estaban en el aire.

En el otro lado del pasillo, su vecino parecía menos inquieto, se había enterrado detrás de un periódico y leía con toda tranquilidad, como si estuviera en el tren. Rath fijó la vista en el artículo e intentó distraerse. «La policía sobrecargada. Las consecuencias de la libertad de manifestarse.» De hecho, un tema que debería interesarle, pero las letras se difuminaban ante sus ojos, miraba el texto que había bajo ese titular y no le encontraba ningún sentido. En lugar de ello, se sorprendió escuchando de nuevo los extraños ruidos que hacía ese maldito avión.

Y ahora parecía acelerar realmente. Sintió que lo empujaban contra el asiento y de repente notó que ya tenían que haber despegado, aunque no podía verlo porque fuera, ante la ventana, no había nada más que noche cerrada. Y de golpe, detrás de la negrura, apareció un mar de luces. Rath reconoció el colosal edificio de los grandes almacenes Karstadt en la Hermannplatz y el entramado de calles, una telaraña de luz, una visión que le dejó sin aliento. Volaban, ¡era cierto que estaban en el aire! La cuestión era por cuánto tiempo.

Al otro lado del pasillo, el periódico descendió emitiendo un suave crujido y Rath vio el rostro rubicundo de un hombre algo robusto en la cuarentena.

—¿Es la primera vez que vuela? —preguntó el hombre.

—¿Hum?

—En todo caso, tampoco tiene que sujetarse con las dos manos a los brazos del asiento, del avión no va a caerse.

El viajero rio, pero no con mala intención. Rath se miró las manos, que, efectivamente, agarraban con tal fuerza los brazos del asiento que se veían las marcas blancas de los huesos.

—Tiene usted razón —señaló Rath—, estoy acostumbrado a viajar en tren, también a las travesías transatlánticas en barco, pero esto me da algo de miedo.

—No es para tanto —dijo su vecino—, mientras tenga el paracaídas al lado,

puede estar usted tranquilo que no le pasará nada.

—¿El paracaídas?

—¿No lo tiene? —El hombre parecía horrorizado.

—¡No!

—Pues entonces... —El hombre soltó una sonora carcajada—. Es una broma.
¡No se lo tome a mal!

Rath intentó sonreír, pero le resultaba difícil.

—¿Cómo es que viaja a Königsberg? —preguntó.

—La madera. —El viajante se inclinó sobre el pasillo y le tendió la mano—. Hillbrich, fabricante de muebles. Y a usted, ¿qué es lo que le lleva al Este?

—El crimen. —El comisario le estrechó la mano—. Rath, Policía Criminal.

—¿La policía a bordo? Bien, entonces ya puedo dormir tranquilo y no tener miedo de que me roben el reloj de bolsillo.

Rath se forzó a sonreír de nuevo.

El monótono zumbido del motor tenía algo de sosegador y lentamente se fue tranquilizando. Ya llevaban un rato en el aire y miró a través de la ventana. Lo cierto es que no era tan terrible, no sentía vértigo, solo de vez en cuando veía algunas luces salpicadas por allí abajo, estrellas en la tierra. No tenía ni idea de en dónde se encontraban en ese momento. Pero, después de todo, seguían arriba.

—¿A usted qué le parece? —preguntó a su vecino—, ¿llegaremos puntuales?

El fabricante de muebles consultó su reloj y se encogió de hombros.

—Creo que sí —respondió con expresión grave—, si no nos disparan esos polacos de mierda.

Pasaron unos segundos antes de que Hillbrich volviera a estallar en una estridente carcajada y golpear a Rath en el hombro.

—Una bromita, amigo. He volado un montón de veces a Königsberg y también a Danzig y nunca ha pasado nada. Es mejor volar que pasar por ese maldito Corredor donde los polacos te tratan como si fueras un delincuente.

La cosa podía ponerse fea. Rath decidió no volver a sonreír fuera lo que fuese lo que dijera el hombre.

Poco después el azafato preparó las cabinas donde dormir y los primeros pasajeros se acostaron. Aunque Rath tenía la sensación de que no lograría pegar ojo en toda la noche, aceptó el ofrecimiento simplemente para no tener que oír más chistes. El ligero balanceo del avión que hacía poco le había causado miedo ejercía ahora el efecto contrario y apenas hubo cerrado los ojos, se quedó dormido. Y eso que solo los había cerrado porque quería pensar en Charly.

Pero luego los pensamientos en torno a ella aparecieron en sus sueños.

Miraba al techo y no conseguía dormirse.

¡Mierda!

Estaba acostada en su propia cama, en la Spenerstrasse, pese a que Gereon no solo le había dejado el Buick, sino también la llave de su casa. A la perra, no; la perra estaba bajo el cuidado de Erika Voss. No había querido volver a pasar por delante de ese portero que vigilaban la escalera de la Carmerstrasse como un cancerbero; otra vez, ¡no, gracias!

Dios bien sabía que se había imaginado esa noche de un modo totalmente distinto que tendida en su cama de la Spenerstrasse y mirando al techo. Después de ese duro día en la Casa Patria, habría soportado algo de consuelo, le habría gustado que él la compadeciera un poco y que la mimara una pizca. Pero ahora veía cebollas y nada más que cebollas en cuanto cerraba los ojos. Si esa noche conseguía dormir, posiblemente también soñaría con cebollas.

Ella iba a explicarle su intervención en el frente alemán de la cebolla, de qué cosas se había enterado, que había hablado con alguien que parecía saber más sobre el escándalo del Luisenbrand adulterado. Gereon no se había interesado en absoluto por cómo le había ido el día. Todo había girado exclusivamente en torno al señor Rath, en torno a lo ocurrido con Dettmann y a la expedición de castigo que Gennat le había endilgado por ello. Cuando al cabo de un rato y como de paso él le había dicho que también le había confesado al consejero que se habían prometido, estuvo a punto de darle un bofetón. No lo había hecho

porque iba a toda velocidad por la Belle-Alliance-Strasse subiendo la montaña de Tempelhof y no quería arriesgarse a tener un accidente.

—¿Que has hecho qué?

—¡Charly, te lo pido! No me quedaba otro remedio. El Buda me tenía entre la espada y la pared. Lo siento.

—Teníamos un acuerdo.

—Nos ha felicitado. No sufrirás ningún perjuicio a causa de ello. Es a mí a quien envía a Prusia Oriental.

—¿Crees que me alegra que a mi prometido lo envíen al quinto pino? ¡Ni siquiera me has dejado a la perra!

—Mañana tienes que volver al trabajo. Y, de todos modos, Voss todavía tiene que poner un poco de su parte. Se ocupará bien de Kiguí.

—¿Está también ella informada de nuestro compromiso?

—Claro que no. —La había mirado con sus ojos de perro apaleado—. Hombre, Charly, un día se enterarán todos. Por eso se casa la gente. Para que todo el mundo sepa que son pareja.

—¿Ah, sí?

—¡Sí!

Y luego no habían vuelto a dirigirse la palabra.

Poco después, cuando se dirigían hacia el mostrador de facturación empujando un carrito con el equipaje, su cólera ya se había desvanecido. No había podido evitar pensar en lo que Gereon había montado con Dettmann y la idea le había gustado, en secreto le había encantado. Otra vez lo había hecho todo condenadamente bien. Por muy absurdo que hubiera sido. A veces lo correcto era precisamente absurdo. Le pareció como si él hubiera asumido incluso el destierro a Prusia Oriental por ella, y eso la enorgullecía mucho, más de lo que quería admitir. Si bien aborrecía la conducta del macho alfa, saber que él la había defendido y hasta vengado un poco le producía un sentimiento maravilloso.

¿Esperaría Gennat realmente algo del viaje a Prusia Oriental? En cualquier

caso, Gereon quedaba así por un tiempo fuera del campo de tiro, esa debía de ser la intención principal del consejero: que no hubiera ningún peligro de que los compañeros Rath y Dettmann se encontraran en el Castillo y acabaran retándose en un duelo al amanecer.

El asunto todavía habría podido ir peor. Otro procedimiento disciplinario más y Gereon Rath ya podría dar por terminada su carrera y eso justo cuando iba camino de casarse y fundar una familia. Perder el trabajo precisamente entonces sería bastante estúpido. Bueno, ella ahora también tenía un empleo. Charly sonrió al techo de su habitación al imaginárselo: ella llega del trabajo a casa hecha polvo y su marido está en la puerta con un delantal y una cuchara de cocina. ¡Qué imagen tan cómica! Y bastante poco realista: las artes culinarias de Gereon todavía eran más pobres que las suyas propias. Y eso era más importante de lo que parecía a simple vista.

Desde un aspecto meramente culinario ambos tendrían que haberse decidido por otro tipo de cónyuge.

Oyó que la puerta del apartamento se abría y la risita sofocada de Greta. Parecía haberse llevado a casa a su nuevo pretendiente, un hombre que vivía en una habitación alquilada con una patrona severa que le prohibía recibir a señoritas en su casa y que ya había pernoctado algunas veces en la Spenerstrasse. ¿Llegaría a algo la relación entre ellos? ¿Era lo que Greta quería? Era bastante atrevida en esas cosas, a veces tanto que a Charly le daba miedo de verdad. Todavía no le había explicado nada acerca de su compromiso con Gereon, también sabía que a Greta no le importaba ese asunto. Ni Gereon, a quien siempre había dado la espalda, ni un compromiso matrimonial.

Pero algún día tendría que confesárselo. Como que no podría seguir viviendo en la Spenerstrasse. Solo de pensar en ello ya notaba ahora el dolor por la despedida. Greta y ella habían vivido juntas allí más de cuatro años, salvo algunas breves interrupciones. Y en general se lo habían pasado bien.

Charly suspiró. ¿Por qué la vida era tan complicada?

Cerró los ojos y siguió viendo la montaña de cebollas ante ella, pero esta vez

la venció el sueño.

La Jefatura de Policía de Königsberg obraba un efecto casi acogedor, nada que ver con el monstruoso castillo de ladrillos de la Alex. La moderna estación del Norte, justo enfrente, al otro lado de la calle, se veía más monumental. El café que servía la Luft Hansa para desayunar no era malo y estaba lo suficientemente cargado, pero Rath seguía sintiéndose agotado cuando en la Stresemannstrasse, justo delante de la jefatura, bajó del taxi y subió con su equipaje por la escalera.

Hacía media hora larga que habían aterrizado en el aeropuerto de Devau de Königsberg, pero ya llevaba dos horas despierto, desde que habían hecho escala en Danzig. Cuando de nuevo habían despegado, había logrado echar un vistazo al casco antiguo de Danzig y a la imponente iglesia de Santa María, incluso había podido bajar un poco la ventanilla para descubrir la grúa medieval en medio de las casas de juguete (lo que también consiguió) y dejar entrar algo de aire fresco. Así que, lentamente, iba acostumbrándose a volar.

En la jefatura enseguida le habían indicado dónde estaba la oficina cuando preguntó por ella. Detrás del escritorio había un hombre grueso y de buen talante, con unas gafas de montura sutil y cabello igual de sutil. Con un incómodo buen talante, en opinión de Rath, para ser tan temprano. Era obvio que el consejero había estado esperando que llegara justo a esa hora del día, su secretaria colocó sobre la mesa una bandeja con café recién hecho y dos tazas en cuanto Rath entró en la oficina.

—Bienvenido a la hermosa Königsberg —dijo el gordo. Se levantó y le tendió la mano a Rath—. Grunert, consejero Wilhelm Grunert.

—Gereon Rath. Comisario de la Policía Criminal.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! Ya lo han anunciado desde la entrada. —Grunert señaló la silla de las visitas y Rath tomó asiento—. Se trata de Treuburg, según me ha contado mi compañero Gennat...

El consejero le sirvió café sin que se lo pidiera.

—Sí, señor. Siguiendo las pistas en un asesinato...

Rath bebió un trago de café. De una calidad claramente inferior comparado con el del avión. El típico café de la policía: ese no tenía que estar bueno, sino espabilar.

—¿Significa eso que cuando en Berlín no encuentran al asesino vienen a buscarlo entre nosotros?

—Más bien al contrario. —Rath se encendió un cigarrillo—. Tres víctimas procedentes de Prusia Oriental. Pero el asesino posiblemente reside en Berlín.

—Esperemos entonces que lo coja usted pronto —dijo Grunert—. ¿Un asesino en serie?

Rath se encogió de hombros.

—Es posible.

—¿Y la ha tomado con los prusianos orientales?

—Con los anteriormente prusianos orientales. Gente de Treuburg que desde hace años vive en el Oeste o en Alemania Central. —Rath sonrió al consejero—. Así que no tiene nada que temer mientras no se mueva de Prusia Oriental.

La secretaria de Grunert debía de haber oído el humo del cigarrillo, pues entró y dejó un cenicero para Rath.

—Bien —dijo Grunert, frotándose las manos—. Entonces vamos a enviarlo a su destino. Si se marcha ahora estará en Treuburg a la hora de la comida. Me he permitido informar a la policía local de su llegada. He pensado que así podría discutir sobre sus objetivos con los compañeros...

Rath advirtió con cierta inquietud el número de personas y departamentos que sabían de su visita. Al final lo recibirían en Treuburg con una alfombra roja y un concierto de la banda local en la plaza Mayor.

—Muchas gracias, señor consejero —dijo a pesar de todo.

—Pondremos un coche a su disposición. Para el resto del viaje.

—Estupendo —contestó Rath—, entonces solo necesito un buen mapa de carreteras. No conozco tan bien su región.

—Tampoco lo necesita. —Grunert hizo un gesto de rechazo—. Tengo algo mejor.

El consejero cogió el auricular del teléfono y pulsó un botón blanco del dial.

—¿Señorita Sieger? —gritó al aparato—. Haga el favor de decirle a Kowalski que ya puede entrar.

Al cabo de unos minutos, un joven flaco y con el cabello rubio y desgreñado entró en el despacho. Algo en el rostro del chico lo desconcertó, luego vio que se había pegado trocitos de papel en el cuello y en la cara, trocitos de papel higiénico con los cuales era evidente que había cubierto los cortes del afeitado y que había olvidado quitarse con las prisas de la mañana.

—Donde termina la cultura, empieza Masuria —recitó Grunert y se echó a reír. Rath sonrió cortésmente y el joven permaneció impasible—. Kowalski, asistente de policía —lo presentó Grunert, dando a su voz un timbre generoso—, se conoce el lugar y lo acompañará a Masuria.

¡Lo que faltaba! Rath ya se prometía un viaje en coche en solitario por la lejana Prusia Oriental y ahora le habían puesto un vigilante de compañía. Al menos eso le parecía cuando se sentó junto al silencioso Kowalski en el estrecho asiento delantero de un Wanderer W10, negro como el carbón, que había vivido ya su mejor época. Año de fabricación 1926, calculó, en cualquier caso, mucho más antiguo que el Opel verde del parque móvil de la policía de Berlín. Nunca había pensado que añoraría uno de esos Opel.

Mientras el asistente Kowalski conducía el vehículo por la Königsberg que empezaba a despertar, pasaba junto al castillo y por un par de puentes, Rath pensó si habría sido Gennat quien había pedido que lo acompañaran o había sido

idea del consejero Grunert. En cualquier caso no estaba seguro de si el muchacho estaba allí para ayudarlo o para vigilarlo. Al menos era de la región de Treuburg, y desde ese punto de vista tal vez pudiera sacar provecho de él. Rath encendió un Overstolz y dudó en si señalar a Anton Kowalski que todavía saltaban a la vista en su cara las huellas del afeitado matinal, pero lo dejó estar. Entretanto, la mayor parte de los trocitos de papel higiénico ya se habían caído y solo uno permanecía tenazmente bajo la barbilla. Rath exhaló el humo del cigarrillo por la nariz para que Kowalski no lo oyera suspirar y miró en otra dirección. Pasaban en ese momento por una puerta de la ciudad maciza y achaparrada y un parque, luego la ciudad empezaba a deshilacharse en el paisaje con huertos y casitas de la periferia.

Soportó durante un buen rato el mutismo del conductor, pero con cada cigarrillo y cada kilómetro que recorrían su paciencia se iba consumiendo. Debía de haber pasado apenas una hora desde que habían subido al coche en la Stresemannstrasse y desde entonces ninguno de los dos había pronunciado palabra. Era más de lo que un renano podía aguantar y Rath decidió romper de una vez el silencio.

—En Berlín también he trabajado alguna vez con compañeros de Prusia Oriental —empezó a decir tras un breve carraspeo. Kowalski asintió mudo y adelantó a un sobrecargado carro tirado por caballos.

Rath encendió el siguiente cigarrillo y guardó silencio. Acababa de acordarse de que Stephan Jänicke estaba muerto y Helmut Grabowski en la cárcel, así que el destino de los dos compañeros de Prusia Oriental era poco apropiado para entablar una conversación ligera. Fumaba y miraba por la ventanilla del coche la carretera, un romántico paseo que serpenteaba por el paisaje y que trazando una amplia curva pasaba junto a un tranquilo lago enmarcado por bosques y trigales.

Volvió a intentarlo una segunda vez.

—Qué bonito —dijo—. Me refiero al paisaje.

De nuevo, Kowalski se limitó a asentir con la cabeza, pero no dijo ni pío.

—Entonces ¿usted es de Treuburg?

Otra inclinación de cabeza.

—¿Es así de bonito también?

—Más.

Rath no sabía si podía apuntarse un éxito con esta respuesta, pero al menos había conseguido que el chico hablara. Aun así, no había dicho más que una sola palabra. Rath apagó el cigarrillo. Pasaron por una ciudad de provincias. WEHLAU, DISTRITO KÖNIGSBERG, se leía en la señal indicadora de la población. Justo en la entrada del lugar, una pareja de cigüeñas había construido su nido encima de un poste de telégrafos.

—¿Por qué se marchó si Treuburg es tan bonito?

—Me trasladaron.

—¿Conoce la compañía Mathée? ¿Luisenbrand?

Kowalski giró la cabeza y contempló a Rath con una mirada llena de reproche como si lo hubiera llamado borracho. Entonces volvió a asentir con la cabeza y a mirar la carretera.

—Pertenece a la finca Luisenhöhe —dijo, y esta vez fue Rath quien volvió la cabeza y se quedó mirando a su chófer asombrado.

—¿Una auténtica finca? ¿Con un noble *junker* y toda la parafernalia?

Kowalski negó con la cabeza.

—Había pertenecido a los Mathée, hugonotes, el Viejo Fritz, el mismo Federico II el Grande les dio personalmente el título de nobleza, pero quebraron durante la inflación o algo así.

—¿Y ahora?

—El antiguo gerente de Mathée se hizo cargo de todo.

—¿Wengler? ¿El director Wengler?

—Exacto. Este ha convertido la finca en una auténtica empresa modelo. Sobre todo la destilería. Mathée Luisenbrand se exporta a todo el mundo. En el distrito de Oletzko todo el mundo está realmente orgulloso de ella.

Esta vez fue Rath quien enmudeció y solo contestó con una inclinación de

cabeza. ¿Quién lo hubiera dicho? Solo había que ser paciente con la gente de Prusia Oriental. Entonces llegaba un momento en que hasta empezaban a hablar.

La plaza del mercado de Treuburg era grande, inmensamente grande. Tan grande que en el centro todavía había sitio para una pequeña colina cubierta de bosques. En la cumbre de esa colina dominaba una iglesia, de la que solo el campanario asomaba sobre las copas de los árboles, a sus pies había un par de casas, el ayuntamiento, al lado una escuela y el cuartel de los bomberos. «La plaza del mercado más grande de Alemania», había advertido Kowalski, y Rath le había dado totalmente crédito. Era tan grande que al principio uno no la percibía como tal. Unas casitas decoradas con tejado a dos aguas bordeaban sus cuatro lados; era como si ahí el tiempo se hubiera detenido. Apenas se veían coches, en ese rincón del mundo todavía eran carros de caballos los que dominaban el tráfico de la calle. Incluso andaban por ahí un par de ovejas que se habían escapado de algún lugar. O tal vez incluso pertenecían al centro de la ciudad.

Kowalski tuvo que frenar delante de una de esas ovejas extraviadas y acto seguido el coche oficial de la policía de Königsberg se vio rodeado por una horda de niños que miraban curiosos por las ventanillas. Nada de alfombra roja ni de banda, pero tampoco lo que Rath entendía por una discreta llegada. Puso los ojos en blanco. Solo faltaba que la prensa local hiciera una foto y tuviera que registrarse en el libro de oro de la ciudad.

Levantó la vista hacia el reloj. Todavía no eran las doce.

—¿No deberían estar en la escuela? —preguntó.

—Vacaciones de verano —respondió Kowalski, dando gas. Los niños saltaron a un lado y fueron haciéndose más pequeños en el espejo retrovisor hasta que el

W10 dejó la plaza del mercado. Kowalski bajó a un riachuelo y cruzó un puente, pasaron junto a otra iglesia y al final llegaron a un gran edificio de ladrillo que dominaba majestuoso la orilla del lago. La prefectura del distrito de Oletzko, tal como desvelaba la placa con el águila prusiana en la entrada. Rath bajó del coche y estiró las entumecidas piernas. Kowalski parecía saber cómo actuar y el comisario siguió a su asistente y vigilante hacia el interior del edificio.

Tuvieron que atravesar una antesala con una señorita con gafas y acabaron en un despacho en el que se hallaba un hombre algo corpulento, con un bigote anticuado y un uniforme azul.

—¡Ah, la visita de Berlín! —dijo el hombre de uniforme sentado al escritorio, después de que Kowalski se hubiera anunciado y se hubiera quedado junto a la puerta—. ¡No lo esperábamos tan pronto! Tome asiento.

Rath se sentó en la silla para las visitas y envidió la vista de la que disfrutaba ese hombre desde la ventana que había detrás de su escritorio: la superficie del agua brillando al sol del mediodía, un par de barcas meciéndose, el trampolín pintado de blanco de una piscina, las copas de los árboles de un verde intenso en la otra orilla. Era como estar de vacaciones.

Rath se encendió un cigarrillo.

—¿Hablamos ayer por teléfono? —preguntó—. ¿Es usted el sargento Grigat?

—Exacto. Erich Grigat. Me alegro de darle la bienvenida a mi humilde morada. No es muy frecuente que un compañero de la capital nos honre con su visita.

—¿Dirige usted la policía de Treuburg?

—Digamos que *de facto*. *De iure* es naturalmente el doctor Wachsmann el jefe de policía. Pero de todos sus agentes, yo soy el de rango más alto.

—Tiene usted aquí una vista muy bonita —dijo Rath—. Yo desde mi despacho solo veo las vías del tren y la audiencia regional. Y ya está totalmente cubierta de hollín a causa de todos los ferrocarriles que pasan.

—Sí, esto es muy bonito. Debería reservarse algo de tiempo para visitar nuestra ciudad, vale la pena. El lago, el nuevo parque con el monumento a los

caídos del distrito... —Grigat llevaba escrito en la cara el patriotismo local—. ¿Ya ha visto nuestra plaza del mercado? ¡Es la más grande de toda Alemania! Siete hectáreas.

Rath asintió y dio una calada al cigarrillo.

—Impresionante de verdad.

El sargento sacó una carpeta del cajón.

—Me he permitido —anunció— investigar un poco en la oficina de empadronamiento. Y mire: los hombres de los que me habló se registraron los tres en el distrito.

—Dos de ellos incluso nacieron aquí —dijo Rath—. ¿Tiene también las direcciones?

—Todo está aquí. —Grigat dio unos golpes a la carpeta—. Hablemos de esto durante la comida. He reservado una mesa para la una en el Salzburger Hof.

—Por mí no se tome tantas molestias.

—Ninguna molestia. —Grigat hizo un gesto para quitar importancia al asunto—. Siempre como allí al mediodía. Además, también es su hotel; me he permitido reservarle una habitación.

La asistencia completa que le brindaban ponía a Rath de los nervios. Pero por el momento se rindió.

—Muchas gracias —dijo, mirando al reloj—. Todavía queda algo de tiempo hasta la una. Si me lo permite, dejaré las cosas en la habitación y me refrescaré un poco. He pasado la noche en el avión y me siento ligeramente... hum... arrugado. —Aplastó el cigarrillo y se levantó—. Hablamos luego en el restaurante a la una.

—Por supuesto.

—Ah —dijo Rath, cogiendo la carpeta de la mesa—. ¿Le importa? Así podré leerlo antes de nuestra conversación.

Grigat puso cara de decirle que sí le importaba. Pero luego volvió a sonreír amablemente y repitió:

—Por supuesto.

Poco después, Rath y Kowalski estaban en la recepción del Salzburger Hof. Tras colocar el equipaje del comisario junto al mostrador, Kowalski se dispuso a despedirse.

—¿Dónde dormirá usted? —preguntó Rath. No le habría sorprendido que el asistente se hubiera contentado con el asiento trasero del coche que le había facilitado la policía.

—En casa de mi tío —respondió Kowalski—, vive en la esquina. En la Goldaper Strasse.

Rath asintió.

—Estaré de nuevo de servicio a la una, si me lo permite, señor comisario.

—Pues claro que sí, vaya usted a casa de su tío. Hasta las dos no lo necesitaré.

Unos minutos más tarde, Rath estaba en el primer piso, junto a la ventana, mirando al exterior. Le habían dado una habitación con balcón y vistas a la plaza del mercado de Treuburg, incluso una con baño propio y agua corriente, algo que el recepcionista había señalado con orgullo. La maleta todavía estaba sin abrir junto al armario, pero primero se dejó caer en la cama; se sentía superado por la hospitalidad masuriana y se alegró de estar por fin solo. Dormitó un poco hasta que las agujas del despertador le indicaron que había llegado el momento. Tenía media hora escasa para prepararse para ir a comer con el sargento Grigat.

Fue al baño y se estuvo refrescando la cara con agua fría hasta que volvió a sentirse en cierta medida aseado. Luego cogió la carpeta de Grigat y se sentó junto a la ventana.

Los datos que la policía de Treuburg había reunido, aunque eran relativamente escasos, estaban completos. Ciertamente, los tres hombres habían coincidido varios años en Treuburg. Marggrabowa, como antes se llamaba. August Simoneit y Hans Wawerka nunca habían dejado su ciudad natal hasta el verano de 1924, en el que empaquetaron sus cosas y se marcharon al Oeste, uno a Wittenberge y el otro a Dortmund.

Herbert Lamkau había llegado un par de años antes de la guerra a Marggrabowa y al principio había tenido su domicilio en la finca Luisenhöhe,

para la cual vendería después aguardiente, pero luego había vivido en la Lindenallee. También hasta 1924. Simoneit había vivido antes de la guerra en una aldea llamada Krupin que también pertenecía al distrito de Oletzko, y después de regresar de la guerra, en 1918, se había registrado en Legasteg, en Marggrabowa. Y Wawerka siempre había vivido en la Schmalen Gasse, en la misma ciudad.

Rath decidió echar un vistazo a los domicilios de los tres hombres después de la comida y antes de ir dar una vuelta por la destilería. Y, además, tenía que averiguar qué había ocurrido en la primavera de 1924. ¿Qué había ocurrido para que los tres hombres dejaran la ciudad ese año? Estaba seguro de que cuando pudiera responder a esa pregunta también sabría lo que los unía a los tres. Y tal vez también por qué habían de morir.

Encendió un cigarrillo, salió al balconcito y contempló la plaza del mercado. La más grande de Alemania, como no se cansaban de subrayar. Y en ese momento la más desierta probablemente. Si antes había habido algo de movimiento, ahora esa extensa superficie yacía desierta y vacía al calor del mediodía. Los niños estaban en sus casas, sentados a la mesa con sus madres, y hasta las ovejas habían desaparecido. Solo un grupo de jóvenes con uniformes de color pardo y brazaletes con la cruz gamada salieron del bosquecillo que había junto a la iglesia y desfilaron a través de la plaza. En Berlín, la aparición de los camisas pardas siempre tenía algo de amenazador, pero ahí, en la plaza del mercado iluminada por el sol y ante el fondo de las preciosas casitas con tejados de dos aguas, casi producían un efecto idílico. Como si formaran parte del lugar: las SA camino de la comida del mediodía; una parte, ellos también, de la vida de una ciudad de provincias. Una impresión que se vio reforzada cuando Rath vio salir de una callejuela un uniforme azul: el sargento Grigat, que fue saludado alegremente por el grupo y que igual de alegre colocó el borde de la mano en la visera de su chacó.

Algo así habría sido impensable en Berlín, un agente de policía saludando militarmente a los nazis... Rath movió la cabeza y aplastó el cigarrillo contra la

barandilla de hierro forjado. Recordó su reunión con Bernhard Weiss. ¿Sería Erich Grigat nazi? En cualquier caso, no lo era oficialmente, de lo contrario el sargento habría tenido que abandonar el servicio. Pero no había ordenanzas que pudieran regular las ideas políticas con las que simpatizaba un policía. Tampoco en Berlín, donde Rath se preguntaba a estas alturas si alguno de sus compañeros no se pondría la camisa parda en cuanto se levantara la prohibición.

Entró, cogió la carpeta de la mesa y se encaminó al restaurante. Cuando accedió al local, Grigat ya había tomado asiento y estaba leyendo la carta.

—Buenas —dijo el sargento.

Rath devolvió el saludo, se sentó y colocó la carpeta sobre el immaculado mantel de la mesa.

—¿Qué me recomienda? ¿Alguna especialidad?

—Si ahora que está en Prusia Oriental quiere tomar albóndigas de Königsberg o tortitas con carne y comino, adelante: todo está en la carta. —Grigat se inclinó sobre la mesa como si fuera a contarle un secreto—. Pero yo le recomendaría asado de cerdo con bolas de patata.

—Eso también lo como en Berlín.

—Pero no es tan sabroso como aquí.

Grigat tenía razón. El asado que les sirvió una joven después de una sopa de remolacha estaba realmente rico. Y era abundante.

—¿Lo ha leído ya? —preguntó Grigat entre dos bocados, señalando la carpeta.

—Mucho que leer no había —respondió Rath—. A mí me interesaría saber sobre todo por qué los tres hombres se fueron de Treuburg. Todos el mismo año.

Grigat se encogió de hombros.

—Ni idea. Eso no se deduce de las actas de empadronamiento.

—¿Se acuerda todavía de alguno de esos tres hombres? Personalmente, me refiero.

—Por desgracia no —contestó Grigat con la boca llena. Tragó y se limpió la boca con la servilleta antes de seguir hablando—. Llegué aquí en el otoño del

veintinueve. Pero a lo mejor puede preguntar a los vecinos. Ya tiene las direcciones. Lo mismo todavía vive allí alguien que se acuerda de los tres.

—Precisamente eso es lo que iba a hacer —dijo Rath—. Y aprovecharé la oportunidad para visitar su hermosa ciudad.

—Si necesita ayuda, dígamelo. Podría poner a un hombre...

—No, gracias, no es necesario. Ya tengo al señor Kowalski.

—Claro. Pero ¿por dónde anda ahora?

—En casa de su tío.

—¡Vaya! ¿Su acompañante tiene parientes aquí?

—Es de aquí.

—Pues consúlteselo a él. A lo mejor sabe lo que ocurrió en 1924.

Rath asintió. No era mala idea. Aunque se preguntó qué edad tendría Anton Kowalski ocho años atrás. Seguramente todavía estaba sentado en el pupitre del colegio.

Acabaron por fin la montaña de carne. La chica rubia llegó, recogió los platos, y sin que se lo pidieran colocó dos cuencos de una masa dorada salpicada de pasas.

—El *glumse* masuriano —explicó Grigat.

—¿*Glumse*?

—Una especie de requesón. Sabe a pastel de queso sin pastel.

Erich Grigat tenía razón, sabía estupendamente. No obstante, Rath se sentía después como tras una reunión con Gennat más larga de lo normal. El sargento, por su parte, parecía no tener suficiente. Se frotó las manos.

—Así que quiere probar las especialidades de Prusia Oriental —dijo, mirando satisfecho por encima de su bigote—. ¿Qué tal un *pillkaller* para acabar?

Rath hizo un gesto de ignorancia.

—Ya no sé si me cabe algo más.

—Es una pequeñez. Ayuda a digerir. —Grigat sonrió y ya tenía la mano levantada—. ¿Hella? ¡Dos *pillkaller*, por favor!

La muchacha regresó poco después a la mesa. Unas trenzas rubias y largas; a

estas alturas un peinado poco habitual, al menos en Berlín. Sobre una bandeja, Hella llevaba en equilibrio dos grandes vasos de *doppelkorn*, el popular aguardiente de 38 grados, con una rodaja de salchicha de hígado encima untada con una gruesa capa de mostaza. Solo de verlo, Rath ya sintió náuseas.

—Se coloca la salchicha en la lengua, se la riega con el aguardiente y se traga —dijo Grigat, mostrando cómo se hacía.

Rath se sentía todavía menos atraído por el ritual que por la visión de la especialidad. La idea de tener que imitar a Grigat no le gustaba nada, pero la expresión expectante del sargento no le dejó otra elección. Se sentía como un misionero al que una hospitalaria tribu de indígenas ofrece ojos de mono con gelatina o algo así de repugnante y que no tiene otra elección que comérselos si no quiere acabar en el poste de tortura o en una cazuela. Así pues: ¡cierra los ojos y traga! Tenía en su boca una argamasa miserable, pero no sabía tan mal como había temido.

—Esto se repite una docena de veces, así es como se suele hacer.

Grigat rio al ver la expresión horrorizada de Rath.

—No tenga miedo —prosiguió—, el *pillkaller* se toma en realidad por las noches. Cuando uno quiere beber y tiene el estómago vacío.

—Vaya, vaya.

Rath decidió evitar en la medida de lo posible al sargento Grigat esa noche. Así como los otros días que tenía que estar en Treuburg.

Las casas de Legasteg eran todas pequeñas y bajas. En los prados a las orillas del lago se extendían sábanas aireándose al sol del mediodía. El lento y perezoso río, en el que se reflejaba el cielo azul y los árboles, las casitas pequeñas y ladeadas... a primera vista era un paisaje idílico, pero en una mirada más atenta se percibía la pobreza. Eso pensaba Rath cuando llamó a la puerta de la antigua vivienda de August Simoneit y esperó. No había timbre ni en una sola de las casas de esa calle. La mayoría probablemente no tuviera electricidad. Oyó crujir unas tablas de madera y le abrieron la puerta. Al principio, no logró reconocer a quien tenía delante en el hueco en penumbras del recibidor de la casa.

—Buenos días —dijo cortésmente—, disculpe la molestia.

—No compramos nada.

—No vendo nada. —Rath le mostró su placa—. Policía Criminal de Berlín. Solo tengo una pregunta.

—¿De Berlín?

El hombre que salió a la luz del sol para ver la placa de latón no dijo más. Rath observó un rostro delgado y lleno de arrugas, y unos cabellos rubios que en gran parte ya habían encanecido.

—Se trata de August Simoneit —anunció Rath tan amablemente como pudo—. Vivió antes aquí. ¿Se acuerda todavía de él?

El hombre miró desconfiado al comisario de Berlín y negó con la cabeza.

Entonces cerró la puerta.

Ni siquiera descortésmente, no había dado ningún portazo o algo similar,

simplemente la había cerrado sin decir palabra.

«Parcos en palabras y rápidos como el rayo», pensó Rath. Este era el chiste que corría por la jefatura de Colonia sobre los compañeros de Westfalia que a veces se extraviaban en Renania.

Rath volvió a golpear la puerta y esperó. El hombre tardó un buen rato en volver a abrir.

Se limitó a mirar inquisitivo al comisario sin pronunciar palabra.

Rath no tenía fotos de Simoneit, pero sí las tenía de las otras víctimas, las sacó de la chaqueta y se las mostró al hombre. Las miró tan atenta como calladamente.

—¿Conoce a alguno de ellos? —preguntó Rath—. Los dos vivieron en Treuburg.

El hombre negó con la cabeza.

—No los conozco —respondió.

Y cerró la puerta por segunda vez.

Rath se rindió. No era falta de amabilidad, era parquedad de palabras. Así se hablaba en esa región. O no se hablaba, precisamente.

En la Schmale Gasse, donde había vivido Wawerka antes de instalarse en el Oeste le sucedió lo mismo. Salvo que fue una mujer quien abrió la puerta y todavía fue más lacónica que el hombre de Legasteg. Por su parte, toda la conversación se limitó a movimientos de cabeza, de asentimiento o de negación, y a miradas de desconfianza. Nunca había oído hablar de un tal Johann Wawerka.

La Schmale Gasse también era un barrio de gente pobre, por el contrario el domicilio de Lamkau en la Lindenallee era más digno. Burguesía acomodada, una casita limpia y un jardín cuidado. Rath llamó al timbre de la puerta del jardín en vano, nadie le abrió. Por un momento pensó en entrar en el terreno y echar un vistazo, pero rechazó la idea. Percibía intensamente que había algunas miradas posadas en él. Era probable que todo el vecindario esperase que ese extranjero,

con un elegante traje de la capital, hiciera algo prohibido para así poder llamar a la policía o, aún mejor, coger uno mismo la escopeta.

ASSMANN, ponía en la placa esmaltada de la puerta. Rath anotó el nombre y emprendió el camino de vuelta a la plaza del mercado. Ya eran más de las tres pero el sol seguía calentando sin piedad. Al menos las sombras eran ahora más alargadas y algunas tiendas habían bajado los toldos. Un cartel publicitario en una de las casas le dio una idea.

ESCUELA DE CONDUCIR EMIL HERMANN.

Rath llamó y preguntó al profesor de conducción acerca de un antiguo alumno.

—¿Lamkau? ¿En qué época debía de ser?

Rath volvió a percibir la suspicacia en la voz de ese otro habitante de Treuburg.

—Unos diez años largos —respondió.

El profesor, un hombre bien alimentado en la cincuentena, se rascó la barbilla para dar la impresión de reflexionar profundamente. Después de medio minuto de estar rascándose la barbilla, el resultado fue un apesadumbrado gesto de ignorancia. Y una breve frase.

—No —dijo Emil Hermann—, ni idea.

—Pero ¿un listín de teléfonos sí lo tendrá quizá?

El señor Hermann lo tenía. El profesor de conducción lo llevó a través de una especie de aula hacia el fondo, hacia su estudio. En cuanto Rath vio el llamado listín, sospechó que esa idea tampoco lo llevaría muy lejos. Los usuarios de teléfono en Treuburg cabían todos juntos, desde Adomeit hasta Zukowski, en una sola hoja que colgaba en la pared por encima del teléfono de la escuela de conducir. Rath había planeado apuntarse a todos los Wawerka, Simoneit y Lamkau que encontrara allí con la esperanza de poder dar con parientes de los tres hombres, pero lo único que descubrió fue el número de teléfono de un tal Dietrich Assmann, el hombre que vivía en el antiguo domicilio de Lamkau. Al

menos este tenía teléfono. Los Lamkau, Simoneit y Wawerka de esa ciudad no lo tenían.

Rath volvió a cerrar su cuaderno de apuntes tras introducir unas breves notas.

—Ah, una pregunta más —dijo, cuando el profesor Hermann lo había guiado hasta la puerta—, la finca Luisenhöhe, la destilería Mathée, ¿cómo se llega más fácilmente hasta allí?

Emil Hermann miró a Rath de arriba abajo.

—A pie es una media hora más o menos —contestó finalmente—, o coge el ferrocarril de vía estrecha que va a Schwentainen, ese para también en Luisenhöhe. Aunque no pasa con frecuencia.

—Gracias.

Rath se reunió con su asistente no solicitado y presunto vigilante Anton Kowalski allí donde lo había dejado poco después de las dos: en las catacumbas de la prefectura del distrito, rodeado de una montaña de ficheros y archivadores.

—¿Ha encontrado algo?

—Los prusianos no disparan tan deprisa —respondió Kowalski.

Rath había pedido al asistente que buscara los tres nombres en los archivos, «y si encuentra alguna relación entre los tres, me informa de inmediato». El mismo Kowalski no recordaba que hubiera ocurrido algo especial en el año 1924. «Pero eso no significa nada. Yo entonces estaba en la escuela rural de Markowsken, y allí uno no se enteraba de lo que pasaba en el resto del mundo.»

De hecho, el asistente no era tan parco en palabras, al menos en comparación con sus compatriotas, pensó Rath.

No le sorprendió especialmente que Kowalski no hubiera obtenido ningún resultado, lo había dejado en el archivo y le había dado un montón de trabajo sobre todo para quitárselo de encima.

—Entonces revise por la tarde los expedientes de investigación del juzgado de primera instancia, a lo mejor encuentra algo allí —dijo—. Concéntrese también en el año veinticuatro.

Kowalski asintió con poco entusiasmo.

—¿Y usted? —preguntó—. ¿Ha descubierto algo?

—Si se refiere a si ahora me desenvuelvo algo mejor en Treuburg, la respuesta es sí. —Rath encendió un cigarrillo—. Voy a viajar a la finca Luisenhöhe —anunció—, por favor deme las llaves del coche...

Kowalski lo miró enojado y dubitativo. Era evidente que no entraba en los planes de sus superiores que él simplemente dejara el coche al comisario de Berlín.

—¿No tengo que llevarlo yo? Conozco el camino. Para eso me han enviado.

—No se preocupe, ya lo encontraré yo solo. —Rath señaló la montaña de archivos polvorientos—. Siga usted aquí, así me resulta de más ayuda.

—En realidad —dijo Kowalski—, no sé si puedo dejarle el coche...

—El vehículo que hay fuera es un coche de la policía prusiana, ¿cierto?

—Cierto.

—¿Y qué dice un asistente prusiano cuando un comisario prusiano necesita un coche?

—Dice: ¡a la orden, señor comisario!, señor comisario.

—Correcto. —Rath asintió satisfecho y tendió la mano derecha para que le diera las llaves.

El Wanderer negro no circulaba nada mal. Al menos Rath disfrutó conduciéndolo en solitario por ese entorno, sin un vigilante al lado. En realidad siempre se sentía mejor cuando podía trabajar solo, en cierto modo podía pensar mejor. Tomó la carretera nacional hacia Schwentainen, pero resultó no ser la indicada. Un campesino sentado en un carro con heno al que le preguntó le señaló que tenía que volver a Treuburg y coger allí la carretera que iba a Lyck, esa llevaba directa a Luisenhöhe. Rath hizo lo que le indicaron y no necesitó ni diez minutos para llegar a la calle del tren de vía estrecha y, poco después de la parada, ver una señal algo tiznada de hollín con las palabras LUISENHÖHE. El edificio de ladrillo de la destilería, con su alta chimenea, más recordaba a una fábrica que al edificio de una finca. El nombre de la compañía MATHÉE estaba pintado sobre el frontón en grande y con las mismas letras floridas que atraían la

mirada en las botellas de Luisenbrand; debajo, mucho más pequeño y con una caligrafía más sencilla: «Destilería finca Luisenhöhe». Un anexo plano y moderno, tras el cual brillaban al sol dos grandes almacenes de cobre, limitaba una plaza asfaltada sobre la cual dos furgonetas con malta de cebada esperaban a ser descargadas. ¡Qué cantidades se debían de producir allí! Ciertamente esa no era una pequeña destilería de provincias que producía un aguardiente barato para la propia ciudad y las aldeas colindantes.

Rath aparcó el coche en el patio y habló con el trabajador que tenía más próximo.

—¿Dónde está el jefe?

—¿Quiere hablar con el jefe ejecutivo o con el gerente?

—Con el director Wengler —contestó Rath y sacó la foto del carnet de conducir de Lamkau—. O con alguien que pueda contarme algo acerca de este hombre. Herbert Lamkau.

El obrero miró la foto unos segundos y se encogió de hombros.

—¿Nunca se ha dejado ver por aquí? —insistió Rath—. Lamkau vendía Luisenbrand en cantidades considerables.

El obrero señaló hacia la colina, en cuyos pies yacía la destilería.

—El señor Wengler tiene su despacho ahí arriba, en la casa de la finca.

—Muchas gracias. —Rath inclinó la cabeza—. Ah, otra cosa... El año veinticuatro... El señor Lamkau dejó la ciudad, él y otros caballeros. Sospecho que pasó algo aquí que expulsó a esos hombres de su hogar. ¿Tiene usted idea de lo que pudo ser?

El obrero volvió a encogerse de hombros y esta vez Rath tuvo la impresión de que ese gesto era una mentira, que el hombre sabía exactamente lo que había ocurrido hacía ocho años.

Una avenida umbría conducía hacia la casa principal, que no era ni mucho menos tan ostentosa como Rath había esperado: más una villa grande que un pequeño palacete. Aparcó delante de la escalinata y no tuvo ni que pulsar el timbre. En cuanto Rath bajó del coche, un hombre con traje, que tenía aspecto de

contable, descendió por la escalera. O bien estaban permanentemente al acecho o el obrero de la destilería había llamado por teléfono.

—Buenos días —dijo el hombre del traje con un deje exageradamente cortés.

—¿Señor Wengler? —preguntó Rath.

—Lo lamento, pero el señor director está en viaje de trabajo; esperamos que regrese hoy por la noche. —El hombre tendió la mano—. Me llamo Fischer, soy el secretario particular del señor Wengler. ¿Con quién tengo el placer?

—Rath, Policía Criminal.

El secretario particular no pareció especialmente sorprendido por la placa de identificación.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor comisario?

Rath le mostró la foto del carnet de conducir.

—Necesito información sobre este hombre —dijo—, Herbert Lamkau. Un socio del señor Wengler.

—Lo lamento, no me ocupo de los negocios del señor Wengler. Pero puedo fijar una fecha para que hable con el señor director. —Fischer sacó una pequeña libreta negra y la hojeó unos minutos—. Tiene usted suerte —dijo—. Mañana por la mañana, a las once, está libre.

—Usted también está de suerte. —Rath tendió al secretario su tarjeta—. Informe por favor al señor Wengler de que a las diez ya puedo estar en su despacho.

Hoy el día había empezado con una montaña de zanahorias que pelar, una tontería en comparación con cortar cebolla, y luego, justo después de la pausa del mediodía, Unger la había llamado a su oficina. El jefe de cocina había tenido que ocuparse de un montón de cartas y después del dictado la había dejado sola en el despacho donde debía escribir las cartas a máquina.

Charly se había dado prisa en acabar la tarea para aprovechar la oportunidad de echar un vistazo por los cajones de Unger. El gran ventanal, a través del cual cualquier mal bicho podía verla en el despacho, había impedido un registro sistemático, pero a pesar de ello sí había conseguido tener una visión global mientras fingía estar buscando sujetapapeles o sobres de carta.

Donde sí encontró algo interesante fue en la estantería de archivos, cuando en medio de los archivadores se topó con uno que llevaba el nombre de «reclamaciones» y que estaba arriba de todo. Sin tener que leer detalladamente las copias de las cartas, reconoció que se trataba de cartas de reclamación que Unger había enviado en nombre de la empresa Kempinski a distintos proveedores. Cosas repugnantes. Había, por ejemplo, una queja a la compañía Fehling Exquisiteces por una entrega de carne llena de larvas. O una reclamación por un palé lleno de huevos podridos que se había encontrado en una entrega de la compañía Huevos y Aves Friedrichsen.

Antes de poder estudiar con más detalle el archivador, tuvo que volver a dejarlo en la estantería al oír que la puerta se abría sin que nadie la hubiese

golpeado antes: esto solo podía significar una cosa. Volvió la cabeza y vio a Manfred Unger, en medio de la habitación y mirando sin disimulo sus piernas.

—¿Qué está buscando usted ahí, señorita Ritter? ¿Puedo ayudarla?

—La correspondencia —respondió al tiempo que se bajaba del banco escalera que había utilizado para llegar a las estanterías—, ya he acabado y quería archivar las copias.

—Para eso no tiene que ir tan arriba. ¿Qué le parece esto?

Cogió un archivador de la estantería que estaba justo delante de su nariz. +++CORRESPONDENCIA 1932+++ había escrito en la tapa del archivador.

—Vaya, que típico. —Charly sonrió e intentó que su sonrisa se viera lo más auténtica posible.

—¿Típico de qué?

—De que los árboles no dejen ver el bosque.

Abrió el archivador y volvió al escritorio. Por suerte había ya pasado a máquina todas las cartas.

Unger contempló con benevolencia cómo ella perforaba las cartas y empezaba a archivar las copias. No parecía haberse dado cuenta de nada.

—Debería usted firmarlas —dijo ella, señalando los originales que le había dejado.

—¡Claro! —Apartó la vista de ella y se puso a firmar la correspondencia. Todas ellas cartas inofensivas en comparación con lo que Charly había descubierto.

—Bien —dijo una vez finalizada la tarea, dando a su voz un tono magnánimo—, entonces hágame el favor de llevar las cartas a correos y tómese la tarde libre, señorita Ritter. Sobres y sellos los encontrará arriba de todo, en el cajón plano del escritorio.

Charly asintió sumisa. Ya sabía dónde estaban los sellos, pero Unger no tenía que darse cuenta.

—Muchas gracias, señor Unger.

Se sentó al escritorio y empezó a doblar y colocar en los sobres las cartas.

Unger todavía le miró unos segundos las piernas y luego se volvió a marchar a la cocina. Ese día parecía haber mucho trajín, se inmiscuía en todo y daba órdenes, pero constantemente encontraba el momento de echar un vistazo al despacho.

¿Sospecharía algo? En realidad, Charly no lo creía. Pero tampoco se atrevía a bajar de la estantería el archivador de las reclamaciones. De momento había visto suficiente, aunque no había podido descubrir ninguna carta dirigida a Lamkau. Las sospechas de Gereon parecían estar justificadas. Las cartas de reclamación estaban escritas en un tono inusual, y lo que a Charly le había sorprendido no era la dureza de este, sino una extraña ambigüedad. Aunque solo había podido leer dos o tres misivas del archivador, eso enseguida le había llamado la atención: no sonaban a cartas de reclamación sino de chantaje.

La taberna estaba bastante cargada de humo pese a lo poco avanzado de la noche. Dos hombres estaban en la barra y conversaban a media voz, otros tres estaban sentados alrededor de una mesa y jugaban al skat, limitándose a estampar ruidosamente las cartas sobre la mesa. Algo apartado, junto a la ventana, un anciano solitario con pantalones de pana y un suéter de lana estaba encorvado delante de un vaso de aguardiente. Y luego había un joven fibroso y con gafas, en la treintena, con un burdo traje de lino con coderas, también sentado solo a la luz crepuscular. Rath había ocupado la última mesa libre. Estaba sentado delante de una cerveza y esperaba que el sargento Grigat no apareciera en ese cuchitril y que a nadie se le ocurriera la idea de invitarlo a un *pillkaller* o cualquier guarrada similar.

No obstante, el riesgo era más bien reducido, hasta el momento todos los parroquianos habían ignorado al extranjero que había entre ellos. Solo el hombre con el traje de lino había levantado la vista de sus patatas asadas cuando Rath había entrado en la taberna y lo había mirado abiertamente a través de unas gafas de delgada montura metálica. El resto de los hombres se habían atrevido a lanzar de vez en cuando alguna mirada de soslayo desde que Rath se había sentado a la mesa. En realidad, había tenido la intención de sentarse a la barra y entablar allí una conversación informal con el patrón y los nativos, pero dada la desconfianza con que se le había recibido desde un principio había preferido sentarse a una mesa junto a la ventana.

Si bien el asistente Kowalski, al que Rath había rescatado hacía una hora de su

cripta en el archivo del distrito se había ofrecido a «acompañar al señor comisario», Rath había rechazado su ofrecimiento dándole las gracias y enviado al joven de Markowsken a realizar su propio *tour* por las tabernas para que averiguara algo entre sus compatriotas y lo dejara tranquilo.

El silencio continuo con que Rath había topado desde que había empezado a preguntar en Treuburg por el trío de Lamkau, Simoneit y Wawerka le creaba desconfianza. No se trataba solo de un silencio propio de una mentalidad, sino que tenía la sensación de que allí todos estaban compinchados. La carpeta del sargento Grigat, en cualquier caso, era considerablemente escasa de contenido, y Kowalski había pasado supuestamente toda la tarde rebuscando en el archivo sin obtener resultados. Rath no sabía si confiar en él.

Así que estaría dándoles la lata a esos testarudos hasta que uno de ellos le contestara con algo más que el obligado encogimiento de hombros. Y seguro que ya ahora enervaba a la gente de esa taberna sin haber hecho ni una sola pregunta.

Rath encendió un cigarrillo y levantó el vaso de cerveza ya vacío. Al menos el patrón no lo trataba como si fuera transparente, el hombre asintió y sirvió la cerveza de barril. Ese era un tipo de parquedad con la que Rath podía lidiar. Para evitar al sargento Grigat había cenado en un bonito restaurante a la orilla del lago y no en el Salzburger Hof. Kowalski le había indicado la taberna donde ahora se encontraba, «en el bar de Pritzkus es donde se reúne la gente sencilla», había dicho el asistente. Y así era. La gente sencilla. Esa a la que no le gustan los extranjeros.

Cuando el patrón llevó la cerveza recién salida del barril, Rath colocó las fotos de Lamkau y Wawerka sobre la mesa.

—¿Conoce a estos señores? —preguntó—. Herbert Lamkau y Hans Wawerka. ¿O le dice algo el nombre de August Simoneit?

El patrón se quedó inmóvil.

—Puede ser que se hayan tomado aquí alguna cerveza. Pero debió de ser hace mucho tiempo.

—Ocho años.

—Entonces mi padre todavía se encargaba del negocio.

Rath concibió esperanzas.

—¿Podría hablar con su padre? —preguntó.

El dueño del local negó con la cabeza.

—Enterramos a mi padre hace dos años.

—Oh, lo siento —dijo Rath, el dueño ya se había marchado para tomar el siguiente pedido de los jugadores de cartas.

Rath se bebió un trago de la cerveza que acababan de servirle, luego se puso en pie y se acercó con las dos fotos a la mesa vecina, donde estaba el anciano sentado con el vaso de aguardiente y dando caladas de vez en cuando a un grueso puro que no daba la impresión de consumirse. El hombre no parecía estar esperando que alguien se sentara con él y aún menos que le hablara. Pero Rath le enseñó las fotos.

—Buenas tardes. Busco a alguien que pueda darme información sobre estos dos hombres.

El anciano miró a Rath desde su cara arrugada y chupeteando el cigarro.

—Herbert Lamkau, ¿le dice algo este nombre? —preguntó Rath, mostrándole la foto—. O este. Johann Wawerka.

El anciano calló.

—Estos hombres vivieron antes aquí, hace ocho años. Es usted lo suficientemente mayor para haberlos conocido. ¿O August Simoneit? De él no tengo ninguna foto, por desgracia.

Sin quitarse el puro de la boca, el anciano murmuró algo incomprensible entre dientes.

—¿Cómo? —preguntó Rath.

El hombre se sacó el cigarro de la boca y repitió la frase. Hablaba ahora fuerte y claramente, pero Rath seguía sin entender una palabra, lo que hablaba no era alemán.

—Lo siento —dijo Rath, cogió las fotos y se levantó—, no sabía que es usted polaco. Pensaba que era de aquí.

El anciano lo miró fijamente. A Rath le pareció como si las conversaciones de las mesas vecinas hubiesen enmudecido o al menos bajado el volumen. Y antes de que pudiera reflexionar sobre ese cambio apenas perceptible en el ambiente del local, el anciano se levantó tan bruscamente de su silla que volcó el vaso de aguardiente. Miró a Rath con ojos enfurecidos.

—No polaco —dijo el anciano con su peculiar acento y auténtica indignación—, ¡soy prusiano!

Rath levantó las manos sosegador.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo—. No sé qué ha entendido usted, pero yo no quería ofenderle. No tengo nada contra los polacos.

Pero el anciano no estaba dispuesto a tranquilizarse. Aunque ya estaba considerablemente cerca dio un paso más hacia Rath y le soltó un rollo macabeo al que acompañaba de vez en cuando con un golpe en la mesa. Rath retrocedió un paso. Nunca habría pensado que esa gente, ya fuera polaca o alemana, pudiera hablar tanto rato seguido.

La escena parecía divertir a algunos parroquianos, otros se habían levantado y Rath no tenía la impresión de que fueran a apoyarlo si las cosas se ponían feas. Dudaba de que se hubieran enterado realmente de la conversación, uno creería más bien que estaban a la espera de que se produjera una pelea y se alegraban de tener la oportunidad de enseñarle a un tipo de la ciudad lo que pensaban de él.

¡Debería haberse llevado a Kowalski! En cualquier barucho de Berlín habría podido manejar una situación como esa, pero ahí, sin nadie a su lado que conociera el lugar, se sentía extrañamente impotente. Estaba pensando si debía evitar o promover la inminente pelea, si debía simplemente enseñar su placa y dar a conocer que era policía, cuando en la mesa de al lado alguien se levantó, el joven de treinta y tantos con las gafas de montura metálica. Dejó la servilleta al lado del plato de patatas asadas y dijo algo al viejo y a los hombres que estaban junto a él, y Rath habría jurado que él también hablaba polaco pero, dada la experiencia que acababa de tener con el anciano, prefirió no inmiscuirse ni

comentar nada. Simplemente se quedó allí, con los puños en alto, esperando a ver qué ocurría.

Por lo visto, el de las gafas había dicho lo que convenía, incluso si Rath no había entendido ni una sola palabra. Al final, todos se pusieron a reír francamente y golpearon al anciano en el hombro. Este volvió a sentarse con el vaso de aguardiente que le había llenado el patrón entretanto, y también los hombres con ganas de pelea en la cara volvieron a sus asientos pacíficamente. Uno dijo algo a su vecino antes de sentarse y señaló a Rath y de nuevo los parroquianos empezaron a vociferar.

Rath todavía no se sentía especialmente cómodo, pero al menos el ambiente se había relajado.

Se volvió hacia su salvador. Eran los únicos que se habían quedado en pie, el resto se había vuelto a sentar.

—¿Qué es lo que les ha dicho?

El hombre de las gafas lo cogió del brazo.

—Venga —dijo—, deje a Pritzkus un par de marcos por sus cervezas y por el aguardiente de Adamek, y coja su sombrero y su abrigo. Es mejor que vayamos a otro sitio. Vaya a saber cuánto durará esta atmósfera de diversión.

Rath siguió las indicaciones, cogió los cigarrillos de la mesa y los dos abandonaron el local.

—Gracias de nuevo —dijo, cuando ya estaban fuera en la plaza del mercado, donde soplaba un viento fresco—. Le agradezco que me haya sacado de esa incómoda situación.

Abrió la pitillera, dio a su salvador un Overstolz y lo encendió.

—No hay de qué —dijo el hombre, dando una calada—. Los extranjeros muy pocas veces acaban en la taberna de Pritzkus. Ahí hay que ayudar a prevenir malentendidos.

—Y que lo diga. Pero yo no entiendo polaco.

—Lo que Adamek ha hablado no era polaco.

—Pues, a pesar de eso, yo no he entendido nada.

—Era masuriano —prosiguió el hombre—. Aunque es una especie de variante del polaco, la gente de aquí está muy orgullosa de ser prusiana, no se siente polaca.

—Yo también soy prusiano —dijo Rath—. De la Prusia renana.

—Los de la Prusia renana no son más que prusianos a la fuerza —dijo el salvador con una sonrisa—, los prusianos originales viven aquí. Y siempre fueron grandes patriotas, incluso en los tiempos en que nadie, salvo el pastor y el hacendado, hablaba alemán.

Rath se encogió de hombros.

—Por lo visto, algunos todavía no lo han aprendido.

—El viejo Adamek lo entiende todo, créame. Solo que se siente mejor hablando en su lengua materna, sobre todo después de un par de vasitos de aguardiente, como esta noche. Pero es un patriota prusiano de la cabeza a los pies.

—Ya me he dado cuenta.

—Bueno, ahora los ánimos vuelven a estar apaciguados. De todos modos, debería ser algo prudente con el empleo de la palabra «polaco» precisamente aquí en Treuburg, donde todo el mundo está tan orgulloso de que en todo el distrito solo dos habitantes votaran por Polonia.

—Por lo visto, conoce usted bien la región y sus gentes.

—Defecto profesional —Le tendió la mano—. Rammoser —se presentó—, Karl Rammoser. Soy maestro en Wielitzken. En este cargo uno reflexiona a veces sobre el sentido y el sinsentido del transcurso del tiempo.

—Rath, Policía Criminal de Berlín.

—Un placer, pero no es necesario que se presente. El cotilleo en las ciudades pequeñas es un medio de información más rápido que cualquier periódico, incluso más rápido que la radio.

Rath se asombró.

—Bien, entonces si ya me conoce, también puedo invitarle a una cerveza.

—Será un placer.

—Y tendrá que explicarme qué tipo de prusiano es usted. A juzgar por el apellido yo diría que de los Alpes. Pero por lo que yo sé, el Viejo Fritz solo les quitó a los austríacos Silesia pero no llegó a arrebatarnos también Tirol.

Rammoser asintió.

—Prusiano de los Alpes —repitió—. Eso sí que no lo había oído nunca, pero da en el blanco. En cualquier caso se acerca mucho.

Poco después ambos estaban sentados en otro local aparentemente más agradable que el barucho de Pritzkus. Rammoser había sugerido ese local porque «ahí no llamará usted, prusorrenano, tanto la atención. En el Kronprinzen hasta pernoctan veraneantes».

Un par de ellos estaban cenando en la mesa contigua, una familia con aspecto de ser de Berlín, a juzgar por la verborrea de que daban muestra todos los miembros, desde el padre hasta la hija menor. «Pero cualquier cosa mejor que el Salzburger Hof», pensó Rath, donde el personal inmediatamente informaría al sargento Grigat de cualquier movimiento que hiciera el comisario berlinés.

—Este es un lugar agradable —dijo—, ¿por qué va al local de Pritzkus?

—Porque ahí se puede comer barato y bien —respondió Rammoser, alzando su vaso—. ¿Cuánto cree usted que gana un maestro rural en Prusia?

—Habla usted con un compañero de fatigas. —Rath también levantó su vaso—. ¡Por Prusia y sus pobres funcionarios!

Los hombres brindaron.

—Rammoser —dijo Rath—, no suena demasiado prusiano a mis oídos. ¿Viene usted de Baviera o algo así?

El maestro rural rio.

—Eso tendría que habérselo dicho a mi padre, que no es prusiano. Le habría retado en duelo. —Colocó el vaso de cerveza en la mesa—. No, no, mi familia llegó hace doscientos años de la región de Salzburgo a Prusia. Como muchos otros protestantes que fueron desterrados de allí.

—Entonces es usted un refugiado —dijo Rath—. ¿Algo así como un hugonote?

—Algo parecido. —Rammoser asintió—. No daría usted crédito a todos los que se han ido reuniendo aquí, bajo la corona prusiana, en el transcurso de los siglos. Alemanes, franceses, holandeses, silesianos, lituanos, judíos. Y, naturalmente, polacos. Y todos se consideran auténticos prusianos. Más auténticos al menos que un renano que solo se ha obtenido como botín de la derrota de Napoleón.

Rath asintió.

—Por eso ha reaccionado el anciano tan indignado. Porque lo he tomado por un polaco.

—Señor Rath, ¿sabe lo que mantuvo unidas como nación a generaciones de polacos aunque ya no tuvieran un Estado? No fue la lengua, fue la religión. ¿Y sabe usted por qué casi todos los masurianos se decidieron por Prusia hace doce años? ¿A pesar de la lengua?

—Por la religión. —Rath se sentía como en el colegio.

—Correcto —dijo Rammoser—. Los masurianos han vivido durante siglos bajo la corona prusiana, son protestantes hasta la médula y patriotas prusianos. La gente sencilla de nuestro entorno siempre ha hablado polaco, o mejor dicho masuriano, pero es un dialecto polaco y no alemán. Nosotros, los maestros, nos hemos preocupado de que la joven generación hable alemán. Pero en casa, con los abuelos, la mayoría sigue hablando masuriano, me apuesto lo que sea.

—Entonces ¿son los masurianos en cierto modo polacos?

—Este es un tema delicado desde el plebiscito de 1920. Nadie quiere ser sospechoso de simpatizar con los polacos, y menos que nadie los masurianos. —Bajó la voz—. Entonces se produjeron escenas desagradables, peleas, cristales rotos, incendios y cosas aún peores. Algunos conciudadanos se convirtieron en auténticos devorapolacos. Desde entonces la relación está intoxicada. Y el nuevo Estado de Polonia no está exento de culpa; si por él hubiera sido se habría apropiado de toda Prusia Oriental. Todavía desea hacerlo. Al menos esto es lo que se cree aquí y causa aprensión. Tiene pues que entender al viejo Adamek, seguramente pensó que quería ofenderlo.

—Si tantas ganas tiene de ser alemán debería aprender al menos la lengua.

—En primer lugar, él no quiere ser alemán, sino por encima de todo quiere ser prusiano. Segundo, después de cinco o seis *doppelkorn*, Adamek solo habla masuriano. Pero a pesar de ello es alemán. Como afirme usted otra cosa, también me pondrá a mí furioso.

—Me cuidaré mucho. —Rath sonrió—. Pero tiene que contarme una cosa más. ¿Qué les ha dicho antes a Adamek y a los otros?

Rammoser puso una expresión irónica.

—¿De verdad quiere saberlo?

—Al menos me gustaría saber por qué se han reído tanto.

—Bueno... —Rammoser carraspeó—. Les he dicho que no tenían que tomarlo a usted tan en serio, que usted no era más que un pobre *zabrak* que se ha perdido por aquí y que no sabe cómo comportarse.

—¿Un qué? —preguntó Rath. Pero luego hizo un gesto con la mano—. Bah, no me lo traduzca, ya me hago una idea. —Dio una calada al cigarrillo—. Así que, en otras palabras, me ha dejado usted en ridículo.

—A nadie le hace daño que lo subestimen.

—En fin, si es así: muchas gracias.

—A su servicio.

Rath sacó las fotos del bolsillo.

—Y yo lo único que quería era preguntarle a Adamek por estos hombres. ¿Conoce usted tal vez a alguno de ellos?

—¿Lamkau? —dijo Rammoser—. ¿Es él de verdad? ¿Qué le ha ocurrido?

Rath sintió una euforia comedida. Por fin alguien que lo conocía.

—Está muerto —contestó.

—No me da ninguna pena. —El maestro bebió un trago de cerveza.

—¡Cuidado! Con esas palabras pasa usted a ser sospechoso.

—Ya sabía yo que era mejor no decirle nada.

—¿Qué es lo que tiene contra Lamkau?

—Ese era uno de los matones de Wengler. No quiero ni saber a cuántos envió

al hospital.

—¿Wengler? ¿El director Wengler?

—Exactamente. Gustav Wengler, el señor de Luisenhöhe.

—¿Tenía un grupo de matones?

—¡Cosas del pasado! Ya hace mucho de eso.

—¿Porque durante la inflación se apropió de malas maneras de la finca? En ese caso, que alguien así necesite un grupo de matones no me extraña.

—¡Wengler aprovechándose de la inflación! ¿Quién va contando esto?

—Lo he oído por algún sitio. —Rath hizo un gesto de ignorancia.

Rammoser parecía estar dándole vueltas a algo.

—¿Tiene usted una linterna de bolsillo, señor comisario? —preguntó de repente.

Rath asintió.

—Creo que hay una en el coche.

—Entonces, vámonos. —Rammoser vació su vaso—. Tengo que enseñarle algo. Puede que así quizá entienda que aquí las cosas no son tan sencillas.

—¿Y dónde lo son? —preguntó Rath.

En efecto, en el W 10 de la Policía Criminal de Königsberg se encontraba a disposición una linterna de bolsillo. Rath la cogió.

—¿Adónde vamos? —quiso saber—. ¿No cogemos el coche?

Rammoser negó con la cabeza.

—No está lejos de aquí. Puede que a cinco minutos. Además no está usted del todo sobrio.

La plaza del mercado todavía estaba iluminada, sin embargo, cuando se internaron por una callejuela llamada Stille Gasse, calle silenciosa, un nombre que le venía como anillo al dedo, bastó recorrer unos pocos metros para que reinara una oscuridad total. Un par de luces, ventanas iluminadas, era lo único que se distinguía en la distancia; salvo por ello, nada más. Rath encendió la linterna. El camino transcurría cuesta arriba, hasta que el rayo de luz alcanzó un muro redondo de ladrillo.

—La torre de agua —indicó Rammoser—, enseguida llegamos.

Rath sabía ahora en qué lugar aproximadamente de la ciudad se encontraban. La torre de agua de Treuburg se veía mejor que el campanario de la iglesia.

Ramoser abrió un portal de hierro forjado que chirrió ligeramente. Un mochuelo informó de su presencia en la oscuridad. Y la luz de la linterna de bolsillo se posó sobre una lápida.

—Estamos... es esto...

—El cementerio de Treuburg —dijo Rammoser—. El protestante. El católico está abajo junto al lago.

—Pensaba que en Treuburg no había católicos.

—Usted también está aquí, señor comisario.

—Pero espero no acabar en el cementerio. Aunque el mío esté en la orilla del lago.

—Hoy ya le he librado de que acabe usted allí. Pero en los próximos días tendrá que cuidar usted solo de sí mismo.

—¿Y por eso me lleva a un cementerio en plena la noche?

—Más o menos. Para que entienda mejor el país y la gente, y en cierto modo para que no vuelva a meter la pata. —Ramoser se detuvo—. Bien, ya hemos llegado.

Rath dirigió el foco de la linterna hacia donde le señalaba el maestro. En el rayo de luz que proyectaba la linterna apareció una tumba familiar. Unas sencillas columnas dóricas flanqueaban una gran placa de mármol con la inscripción en francés: *PASSANT! SOUVIENS TOI QUE LA PERFECTION N'EST POINT SUR LA TERRE, SI JE N'AI PAS ETÉ LE MEILLEUR DES HOMMES. AU MOINS NE SUIS-JE PAS AU NOMBRE DES MÉCHANTS!*

También alcanzó a leer el nombre de Friedrich von Mathée y otros nombres de los Von Mathée que estaban enterrados allí.

—Estos son los propietarios de Luisenhöhe —dijo. Susurró involuntariamente, como si la familia Von Mathée, enterrada tras esa piedra, pudiera escucharlo.

—Correcto. Se trata sobre todo de dos personas que han sido enterradas aquí. Déjeme un momento la linterna.

Rath dio la linterna de bolsillo al maestro y Rammoser buscó con el foco de luz hasta dar con un nombre.

«Anna von Mathée —leyó Rath—, 15 de agosto de 1902 – 11 de julio de 1920.»

—¿Es la hija del hacendado? —preguntó.

—Sí —respondió Rammoser—. La única.

—Muerta el día del plebiscito. —Rath movió la cabeza—. ¿Qué historia pretende contarme?

Rath recuperó de repente la sobriedad.

—Una trágica. Anna von Mathée era la prometida de Gustav Wengler. La asesinaron el día del plebiscito.

—¿La asesinaron?

Ramoser asintió.

—Fue precisamente un médico el que la mató, un asistente del hospital local. La violó y la ahogó en el lago.

—Es horroroso.

—Aquí la mayoría de la gente no se hubiera tomado a mal que Wengler matase a ese hombre. ¡Y aún menos en el ambiente antipolaco que reinaba entonces!

—¿El asesino era polaco?

Ramoser se encogió de hombros.

—En aquella época era difícil decirlo. En cualquier caso, era católico. Y simpatizaba con el joven Estado polaco. Pero fue el Estado prusiano el que lo condenó a cadena perpetua.

—Y ahora está en una penitenciaría prusiana en lugar de en un estado polaco.

—Ya no

—¿Cómo?

—El asesino de Anna murió en un intento de fuga. La gente de aquí lo

considera justicia divina.

—¿Y esta triste historia convirtió a Gustav Wengler en uno de esos devorapolacos, como usted los ha llamado?

—A Wengler nunca le gustaron los polacos, ya antes del asesinato, pero un devorapolacos..., eso más bien lo era Herbert Lamkau. Él y sus compinches agredían brutalmente a cualquiera que considerasen polaco.

—Pero aquí no viven polacos, por lo que usted tan bien me ha explicado. Aunque se hable en polaco.

—Entonces bastaba simplemente con que uno fuera católico o que se hubiera mostrado afín a los polacos. Al instante repartían puñetazos a diestro y siniestro. Así que si busca personas que tengan una razón para matar a Herbert Lamkau encontrará aquí un montón

—¿Podría ser que alguien hubiera deseado su muerte? ¿Una de sus víctimas?

—Yo no iría tan lejos. Pero aquí seguro que no hay mucha gente que derrame lágrimas de pena por él. A los dos lados de la frontera.

—¿Forma parte usted de ellos?

Rammoser se encogió de hombros.

—Una vez tuve un altercado con él; entonces, en la época del plebiscito, los ánimos andaban por aquí bastante encendidos. Pero ya hace tiempo que ha quedado olvidado. Luego estuve en un seminario docente durante un par de años y cuando regresé Lamkau ya no vivía aquí.

—Me temo que no le sigo del todo —dijo Rath—, pone usted de vuelta y media a Lamkau; en cambio a Wengler, para quien trabajaba como matón, lo defiende. ¿O por qué acaba de contarme esta conmovedora historia?

—Yo no quiero contarle nada ni tampoco defender a nadie. Bien sabe Dios que no soy amigo de Gustav Wengler, solo quiero que entienda un poco mejor lo que ocurrió aquí después de la guerra. El presente solo se entiende cuando se conoce el pasado.

En ese momento, Rammoser volvía a hablar como un maestro. El foco de luz se deslizó por los nombres que Rath había visto antes:

«Friedrich von Mathée 23 de noviembre de 1847 – 2 de mayo de 1924.»

—Gustav Wengler era el heredero designado de Luisenhöhe —prosiguió Rammoser—. Friedrich von Mathée solo tenía a esa hija, a la que quería casar con su administrador. Todos sus hijos varones fallecieron en la guerra.

—¿Gustav Wengler era el administrador de la finca?

El maestro asintió

—Habría heredado de todos modos Luisenhöhe pero el viejo Mathée se la traspasó antes por una historia de deudas, y por eso corrieron rumores en el pueblo, sobre todo porque a partir de entonces él ganó una fortuna con Luisenbrand.

—Yo creo que él habría preferido una novia viva.

—Y yo creo que se concentró tanto en el trabajo a causa de la muerte de ella. Ha hecho grande Luisenhöhe y el nombre de Mathée en memoria de su prometida asesinada, a la que nunca pudo llevar al altar.

Rath se percató de que estaba temblando. La temperatura había bajado.

—Volvamos al Kronprinzen —dijo—. Después de estas historias necesito un trago. Y un poco de luz y gente a mi alrededor.

Cuando volvieron a la plaza del mercado, no había ninguna casa en la que todavía hubiera luz, incluso las farolas de la calle estaban apagadas. Rath iluminó el camino con la linterna de bolsillo. Cuando el foco luminoso se proyectó en la columna de anuncios de la esquina de la Bahnhofstrasse, descubrió dos siluetas equipadas con cepillo y cubo que se alejaron de inmediato.

Rath estuvo a punto de gritar por reflejo: «¡Alto ahí, policía!», pero se controló.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó al maestro.

—Sospecho que les hemos dado un susto a Albrecht y Rosanski.

—¿A quiénes?

—A los comunistas del pueblo. No se piense usted que solo hay en Berlín.

—Me temo que nosotros tenemos más de dos.

Rath se acercó a la columna de anuncios y encontró tres carteles, todavía húmedos de cola, colocados ordenadamente en fila. Los carteles de los otros partidos estaban intactos, ni siquiera habían tocado el de los nazis. No habían pintado ningún bigote ni rasgado ninguna esquina.

—Pensaba que los habíamos sorprendido en un sabotaje. Pero solo han pegado esmeradamente sus carteles. —Movi6 la cabeza—. Me pregunto por qu6 se habr6n ido si no hacían nada malo.

—Si usted fuera comunista y quisiera pegar carteles en las paredes aqu6 en Treuburg, sabr6a por qu6 —dijo Rammoser—. Si caen en manos de los hombres de Wengler realizando esta actividad, no lo pasar6n muy bien.

—¿Los hombres de Wengler? ¿Todav6a cuenta con un grupo de matones en activo? Pensaba que eso se hab6a resuelto con el plebiscito.

—Aqu6 no se ha resuelto nada —dijo Rammoser—. Solo que los matones de Wengler llevan ahora uniforme. Y ellos mismos pegan carteles. Los de la esv6stica.

A la mañana siguiente, un intenso alboroto y griterío despertaron a Rath. Al principio fue incapaz de explicarse qué era. Sonaba como si miles de hombres estuvieran animando a gritos un combate de boxeo y, al mismo tiempo, los músicos de Bremen dieran un concierto con la potencia de una orquesta.

Y algo parecido sí que lo era. Cuando todavía un poco aturdido se acercó a tientas a la ventana y descorrió las cortinas, descubrió la plaza del mercado de Treuburg, ayer todavía tan tranquila, convertida en una casa de locos. Vacas y caballos, gansos y gallos, ovejas y cerdos, por todas partes había animales a la venta y el ruido que estos hacían se mezclaba con los gritos de los vocingleros. Tanto y tan alto hablaban los prusianos orientales cuando querían.

Rath se fue al baño arrastrando los pies y palpándose la cabeza. No era tan grande como había creído. Lentamente los recuerdos fueron acudiendo a su mente. Rammoser, el maestro del pueblo. La expedición nocturna al cementerio. Las historias sobre Herbert Lamkau y Gustav Wengler. Y después no habían parado de beber. No habían acabado con una cerveza en el Kronprinze, ni siquiera con cerveza, en un momento dado pasaron al Luisenbrand. Rath ya no se acordaba de cuántos aguardientes había tomado, pero debían de haber sido demasiados.

—Wengler ha hecho una fortuna con esta cosa. —Había dicho Rammoser la primera vez que habían levantado los vasos para brindar; salvo este comentario, ya no habían abordado más el tema.

Pero vaya si lo habían bebido, un vaso con cada nueva cerveza.

Rath no se había preocupado demasiado, a fin de cuentas a él no le esperaban seis kilómetros en bicicleta. Sin embargo, al final era evidente que el comisario había tenido más problemas para cruzar la plaza del mercado y subir la escalera del Salsburger Hof hasta su habitación, en el primer piso, que el maestro rural con su bici, que había dejado apoyada fuera, en una farola de la calle. Karl Rammoser se había subido a su bicicleta como si fuera a competir en una carrera para ganarla. Y no había vacilado ni una pizca. Al menos por lo que Rath había podido estimar esa noche, antes de que él mismo hubiera cruzado la plaza tambaleándose y se hubiera tendido al final en su cama muerto de cansancio.

—Venga a verme a la escuela en Wielitzken cuando pase por allí —había gritado el maestro al despedirse.

Rath se sentía extrañamente estimulado al pensar en la noche anterior. Karl Rammoser era más que un simple informador —el primero aprovechable que había encontrado en el lugar—: era sencillamente un hombre amable. Por desgracia no procedía directamente de Treuburg, pero tal vez eso también fuera una ventaja. A lo mejor el hecho de no pertenecer a ese lugar hacía del maestro alguien más locuaz.

Miró el reloj. Hora de desayunar si no quería llegar demasiado tarde a Luisenhöhe. El agua fría combatía el cansancio; media aspirina, el dolor de cabeza. Por fortuna en Berlín había pensado en coger un tubito.

Cuando bajó, Kowalski ya lo esperaba en el restaurante, ese día sin trocitos de papel en la cara. El asistente se levantó y se puso firme.

—Buenos días, señor comisario.

—Buenos días, Kowalski. ¿Qué tal? ¿Consiguió algo ayer por la noche?

—Encontré a un par de testigos que recordaban a uno u otro de nuestros hombres.

—¿Y? ¿Algún hallazgo?

—Lamentablemente ninguno, señor comisario. Salvo que los tres estuvieron trabajando en la destilería. —Kowalski rebuscó en el bolsillo de la chaqueta—. Aquí están las direcciones, si lo desea puede usted interrogarlos.

Rath se guardó la hoja de papel que Kowalski le había tendido y le dio las gracias. Tan pronto se hubo sentado apareció con el desayuno en una bandeja la muchacha que le había atendido el día anterior al mediodía. Si Rath se acordaba bien, se llamaba Hella. En su cara estaba escrito algo así como: «No estoy haciendo esto voluntariamente, son mis padres los que me obligan».

—Gracias —dijo Rath, disfrutando del aroma del café recién hecho.

—¿El señor desea algo más?

Rath miró al asistente.

—¿Tal vez un café para mi compañero?

Kowalski hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Gracias.

—¿No quiere sentarse?

—Gracias, señor comisario, prefiero estar de pie. ¿Cuáles son sus órdenes para el día de hoy? ¿Puedo ayudarle en los interrogatorios? ¿Le llevo a algún sitio en el coche?

—Nada de eso. Yo mismo puedo conducir. Siga con el trabajo de ayer en el archivo. En algún momento encontrará algo, estoy seguro.

—A sus órdenes, señor comisario

—Revise también el archivo del periódico. Hay periódico en Treuburg, ¿no?

—¿Periódico? Por supuesto.

—Estupendo. —Rath se colocó la servilleta de un blanco impoluto sobre el regazo—. Cuando haya revisado los expedientes judiciales, siga por allí... a lo mejor hoy encuentra algo.

Kowalski puso cara de estar algo ofendido. Probablemente había imaginado que pasaría esos días en Treuburg de otro modo que encerrado en sótanos tragándose el polvo de los archivos. Casi seguro que también tenía otras instrucciones, pero era demasiado prusiano para atreverse a contravenir las órdenes de un comisario. Saludó resuelto y ya estaba en la puerta cuando a Rath se le ocurrió una idea.

—Ah, Kowalski...

El asistente se volvió.

—¿Señor comisario?

—¿Habla usted masuriano?

—Un poco. —Parecía como si a Kowalski le resultara algo vergonzosa esa confesión—. *Groska*, por ejemplo, significa abuela. Y *grosek*, abuelo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Ah, nada, por saberlo.

—Pero mi tío lo habla con fluidez. Y mis abuelos solo hablaban en masuriano.

Rath asintió y dejó marchar al asistente. Después de beber la primera taza de café estaba en situación de comer algo. Los panecillos eran realmente buenos. Y no había duda de que la jalea de membrillo estaba hecha en casa.

—¿Hella?

Debía de ser el nombre correcto, al menos la muchacha se acercó a la mesa. En realidad era muy guapa; rubia y tostada por el sol. Solo las trenzas le daban un aire de campesina. Otro peinado, un poco de maquillaje, un vestido a la moda y hasta los hombres en Berlín volverían la cabeza a su paso.

—¿El señor desea algo más?

Debía de haberse aprendido la frase de memoria.

—No, gracias, estaba todo estupendo. —Le puso una moneda de un marco en la mano—. Hacía tiempo que no desayunaba tan bien.

—Gracias, señor.

Ella le dirigió una sonrisa que lo dejó anonadado. A lo mejor por lo inesperada. Cuando despejó la mesa, le rozó el brazo.

Rath carraspeó.

—Hoy hay mucha actividad —dijo—. Me refiero a ahí fuera.

—El viernes es día de mercado.

Hizo una reverencia y se marchó en dirección a la cocina con la bandeja y una última sonrisa.

Rath arrancó su mirada de la espalda de la muchacha y se puso en pie. Hora de partir.

Viernes era día de mercado, en efecto, y conforme a ello tardó su tiempo en abrirse camino entre el enjambre de animales y hombres que pululaban por ahí fuera. Pero de algún modo consiguió llegar a la Bahnhofstrasse sin haber atropellado ningún cerdo. Delante de la columna de anuncios de la esquina de la calle un par de muchachos con camisas pardas estaban ocupados arrancando los carteles comunistas de la noche anterior y nadie se molestaba por ello. Rath pensó por unos segundos si tenía que intervenir, pero pasar por el mercado ya le había robado diez minutos de su tiempo. No podría recuperarlos camino de Luisenhöhe por mucho que apretara el pedal del gas. A las diez y cinco, aparcaba delante de la escalinata de la finca. Esta vez nadie salió a recibirlo, tuvo que llamar al timbre.

Un criado de librea abrió y arqueó una ceja.

—El señor Wengler me está esperando —dijo Rath, tendiéndole su tarjeta de visita.

El director le hizo esperar. El comisario tuvo que aguardar cinco minutos en el vestíbulo, luego volvió el criado y lo llevó a un salón donde empezó una nueva espera. Rath se sentía como en el médico. Sobre la mesa descansaban las publicaciones especializadas que ya conocía del legado de Lamkau: *Alcohol* y la *Revista para la Industria Licorera*. Hojeó los ejemplares y fumó, pero hasta que la puerta volvió a abrirse, la espera duró más de lo que tardaba en consumirse un cigarrillo y esta vez no apareció el arrogante criado, sino un huidizo señor Fischer, el secretario particular de Wengler.

—Buenos días, señor comisario. El señor director puede recibirlo ahora.

Rath miró el reloj. Las diez y media.

El propietario de Luisenhöhe regía en un despacho desde el cual se abarcaba con la vista el valle y la alta chimenea de ladrillo de la destilería y a lo lejos incluso se distinguía la torre de agua de Treuburg. El mobiliario era de un estilo a medias entre el propio de la nobleza *junker* y la modernidad. Sobre el ordenado escritorio había un teléfono negro junto a un tintero anticuado con plumas y varias fichas. En la pared de placas de madera colgaba un óleo horrible con unas

escenas de caza, justo detrás del escritorio, dos retratos. Uno mostraba a un hombre de cabello gris con una severa y aristocrática mirada y el otro, trabajado con mucho más primor, a una joven muchacha. En total contraste con los óleos, cuya dignidad todavía subrayaban más sus vetustos marcos, había una gráfica sobria, pero no por ello menos llamativa, con la curva de cifras de venta de la destilería desde 1920. La curva se prolongaba nítidamente hacia arriba, sobre todo en los últimos años. Pese a la crisis económica. Puede que también a causa de la crisis económica. «Cuanto peor le va a la gente —pensó Rath—, más se emborracha.»

Bajo la gráfica había unos carteles publicitarios apoyados a la pared, de Luisenbrand y de Treuburger Bärenfang. Rath ya había visto el dibujo en Berlín, en el despacho de Lamkau: Bärenfang, «la presa del oso», mostraba a un oso con la botella. Bien hecho, sin duda. Parecía como si esa marca fuera a ser el siguiente motor de ventas de la compañía Mathée.

Gustav Wengler tenía una complexión vigorosa, no era el tipo de director general obeso que Rath había esperado. Se levantó cuando la visita entró en la habitación detrás del extremadamente solícito secretario particular.

—Señor comisario, acérquese. Disculpe por la pequeña espera. Unas conversaciones importantes que lamentablemente no admitían demora.

—Yo también soy una conversación importante que no admite demora.

Wengler rio.

—Fischer, traiga algo de beber al señor comisario. ¿Café? ¿Té? ¿Agua? ¿O mejor un aguardiente? Es de lo que más dispongo.

—Gracias, estoy de servicio. Pero un café lo aceptaría gustoso.

El secretario particular Fischer se marchó.

—Ya conozco su aguardiente —dijo Rath—. Hasta en Berlín se puede adquirir.

—Pero espero que esta no sea la razón de su presencia aquí —contestó Wengler—. ¿O acaso se ha utilizado mi aguardiente como arma asesina?

—¿Cómo sabe que se trata de un asesinato?

—Creo que hasta sé de qué asesinato se trata. —Wengler se puso serio de golpe—. Es usted comisario de la Policía Criminal de Berlín, donde han matado a mi mejor distribuidor. Yo también sé cuánto suman dos y dos.

—Entonces está al corriente...

—Edith Lamkau me dio la triste noticia hace un par de días. ¡La pobre!

Rath asintió

—Sí, la señora Lamkau no lo tiene fácil. Me dijo que iba usted a ayudarla...

—Todo lo que pueda desde aquí. —Wengler se lo quedó mirando—. Entonces, señor comisario, ¿por qué ha venido, qué cree que va a encontrar entre nosotros?

—No lo sé. Tal vez una respuesta a la pregunta de por qué Herbert Lamkau tenía que morir.

—Y si tiene la respuesta, ¿encontrará también al asesino?

—Así es como suele funcionar la mayoría de las veces, sí. —Rath miró pensativo a través de la ventana. Unas espesas nubes de humo salían de la chimenea, la destilería parecía trabajar a toda marcha—. ¿Tiene usted alguna suposición de por qué había de morir Herbert Lamkau?

Lo preguntó de repente, había lanzado la cuestión inesperadamente, como de paso, pero Wengler no se dejó amedrentar y movió negativamente la cabeza.

—Si esperaba que yo pudiera ayudarle a averiguarlo, siento decepcionarle, se ha molestado en venir hasta aquí para nada.

—En un principio me bastaría con saber algo más sobre la persona Herbert Lamkau. Antes de que se fuera a Berlín y asumiera la distribución de Luisenbrand era su... empleado.

—Así es. Herbert era el jefe ejecutivo de la destilería.

—¿Realizó otras tareas para usted?

—¿A qué se refiere?

—Por ejemplo, zurrar a polacos.

—Lamentablemente, Herbert era un hombre temperamental que no siempre se dominaba. —Encima de la nariz de Wengler se había formado una profunda

arruga. Fulminó a Rath con su mirada—. ¿Le estoy entendiendo bien? ¿Alude usted a que utilizó la violencia obedeciendo órdenes mías?

—Yo solo repito lo que he oído decir.

—Entonces debería hablar con la gente adecuada y no creerse todo lo que le cuentan.

—A lo mejor estoy hablando ahora con una persona que forma parte de la gente adecuada.

—Señor comisario, Herbert Lamkau era con toda certeza un hombre vital y nunca escondió que no soportaba a los polacos. Hace doce años, el ambiente se caldeaba de vez en cuando y en esos casos se podía llegar a las manos. Pero que lo hiciera porque yo se lo encargara, ¡es una calumnia!

Llamaron a la puerta y entró una sirvienta con el café que habían pedido. Servirlo ya estaba por debajo de la dignidad del secretario particular.

—Entonces ¿no sería usted capaz de imaginar —preguntó Rath— que uno de esos polacos, una de esas personas a las que Herbert Lamkau maltrató, se vengara ahora?

Wengler se encogió de hombros.

—Soy capaz de imaginar muchas cosas, señor comisario, pero ¿por qué iba a esperar doce años alguien que quiere vengarse?

—Herbert Lamkau se marchó de la ciudad hace ocho años, ¿sabe usted por qué? Si lo entiendo correctamente, la destilería se estaba recuperando.

—¡Y que lo diga! —Wengler señaló la curva de ventas que tenía detrás—. Desde que me encargo yo de la empresa, nuestro rendimiento ha aumentado en casi un quinientos por ciento. No quiero saber cuántos funcionarios viven a costa de los impuestos que pagamos al año.

—Pero usted mismo tampoco vive mal. Al fin y al cabo es un hacendado. Se dice que gracias a la inflación Luisenhöhe llegó a su poder...

—¿Se dice? —Wengler golpeó un cigarrillo que sacó de una pitillera de plata y miró a Rath enojado—. ¿De dónde obtiene usted la información?

Rath calló y esto bastó para sacar a Gustav Wengler de su reserva.

—Friedrich von Mathée —dijo el hacendado, encendiendo un cigarrillo sin haber invitado a Rath— era un hombre honesto y un patriota leal. Lo único que no manejaba bien era el dinero. El pobre invirtió casi toda su fortuna en empréstitos de guerra y para ello endeudó en exceso Luisenhöhe.

—Y usted le ayudó...

—Yo era originalmente administrador de la finca, aquí en Lusisenhöhe, y trabajaba de gerente en la destilería. Después de la guerra me hice cargo de ella. —Guardó silencio un rato y Rath sospechó por qué—. Tenía que heredar toda la finca —prosiguió Wengler y Rath se percató que le costaba hablar de ello—. Yo iba a ser el yerno del señor Von Mathée. En el futuro. Pero mi prometida... Anna lamentablemente murió antes de que pudiéramos casarnos.

—Entiendo —dijo Rath y encendió un Overstolz—. Y entonces se hizo cargo de la hacienda endeudada antes de la muerte de su... suegro.

—De lo contrario tarde o temprano Luisenhöhe habría pasado a manos del banco.

—Pero, ¿usted pudo asumir estas deudas tan fácilmente?

—Debo admitir que tuve un poco de suerte. —Wengler inspiró profundamente—. La inflación me ayudó mucho a que hoy en día Luisenhöhe no tenga más deudas.

—Y también el éxito de su aguardiente de cereal.

—Eso también. —Wengler señaló tras la ventana la chimenea humeante—. La destilería no tenía entonces el mismo aspecto que en la actualidad. Reconstruí la embotelladora y los nuevos tanques de almacenamiento. Luisenbrand es hoy una marca mundialmente reconocida.

Rath asintió admirativo y observó la curva de ventas detrás del escritorio.

—Y la gallina de los huevos de oro, por lo que veo.

—Ciertamente, Luisenbrand es la historia de un éxito. Pero no debe creer que esto se dé por entendido en Prusia Oriental. Desde que nos han aislado del Reich, todo es mucho, mucho más difícil. Precisamente para la agricultura. —Dio una calada al cigarrillo—. ¿Cuánto cree usted que cobra el Estado por los

impuestos de aguardiente? Si ya no se le admite constar como pequeño productor.

—Y usted no lo es.

—Con nuestros impuestos no solo financiamos su sueldo, señor comisario. Seguro que no es culpa nuestra que el Estado Libre de Prusia vaya tan apurado de dinero. —Wengler volvía a estar más conciliador ahora—. No entiendo por qué quiere saber todo esto. ¡Si no tiene nada que ver con Herbert! ¡Ni con su asesinato!

—Es una estúpida costumbre —respondió Rath, tirando la ceniza—, los agentes de la policía preguntamos muchas cosas inútiles cuando el día es largo. Pero tiene usted razón, ¡volvamos de nuevo al señor Lamkau! ¿Cómo calificaría usted a ese hombre? ¿De carácter? Tengo que hacerme una imagen lo más exacta posible, ¿me entiende?

Wengler se quedó un rato fumando pensativo hasta que respondió.

—Herbert Lamkau era uno de mis empleados más capaces. Jefe ejecutivo, como ya le he dicho. Fue él quien dio impulso al negocio, puede creerme, allí nadie holgazaneaba. La gente le tenía respeto.

—¿Y hacía lo mismo en la calle? ¿Ganarse el respeto?

—No sé por qué tiene que emperrarse con eso. Herbert Lamkau tenía un comportamiento sin tacha. A la gente le encanta chismorrear sobre quien ha tenido en algún momento conflictos con la ley. Aunque nunca pudo demostrarse nada.

—¿De qué me está hablando ahora?

—Así que esto todavía no se lo ha contado nadie. —Wengler movió la cabeza como si quisiera decir: «Menudo comisario de pacotilla está usted hecho»—. En realidad no se debería hablar mal de los muertos —dijo en cambio—, pero si investigara por aquí un poco más a fondo, lo averiguaría de todos modos: se dice que Herbert Lamkau vendió hace un par de años alcohol destilado ilegalmente como si fuera Luisenbrand. Hasta hoy en día no sé si fue él el responsable o tuvo

la culpa algún otro trabajador. En cualquier caso, tuve que despedirlo, naturalmente. Para salvar el renombre de nuestra marca.

—Naturalmente. Y al mismo tiempo le encargó la distribución exclusiva en Berlín de Luisenbrand. ¿No es una insensatez?

—Mire, le eché un buen sermón y Herbert me prometió que no había tenido nada que ver con ese asunto. Yo también quería compensar un poco el hecho de tener que despedirlo. Así podía empezar de cero en Berlín, donde nadie lo conocía.

—Evidentemente, con éxito.

—Con mucho éxito. Debemos a sus esfuerzos que en la actualidad Luisenbrand sea la marca dominante en el área de Alemania Central.

—¿Y está usted convencido de su inocencia?

Wengler se encogió de hombros.

—¿Quién puede asomarse al interior de una persona? Pero incluso si entonces hizo una tontería, yo estaba seguro de que no volvería a hacerlo después de la que se montó. Ese tipo de errores se cometen solo una vez, no se repiten.

—Pues es evidente que sí —dijo Rath—. Justo eso ha vuelto a pasar en Berlín. Toda una entrega de Luisenbrand era defectuosa. ¿No le hizo llegar entonces la carta de reclamación de Kempinski?

Gustav Wengler se quedó atónito.

—¿Una carta de reclamación de Kempinski? Es la primera vez que lo oigo.

Esto sorprendió a su vez a Rath. Si Lamkau no había transmitido el asunto a quien debía, eso quería decir que había reincidido, efectivamente, y había vuelto a destilar en la clandestinidad. Colocó la foto de Hans Wawerka al lado del carnet de conducir de Lamkau.

—¿Y a este? ¿Lo conoce?

—También me resulta familiar. ¿Quién es?

—Johann Wawerka.

—¡Hänschen! ¡Por supuesto! Ha cambiado mucho desde entonces. Antes era peón de la destilería.

—¿Y August Simoneit?

—¿Simoneit? El mejor cerrajero de su época. Se encargaba del mantenimiento de las instalaciones de la destilería, ya se lo digo yo, ahí no necesitaba usted... — Wengler se interrumpió como si hubiera sospechado algo—. ¿Qué les ha ocurrido? —preguntó.

—Están muertos. Han muerto del mismo modo que Herbert Lamkau. Creemos que sus muertes están relacionadas.

Inmerso en sus pensamientos, Wengler contempló el humo de su cigarrillo.

—Y al parecer —prosiguió Rath—, la relación podría hallarse en el hecho de que los tres trabajaron una vez en la Luisenbrennerei.

—Si está buscando vínculos... —Gustav Wengler suspiró—. Me temo que tengo uno mejor para usted...

—¿Sí? —Rath era todo oídos.

—Wawerka y Simoneit —dijo Gustav Wengler— también estuvieron en su día implicados con la destilación ilegal.

El sótano con los archivos de la prefectura del distrito estaba desierto cuando Rath pasó a echar un vistazo a eso de las doce. Sobre la mesa de lectura se apilaban los expedientes de investigación con el sello del juzgado de primera instancia de Marggrabowa. Rath miró por encima de las cubiertas de los expedientes, todos los números de registro acababan con la cifra 24, probablemente el curso completo del año. ¿Los habría revisado ya Kowalski todos? Bueno, tampoco había tantos en ese pueblucho. Rath se miró la pila de expedientes y se preguntó si no tendría que echar una ojeada él mismo, pero entonces una voz lo arrancó de sus pensamientos.

—¡Ah, compañero Rath! ¿Qué tal van las cosas?

En el marco de la puerta estaba el sargento, abierto de piernas, con los pulgares metidos en el cinturón de su uniforme y mostrando una sonrisa de oreja a oreja debajo del chacó.

—No tengo quejas. Gracias por su interés.

—Voy camino del Salzbuenger Hof. ¿Quiere acompañarme? Podemos charlar un rato mientras comemos.

—Muchas gracias —respondió Rath—, pero ya tengo una cita.

—Bueno, ¿y qué tal esta noche? Siempre voy a cenar el Königlicher Hof. Tiene terraza, da justo a la puesta de sol.

—Ya veremos. Si puedo organizarme...

El sargento Grigat, al menos esa era la impresión que tenía Rath, parecía

distribuir el día fundamentalmente según las horas de las comidas. Y los restaurantes según los puntos cardinales.

—Estoy buscando al asistente Kowalski —dijo Rath—, ¿tiene idea de por dónde debe de estar?

Grigat se encogió de hombros.

—Si lo he entendido bien, quería ir al periódico.

—¿Porque ha encontrado algo aquí o porque no ha encontrado nada?

—Lo siento, no me lo ha dicho.

En la plaza del mercado había un par de hombres borrando las últimas huellas del mercado semanal, hojas de col y de lechuga que yacían sobre los adoquines, bosta de caballo y boñigas de vaca. Rath había esperado poder aparcar delante mismo del *Treuburger Zeitung*, pero ahí había ya una limusina Adler. Su propietario, obviamente un hombre de negocios, discutía en ese momento con una empleada el precio actual de anuncios publicitarios. Rath interrumpió el debate.

—¿Se encuentra aquí el asistente de la Policía Criminal Kowalski?

La mujer le indicó con la cabeza que pasara al interior sin interrumpir su asesoramiento sobre los precios.

Kowalski lo recibió, para su forma de ser, eufórico.

—¡Tenía usted razón, señor comisario! Me refiero al periódico. ¡En los expedientes no había nada, pero aquí...!

Rath dibujó un titular en el aire.

—«Escándalo de destiladores clandestinos. La reputación de la compañía Mathée por los suelos. El jefe ejecutivo y dos empleados en prisión.»

Kowalski miró los periódicos que tenía amontonados delante de él y puso cara de perplejidad.

—No son exactamente las mismas palabras, pero casi. ¿Ya se ha enterado?

—El director Wengler estaba comunicativo.

—¿Aunque su destilería estuvo implicada en el caso?

—Sí —respondió Rath—, con una buena técnica para interrogar acaban

cantando todos. —Sonrió—. Creo que el hecho de que se suspendiera en su día el juicio facilitó al señor Wengler esa confesión.

—Suspensión del juicio. —Kowalski se encogió de hombros—. Puede ser. Pero todo este asunto fue, durante semanas, el tema del periódico. —Señaló una pila de diarios amarillentos—. He reunido todos los artículos que se ocupan de este caso. Y son un montón.

Rath leyó los artículos por encima. La información coincidía esencialmente con lo que Wengler le había explicado. Se citaba en varias ocasiones al director mismo. La mayoría de las veces se subrayaba que la destilería Luisenhöhe no tenía nada que ver con el escándalo, sino que era víctima de él, puesto que las botellas con el licor adulterado eran de Luisenbrand con el etiquetado original. «Haremos todo cuanto esté en nuestras manos para ayudar a la policía en el esclarecimiento de este caso», había dicho al periodista.

—De este asunto también debería encontrarse algo en los expedientes — señaló Rath—. Aunque se suspendiera el proceso, se realizaron pesquisas.

—Ahora ya he leído todos los expedientes de investigación —dijo Kowalski—. Bueno, todo lo referente al año veinticuatro. Había también dos o tres casos de destilerías ilegales, pero solo nimiedades, no algo tan importante. Nada de nada sobre Luisenbrand.

—¿Está usted seguro de haber leído todos los archivos?

Kowalski asintió.

—El sargento Grigat me hizo llegar todo lo referente al año veinticuatro.

—¿Grigat? —preguntó Rath.

—Sí.

Rath cogió la pila de periódicos que Kowalski había seleccionado y se fue con ella hacia la puerta.

—Venga conmigo —dijo, cuando Kowalski lo miró inquisitivo—, ¡venga!

Kowalski fue con él.

Erich Grigat ya estaba comiendo el postre cuando Rath entró con el asistente

al Salzburger Hof. Kowalski se quedó en la puerta mientras el comisario se acercaba a la mesa.

Grigat levantó sorprendido la cabeza.

—¡Ah, señor comisario! ¿Se lo ha pensado mejor? —Le enseñó el cuenco casi vacío de budín—. Como puede ver, lamentablemente llega un poco tarde. Ya voy por el postre.

—No he venido aquí para comer con usted —gruñó Rath, dejando sobre la mesa una primera plana amarillenta del *Oletzkoer Zeitung*—. Esto —dijo golpeando con el dorso de la mano el polvoriento papel— llenó hace años los titulares de su ciudad. —Leyó en voz alta—: «Marggrabowa. En el escándalo de los destiladores clandestinos en torno al Luisenbrand adulterado, hoy se encuentran bajo arresto temporal tres hombres. Tal como se informó, el alcohol destilado ilegalmente, cuyo consumo se ha clasificado de extremadamente peligroso para la salud, fue embotellado en las botellas originales de la marca Mathée Luisenbrand y puesto a la venta. Los detenidos son empleados de la destilería y entre ellos se cuenta el jefe ejecutivo. La policía investiga».

—¿Y? ¿Para qué me viene a mí con esto?

—«La policía investiga» —citó Rath otra vez—. En la primavera de 1924 la policía investigaba a los señores Lamkau, Simoneit y Wawerka, ¡y yo tengo que enterarme por los periódicos y no por los expedientes de investigación!

—¿Por qué se pone usted así? Lo importante es que lo ha averiguado.

La flema de ese sargento tragón enfurecía más a Rath que el hecho de que faltasen expedientes, pero intentó controlarse.

—Hace dos días que sabe usted que la policía de Berlín está buscando un vínculo entre los tres señores Lamkau, Simoneit y Wawerka —dijo tan sereno como pudo—, a mí me da una fina carpeta en la que apenas hay nada más que los nombres de esos tres hombres, y le hace llegar al compañero Kowalski toda una serie de expedientes que son completamente irrelevantes para el caso que nos ocupa. Pero los expedientes decisivos sobre el escándalo de esos destiladores clandestinos... —Rath golpeó de nuevo el periódico— resulta que,

sorprendentemente, no están ahí. —Inspiró aire y sonrió—. Y ahora, adivine por qué me pongo así...

—Estoy seguro de que podremos aclararlo —dijo Grigat, limpiándose la boca con la servilleta—. El asistente Kowalski quería todos los expedientes de investigación del año veinticuatro y yo se los hice llegar.

—Al parecer, no todos... —Rath cogió aire—. Usted dirige la policía de esta ciudad...

—¡De todo el distrito de Oletzko!

—¡Pues aún peor! ¡Es el jefe de policía de este distrito y tendría que estar en situación de facilitar los expedientes de investigación solicitados en un plazo perfectamente definido! ¡Y completos! —Rath meneó la cabeza—. ¡Menudo caos!

—¡Mida usted sus palabras, señor comisario! —Grigat dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó. Le temblaba el bigote—. ¡Se está propasando! ¡Se olvida de con quién está hablando! ¡A la jefatura de policía de Oletzko no le agrada este trato! ¡Usted no es mi superior!

—No, tiene usted razón —dijo Rath y sacó la carta del bolsillo que en realidad nunca había querido utilizar—. ¡El doctor Bernhard Weiss es en Berlín mi superior y espera de mí que esclarezca este asesinato! ¡Y de usted espera que me ayude con todos los medios disponibles!

El sargento cogió el papel y lo leyó por encima.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo—. ¡He hecho justamente lo que su querido doctor Weiss pide! ¡Le he dado una carpeta con información sobre los sujetos en cuestión, he permitido que usted y el compañero asistente vean los expedientes, le he preparado un lugar donde trabajar, un estudio con teléfono! Le he facilitado cualquier ayuda imaginable y ofrecido además cualquier otro apoyo. ¡Es usted el que no se ha valido de él!

—¡No necesito apoyo, me bastaría con que la jefatura del distrito y el juzgado de primera instancia estuvieran un poco mejor organizados!

—¡Ahora présteme usted oídos, señor comisario! —Grigat se había puesto

colorado—. En Treuburg y en el distrito de Oletzko no contamos con tantos efectivos policiales. Tengo aquí en la ciudad un puñado de guardias a quienes imparto órdenes y dos escribientes; luego hay fuera, en el distrito, una docena más de gendarmerías y el comisariado de la frontera de Cimochy, eso es todo. Si las cosas se ponen feas, si alguien enferma o se va de vacaciones. hemos de pedir refuerzos a Goldap o a Lyck. Puede que todo esto no suceda siempre según el reglamento, como en Berlín. Allí pueden ustedes repartir el trabajo, pero aquí tenemos que lidiar con las cosas tal como nos vienen dadas. Tenemos que ser capaces de reconocer tanto un coche incapaz de circular como a un estafador que quiere quedarse con los ahorros de nuestros ciudadanos, tenemos que ocuparnos igual de bien del registro de empadronamiento como del fichero de los delincuentes. Las actas de un caso viejísimo son, para nosotros, lo último de lo que debemos ocuparnos. Sin contar con que archivar los expedientes de investigación es responsabilidad del juzgado de primera instancia y de la fiscalía y no de la prefectura de policía del distrito.

—Tiene usted razón, sargento, discúlpeme, no quiero pelearme con usted. —Rath había decidido retractarse un poco. No servía para nada ponerse a malas con las autoridades locales—. Por supuesto que no puede hacersele a usted responsable de todos los contratiempos que surgen en cualquier lugar de Treuburg. Probablemente el error provenga en realidad del juzgado.

—Me alegro de que lo considere así, señor comisario.

El bigote tembloroso volvió a aquietarse.

—Entonces —dijo Rath, consiguiendo esbozar incluso una sonrisa—, deberíamos ir ahora allí y averiguar por qué el expediente sobre el escándalo de los destiladores clandestinos no se entregó.

—¿Ahora? —Grigat parecía horrorizado como solo un funcionario empedernido podía estarlo en esa situación—. ¿Un viernes por la tarde?

En el edificio del juzgado de primera instancia, justo al lado de la prefectura de

distrito, la mayoría de los empleados ya parecía, en efecto, haber empezado el fin de semana. En cualquier caso, salvo los porteros, no había mucha gente cuando Rath, acompañado de Grigat y Kowalski, se personó allí.

—Buenas, Feibler —saludó Grigat, y el anciano arrugado que estaba sentado en la portería se levantó y se puso firme.

—¡Señor sargento!

—¿Hay alguien en la oficina de registro?

—Nadie, señor sargento.

—Tendríamos que echar un vistazo. Es urgente. ¿Tiene usted la llave?

Los ojos del portero se deslizaron desconfiados de un lado a otro bajo la gorra de uniforme. Respecto a Grigat tenía la lealtad propia de un prusiano, pero sus acompañantes le resultaban sospechosos.

—Lamentablemente no estoy autorizado para entregarle un expediente, señor sargento.

—En un principio no es necesario tampoco que nos lo entregue —intervino Rath—. Se trata solo de localizar un determinado expediente de investigación. Cuando sepamos dónde está, emprenderemos los trámites oficiales habituales.

El portero dedicó a Rath una última y recelosa mirada, levantó la barrera de madera y abandonó su portería. El hombre los llevó a una habitación fría y sin ventanas, cerrada con una puerta de acero.

—¿De cuándo es el expediente? —quiso saber después de encender la luz.

—De 1924 —respondió Rath.

—¿Tan antiguo? Entonces tenemos que ir al archivo. Está al fondo, en la última habitación.

El portero los condujo hasta allí y pulsó el interruptor de la luz.

—Aquí está el localizador de archivos —dijo, señalando un mamotreto.

Pero no necesitaron ningún localizador para encontrar la estantería. Dos filas completas de anaqueles, justo encima del suelo, estaban vacías. Rath se acuclilló y miró. Nada. Ni un expediente dejado por despiste o que se hubiera caído y hubiera resbalado detrás de la estantería.

—Ya se lo he dicho —terció Grigat—, le he hecho llegar todo lo que estaba aquí.

—Entonces los expedientes deben de estar en otro sitio.

Rath abrió el localizador. Fue bajando el dedo por las páginas, donde estaban registrados los expedientes del año 1924. No necesitó mucho tiempo para descubrir el nombre de «Lamkau». «Infracción contra la normativa del Reich relativa al destilado de alcohol.» Sacó el bloc de notas y apuntó el número de expediente y la signatura del archivo. Esta lo llevó de nuevo a la estantería vacía.

—El expediente tiene que haber estado aquí —señaló mirando a Kowalski—. ¿Está seguro de no haber pasado ninguno por alto?

—Señor comisario, créame, ¡los he mirado todos, hoja por hoja!

Rath se volvió hacia el portero.

—Tiene que haber aquí alguna lista donde se registran qué expedientes se han retirado y qué otros se han devuelto, ¿es así?

—Claro. Pero no en el localizador de archivos. El registro de expedientes retirados está ahí delante.

—Bien, entonces echemos una ojeada.

—No sé si estoy autorizado... —iba a decir de nuevo el portero Feibler, pero Rath lo interrumpió.

—Escuche, buen hombre: no sé si lo ha entendido, pero nosotros tres somos todos policías. ¡Somos los buenos! No vamos a robar nada ni tampoco a hacer nada malo.

El portero miró a Grigat inquisitivo.

—El señor comisario de Berlín tiene razón, Feibler. Deje que echemos un vistazo al registro de expedientes retirados.

No se podía echar en cara a la oficina de registros que no reinara ahí el orden. Bajo la fecha actual se habían anotado ciento siete expedientes de investigación, junto con números de registro y signaturas, los expedientes que Grigat había mandado recoger. Rath comparó la serie de números con los de su bloc de notas, pero no encontró ninguna coincidencia.

—Maldita sea —dijo—. Otra persona debe de haber retirado los expedientes.

Pasó las hojas hacia atrás, leyendo por encima las páginas del libro y prestando solo atención a las dos últimas cifras de la columna de los números de registro. En los últimos meses solo se habían retirado expedientes de los últimos dos años, pero después fueron apareciendo paulatinamente fechas más antiguas. Rath ya había retrocedido algunas páginas, cuando por fin su dedo se detuvo junto a la cifra 24. Consultó su bloc de apuntes, las cifras coincidían, ¡lo había encontrado!

El expediente de investigación II Gs 117/24 se había retirado hacía mucho tiempo, casi tres años.

—El lunes 30 de septiembre de 1929 —leyó Rath en voz alta— SP Naujoks. —Miró al portero—. ¿Es normal que se presten los expedientes tanto tiempo?

El hombre con la gorra de uniforme se encogió de hombros.

—¡Joder! —exclamó Rath—. ¡Alguien tiene que controlarlo! ¡Qué caos!

El portero se estremeció con cada palabra. En esta ocasión Grigat no se sintió interpelado, parecía estar pensando en otra cosa.

—Naujoks —preguntó—, ¿Robert Naujoks?

—¿Conoce a ese hombre?

—Conocer no es el verbo apropiado. —Grigat se alzó de hombros—. El sargento de policía Naujoks fue mi antecesor aquí, en la prefectura del distrito. Se retiró anticipadamente.

—¿Y se atrinchera en su casa con los expedientes de investigación? —Rath se sorprendió—. En fin, yo me imagino mi retiro de otra forma completamente distinta.

—Ese Naujoks era un tipo raro. —Grigat movió la cabeza y señaló la fecha del registro de expedientes retirados—. El 30 de septiembre de 1929 —dijo— debió de ser su último día de servicio. Yo empecé un día más tarde.

Robert Naujoks tampoco era tan viejo. En cualquier caso, no tan viejo como había supuesto Rath, como mucho a finales de la cincuentena. Había costado lo suyo dar con su paradero, el ex sargento de policía no disfrutaba de su jubilación en Treuburg, ni siquiera en el distrito de Oletzko, sino en una zona ajardinada de la capital del distrito Lyck, a treinta kilómetros en cifras redondas hacia el sur y también junto a un lago. Un lago, condición indispensable, por lo visto, para las ciudades de provincias masurianas.

El lago de Lyck incluso tenía una pequeña isla que estaba unida a tierra firme por un puente, y precisamente a esa isla miraba el sargento de policía jubilado Naujoks cuando se sentaba en su estudio junto a la ventana y fumaba una pipa. Lo que hacía en ese preciso instante. En realidad, no se lo había montado tan mal el hombre, pensó Rath cuando él y Kowalski tomaron asiento.

—Así que se interesan ustedes por el escándalo de la destilería —dijo Naujoks, que llevaba tirantes por encima de la camisa y que por su carácter hosco a Rath le recordó un poco a Wilhelm Böhm. Aunque diez años más viejo y con canas. Y sin bigote de morsa.

—Nos interesamos por el pasado de Herbert Lamkau, August Simoneit y Hans Wawerka —respondió Rath—. Y una parte de ese pasado debe de estar en algún lugar de sus estanterías.

—Los expedientes, por eso han llamado.

Rath asintió.

—¿Qué sucede con esos hombres? —preguntó Naujoks—. ¿Está investigando

contra ellos?

Rath negó con la cabeza.

—No. Investigo contra lo desconocido. Para ser más preciso: contra el asesino de esos tres hombres.

Naujoks levantó casi imperceptiblemente las cejas.

—¿Están muertos?

—Sí.

La noticia no pareció afectar especialmente al policía jubilado. Salvo las cejas, nada se movió en su rostro.

Un ama de llaves entró y sirvió té. Era evidente que Robert Naujoks estaba soltero, un estado civil frecuente entre policías. Rath se preguntó cuál sería la causa y en el mismo momento se percató de que todavía no había llamado a Charly, ni siquiera le había enviado una postal desde que estaba en Prusia Oriental.

Tomó un sorbo de té. Habría preferido café pero no quería protestar.

—Una vez conocí en Colonia a un Naujoks —dijo—. Hace muchísimo tiempo fuimos juntos monaguillos. ¿Es usted pariente suyo?

Naujoks lo miró sin entender.

—Yo soy protestante.

—Naturalmente.

Robert Naujoks también tenía esto en común con Wilhlem Böhm: era imposible mantener con ellos una conversación ligera.

—¿Por qué se llevó el expediente de investigación entonces? —preguntó Rath—. ¿El día de su jubilación? ¿Y por qué no lo ha devuelto todavía?

Durante un rato se temió que el hombre no fuera a contestarle. Como una piedra convertida en monumento, como una escultura del criminalista de vieja escuela, Robert Naujoks permanecía sentado en su sillón de piel mirando fijamente por la ventana. Solo por el resplandor del tabaco en la cazoleta y por las nubecillas de humo que de vez en cuando ascendían de la comisura de la boca entreabierta, se reconocía que todavía continuaba vivo.

Entonces, de repente, la figura maciza se movió. Naujoks se sacó la pipa de la boca y se inclinó hacia delante.

—¿Conoce la sensación? —preguntó—. ¿Cuándo uno no puede desprenderse de un caso?

Rath, que conocía muy bien esa experiencia, asintió.

—Es bueno cuando por fin se consigue cerrar uno de estos casos —dijo—. Que el trabajo afecte tanto es condenadamente malo para la vida privada. Puede llegarte a devorar.

—¿Sabe usted?, precisamente ese es mi problema. Mi caso no está cerrado. Las investigaciones se suspendieron solo por orden de la fiscalía.

—No le permitieron continuar.

—Si quiere expresarlo así. —Naujoks miró por la ventana—. Aunque yo no soy un perrito dócil.

La última frase tenía un tono casi obstinado, y aunque Rath podía constatar ciertas similitudes con un bulldog, ennoblecido con los años, prefirió guardarse el comentario para sí.

Naujoks sacó con una agilidad sorprendente la masa de su cuerpo del sillón de piel y cogió un grueso archivador de la estantería. Rath leyó el número de registro. «II Gs 117/24.» El sargento retirado colocó el expediente sobre la mesa, delante de Rath.

—Aquí lo tiene —dijo.

Rath abrió la cubierta del expediente. Las fotos de Lamkau y Wawerka lo miraron. Por primera vez vio también el rostro de Simoneit. Los tres miraban hacia la cámara del fotógrafo de la policía sin inspirar precisamente confianza, pero tampoco tenían aspecto de criminales peligrosos. Simoneit se veía casi frágil, Wawerka más bien parecía un armario. Pero el rostro de Herbert Lamkau tenía algo de misterioso, de insidioso.

—El trío de los destiladores clandestinos —dijo Rath mirando a Naujoks—. No es precisamente lo que se calificaría de un caso espectacular. Incluso si una famosa destilería se vio envuelta en él. Me extraña que algo así le quite el sueño.

¿Le reconcomía que al final no se hubiera podido probar nada en contra de los tres?

En los artículos de periódico que había leído durante la media hora larga que Kowalski y el W 10 habían necesitado para llegar a Lyck, Rath había podido deducir que las investigaciones habían fracasado dada la extrema escasez de la situación probatoria. Una prueba, un alambique con las huellas dactilares de Lamkau, había desaparecido en aquel entonces del almacén de pruebas. Así pues, nada con lo que el sargento Naujoks se hubiese cubierto de gloria.

El sargento jubilado observó a Rath con su mirada fija.

—La respuesta —dijo, señalando el expediente— está aquí.

—¿Encontraré también la respuesta de por qué los tres hombres han sido asesinados?

Naujoks hizo un gesto de ignorancia.

—Eso lo ignoro. Tendría que saber más acerca de su muerte.

—Supongo que no fue hermosa. Para ninguno de los tres. —Rath carraspeó—. Un veneno indio los paralizó. Y luego los ahogaron. Todavía no sabemos con exactitud lo que al final les provocó la muerte. Pero...

—¿Un veneno indio? —preguntó Naujoks, arqueando las cejas.

Rath asintió y observó con detenimiento al ex sargento de policía, pero su rostro permanecía igual de inalterable y pétreo que antes.

—Dos murieron en sus camas, uno en un montacargas. Pero qué tiene que ver todo esto con la destilería ilegal es para mí un enigma. Salvo que es evidente que Lamkau reincidió. Esta vez en Berlín. Y en esta ocasión con una empresa de renombre.

Naujoks asintió pensativo.

—Entonces no solo se trataba de la destilación ilegal, señor comisario —dijo, golpeando la pipa para vaciarla—. Se realizó también una investigación por un caso de asesinato. —El sargento retirado se levantó y cogió un segundo archivador de la estantería—. Y yo creo que ambos casos están vinculados.

Poco después estaban de nuevo sentados en el coche rumbo al noreste por la carretera nacional. El asistente Kowalski conducía con expresión meditabunda. En realidad estaba tan silencioso como antes, cuando había estado sentado en el salón de Naujoks, pero este era otro tipo de silencio. Rath no habría sabido describir la diferencia, pero lentamente empezaba a desarrollar una sensibilidad para los distintos tipos de silencio que los parques masurianos dominaban.

—¿Hay algo que le preocupe? —preguntó al asistente—. Está pensando en algo...

Kowalski todavía necesitó un momento antes de empezar a hablar.

—Antes no he querido decir nada, señor comisario. No en presencia del sargento retirado Naujoks.

—¿Qué es lo que no quería decir? ¿Cree que Naujoks mató a los tres hombres?

—Eso no. —Rath lo había dicho de broma, pero Kowalski lo negó muy serio—. Pero es posible que haya alguien que tenga un motivo.

—¿Y quién?

—¿No ha notado la reacción de Naujoks cuando mencionó el veneno indio? Rath asintió.

—¿Y que tiene esto que ver con sus sospechas?

—Tal vez —dijo Kowalski—, debería contarle la historia de la familia Radlewski...

Martha Radlewski era la mujer fallecida de quien Naujoks había hablado, una bebedora por todos conocida que fue hallada muerta en su cabaña de las afueras. Junto al cuerpo había una botella casi vacía de Luisenbrand, una de las de la destilería ilegal. El sargento Naujoks tenía la firme convicción de que la mujer había muerto a causa del metanol del aguardiente adulterado, pero había sido el único que había defendido esta hipótesis, las dos investigaciones nunca se habían relacionado. El médico forense se había mostrado sorprendido, al ver el hígado anormalmente grande del cadáver, de que Martha Radlewski hubiera vivido

tantos años. Así que había atribuido la muerte de la mujer al excesivo consumo de alcohol, pero no al del adulterado Luisenbrand en concreto.

Naujoks no había contado nada de una familia Radlewski, y tampoco la había como tal: Martha Radlewski había muerto a los cuarenta y nueve años de edad, sola, en la miseria y entregada a la bebida desde hacía años. Así constaba también en los expedientes a los que Rath había echado un vistazo. El segundo expediente que Naujoks se había llevado a casa tras su jubilación.

—Si hay ahí una historia y una familia, ¿por qué Naujoks no la ha contado?

—A lo mejor no la conoce. —Kowalski hizo un gesto de ignorancia—. Pero no me lo puedo imaginar, por aquí todo el mundo lo sabe. Más bien supongo que quiere proteger a alguien con su silencio. Tal vez considera la muerte de los tres hombres como un acto de justicia tardío y por eso no quiere expresar sus sospechas.

—¿Y usted sabe a quién quiere proteger?

—Lo supongo. —Kowalski asintió—. Al Kaubuk.

—¿Al qué?

—Al Kaubuk. Es una especie de coco que se te lleva si no obedeces. Generaciones de padres masurianos se han servido de él para meter miedo a sus hijos. Pero ahora estamos en el distrito de Oletzko, el único posiblemente que realmente dispone de un Kaubuk.

Rath nunca había oído hablar tanto rato seguido a Kowalski. Era todo oídos.

—Su nombre es Artur Radlewski —dijo el asistente, y empezó la narración. No acabó hasta que entraban en Treuburg por la Lycker Strasse.

Era una de las historias más extrañas que Rath había escuchado y se trataba de un estrambótico personaje que, al menos desde los revueltos tiempos de la Guerra Mundial, habitaba en los bosques que rodeaban Treuburg, se vestía con cuero y pieles como los indios, cazaba con arco y flechas y vivía de lo que le brindaba la naturaleza. Y ese hombre, que se había marchado de casa siendo un adolescente, era posiblemente el hijo de Martha Radlewski, la supuesta víctima del aguardiente adulterado.

—¿Y opina usted que vengó la muerte de su madre?

Kowalski se encogió de hombros.

—Cuando habló de un veneno indio no puede evitar pensar en el Kaubuk. ¡Y Naujoks también, apostaría por ello!

—¿Y en qué bosque encontramos a ese Kaubuk? Quiero decir a Radlewski.

—No tengo ni idea de dónde tiene su guarida. Algunos dicen que por el pantano, donde él y su perro son los únicos que conocen los caminos. A lo mejor ya hace tiempo que ha muerto. Es una historia de mi infancia y hace años que no estoy por esta zona. —Kowalski hizo un gesto de impotencia—. No sé, ha sido solo una idea.

—Su idea no es equivocada. En cualquier caso ese hombre tendría un móvil. Lo que queda en el aire es por qué ha esperado tanto tiempo para vengarse.

—Quizá porque primero debía encontrar a los tres. Y para ello tenía que ir al Oeste y a las ciudades. No le debe de ser fácil, con el aspecto de un indio. ¿Quién sabe cuántos años se necesitan para volver a acostumbrarse a la civilización?

—Hum, podría ser cierto. Radlewski hijo abandona la naturaleza salvaje para vengar a su madre. ¿Cree que Naujoks sabe algo de eso? ¿Algo que no nos dice?

—No lo creo. Estaba tan sorprendido como yo cuando oyó hablar del veneno indio.

—¿Y usted cree que Artur Radlewski está en posición de elaborar un veneno indio para flechas de ese estilo?

—Solo sé que se dice que vive como un indio. Yo nunca lo he visto con mis propios ojos.

—¿Quién podría contarme algo más sobre ese indio?

Kowalski se encogió de hombros.

—A lo mejor mi tío. O pregunte en Wielitzken; por lo que yo sé, ahí es donde vivieron los Radlewski. A lo mejor encuentra a alguien que lo conoció cuando era niño.

—Pues entonces vayamos de inmediato a ver a su tío.

Kowalski asintió. Acababa de dirigir el Wanderer directo hacia la plaza del mercado. La mirada de Rath se posó en la columna de anuncios. Sobre los escasos jirones que habían quedado de los carteles comunistas, alguien había escrito en color rojo MUERTE A LOS ROJOS. Posiblemente alguien con un uniforme color pardo. Y con el aplauso de toda la ciudadanía de Treuburg.

El asistente aparcó el coche en la Goldaper Strasse y ambos descendieron. F. KOWALSKI, ZAPATERO rezaba el rótulo de la fachada de la casa.

—Pregunte a su tío por el Kaubuk —dijo Rath— y deme por favor las llaves del coche.

—Sí, ¿no entra conmigo?

Rath negó con la cabeza.

—Usted solo puede interrogar a su tío, mientras yo voy a probar suerte en Wielitzken. —Señaló la puerta de la casa—. Averigüe todo lo que su tío sabe sobre nuestro Kaubuk y tómese luego la tarde libre. Ya me informará mañana por la mañana. Y no diga nada a Grigat, por favor. No sé hasta qué punto podemos confiar en él. Mañana pensaremos juntos cómo darle la lata de la mejor manera al Kaubuk.

Kowalski asintió, muy orgulloso de que por fin el comisario de Berlín confiara en él.

—A la orden, señor comisario. —El asistente miró a Rath—. Qué extraño...

—¿El qué?

—Cuando era niño y había hecho algo malo siempre tenía un miedo atroz. Miedo a que el Kaubuk se me llevara... —Kowalski sonrió—. Y ahora es el Kaubuk el que ha de tener miedo de que yo me lo lleve a él.

En la Lindenallee, un poco más allá del molino municipal, Rath pasó junto a una gasolinera y se detuvo. Mientras el empleado llenaba el depósito, comprobaba la presión de los neumáticos y el nivel de aceite, Rath se tomó su tiempo para hojear los dos archivadores que Robert Naujoks les había dado. Incluso si este tal vez no les había contado todo lo que sabía, sí les había proporcionado sin rechistar los dos expedientes que se había llevado al jubilarse, el expediente por cuya causa habían ido a visitarlo y el de la investigación sobre la muerte de Radlewski, que se hallaba en el tribunal regional de Lyck y que no habrían encontrado tan fácilmente.

A primera vista, los expedientes no decían gran cosa. El certificado del médico forense contradecía claramente la teoría de Naujoks. Pese a ello, el sargento había ordenado un análisis químico del destilado ilegal confiscado que señalaba la presencia de una dosis peligrosamente elevada de metanol, cuyos efectos podrían ser letales.

El certificado, sin embargo, solo se encontraba en el expediente del destilado ilegal y no en el de la defunción. De todos modos, en el año 1924 tampoco parecía haber muerto nadie a causa del aguardiente adulterado, aunque algunas botellas ya estaban en circulación. Quizá se tratara solo de una idea fija a la que el sargento Naujoks se había aferrado. Pero si Artur Radlewski también se había aferrado a la misma idea, si había sacado conclusiones similares, entonces sí tendría un móvil para matar.

La historia que Kowalski había contado de ese chico salvaje que vivía como

un indio en los bosques sonaba realmente abstrusa, ni siquiera estaba claro si todavía vivía, pero al menos por fin tenían algo así como una pista. La primera persona con un motivo para matar a los tres presuntos destiladores clandestinos. Rath se preguntó si el alcohol adulterado habría ocasionado otras víctimas. Víctimas de las que Robert Naujoks no sabía nada, de las que ni siquiera los tres hombres tenían conocimiento.

De todos modos, el juicio contra Lamkau, Simoneit y Wawerka se había suspendido en un momento determinado. ¿Habría enviado Gustav Wengler a sus trabajadores al Oeste por temor a que alguien quisiera vengarse? ¿A través de Radlewski? ¿Acaso no lo había visto nadie desde hacía una eternidad porque estaba matando a gente en Berlín, Dortmund y Wittenberge? Aunque su supuesta ausencia también podría significar que el Kaubuk estaba muerto desde hacía tiempo.

Rath notó que sus pensamientos giraban en círculo, tenía que averiguar más sobre ese hombre, el indio masuriano. Esperó a que el empleado acabara de limpiar el cristal del parabrisas, pagó y pidió factura. Luego se encaminó hacia el sur por la carretera nacional. Unos paneles indicadores señalaban a los conductores atentos que la frontera con Polonia solo estaba a dieciséis kilómetros de distancia.

Llegó a Wielitzken pocos minutos después por una avenida toda recta y ligeramente empinada que describía una curva muy cerrada justo antes del pueblo. La escuela, un edificio plano y alargado, estaba al lado de una antiquísima iglesia de madera que, algo apartada de la calle, se escondía un poco elevada detrás de un par de árboles vetustos.

Rath no encontró al maestro en su casa, sino en una gran aula. Rammoser había montado sobre la mesa del profesor, delante de la pizarra, medio laboratorio químico, tubos y frascos unidos unos con otros en una frágil construcción. En un gran recipiente de cristal hervía y borboteaba un líquido de un marrón turbio y en otro recipiente de vidrio se recogía, gota a gota, un destilado transparente.

Rammeros estaba oliendo un tubo de ensayo cuando Rath entró en la habitación. El maestro levantó la vista sorprendido.

—¡Señor comisario! Qué visita tan agradable. No había contado con que viniera tan pronto. ¿Ya ha terminado de trabajar?

—Lamento molestarlo en medio de sus experimentos. ¿Está preparando una clase?

—Se trata más bien de una afición —dijo Rammoser—. Durante las vacaciones puedo utilizar el aula para cultivarla.

—En usted la humanidad ha perdido a un químico.

—No es para tanto. —Rammeros rio y agitó el tubo de ensayo—. ¿Le apetece olerlo?

Rath olfateó el líquido. El olor le resultaba sumamente familiar.

—Ooooh... ¡Está destilando licor!

—Exacto.

—¡Es ilegal!

—¿Ah, sí? —Rammeros se encogió de hombros—. Donde no hay denunciante no hay juez. Muchos lo hacen en esta región.

—A veces también se mueren en esta región.

—¿Piensa usted que me dedico a destilar un matarratas cualquiera? ¡Heredé la receta de mi padre!

—¿Su padre era maestro destilador de profesión?

—Mi padre, que en paz descanse, era maestro rural. Como yo. En este mismo pueblo, aquí, en esta escuela. Un hombre honrado que se hacía él mismo el licor.

—De acuerdo, ni quiero ofender a su padre ni encerrarlo a usted en prisión...

—Estaría bien, después de haberle salvado ayer la vida, por decirlo de algún modo.

—Aunque, de todos modos, también estoy aquí de servicio.

—Lástima. Y yo que quería invitarlo a un trago. Para que usted mismo se convenciera de que esto es un aguardiente de fruta de calidad. Algo así no se encuentra en el mercado.

Rammoser le tendió un vaso.

—Beba un sorbo para probar, luego se dará cuenta de por qué me tomo estas molestias.

Rath hizo un gesto de resignación.

—Si me garantiza que no se pierde la vista por culpa de esto...

—La vista no la perderá, eso se lo garantizo yo. —El maestro esbozó una sonrisa irónica—. Lo demás, no puedo asegurarlo.

—Entonces puede que me tome un vaso.

—Pero ¿no está usted de servicio?

—Ya he hecho demasiadas horas extra, también puedo conversar con usted en privado.

Rammoser apagó la llama y giró un par de llaves de su equipo de laboratorio.

—Venga, nos vamos aquí al lado. Erna nos preparará una cenita fría. Y mientras esperamos nos tomamos un trago.

El maestro fue hasta el rincón en donde probablemente los niños traviesos eran castigados durante el curso escolar y en el que ahora solo había una fila de botellas con tapones de corcho, y cogió una.

Poco después, estaban los dos sentados en la cómoda habitación de la casa del maestro, la botella sobre la mesa y cada uno con su vasito. Rammoser no había exagerado, ciertamente sabía destilar licores. Ese de pera tenía un sabor increíblemente suave e irradiaba una agradable calidez por todo el cuerpo.

—De vez en cuando uno necesita un trago de estos —señaló Rammoser—. Sobre todo en invierno. Aquí, desgraciadamente, es largo y gélido. Se encuentra usted en la región más fría de Alemania.

—Hoy no he tenido esta impresión.

—No siempre hace tanta humedad. Amenaza tormenta, cuando haya pasado será más agradable. —Rammoser sirvió—. Pero seguro que no ha venido hasta aquí para hablar del tiempo.

—No. —Rath movió la cabeza—. He venido a verle porque espero que tal vez pueda contarme algo sobre Artur Radlewski. ¿Se supone que es de este pueblo?

Rammoser le lanzó una mirada que expresaba sorpresa y recelo en la misma medida.

—¿Qué tiene Artur que ver con su historia?

—No lo sé. Es posible que la muerte de su madre esté relacionada. ¿Lo conocía?

—Mi padre hasta le dio clases, antes de la guerra. Un chico inteligentísimo, pero muy cerrado.

—No me extraña, con la familia que tenía —dijo Rath—, la madre alcohólica...

—La madre no era el problema —lo interrumpió Rammoser—. No sé qué le habrán contado, pero entonces, cuando Artur todavía vivía con ella, no tocaba el alcohol. Su marido era el borracho. Y, por desgracia, no solo eso. Friedrich Radlewski también era un tío violento que siempre que le apetecía dejaba a su esposa hecha un guiñapo con sus palizas. Y a saber qué otras cosas hacía delante de la criatura. A saber cuántas veces el niño quiso ayudar a su madre y recibió por ello. —El maestro tomó por fin un trago—. Mi padre intentó hacer entrar en razón al viejo Radlewski, pero fue en vano. Al día siguiente, el pequeño Artur no iba a la escuela o aparecía con unas feas heridas que, supuestamente, se había hecho al caer del pajar. Con los años, el chico se fue haciendo cada vez más introvertido y se evadía con la lectura. Libros de indios. Para él lo eran todo y mi padre le conseguía todos los títulos que podía reunir, empezando por Karl May, pero Artur enseguida quiso otro tipo de lectura, auténticas crónicas de viaje, la verdad sobre la cultura de los indios norteamericanos.

—Ya entonces quería ser indio...

Rammoser se encogió de hombros.

—En cualquier caso se evadió de su mundo. Y mi padre lo ayudó. Todavía recuerdo que un día hasta viajó a Königsberg para conseguirle más libros al chico, del que, en cierta medida, se sentía responsable, y ya que no podía apartarlo de su padre, quería al menos incentivarlo. Quizá mi padre pensaba

también que el pequeño Artur quería emigrar a América y trataba de apoyarlo, no lo sé.

Ramoser hizo una pausa y llenó los vasos.

—¿Le quedan cigarrillos? —preguntó.

Rath dejó la pitillera sobre la mesa y la abrió.

—Sírvase.

El maestro encendió un Overstolz y Rath lo imitó.

—Sea como fuere —prosiguió Ramoser—, llegó un día en que mi padre se maldijo a sí mismo por haberle dado a Artur Radlewski tantos libros sobre indios. En concreto, el día en que encontraron a Friedrich Radlewski con el cráneo ensangrentado delante de su cabaña. Se había desangrado. Alguien le había arrancado el cuero cabelludo en vivo. Su esposa estaba en el interior, llena de moratones e inconsciente. Al principio se pensó que Martha también había muerto, pero todavía respiraba. Y de Artur, entonces tendría tal vez catorce o quince años, no había ni rastro. Ni tampoco de sus libros.

—¡Por Dios, qué tragedia familiar!

—Nadie lloró por Fritz Radlewski. La mayoría se alegró de que ese desgraciado acabara bajo tierra. —Ramoser miró a Rath—. El viejo Radlewski era un hombre absolutamente malo. Existen personas que son malas, nada más.

—No es necesario que se lo diga a un policía.

—Lo cierto es que como maestro debería creer en la bondad del ser humano y extraerla de cada uno de los alumnos, pero le aseguro que en todos estos años una cosa he aprendido, la mayoría de los hombres hacen cosas buenas y malas, pero hay unos pocos que son malvados hasta la médula, ya lo son a los diez años y siguen siéndolo a los cincuenta y a los cien.

Rath asintió pensativo.

—A lo mejor está usted en lo cierto. Pero no se puede uno limitar a encerrar a todo aquel que considera malo hasta la médula.

—Friedrich Radlewski casi había matado a su mujer a golpes —siguió

diciendo Rammoser—. Ella ni siquiera pudo dejar el hospital cuando enterraron al marido, necesitó meses para volver a ponerse en pie.

—¿Y Artur? ¿Se convirtió en el Kaubuk?

—¿Conoce ese apodo? Creo que le sienta especialmente bien. —Rammoser dio una calada al cigarrillo—. En efecto, Artur desapareció. Estaba bajo sospecha y la gendarmería estuvo buscándolo durante unos días, sin mucho entusiasmo, diría yo, al menos sin éxito. Pero llegó un día, todavía antes de que estallara la guerra, en que un vendedor ambulante explicó que había visto en el bosque que hay detrás de Markowsken una figura oscura, una extraña figura que se deslizaba entre los árboles a una increíble y sobrehumana velocidad. Otras personas también empezaron a hablar de repente de extraños encuentros en el bosque cercano a la frontera.

—¿Y todavía vive allí asustando a mujeres y niños?

—No asusta a nadie. Más bien se aparta del camino de la gente. Antes solía entrar en secreto en los pueblos con mayor frecuencia para reunir lo más necesario. De repente, en Urbanen faltaba un ganso, habían robado unas lámparas de petróleo de las tiendas de Willkassen, toda una caja de herramientas del aserradero, y en Markowsken, al viejo Kowalski le cogieron cinco conejos de la conejera. Y nunca se vio a nadie, como mucho una sombra. Todos daban por seguro que ese ser que evitaba toda mirada solo podía ser un espíritu, a saber, el Kaubuk.

—Y sin embargo era un ladrón totalmente normal.

—Más bien una persona que intentaba sobrevivir en la naturaleza salvaje, diría yo. —Parecía como si Rammoser protegiera a Radlewski. Hizo un gesto de impotencia—. Aunque aquí la gente pensaba como usted. Debido a los robos constantes, amenazaron a la gendarmería con salir ellos mismos en busca de Radlewski si no lo encontraban. Pero entonces estalló la guerra, llegaron los rusos y la gente tenía otros asuntos de los que preocuparse. Además, un día cesaron los robos.

—Así que Radlewski no sobrevivió a la guerra, ¿cierto? —Rath parecía estar

más decepcionado de lo que pretendía.

—No se produjeron más robos, pero a cambio se produjeron otros misterios en el bosque. En una ocasión se encontró el cadáver de una corza a la que le faltaba toda la piel y los mejores trozos de carne. Y constantemente aparecían trampas de un tipo de construcción primitiva pero al mismo tiempo precisa.

—¿Y todo eso era obra de Artur Radlewski?

Rammoser hizo un gesto de ignorancia.

—Nadie lo sabe con certeza. Y cada vez son menos los que conocen las viejas historias. Hace muchos años que nadie lo ve, para la mayoría realmente se ha convertido con el tiempo en un personaje mítico, en un fantasma. Algunos creen que ya hace tiempo que Radlewski murió o se marchó.

—Pero usted no cree que haya muerto, lo noto. Usted cree que sigue ahí fuera deambulando por el bosque.

Rammoser sonrió satisfecho por primera vez desde que había empezado a narrar la historia de Artur Radlewski.

—Se ve que es usted policía, señor Rath, no hay manera de engañarlo.

Sirvió de nuevo el licor que él mismo había destilado. Rath percibió que se estaba emborrachando, pero era una agradable sensación, como si le acercase de una forma extraña a ese mundo desconocido; se sentía en armonía con todo, de repente se sentía en Masuria como en casa, como si nunca hubiera vivido en otro lugar.

—Tiene razón —prosiguió Rammoser—, no creo que Artur esté muerto. Creo que entretanto solo ha aprendido a esconderse tan bien y a borrar sus huellas de tal modo que nadie puede verlo.

—Justo como un indio.

—Exacto.

—¿Por qué está tan seguro?

—Bien... deje que le cuente otra historia. —Rammoser levantó su vaso—. Tenemos en Treuburg una biblioteca de préstamos. Por razones inexplicables, cada dos meses nos desaparecen un par de libros. Nadie sabe cómo, de lo único

que no hay duda es de que desaparecen. Periódicamente, de repente faltan por la mañana tres o cuatro títulos del fondo bibliotecario. Como por arte de magia. Y lo que todavía hace más curioso este asunto: esa misma mañana la bibliotecaria encuentra sobre su mesa una pila de libros: los títulos que las semanas anteriores todavía se encontraban en manos del ladrón. Todos ellos libros sobre los indios.

Rath no pudo evitar reír.

—No deja de ser una biblioteca de préstamos —dijo—. ¿Y cree usted que una persona que se retira a la naturaleza salvaje puede leer tantos libros?

Ramoser se encogió de hombros.

—Yo hasta diría que tiene que hacerlo si no quiere morir de soledad.

Lange puso tal cara de perplejidad cuando la vio que ella se preguntó qué debía ocurrir. Hasta que se dio cuenta de que ella misma era la razón.

—¿Ha llorado? —preguntó el asistente cuando se levantó para saludarla, y Charly se echó a reír.

—No —contestó—. He estado cortando cebollas.

Y eso que ese día había tenido que ayudar primero en la sección de ensaladas, lo que era mucho más divertido. Acababa de intimar en cierto modo con la auxiliar de cocina de la mesa de al lado y se había puesto a conversar con la joven, y entonces Unger la había mandado a cortar cebollas otra vez. Charly tenía la impresión de que el jefe de cocina no quería que sus empleados hablaran entre sí.

Lange retiró la silla como un caballero de la vieja escuela y ella se sentó. Se habían decidido por el café Schottenhaml en la Kemperplatz, un local en el que, en caso de necesidad, también podían pasar por una pareja de novios si, en contra de lo esperado, aparecía por allí un empleado de la cocina central y los descubría. De todos modos era difícil que eso sucediera. El Schottenhaml, moderno, bien diseñado y elegante no era un local para el personal de cocina.

—Pensé solo que... con estos ojos...

—Tiene razón, así no parecemos una parejita de enamorados. Más bien parece que nos acabemos de separar llorando.

Lange se ruborizó.

—En fin —dijo sentándose—. Lo principal es que no nos tomen por policías.

Charly abrió su pitillera.

—¿Qué tal van las investigaciones en Prusia Oriental? —preguntó con la mayor indiferencia de que fue capaz—. ¿Ha dicho algo el comisario Rath?

Lange negó con la cabeza.

—Todavía no. No lleva más de dos días allí.

—Pero ¿sabe si ha llegado?

—Eso nos lo ha notificado la policía de Treuburg. Un tal sargento Grigat. Parecía tener bastante curiosidad acerca de por qué estábamos investigando por su zona. El comisario Rath no debe de haberle facilitado mucha información.

—¿Böhm no esperaba ninguna llamada?

—El pobre Rath todavía no sabe que Böhm ha asumido la dirección de la investigación. —Lange sonrió—. De lo contrario probablemente sería algo más diligente.

«O no llamaría en absoluto —pensó Charly—, si supiera que le habían vuelto a poner de jefe a Wilhelm Böhm.»

—¿Han avanzado con el tema de la tubocurarina? —preguntó.

Lange negó con la cabeza.

—Yo diría que en este tiempo hemos estudiado a todos los proveedores dignos de atención en Berlín, al menos todos los que nos resultan conocidos: resultado negativo.

Charly no podía evitarlo, pero de algún modo la tranquilizaba que sus compañeros tampoco avanzaran. Así no era por culpa de ella. O de Dettmann.

—A lo mejor la fabrica él mismo —dijo más para sí que para Lange—, a lo mejor habría que preguntar a un experto qué se necesita para confeccionar tubocurarina.

—Exactamente eso hará el compañero Gräf mañana.

—Naturalmente. —Charly asintió y se avergonzó de ser tan repelente. Por fortuna llegó el camarero. Pidieron y Lange cambió de tema.

—¿Qué tiene usted que contarme? ¿Ha podido observar algo?

—Menos que usted. Cortando cebollas es difícil.

—Ay, pobre.

—Anteayer fue mejor. Pude echar una ojeada a un archivador. Cartas de reclamación. Estaban escritas en un tono bastante áspero y en parte más bien parecían cartas de chantaje.

—¿Cree que Rath ha tenido buen olfato?

Charly se encogió de hombros.

—Todavía no he podido averiguar si Riedel y Unger se conocen. El cocinero es bastante desconfiado. Pero sí puedo imaginarme que algunos proveedores fueron víctimas de chantaje. —Charly sacó una hoja del bolso—. De la empresa Lamkau todavía no he podido descubrir nada, la correspondencia debería hallarse más bien en el despacho de Riedel y todavía no sé cómo entrar en él. Pero aquí... —le tendió la hoja a Lange—, aquí tengo dos direcciones, tal vez debería indagar qué problemas tuvieron con la Casa Patria. Y como los solucionaron.

Lange se guardó la hoja.

—Muy bien —dijo—. Gracias.

—Por desgracia, todavía no tengo más novedades. Hoy no he podido hacer nada. Salvo perfeccionar mis habilidades como ama de casa.

Lange sonrió.

—¿Cuánto cree que podrá seguir trabajando allí sin que la descubran?

—Espero que no sea necesario por mucho más tiempo. De lo contrario necesitaré dentro de poco un par de ojos nuevos.

—Bueno, mañana y luego llega el fin de semana.

—Para usted. —Charly dibujó una sonrisa forzada—. Unger ya me ha preguntado si puedo hacer horas extras el domingo.

Lange asintió. Llegaron las bebidas.

—Ah, sí, otra cosa —dijo Charly cuando el camarero se hubo alejado—, he conocido allí a un empleado que parece desenvolverse muy bien por el lugar.

—Ajá. —Lange sacó un bolígrafo y tomó nota.

—Me ha dicho que conoce a Riedel. El que se ocupa de los licores y que es

muy probable que esté compinchado con Unger. He quedado con él. Para mañana, después del trabajo.

—¿Con Riedel?

—No, con el camarero. Un negro de África Oriental alemana.

—Un negro... Charly, ¿no se estará usted arriesgando demasiado? ¿Debo encargarme a un compañero que la vigile?

—No es necesario. —Charly rio—. Si tantas ganas tiene de ayudarme, sustitúyame a la hora de cortar cebollas.

Un, dos, tres,
¡a que no me pillas, cara de tortilla!
Cuatro cinco, seis,
¡a que sí te pilló, cara de cepillo!
Siete, ocho, nueve,
¡corre, corre, que ya viene el aguanieve!
Diez, once, doce,
¡uy, uy, uy, que no quiero que me moje!

Rath se frotó los ojos. Se quedó mirando un cuadro que mostraba a dos niños con las carteras del colegio jugando a pillar. Un manual. Estaba claro. Un primer libro de lectura. Intentó ordenar sus pensamientos. Pero solo cuando se enderezó y se dio cuenta de que había dormido en un sofá tuvo claro dónde había pernoctado.

El sol de la mañana entraba por una pequeña ventana y caía directamente sobre un cráneo. Sobre un esqueleto que colgaba de un soporte junto al escritorio. Uno hubiera dicho que estaba en la consulta del médico, de no haber allí unos mapas enrollados y apoyados en un rincón y el retrato de Hindenburg en la pared. La sala de profesores de la escuela rural de Wielitzken: ahora lo recordaba. Cuando se sentó, la manta de lana resbaló sobre las baldosas del suelo. El catón que había visto al despertar estaba abierto sobre una mesa auxiliar. *El comienzo feliz*. Creía recordar haber aprendido a leer con un libro similar. Algunas cosas no parecían cambiar nunca.

Desde algún lugar, el aroma del café penetró en la habitación y Rath siguió el seductor olor hasta volver a encontrarse en la sala de profesores, donde Karl

Rammoser estaba sentado a una mesa con el desayuno listo, leyendo el periódico. El *Treuburg Zeitung*, por supuesto.

—Buenos días, señor comisario. —El maestro rural lo saludó un poco demasiado animado—. ¿Le apetece un café? Erna acaba de prepararlo.

Rath asintió.

—Pero antes tengo que orinar, señor profesor.

—Ya sabe dónde está.

En efecto. Tenía que cruzar el patio.

Erna. El día anterior, cuando el ama de llaves había servido la cena, Rath notó que le costaba mantener el equilibrio. No era extraño: ya habían vaciado casi media botella de aperitivo y el licor de pera de Rammoser era muy fuerte. «No debería coger el coche, señor comisario —había dicho el maestro—. Erna puede prepararle el sofá de la sala de profesores.» Y eso era lo que había hecho el ama de llaves mientras Rath había seguido conversando con el maestro después de la comida. Solo que no tenía ni la más remota idea de lo que habían hablado. Pues también después de la cena la botella se quedó sobre la mesa. La velada había degenerado en una auténtica borrachera. Sorprendentemente, Rath no tenía resaca; lo único que le preocupaba eran las lagunas de su memoria.

La caseta del baño se encontraba en el otro extremo del patio de la escuela. Se lavó las manos y se remojó la cara con uno o dos litros de agua fría. Eso le aclaró algo más las ideas.

Cuando volvió a la habitación, ya había una humeante taza de café sobre la mesa. Rath se sentó y bebió con prudencia. El café le sentaba bien. Le habría gustado encender un cigarrillo, pero por consideración hacia Rammoser cogió primero la panera.

—Ayer se nos hizo tarde, ¿no?

Rammoser se encogió de hombros.

—Depende. Pero quería saber un montón de cosas.

—Defecto profesional.

Ralph se sobresaltó cuando un fuerte gong sonó de repente a sus espaldas. Se

dio media vuelta y vio un bonito reloj de pie. Y luego la esfera. Y las agujas.

—Joder —dijo—. ¿Las ocho y media ya? ¿Funciona bien el reloj?

—Eso espero. Después de las vacaciones, el timbre de la escuela se guía por él.

—¡Mierda! He de hacer una llamada urgente.

—En todo Wielitzken no hay más que un teléfono. Y está en Correos.

Unos minutos más tarde, Rath esperaba en la pequeña y sombría oficina de Correos. Un hombre mayor parecía mantener una importante conversación telefónica. En cualquier caso, esta se iba alargando. Y la oficina solo disponía de una cabina de teléfono.

Cuando al cabo de dos minutos la conversación no tenía visos de terminar pronto, Rath volvió al mostrador. Señaló el bonito aparato de baquelita que había sobre el escritorio.

—Seguro que con este aparato también se puede llamar fuera.

—No es para personas sin autorización —dijo el empleado de Correos.

—Tengo autorización —dijo Rath, sacando sus credenciales.

En el Salzburger Hof la muchacha atendió la llamada.

—¿Hella? ¡Hola! —Una vez dicho le pareció que sonaba bastante tonto—. Soy el comisario Rath, de la habitación veintiuno. ¿Está en el hotel el asistente Kowalski?

—El señor Kowalski lleva esperándolo más de media hora. Yo he ido a despertarle, pero no estaba usted en su habitación.

—Por favor, llévele un café a Kowalski y dígame que en un cuarto de hora estoy allí.

Cuando regresó a la escuela, Rammoser ya estaba fuera del edificio con una cartera de piel bajo el brazo.

—Deje que adivine —dijo—. Tiene que volver urgentemente a la ciudad.

Rath hizo un gesto afirmativo.

—Lo siento. No tengo tiempo de desayunar.

—Perdonado —contestó Rammoser—. Si me lleva. Yo también tengo que ir a

Treuburg.

—¿Y cómo volverá?

—En tren.

Rath abrió el coche y recogió los expedientes de investigación del asiento del acompañante.

—Póngase cómodo.

Rammoser señaló las cubiertas de los expedientes.

—¿Hay algo ahí sobre la muerte de Martha Radlewski?

Rath asintió.

—Pero nada sobre la trágica historia que me contó, solo sobre las circunstancias de su muerte. Nada sobre su vida ni sobre cómo se convirtió en una bebedora.

Rammoser se sentó con su cartera de piel en el asiento del acompañante.

—Qué trágica ironía, ¿verdad? En cuanto el borracho de su marido se murió, ella misma empezó a beber.

—Menuda vida llevó la pobre... —Rath puso el coche en marcha—. En ese caso, uno se da a la bebida a la fuerza. Cuando piensa cómo murió su marido, y que es posible que su propio hijo sea un asesino que nunca más se dejará ver... Y que vive en el bosque como un animal...

—Como un animal, no. Como un indio.

Rath giró hacia la carretera nacional y aceleró.

—¿Así que usted opina —dijo Rammoser al cabo de un rato—, que Artur Radlewski vengó la muerte de su madre, que murió a causa del Luisenbrand adulterado? ¿Aunque ya han pasado años desde entonces?

—Todavía no opino nada —contestó Rath—. En cualquier caso, me gustaría hablar con él.

—Será difícil. Sospecho que Artur no ha hablado con ningún ser humano desde que desapareció en el bosque.

—Si lo encontramos, más le valdrá hablar.

—Encontrarlo todavía será más difícil.

—Ya veremos.

Cuando giraron a la Bahnhofstrasse, ya en Treuburg, los bomberos estaban utilizando todas sus escaleras para colgar guirnaldas blancas y negras por encima de la calle.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Rath.

—Están decorando la calle para el lunes.

—¿Para la fiesta de la defensa, en la que se practica la puntería con armas de fuego?

—La de las elecciones. Es la fiesta más importante del año.

—¿Se refiere al plebiscito de 1920?

—Ese mismo. Ya sabe lo que ocurrió. Sobre todo en el distrito de Oletzko.

—A la orden, señor maestro. Dos votos a favor de Polonia.

—Se lo ha aprendido bien. —Rammoser sonrió, aunque era una sonrisa pensativa—. Solo dos de casi treinta mil en el distrito. El joven Estado polaco se esforzó por ganarse a los masurianos. Incluso estableció una Oficina de Agitación aquí en Marggrabowa. Todo en vano. El único efecto que tuvo fue que dio a conocer a los del *Heimatdienst* dónde romper cristales por la noche.

—¿Quiénes?

—Los de la Oficina de Propaganda de la Nación de Marggrabowa. Se lo conté ayer. Entonces ya se hacía propaganda sobre la pertenencia del distrito de Oletzko a Prusia.

—Ah, sí. Esa. —Rath rebuscó en sus recuerdos pero fue incapaz de encontrar nada—. No parece tenerlos usted en gran consideración.

—No me malinterprete, yo también voté por Prusia. Lo que a mí (y por desgracia a demasiados pocos más) me molestó fue la forma en que actuó el *Heimatdienst*. Lleno de odio, odio contra todo lo ajeno, contra todos los polacos, odio y violencia.

Rath había llegado al Salzburger Hof y giró a la derecha, pero el maestro todavía no había acabado.

—Durante siglos —señaló Rammoser—, la gente ha convivido aquí en

Masuria pacíficamente. Pero después de la guerra, de repente brotó el odio. Y no en último lugar gracias a tipos como Wengler o Lamkau.

—¿Cómo? ¿Perteneían ellos también a la Oficina de Propaganda?

—Venga el lunes a la fiesta. Allí podrá contemplar a Gustav Wengler en su gran papel como presidente del *Heimatdienst* y orador anualmente ovacionado.

—Rammoser miró a su alrededor como si pudiera haber alguien escuchándole—. Y lo que yo pienso de Lamkau, ya se lo he dicho. Ese y un par de sus trabajadores de la destilería hacían el trabajo sucio para Wengler.

—Romper los cristales de la Oficina de Agitación.

—Aún peor. Muchísimas personas resultaron heridas. Ya le he hablado de las peleas, estas no siempre se produjeron con la sangre caliente. En una ocasión incluso ardió un pajar, ahí en Kleszöwen. Fue un milagro que no perdiera nadie la vida.

—¿Quiere decir que Lamkau sembró sistemáticamente el miedo y el terror entre los amigos de los polacos de la región?

—Solo quiero explicarle qué tipo de persona era ese Herbert Lamkau.

—¿Un nazi?

—Entonces todavía no había nazis. Pero cerdos brutales para los que la vida de un hombre no vale nada sí los había. —Rammoser abrió la puerta del coche—. Muchas gracias por traerme hasta aquí, señor comisario.

Y dicho esto, Karl Rammoser se puso la cartera de piel bajo el brazo y descendió del coche. Rath se lo quedó mirando un rato antes de salir, él también, del vehículo.

El asistente Kowalski estaba sentado obedientemente delante de su café cuando Rath entró en el restaurante.

—Buenos días, Kowalski.

Rath se sentó y llamó con un gesto a Hella. Sin que se lo hubieran pedido, la muchacha llegó con una cafetera y le sirvió, incluso sonrió cuando sus miradas se cruzaron. Rath se encendió un cigarrillo. El asistente parecía sumamente inquieto, como si tuviera algo que contar.

—¿Qué sucede, Kowalski? —preguntó Rath—. ¿Se le ha aparecido el Kaubuk? ¿O lo ha cogido?

—¡Tenemos un testigo, señor comisario!

—¿Un testigo? ¿De qué?

—Una persona que conoce al Kaubuk.

—¿Personalmente?

—Mi tío dice que Adamek lo vio el año pasado. El viejo va a menudo por el bosque.

—Un hombre más bien silencioso, ese Adamek, ¿no es cierto? ¿Habla alemán?

Kowalski lo miró sin comprender.

—Bueno, usted sabe masuriano, Kowalski. Por si lo necesitamos.

El asistente se encogió de hombros.

Acabados el café y el cigarrillo se marcharon, no tardaban ni cinco minutos en coche. El viejo Adamek vivía en una casita en las afueras, más parecida a una cabaña que a una casa. Golpearon la puerta, pero nadie les abrió. Rath comprobó que no estaba cerrada.

Abrió la puerta y entró en un oscuro vestíbulo.

—¿Señor Adamek? —gritó hacia el interior. Nadie respondió—. ¿Señor Adamek? Policía Criminal. Venimos a hacerle un par de preguntas.

Pero Wilhelm Adamek no estaba en casa. Rath echó un vistazo por dentro.

El mobiliario era bastante espartano. Una mesa, dos taburetes de madera, una estufa de carbón. Una foto enmarcada de Hindenburg, con una cruz de hierro de segunda clase sujeta, era el único adorno que colgaba de las paredes.

Rath abrió una puerta al fondo.

—¿No sería mejor que nos marcháramos, señor comisario?

La curiosidad de Rath no parecía ser del agrado de Kowalski.

—Solo quiero asegurarme de que Adamek no está muerto en la cama. O que está durmiendo la mona.

Pero la cama estaba vacía.

—Señor comisario, no está aquí, deberíamos volver más tarde otra vez.

—Qué tipo más raro ese Adamek, ¿no? ¿Vive aquí solo?

—Su esposa hace mucho que murió, según mi tío. En la guerra. Cuando los rusos estaban aquí hicieron estragos en la región.

—Entonces usted no era más que un niño. ¿Se daba cuenta de algo?

—No lo sabe usted bien. Aquí se luchó casi un año. Y también en Markowsken. Por las noches no podíamos dormir de miedo, durante el día atronaba el fuego de la artillería.

Rath asintió pensativo.

Ya iba a marcharse y seguir el consejo del asistente cuando descubrió algo que despertó su instinto profesional y su curiosidad.

—Un momento más... —Rath pasó junto a la cama. Al lado había un taburete con un montón de ropa sucia encima.

—¿Qué está haciendo? No pretendemos más que interrogar a Adamek. Está usted fisgando por su casa como si fuera sospechoso de un crimen.

—Quién sabe —dijo Rath, sosteniendo en alto la camisa que estaba en lo alto del montón de ropa y que había llamado su atención—, a lo mejor lo es. — Señaló la mancha de un marrón rojizo que cubría casi todo el costado derecho de la prenda de franela—. Si no me equivoco, eso es sangre seca. Y además una buena cantidad.

El asistente, que se había quedado en el marco de la puerta, iba a decir algo. Ya había abierto la boca, pero una sombra apareció detrás de él, Rath oyó un golpe sordo y Kowalski se desplomó como un saco en el suelo.

Y luego el comisario vio los dos cañones de una escopeta y le rostro impávido y sin afeitar de Wilhelm Adamek. No se oía nada, solo el suave clic al apretar el gatillo.

Todavía olía a sangre. No era exactamente lo que uno deseaba oler a esa hora del día.

Un empleado con bata blanca condujo a Andreas Lange a través de un frío almacén en el que colgaban del techo unos cadáveres decapitados y sanguinolentos y luego a través de una sala en la que unas personas, también con batas blancas, se ocupaban de cortar en pedacitos esos cadáveres de animales sobre unas mesas grandes.

Andreas Lange especuló con la idea de darse por satisfecho ese día con una ensalada en el comedor de la jefatura. El despacho estaba al fondo del otro extremo del edificio y se preguntaba si podría llegarse a él sin tener que cruzar todas esas salas.

La compañía Exquisiteces Fehling tenía su sede en el Tegel, en la periferia al norte de la ciudad, y Lange había tenido que recurrir a uno de los Opel de la jefatura para viajar hasta allí. Franz Fehling era un hombre mayor, con una cuidada barba blanca, que parecía más serio que un pastor protestante. Y que hablaba con igual grandilocuencia.

—Me sorprende que la policía se ocupe de esas cosas —dijo—. Eso sucedió hace más de un año. A ese respecto yo fui de la opinión de que teníamos que volver a aclarar todas las diferencias entre la compañía Fehling y la empresa Kempinski. Me extraña sobremanera que Kempinski lo considere necesario ahora...

—Kempinski no considera nada necesario —interrumpió Lange al director de

la compañía—. La Policía Criminal de Berlín está aquí por propia iniciativa.

—Me temo que no acabo de entenderlo.

—Tampoco tiene que hacerlo. Basta con que responda a mis preguntas.

Lange había oído decir en una ocasión esta frase al comisario Rath. La mayoría de las veces funcionaba para ganarse el respeto. Y para que el interlocutor se sintiera inseguro cuando era preciso. Con Franz Fehling funcionó, eso lo vio Lange en la mirada desconcertada del hombre y en su actitud. De forma casi imperceptible, el director de la compañía, poco antes tan arrogante y tieso, se había encogido. Casi nada, pero Lange se había percatado.

—¿Desde cuándo suministra usted a Kempinski?

—Desde hace casi diez años. Con un constante aumento en ventas, si me permite decirlo. Los platos de caza cada vez tienen más demanda. Especialmente en la alta cocina.

Lange apuntaba. Eso también ayudaba a inquietar al interlocutor. Sobre todo cuando uno se tomaba su tiempo y anotaba tanto que el otro se preguntaba qué demonios estaría escribiendo.

—Previamente al caso de mayo del treinta y uno antes mencionado — prosiguió Lange después de un buen rato—, ¿había recibido otras quejas similares? ¿De Kempinski? ¿O de otros clientes?

—Naturalmente, siempre hay quejas...

—Naturalmente.

—Pero tan graves... —Fehling sacudió enérgicamente la cabeza—. Veinte kilos de gamo y toda la carne llena de larvas. Aún hoy no consigo explicarme cómo llegaron allí.

—Bueno, debió de ser alguna mosca que puso ahí los huevos.

—¡Bah, no siga! —Fehling alzó la voz—. Tomamos una prueba de cada lote. No se imagina lo severa que es la regulación. No encontramos nada, ni la más mínima impureza. El problema surgió en la Casa Patria. Y además con tanta fuerza. Una catástrofe única. —Movié la cabeza.

—¿Indagaron de dónde provenía la carne?

—¡Por supuesto! La carne provenía de un criadero del área de Soldin. En la Nueva Marca.

—¿Un criadero? Pensaba que la carne de caza se cazaba en el bosque.

Fehling pareció algo mosqueado.

—Naturalmente no podemos cubrir la gran demanda de carne de venado de una ciudad de cuatro millones solo con los cotos de caza de la región —dijo—. Además se trabaja mejor la carne y no hay que sacar los perdigones.

Lange volvió a tomar un par de apuntes, Fehling miraba nervioso el cuaderno de notas, pero el aspirante a comisario sabía que no podía distinguir nada aunque consiguiera mirar de refilón. No había ser humano capaz de descifrar la escritura de Andreas Lange, a veces ni siquiera él mismo.

—Entonces ¿es habitual? ¿Es normal mantener animales de caza como si fueran de cría y llevarlos al matadero en lugar de cazarlos?

—¿Qué significa habitual? El cliente final no tiene por qué saberlo, claro está.

—¿Y los clientes intermedios?

—¿Cómo?

—Kempinski.

—La cocina lo sabe, desde luego. Y no es un problema. Nuestra carne no es peor que la de los animales en libertad, más bien es mejor.

—Salvo cuando está llena de larvas.

Fehling calló. Era evidente que no le gustaba hablar del tema.

—¿Cómo consiguió entonces —preguntó Lange— convencer a la cocina de la Casa Patria para que siguiera apostando por su compañía como proveedor?

—¿Cómo? —Fehling comenzó a mover a un lado y otro los ojos inquietos—. Naturalmente... Bueno, primero recogimos la entrega estropeada sin poner objeciones. Y no cobramos nada.

—Solo faltaría.

—¡Incluso aunque no éramos conscientes de tener la culpa!

—¿Nunca pensaron que las larvas podían haberse depositado en la carne en la misma Casa Patria?

—Sí, pero... Las cosas no van tan rápido, tardan un tiempo en salir. Premeditadamente, alguien tendría que haber... —Hizo un gesto de rechazo—. Y en la Casa Patria se dieron cuenta un día después de la entrega. —Miró a Lange—. Teníamos que asumir nosotros la responsabilidad.

—Supongo que Kempinski es para usted un cliente importante, ¿cierto?

—Por supuesto.

—Un cliente que uno no quiere perder.

Fehling calló.

—Y que no se hiciera público el escándalo de las larvas también era importante para usted.

—No sé a dónde quiere llegar.

—Solo quiero hacerme una idea de lo importante que era para usted que esta cuestión se subsanara, que fuese de forma discreta...

—¡Sumamente importante, claro está!

—Y cuánto estaba usted dispuesto a invertir en ello.

—¿Cómo? —Era obvio que Fehling no se sentía muy cómodo detrás de su escritorio—. No sé a qué alude usted con esto, pero le pido por favor que salga ahora mismo de mi despacho. Tengo que hacer.

Lange se levantó y dejó al empresario de exquisiteces su tarjeta sobre la mesa.

—Podría ser que en su momento.... Cómo decirlo... alguien lo presionara. Si desea hablarme al respecto, puede llamarme en cualquier momento.

Se levantó, pero se volvió al llegar a la puerta y vio que Fehling había cogido la tarjeta y la estaba leyendo.

—Una cosa más —dijo Lange—, la experiencia me ha enseñado que la extorsión nunca acaba. Una vez te han sableado, llega una segunda y otra tercera vez. Es un no acabar, las amenazas siempre están ahí y uno no se libra nunca de ellas. Una sensación muy desagradable. —Se colocó el sombrero—. Una confesión puede hacer milagros. Y acabar de una vez por todas con el tema.

Sin osar moverse, Rath se quedó mirando en la penumbra los dos cañones. Había levantado prudentemente las manos, sosteniendo en una de ellas la blusa manchada de sangre. El viejo Adamek no pronunciaba palabra. Kowalski yacía en el suelo y de él solo se oía un suspiro ahogado.

El comisario decidió romper de una vez ese silencio que más desagradable le resultaba cuanto más miraba los cañones del arma.

—Nosotros no delincuentes —dijo—. Nosotros policías. Yo y mi compañero. —Rath señaló con la barbilla a Kowalski, que lentamente volvía en sí.

Y, en efecto, el viejo Adamek abrió la boca. Esta vez no habló polaco. Ni siquiera un alemán básico; sino uno con el acento masuriano, ligeramente cantarín.

—¿Qué están haciendo en mi casa? ¿Tienen una orden de registro?

Rath se esforzó en sonreír.

—En realidad solo queríamos interrogarle. La puerta estaba abierta y nosotros...

—¿Han estado husmeando por aquí?

—Solo quería comprobar que no estaba usted en la cama.

—Esto es allanamiento de morada.

El viejo Adamek se conocía mejor el código penal de lo que Rath había pensado. Y también hablaba mejor el alemán.

—Le he contado por qué estamos aquí. A lo mejor me explica usted ahora por

qué ha golpeado a mi compañero. Y por qué me está amenazando a mí con un arma de fuego.

—Porque los he tomado por unos ladrones.

El anciano no hizo el menor atisbo de bajar el arma. Todavía tenía a Rath en el punto de mira mientras hablaba con él.

—Ahora ya sabe que no lo somos.

Adamek callaba.

Kowalski se sentó y se cogió la cabeza con las manos. Necesitó un momento para darse cuenta de cuál era la situación, luego le habló a Adamek en lo que sonaba a masuriano. El anciano respondió en la misma lengua, apuntando todavía con el arma.

Esto se repitió dos, tres veces más hasta que Wilhelm Adamek por fin bajó los cañones de su escopeta de postas. Rath volvió a bajar las manos.

—¿Quieren un té? —preguntó Adamek. Rath asintió y el anciano se metió en una habitación.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Rath al asistente cuando Adamek no podía oírle y trajinaba con la tetera.

—Que a nosotros no nos interesa que cace en el bosque de Markowsken o donde sea. Que no vamos a demandarlo por eso. Ni tampoco por ese pequeño incidente. —Kowalski mostró la camisa con la sangre seca—. Vale más que la deje con el resto de ropa sucia o acabará creyéndose que estamos reuniendo pruebas.

—¿El viejo Adamek es un cazador furtivo?

—Aquí todo el mundo lo sabe, pero a nadie se le ocurriría denunciarlo por ello. Todo el mundo se beneficia. Abastece a todos los restaurantes de Treuburg. Además, el viejo Adamek es un héroe de guerra. Luchó contra Rusia. Aquí eso no se olvida.

—Joder —dijo Rath—, llevo dos días en esta ciudad, pero aquí hay que mirar para otro lado en un montón de asuntos. ¡Madre mía, esto incluso supera a Berlín! ¡De lejos!

—Tómeselo como una medida para crear confianza.

—¿Es esto lo que se aprende hoy en día en la escuela de policía?

—Señor comisario, no cree usted problemas o de lo contrario no conseguiremos nada de Adamek. No olvide por qué estamos aquí, perseguimos al Kaubuk. Y además... —Kowalski se señaló la nuca— creo que soy yo el que ha hecho el mayor sacrificio para conseguir esta tregua.

—Déjeme ver —Rath miró el lugar, una herida abierta que todavía sangraba un poco—. ¡Uf! Me temo que le saldrá un buen chichón. Necesita frío.

Wilhelm Adamek había preparado un paño húmedo para Kowalski que le tendió junto con el té. Se sentaron a la mesa en la sala. Adamek había ido a recoger el taburete del dormitorio para que pudieran sentarse los tres. Pero no gastó saliva para hablar ni de la camisa manchada de sangre ni del chichón de Kowalski ni de nada que hubiera ocurrido en el último cuarto de hora.

No pronunció ni una sola palabra más desde la conversación que había sostenido en masuriano con Kowalski, incluso sirvió el té en silencio.

—Le pido otra vez disculpas por haber irrumpido así en su casa, señor Adamek —empezó Rath. Decir eso le costó cierto esfuerzo, pero Kowalski tenía razón: debían ganarse la confianza del asistente si querían obtener algo de él—. Pero no lo hemos hecho ni mucho menos con mala intención. Estamos aquí porque queremos hablar con usted sobre Artur Radlewski.

—El Kaubuk... —añadió Kowalski

Adamek asintió. Y bebió un sorbo de té. No dijo nada, esperó a que preguntasen.

Un renano, pensó Rath, se hubiera dado por satisfecho con este comienzo de conversación y habría empezado a hablar por los codos, lo habría desembuchado todo y habría contado cualquier cosa que hubiera considerado relacionada con ese tema y todavía mucho más.

Pero evidentemente los masurianos se parecían más a los westfalianos, quizá por eso se sentían tan bien en Dortmund, Bochum o Gelsenkirchen. Rath intentó imaginar que estaba tratando con un westfaliano. Con uno de Westfalia Oriental.

—¿Puede contarnos algo sobre el Kaubuk? —preguntó. Adamek asintió, pero siguió sin decir nada—. ¿Lo ha visto alguna una vez?

Otro movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Dónde?

—En el bosque.

Rath ya se temía que esa conversación iba a poner a prueba su paciencia.

—¿Nos podría indicar el lugar con más precisión?

Adamek volvió a asentir y Rath ya iba a insistir, cuando el anciano añadió algo más.

—Por la frontera. No hace ni un año.

—¿Cuándo exactamente?

Adamek reflexionó.

—En Navidades, creo yo. En cualquier caso ya había nieve.

—¿Podría describir al hombre?

Adamek asintió.

—Iba caminando con su arco y sus flechas, como siempre. Tostado por el sol, con el pelo largo y vestido con cuero y pieles.

—Como un indio —dijo Rath, más para sí mismo que para Adamek.

—Como el mismo Kaubuk.

—¿Y está usted seguro de que era Artur Radlewski?

—No es la primera vez que veo al Kaubuk.

—¿Ya se lo ha encontrado alguna otra vez?

—Vive por ahí, uno se lo encuentra cuando pasa por el bosque. —Adamek se encogió de hombros—. Soy el único de la región que se adentra tanto allí. A la gente en general no le gusta llegar tan lejos. Hay pantanos por todas partes. Si uno no conoce bien el lugar puede ser peligroso.

¡Cuánto podía llegar a hablar ese hombre así seguido! Rath se sentía realmente orgulloso de haberlo animado a hacerlo.

—¿Y usted lo conoce bien?

La respuesta de Adamek consistió en una mirada llena de reproche o quizá

también solo de desprecio, Rath no podía descifrarlo exactamente.

—¿Nos podría llevar hasta allí? ¿Por donde se mueve Radlewski?

Ahora no había duda de que la mirada del anciano era de desconfianza.

—¿Por qué? —preguntó.

—Tenemos que hablar urgentemente con él.

—Ese no habla con nadie.

—Ya veremos. La policía tiene sus métodos...

—Tampoco lo encontrarán. No está.

—¿Cómo?

—Ha estado fuera todo el invierno.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque no salía humo de su cabaña. Durante todo el invierno.

—Entonces ¿hasta conoce usted su cabaña?

—No.

—Pero acaba de decir...

—No he visto ninguna columna de humo por encima del pantano, esto es lo que he dicho.

—Pero usted sabe que Radlewski vive en una cabaña y enciende fuego.

—Si no no podría sobrevivir al invierno. —Adamek miró a Rath como si dudara de que estuviera en sus cabales.

—Y el invierno pasado no estaba allí.

—Ya se lo he dicho.

Rath cada vez tenía más la sensación de que el viejo Adamek le debía considerar un parlanchín.

—¿Podría llevarnos hasta allí? ¿Hasta la cabaña?

—No hasta allí. Pero sí a los alrededores.

—Bien —dijo Rath—. Entonces llévenos hasta los alrededores. El resto ya lo haremos nosotros solos.

—No se lo aconsejo, es una zona muy peligrosa. Con muchos pantanos. No le

aconsejaría a nadie que fuera allí. —Se encogió de hombros—. Además, ¿qué quiere hacer? No lo va a encontrar, no está.

—A lo mejor ha regresado.

—Esta mañana, en cualquier caso, todavía no había vuelto.

—¿Estuvo usted por la zona?

—¿De dónde cree usted que acabo de venir?

—¿Y de qué deduce usted que sigue estando fuera? En julio no se enciende ninguna chimenea.

Adamek se encogió de hombros.

—Tengo esa sensación.

—¿Cómo?

—Lo noto, noto si estoy solo en el bosque o si hay alguien más por ahí. No puedo explicarlo.

Rath arrojó la toalla.

—Ha pasado bastante tiempo desde que vio a Artur Radlewski por última vez —dijo—. ¿Cree que todavía podría describirlo?

—Ya lo he hecho: el pelo largo, la piel muy tostada, cuero y pieles....

—Me refiero a la cara. Qué aspecto tendría si se hubiera cortado el pelo y llevara traje.

Adamek lo miró de nuevo como si Rath no estuviese en sus cabales.

—Lo que usted diga —respondió—. Pero yo no creo que el Kaubuk se vaya a cortar nunca el pelo.

La Oficina de Correos era el edificio más grande de la plaza del mercado de Treuburg, en diagonal frente a la columna de anuncios en la que volvían a colgar carteles comunistas como si nadie los hubiese arrancado nunca. Rath no tuvo que esperar mucho a que le asignaran una cabina. Naturalmente, Grigat le había ofrecido un lugar de trabajo y un teléfono en la prefectura, pero prefería pagar un par de monedas por una conferencia. Acababa de librarse de Kowalski, no necesitaba la compañía del sargento ni su curiosidad.

Había enviado a casa de su tío al asistente, demasiado diligente, que ardía ya en deseos por salir en el acto a buscar al Kaubuk.

—Ocúpese en primer lugar de su dolor de cabeza, acuéstese. A lo mejor tiene una conmoción cerebral, descansar un poco no le hará ningún daño.

—Seguro que el aire fresco del bosque también me sienta bien.

—¿Qué vamos a hacer ahí en el bosque? Si Artur Radlewski realmente está detrás de los asesinatos, ahora se encontrará, recién peinado y afeitado, en algún lugar de Berlín y seguro que no aquí, en su cabaña en medio de la naturaleza salvaje.

—Ya ha acabado su trabajo, ¿por qué no iba a volver?

—El viejo Adamek no cree que esté aquí, y esta mañana anduvo por el bosque. Y todavía no sabemos si Radlewski ha terminado su trabajo, como usted dice.

—De todos modos, habría que echar un vistazo a su refugio.

—Ya lo haremos. Así hemos quedado con Adamek. Todo a su tiempo. Ahora

lo primero que voy a hacer es telefonar a Berlín e informar. No me olvidaré de mencionar su colaboración en este importante avance en la investigación, Kowalski. Tiene usted buen olfato.

—Bueno, bueno. —Era evidente que tanto elogio le resultaba incómodo al asistente—. En realidad fue mi tío el que pensó en Adamek.

—Entonces dé las gracias a su tío y salúdele de mi parte.

Después de que Kowalski se hubo marchado, Rath encendió un cigarrillo para pensar con calma. Cuando estaba solo era como mejor lo hacía. En realidad únicamente podía hacerlo cuando estaba solo y nadie turbaba sus pensamientos.

Había cogido los dos expedientes del asiento trasero y los había vuelto a hojear. Martha Radlewski había cumplido cuarenta y nueve años, no había vuelto a ver a su hijo desde hacía más de diez años. ¿Todavía se interesaba entonces el Kaubuk por su madre? ¿Y cómo se había enterado de su muerte y las circunstancias en que se había producido?

Al final, Rath había cerrado el archivador y se había dirigido a la Oficina de Correos, pero las ideas se le agolpaban en la cabeza incluso ahora que esperaba la conexión con Berlín. ¡La biblioteca! ¡La biblioteca del distrito! ¿Qué había dicho Rammoser de los libros de indios que Radlewski robaba y devolvía regularmente? Estaba a punto de comprender las ideas que iban adquiriendo forma en su mente, cuando anunciaron la conexión.

—¿Señor? ¡Su conferencia con Berlín!

—Muchas gracias.

Algo conectaron y la oficina de Berlín contestó. Rath pidió línea con la Alex y directamente con el aparato de Reinhold Gräf.

Hubo de esperar unos minutos a que atendieran la llamada pero la conexión era sorprendentemente buena. Demasiado buena.

—Inspección de Homicidios, comisario jefe Böhm al aparato —ladró alguien en el auricular.

Rath se quedó tan perplejo que hasta olvidó presentarse como era su costumbre.

—¿No es este el teléfono del secretario Gräf?

—¿Con quién hablo, por favor?

—Esto..., aquí Rath, el comisario Rath.

—Ah, ¡nuestro hombre en Masuria!

—Me gustaría hablar con el compañero Gräf. O con alguien de la brigada Patria.

—Si lo que tiene que comunicar es algo profesional, y eso espero de verdad, tendrá que decírmelo a mí.

—Se trata del caso Patria y yo...

—Entonces hable conmigo, yo soy quien dirige las investigaciones de este caso.

—¿Cómo?

—El consejero Gennat me ha traspasado la dirección de la brigada Patria. La del caso Bellevue ya se ha disuelto y usted había pedido refuerzos.

Rath no podía entenderlo ¡Gennat había vuelto a ponerle por delante a Böhm! ¡Precisamente a él! Si esto formaba parte del castigo por el atentado del tintero contra Dettmann habría preferido, maldita sea, el proceso disciplinario.

—Disculpe, señor comisario jefe, me ha cogido por sorpresa.

—La sorpresa viene causada por usted mismo, señor comisario. Si hubiera llamado antes para informar sobre su viaje oficial ya haría tiempo que estaría al corriente. De no ser por el sargento Grigat, ni siquiera sabríamos que llegó sano y salvo a Masuria.

—Con su permiso, señor comisario jefe, creí necesario informar en el momento en que se produjera algún avance en la investigación.

—¿Significa esto que ha hecho algún progreso? ¡Cuénteme entonces!

La señorita de la oficina los interrumpió.

—¿Usuario? Su conversación concluirá en treinta segundos. Si quiere seguir, deposite por favor una moneda de diez peniques.

Rath sujetó el auricular con el hombro y rebuscó monedas en la cartera.

Maldijo para sus adentros. Ahora iba a echar la casa por la ventana también por Böhm.

—¿Está en un teléfono público? —se dejó oír de nuevo la voz de Böhm.

—Sí, señor comisario jefe. —Rath por fin encontró un par de monedas y las echó por la ranura.

—¿No ha puesto el sargento Grigat ninguna habitación de trabajo a su disposición?

—Sí. Pero estoy fuera. ¿Quiere escuchar la historia o no?

Sabía que había sonado más insolente de lo que permitía la etiqueta, pero en el fondo le importaba un rábano. Böhm estaba muy lejos. ¡Que le dieran!

Pero el comisario jefe mantuvo la calma.

—Cuénteme —se limitó a decir.

Y Rath explicó, lo más brevemente posible, todo lo que había averiguado sobre Lamkau y sus amigos muertos y quizá también compañeros de broncas de la destilería ilegal, sobre su pasado y las posibles causas de su fallecimiento. Y qué teoría consideraba la más verosímil.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —ladró Böhm. El Bulldog se había olvidado de tener preparado un bloc de notas.

—Radlewski, Artur Radlewski.

—¿Domiciliado en?

—No tiene domicilio fijo.

—¿Un vagabundo?

—Más bien un duende del bosque. Un indio. Aquí lo llaman el Kaubuk.

—¿Indio? ¿Qué quiere decir con esto?

—Según parece, Radlewski vive efectivamente como un indio aquí, en los bosques. Ha leído todos los libros sobre indios que pueden conseguirse en Alemania.

—Hum... —Böhm parecía pensativo—. ¿Es concebible, entonces, que también haya leído en algún sitio cómo se fabrica tubocurarina, ¿no? A fin de cuentas es un veneno indígena.

—Totalmente, señor comisario jefe.

—Se diría pues que el veneno es de producción propia. Hemos recorrido de uno en uno todos los lugares de Berlín en lo que se puede adquirir tubocurarina y en ninguno falta este producto o lo ha adquirido alguien sin autorización.

—Entonces tenemos que averiguar cómo se fabrica y qué se necesita para ello.

—¡Eso ya lo sabemos, señor comisario! Ya hace tiempo que he impartido la orden. El secretario Gräf está hablando de este tema en este mismo momento con un experto de la universidad.

—De todos modos deberíamos salir en busca de ese individuo...

—Señor comisario —lo interrumpió a gritos Böhm—, no me indique constantemente lo que tengo o no tengo que hacer.

—¿Significa esto que no va a emprender ninguna búsqueda?

—¡Claro que voy a hacerlo! ¡No tergiverse mis palabras! ¿Tiene una foto?

—Solo una descripción de una persona. —Rath leyó lo que el viejo Adamek le había dictado.

—¿Cree que hay más? —preguntó Böhm.

—Esto es todo lo que yo tengo.

—Me refiero a si hay más hombres a los que Radlewski hace responsables de la muerte de su madre.

—En el expediente de investigación no hay más sospechosos registrados.

—¿Y qué sucede con Luisenbrand? ¿Es posible que a Radlewski también se le atravesara el jefe?

—¿El director Wengler?

—¿Qué sé yo? —respondió—. U otros hombres que trabajaban en el año veinticuatro en la destilería. Que le den una lista. E indague a ver qué se rumorea sobre quién estuvo vinculado al escándalo por aquel entonces. Si sabemos dónde vive esa gente ahora, tal vez sea posible que sepamos dónde volverá a actuar el asesino la próxima vez. Y si lo sabemos, ya lo tenemos.

—A la orden, señor comisario jefe.

Rath colgó antes de verse obligado a echar más monedas. ¡Menuda mierda! ¡Ahora él estaba aquí, en una cabina de teléfono, a más de ochocientos kilómetros de distancia de Berlín y, a pesar de todo, tenía que atenerse a las órdenes del comisario jefe Böhm!

Seleccionó las monedas que le quedaban y pidió que volvieran a conectarlo con Berlín, una vez con la Carmerstrasse y otra vez en la Spenerstrasse, pero nadie contestó. Ya se lo había temido, a esas horas del día, poco antes de las doce; pero tenía que sosegar su mala conciencia, condenadamente mala, porque las dos noches que habría tenido que llamar por teléfono le había surgido algo a última hora. Mejor dicho: porque se había emborrachado con el maestro de escuela que estaba de vacaciones y no tenía nada mejor que hacer. Mejor que Charly no se enterase de ello, tendría que inventarse una excusa mínimamente aceptable.

Sí, le contaría una historia emocionante. Que se había internado en el bosque en busca de un indio masuriano. No sonaba demasiado verosímil, pero la mayoría de las veces la realidad tampoco lo era.

Al pensar en Charly, en la arruga de su frente cuando escuchaba con atención, sintió cuánto la echaba de menos. Y él ahí, en ese pueblucho en el culo del mundo, al margen de la civilización. Sí, así se lo parecía a veces, y no solo cuando hablaban de sus bosques, esos bosques que se suponía que se extendían hasta Rusia.

Poco a poco iba llegando la hora de regresar. ¡Tenía que terminar la lista de tareas de Böhm cuanto antes y procurar coger el próximo tren de vuelta para Berlín!

La biblioteca del distrito de Oletzko ocupaba dos salas de la prefectura, una más grande, en la que estaban las estanterías con los libros, y una más pequeña en la que una mujer de unos cuarenta años estaba sentada ante un escritorio. Presentaba justamente el mismo aspecto que Rath había imaginado que tendría una bibliotecaria en la aldea más apartada: llevaba gafas; su color favorito parecía ser el gris, a juzgar por la ropa; y cuando giró un poco la cabeza hacia un lado, Rath se percató de que hasta su cabello rubio oscuro, que llevaba peinado tirante hacia atrás, estaba recogido en la nuca en un moño de solterona. Su oficina no daba al lago, detrás de las ventanas solo se veían las fachadas de dos grandes edificios de viviendas de alquiler, unos bloques macizos a la orilla del lago, justo al lado de la prefectura del distrito.

Respondió a la placa de latón de la Policía Criminal de Berlín con una frenética actividad.

—Bueno, los libros... No es seguro del todo que Artur los haya cogido...

—Ya lo supongo —dijo Rath—. Y si esto la tranquiliza no tengo intención de demandar a Artur Radlewski por robo. Y tampoco me interesa saber por qué no ha denunciado usted nunca estos sucesos. Simplemente quiero saber qué es lo que ha leído últimamente.

Ella se encogió de hombros.

—Ahora... nada en absoluto. Últimamente, nada.

—¿Qué quiere decir?

—Que... Que desde hace medio año aproximadamente no... no falta ningún

libro.

—¿Desde diciembre de 1931?

La bibliotecaria asintió.

Cuadraba con la declaración del viejo Adamek.

—¿Suele suceder con frecuencia? —preguntó Rath.

—Llevo más de doce años trabajando aquí, y en este tiempo... solo ha pasado dos veces. Y las dos veces, los libros que él... que entretanto faltaban, estaban de vuelta.

—Así que no le preocupó que le hubiese ocurrido algo.

Negó cándidamente con la cabeza y se puso roja cuando se dio cuenta de lo traicionero que era ese gesto.

—Y últimamente... me refiero a que en diciembre pasado también lo devolvió todo.

Asintió.

—Me ha sido usted de gran ayuda, señorita Cofalka. —Rath sonrió y le tendió su tarjeta—. Estoy en el Salzburger Hof. Infórmeme por favor si vuelven a faltar libros. En el acto. Si el señor Radlewski está por aquí, tengo que saberlo.

Ella cogió la tarjeta y volvió a asentir.

—No ha hecho nada malo, señor comisario, créame. Artur es una buena persona.

—Lo conoce, ¿verdad?

Ella bajó la cabeza avergonzada, como si él hubiera descubierto su más íntimo secreto.

—Sí —respondió—. De cuando éramos niños. Íbamos a la misma escuela, en Wielitzken.

—Con el viejo maestro Rammoser...

—Exacto. —Lo miró sorprendida, obviamente asombrada de que un comisario de Berlín conociera al anciano Rammoser.

—Tengo que pedirle otro favor, señorita Cofalka. ¿Podría mostrarme qué libros le interesaban a Radlewski?

La bibliotecaria sonrió por primera vez desde que Rath le había enseñado su placa y él lo tomó como una buena señal.

—No es difícil —dijo—, están todos en una estantería.

Rath echó un breve vistazo. Dos docenas aproximadamente de libros, todos en torno a los indios y su cultura. En la estantería, para su sorpresa, había más ensayos que novelas de aventuras. También le impresionó la cantidad de títulos sobre este tema que había en la biblioteca del distrito de Oletzko, pero no preguntó nada para no poner a la bibliotecaria en una situación embarazosa, la pregunta se respondía de este modo: la mujer tenía, sin lugar a dudas, una debilidad por Artur Radlewski, a lo mejor el hombre de los bosques había sido el gran amor no correspondido de su época escolar, sí, de su vida, y no resultaba difícil imaginarse que cuando adquiría nuevos libros, pensara con frecuencia en él. Los títulos en sí no informaban sobre si detrás de las cubiertas se escondía la receta del veneno indio. Habría que echarles una ojeada.

—Quisiera pedirlos prestados —dijo Rath, señalando la estantería.

—¿Todos?

—Todos.

—Entonces tendré que hacerle un carnet de la biblioteca —dijo, rebuscando en un fichero, pero Rath colocó sus credenciales sobre la mesa.

—Creo que con este carnet bastará —señaló.

Ella dudó un minuto pero luego lo ayudó a colocar los libros en una caja. Era bastante pesada: los pensamientos plasmados en el papel pesaban más que en la mente.

Rath cogió la caja de libros y ya se iba a marchar de la biblioteca cuando, justo al lado de la puerta de entrada, llamó su atención una mesa sobre la que se encontraba la edición actual del *Treuburger Zeitung* sujetado con una larga y delgada cadena para evitar que se lo llevaran.

—¿Siempre está ahí? —preguntó, señalando con la barbilla la portada.

—No es de préstamo, pero puede leerlo si lo desea.

—Pero ¿el periódico también está por la noche sobre la mesa?

—Sí. Cada mañana pongo el del día y quito el antiguo.

—Así que es posible que Artur Radlewski lea también el periódico en sus visitas nocturnas.

Ella se encogió de hombros y sonrió.

—Sería capaz.

—¿Se acuerda de cuándo, aproximadamente, devolvió Artur los libros en diciembre?

La bibliotecaria tenía incluso la fecha exacta.

Kowalski se sorprendió al ver a Rath delante de la puerta, y no solo por la caja de libros que llevaba en la mano.

—No había contado con verlo tan pronto, señor comisario.

—¿Qué tal la cabeza?

—Mejor.

—¿Nada de conmoción cerebral?

—Eso parece, he vuelto a tener suerte.

—Bien —dijo Rath—. Tengo otra tarea para usted.

Kowalski lo miró expectante.

—Vaya usted otra vez a las oficinas del periódico. Y mírese el ejemplar del 9 de diciembre de 1931, para mayor seguridad también los del día anterior y posterior. Mire si había algo ahí que haya podido llevar al Kaubuk a abandonar el bosque.

Como si hubiese mordido un limón, Kowalski contrajo el rostro decepcionado.

—Y luego —prosiguió Rath—, tendrá que poner de nuevo a prueba sus conocimientos sobre la región y sus gentes. Berlín quiere saber si es posible que haya más personas involucradas en el escándalo de la destilería ilegal del año veinticuatro. Gente que no conste ni en el expediente de investigación ni en el

periódico. Entérese de qué dice la fábrica de rumores de Treuburg respecto a este tema.

—¿Cree que el Kaubuk todavía no ha acabado con su venganza?

Rath se encogió de hombros.

—Yo no creo nada. El comisario jefe Böhm de Berlín quiere que nos informemos, así que hagámoslo. Böhm es quien dirige la investigación.

Kowalski asintió solícito.

—Y cuando haya terminado —dijo Rath, pasándole la caja de cartón—, mírese esta noche los libros. La lectura ideal para antes de dormir.

—¿Qué es esto?

—Los libros que ha leído Radlewski. Me gustaría saber si en alguno de ellos hay indicaciones sobre cómo fabricar el veneno.

Kowalski asintió, metió la caja en la casa y poco después volvió con el sombrero en la mano. Rath dejó al asistente delante del edificio del periódico y siguió su camino a Luisenhöhe. Lamentablemente, el señor director Wengler no estaba en casa, le comunicó el criado de librea con un pesar mal interpretado. Fischer, el secretario particular, tampoco estaba allí. Y el criado tampoco podía decirle dónde se encontraban los señores. O no quería decírselo.

El comisario lo intentó en la destilería. La secretaria del despacho del jefe ejecutivo parecía como si se hubiera dado ella misma la tarde libre.

—Lamentablemente, el señor Assmann no está en casa —dijo.

—¿El señor Assmann? ¿No vive en la Lindenalle?

Ella arqueó las cejas.

—Sí —respondió—, pero allí tampoco lo encontrará. El señor Assmann está en viaje de negocios. En Danzig y Berlín.

—¿Y cuándo regresa?

Con un ademán de desconocimiento, miró el calendario.

—Aquí está: permanecerá en Berlín hasta nuevo aviso.

—Hasta nuevo aviso... ¿Qué está haciendo en Berlín?

—No lo sé exactamente. Pero puedo escribirle el nombre del hotel en el que

está hospedado.

—No es necesario. Solo necesito una lista. Una lista de todos los empleados que en la primavera de 1924 trabajaban en la destilería.

—Creo —dijo la secretaria— que debería llamar al señor Assmann.

—Hágalo —dijo Rath—. Haga todo lo que sea preciso. Necesito la lista para hoy por la tarde. Digamos que para eso de las cinco. —Le sonrió—. Si no estuviera preparada me vería obligado, por desgracia, a volver una tercera vez. Pero entonces con una orden de registro.

La secretaria lo miró horrorizada y en ese mismo instante colocó el dedo índice en el dial.

En cierto modo, Rath se alegraba de haberle amargado la tarde.

—Conferencia con Berlín, por favor —le oyó decir cuando dejó el despacho—, Südring siete cuatro cero tres.

Rath se sorprendió, un número en Tempelhof. Se detuvo en el pasillo, a la escucha. La secretaria pidió el número de una habitación. El jefe ejecutivo estaba, por lo visto, en un hotel en Tempelhof. Ahí donde también la compañía Lamkau tenía su sede.

—Señor Assmann —decía la secretaria y se notaba que se sentía incómoda importunando al director por un motivo así—, perdone que le moleste, pero un tal comisario Rath de Berlín está en nuestro despacho...

El café era uno de esos locales de mala reputación en los que Charly nunca habría entrado de no ir acompañada. Ni siquiera tenía nombre, en cualquier caso no tenía ninguno que estuviera sobre la puerta como rótulo publicitario o en una de las dos vitrinas llenas de porquería. No estaba lejos de la Potsdamer Platz y sin embargo era otro mundo. Mohamed Husen le sujetó la puerta y le abrió paso entre la gente que bebía, fumaba y charlaba. Aunque la mayoría de los presentes había levantado la vista cuando ellos entraban, Charly tenía la impresión de que allí a nadie le escandalizaba que una mujer blanca estuviera acompañada de un hombre negro.

Tal vez esa fuera una de las razones por las que Husen había propuesto ese sitio. Ese día al mediodía había vuelto a la galería a fumar, en esta ocasión vestido como el morito de los chocolates Sarotti. Charly compadecía al pobre hombre, pero a Mohamed Husen no parecía importarle tener que ir cambiándose constantemente de disfraz, incluso parecía alegrarse de ello, en cualquier caso se lo tomaba con humor.

—En el Café Turco ha fallado un compañero —había explicado— y en el Oriente los negros todavía son más importantes que en el Salvaje Oeste.

Ahora llevaba un atuendo europeo normal, un traje gris y un elegante sombrero hongo que colgó en la percha del guardarropa. Condujo a Charly a una mesa del fondo junto a un lateral donde podían conversar más tranquilamente. Se sentaron, pidieron un café y sacaron los paquetes de cigarrillos.

—Sé que este no es el mejor lugar a donde llevar a una dama —dijo,

ofreciéndole un Muratti—. Pero el café es mejor que en la Casa Patria. Y la gente de aquí no chismorrea al vernos juntos.

—A mí también me va bien que los compañeros de trabajo no se monten ninguna estúpida historia —dijo Charly, enseñándole el anillo—, estoy prometida.

Husen rio.

—Yo incluso estoy casado. Pero tiene usted razón: eso no evita que a la gente se le desboque la fantasía precisamente cuando se trata de compañeros de trabajo.

Ahí se fumaba mucho y en todas las mesas parecían hacerse negocios de mayor o menor envergadura. Sobre si todos eran legales, Charly no habría puesto la mano en el fuego. Pero Husen tenía razón: ahí nadie los miraba con el rabillo del ojo ni con animadversión.

—¿Qué tal se está adaptando?

—Me temo que no estoy hecha para el trabajo de cocina.

Él la miró.

—Aguante todavía un poco más, luego puede ascender al puesto de camarera. También se gana más. Y hay propinas.

—Todavía no he trabajado nunca de camarera.

—Eso se aprende rápido. Yo mantendré las orejas bien abiertas. Si me entero de algún sitio donde estén buscando personal, se lo diré. A lo mejor tiene suerte y no ha de disfrazarse.

«Qué perspectivas de promoción», pensó Charly, pero se alegró de que Husen se preocupara tanto.

—Gracias —le dijo—. Es usted muy amable.

El camarero llegó con sus cafés.

—Mire —dijo Husen, cuando el hombre se hubo marchado—. Trabajar de camarero es muy sencillo. Basta con colocar tazas y platos y servir. Y saber contar un poco y recordar las mesas adecuadas.

—Ya veremos —respondió Charly—. En realidad yo estoy formada como

taquígrafa. Pero hoy en día hay que aceptar lo que llega. —Bebió un sorbo de café—. Hace poco me contó que conoce usted al comprador de licores...

—¿El jefe Nariz Roja?

Charly asintió.

—¿No necesita a nadie en la oficina? Seguro que tendrá más correspondencia que un jefe de cocina.

—Es probable. Y precisamente por eso ya tiene una mecanógrafa. Por desgracia, llega usted demasiado tarde.

—Pero a lo mejor podría usted recomendarme si el puesto se quedase libre.

Husen dio una calada.

—Sabe, desafortunadamente tampoco conozco tan bien a ese hombre. Solo sé que le gusta venirse al bar a tomarse una copa y que... ¡joder!

Se interrumpió en medio de la frase y se escondió detrás de la carta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Charly.

—Hablando del rey de Roma... —Husen respondió tan bajo que Charly apenas podía oírlo.

—Riedel está aquí.

—¿Quién?

—El jefe Nariz Roja —oyó susurrar detrás de la carta—. Acaba de entrar en el local. Y me habría jugado la vida por que un tipo así jamás se asomaría a un barucho como este.

—No tendrá nada en contra de que dos compañeros tomen juntos un café después del trabajo.

—Si nos ve juntos, en la Casa Patria correrán precisamente los rumores que queremos evitar.

—¿Y?

—He de conservar mi puesto allí. Y usted tampoco querrá perder ya el suyo, ¿no?

—¿Y qué hacemos?

—Nos vamos. Pero separados. Primero usted, luego yo. A usted todavía no la

conoce. ¿O ha estado últimamente Riedel en la cocina?

—¿Por qué iba a estarlo?

—También pide para Unger las bebidas espirituosas. Ese deambula por todos sitios donde Kempinski necesita licores.

—Nunca lo he visto arriba, entre nosotros.

—Bien. Entonces pase discretamente por su lado. Nos vemos fuera.

Charly asintió. Apagó su cigarrillo y se levantó. No quería ser responsable de que Mohamed Husen perdiera el puesto de trabajo por su culpa.

Sabía de Alfons Riedel por la descripción que Gereon había hecho de él, pero lo reconoció de inmediato: la nariz roja y una ropa demasiado anticuada para un local de ese tipo enseguida llamaban la atención. En ese momento estaba colgando el sombrero y el abrigo en el guardarropa, justo al lado del sombrero hongo de Husen, y no le dedicó más que una mirada furtiva cuando ella recogió su abrigo. Charly ya estaba delante de la puerta cuando reconoció un rostro a través de la gran ventana. Directa, como si esa hubiera sido siempre su intención, dejó la puerta de salida a la izquierda y se metió rápidamente en la cabina de teléfono que se hallaba junto a la pared y que, por fortuna, estaba vacía.

De lo contrario habría dado de bruces con él. De frente.

Se situó de espaldas al local, pero en el reflejo del cristal pudo observar cómo entraba en el bar después de haber mirado estando fuera a derecha y a izquierda de la puerta, como si ese fuera un lugar de muy dudosa reputación. Lo que probablemente era.

Ahí estaba, en el bar, buscando con la mirada a su alrededor.

Manfred Unger, su actual jefe y el objeto de su misión secreta en la Casa Patria.

Cogió el auricular de la horquilla y fingió hablar por teléfono. Pero no rebuscaba monedas en el bolso, sino el espejito de maquillaje, que abrió. En cuanto descubrió a Riedel, Unger fue directo a su mesa. Ambos se conocían, Gereon había tenido razón. Y a juzgar por la forma de conversar, animada y jocosa, se conocían bien.

Charly se quedó en la cabina y vio cómo Husen cogía su sombrero de la percha, saludaba con una inclinación de cabeza a Riedel, que no se percató de él, y se dirigía a la salida. En la puerta, dos hombres pasaron junto al askari y se adentraron en la sala llena de humo. Charly no hubiera prestado la menor atención a esos dos, que al principio se quedaron quietos cerca de la puerta, dándole la espalda; sin embargo, uno de ellos señaló con un gesto de la barbilla apenas perceptible la mesa a la que estaban sentados Unger y Riedel. Por el espejito de bolsillo observó cómo los dos hombres se sentaban a la mesa de los presuntos chantajistas. Le habría gustado escuchar lo que estaban diciendo, pero, claro, no podía sentarse con toda naturalidad en la mesa de al lado.

¿Y si en efecto presenciaba una entrega de dinero? Los dos recién llegados habían dejado los sombreros sobre la mesa y Charly esperaba que uno de ellos colocase discretamente un sobre bajo el sombrero y lo arrastrase por la superficie de la mesa. ¿O acaso eran cómplices? ¿Se relacionaba ese asunto de los chantajes en la Casa Patria con una *Ringverein*, una de esas organizaciones criminales?

Ambas suposiciones eran erróneas. Que esos hombres no habían llegado para pagar algo, Charly lo supo en el momento en que pudo verles las caras. Uno no se veía robusto, más bien larguirucho y flaco, pero los dos tenían una mirada que cortaba de raíz cualquier réplica. Esa gente no se dejaba chantajear.

Unger y Riedel no parecían haberse dado cuenta todavía de ello. Se produjo una pequeña discusión, sobre todo el comprador de licores se pavoneaba mucho, pero de repente Nariz Roja, como lo había bautizado Husen, se interrumpió e hinchó los carrillos, como si no lograra inhalar aire. Estaba sentado, rígido como un palo y un poco en diagonal y no se atrevía a moverse ni un solo milímetro mientras su cara iba adquiriendo paulatinamente el mismo color de la nariz. El hombre que estaba enfrente de él se había inclinado ligeramente hacia delante y seguía hablando impasible. Tenía una mano debajo de la superficie de la mesa y Charly no podía ver lo que hacía con ella, pero era evidente que era algo doloroso. De golpe y porrazo, Unger tenía prisa por marcharse y fue a

levantarse, pero el otro hombre obligó al cocinero a volver a sentarse. Los dos chantajistas casi daban pena. Riedel, que entretanto ya estaba de un color violáceo, empezó repentinamente a hacer gestos de conformidad y también Unger movía con vehemencia la cabeza. Tenían un aspecto bastante ridículo con ese asentimiento sincrónico, pero los dos desconocidos parecieron satisfechos, se calaron los sombreros y abandonaron el local tan deprisa como habían entrado.

Todo eso no había tardado ni cinco minutos en producirse. Ninguno de los demás parroquianos había observado la escena y, si alguien lo había hecho, ahí no era normal inmiscuirse en ese tipo de conversaciones.

Unger y Riedel se habían quedado en el local como dos pasmarotes. El camarero llevó a su mesa las dos cervezas y los dos aguardientes que habían pedido y Riedel, cuya cabeza seguía roja como un tomate, se tragó el licor, pero utilizando la mano izquierda, presionando la derecha contra su cuerpo como si temiera que fueran a caérsele los dedos. También Unger levantó su vaso, casi parecía como si fuera a brindar, pero se estremeció cuando Riedel le increpó.

Alguien golpeó con fuerza el cristal y Charly se sobresaltó. Un hombre con el sombrero profundamente calado golpeaba con una moneda la puerta.

—¿Qué, señorita, piensa echar raíces aquí? —preguntó con un fuerte acento—. Yo también tengo que llamar. A ver si mi parienta me hará picadillo por su culpa.

Charly colgó y abandonó la cabina que le había ofrecido tan buen escondite, se dirigió a la puerta y presionó el tirador. Antes de salir a la calle, volvió la vista de nuevo hacia los dos hombres que parecían sumamente confusos y desconcertados. Unger bebía cerveza y parecía tener la mirada perdida, aunque Charly dudó sobre si no estaba mirando precisamente en su dirección. No obstante, enseguida volvió la cabeza y salió del bar. Ahora tenía que inventarse una historia que contar a Mohamed Husen acerca de por qué le había hecho esperar tanto. En realidad, ya no tenía demasiadas preguntas que plantear al camarero africano. Y las que ahora tenía eran totalmente distintas a las de un cuarto de hora antes.

Rath reaccionó airado cuando el criado de la finca Luisenhöhe se lo quiso quitar de encima el domingo por la mañana.

—Escúcheme, buen hombre, si no quiere ser usted responsable de que la policía prusiana realice un registro de la acogedora residencia de su honorable señor Wengler, pórtese bien y dígame dónde puedo encontrar al señor director. ¡Y es para hoy!

Por lo visto, nadie había hablado nunca de tal modo a ese arrogante con librea. El hombre boqueaba.

—Un momentito, señor, voy a ver qué puedo hacer por usted.

El criado de librea desapareció detrás de una puerta. Rath estaba seguro de que no tenía ni que preguntar ni que telefonar a nadie para saber dónde estaba Gustav Wengler. Probablemente estaba contando en voz baja hasta sesenta detrás de la puerta por la que había salido.

En efecto, tardó más o menos un minuto en volver.

—Me informan de que el señor director Wengler se encuentra en la ciudad en el recinto de la fiesta —anunció el criado con una pronunciación más nasal que la de cien franceses juntos—. Pero está muy ocupado y...

—Pensaba que la fiesta del plebiscito se celebraba mañana.

—Son los preparativos. —El hombre hablaba exclusivamente por la nariz ahora—. Pero el señor director Wengler siempre...

—Lo sé: es presidente de la Oficina de Propaganda. —Rath disfrutaba interrumpiendo a ese engreído—. ¿Dónde está ese recinto?

El criado le lanzó una mirada que decía que había que ser un insecto especialmente repugnante para no saber dónde se celebraba en Treuburg la festividad.

—En el parque Hindenburg, junto al monumento a los caídos.

—¿Dónde está?

—En la carretera de Goldap, junto al lago.

Rath puso en marcha el coche y volvió a la ciudad. Esa gente cada vez lo ponía más nervioso, estaba deseando volver a Berlín y aún más cuando la noche anterior había conseguido por fin hablar por teléfono con Charly. Y eso que ambos se habían mantenido muy profesionales, en el fondo solo habían hablado del trabajo. Ella hacía progresos, su existencia de Cenicienta en la cocina central de la Casa Patria estaba produciendo los primeros logros. En efecto, por ahí corrían historias de extorsiones en torno a los señores Riedel y Unger, y ambos tenían al parecer problemas con el mundo del hampa. A lo mejor habían ido a caer con alguien que pagaba una cuota de protección y que ahora recibía por ello una contraprestación. A los recaudadores de las cuotas de protección no les gustaba que alguien los contrariase. Rath cada vez dudaba más de que la historia de los chantajes tuviera relación con la muerte de Lamkau. De todos modos se alegraba de que Charly tuviera una pista, lo que la haría ganar puntos ante Gennat y era de esperar que también ante Friederike Wieking, quien era su auténtica jefa.

Él mismo ya había realizado una parte al menos de las tareas que Böhm le había encomendado y la tarde anterior había recogido la lista del personal de la destilería. Se había terminado puntualmente, cumpliendo lo prometido, y estaba mecanografiada con tanto esmero y sin faltas de ortografía que Rath se habría llevado a la secretaria a Berlín.

El parque Hindenburg no era difícil de encontrar, ya había muchos vehículos aparcados en el acceso y flanqueando la carretera de Goldap. Rath había dejado allí el Wanderer y deambulaba por el recinto, una mezcla de pabellón deportivo y zona verde. En todos los mástiles que había a disposición ondeaban banderas

bicolores, negro y blanco, y tricolores, negro, blanco y rojo; pero en ningún lugar se veía la bandera negra, rojo y oro de la república. Por todas partes reinaba una gran actividad, junto al campo de deportes se estaba montando una carpa en cuyas paredes laterales se hacía publicidad de Luisenbrand y Treuburger Bärenfang, justo al lado había un tióvivo. Los chiringuitos de salchichas, lotería y corazones de pan de especias, incluso un puesto de tiro, se alineaban a lo largo del camino principal, una auténtica feria. Y la ubicua publicidad de los productos de la compañía Mathée daba muestra de quién pagaba todo ese asunto y quién sacaba tajada al mismo tiempo.

En el extremo del parque, el monumento a los caídos parecía una iglesia sin concluir del todo, un ábside sin altar y sin cubierta, un semicírculo de mampostería con ventanas ojivales que ofrecían una bonita vista del lago. El monumento también se había engalanado, decorado con flores y guirnaldas, y arriba, sobre la plataforma a la que conducía la escalera de mampostería, había una tribuna decorada del mismo modo sobre la cual los bomberos extendían en ese momento una pancarta. SIEMPRE LEALES A PRUSIA Y AL REICH, se leía. Y Rath no pudo combatir la impresión de que el «equipo de bomberos del distrito de Oletzko» (eso ponía en la puerta del conductor) utilizaba más el camión con sus escaleras para adornar las fiestas populares que para apagar fuegos.

En el escenario que estaban construyendo dos hombres a los pies del monumento seguramente tocaría la banda de música al día siguiente. Rath estuvo mirando las obras un rato y entonces descubrió a Gustav Wengler. Este apareció en lo alto del monumento a los caídos y observaba la actividad que se desarrollaba abajo como un comandante en jefe. Tres hombres componían su séquito, Rath ya conocía a uno de ellos. El sargento de policía Grigat, con el bigote peinado y el uniforme planchado, estaba allí con las manos cruzadas a la espalda, mirando con aires de importancia por debajo del chacó. Los otros dos llevaban un *stresemann*, un traje semiformal, y sombrero de copa, y ya desde lejos presentaban un aspecto solemne y ceremonioso.

Subió los escalones. Wengler abrió los brazos cuando lo reconoció, como si

saludara a un viejo amigo.

—¡Ah! ¡Nuestro visitante de Berlín!

—No es nada fácil dar con usted, señor Wengler.

—Lo mismo cuenta el sargento Grigat de usted. —Wengler señaló a sus acompañantes—. Les presento: Wachsmann, el jefe de distrito, y Maeckelburg, el alcalde. El comisario Rath de Berlín. —Este estrechó a todos la mano, también a Grigat. Un apretón tras otro, como si todos se encontrasen en una recepción oficial, y así se sentía un poco con todos esos notables allí reunidos.

—Será una gran fiesta —comentó Rath.

—¿A que sí? —El jefe del distrito miraba con orgullo—. No hay nadie en el distrito de Masuria que celebre tanto como nosotros la adhesión a la patria.

—¿Me permiten que secuestre por unos instantes al señor Wengler?

—Precisamente estábamos repasando el orden de la ceremonia de mañana, señor comisario.

—¡No hay problema, Gustav! —El jefe del distrito dio unos joviales golpecitos a Wengler en el hombro—. Ya casi hemos terminado. Tú pronuncias el discurso principal y yo doy antes un breve saludo. La asociación de música toca para crear ambiente. Y luego el concierto en la plaza, como siempre.

—Bien, si todo está claro —dijo Rath—, es realmente urgente. —Miró alrededor de Wengler—. Tal vez conozca por aquí un lugar en el que podamos hablar sin que nos moleste nadie, señor director.

—¿Qué le parece en el parque? —El fabricante de licores señaló la zona verde—. Podemos dar un pequeño paseo, si le parece bien.

Rath asintió y se pusieron en marcha. Por un momento, Rath temió que Erich Grigat se viera llamado a acompañarlos, pero como nadie lo invitó expresamente, el sargento permaneció junto con los notables.

—¿Qué es tan urgente? —preguntó Gustav Wengler cuando ya nadie podía oírlos.

—Nuevos avances —respondió Rath encendiendo un Overstolz— en nuestro asesinato. —Ofreció un cigarrillo al fabricante pero este declinó.

—Ya he oído que ha pedido una lista de los empleados de la destilería. Del año 1924.

—Sí. Tenía usted razón, la pista conduce hacia el pasado. —Rath se quedó quieto y miró a Wengler—. ¿Qué le dice el nombre de Radlewski, señor Wengler?

—Ha visitado usted al viejo Naujoks, ¿cierto? Grigat ha mencionado algo al respecto.

—No me refiero a Martha Radlewski, hablo de su hijo.

Wengler lo miró sorprendido.

—Podría ser que Artur Radlewski estuviera vengando la muerte de su madre y que sus antiguos empleados...

—¿Cómo, vengando? ¿Vengándose de qué? La mujer se mató de tanto beber alcohol. Era una borracha a la que todos conocían en la ciudad.

—A lo mejor su hijo piensa de otra manera. A lo mejor cree que el destilado ilegal mató a su madre.

—Si realmente pensara eso... —Wengler miró a Rath a los ojos. Tenía una mirada dura, que uno instintivamente quería evitar—, ¿por qué hasta ahora no ha salido de sus bosques?

—Son preguntas que todavía están sin responder. Pero Radlewski tendría un motivo, es posible que conozca el veneno utilizado en los asesinatos y no dispone de coartada, que sepamos.

—Alguien que vive solo en el bosque como un salvaje no la tiene nunca.

—Lo digo en serio, señor Wengler. Radlewski hace casi nueve meses que no está en la región. Podría haber cometido los asesinatos en el Oeste. —Rath dio una profunda calada al Overstolz—. Tenemos que saber si es posible que otros empleados de la Luisenbrennerei estuvieran también involucrados en la destilería ilegal.

—¡Ah, para eso es la lista! —Wengler se echó a reír—. Señor comisario, el proceso se suspendió entonces, ya tiene los expedientes, ¿no es así? No se sabe

con certeza de dónde procedía ese matarratas ilegal ni tampoco quién lo vendía como si fuera de Luisenbrand.

—Para el tribunal no; pero no depende de lo que piense el tribunal, depende de lo que piensa Artur Radlewski. Señor Wengler, los compañeros de Berlín temen que la campaña de venganza de Radlewski, si es que la hay, posiblemente no haya terminado. Y yo también lo temo. —Rath miró a Wengler a los ojos—. Desearía pedirle que eche una ojeada a la lista de trabajadores de su empresa. A lo mejor se le ocurre alguna idea al ver uno u otro nombre.

Gustav Wengler se había puesto serio de repente. Se quedó quieto.

—¿Tendría un cigarrillo?

Rath abrió la pitillera y Wengler se sirvió. Inhaló con fruición cuando la llama del encendedor tocó el tabaco. El director fumó unos minutos, meditabundo.

—Señor comisario —dijo al final—, no sé si es importante porque penalmente no fue entonces relevante y los periódicos tampoco publicaron nada, pero... mi hermano...

—¿Qué ocurre con su hermano?

—Siegbert era policía aquí en el pueblo. Él... en fin, ¿cómo decirlo? —Wengler movió la cabeza, no parecía que le agradase ese recuerdo—. En esa época sospecharon que estaba compinchado con los destiladores clandestinos, que les había advertido al menos que iban a desarticular la banda.

—¿Cómo?

—No hay nada de cierto en ello, claro. —Wengler lanzó a Rath una de sus duras miradas—. Por ahí en el bosque de Markowsken se descubrió una guarida de destiladores clandestinos y cuando llegó la policía no había nadie a quien detener.

—¿Culparon a su hermano por eso?

—Por supuesto no había nadie más ahí. —Wengler se encogió de hombros—. Me habría sorprendido que hubiesen encontrado a alguien en una operación de este tipo. Los uniformes de policía en el bosque son más o menos tan llamativos...

—Como un indio en la capital.

—Algo así. —Wengler consiguió sonreír—. En cualquier caso... Siegbert prefirió que lo trasladasen. No es fácil salir bien librado de los rumores, a veces es mejor empezar desde cero.

—No hace falta que lo diga. —Rath asintió—. ¿Y dónde empezó su hermano desde cero? ¡A lo mejor está en peligro! Deberíamos avisarlo.

—En una ciudad que usted conoce, señor comisario. —El fabricante de licores sonrió—. Me hermano trabaja desde hace casi ocho años en Berlín. Es policía de tráfico.

En el hueco que hay debajo de la tabla, entre el dormitorio y el salón, allí has escondido todas las cosas que necesitas, por si acaso la policía te hace una visita. Cada día metes allí la mano, sacas los tubitos de curare, la solución de Veronal y las inyecciones, cada día vas a la estación y esperas a que surja la oportunidad. A quedarte a solas con él. Con un momentito te bastaría.

Contemplas el pañuelo rojo que estás doblando y que colocas con las otras cosas, y con el rojo vuelve el recuerdo.

Un pañuelo rojo en la barandilla del puente, delante del molino municipal, apenas llama la atención en medio de todos los colores con que hoy se ha vestido la ciudad. En todos los accesos a la plaza del mercado han montado arcos triunfales con ramas de abeto, envueltos con cintas negras, blancas y rojas. ¡ESTA TIERRA SIGUE SIENDO ALEMANA!, lees. En el siguiente hay un lema similar: ¡ESTA TIERRA ES NUESTRA Y SEGUIRÁ SIENDO NUESTRA! En ningún lugar se ven consignas polacas. Hace pocos minutos que has salido del colegio electoral y bajas por la Deutsche Strasse cuando ves el pañuelo rojo en el puente, ondeando ligeramente en la brisa estival. Tu corazón se acelera, tienes que ir al cobertizo, recoger la bicicleta. Si te das prisa y pedaleas con fuerza, podrás conseguir llegar en media hora al lago pequeño. Ahí donde siempre os encontráis.

Pero no llegas al lago, ni siquiera al cobertizo. Como caídos del cielo aparecen de repente los tres de la destilería en la calle y se colocan delante de ti. Llevan brazaletes de la Oficina de Propaganda y da la impresión de que ya ahora, a esa hora tan temprana, han bebido demasiado.

—¿Adónde vas tan deprisa, polaco de mierda?

Lo pregunta el jefe, un hombre que disfruta incordiando y torturando a otras personas.

—*Jestem Prussakiem* —respondes.

No les gusta esta lengua y en absoluto que alguien se califique de prusiano. No vas a decirles cómo has votado, encima pensarían que han tenido éxito con su burda propaganda, sus amenazas y su violencia. Te creen un amigo de los polacos, al menos de eso te acusan. No sabes por qué. Tal vez porque eres de Ermland y católico. Tal vez porque en una ocasión protegiste a Marek, cuando los de la destilería lo insultaron borrachos, en el local de Pritzkus, la taberna. Tal vez por tu nombre, y sin embargo hay un montón de personas en la región sin apellidos alemanes.

Ahora se acercan más y sabes que no era necesario irritarlos, te habrían atacado de todos modos.

—Quien habla así, necesita una paliza —dice el fanfarrón.

—Ya hace tiempo que la necesita —lo secunda el más joven, un armario de hombre, un masuriano que debería saber mejor que nadie que es equivocado mezclarse con esos matones que solo presumen de nacionales para tener una excusa para romper la nariz a los demás. Pero a lo mejor quizá esa sea la tragedia de los masurianos: que quieren ser más alemanes que los alemanes.

El bajito no dice nada, pero ves en sus ojos las ganas de camorra.

No te queda otro remedio, te arremangas y rompes un barrote de la cerca que hay junto a la orilla del Lega, listo para defenderte de esos tres imbéciles.

Se van acercando lentamente, ya no puedes evitarlos más, detrás de ti no hay nada más que el río.

Le propinas un golpe al masuriano gigante con una tabla de la cerca y lo derribas, ya que es el más fuerte de los tres, pero el pequeñito es duro de roer y se tira contra tus piernas y las agarra para tirarte, y tú sabes que una vez estés en el suelo, estás perdido.

No hay manera de librarte del pequeño, ni siquiera con un golpe de la tabla y,

aunque te defiendes, pierdes al final el equilibrio y caes sobre el polvoriento suelo. El masuriano sigue sentado en la hierba y le sangra la frente, pero el jefe se ha acercado y te mira desde arriba con un desprecio infinito. Y entonces te da una patada en el estómago y te quedas sin respiración. Y el pequeño todavía está colgado de tus piernas y no puedes ponerte en pie, y el jefe coge impulso por segunda vez... en ese momento un silbido estridente desgarró el aire del verano, el silbato de la policía.

Cuando estaba ahí arriba todo el mundo escuchaba sus órdenes. Amaba esa sensación y por eso amaba también su trabajo, todavía, aunque había vivido tiempos mejores. Pero ¿y quién no en Alemania?

Hubo épocas en que todo un pueblo lo había obedecido, más tarde incluso una ciudad de provincias y ahora tan solo el cruce de dos calles. No obstante, el cruce con más tráfico de Europa, suponiendo que fuera cierto lo que les contaban a los turistas en el puesto de información de Unter den Linden.

Los tranvías llegaban por todas partes, los autobuses refunfuñaban impacientes, entremedio los coches y los taxis se deslizaban rápidamente por los huecos que encontraban y los ciclistas centelleaban en ese hervidero como mosquitos desconcertados al sol.

Cambió la posición de la palanca y en la Potsdamer Strasse, de la que todavía fluía el tráfico, todo se detuvo. Al principio de la fila un taxi, detrás el bus número cinco y junto al taxi una joven rubia en bicicleta que involuntariamente enseñaba demasiado las piernas tratando de mantener el equilibrio ante el semáforo rojo.

Y solo dependía de él cuándo ella podría seguir circulando. Ahí arriba en la torre de los semáforos se sentía el señor del universo.

Había normas, por supuesto, de cuánto tiempo aproximadamente se podía detener el tráfico en un sentido antes de volver a darle vía libre para garantizar la fluidez de la circulación, pero esas normas se podían interpretar y, además, ¿quién demonios iba a controlarlo a él? Reconocía el coche oficial del jefe de

policía y también el del subjefe, así como el Mordauto. Si los veía parados en la fila o había algún compañero que aparecía por allí, enseguida cambiaba a la luz verde, por descontado. Pero no por una rubita de buen ver con un vestido de verano y que enseñaba las piernas más de lo que quería.

Sí, Siegbert Wengler amaba su profesión. Todavía, si bien en otro tiempo le había resultado más estimulante. Pero para un hombre de su edad, una rubia con unas piernas bonitas constituía el tipo de estímulo que todavía podía permitirse en su día a día, por lo demás realmente falto de estímulos. El mayor esfuerzo diario consistía en subir la escalera que lo llevaba al interior de la torre de tráfico. Miró el reloj de bolsillo. El relevo se hacía esperar. Scholz, ¡menudo novato! ¿Había vuelto a olvidarse de la hora en la cabina del baño de la estación de Potsdam? ¿O habría perdido el tren? ¡Ya le pondría él los puntos sobre las íes! ¡No era la primera vez! Como tuviera que esperar más de diez minutos, ¡lo apuntaría como horas extra y que ese novato se lo aclarase luego al jefe de departamento!

En la Potsdamer Strasse los primeros conductores habían empezado a tocar la bocina. Lanzó una última mirada a las bonitas piernas de la ciclista antes de cambiar de posición la palanca izquierda y detener momentáneamente la circulación de la Stresemannstrasse y dar luz verde a la Potse, como llamaban a la Potsdamer Strasse. La rubia, con su ligero vestido de verano, empujó con fuerza los pedales, hasta que desapareció en el enjambre del tráfico detrás de las Torhäusern, los dos templetes que flanqueaban la calzada.

Siegbert Wengler se alegraba de concluir la jornada laboral. De estirar las piernas. A lo mejor hasta se permitía otra vez una mujer, hoy tenía ganas. Pero no en el Jette de la Potsdamer Strasse, donde habitualmente echaba un vistazo; no debía seguir sus costumbres mientras el asesino anduviera suelto. Podía permitirse con mucha frecuencia una mujer de Jette, su hermano cuidaba muy bien de él. Comer bien, beber bien y de vez en cuando una mujer, esa era su vida: más, mucho más de lo que la mayoría de hombres de cincuenta y dos años

podía permitirse en esa ciudad, más de lo que la mayoría de la gente de su edad podía esperar de la vida.

Se jubilaría pronto. A lo mejor regresaba de vuelta a su ciudad natal. Solo lo tendría peor con el tema de las mujeres, un establecimiento como el que llevaba Jette no existía en Treuberg ni posiblemente en toda Mansuria. Para eso tendría que viajar a Königsberg o incluso hasta Danzig.

Un hombre con uniforme azul y manguitos blancos cruzaba la calle. Por fin. Siegbert Wengler no distinguió el rostro debajo del sombrero, pero tenía que ser Scholz, a juzgar por la cartera de piel; solo ese novato podía llevar sus bocatas en una cartera tan enorme. Porque de hecho se necesitaba una buena cantidad de bocatas para hacer este turno. Y un termo lleno de café también. Trabajar en la torre de tráfico era agotador.

El uniforme azul había desaparecido debajo de la torre y ya se oían los pasos en la escalera. Siegbert Wengler anotó la hora del cambio de turno con los minutos exactos en el cuaderno que colgaba cogido de un cordel del pupitre de mandos, guardó las fiambreras y el termo y se colocó de pie con las piernas abiertas para dar a Scholz, ese insolente, el recibimiento merecido. Para su decepción, apareció otro rostro en la escotilla de entrada.

—¿Quién es usted? —preguntó Wengler con el mismo tono de voz con el que realmente había querido dirigirse a Scholz.

El hombre de uniforme dejó la cartera en el suelo, se enderezó e hizo el saludo militar.

—Con su permiso, informo: el sustituto. ¡Sustituyo al agente Scholz!

—¿Sustituto? No me han avisado.

—El agente Scholz pide disculpas. Se ha puesto enfermo de repente.

Siegbert Wengler movió la cabeza. Además, ese Scholz era un farsante.

—¡Esto no es excusa para su retraso, agente!

—Claro que no, sargento. Le pido disculpas.

—¿Conoce usted la instalación?

—Por supuesto, sargento.

Wengler se inclinó sobre la libreta del cambio de turnos para tachar el nombre de Scholz, que acababa de escribir, y reemplazarlo por el del joven que lo sustituía.

—¿Nombre? ¿Departamento? —ladró.

A sus espaldas reinaba el silencio y en ese momento Siegbert Wengler tomó conciencia de lo que le había desconcertado de su nuevo compañero. La cartera. La cartera que el hombre acababa de depositar en el suelo era justo la del agente Scholz, su inconfundible y enorme cartera de piel. Y mientras todavía se preguntaba qué significaría eso, lo agarraron por detrás y sintió un pinchazo en el cuello.

Quiso defenderse pero lo tenían firmemente sujeto y, cuando se soltó, sus piernas ya no lo sostenían. Se desplomó, como si algo hubiera aspirado todas las fuerzas de su cuerpo, casi no podía moverse, casi ningún músculo lo obedecía.

El hombre de uniforme abrió la gran cartera, era realmente la de Scholz, y sacó un pañuelo rojo del interior.

—¿Me reconoces? —preguntó, mientras desplegab el pañuelo y se lo colocaba por encima de la nariz y la boca.

Siegbert Wengler quería desprenderse del pañuelo, pero no podía moverse; paralizado, tenía que soportar todo lo que le sucedía. No podía ni siquiera hablar, la lengua era como un objeto extraño en su boca, como una bayeta mojada.

—Deberías reconocerme —dijo el hombre, del que sabía que no era su relevo —, porque mi cara es lo último que verás en este mundo.

Wengler miró el rostro, pero aunque se esforzaba por reconocer a alguien en él, no lo conseguía.

El rostro desapareció y cuando volvió a aparecer el hombre sostenía una gran botella de agua en la mano que debía de haber sacado de la cartera. Siegbert Wengler notó que empezaba a temblar, así que sus músculos todavía podían funcionar de ese modo.

Y entonces el agua fluyó. Primero solo notó cómo el trapo se humedecía y se empapaba, pero luego empezó a penetrar, el agua penetraba por el tejido a su

boca y su nariz, sintió que se extendía por todas partes, que se introducía en la faringe, y seguía, cada vez más y más profundamente. Se quedó sin aire, el agua estaba por doquier y él estaba ahí tieso como un palo y no podía defenderse, no le obedecía ningún músculo. Solo parecían funcionarle todavía aquellos a los que no podía dictar órdenes. Su corazón palpitaba más deprisa, en su cuello actuaban reflejos que todavía lo empeoraban todo, se atragantaba, quería vomitar, quería escupir el agua y no podía, pensaba que se estaba ahogando, no, no lo pensaba, se estaba ahogando de verdad, ahora, en ese momento, sabía que todo su cuerpo temblaba desafiando la muerte, solo iba a vivir unos pocos segundos más y ni siquiera sabía por qué moría.

Entonces le quitaron el paño empapado y por fin volvió a inspirar aire, aunque tenía la sensación de estar ya muerto.

Aire, aire, aire, no podía pensar en nada más.

—Así se sintió ella también —dijo el hombre— y yo no pude salvarla. Quiero que sepas cómo murió.

Wengler miró el paño oscuro de humedad, chorreante de agua.

—¿Ahora te acuerdas? —preguntó su torturador, y volvió a colocarle el paño mojado y frío sobre la boca y la nariz—. Deberías acordarte, me encerraste. Entonces en Marggrabowa.

Siegbert Wengler sintió la fría humedad del paño mojado sobre su piel y vio cómo el hombre levantaba la botella, y solo de pensar en el agua el miedo a la muerte se le metió en todos los rincones de su cuerpo. Si hubiera podido gritar, habría gritado, habría gritado con todas sus fuerzas llevado por el pánico, pero no podía, así que solo gritó en su mente, de forma estridente, fuerte, como una sirena de alarma.

Vio los ojos del hombre bajo el sombrero y vio cómo se inclinaba la botella. Y luego, poco antes de que el agua llegara al paño y lo ahogara por segunda vez, despertó el recuerdo. Y Siegbert Wengler supo por fin la razón por la que había de morir.

Apenas media hora más. Nunca en su vida se había alegrado tanto de terminar su jornada de trabajo como en ese momento. Charly estaba impaciente por marcharse de una vez de la Casa Patria. Habría preferido cualquier otra aburrida tarea de oficina en el Castillo antes que trabajar ahí. ¿Por qué había cedido? «Solo un par de horitas extra...» Le habían amargado todo el día, todo el fin de semana. Había esperado poder hurgar el domingo entre los papeles de Unger sin que la molestasen, pero se había equivocado del todo.

Los domingos en Casa Austria eran la locura, había más ajetreo que cualquier otro de los días que había trabajado allí.

Al menos ese día no tenía que limpiar verduras ni pelar ni cortar nada, no: la habían puesto a lavar porque había fallado de repente un lavaplatos y no habían podido encontrar un sustituto tan deprisa. Charly ignoraba por qué la elección había recaído en ella; quizá se hacía demasiado la tonta cortando cebollas o en todas las demás tareas. No podía afirmar si era más hábil lavando, pero al menos no se le había caído nada al suelo por el momento.

Había observado a Manfred Unger con atención, pero no había notado nada distinto. Ni que un par de tipos cuadrados lo habían intimidado ni que había estado merodeando por un local sospechoso ni mucho menos que su nueva ayudante en la cocina y en la oficina había estado en ese mismo local. A ella la había tratado como siempre: amable en comparación con los demás. Lo que significaba que se quejaba menos de ella que del resto del equipo. Todavía no le había dirigido ni una sola palabra aunque ella tenía la desagradable sensación de

estar, a través del gran ventanal, constantemente en su punto de mira: cada vez que se volvía él la estaba observando.

Puede que fregar los platos no provocara tanta lágrima como cortar cebollas, pero no significaba un ascenso en la jerarquía de la cocina. Y tampoco era una tarea menos frenética. Pese a que había una máquina lavavajillas, Charly tenía un montón de cosas que hacer. La máquina era como un lobo hambriento y quería que la alimentasen con platos sucios. Y había que tener cuidado con que todo lo que salía del lavavajillas estuviera realmente limpio. Lo que, claro está, nunca sucedía, de modo que había que lavar al menos la mitad de los trastos. Fuera como fuese, tenía el delantal completamente mojado, en algunos lugares el agua entraba en contacto con la piel y allí la ropa, ahora fría, se pegaba al cuerpo.

Había prometido a Greta que saldrían de excursión al Wannsee, sin hombres, una tarde meramente de mujeres. Después de la llamada del día anterior de Gereon, que había transcurrido de forma extrañamente profesional, más como la llamada de un superior que la de un prometido, lo necesitaba: tenderse al sol de la tarde, enfrascarse en la lectura de una novela policiaca e irse a nadar de vez en cuando si hacía demasiado calor. Y, naturalmente, deshacerse de pelmazos, una disciplina en la que Greta había adquirido auténtica maestría. Cuanto más intensamente se pavoneaban esos gallos, más furiosa se ponía la amiga de Charly.

Volvió a sentirse observada y miró a la izquierda, pero esta vez no sorprendió a Unger observándola, el despacho estaba vacío. De ahí que todavía se sobresaltase más cuando oyó su voz muy cerca, pero al otro lado, ahí donde la cinta corredera suministraba platos sucios, una bandeja tras otra.

—Señorita Ritter, deje el lavavajillas. Ya lleva tiempo suficiente aquí.

Charly volvió la cabeza y vio al cocinero jefe y a un joven flaquísimo que ya se había anudado el delantal de lavaplatos.

—Franzeke la reemplazará.

Intentó que no se le notara el alivio que sentía e hizo un gesto de asentimiento.

El chico enseguida se puso manos a la obra, no debía de ser la primera vez que utilizaba la máquina. Unger estaba allí y algo en su cara recordaba a una sonrisa, una expresión que ella no había visto nunca en ese rostro.

Unger carraspeó.

—Señorita Ritter... Saque por favor cinco cajas de tomates del almacén de verduras, en la sección de ensaladas necesitan urgentemente suministros. Y luego, por mi parte, ya está libre.

«Libre.» Qué bien sonaba esa palabra. Charly se percató de que ya hablaba como una asistente de cocina: dar por concluida la jornada laboral era lo más importante. Que hoy no hubiera conseguido nada, absolutamente nada en favor de su auténtica misión, apenas la inquietaba: ¡lo principal era salir de allí!

Deshizo el lazo de la espalda, se quitó el delantal del todo empapado y lo lanzó en una gran cesta de la ropa sucia, directamente junto al reloj de control en el que se fichaba. Pensó por un instante si ponerse otro delantal para ir a buscar las cajas de tomates, pero lo dejó estar. Tenía que lavar de todos modos lo que llevaba puesto.

Ya conocía el camino al almacén, lo único que no encontró enseguida fueron los tomates. El depósito era relativamente grande y no se abarcaba todo de un solo vistazo: había varias estanterías llenas de verdura, la mayoría fresca, aunque también en conservas, y justo al lado de la entrada cuatro enormes cajas de patatas de las especies más variadas.

Los tomates estaban bastante al fondo, en un rincón oscuro. Al menos había dos docenas de cajas; se preguntó cuántos tomates se gastarían al día en la Casa Patria.

Charly consiguió una carretilla y ya había empezado a cargar con las cajas de tomates de la estantería cuando en las paredes de hormigón resonó un ruido. Había dejado abierta la puerta del almacén porque iba a salir enseguida y en ese momento oyó que la pesada puerta se cerraba.

¡Mierda! ¿A qué idiota se le había ocurrido cerrar la puerta? ¿Y complicarle el

trabajo más de lo necesario? Bueno, a lo mejor el compañero que había cerrado la puerta todavía estaba por ahí cerca y la podía ayudar.

Cogió la siguiente caja de la estantería baja y se sobresaltó.

Delante mismo de sus narices había unas perneras de cuadritos blancos y negros.

Levantó la vista. Ahí estaba Manfred Unger, como surgido de la nada, observando lo que ella hacía.

Charly dejó la caja y se irguió.

—Por Dios —dijo, intentando sonreír—. ¡Qué susto me ha dado!

Que ya era la segunda vez ese día no lo dijo. ¿Querría controlar si trabajaba a conciencia? ¿O intentaba entablar una conversación en confianza por lo del día anterior?

—Lo siento —dijo él, esbozando esa sonrisa malograda de antes, y se acercó—. No quería asustarla, señorita Ritter, tan solo quería quedarme a solas con usted y decirle lo mucho que me alegra tenerla como empleada. Y lo mucho que valoro su trabajo.

—Oh, muchas gracias —contestó Charly, pero no se sentía muy cómoda después de ese elogio.

—Espero tener pronto un poco más de trabajo de oficina para usted. Así no tendrá que mancharse tanto, ¡una chica tan guapa!

—Me gusta mucho el trabajo de oficina, muchas gracias. Pero no se piense que a mí se me caen los anillos por hacer otras faenas.

—Y cuánto se ha mojado usted lavando... —La miró—. Tendrá que secarse el vestido cuanto antes o se resfriará.

—Me voy enseguida a casa.

Cogió otra caja de tomates de la estantería. La última.

—Sí, enseguida. —Ahora él estaba justo a su lado, mucho más cerca de lo que permitía la decencia—. Pero todavía tenemos quince minutillos.

Charly no sabía qué hacer. Lo que más le hubiera gustado habría sido retroceder un paso, pero ahí estaba la estantería con las verduras. Y entonces

Unger la agarró. Tan de golpe que ella dejó caer la caja del susto. Siete, ocho tomates rodaron por el suelo, pero eso no pareció inquietar al jefe de cocina. Tenía cogida a Charly por la cintura y la estrechó contra su cuerpo. Ella notó la erección y enseguida los labios de él sobre los suyos. Su lengua intentaba abrirse camino dentro de su boca, pero ella giró rápidamente a un lado la cabeza.

—Señor Unger —dijo poniendo en su voz toda la indignación y todo el asco que sentía en ese momento—. ¡Qué está haciendo! ¡Se está propasando!

Al oír su jadeo, Charly todavía sintió más repugnancia.

—Va, venga —contestó él—. No pasa nada. Ya he cerrado la puerta de delante, nadie nos molestará.

Ella intentó liberarse de sus brazos, pero no era tan sencillo.

—Ya te tenía fichada. Y cuando ayer te vi en la Linkstrasse, en ese barucho, lo supe: a la Ritter le va la marcha.

—¡Señor Unger, por favor!

Así que la había visto la tarde anterior. Y extraído unas conclusiones totalmente equivocadas. Por lo visto la consideraba una fresca.

—Me pones a cien —jadeó—, ¡esa forma de menear el trasero cuando sabes que te miro!

—Señor Unger, le pierde la fantasía. ¡Suélteme, por favor!

Sus ruegos no servían para nada, él seguía agarrándola y toqueteándola. Cuando puso la mano derecha en su pecho, Charly tuvo suficiente. Le propinó un bofetón.

—¡Ya basta, señor Unger!

La miró sin entender y llevándose la mano a la mejilla. Todavía respiraba fuertemente.

Y de repente el desprecio surgió en su mirada, en esos ojos que la acababan de mirar llenos de lujuria.

—Ah, con que eres de esas —dijo—, ¡de esas! —Movié la cabeza—. ¡Primero me calientas, ahí en el lavavajillas, y luego me tratas así!

—Yo no le he calentado, yo he cumplido con mi trabajo, ¡es todo! ¡Y

haciéndolo, yo no le he forzado a que me mire el trasero!

—¡No te creas que eres insustituible! ¡Hay suficiente gente ahí fuera en la calle dispuesta a hacer lo que sea por conseguir un puesto en la Casa Patria!

—¡Precisamente yo no estoy dispuesta a hacer lo que sea, señor Unger!

—Ah, ¿no? —Unger puso una cara como si fuera a escupirle de un momento a otro—. ¡Pero que se te arrime un negro, eso no te importa! ¡Menuda golfa!

—¿Cómo?

—¡No te creas que aquí nadie se ha enterado! ¡Una amiguita de negros!

Por el modo tan profundamente despreciativo con que había pronunciado esa última frase, Charly creyó por un momento que el flaco jefe de cocina iba en realidad a escupirle, pero se dio media vuelta en silencio y salió de la habitación. Charly oyó que la puerta volvía a abrirse y luego se cerraba.

Notó que le temblaban las manos y no sabía si era solo a causa de la indignación. Respiró con intensidad para tranquilizarse, luego se agachó para recoger los tomates que habían rodado. Unger había pisado uno de ellos y lo tiró en el gran cubo de basura que había junto a la puerta. Las cajas estaban apiladas, pero necesitó un rato para prepararse antes de volver a la cocina. Empujó con determinación el carro. Interiormente se había puesto a la defensiva, pero Unger no estaba a la vista, ni en la cocina ni detrás del ventanal de su despacho. ¿Ya se había ido? ¿Le resultaba lamentable volver a encontrarse con ella? Charly no lo sabía. Llevó los tomates a la sección de ensaladas y devolvió el carro al almacén. Luego se metió en el baño y se lavó largo rato las manos. Todavía era demasiado temprano, pero le daba igual, se fue de la Casa Patria por el camino más corto, deseando no volver a cruzarse con Unger y él le hizo ese favor.

Se alegró al salir por la puerta y pisar por fin la calle. Inspiró profundamente como si ahí dentro hubiera tenido que retener la respiración todo el tiempo. Ahora iría corriendo a la Spenerstrasse, y se ducharía y sacaría con el agua toda la suciedad del día que llevaba en el cuerpo.

Las escaleras del metro estaban en el otro lado del edificio. El Buick aguardaba en Moabit, no cuadraba, por desgracia, con su papel de asistente de

cocina. No se había beneficiado demasiado de que Gereon le hubiera dejado el coche, así que todavía se alegraba más de marcharse de viaje al Wannsee, a lo mejor se permitía coger la AVUS y descargar su rabia hacia el mundo masculino apretando el pedal del gas en esa autopista.

Había un atasco en la Stresemannstrasse. Al parecer hasta la estación de Anhalt. Los conductores menos pacientes giraban por las calles laterales o se daban media vuelta; otros se descargaban tocando la bocina. Solo los ciclistas permanecían tranquilos y se deslizaban entre los vehículos hasta el cruce, pero luego tampoco ellos podían avanzar pues el semáforo de la Potsdamer Platz estaba en rojo. Y permanecía en rojo.

Charly se extrañó. ¿Se habría dormido el compañero ahí arriba en la torre de tráfico?

Algo así debía de suceder, en cualquier caso ahora veía a un agente de tráfico que salía del Josty y atravesaba en diagonal el cruce de calles y subía deprisa la escalera que conducía a lo alto de la torre. Poco después, el semáforo de la Stresemannstrasse por fin se puso verde. El alud metálico se puso en marcha lentamente, el concierto de bocinas enmudeció.

Charly ya iba a bajar al metro cuando descubrió el Horch granate que aparcaba directamente al lado de la torre con los semáforos, por decirlo de algún modo justo en el cruce y pisando con dos ruedas el césped. Y vio la bata blanca que bajaba del coche. Se preguntó qué estaría haciendo el doctor Karthaus en la Potsdamer Platz cuando vio el Mordauto que se acercaba a toda velocidad por la Liepziger Strasse y frenaba haciendo rechinar los neumáticos. El pesado Maybach negro aparcó detrás del Horch con tan poco respeto por la zona verde como el anterior y, en ese momento, Charly supo que ese día ya no iría con Greta al Wannsee.

Wilhelm Böhm odiaba llegar demasiado tarde. Así que en cierta medida su maldición personal consistía en haber elegido una profesión en la que a la fuerza siempre se llegaba demasiado tarde, cuando el niño ya se había caído a la fuente, es decir, cuando alguien, de forma no natural o inexplicablemente, ya había fallecido y había que empezar a investigar una muerte.

Tal vez eso explicase su conocido mal humor.

En cualquier caso sí explicaba su mal humor de ese domingo por la tarde. Ese día estaba de guardia solo porque el comisario Rath andaba por Prusia Oriental y la Inspección A contaba ya de por sí con muy poco personal. También por eso se había encargado del caso de Rath, alguien tenía que hacer el trabajo. Y para más inri lo llamaban después de comer, cuando acababa de acostarse para echar una cabezadita, porque se había producido un asesinato.

Todavía no sabía nada con exactitud, solo que un agente había muerto en servicio en la torre de tráfico. «Un infarto, probablemente —pensó Böhm mientras tiraba de su pesado cuerpo por la frágil escalerilla— y por algo así uno ha de convertirse en escalador y arriesgarse a sufrir él mismo un ataque de corazón.»

Pero no había otro remedio: cuando un policía moría en servicio siempre se investigaban las causas, así eran las cosas.

Una mano se tendió hacia él para ayudarlo cuando llegó a la escotilla. El consejero Kronberg del SI. Böhm se enderezó con dificultad y miró alrededor. En esa angosta habitación había más gente de lo previsto por su constructor:

además de Böhm y Kronberg, estaban también el doctor Karthaus, que abrió en ese momento su maletín, y un policía de Seguridad, uno con guantes y manguitos blancos de la Policía de Tráfico, que miraba por la ventana, atendía el dispositivo de los semáforos y daba la impresión de estar muy alterado. Sobre el suelo yacía un hombre muerto con el mismo uniforme, aunque algo más gordo y más viejo que el compañero que estaba junto a los interruptores. El difunto no parecía estar lejos de la jubilación. Qué lástima morir mientras estaba de servicio.

Fuera, un coche tocó la bocina y el agente que estaba junto a los interruptores empezó a maldecir y lamentarse.

—¡En la Stresemannstrasse todavía protestan! Pero no les puedo poner el semáforo verde más rato porque el rojo ha estado media hora.

El funcionario parecía desamparado, como si esperase alguna orden que no acababa de llegar. Böhm tenía la impresión de que su desasosiego se debía únicamente a que no lograba controlar el caos del tráfico y no al cadáver de su compañero en el suelo.

Kronberg tendió al comisario jefe un carnet y señaló al cadáver.

—Wengler, Siegbert, sargento. Nacido en Danzig en 1880.

Böhm leyó el carnet e hizo un gesto de asentimiento.

—¿Algún dato más?

—Espero a los compañeros.

—Entonces todavía estaremos más apretados aquí.

Böhm pasó junto al doctor Karthaus, que estaba inclinado sobre el cadáver, y se dirigió al agente de tráfico todavía vivo que estaba al pupitre de mando.

—¿Ha encontrado usted el cadáver? —preguntó.

El hombre se limitó a asentir y siguió mirando por la ventana. Tener que estar controlando el semáforo y responder al mismo tiempo a preguntas parecía superarlo.

—¿Conocía al fallecido? —siguió preguntando Böhm.

Un gesto de indiferencia.

—¡A ver, hombre, informe de una vez como es debido! —ladró el comisario jefe sin preaviso—. ¿Nombre? ¿Grado?

El agente se puso firme y hasta dio un golpe con los talones del susto.

—Eckert. ¡Agente Eckert, señor comisario!

—Comisario jefe.

—Comisario jefe. A sus órdenes, señor comisario jefe.

—¡Lo ve! ¡Es factible!

—¡Sí, señor comisario jefe!

—¿Es usted el relevo del señor Wengler?

—Con su permiso, informo: ¡no, señor comisario jefe!

—Bien, entonces explíquese. ¿Hay que sonsacárselo todo?

—¡Sí, señor comisario jefe! Quiero decir: ¡no, señor comisario jefe! —El agente detuvo el tráfico de la Leipziger Strasse y cambió de nuevo a verde el semáforo de la Stresemannstrasse. Unas gotas de sudor cubrían su frente. Se volvió de nuevo a Böhm—. Con su permiso, informo, señor: no soy el relevo, el cambio de turno era hace dos horas. En realidad era el compañero Scholz quien tenía que estar aquí, pero yo me he encontrado aquí al compañero Wengler. Muerto.

—¿Conocía entonces al muerto?

—No directamente, señor comisario jefe. Conocía el nombre y el grado. Era una persona bastante rara.

—¿Y dónde está el compañero Scholz?

—No lo sé, señor comisario jefe. Se informó a la central de que había problemas de tráfico en la Potsdamer Platz y yo tenía la misión de aclarar qué ocurría. Entonces descubrí al compañero Wengler muerto.

—¿Y luego?

—Luego informé a la central, señor comisario jefe. Antes de empezar a poner orden.

—¿Orden? ¡No habrá tocado nada!

—Con su permiso, informo, señor: no, señor comisario jefe. Me refiero a

poner orden en el cruce, abajo. Tal como está prescrito no he tocado nada en el escenario del crimen. A excepción, por supuesto, de los interruptores para las señales de luz. Tenía que manejarlos...

—Bien, al menos lleva usted guantes.

—Sí, señor comisario jefe.

La escotilla de entrada se abrió y una cámara de fotografiar antediluviana se metió en la torre de tráfico, a ella le siguió la cabeza de Andreas Lange. El asistente a duras penas consiguió pasar el aparato junto con el voluminoso trípode a través del orificio de entrada.

—Pida que lo sustituyan —indicó Böhm al agente—. Tengo que hablar tranquilamente con usted. Abajo, en el Mordauto.

—Con su permiso, señor comisario jefe, entonces tendría que pedir usted un reemplazo.

—¿No puede llamar usted mismo a alguien?

—Con su permiso, informo: podría, pero me es imposible abandonar mi puesto de trabajo para telefonar.

—Tampoco tiene que hacerlo. Inténtelo con el aparato ese. —Böhm señaló un teléfono que estaba atornillado al pupitre de mando—. ¿O es que tiene pinta de ser una plancha?

—¡No, es un teléfono, señor comisario jefe!

—¿Y por qué no lo utiliza, agente?

Böhm estaba a punto de perder el control de sí mismo.

—Antes he tenido que llamar desde el Café Josty, señor comisario jefe. —El agente Eckert señaló el teléfono—. El aparato está tan muerto como el compañero Wengler.

No habían pasado ni diez minutos cuando llegaron los reemplazos del agente Eckert: cinco policías que se pusieron de pie en el cruce y comenzaron a regular el tráfico según las costumbres de los ancestros: con las manos. Böhm ya no

quería que nadie más subiera arriba junto al pupitre de mandos mientras se estuvieran reuniendo huellas y Lange hiciera fotografías.

Era evidente que Wilhelm Böhm se sentía más cómodo en el blando asiento de piel del Mordauto, que había sido fabricado para un peso pesado como Ernst Gennart, quien ahora apenas salía con él, que en el reducido espacio de la torre de tráfico. El agente Eckert estaba sentado frente a él y volvía a contarle lo que había ocurrido. Esta vez de forma oficial y para el atestado. Al lado de Böhm estaba sentada Christel Temme, que apuntaba diligente cada palabra que salía de los labios del agente, entre ellas al menos veinte «¡A sus órdenes, señor!» y todavía más «¡Con su permiso, informo, señor comisario jefe!».

Según el parte de Eckert, a eso de las 15.30 se habían percatado de que el semáforo de la Potsdamer Platz no cambiaba la luz roja en Stresemannstrasse y Friedrich-Ebert-Strasse. Alguien lo había advertido en la central de la Policía de Tráfico de la Magazinstrasse y desde allí se había intentado establecer contacto telefónico con la torre de tráfico. En vano, a esa hora, el teléfono ya estaba muerto. Tal como los criminalistas confirmaron, alguien simplemente había cortado el cable. Así pues, la central había encargado a un agente de tráfico que estaba de servicio en las proximidades que fuera a comprobar qué ocurría en la Potsdamer Platz. Se trataba del agente Heribert Eckert, que luego había encontrado el cadáver y ahora estaba sentado frente a Böhm en el coche de Homicidios con su chacó bajo el brazo.

—Y entonces he vuelto a bajar y he informado de la muerte, señor comisario jefe, y luego he regresado a la torre. Para solucionar el atasco de la Stresemannstrasse.

Böhm asintió.

—¿Ha informado también de que su compañero Scholz no se había presentado?

—¡Sí, señor, comisario jefe!

—¿Y? ¿Ha obtenido la central alguna explicación? ¿Está Scholz enfermo, a lo mejor?

Eckert negó con la cabeza.

—No, señor comisario jefe. El agente Scholz debería estar ahora ahí arriba regulando el tráfico, su turno ha empezado a las dos de la tarde. Es extraño, el compañero Scholz es una persona muy cumplidora.

Böhm se rascó la barbilla.

—Y a pesar de ello hoy no se ha presentado al trabajo...

—O se ha vuelto a ir.

—¿Se refiere a que el agente Scholz ha matado a su compañero o qué quiere decir?

—¡No, no! —Eckert se encogió de hombros—. A lo mejor se ha ido cuando ha visto al muerto. Ha perdido los nervios. —El suboficial se detuvo—. Aunque...

—¿Aunque?

—El cambio de turno era a las dos —dijo Eckert— y una hora y media más tarde se han percatado de que la torre de tráfico no estaba trabajando. Es raro.

—De hecho sí es raro. —Böhm se rascó la barbilla—. ¿Qué es lo que hace usted si su reemplazo no llega? Permanece en su sitio, ¿no?

—Sí, señor comisario jefe. Por supuesto.

—Podría ser que a Wengler también le haya sucedido lo mismo. Que aunque acabase su turno se quedara regulando el tráfico.

—Con su permiso, informo, señor: entonces lo habría comunicado. Y habría reclamado a alguien.

—No si el teléfono estaba estropeado. —Böhm miró a Eckert—. ¿Qué habría hecho usted, como agente de tráfico, si hubiera estado de servicio ahí y su reemplazo no se hubiese presentado? Y el teléfono no funcionara por la razón que fuera.

El agente se alzó de hombros.

—Lo mismo que ahora: habría ido al Josty o a una cabina de teléfonos y habría informado desde allí a la central. Y luego habría vuelto a mi puesto.

Böhm asintió.

—Bien, esto es todo por el momento. Puede marcharse, agente. Pero, por favor, manténgase a disposición de la Policía Criminal.

Eckert parecía aliviado de que por fin lo dejaran marchar. Se puso el sombrero, saludó marcialmente y se alejó a una velocidad notable.

Böhm bajó del coche y estiró las piernas. Delante del Josty todavía había un grupo de curiosos mirando el cruce. El coche de Homicidios disfrutaba de cierta notoriedad en Berlín. Además era raro aparcar el coche a los pies de la torre de tráfico pisando la hierba. Allí, en medio del cruce, estaba categóricamente prohibido detenerse. En ese momento los curiosos contemplaban una bata blanca cuyos faldones ondeaban al aire. El doctor Karthaus bajaba por la escalera de la torre.

—¿Y bien, doctor? —preguntó Böhm cuando el médico forense llegó abajo—. ¿Qué aspecto tiene lo que ha sucedido arriba?

—¿Le doy la buena noticia antes o prefiere escuchar la mala?

—¿Qué entiende usted por una buena noticia?

—¿La buena? —Karthaus se abrochó la bata de médico—. Lo de arriba es un asunto claro. No cabe duda de que es un asesinato. Y de que ya conocemos el *modus operandi*.

—¿Y la mala?

—La mala, señor comisario jefe, es que el *modus operandi* responde a un caso que todavía no ha resuelto. —Señaló hacia la torre de tráfico—. El cadáver de ahí arriba revela signos de muerte por ahogamiento.

A falta de otro asiento, Böhm se dejó caer de nuevo en el de piel del Mordauto.

—Y antes de que se ahogara, le aplicaron una inyección...

—Así es —contestó Karthaus— y por eso recomendaré en el laboratorio que busquen enseguida la tubocurarina, así tendremos antes el resultado.

Cuando entró en el Castillo, Böhm todavía estaba fuera con su séquito. Charly no pudo averiguar nada más preciso. Había preguntado en el servicio de Urgencias de Homicidios, pero el hombre que estaba en el escritorio no se mostró muy comunicativo. Michael Steinke era uno de los aspirantes a comisario que había empezado con ella, un tipo impertinente recién llegado al Castillo de la Facultad de Derecho y que se consideraba abiertamente mejor que los demás. Parecía tener problemas para dar información a una compañera. O en realidad no sabía más de lo que contaba. Ninguna de las opciones hablaba en su favor.

—Han encontrado un cadáver en la torre de tráfico —había contestado de forma lapidaria a su pregunta sobre qué ocurría en la Potsdamer Platz—. He ordenado que Böhm y un par de agentes más se marchasen.

¡Menudo memo! Tenía que hacerse el jefe delante de ella. Como si Böhm fuera a permitir que un aspirante a comisario le dijera lo que tenía que hacer o no. ¿Sabría ese hombre con quién estaba hablando? ¿Con una mujer que llevaba más de tres años de servicio en la Inspección A? ¿Con una mujer que aunque había estado empleada sin duda alguna como taquígrafa había participado en realidad en la resolución de al menos siete casos de asesinato?

El teléfono sonó y Steinke atendió la llamada dándose aires de ser sumamente importante. No se dignó a mirar más a su compañera.

Así que había un muerto en la torre de tráfico. Eso mismo había deducido Charly al ver a Böhm salir del Mordauto. Pero Steinke no le reveló nada más, el aspirante a comisario le volvió ostentadamente la espalda y se puso a hablar tan

bajo al teléfono como si estuviera trabajando en el servicio secreto y Charly fuese una especie de Mata Hari.

Ella hizo un gesto de indiferencia y se buscó una máquina de escribir libre. Aprovecharía el tiempo empezando el informe sobre su operación en la Casa Patria. No escribió que si por ella fuera concluiría su estancia allí lo antes posible y describió el encuentro con Unger en el almacén menos violento de lo que había sido. ¡A los compañeros no les interesaba, ese asunto era solo suyo!

¡Estaba deseando ver a Unger, ese guarro, tras las rejas, a él y a su compinche!
¡Ojalá se pudrieran en la sombra!

Cuando se dio cuenta de lo que acababa de pensar, se asustó de sí misma. De su sed de venganza. Eso era en gran medida falta de profesionalidad, una policía no podía permitirse nunca experimentar tales sentimientos.

¡Pero sí que podía pensar en ello!

Casi había concluido el informe cuando la puerta se abrió de par en par y Böhm entró en tromba en la habitación, como siempre con cara de gruñón. Cuando el comisario jefe reconoció a su antigua taquígrafa, su rostro se iluminó un poco.

—Charly, ¿qué está haciendo aquí?

—Buenas tardes, señor comisario jefe. He pensado venir a dar un vistazo para saber qué ocurre. He visto el coche de Homicidios debajo de la torre de tráfico.

De hecho, Charly había barajado la idea de pasar por allí cuando había visto salir a Böhm del coche, pero luego se había ido primero a Moabit, para avisar a Greta de que no podía salir con ella y para ducharse; tenía la sensación de estar sucia allí donde Unger la había tocado. Con la ropa recién cambiada había salido rumbo a la Alex, donde había aparcado el Buick de Gereon protegido por las arcadas del tren urbano, lejos de las rutas de los compañeros que conocían al propietario del vehículo.

Böhm le contó lo que había pasado y Steinke, que todavía estaba al teléfono o lo estaba de nuevo y tomaba apuntes, observaba con envidia cómo el comisario jefe se confiaba a una aspirante a comisaria.

—¿Está seguro de que se trata de nuestro hombre? —preguntó Charly.

Böhm asintió.

—El mismo *modus operandi*. Paralizar y ahogar.

—¿Ya lo ha verificado el médico forense?

—Claro que no. Pero en este caso el examen ocular no engaña. Ni a mí ni al doctor Karthaus. Incluso ha vuelto a dejar uno de esos pañuelos rojos en el lugar del crimen. Aunque esta vez no lo hemos encontrado enseguida.

—¡Pero un policía! ¿Qué tendrá que ver con las demás víctimas?

—No lo sé. —Böhm se encogió de hombros—. A lo mejor presencié alguna cosa hace una semana, cuando Lamkau murió en la Casa Patria. Ya he pedido los horarios oficiales en la Policía de Tráfico, a lo mejor algo encaja con eso.

Charly asintió. Pero no estaba satisfecha con la respuesta. Y además había algo que no cuadraba.

—El ritmo es distinto —apuntó, y Böhm frunció el ceño.

—¿Cómo?

—El ritmo. Hasta ahora nuestro asesino ha actuado más o menos en lapsos de seis semanas. Y ahora ha cometido el último asesinato en poco más de una semana.

—Eso respondería a la hipótesis de que posiblemente tendría que eliminar a un testigo. —Böhm se frotó la barbilla—. O de que se trata de un imitador. Ha salido todo en los periódicos, incluso lo del pañuelo rojo.

Charly movió la cabeza negando. Algo en ella rechazaba esa idea.

—No creo que nos estemos enfrentando al típico asesino en serie, a un enfermo psíquico o algo similar.

—Dígalo tranquilamente: a un loco.

—Si así lo desea... Pero nuestro asesino no es un loco, es solo alguien que prepara con esmero sus asesinatos. Con tanto esmero que en uno de los casos ni siquiera hemos supuesto que se trataba de un asesinato.

—¿Y?

—Las tres primeras víctimas vivían en otra ciudad, por eso ha necesitado seis

semanas para ir a la próxima. Pero ahora... la Casa Patria está a dos pasos de la Potsdamer Platz y de la torre de tráfico. Lamkau y el policía muerto vivían en la misma ciudad, por eso no ha necesitado tanto tiempo para prepararse.

—Si el sargento Wengler encaja en el patrón, también debería estar relacionado con las otras víctimas. A estas las unía esa historia de la destilería ilegal. —Böhm movió la cabeza—. Estaría bien que el compañero Rath llamase de una vez, entonces a lo mejor sabríamos más. Pero el señor comisario está de paseo por Prusia Oriental y nos deja solos con el trabajo.

—¿Comisario Rath?

Steinke había dejado caer el apellido de Gereon. Charly lo miró, Böhm también. El aspirante a comisario parecía muy agitado.

—Disculpe, señor comisario jefe, pero un comisario Rath le ha llamado esta mañana...

—¿Y?

—He escrito una nota. Está en su correspondencia de entrada.

—Una nota... —Böhm resoplaba como un toro.

—¡Sí, señor comisario jefe! —Steinke se levantó de un salto, corrió al escritorio de Böhm y cogió un papel de la bandeja de documentos—. Aquí está.

Charly miró de reojo la hoja de papel que Böhm sostenía en las manos.

Comisario Policía Criminal Rath llamada 11.07 hotel Salzburger Hof, Treuburg, P.O. Más complicaciones en el escándalo de los destiladores clandestinos 1924: Siegbert Wengler, ¡sargento en Berlín! Comisario Rath sugiere observación; posible próxima víctima, la sospecha de Radlewski autor se confirmaría.

Fdo. Steinke, aspirante a comisario
Servicio de Urgencias de Homicidios

Böhm dejó la hoja de papel a un lado. Respiraba con dificultad y miraba al aspirante, luego explotó, tan de repente que Steinke se sobresaltó.

—¡Menuda chapuza!

Steinke se encogió como si esperase una tunda.

—¿Cuándo ha llegado la llamada, maldita sea?

—Está en la nota. Arriba. —Steinke señaló la hoja—. A eso de las once.

—¿Y usted opinaba que yo iba a verlo por la mañana temprano?

Böhm había vuelto a bajar la voz, pero ese tono no parecía menos peligroso que sus gritos, antes al contrario.

—Yo pensaba... —empezó a decir Steinke, pero se interrumpió. Era evidente que poco a poco empezaba a vislumbrar hasta qué punto había metido la pata.

—En realidad, yo no habría vuelto a la jefatura hasta mañana por la mañana concretamente —prosiguió Böhm—. Si hoy no se hubiera producido un asesinato.

—Justo por eso no quería molestar al señor comisario jefe —balbuceó Steinke, pero volvió a callar cuando vio la cara de Böhm.

—Y este asesinato —siguió diciendo el comisario jefe— posiblemente no se hubiera producido si usted hubiese comunicado a tiempo esta noticia.

—Pero pensé que como el señor comisario jefe volvería mañana al trabajo...

—¡Si es así, más le vale no pensar de aquí en adelante! —Böhm se había puesto a gritar otra vez fuerte y de golpe—. ¡Mejor que lo hagan los caballos! ¡Burro!

El aspirante tenía un aspecto lastimero, y Böhm había sido muy duro; pero Charly podía entenderlo. El comisario jefe había expresado lo que ella también pensaba.

—Si hubiera transmitido esta importante noticia a mí o a cualquier otro miembro del grupo Patria no solo podría seguir vivo el sargento Wengler, sino que lo más seguro es que habríamos tendido una trampa al asesino.

Steinke estaba sentado en su silla, encogido y pequeño, mirando al suelo como si buscara una ratonera por la que poder meterse.

—Lo siento, señor comisario jefe —dijo tan bajito que Charly casi no lo oyó.

La situación amenazaba con volverse insoportable; a ella le habría gustado consolar a ese compañero que hacía poco la había tratado como si no existiera.

«Maldito instinto materno —pensó—, seguro que este tipo no te ayudaría si tú la hubieses pifiado tanto.» Se alegró cuando la puerta se abrió y Andreas Lange irrumpió en el penoso silencio que se había extendido como un veneno paralizante por la habitación. El asistente los miró a todos, uno por uno, desconcertado.

—¿Qué hace usted aquí? —gruñó Böhm—. ¿Ya han terminado de interrogar a los testigos?

—Todavía no, señor comisario jefe. Hay unas dos docenas de agentes de policía buscando testigos. Por lo visto la mayoría se encuentra en el Café Josty. Es, por decirlo de algún modo, el palco de la Potsdamer Platz.

—¿Y? ¿Han averiguado algo?

—Por eso estoy aquí. Creo que podemos reconstruir más o menos el *modus operandi*. Según este, se realizó un cambio de turno normal en la torre de tráfico. A eso de las dos de la tarde...

—¿Y por qué lo sabe con tanta precisión?

Lange levantó un cuaderno negro.

—Por el cuaderno de incidencias de la torre de tráfico —contestó—. Donde el sargento Wengler registró el cambio de turno a las dos y siete minutos y firmó, lo que fue posiblemente uno de los últimos actos de su vida. —El aspirante a comisario miró triunfal a los presentes—. Además —siguió Lange— falta la firma del agente Scholz, pese a que su nombre está anotado bajo «entrada en servicio». Con la caligrafía del sargento Wengler.

—Esto significa —dijo Böhm— que Wengler escribió el nombre porque vio llegar al relevo.

—Pero Scholz no lo firmó —completó Charly la hipótesis—. La gran pregunta es: ¿por qué?

Lange asintió.

—Tenemos un testigo del Café Josty que está seguro de que a eso de las dos de la tarde un policía subió a la torre.

—¿A las dos? —Böhm consultó su reloj de bolsillo—. ¿Y todavía está ahora,

poco antes de las siete, en el Josty?

—Le hemos interrogado a eso de las cinco y media. Es un escritor o algo así. Esa gente se pasa la mitad de su vida en los cafés. En cualquier caso observaba con mucha atención.

Böhm parecía escéptico.

—¿Y qué es lo que observaba con tanta atención ese escritor?

—Que poco después de las dos de la tarde un policía de tráfico atravesó el cruce y subió por la escalera. Todo completamente normal, como cada día, dice el testigo. Solo que esta vez no vio bajar a nadie. En cualquier caso, no a las dos, sino... —Lange consultó sus apuntes— a eso de las tres y veinte. Pocos minutos antes de que empezara el concierto de bocinas en la Stresemannstrasse.

Böhm seguía mostrándose escéptico.

—¿Se pasa todo el día mirando fijamente la torre, vuestro testigo, no tiene nada más que hacer?

Lange se encogió de hombros.

—Me ha dicho que observa y escribe. Y por lo visto observa con atención. Según su declaración el hombre que a las tres y veinte dejó la torre era el mismo que subió a eso de las dos.

—¿Y quiere decirme con esto que no era el agente Scholz?

Lange volvió a encogerse de hombros.

—Ya veremos. Mi testigo está esperando en la sala de interrogatorios al dibujante.

—Bien. —Böhm asintió—. Deberíamos poner el departamento de Búsquedas tras la pista del tal Scholz. Aquí hay algo raro.

—Yo también lo veo así. —convino Lange—. Y algo más: el doctor Karthaus considera ahora que el sargento Wengler no murió antes de las tres, más bien más tarde...

—¡Tan tarde! —Böhm no daba crédito—. No puede ser.

—Ya veo... —intervino Charly. Los tres hombres la miraron—. Eso

significaría que mientras el asesino dejó que el compañero Wengler muriese lentamente estuvo regulando el tráfico con toda tranquilidad.

El turno de la noche era el peor de todos. Los baños de la estación de Potsdam estaban en un estado digno de compasión, los váteres de pared y las tazas tenían todo el día tras de sí y parecía como si todos los viajeros hubieran hecho uso de ellos antes de subir al tren, pero no siempre hubieran apuntado bien. Como si todos se hubieran confabulado contra él, porque sabían que su tarea era volver a limpiar ese lugar asqueroso, que apestaba a meado. Lo odiaba.

Sí, lo odiaba, no era una tarea para un hombre.

Pero ¿qué podía hacer? No encontraba otro trabajo y en esa época uno ya podía estar contento de tener uno.

Todavía no había acabado del todo con el lavabo, pero por el momento no había nadie en los urinarios de pared y quería aprovechar la oportunidad. Odiaba limpiarlos cuando había hombres de pie junto a la pared meando y lo miraban despectivamente cuando se percataban de su presencia. Un par de veces hasta se habían burlado de él, y ni siquiera se lo podía tomar a mal.

Llevó el cubo y el cepillo y ya iba a ponerse manos a la obra, cuando oyó salir un gemido de una de las cabinas y se detuvo. ¿Había oído bien? Desde que estaba limpiando el baño, es decir, en los últimos diez minutos aproximadamente no había visto entrar a nadie.

Volvieron gemir. ¿Se lo estarían montando dos homosexuales? La idea misma le dio asco. Quizá debería llamar a la policía, entonces podría pillarlos in fraganti, guarros de maricones, y que la Unidad de Costumbres los metiera en la cárcel.

Oyó un ruido en la cabina y prestó atención. Se inclinó hacia abajo. Dentro parecía haber un hombre arrodillado en el suelo. Se diría que estaba solo. ¡En fin, al menos eso!

—¿Hola? —gritó vacilante—. ¿Necesita ayuda?

La respuesta no fue más que un leve gemido. El hombre de la cabina intentaba ponerse en pie, pero las piernas no le sostenían.

—¿Hola? ¿Qué ocurre? ¿Se encuentra mal?

Dejó a un lado el cubo y el cepillo y sacudió la puerta. El cerrojo estaba echado. Por supuesto.

—¡Por favor, abra la puerta! ¡Si no la abre no puedo ayudarle!

Se sintió invadir por el horror. El hombre podía haber sufrido un infarto o algo así; ¿cómo iba a ayudarlo si no le abría la puerta?

Oyó que intentaba correr el cerrojo, pero ni para eso tenía fuerzas suficientes, únicamente se oían unas sacudidas impotentes, el cerrojo se atascaba en algún sitio. Pero entonces el metal se deslizó emitiendo el fuerte sonido de un roce. Y justo después la puerta se abrió y el hombre que estaba arrodillado detrás, cayó hacia delante y golpeó con el tórax las baldosas del suelo.

No llevaba más que calzoncillos y calcetines.

—¿Qué le ocurre? ¿Llamo a la policía?

—Bolicía —balbuceó el hombre—. ¡Yo bolicía!

—¿Qué ha pasado? ¿Está usted herido?

El hombre consiguió apoyarse para erguir el tórax y enderezarse un poco. Parecía bastante aturdido. Pero no tanto como si hubiera bebido mucho, sino más bien como si algo lo paralizase, paralizase los músculos de los brazos y las piernas, y también la lengua. Sacudió la cabeza.

—No heriso. —Y con estas palabras de nuevo le fallaron los brazos.

En el suelo de la cabina de donde había salido el hombre había algo, justo al lado de la taza del inodoro. Fue hasta allí y lo levantó con las puntas de los dedos. La tarjeta de la Policía de Berlín. En la foto se veía al hombre que ahora había vuelto a quedar inconsciente. Pero en la imagen sonreía y llevaba un

chacó. «Erwin Scholz —se leía bajo la sonrisa—. Agente de policía.» Por encima, inclinado, saltaba a la vista un sello con el águila prusiana.

A un día así antes lo llamaban «tiempo imperial». El cielo resplandecía con un azul casi obscuro, soplaban un agradable y leve viento y el aire vibraba con esa tensión propia de los días especiales.

Sin embargo, tampoco podía pasarse por alto que ese era un día especial. En la ciudad flotaba un ambiente festivo y se había engalanado como correspondía: en las fachadas de alrededor de la plaza del mercado temblaban las banderolas, banderines y guirnaldas al viento; el adoquinado estaba tan limpio como si acabara de llover y en los mástiles ondeaban las banderas tricolores, negro, blanco y rojo, hinchidas como ropa tendida.

Lo había despertado la música de los instrumentos de viento y Rath se había levantado mucho más tarde de lo que en realidad quería, no había puesto el despertador la noche anterior. Se acercó a la ventana cubierto con el albornoz y contempló la plaza más grande de toda Alemania. Había tanto trajín como en un día de mercado; los habitantes de Treuburg, la mayoría con el traje de los domingos, bordeaban su plaza y escuchaban la banda que debía de estar arriba, junto a Correos, pero a él ya no le alcanzaba la vista. Consciente o inconscientemente, todos habían adoptado la postura de firmes e intentaban que su aspecto fuera digno. Los músicos interpretaban canciones patrióticas y marchas prusianas, algunas de las cuales se podían incluso reconocer. Una tropa de jóvenes con camisas pardas se mantenía especialmente firme, las SA aprovechaban el día para mostrar, con los uniformes planchados, su mejor cara a

los habitantes de la ciudad. Hasta los brazaletes con las esvásticas brillaban como si acabaran de recogerlos del tendedero.

Rath apagó el cigarrillo que había encendido para despertarse y fue al baño. La resaca se mantenía en sus límites, aunque con todos los intentos frustrados de hablar por teléfono con Charly por la noche el día anterior, había vuelto a beber demasiado. No en el Salzburger Hof, en donde siempre se sentía demasiado observado, sino en el Kronprinzen, donde también había cenado. En una mesa al lado del teléfono público. Los otros clientes, entre ellos también la familia de turistas berlinesa, lo habían mirado sorprendidos porque se levantaba una y otra vez interrumpiendo la cena para ir al teléfono.

Después del postre había pedido un café moca y cada uno o dos cigarrillos había llamado a la Carmerstrasse, pero nadie había respondido. Con cada intento fallido se había puesto más nervioso y al final, cuando hubo acabado el café, había pedido un coñac. Y luego otro. Y otro más. En un momento dado había hecho un esfuerzo y había llamado a la Spenerstrasse. Tal vez entretanto se habría emborrachado lo suficiente para mantener una conversación con Greta. Había dejado por un momento a un lado su antipatía hacia la amiga de Charly y le había preguntado por ella amablemente. Greta había sido menos cordial, más bien seca. Pero le había contestado. «De servicio —había dicho—. No tengo ni idea de cuándo volverá.»

Rath había murmurado un muchas gracias y vuelto a colgar.

«No tengo ni idea de cuándo volverá.»

¿Significaba eso que Charly seguía viviendo en la Spenerstrasse? Le había dado la llave del nuevo apartamento, había pensado que se mudaría, que, por decirlo de algún modo, se iría a vivir con él cuando regresara a Berlín desde Prusia Oriental.

Se había equivocado.

Había pedido otro coñac más y pasado el resto de la noche inmerso en sus pensamientos hasta quedar lo suficiente aturdido para ir a su hotel y meterse en la cama.

Esa mañana podía renunciar a la aspirina, con una ducha fría tendría suficiente para despertarse del todo. Cuando bajó la escalera, la recepción estaba desierta, dejó la llave de la habitación sobre el pulido mostrador y salió a la luz del sol. La banda de música se había puesto en marcha al compás de su repertorio. Los músicos desfilaban mucho mejor de lo que tocaban. En la Bergstrasse, junto a la cual se encontraba Rath entre los espectadores, giraron marcialmente a la izquierda por la Goldaper Strasse, camino del recinto de la fiesta. La muchedumbre de la plaza del mercado se disolvió, y la mayoría marchó en pos de la orquesta como niños tras el flautista de Hamelín.

Se dejó arrastrar y a mitad de camino llamó a la puerta del zapatero Kowalski, pero nadie abrió. Cuando llegó al parque, los músicos se habían colocado en el escenario y finalizaban de pie la última marcha. Luego se sentaron en las sillas, disfrutaron del aplauso de la multitud y de los vasos de cerveza, uno para cada uno exactamente, que tenían preparados. En la superficie que quedaba libre por debajo del monumento a los caídos, que ese día recordaba un pomposo escenario de piedra, había innumerables hileras de mesas que llegaban hasta la carpa de la que salían sin parar camareros y camareras con las bandejas llenas y circulando entre las filas.

En una de las largas mesas, Rath descubrió al asistente y se abrió camino entre el gentío. Kowalski se desplazó un poco a un lado y le presentó al hombre que estaba a su derecha como «tío Fritz». Friedrich Kowalski no era, ni mucho menos, tan viejo como Rath se había imaginado al zapatero, tal vez estaba a principios de la cuarentena. El tío enseguida invitó al huésped de Berlín a una cerveza y no admitió ninguna réplica. El comisario aceptó la hospitalidad masuriana, sacó del bolsillo su pitillera para tomarse la revancha y los Kowalski cogieron sendos cigarrillos.

El pitillo le sentó bien. La cerveza no tardó en llegar y los músicos empezaron de nuevo a tocar a un volumen que hacía imposible cualquier conversación normal. Rath intentó acostumbrarse al ruido y miró a su alrededor. Delante de todo, en primera fila, distinguió el uniforme azul del sargento Grigat junto a dos

hombres, que fácilmente eran reconocibles como curas, uno católico y otro protestante codo con codo. La visión del alzacuellos y la sotana tranquilizó a Rath, no debería ser tanto el odio hacia los católicos en la región. En la misma mesa descubrió también al jefe de distrito y al alcalde; posiblemente habían reunido allí a todos los hombres importantes de la ciudad, desde el director del instituto hasta el editor del periódico local pasando por el médico jefe del hospital. Dos mesas más allá se encontraba la familia de turistas del Kronprinzen, los berlineses con los niños malcriados. La madre le dedicó una mirada despectiva. Su consumo de coñac, superior a la media, había causado la noche anterior una mala impresión.

Los músicos por fin hicieron un descanso y cuando Rath iba a hablar con Kowalski oyó una voz argentina a sus espaldas.

—¿Señor comisario?

Se dio media vuelta y reconoció a la camarera del Salzburger Hof.

—Disculpe la molestia —dijo Hella, dejando intuir una reverencia—, pero no le he visto esta mañana en el hotel y tenía una llamada. De Berlín.

—¿De Berlín? ¿De quién? ¿Una señora?

Hella negó con la cabeza.

—Un comisario jefe llamado Blum o algo así. Quería que le llamara usted. — Tuvo que responder a gritos porque volvía a sonar la música.

—¿Era a lo mejor el comisario jefe Böhm?

Ella se encogió de hombros.

—¿Cuándo ha llamado?

—¿Qué?

—¿Cuándo?

Se inclinó hacia él y le habló fuerte al oído.

—Ayer por la noche. Dejé un aviso en su casilla... Pero esta mañana no le he visto. —Rath asintió—. He pensado decírselo ahora; a lo mejor es importante...

—Gracias, Hella —dijo. Y como ella se quedó un momento parada, le puso una moneda de un marco en la mano. La muchacha hizo otra reverencia, le

regaló incluso una sonrisa y volvió a su mesa con su familia. Rath la siguió con la mirada hasta que hubo tomado asiento. Cómo se levantaba la falda antes de sentarse...

Así que Böhm le había llamado. Pues bien, que se lo tomara con calma. Rath se dedicó a beberse la cerveza; no estaba nada mal la que fabricaban ahí.

Cuando los músicos volvieron a hacer una pausa, se inclinó hacia Kowalski.

—¿Hasta dónde ha llegado con la lista de nombres? —preguntó al asistente—. ¿Ya ha averiguado algo?

—No. Ya he tenido suficiente con lo que me dio a leer antes.

—¿Y?

—Nada. En el periódico no había ninguna observación de algo que pudiera atraer la atención de Radlewski. Y los libros que me dio tratan todos de los indios norteamericanos exclusivamente. Pero el veneno curare procede de Sudamérica.

—¿Lo que significa?

—Lo que significa: falsa alarma.

—Entonces tendremos que volver a la biblioteca. Quizá la bibliotecaria ha dejado pasar por alto un par de libros.

—La biblioteca está hoy cerrada.

Kowalski señaló una mesa a la sombra de la carpa, allí estaba sentada Maria Cofalka, la señora de los libros, en compañía de unos hombres y mujeres entre los cuales Rath también distinguió a Karl Rammoser. Casi todos los de la mesa parecían profesores, también los que no llevaban gafas metálicas. Cuando Rammoser levantó la vista, Rath alzó su vaso y brindó con el maestro rural. La banda de música se había preparado para hacer una pausa más larga, al menos repartieron de nuevo unas cervezas entre los músicos.

—¿Y la lista de nombres?

—Deme un par de horas. —El asistente deslizó la vista por el recinto de la fiesta y bajó la voz—. Aquí tengo reunida a toda la gente con la que quiero hablar. Y cuanto más se emborrachen, más hablarán.

—Entonces ¡a trabajar! Este mediodía necesito nombres que dar a Berlín El comisario jefe Böhm ya ha pedido información.

Kowalski asintió y señaló hacia delante. El jefe del distrito, Wachsmann, se había levantado de la mesa, se abrochó la chaqueta, subió los escalones del monumento y se acercó al micrófono que había detrás de la tribuna. La ceremonia oficial con que Treuburg celebraba el resultado del plebiscito de 1920 había empezado y los cuchicheos de las mesas donde se bebía cerveza enmudecieron en cuanto se oyeron los primeros sonidos por los altavoces. El jefe del distrito se dio por satisfecho con un saludo; se dedicó principalmente a enumerar los nombres de todos los notables presentes y hacer lo posible por no olvidarse de ninguno. Rath se alegró de oír que el doctor Wachsmann hablaba también en nombre del alcalde y que no tendría que aguantarlo todo otra vez.

—Saludo también expresamente —decía el jefe del distrito después de haber agotado la lista de notables— a los huéspedes del Oeste que aquí y ahora comparten con nosotros esta celebración y que nos muestran con ello que, a pesar del Corredor que divide nuestra patria, seguimos perteneciendo al Reich, al Reich alemán, la lealtad al cual dimos a conocer hace exactamente doce años. Señoras y caballeros, saludo a las familias de Berlín y Pomerania que desde hace años pasan las vacaciones en la hermosa Masuria y con ello nos muestran de modo constante su afecto. Y con el mismo cariño saludo a todos aquellos que hoy por vez primera festejan con nosotros el aniversario del plebiscito. ¡Ojalá vuelvan! ¡Ojalá vuelvan el año que viene, dentro de diez años, de veinte años y de cincuenta años! —El jefe del distrito deslizó la mirada por las filas como un predicador ambulante que da la bienvenida a los recién bautizados—. Y ahora, ¡saluden conmigo a un hombre que hace doce años luchó de manera inquebrantable para apagar el ansia de Polonia por apropiarse nuestra tierra! Damas y caballeros, ¡un aplauso para Gustav Wengler!

El jefe del distrito se retiró y desde la parte posterior del monumento avanzó el director Wengler, también vestido para la ocasión con un *stresemann* y sombrero de copa, y se dirigió a paso lento hacia la tribuna. Esto era sin duda

más efectista que subir desde la mesa. Rath no pudo evitar sonreír ante la idea de que Wengler debía de haber estado esperando, con el discurso bajo el brazo, detrás de un árbol o de una columna a hacer su aparición. Pero la gente no parecía darse cuenta de la artificialidad de esa escenificación, vitorearon al patrón de Luisenhöhe como si fuera un tribuno romano. Rath aplaudió aplicadamente con todos, aunque en realidad se sentía incómodo haciéndolo. No se llevaba bien con ese *pathos* nacional que chorreaba del discurso de Wachsmann y que era evidente que también pertenecía al repertorio de Gustav Wengler. Todo ello ya quedó claro con las primeras frases salpicadas de palabras como «nuestra tierra», «patria» o «lealtad».

No obstante, el director era indiscutiblemente mejor orador. Esto que sorprendió a Rath, que siempre había pensado que el talento para la oratoria era lo más importante que un político tenía que mostrar. Pero tal vez Wengler también fuera mejor político que Wachsmann. El empresario parecía ser algo así como el gobernante oculto de esa ciudad. Tal vez ni siquiera secreto.

—Todos nosotros sabemos lo que ocurrió hace doce años —dijo Wengler—. A muchos les parece hoy que se da por entendido que Masuria haya seguido siendo alemana, pero no es así, tuvimos que luchar por ello. Polonia quería arrebatar nos nuestra amada tierra, Polonia lo hizo todo para lograrlo, sembró el odio y la discordia entre nosotros...

Rath pensó en las palabras de Rammoser, acerca de que fue Wengler y su grupo de matones quienes sembraron entonces el odio y la discordia en la ciudad. ¿Cuántos de ellos llevaban ahora una camisa parda? Las SA de Treuburg, que ocupaban toda una mesa, escuchaban las palabras de Wengler todavía con mayor atención que el resto de la gente. Sin embargo, no pudo descubrir en el propietario de Luisenhöhe ninguna cruz gamada, ni siquiera ese pequeño alfiler en la solapa que con tanta satisfacción lucían los compañeros de partido de Hitler. A lo mejor él no era miembro del partido, a lo mejor utilizaba a las SA solo para conseguir sus objetivos. Algo así como Johann Marlow en Berlín, que gobernaba la Ringverein de la Berolina, una de las organizaciones de

delincuentes más poderosas de la ciudad sin haber sido nunca miembro de ella. Y, a ojos de Rath, las SA no eran mucho más que una banda de delincuentes, al menos en Berlín. Allí en Treuburg parecía ser distinto, aquí la gente de las SA casi parecía pacífica, todos sentados frente a sus vasos de cerveza.

—Pero la cuenta con los polacos no se ha saldado —prosiguió Wengler—. Los de Treuburg nos resistimos a sus argucias, nosotros nos declaramos en favor del Reich, con una lealtad firme e inquebrantable. ¡No arrojamos la toalla! Pese a que la propaganda polaca con sus mentiras incluso causó la pérdida de una vida humana. —El director hizo una pausa, breve pero efectista—. La mayoría de los presentes saben a qué me refiero. A una mujer de nuestro entorno, una mujer que dio su vida por su adhesión a Prusia y a Alemania. Ese día en que se decidió nuestro destino, el destino de nuestra ciudad y de nuestro distrito, el destino de toda Masuria, también se decidió el destino de esa mujer. —Ahora su voz resonaba, de hecho, un poco tomada, como si el recuerdo lo abrumara.

En la plaza reinaba un silencio absoluto. Rath echó un vistazo a su alrededor.

La gente miraba hacia delante hechizada, algunas mujeres se secaban los ojos con el pañuelo. Incluso en la mesa de los maestros todos parecían pensativos, hasta Rammoser, aunque las arrugas escépticas que se habían formado alrededor de su boca indicaban que no estaba de acuerdo con todo lo que Wengler decía. El semblante de la bibliotecaria era más inequívoco: Maria Cofalka observaba a Gustav Wengler con una expresión de verdadera repugnancia, cuando no de auténtico odio y asco. Rath la entendía bien. La teatralidad de su actuación también a él le repelía. Miraba el semblante de Wengler y no estaba seguro de hasta qué punto eran auténticos sus sentimientos o si no eran simplemente los medios para alcanzar el objetivo de dar más énfasis a su discurso anual.

—Señoras y señores —anunció el empresario—, les pido que se levanten de sus sitios y dediquen un minuto de silencio a la difunta Anna von Mathée.

Cuando todos se levantaron se produjo cierto alboroto, seguido de algún carraspeo, toses o murmullos, luego reinó el silencio, silencio de verdad, como en la iglesia, solo se escuchaba el susurro del viento en las copas de los árboles.

Rath contempló los rostros graves. La muerte de Anna von Mathée parecía seguir conmoviendo a todos incluso doce años después del día de su fallecimiento.

—Creo que la mayoría de los presentes conocen la historia de Anna —siguió diciendo Wengler—, la mayoría de los presentes saben cómo la asesinaron. Que el día del plebiscito, uno de esos elementos que se había internado en nuestra región para robarnos nuestra tierra la mató. La mayoría de los aquí presentes saben que Anna era mi prometida y que su muerte me dio todas las razones para odiar al asesino. Pero hoy no quiero hablar de odio, sino de amor. Y no de pasado, sino de futuro.

El amor del que Wengler había anunciado que hablaría era solo el amor a la patria y el futuro que invocaba era uno que gustaba sobre todo a los camisas pardas del público. Y en contra de lo que había anunciado, el presidente de la Oficina de Propaganda no dejó descansar el pasado, habló de «heridas sin cerrar», su perífrasis para el Corredor, «esa cuña que se ha colocado entre el alma prusiana y el cuerpo prusiano». Hizo de nuevo una pausa en el lugar conveniente.

—¡Nos han separado de la patria, pero nunca podrán arrancarnos del pecho el corazón alemán! Un día volveremos a estar unidos al Reich y se borrará la vergüenza impuesta por el Tratado de Versalles.

Rath ya conocía en Berlín estos discursos sobre el Corredor; cuando un orador tocaba ese tema, siempre podía esperar la aprobación total del público, sin importar que fuera burgués o proletario, de izquierdas, de derechas o liberal; pero unos gritos de júbilo tan desaforados como los que surgieron entre los habitantes de Treuburg cuando Wengler terminó su discurso nunca los había oído. Lentamente empezó a comprender por qué los nazis, que satisfacían a las masas utilizando los mismos métodos propagandísticos que Wengler, tenían una resonancia tan grande en Masuria. Si bien los masurianos mismos, con sus raíces polacas, no encajaban en absoluto con la concepción del mundo del movimiento populista.

Después del discurso comenzó el anunciado concierto en la plaza y de nuevo hubo mucho ruido; tanto, que era imposible oírse a uno mismo. Rath se acabó la cerveza, luego se despidió de Kowalski y dio unos golpecitos a su reloj.

—Una hora —advirtió—, luego necesito nombres para Berlín.

Kowalski asintió.

Rath se paseó por el recinto de la feria. No era el único que prefería renunciar al concierto de la banda de música. Delante del tióvivo, las madres esperaban pacientes a sus hijos, y un par de puestos más allá unos chicos competían en el martillo de feria para medir sus fuerzas e impresionar a las chiquillas. Uno de ellos había golpeado con impulso suficiente para catapultar el indicador hasta la campana y entre los vítores de sus compañeros fue premiado con el beso de su chica. Rath reconoció las trenzas rubias de Hella y el uniforme pardo de las SA. Su amigo no era el único camisa parda de la feria; sobre todo los más jóvenes habían dejado el concierto y estaban delante del martillo de fuerza y del puesto de tiro, ninguno tenía más de veinticinco años. También los que estaban en el puesto de tiro se encontraban rodeados de beldades del lugar. Al verlos, Rath pensó que era obvio que los uniformes seguían siendo importantes en Alemania, aunque solo tuvieran por objeto impresionar al sexo femenino. En una fiesta renana en la que también había competición de tiro, los jóvenes tiradores se pavoneaban de igual modo, con su uniforme delante de las miradas embelesadas de las muchachas. Solo que los chicos de la fiesta del plebiscito de Treuburg no pertenecían a ninguna asociación de tiradores, sino a un grupo político de matones que hasta hacía poco todavía estaba prohibido.

No pudo evitar pensar en los carteles comunistas. Los jóvenes que ahora estaban en el puesto de tiro los habían arrancado ante la admiración de sus chicas. Y los pobres desgraciados que los habían pegado tenían que hacerlo protegidos por la oscuridad.

El olor a almendras tostadas y a pan de especias dulces lo condujo a aromas más sustanciosos y se pidió una salchicha de Cracovia en el puesto que tocaba. Por lo visto las salchichas polacas todavía tenían demanda en Masuria pese al

resentimiento que Wengler y los suyos propagaban por el lugar. Hincó el diente, no sabía mal.

—¡Que aproveche, señor comisario!

Se dio media vuelta. Detrás de él estaba Karl Rammoser.

—¿Quiere una? —preguntó Rath—. Le invito.

—Gracias. Ya me han invitado a comer. Un par de compañeros y amigos.

—Bien, puede que en otro momento pueda compensarle por su licor destilado en casa.

—Sería un placer.

—Aquí hasta las SA van de fiesta en uniforme —comentó Rath, señalando con la salchicha al amigo con camisa parda de Hella.

—¿Klaus Fabeck y sus chicos? Prefiero que aparezcan por la fiesta con los uniformes recién planchados a que vayan de civil pegándose con los comunistas.

—Sería bastante deshonesto, habiendo solo dos comunistas en la localidad. Y no sé cuántos nazis.

Rammoser cambió de tema.

—Maria me ha contado que estuvo usted en la biblioteca.

—Sí, por Radlewski.

—¿Todavía sospecha del pobre Artur?

—Si estuviera delante de mí y me asegurase de forma verosímil que no ha salido de Prusia Oriental en los últimos meses, ya no sospecharía de él.

—Maria está preocupada por Artur. Ella también opina que recela usted de la persona equivocada. Y conoce a Artur Radlewski mejor que cualquier otra persona del distrito de Oletzko.

—Me lo imagino. Estuvo enamorada de él, ¿no es cierto?

Rammoser se encogió de hombros.

—Soy demasiado joven para conocer la historia exactamente, pero creo que en la escuela estaba loca por él.

—Y a lo mejor todavía lo está.

—Tal vez.

Rammoser miró hacia la mesa de los notables del lugar, donde Gustav Wengler era sin lugar a dudas el punto central, el sol alrededor del cual giraban todos los demás.

—¿Qué le ha parecido el discurso de nuestro presidente de la Oficina de Propaganda?

—Impresionante. —A Rath no se le ocurrió otra respuesta más diplomática.

—Muchos sostienen que Wengler es el mejor orador del distrito y que en realidad debería meterse en política.

—En fin —contestó Rath—, si la política significa contar a la gente lo que quiere oír y ganarse con ello su simpatía, entonces es sin duda un buen político.

—Pero por lo visto, para él es más importante su destilería que la carrera política.

—Puede que sea mejor así, de este modo no podrá ocasionar tantos daños.

—Aquí a la gente le gusta lo que dice.

—Aún peor. A eso me refiero. ¿No debería pactar de una vez la paz con los polacos? Son sus vecinos.

—A mí no tiene que decírmelo. —Rammoser hizo un gesto de impotencia—. Pero si conoce la historia de Wengler, su odio se llega al menos a entender.

—Puede ser. Pero encuentro que es de muy mal gusto que no tenga escrúpulos para servirse de lo que le ocurrió a él personalmente en favor del efecto que quiere causar, que lo... lo... a ver, ¿cómo se dice?

—Lo instrumentalice —respondió el maestro rural—, ¿se refiere a eso?

—Sí, algo así —convino Rath—. En cualquier caso se encarga de que toda la ciudad esté impregnada de su odio. Y de hecho lo considero peligroso cuando veo cómo las personas lo vitorean. Y qué personas.

—Ha de entender a la gente, tiene miedo de que allá en el Reich se olviden de ella.

—No se preocupe, allá en el Reich se critica tanto el Corredor como aquí. Pero en Berlín los que llevan la cruz gamada no son toda la población, como parece ser aquí el caso.

—Eso —apuntó Rammoser—, tal vez sea porque Berlín no es un pueblo.

Estaba ingresado en el hospital pero no parecía haber sufrido ningún daño irreversible. Menos mal. Al pobre Erwin Scholz también le habían extraído sangre y ahora el agente yacía en la cama con la cara mortecina y el tono de su piel apenas se distinguía del color de las sábanas.

Sin embargo, nada había podido evitar el análisis de sangre, en eso Gräf y Böhm eran de la misma opinión, tenían que saber qué era lo que había dejado fuera de combate al agente. El secretario de la Policía Criminal habría apostado a que los análisis revelarían una forma de curare u otro veneno indígena. A esas alturas, Lange y él ya se habían convertido en expertos del veneno para flechas de los indios sudamericanos; aunque no habían conseguido averiguar de dónde procedía esa sustancia que había matado a Lamkau y a los otros sujetos de Prusia Oriental. Y eso que el diligente aspirante a comisario hasta había tomado prestados libros científicos y se los había estudiado a fondo para ahondar más en el asunto. En vano. El misterioso asesino posiblemente había preparado él mismo el veneno. Qué imagen tan terrorífica: un aprendiz de indio que corría invisible por Berlín e iba matando a gente.

Erwin Scholz todavía no sabía nada de todo ello. Lamentablemente, el agente tampoco sabía lo que le había ocurrido antes de que un hombre de la limpieza lo descubriera en medio de la noche en los lavabos de caballeros de la estación de Potsdam.

—Ha tenido el cuerpo anestesiado durante horas, su circulación todavía no se

ha recuperado —había dicho el doctor antes de dejar entrar a Gräf en la habitación del agente—. Sea paciente con él.

Por desgracia, lo único que en esos momentos no tenían era paciencia.

Ese indio loco había vuelto a atacar el día anterior. Y esta vez había aniquilado a un compañero de trabajo.

Como consecuencia, el mismo Gennat en persona había reforzado con personal el grupo de investigación Patria. Todos los agentes de la brigada de Homicidios estaban a disposición de Böhm, salvo una excepción: el grupo de investigación Fantasma; a este, el Buda no lo había tocado. Aparentemente, y por la razón que fuera, el gordo era un incondicional de Dettmann,

Böhm estaba a punto de ordenar a Gereon Rath que regresara de Prusia Oriental, pero todavía no había podido contactar con él. Reinhold Gräf se imaginaba por qué: Gereon Rath nunca había estado especialmente deseoso de hablar por teléfono con Wilhelm Böhm y era un maestro en el arte de eludir al comisario jefe. La mayoría de las veces solo porque no soportaba a Böhm, pero en otras ocasiones porque tenía una pista o una idea que no quería compartir con el obeso comisario jefe.

El día antes sí había compartido. Y había dado en el clavo con su presentimiento. También la prensa de la capital se había enterado del asunto. Un muerto en medio de la Potsdamer Platz no era algo fácil de ocultar. Había sido mucha la gente que había sufrido el caos del tráfico y demasiada la que había visto aparcar el coche de Homicidios bajo la torre con los semáforos.

Así entre los almohadones, ese pálido agente daba lástima, pero Gräf no podía tomarlo en consideración. Sacó su libreta de apuntes y empezó.

—¿Conocía bien al sargento Wengler?

En la cama se dibujó un gesto de ignorancia.

—Como se conoce a un compañero de trabajo. Fue el que me dio instrucciones en la torre. Me explicó los aparatos.

—¿Hay mucho que explicar?

—En realidad, no. Pero Wengler... En fin, ya sabe, la generación anterior

siempre tiene problemas con la técnica. Parecía muy orgulloso de saber manejar los botones e interruptores de ahí arriba.

—¿Estuvo alguna vez en casa de Wengler?

—No.

—¿Sabe dónde vive?

—Creo que en Schöneberg.

—Se mudó. Hace un par de semanas.

—¿Se mudó? ¿Adónde?

—Desafortunadamente, no lo sabemos. Esperaba que me lo dijera usted.

El día anterior por la tarde, Gräf, acompañado de un grupo de criminalistas, había llamado al timbre de la Feurigstrasse, el domicilio particular de Wengler, tal como constaba en la ficha personal de la Policía de Tráfico. La patrona había mirado desconfiada a través de la rendija de la puerta. No era extraño. Eran las nueve pasadas y delante de la puerta había cinco hombres cuyo aspecto no despertaba ninguna confianza, ni por su ropa arrugada, en la que se veía que quienes la llevaban se habían estado arrastrando de rodillas por el suelo, ni por sus rostros fatigados y hoscos.

—¿Policía? ¿Qué quieren de mí?

—De usted nada, queremos ir al piso de su inquilino Siegbert Wengler. Tenemos que echar un vistazo en su vivienda.

—Entonces están en la dirección equivocada. Ya no vive aquí.

Resultó que Siegbert Wengler se había marchado de allí hacía cuatro semanas y nadie conocía su nuevo domicilio, ni su antigua patrona, con la que casi había pasado ocho años, ni sus compañeros en la Policía de Tráfico. El difunto sargento no parecía haber tenido amigos íntimos entre sus compañeros de trabajo o al menos los funcionarios con los que Gräf había podido hablar no pertenecían a su círculo de amistades. Era evidente que el agente Scholz, tampoco.

—¿Es posible que su compañero se hubiera sentido amenazado por alguien?

—preguntó Gräf al hombre que yacía en la cama—. ¿Alguna vez dejó caer algún comentario al respecto? ¿Hay alguna razón por la que viviera tan aislado?

—Lo siento, señor secretario, pero el sargento Wengler no era especialmente hablador. ¿Tienen alguna sospecha de quién puede haberlo matado?

—Al parecer, el mismo que lo ha dejado a usted fuera de combate y le ha quitado el uniforme.

El rostro del agente empalideció un poco más.

El secretario sacó el dibujo que Lange había mandado hacer a partir de la declaración de un testigo el día anterior. Por desgracia, de ella solo había salido un retrato corriente; lo más llamativo de él era el chacó.

—¿Era quizá este hombre? A lo mejor se fijó en él en la estación. Una persona con un comportamiento sospechoso.

El agente Scholz observó largo rato el dibujo que Gräf le sostenía delante. Luego negó con la cabeza.

—Esa cara no me dice nada.

—Lástima. Pensaba que tal vez...

Scholz señaló el chacó dibujado.

—Este uniforme, ¿es el mío?

Gräf asintió y volvió a guardar el retrato.

—Me gustaría ayudarlo, pero no vi al hombre. Sentí que me sujetaban por detrás, un pinchazo en el cuello y luego lo vi todo negro.

—Pero sabe que era un hombre...

—Claro... ¿Cree usted que una mujer habría podido conmigo?

Gräf no dijo nada.

—Y además en los lavabos de caballeros. Una mujer allí enseguida habría atraído la curiosidad.

—¿Tiene usted alguna explicación de por qué nadie en la estación se dio cuenta de que lo habían atacado?

—Ni idea. En el momento en que eso sucedió creo que no había nadie más en los lavabos.

—¿En los de la estación?

—Sí. Siempre voy antes de empezar el turno. En la torre no hay ningún

lavamanos. Ni tampoco retrete. Uno tiene que tomar precauciones. Ahí no se puede trabajar si uno tiene problemas con la vejiga.

—Y por eso es usted precavido, entiendo. —Gräf tomó nota—. Siempre va a esos lavabos...

Scholz asintió.

—Vengo en el tren del Wannsee cuando tengo trabajo en la Potsdamer Platz, es el que me deja más cerca.

—Para que no lo malinterprete: ¿cada día utiliza usted los mismos aseos de la estación de Potsdam?

—Ya se lo he dicho. —El pálido agente parecía sentirse incómodo—. ¿Tan importante es eso?

—Ya veremos —respondió Gräf.

No quería agobiar al hombre que estaba en cama con ese descubrimiento, pero por lo visto el desconocido ya llevaba días, o tal vez semanas, esperando la oportunidad de quitarle al agente Scholz el uniforme y con él conseguir entrar en la torre de tráfico.

¡Menuda mierda!

Rath habría dado un portazo después de colgar, pero las cabinas de la Oficina de Correos de Treuburg estaban provistas de puertas batientes.

¿Es que nada funcionaba en Berlín cuando él mismo no estaba allí presente?

Al menos ahora sabía por qué la noche anterior no había podido ponerse en contacto con Charly.

Y por qué Böhm quería hablar con él.

Kowalski esperaba fuera en el coche.

—¿Y, señor comisario? —preguntó el asistente, apartándose del guardabarros—, ¿qué dice Berlín? ¿Está satisfecho con nuestro trabajo?

—Subamos al coche.

Kowalski se dio cuenta de que algo no iba bien. Sin hacer ningún comentario más, obedeció.

Rath se sentó en el asiento del acompañante. En esta ocasión sí cerró la puerta dando un golpe.

—¿Qué sucede? —insistió el asistente—. ¿No está satisfecho Berlín con nosotros?

A la una en punto, Kowalski había entregado cinco nombres, cinco empleados de la destilería de Luisenhöhe en el año 1924, a los que el cotilleo de la ciudad de provincias señalaba como involucrados en el escándalo de la destilería ilegal. Dos de ellos se habían ido, tres todavía vivían en Treuburg. Y seguían trabajando

en la destilería, entre ellos Dietrich Assmann, el jefe ejecutivo que precisamente estaba en Berlín en viaje de negocios.

—Su lista de nombres está muy bien, buen trabajo, Kowalski.

En efecto, Böhm había tomado nota minuciosamente de cada uno de los nombres. En Berlín no iba a permitirse cometer ningún error más. Era probable que el departamento de Búsquedas ya estuviera trabajando a todo gas.

Mientras Kowalski arrancaba el Wanderer, Rath miraba a través de la ventana. Los comunistas habían vuelto a colgar carteles: ¡CONTRA EL FASCISMO! ¡LUCHA CON LOS COMUNISTAS! ¡VOTALA LISTA 3! Era evidente que esta vez lo habían hecho a la luz del día, el lema electoral todavía brillaba a causa de la humedad de la cola. Pero eso no era un problema, ese día la plaza del mercado de Treuburg estaba tan muerta como a medianoche y en el centro una pila de leña esperaba a que la encendieran. Era como si la ciudad todavía estuviera buscando a la bruja o el hereje que había de ser quemado en la hoguera.

—¿Qué sucede, señor comisario? Si Berlín está contento con nuestro trabajo, ¿por qué está de tan mal humor?

Rath miró al asistente.

—Kowalski —dijo—, ¿ha tenido alguna vez que comunicar el fallecimiento de alguien?

Kowalski empalideció.

No obstante, Gustav Wengler reaccionó contenido. Más contenido, en cualquier caso, de lo que el comisario se había atrevido a esperar. Casi como si hubiera estado esperando una noticia así. Habían tenido que ir a sacar al director de la carpa, de la mesa que compartía con sus empleados y en la que reinaba un ambiente relajado.

Rath había desembuchado la noticia cuando estaban algo alejados del barullo de la fiesta, en el parque Hindenburg. Se la había comunicado tal como Gennat se lo había enseñado: no de golpe y porrazo, pero tampoco dilatando demasiado la espera.

—He de comunicarle una triste noticia —empezó—. Su hermano, en Berlín...

Gustav Wengler ya lo había entendido, había buscado en el bolsillo la pitillera y había sacado un cigarrillo.

—Lo siento, señor Wengler, pero su hermano ha muerto. Lo han asesinado mientras estaba de servicio. —La noticia definitiva.

El director guardó silencio un rato, sostuvo el cigarrillo entre los labios y buscó encendedor y cerillas en los bolsillos sin encontrarlos. Rath le dio fuego, él mismo se encendió un Overstolz y le contó cuándo y dónde había muerto el sargento Siegbert Wengler.

«No hagan inmediatamente preguntas. Dejen que la gente hable cuando noten que quieren hablar. Si no lo hacen, hablen ustedes.» El siguiente consejo de Gennat acerca de cómo comportarse después de dar la noticia.

Wengler no quería hablar.

—Sospechamos que fue el mismo autor que ya mató a sus antiguos trabajadores.

El director asintió y dio una profunda calada.

—¿Artur Radlewski? —preguntó.

—Al parecer, sí. Solo que no contamos con ninguna pista de él. Parece como si tuviera la capacidad de hacerse invisible.

—¿Asesinado en acto de servicio, me ha dicho?

Rath asintió. No dijo más. Quería ahorrarle los detalles a Wengler.

—Siento importarlo con esta mala noticia precisamente cuando celebra una fiesta que ya está vinculada a tristes recuerdos para usted.

Kowalski se mantenía todo el tiempo en segundo término. Rath se percató de que no se sentía cómodo en esa situación. No era extraño, había conocido a Siegbert Wengler cuando todavía era policía. Y diez años atrás, su hermano ya era un hombre importante en esa ciudad.

—Tenemos que hacerle un par de preguntas, señor Wengler —advirtió Rath.

—Hágalas. Solo está usted cumpliendo su obligación.

—Tenemos unos cuantos nombres. Personas vinculadas también al escándalo de los destiladores clandestinos. Quiero pedirle que nos ayude a encontrarlas.

Queremos avisarlas y protegerlas en la medida de lo posible. Para que no haya más muertes.

Wengler asintió y cogió la lista que Kowalski le tendía.

—Assmann está en Berlín —dijo—. Y tengo que comprobar dónde pueden encontrarse los otros.

—Gracias. —Rath esperó a que Wengler doblara el papel y se lo guardase antes de plantearle la siguiente pregunta—. Su hermano, ¿es posible que sospechase que corría peligro?

—Que yo sepa, no. Aunque tampoco hablábamos muy a menudo. Al menos estos últimos años. —Wengler movió la cabeza—. Maldita sea. Con qué rapidez uno deja de vivir. Simplemente deja de estar ahí.

—¿Sabía que hace poco su hermano se había mudado?

—¿Ya no vive en Schöneberg?

Rath negó con la cabeza.

—No. Había esperado que tal vez usted nos diera su nueva dirección. Por lo visto su hermano no le dijo a nadie adónde se mudaba. Se diría que estaba escondiéndose. Al mismo tiempo, iba cada día al trabajo como si no pasara nada.

Wengler dio una calada y miró a lo lejos pensativo, al tumulto de la fiesta en el monumento a los caídos, donde los habitantes de la ciudad se emborrachaban con los productos de su destilería.

—¿Y usted cree que se retiró porque se sentía amenazado?

Rath asintió.

—En el trabajo se sentía seguro y creyó que no tenía nada que temer.

—Un error, evidentemente.

—Evidentemente. ¿Podría mencionarnos a algún amigo de su hermano? ¿Gente a la que tal vez haya facilitado su nueva dirección?

—Me temo que no voy a poder ayudarlo. Siegbert nunca tuvo muchos amigos.

—Wengler pisó la colilla—. Ahora, si me lo permiten. Me gustaría quedarme un momento solo.

Rath y Kowalski siguieron a Gustav Wengler con la mirada cuando este se

dirigió hacia la orilla del lago, a solas consigo mismo y sus pensamientos. El gran hombre de Treuberg parecía estar bastante solo.

Manfred Unger estaba sentado como de costumbre en su despacho, detrás del ventanal, y se la quedó mirando con los ojos redondos como platos cuando ella apareció en la cocina central, con un retraso de entre cuatro y cinco horas y en compañía de un solo hombre. Su cerebro necesitó unos minutos para elaborar lo que estaba viendo, luego, el jefe de cocina se levantó del escritorio con el mismo ímpetu con que salta el muñeco de una caja sorpresa, se precipitó a la puerta y la abrió de par en par.

—¿Se puede saber qué se ha creído usted que hace aquí? —gritó a Charly—. ¿Sabe lo tarde que es? ¡Ya puede volver a marcharse por donde ha venido! ¡Y recoja sus papeles!

—Nos vamos enseguida, señor Unger. —Lange sacó sus credenciales y entonces el jefe de cocina comprendió de qué conocía al acompañante de Charly—. Aunque va a venir usted con nosotros.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Está usted bajo sospecha. Varios casos de extorsión. Le pido por favor que nos siga discretamente. Creo que también es mejor para usted provocar el menor revuelo posible.

—Pero... —Unger señaló la cocina central, su imperio—. El trabajo...

—Ya se solucionará, señor Unger —intervino Charly—. Hay muchísima gente que hará todo lo posible por ocupar un puesto en la Casa Patria. Basta con salir a buscarla a la calle.

Unger se la quedó mirando. No acababa de entender qué función

desempeñaba ella allí. Miró a Lange.

—¿Me ha denunciado esta golfa? A esta no le hagan ni caso. La amiguita de los negros solo quiere ponerme a caldo.

—Le aconsejo que cuide su vocabulario —dijo Lange—. «Esta golfa», como acaba de llamar inconvenientemente a la señorita Ritter, es agente de la Policía Criminal.

—¿Cómo dice? —Unger se la quedó mirando con la boca abierta, lo que no le daba un aspecto especialmente inteligente.

—La señorita Ritter es aspirante a comisaria —explicó Lange.

—¿En qué mundo estamos viviendo? —dijo el cocinero moviendo la cabeza—. ¡Mujeres en la Policía!

—Vale más que se vaya acostumbrando, señor Unger —señaló Lange—. En los próximos días es probable que vea a la compañera Ritter con mayor frecuencia.

—¡Qué mundo este! Al final hasta puede que a los sociatas se les ocurra que una mujer llegue a ser ministra. O incluso canciller.

—Si sigue usted expresándose de este modo, señor Unger, hago venir a un grupo de agentes de uniforme, que le esposarán y le pondrán el despacho patas arriba. —Lange sacó del bolsillo un par de escritos oficiales—. La orden de registro y la orden de detención me dan derecho a hacerlo. —Sonrió al cocinero—. Así que dese usted por informado y entonces podremos llevar a término todo esto de forma discreta.

Unger no volvió a rechistar.

Cerraron la puerta del despacho y colocaron al cocinero en una silla, junto a la cual se instaló Lange, mientras Charly llenaba dos cajas de cartón con archivos y con el contenido del escritorio de Unger. El jefe de cocina callaba y le lanzaba miradas envenenadas. A través del gran ventanal, Charly veía que casi todos los empleados de la cocina se habían dado cuenta de que en el despacho del jefe pasaba algo raro: todos seguían trabajando como si no ocurriese nada, pero de vez en cuando se arriesgaban a mirar prudentemente de reojo.

Lange cogió una de las pesadas cajas, la otra tenía que llevarla Unger.

—¡Esto no es cosa mía! —exclamó. Era demasiado para él.

—Bien —dijo Lange—. ¿Señorita Ritter? Llame por favor a la comisaría dieciséis y pida un par de agentes para que nos ayuden con este sospechoso renuente. Y a llevar las cajas.

Charly ya había cogido el auricular y colocado el dedo índice en el dial cuando Unger cambió de opinión. Cogió una caja del escritorio con cara de ofendido.

Charly les abrió la puerta y dejaron el despacho. En el reloj de control se encontraron con un hombre gordo que se estaba poniendo un gorro de cocinero. Unger se lo quedó mirando.

—Fritzsche, ¿qué hace usted aquí?

El gordo sonrió turbado.

—El director Fleischer me ha llamado —respondió—, dice que hoy tengo que sustituirle.

—Prepárese para una sustitución algo más larga —señaló Lange.

Después dejaron la cocina central de la Casa Patria. Con la caja de cartón delante del pecho, Manfred Unger parecía un empleado al que acababan de echar a la calle.

Detrás del monumento a los caídos, sobre el puente que pasaba por encima de los raíles del ferrocarril de vía estrecha, el alboroto de la fiesta se transformaba en un murmullo lejano. El ambiente del recinto festivo ya no tenía mucho en común con el discurso matinal cargado de patriotismo, la gente reía, metía ruido y se divertía, los primeros borrachos consumados tenían la mirada fija o intentaban llegar a su casa tambaleándose. Probablemente no tardarían en producirse las primeras peleas y, más tarde, en algún momento, nacerían algunas nuevas parejitas de enamorados. Sin toda esta pompa patriótica eso no era más que una fiesta de pueblo normal y corriente.

Se había retirado un poco, estaba en la barandilla, golpeaba un Overstolz contra la tapa de la pitillera y miraba más allá del gran recinto deportivo hacia el lago y la piscina municipal. Había enviado a Kowalski a buscar a Adamek para recordarle su cita mientras todavía se pudiera hablar con él. Se alegraba de estar un momento a solas. Tener que contarle a alguien que un pariente o un amigo había muerto y que, además, había sido una muerte violenta era una parte de su trabajo que odiaba. Incluso si ese alguien era un tipo escurridizo como Gustav Wengler.

Encendió el cigarrillo y arrojó la cerilla sobre los raíles del ferrocarril. No había oído ningún paso y se sobresaltó cuando le hablaron.

—Disculpe la molestia, señor comisario, ¿podría dedicarme unos minutos de su tiempo?

Maria Cofalka, la bibliotecaria, estaba a su lado, mirándolo, no tan tímida

como él la conocía. Ni tampoco tan sobria.

—Bueno, solo si le va bien ahora...

—¡Claro que sí! —Rath intentó ser amable pese a que ella lo había arrancado de sus pensamientos y de su tranquilidad—. ¿Se le ha ocurrido algo acerca de Artur Radlewski?

—Más o menos. —Maria Cofalka sonrió y de repente se quitó diez años de encima. Probablemente los diez años que el moño la envejecía—. Karl dice que se puede confiar en usted. Me refiero al señor Rammoser.

—Me honra que lo diga. ¿Hay algo, entonces, que quiera contarme en confianza?

—A lo mejor —respondió, y guardó un momento de silencio—. ¿Qué opina usted del señor Wengler? —preguntó.

Rath se encogió de hombros.

—En mi profesión no importa lo que yo opine de la gente. Sino de lo que hayan hecho. Y de lo que podrían contarme.

—En eso es posible que tenga razón —convino pensativa—. ¿Qué era eso tan importante que Wengler tenía que hablar con usted antes?

—¿Nos ha estado observando?

—He visto por casualidad que paseaban por el parque.

—Entenderá que yo no comparta con usted nuestra conversación. Solo esto: él no tenía nada que decirme, yo debía darle a él una mala noticia.

—Oh, lo siento. —Parecía sorprendida—. ¿Su hermano?

—Sí. ¿Por qué lo dice?

—Sospecha que Artur ha asesinado a un par de destiladores clandestinos, ¿no es así? Y que es responsable de la muerte de su madre.

Rath asintió.

—Él no haría algo así, puede creerme. Artur siempre dio plena libertad a los destiladores clandestinos de Wengler, aunque ellos confeccionaban su matarratas y hacían contrabando en su bosque. Él se mantiene apartado de sus negocios.

—El concepto de destiladores clandestinos «de Wengler» no es del todo

correcto. Gustav Wengler no tenía nada que ver con esas historias.

—Sí, esa es la impresión que pretende dar. —Lo miró—. Señor comisario, no debe dar crédito a todo lo que Gustav Wengler le cuenta.

—Ese hombre no es especialmente de su agrado, ¿estoy en lo cierto?

—Tengo mis razones.

—A lo mejor debería explicármelas.

—Para eso estoy aquí. —Era evidente que le costaba un gran esfuerzo contarle lo que deseaba; miró a su alrededor para comprobar que nadie los estaba escuchando—. No crea a Gustav Wengler, señor comisario, las historias que cuenta, esas historias sobre su prometida y su muerte son todas mentira.

—¿Bajamos al lago? —preguntó Rath—. Ahí estaremos solos.

Ella asintió.

—Disculpe que le hable así. En realidad no es propio de mí criticar a otras personas. —Se volvió hacia el monumento a los caídos del que, a medida que se acercaban a la orilla del lago, cada vez surgía menos bullicio—. Pero tengo la sensación de que en esta ciudad ya nadie distingue quién es bueno y quién es malo.

—¿Y Gustav Wengler es malo?

Ella asintió sin dudarlo ni un segundo.

—Sí —respondió—. Gustav Wengler es un gran hipócrita. Llevó a prisión a un inocente. —Miró hacia el lago—. El Polack no mató a Anna von Mathée.

—¿Quién?

—El Polack. A quien Wengler siempre describe como si hubiera sido un insidioso agitador polaco.

—¿Polack? ¿No lo dice todo el nombre?

—El nombre no dice nada, se lo pusieron Wengler y sus hombres. En realidad se llamaba Polakowski.

—¿Se llamaba?

—Está muerto. Murió al intentar fugarse del presidio de Wartenburg. —Bajó la cabeza—. Está enterrado en el cementerio que hay junto al lago...

—El católico...

—Ser católico fue su primer error, además de su nombre polaco. Al menos a los ojos de la Oficina de Propaganda. Y el segundo, que no quería implicarse en la histeria colectiva y en el odio a Polonia que hace doce años se propagó por aquí.

—Entonces ¿no pertenecía a la Oficina de Agitación polaca?

—Era médico. Un joven médico asistente en nuestro hospital. En la Graudenzer Strasse.

—Es decir, un médico que abogó por la causa polaca...

—Ha caído usted en la trampa que Wengler le ha tendido, señor comisario. Entretanto, aquí todos se creen esa historia, pero Jakub Polakowski nunca abogó por la causa polaca, abogó por los seres humanos polacos.

—Disculpe. Sea más clara.

—Una vez hubo que tratar a las víctimas de una pelea, una de las muchas que se producían entonces en nuestra ciudad. En esa ocasión, además de la víctima, uno de la Oficina de Agitación polaca, también pillaron a uno de los agresores: Lamkau, uno de los seguidores de Wengler.

Rath asintió.

—El error de Polakowski fue que se ocupó primero de Roeska, de la Oficina de Agitación, que estaba inconsciente y con heridas graves. Y eso Lamkau, Wengler y los otros se lo tomaron a mal. Desde entonces el doctor Polakowski se convirtió en El Polack.

—¿Cómo sabe todo esto?

—Conocía al doctor. Venía con frecuencia a la biblioteca. Y puedo asegurarle que nunca pidió libros polacos de préstamo, aunque tenemos una buena cantidad, incluso hoy en día donde en Masuria solo se oye polaco tras las puertas cerradas.

—¿Y por qué me cuenta esta historia?

—Usted es policía. Tal vez se preocupe por la justicia. Jakub Polakowski no mató a Anna von Mathée, fue un oportuno chivo expiatorio. Cada año Wengler

cuenta esa mentira a la gente, que la escucha encantada. Así a nadie le remuerde la conciencia por lo que sucedió entonces, cuando los polacos eran mucho peores, incluso habían matado a alguien, mientras que aquí solo se los golpeó, se rompieron cristales y se encendieron pajaes.

Se expresaba con auténtica rabia.

—No sé si puedo hacer mucho por usted —dijo Rath—. ¿A quién ayuda desenterrar estas viejas historias? A Polakowski, en cualquier caso, no, está muerto.

—Siegbert Wengler lo detuvo entonces...

—Sí, ¿y?

—Sabía que Polakowski era inocente. Y Gustav Wengler también lo sabía.

—¿Cómo?

La bibliotecaria asintió.

—Y sin embargo ambos lo llevaron a los tribunales y declararon en su contra.

—Lo que me está contando son unas acusaciones enormes, espero que sea usted consciente de ello.

—Lo sé, señor comisario. Es la primera persona a quien le hablo de esto.

—¿Karl Rammoser no conoce esta historia?

Negó con la cabeza.

—Nadie en la ciudad la conoce. Nadie me creería. Es usted el primero a quien se la cuento.

—¿Y por qué piensa usted que voy a creerla?

—Me creerá.

Maria Cofalka sacó una carpeta de su bolso, una carpeta con papeles, algunos de los cuales parecían haberse mojado por lo amarillos y ondulados que estaban.

—Lea usted esto —dijo— y decida luego si no tiene que volver a revisar el expediente Polakowski.

Le tendió la carpeta. Rath se sintió un poco cogido por sorpresa. Había subestimado a la bibliotecaria.

—Señor comisario, tiene que prometerme una cosa —dijo Maria Cofalka—.

¡No le enseñe esto a nadie, no le diga a nadie cómo lo ha obtenido! A nadie de aquí, tampoco a Karl Rammoser.

—No sé, yo...

—Cuídelo bien. —Le dirigió una mirada suplicante—. Son... son en realidad cosas muy íntimas, no me resulta fácil desprenderme de ellas, pero tratan de la verdad, y para ello hay que sacrificarse. Tómese su tiempo y léalo. Se lo pido.

Rath contempló el papel cubierto de una densa escritura.

—¿Qué demonios es esto?

—Esto es —respondió Maria Cofalka con una misteriosa expresión— la verdad sobre la muerte de Anna von Mathée.

La verdad sobre la muerte de Anna von Mathée no era sencilla de leer, estaba escrita con una letra diminuta y con garabatos. Y la tinta tampoco parecía ser de la mejor calidad, en algunos lugares estaba corrida o borrada.

Justo después de su encuentro con Maria Cofalka, Rath había echado un vistazo a la carpeta. En la medida de lo posible. Se había sentado en un banco junto a la orilla del lago y había estado hojeando los papeles, esforzándose por descifrar un par de líneas, pero eso más parecía un acertijo que una lectura. Solo llegaba a distinguir la firma que aparecía debajo de cada texto, incluso si no sabía el significado de la palabra. «Tokala» leía, y después de varias comparaciones estaba seguro de leerla correctamente, además de que la palabra surgía una y otra vez en el mismo texto. Ahí alguien hablaba de sí mismo en tercera persona. Y Rath ya sospechaba de quién se trataba.

«Tokala no vuelve con los seres humanos.» Era la primera frase que había logrado descifrar al cabo de una eternidad. Y, sin embargo, lo que Maria Cofalka le había confiado no eran cartas propiamente dichas, no tenían fechas ni encabezamientos, no tenían destinatario, solo la misma firma siempre.

Tendría que conseguir una lupa para leérselo todo, así no había manera. Rath cerró la carpeta y avanzó por la orilla del lago hacia la ciudad, pasó junto a la prefectura del distrito y llegó al cementerio católico, que era claramente más pequeño que el protestante, pero, a cambio, mucho más bonito, detrás de una modesta iglesia católica y junto al lago. Rath no precisó de mucho tiempo para

encontrar la tumba de Jakub Polakowski, una sencilla cruz de hierro forjado; ninguna flor, nada que indicara que alguien cuidaba de ella.

FUERTE ES EL AMOR, COMO LA MUERTE, Y LOS CELOS TAN TENACES COMO EL INFIERNO.

SUS ASCUAS SON ARDIENTES Y UNA LLAMA DEL SEÑOR.

JAKUB POLAKOWSKI

18 DE MAYO DE 1895 - 22 DE AGOSTO DE 1930

¿Por qué estaría enterrado ese hombre en Treuburg precisamente, si era evidente que no tenía familiares o amigos que se ocuparan de su tumba? Rath se preguntaba por qué no lo habrían enterrado en Wartenburg, en el cementerio del presidio.

Jakub Polakowski solo tenía treinta y cinco años, no era mucho mayor que Rath. Una generación engañada. Probablemente había luchado en la Gran Guerra y apenas dos años después lo habían encarcelado. Por un asesinato que a lo mejor no había cometido. Si era cierto lo que afirmaba Maria Cofalka.

«Jakub Polakowski no mató a Anna von Mathée, fue un oportuno chivo expiatorio.»

Subió a la plaza del mercado, pero la papelería había cerrado, al igual que la librería. Casi todas las tiendas de la plaza del mercado tenían el cartel de CERRADO en la puerta, solo el *Treuburger Zeitung* estaba abierto.

—¿Una lupa? —preguntó la mujer tras el mostrador—. Creo que detrás, en redacción, hay una. No sé si puedo dársela. El señor Ziegler vendrá en cualquier momento. Mañana tiene que salir su artículo sobre la fiesta del plebiscito.

Rath sacó su carnet de policía.

—A lo mejor —dijo— puedo utilizar la lupa aquí mismo.

—Voy a ver.

La secretaria sonrió y se marchó hacia el fondo. Rath miró a su alrededor. Sobre una mesa junto a la pared se apilaban viejos volúmenes de periódicos del año 1920. Era evidente que el redactor Ziegler también se servía del archivo para

confeccionar la información actual. Rath hojeó con curiosidad las páginas y encontró un chiste sobre la Oficina de Agitación polaca, que tenía problemas para encontrar una «secretaria, porque ni los 500 marcos al mes que se ofrecían resultaban atractivos». Un comentario le permitió deducir lo impregnada de odio que debía de estar entonces la atmósfera: «Debemos sembrar el odio —leyó— y así como aprendemos a odiar a nuestros enemigos de fuera, también tenemos que castigar con nuestro odio y nuestro desprecio a los enemigos de dentro de Alemania. Las medias tintas son imposibles, solo a través de los extremos Alemania puede volver a ser lo que era antes de la guerra».

Esas líneas exudaban esa fanfarronería chovinista que tenía sus raíces en el imperio y también en la república, al menos todavía estaba bien vista en los ambientes nacionalistas y populistas. Rath había escuchado esa misma fanfarronería esa mañana en la fiesta del plebiscito, la misma fanfarronería había costado la vida a uno de sus hermanos y desterrado a otro.

La secretaria volvió con una enorme lupa en la mano.

—Esta servirá. Muchas gracias —dijo Rath, sentándose con la carpeta de Cofalka en la mesa de las visitas. Incluso con la lupa no era tan sencillo descifrar los papeles. Primero tenía que acostumbrarse a esa caligrafía llena de garabatos. Pero al cabo de un rato, funcionó.

No. Tokala no vuelve con los seres humanos, nunca volverá. Los seres humanos significarían su muerte, como han significado la muerte para su madre. La verdad debe abrirse camino sin él. Y lo hará, porque Winchinchala conoce la verdad y la mostrará al mundo a su manera. Ella conoce el mundo de los seres humanos y sabe cómo moverse en él, Tokala no lo sabe.

Winchinchala tiene que entenderlo. Él no puede volver, nunca volverá. Da igual lo que diga, lo encerrarán cuando lo detengan y encerrarlo es como matarlo, es todavía peor que la muerte. A Tokala no le queda otro remedio que seguir viviendo su vida, solo con la soledad y con su culpa.

Ha ocurrido lo que ha ocurrido en el lago pequeño. Niyaha Luta ha muerto, la mujer con las plumas rojas en el vestido, y nada le devolverá la vida. Tokala se ha marchado y ha vuelto demasiado tarde, nunca se lo perdonará. Si supiera cómo enmendar su error, lo haría.

Nunca olvidará cómo la ha visto tendida en el agua poco profunda de la orilla. El hombre malo se ha ido, ella vuelve a estar sola, su cuerpo nada más está ahí tendido, meciéndose levemente con las olas, sus

ojos miran el cielo azul y ya no ven nada. Su vestido está completamente desgarrado, entre sus piernas se rizan estrías de sangre en el agua.

Entonces Tokala oye la bicicleta en el bosque y se desliza de nuevo a su escondite, ve llegar al hombre de la bicicleta a la orilla, al hombre que Niyaha Luta esperaba en realidad cuando llegó el malo. Parece como si alguien lo hubiera golpeado.

Y entonces la descubre en el agua. Se cae de rodillas cuando llega a su lado, justo al lado de su cuerpo sin vida, es como si alguien le hubiera quitado la fuerza de las rodillas. Levanta la cabeza de la mujer del agua, suavemente, como si tuviera miedo de hacerle daño. Tokala se queda en su escondite, sin atreverse a respirar.

El hombre pone la cabeza de la muchacha en su regazo y la acaricia, está de rodillas en el agua y llora su muerte sin hacer ruido. Su rostro se ha vuelto de piedra.

Una campana repicó suavemente cuando abrieron la puerta y entraron dos hombres. Rath levantó la vista. Gustav Wengler y uno de los hombres de la mesa de los notables, un señor gordo con problemas de respiración y bigote. Wengler conversaba animadamente con el otro, no quedaba ninguna huella del dolor por la muerte de su hermano. Cuando vio a Rath, el presidente de la Oficina de Propaganda se sorprendió.

—Señor comisario —dijo, antes de que el gordo, que había abierto ya la boca, emitiera ningún sonido—. ¿Qué hace usted aquí?

Rath volvió a meter los papeles en la carpeta.

—Le he dejado una lupa al señor comisario, señor Ziegler —informó la secretaria a su jefe.

—Pues necesito que me la devuelva —gruñó el redactor.

—Claro. Ya estoy listo. Muchas gracias. —Rath tendió la lupa al hombre y se volvió a Wengler—. ¿Colabora usted con el periódico en los artículos sobre la fiesta del plebiscito?

—Conmigo no ha de colaborar nadie —protestó el redactor Ziegler—. Pero en la edición especial de la mañana hay una conversación, naturalmente, con el presidente de la Oficina de Propaganda.

—Bien, entonces —Rath se encaminó hacia la puerta—, les deseo que trabajen a gusto, señores.

—¿Qué es lo que lleva ahí? —preguntó Wengler, señalando la carpeta de Rath.

—Solo un par de documentos. Difíciles de leer. Escritos con una letra demasiado pequeña. —Rath abrió la puerta que dejó oír de nuevo la campanilla.

—¿Se lo ha dado Maria Cofalka? —preguntó Wengler.

¡Mierda! Los había visto juntos. O uno de los numerosos chivatos de esa ciudad. No tenía más remedio que ignorarlo.

—No quiero seguir molestándoles. Hasta la vista, caballeros, señora.

Rath se colocó el sombrero y dejó la sede del *Treuburger Zeitung* con la carpeta bajo el brazo. Cuando ya estaba en la calle, se volvió una vez más hacia atrás. Gustav Wengler lo miraba a través de la puerta de cristal, justo a los ojos, y en su mirada había una franca desconfianza.

Por fin contaban con un punto de referencia. El número de teléfono. Como todos los funcionarios, Siegbert Wengler había tenido que dejar en la central de la Policía de Tráfico un número al que llamarlo en casos de emergencia, y ese precisamente había cambiado hacía cuatro semanas. El único cambio que Wengler había compartido con quien le daba trabajo.

Y no era un número de Schöneberger, sino de Kreuzberg.

Una carnicería al lado de la estación de Anhalt.

Gräf había empaquetado todas las fotos de Siegbert Wengler que había en el servicio de Urgencias de Homicidios, había logrado que Kronberg le cediera un par de criminalistas y enseguida se había puesto en camino.

Después del chasco del día anterior, el secretario de la Policía Criminal volvía a estar satisfecho de sí mismo porque había vuelto a indagar en la Policía de Tráfico cuando estaba claro que nadie, ni siquiera el hermano de Wengler, conocía el nuevo domicilio del fallecido. Que este acierto le valiera el reconocimiento de Böhm era harina de otro costal. Fuera como fuese, el comisario jefe no le había facilitado ningún otro agente, así que tenía que volver a lidiar solo con los criminalistas. Al menos le habría gustado tener a su lado a Lange o a Charly, pero ellos todavía estaban ocupados con los chantajes de la Casa Patria. Ese día tenían que traspasar la investigación y los dos sospechosos a Arthur Nebe y los compañeros de la Sección de Robos, quienes eran en realidad los encargados de delitos de extorsión. Seguía pareciendo poco probable que este caso estuviera relacionado de algún modo con los muertos, pero estaba bien que

Nebe se ocupara de él, pues había llevado a buen término algunas investigaciones de asesinatos. Si tenía algo que ver con los asesinatos en serie, a alguien como Nebe no le pasaría inadvertido.

La carnicería estaba en la Kleinbeerenstrasse, uno de esos barrios típicos del entorno de una estación. El auditorio no estaba lejos, ni tampoco la Wilhelmstrasse ni el distrito del gobierno, sin embargo las casas se veían más desmoronadas cuanto más se alejaba uno de la Möckernstrasse.

Gräf dejó a los hombres del SI esperando en el coche y entró en la tienda. Una mujer pelirroja lo miró esperanzada. Las piezas de la vitrina de cristal no despertaban mucha confianza; todo era bastante grasiento y con tendones, trozos de huesos para hervir: la carne del pobre.

La mujer sufrió una decepción al darse cuenta de que Gräf solo había ido a preguntar y no a comprar.

—A través de su conexión telefónica se puede contactar con un señor llamado Siegbert Wengler —dijo, mostrándole una foto sin chacó—. ¿Podría decirme dónde vive?

—Tendría que preguntárselo a mi marido. —Lo miró desconfiada—. ¿Quién pregunta?

Gräf le tendió sus credenciales junto con la foto.

—Soy compañero del señor Wengler.

La mujer estudió detenidamente el carnet.

—¿De verdad es usted policía?

Gräf también mostró su placa de identificación.

—¿Se debe su desconfianza a alguna razón especial? —preguntó.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—El señor Wengler dijo que podía ser que en un momento dado alguien viniera y preguntara por él. Nos pidió que no le contáramos nada.

—Tenía miedo de alguien, así lo sospechamos nosotros también —señaló Gräf—. Y es obvio que con razón. Lo han asesinado.

—¡Dios mío!

—Así que puede desvelarme cuál es el domicilio de Siegbert Wengler sin tener remordimientos, no es de mí de quien tenía miedo. Yo y mis compañeros, que aguardan en el coche, intentamos averiguar quién es su asesino. Así que dígame, por favor, dónde vivía.

La esposa del carnicero no solo se lo dijo, sino que tenía además una llave de la vivienda.

El apartamento de Wengler estaba en el mismo edificio que la carnicería, pero en la parte posterior.

La mujer lo condujo por el patio y por la escalera al segundo piso, hasta llegar delante de una puerta de madera. En el rótulo del timbre faltaba el nombre.

La vivienda no estaba amueblada de forma especial. A juzgar por los diarios esparcidos por el suelo, Siegbert Wengler se interesaba por las carreras de caballos. Un pantalón y una camisa se habían arrojado descuidadamente sobre el respaldo de una silla. Los criminalistas enseguida empezaron a recoger huellas dactilares, formaba parte de su rutina.

Para no ganarse la inquina de los agentes del SI, Gräf se puso unos guantes antes de empezar a registrar el escritorio de la víctima, que estaba justo al lado de la ventana. Encontró lo más interesante en el cajón cerrado con llave: tres esquelas mortuorias, una de Dortmund, otra de Wittenberge y otra más de Berlín. Esto disipaba la última duda: Siegbert Wengler pertenecía al mismo grupo que Lamkau, Wawerka y Simoneit.

Gräf tendió las esquelas a uno de los criminalistas, luego se volvió hacia otro hallazgo en el cajón que también había atraído su interés: un sencillo cuaderno de notas negro que le resultó familiar sin saber explicarse ni por qué ni de dónde. Como los cuadernos de apuntes que utilizaban en la Kripo, no parecía que fuera más grueso ni tampoco más grande que una libreta de notas normal y corriente.

Lo abrió y miró las columnas de cifras.

Y en el mismo momento en que vio los números supo dónde había visto antes ese cuaderno: lo habían sacado hacía una semana del despacho de Herbert

Lamkau, junto con los archivadores. Lo hojeó y encontró una observación en lápiz que él mismo había escrito.

—Venga un momento, por favor —dijo a uno de los criminalistas, quien obedeció a disgusto la orden del secretario. Gräf le tendió el cuaderno—. Mire si puede encontrar aquí huellas dactilares. Cuantas más, mejor.

Al final sí que había bebido demasiado. En cualquier caso, más de lo que quería. Antes de volver a la fiesta, Rath había intentado leer algunos papeles más en la habitación del hotel, pero sin lupa era una misión imposible. Por mucho que forzara la vista, solo podía descifrar fragmentos, dos o tres palabras por frase y nada más.

Rath había querido hablar otra vez con Maria Cofalka, pero ya no estaba en la fiesta ni tampoco asistió al colofón de la noche, una solemne procesión de antorchas y una última actuación de la banda de música, tras la cual, como punto culminante, se encendió la gran hoguera de la plaza del mercado.

Si las líneas que Rath había podido leer decían la verdad, la bibliotecaria tenía razón. La historia de Gustav Wengler sobre el asesinato de una decente muchacha alemana a manos del malvado polaco se basaba en una mentira.

Delante del Kronprinzen, Rath se había encontrado con Karl Rammosen, que concluía la fiesta bebiendo con sus compañeros maestros.

—Maria ya está durmiendo la mona —le había dicho—. No tiene mucho aguante. —A diferencia del grupo de maestros al que Rath se unió y con el que estuvo bebiendo hasta altas horas de la noche. Los maestros podían permitirselo, al día siguiente no tenían que presentarse delante de sus alumnos, todavía estaban de vacaciones. Todos los demás habitantes de Treuburg, por el contrario, parecían haberse metido ya en la cama cuando Rath se puso por fin en camino hacia su habitación, ya claramente pasada la medianoche.

Cuando llegó al Salzburger Hof, sorprendió a la hija de la casa con su chico de

las SA. Los dos estaban en el oscuro patio de entrada junto al hotel y Fabeck hablaba con insistencia a la chica. Hella descubrió al huésped del hotel de regreso y le sonrió. Cuando Rath contestó a la sonrisa, Fabeck se dio media vuelta. Al ver al comisario, atrajo a Hella hacia sí y le dio un largo beso que la muchacha contestó sin entregarse mucho. Mientras su lengua estaba ocupada en la boca de Fabeck, miraba a Rath a los ojos con toda desfachatez. «¡Vaya pueblerina! ¡Menuda pieza!» Rath no pudo evitar sonreír.

Fue en el baño, cuando estaba cepillándose los dientes, que volvió a pensar en Artur Radlewski, el hombre que ahora se autodenominaba Tokala. El que había arrancado el cuero cabelludo a su padre y había huido al bosque. El que había presenciado un asesinato y se sentía culpable por no haberlo evitado. Quien, obviamente, no era ese duende de los bosques medio retrasado por el que todos lo tomaban. ¿Qué tipo de persona era? Por un momento, Rath estuvo tentado de volver a sacar los papeles del cajón, pero sin lupa no lograría leer nada. Además, estaba demasiado cansado y borracho. Se desnudó, se tendió en la cama y se quedó dormido en cuanto cerró los ojos.

El indio masuriano trasegó incluso en sus sueños como el buen salvaje, algo parecido a Winnetou, el indígena americano héroe de las novelas de Karl May, tal como él se lo había imaginado de niño. Y ese apache íntegro se deslizaba por los bosques masurianos hasta llegar a un lago en cuyas aguas yacía una muchacha muerta. Y de repente, el mismo Rath estaba en ese lago y se inclinaba sobre esa beldad sin vida. Y en medio de los cabellos negros, que se mecían en el agua, reconocía el rostro de la joven y se llevaba un susto de muerte. ¡Charly, era Charly!

Despertó sobresaltado, abrió los ojos y no vio más que oscuridad, el corazón latía desbocado, jadeaba con fuerza, como si él mismo estuviera a punto de ahogarse. Palpó con la mano la cama buscando a Charly, su mente necesitó unos minutos para ordenar sus pensamientos y saber dónde se encontraba.

No había duda de que había estado escuchando demasiadas historias horripilantes en los últimos días.

¿Había oído algo? La habitación estaba oscura como boca de lobo, salvo por una delgada línea ahí donde la luz de la luna se había abierto camino por una ranura entre las pesadas cortinas hasta la pared que había junto a su cama.

Rath buscó a tientas su Walther, que había dejado con la pistolera en la mesilla de noche. Seguía sin poder ver nada en la absoluta oscuridad que lo rodeaba y tampoco estaba seguro de haber oído algo, pero lo percibía: en la habitación había alguien.

Ya había localizado la pistola y la estaba sacando de la funda. Se oyó un clic cuando quitó el seguro.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Nadie respondió.

—¿Quién está aquí? Responda. ¡voy armado!

Una sombra blanca se deslizó rápidamente junto a su cama y Rath se volvió con la pistola en posición de tiro.

—Chist —oyó sisear sorprendentemente alto.

Y entonces sintió un dedo fino y cálido que se posaba en sus labios. Y en la suave franja de luz de luna reconoció a su visitante nocturno. El cabello rubio estaba suelto, solo ondulado por las trenzas con que se peinaba durante el día.

Hella dejó el dedo en sus labios y acercó su rostro. Sus grandes ojos brillaban y lo observaban con una mirada impenetrable. Rath distinguió su camisón y los pechos que se dibujaban debajo de él.

La boca de la joven se apretó contra la de Rath, que sintió la lengua deslizándose entre sus labios. Sabía a pasta de dientes y zumo de frambuesa. Rath notó que respondía al beso sin de verdad quererlo, se soltó.

—Hella, esto es...

Ella volvió a posar su dedo sobre los labios de él.

—Chist —oyó Rath.

Y antes de saber cómo había ocurrido, ella estaba tendida junto a él en la cama, se estrechaba contra él y se deslizaba bajo la colcha. La joven sabía dónde tocar. Y cómo tocar.

A la mañana siguiente, cuando Rath se despertó, Hella ya se había marchado. Todavía recordaba cómo se había dormido junto a ella, inmerso en un sueño profundo y sin pesadillas, pero ahora la otra mitad de la cama estaba vacía, ni siquiera estaba caliente.

Al menos se había llevado su camisón.

Hacía mucho que no le pasaba algo así, desde hacía años. Y desde que Charly estaba con él, seguro que no. Incluso el tiempo que ella había pasado en París, todos esos largos meses, él había vivido como un ermitaño, pese a que las tentaciones que Berlín ofrecía a un hombre solo de treinta y pocos años eran muchísimas. Una vez, en la Kakadu, una lujuriosa mujer sin marido lo había arrastrado y en el taxi se habían besado bastante apasionadamente y toqueteado un poco. Pero luego, cuando la cosa se había puesto más seria en el apartamento de ella y ya habían llegado al dormitorio, donde estaba preparado el champán en una cubitera, Rath había pensado en Charly y en el último segundo se había retirado, condenando de vuelta con su soledad a la mujer que lo cubría de un montón de insultos.

En realidad, eso tendría que haber sido una lección para él. Había pensado.

¿Y ahora? ¡Se acababa de prometer y va y le pasa esto!

«Serás idiota —pensó—. ¡La chica ni siquiera es mayor de edad, como mucho tendrá dieciocho o diecinueve años!»

¡Pero joder, lo había puesto como una moto!

«¡Serás idiota! ¿Es eso todo en lo que puedes pensar?»

Fue al baño y se duchó con agua tan fría que hasta tuvo que gritar. Le daba igual lo que los otros huéspedes opinaran. Luego se sintió más claro de mente, en cualquier caso, no tenía que pensar más en esa chica a la que no conocía en absoluto, pero de quien podía decir con toda seguridad que él no era el primer hombre con quien ella estaba. Lo único que le alegraba de verdad de esa historia era haberle puesto los cuernos por la noche a ese cretino adolescente de las SA, Klaus Fabeck.

Su mirada se detuvo en el reloj, tenía que darse prisa. Cuando salió del baño, sintió un hambre canina. Luego se acordó de quién estaría sirviendo en el restaurante y decidió renunciar al abundante desayuno del Salzburger Hof.

Se deslizó escaleras abajo como un ladrón. En la recepción, en la que como era usual estaba Hermann Rickert, el propietario del Salzburger Hof y padre de Hella, saludó lacónico al pasar y tuvo que luchar contra la idea de que el hombre tuviera una escopeta de perdigones detrás del mostrador para hacer uso de ella en el momento necesario. Pero Hermann Rickert lo saludó tan amablemente como siempre y Rath consiguió llegar sano y salvo a la calle. En la plaza del mercado todavía ardían los restos de la hoguera del día anterior desplegando un olor como el de si media ciudad se hubiese quemado en un incendio.

Anduvo hacia el extremo opuesto de la plaza y se sentó en un café junto al *Treuburger Zeitung*, cuyo ejemplar del día colgaba en un portaperiódicos de madera en el guardarropa. Bebió un café, comió un panecillo de jamón y leyó el diario por encima. En efecto, se había dedicado una página especial a la fiesta del plebiscito y otra a los acontecimientos ocurridos hacía doce años. Los resultados de la votación popular, según leyó, se habían proyectado por la noche en la pared de al lado, delante de la tienda del *Oletzkoer Zeitung*, como se llamaba antes el periódico.

Y cada uno de los resultados sumamente favorables a Alemania fueron saludados con vítores y gritos de júbilo. Las olas de entusiasmo cada vez eran más altas cuando, poco antes de la medianoche, se dieron a conocer los resultados finales del plebiscito. Solo dos votos para Polonia, el resto para Alemania. Minutos más tarde, comenzó el desfile de antorchas y se encendió la hoguera de la plaza del mercado.

«El comienzo de la leyenda de Treuburg», pensó Rath. Ahora también sabía cuál era el profundo significado de la hoguera de la noche anterior; era, por decirlo de algún modo, una especie de llama conmemorativa.

Fuera como fuese, Gustav Wengler debía de estar satisfecho con la postura de la prensa. No solo se valoraba y se elogiaba su discurso, sino que él aparecía en tres fotos y además los anuncios publicitarios de Mathée Luisenbrand y Treuburger Bärenfang enmarcaban la edición especial. No obstante, Rath no descubrió ninguna entrevista con el presidente de la Oficina de Propaganda. Se habían recogido casi al pie de la letra las citas del discurso de Wengler. Quien probablemente había puesto a disposición del redactor el manuscrito de su arenga.

Apagó el cigarrillo, dejó un marco sobre la mesa y se marchó. En la librería Dytfeld adquirió una lupa plegable que cabía en el bolsillo de su chaqueta y luego cruzó la plaza del mercado. Todavía le quedaba una hora libre para dedicarse a las cartas. Sería suficiente para leerlas con lupa.

La habitación del hotel tenía el mismo aspecto que cuando se había ido apenas una hora antes. Rath suspiró. Su mayor temor habría sido encontrar a Hella Rickert haciendo la cama. Colgó el cartel de NO MOLESTAR en el pomo de la puerta, cerró con llave para asegurarse, se sentó al escritorio y desplegó la lupa recién adquirida.

Abrió el cajón para sacar la carpeta, pero estaba vacío.

Rath miró en el segundo cajón. Nada.

¿La había vuelto a sacar ayer por la noche?

Intentó recordar pero su memoria estaba tan vacía como los cajones de esa habitación del hotel.

¡No debería haber bebido tanto! ¡Ese maldito Rammoser! ¿Por qué se dejaba seducir por ese maestro rural tan afín al alcohol para volver a beber?

Seducir...

¡Mierda! ¡La muy zorra...!

Cuando bajó la escalera, Hermann Rickert volvía a estar en recepción, pero ni

rastros de la hija. Ver al padre moderó un poco su ímpetu; ¡si se hubiera encontrado a solas con Hella, le habría dado una buena azotaina!

—¿Puedo ayudarle en algo, señor comisario? —preguntó el hotelero con su acostumbrada y devota amabilidad.

Rath carraspeó y se inclinó sobre el mostrador.

—Escuche, echo de menos una carpeta negra, ¿no la habrá encontrado por casualidad? Ayer por la noche todavía la tenía.

—Lo siento. —Rickert se encogió pesaroso de hombros.

—Debería estar en mi habitación, en realidad, pero no la encuentro.

—Tenemos una caja fuerte para los objetos de valor.

—No es un objeto de valor, es una carpeta negra fina con documentos en su interior.

—Si se trata de documentos de valor... también me los debería haber confiado a mí.

—No, nada de valor, al menos material. ¡Pero es posible que se trate de pruebas!

—Lo dicho, tenemos una caja fuerte, debería...

—¿Dónde está su hija?

—¿Qué pretende decir con esto? ¡Mi hija no es una ladrona! —Hermann Rickert estaba indignado—. Además hoy ni siquiera ha estado en su habitación, así que tampoco ha tenido la oportunidad de robar nada.

Rath sabía algo más, pero prefirió callar.

—Entonces dígame por favor que cuando limpie hoy la habitación busque una carpeta negra, a lo mejor se ha resbalado detrás de algún armario. Y si encuentra algo, infórmeme, por favor, de inmediato.

—Por supuesto, señor comisario.

El hotelero volvía a tener ese aspecto amable y servil que Rath ya conocía en él y que odiaba.

—Solo para que esté usted advertido, señor Rickert: se trata de documentos importantes. Espero que vuelvan a aparecer. De lo contrario me veré forzado a

enviar a agentes de policía para que registren su hotel de arriba abajo. Y que interroguen a todos sus huéspedes.

El hotelero empalideció.

—¡Pero señor comisario! ¡Estoy seguro de que todo esto se aclarará! ¡Nuestro establecimiento tiene una reputación impecable! ¡Y nuestros huéspedes también!

—¡Entonces colabore usted para que se resuelva este asunto!

—Cómo no, señor comisario.

Rath volvió a su habitación. Aunque intuía que era inútil, rebuscó otra vez en cada rincón, en cada armario y en cada cajón, incluso debajo de la cama. Pero la carpeta seguía desaparecida. Hella tenía que haberla robado, en efecto, y él se preguntaba por qué.

No tenía mucho tiempo para darle más vueltas a esa idea, tenía que arreglarse para emprender la excursión al bosque que habían planeado para ese día.

Cuando bajó la escalera, la recepción y el salón estaban desiertos, solo se oía el golpeteo de las cazuelas en la cocina. Rath miró un momento a través de la puerta batiente, pero no conocía a toda la gente que trabajaba en la cocina y que lo miró con cara de tonta cuando asomó la cabeza por la puerta.

Esperaba que la amenaza que había lanzado a Rickert y la posibilidad que le había ofrecido para enmendar la situación fueran suficiente para que le devolvieran la carpeta. A lo mejor Hella Rickert no era más que una cleptómana y su padre ya estaba echándole un sermón.

Rath recorrió la Goldaper Strasse y llamó al timbre del taller del zapatero. El Wanderer estaba delante de la puerta y brillaba recién lustrado, el asistente debía de haberlo ido a recoger al recinto de la fiesta y haberlo lavado por la mañana.

Friedrich Kowalski abrió y le invitó a entrar. El tío saludó amablemente a Rath, pero lo miró escéptico de arriba abajo.

—¿Qué sucede?

—¿Así quiere ir al bosque?

Rath se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a ir si no?

La respuesta llegó, a través de la puerta, encarnada en Anton Kowalski. El asistente llevaba una mochila bien llena e iba ataviado como si fuera a emprender una travesía por los Alpes: pantalón abrochado en la rodilla y camisa a cuadros, unos calcetines largos gruesos y en los pies unos sólidos zapatos de caminar.

Los zapatos de Rath, un clásico modelo Budapest, y el traje gris eran algo así como el diseño opuesto al concepto de indumentaria de Kowalski.

—Necesita calzado sólido —señaló el zapatero—. El bosque de Markowsken es cenagoso, el terreno está lleno de pantanos.

—Ya lo sé —contestó Rath—, pero contamos con un guía que nos mostrará el camino evitándolos.

—A pesar de eso necesita un calzado más resistente para caminar.

—Tampoco estamos en la Asociación de Montaña de Sauerland.

Ninguno de los dos Kowalski lo entendió.

—¿Cómo? —preguntó el asistente.

—Nada. Está bien.

—El tío Fritz tiene razón, señor comisario, necesita calzado seguro y resistente si quiere ir por el bosque. No es un parque. Y la cabaña que estamos buscando está por el pantano.

Rath señaló sus Budapest.

—Son los zapatos más resistentes de que dispongo.

Friedrich Kowalski observó los pies de Rath.

—Espere un momento —dijo de repente—, enseguida vuelvo.

El tío desapareció.

—¿Y ahora qué sucede? —preguntó Rath—. ¿Me va a hacer unos zapatos a toda prisa tu tío?

El asistente hizo un gesto de ignorancia y poco después su tío volvió con un par de zapatos para caminar en la mano que parecían nuevos.

—Pruébeselos, deberían irle bien. Son del profesor Damerau, se los acabé de hacer hace dos semanas.

Rath se probó los zapatos y, en efecto, eran de su talla.

—De todos modos tuve que prometerle al señor Damerau un pequeño pago por el préstamo.

—¿Cuánto?

—Un marco.

Rath sacó una moneda de su cartera.

—Entonces déselo al amable Damerau y dele las gracias en mi nombre.

Se pusieron en marcha. Rath dejó que Kowalski condujera y se ató de nuevo los zapatos. Ojalá se le ajustaran bien, no quería que le salieran ampollas. Sólidos lo eran, desde luego. Un excelente trabajo artesanal.

Pidió al asistente que frenara delante del Salzburger Hof y llevó los Budapest a su habitación. De Hella seguía sin haber rastro, la cama todavía estaba por hacer. A más tardar esa noche le daba una azotaina, ¡qué zorra! ¡Como no volviera a aparecer la carpeta!

No le contó a Kowalski nada de su percance. De todos modos, el asistente parecía pensar exclusivamente en el Kaubuk, Rath nunca lo había visto tan inquieto. Como aquejado por la fiebre del cazador.

En el puente del Lega, a medio camino de la casa de Adamek, se cruzaron con Erich Grigat. El sargento se llevó la mano al chacó y los dos agentes le devolvieron el saludo.

—Desvíese un momento para ir a Luisenhöhe —indicó Rath a Kowalski cuando ya salían de la ciudad por la Lindenallee.

El asistente arrugó la frente, pero obedeció.

Delante de la escalinata de la mansión estaba aparcado un Mercedes color burdeos en el que el criado estaba metiendo una maleta. Rath hizo parar a Kowalski detrás de la recién brillantada limusina y bajó. El criado fingió no haberlo visto y se metió en la casa sin ni siquiera darse la vuelta.

Rath pensó en qué habría ido a decir, cuando el propietario de la casa en persona apareció en lo alto de la escalera, abrochándose la chaqueta.

—¡Señor comisario! Buenos días.

—¿Se va de viaje? —preguntó Rath al fabricante de licores.

—A Berlín. —Wengler carraspeó—. A ocuparme del patrimonio de mi hermano. Y, naturalmente, de los trámites del sepelio.

—Naturalmente —convino Rath—. Siento tener que molestarlo de nuevo. Iba a decirme cómo puedo contactar con sus antiguos empleados. Assmann y las otras personas de la lista.

—Por supuesto. He mandado que reúnan las direcciones. Puedo decir que las recojan ahora.

—No es necesario. —Rath sacó una tarjeta del bolsillo y escribió el nombre de Böhm en el dorso—. Ya que está en Berlín, comuníquese con el comisario jefe Böhm en la Alex. Él es quien dirige la investigación.

Wengler cogió la tarjeta y asintió.

—Lo haré, señor comisario. Muchas gracias.

—Otra cosa más... —Rath miró a Wengler. En los ojos de este último no se veía ni dolor por la muerte de su hermano ni rabia ni ningún otro sentimiento—. Su hermano... ¿cuánto tiempo estuvo trabajando de policía aquí en Treuburg?

—Ya era policía durante la guerra. ¿Por qué?

—Simplemente estoy buscando otros motivos posibles de su asesinato. Los policías se ganan muchos enemigos con su labor.

—Y que lo diga.

Wengler puso una extraña entonación en esa frase que Rath fingió no percibir.

—La pregunta es: ¿hay tal vez otros casos como el escándalo de la destilería ilegal del año veinticuatro en los que estuviera implicado su hermano y por los que alguien hubiera querido vengarse?

—No sé a qué se refiere.

—Algún otro caso que haya creado especialmente mala sangre. O que pudiera haberla provocado.

—Creo que está buscando a Radlewski, ¿es así?

—Así es. Ahora nos vamos al bosque Markowsken. Por ahí se supone que está su refugio.

—Entonces encuéntrelo y no me moleste más con sus preguntas.

—Señor Wengler, soy consciente de que nosotros, los agentes de la Policía Criminal, sacamos a veces a la gente de sus casillas con nuestros interrogatorios, pero no hacemos más que nuestro trabajo. Queremos encontrar al asesino de su hermano. Y al de sus antiguos empleados.

—Lo sé. Discúlpeme.

—En Berlín le harán preguntas similares. A lo mejor puede reflexionar al respecto durante el viaje.

Wengler asintió.

—Lo haré, señor comisario. Prometido.

Rath se tocó el ala del sombrero.

—Bien, entonces, que tenga un buen viaje.

Volvió a subir al Wanderer y miró por el espejo retrovisor mientras Kowalski giraba y dirigía el coche de nuevo hacia la entrada. Wengler se quedó en lo alto de la escalinata de su mansión y los siguió con la mirada hasta que desaparecieron tras la curva, detrás de los árboles de la avenida.

El viejo Adamek ya esperaba en el banco que había delante de su cabaña, con un cigarro en la comisura de la boca. Iba tan preparado para la excursión como Kowalski, solo que sus prendas no habrían respondido a los estatutos de la Asociación de Montaña de Sauerland. Probablemente no los había vuelto a lavar desde Navidad, si es que se habían lavado alguna vez; los pantalones mostraban más parches que tejido original, la chaqueta sin cuello estaba llena de manchas de sangre, y a pesar de que los zapatos parecían muy resistentes estaban atados con alambre en lugar de con cordones. Adamek contempló el traje de Rath con una ceja levantada y un gruñido, solo los recios zapatos parecían ser de su agrado.

El cazador furtivo miró extrañado, incluso un poco asustado, cuando advirtió que esperaban que subiera al coche.

—Vamos al bosque —dijo—. No podemos ir con este cacharro.

—Solo hasta Markowsken, a partir de ahí iremos a pie —explicó Kowalski.

Adamek acabó cediendo aunque de mala gana. Rath suponía que en su vida se había sentado en un coche. Un carro de caballos había sido el único medio de locomoción del que se había servido. Y en la guerra tal vez del ferrocarril, a la fuerza. Wilhelm Adamek estaba acostumbrado a recorrer todos sus caminos a pie. El cazador furtivo estaba encogido en el asiento trasero y se agarraba con ambas manos al cañón de la escopeta de perdigones que se había puesto entre las rodillas. Rath no estaba seguro de si el viejo quería aprovechar para cazar un par

de animales, una vez estuviera en el bosque, o si nunca salía de casa sin escopeta.

Llegaron a Markowsken por una bonita carretera de montaña, la aldea se encontraba mucho más arriba que Treuburg y el lago. Poco antes de entrar en el lugar pasaron junto a un bosquecillo de árboles plantados hacía pocos años entre los cuales se hallaban unas cruces de hierro.

—El cementerio de los héroes —explicó Kowalski sin que le preguntaran—. Aquí descansan en paz rusos y alemanes unos junto a otros.

Adamek farfulló algo incomprensible desde el asiento trasero. Rath recordó que el anciano había luchado en la guerra contra los rusos. A lo mejor había enterrado allí a algunos de sus compañeros. En algún caso a enemigos. Antiguos enemigos. De nuevo fue consciente de lo mucho que había sufrido Masuria durante la Gran Guerra. También en Renania había muerto gente a causa del hambre y de las privaciones, pero en el Oeste la auténtica guerra con sus atrocidades había transcurrido más allá de la frontera. A diferencia de en Prusia Oriental, donde se escuchaba el fragor de la batalla, donde la contienda había destruido ciudades y pueblos, hasta que la victoria de Hindenburg en la batalla de Tannenberg había desterrado a los rusos de la región. No era extraño que los masurianos venerasen al estadista como si fuera un santo.

Kowalski aparcó al final del pueblo.

—Usted es de aquí —señaló Rath—, ¿no quiere visitar a sus padres? Todavía tenemos tiempo.

—Ya no viven aquí —dijo Kowalski—. Mi padre está ahí, con los otros soldados, en las afueras del pueblo.

—Oh, no lo sabía, lo siento.

—No le dé pena. Yo todavía era un niño cuando él murió, para mí no cambió nada. Tenía cinco años cuando mi madre me dijo que papá había muerto. De niño lo asumes, piensas que es normal: primero cumples cinco años, luego muere tu padre, luego vas a la escuela.

—¿Y su madre?

—Volvió a casarse pocos años después de la guerra y se fue de aquí. — Kowalski miró a Rath—. A América. Pero yo no quería marcharme. Entonces el tío Fritz se ocupó de mí.

Rath asintió en silencio. No quería agobiar a Kowalski con más preguntas.

Al viejo Adamek no le había interesado su conversación, se había bajado del coche y empezado a caminar por la calle del pueblo y luego había girado por un camino de tierra.

—Creo —dijo Rath— que debemos tener cuidado en no perder la conexión con nuestro guía.

Y tenía razón. Adamek no se lo puso fácil, avanzaba a paso ligero y además les llevaba ventaja. Tenía las piernas largas y sabía cómo moverlas de forma efectiva. Rath no tardó mucho tiempo en quedarse sin aliento.

—¡Un momento! —gritó, y Adamek se detuvo—. Un momento, un pequeño descanso, por favor.

Kowalski abrió la mochila. Sacó una cantimplora y un par de salchichas. Le ofreció una a Rath.

—No, gracias. Preferiría un trago de agua.

Kowalski le tendió la cantimplora y Rath bebió un par de tragos. Adamek rechazó el ofrecimiento.

—Tenemos que seguir —dijo—. Todavía falta mucho.

—Bien —contestó Rath—, pero, por favor, vaya un poco más despacio. Se diría que está usted huyendo de nosotros.

Adamek asintió y se puso de nuevo en marcha. Tal vez un poco más despacio que antes pero todavía a buen paso. Al menos los primeros kilómetros transcurrían por un camino, pero este terminaba abruptamente en un claro y a partir de ahí continuaron a través del bosque, sobre un suelo arenoso y cubierto de hierba que se escapaba debajo de los pies y solo en algunos sitios se mantenía compacto gracias al musgo. Rath se alegraba ahora de que le hubieran prestado los zapatos de caminar. De repente apareció una pendiente y algo brilló detrás de los troncos de los árboles.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Adamek se volvió hacia él.

—¿Ese lago pequeño? No tiene nombre. Pero detrás empieza el reino del Kaubuk.

El lago pequeño. Rath no pudo evitar pensar en el escrito de Radlewski.

—¿Es ese el lago donde encontraron a Anna von Mathée?

Adamek lo miró sorprendido, luego asintió.

Avanzaron un poco más cuesta abajo, luego llegaron a la orilla del lago. Desde el bosque descendía el terraplén relativamente escarpado, pero el agua de la orilla era tan poco profunda que se podía ver el fondo arenoso reluciendo al sol.

«Es el agua en que Anna von Mathée fue a morir», pensó Rath. Ahí la encontraron. Ojalá pudiera ver lo que Artur Radlewski vio ahí doce años atrás: quién había matado realmente a Anna von Mathée.

—¡Tenemos que seguir, señor comisario!

Lo había dicho Kowalski. El asistente, que había seguido caminando por la orilla del río, avanzaba tras Adamek.

—Un minuto más, por favor —pidió Rath—, tengo que mirar una cosa.

Había observado un tronco o más bien una rama gruesa que casi sobresalía paralela a la superficie del lago. En la corteza había algo grabado. Rath se quitó los zapatos, se arremangó las perneras de los pantalones y vadeó los pocos metros que lo separaban de allí. El agua le llegaba hasta los tobillos. Pero estaba bastante fría.

En la corteza se veía un corazón, abombado y arañado, como si alguien lo hubiera dibujado cien años atrás. O doce. Un corazón totalmente banal con iniciales. Rath intentó descifrarlas. «A. M.» y «J. P.» se podía leer, las letras estaban artísticamente entrelazadas. La anotó en su libreta de apuntes, incluso intentó copiar el dibujo de las líneas entrelazadas. Ella había renunciado al «von» de su apellido.

Rath cerró su libreta de apuntes. Jakub Polakowski y Anna von Mathée eran

pareja. ¿Sabría esto también Maria Cofalka? Cuando esa noche regresaran del bosque, tendría muchas preguntas que hacer a la bibliotecaria.

—Señor comisario, ¿qué está haciendo ahí? ¡Tenemos que seguir adelante!

—Ya voy, ya voy.

Regresó a la orilla, se volvió a poner los calcetines y los zapatos y se acercó a los demás.

—¿Qué estaba haciendo?

—Creía que había visto una cosa. No pasa nada.

Kowalski arqueó una ceja, como si no se creyera del todo lo que le decía.

Pero no había tiempo para discusiones, Adamek ya se había vuelto a poner en camino. En el otro extremo del lago pequeño, se internaron de nuevo en el bosque, en parte a través de un espeso matorral, primero sobre terreno arenoso, luego este se volvió pedregoso y cubierto de musgo. Ya debían de llevar una hora larga caminando cuando llegaron a un pequeño claro al extremo de un pinar.

—Uno ha de quedarse aquí —advirtió Adamek—. Vigilar los uniformes. A veces la policía de la frontera polaca anda por aquí.

—¿Cómo? —exclamó Rath—, ¿ya estamos en Polonia?

Adamek asintió y señaló el pinar a sus espaldas.

—El bosque todavía es Prusia.

—¿Es usted consciente de que después de esta frontera se terminan las atribuciones de la policía prusiana?

Adamek se encogió de hombros.

—Eso no es asunto mío. Quería ir a la cabaña del Kaubuk, está ahí detrás. Al Kaubuk le da igual estar en Polonia o en Prusia. Y a mí también me da igual.

—¿Dónde se encuentra? ¿En Polonia o en Prusia?

Adamek hizo un gesto de ignorancia.

—Si no me equivoco, en Prusia, pero muy cerca de la frontera. Nadie controla tanto en medio del pantano.

—¿Y por qué no nos quedamos en Prusia?

—Usted quería acercarse lo máximo posible a la cabaña, ¿no? Entonces tenemos que ir un rato por el bosque polaco. Si no el camino por el pantano es todavía más largo. Y más peligroso.

—Está bien —dijo Rath—. Kowalski, haga usted guardia. Pero cuídese de permanecer en territorio prusiano, no queremos crear conflictos internacionales. Y si ve a un agente polaco, dispare.

—¿Cómo? —El asistente empalideció.

—No al aduanero, claro. ¡Al aire! Para avisarnos.

—Disparar junto a la frontera no es buena idea —dijo Adamek—. Mejor grite. Como un mochuelo.

Hizo una demostración.

—¿Sabe hacerlo, Kowalski? —preguntó Rath.

El asistente lo intentó y no sonaba del todo auténtico. Pero al menos era un sonido fuerte.

Adamek acercó el dedo a los labios.

—Ahora tenemos que hablar en voz baja —dijo, y desapareció con su escopeta de perdigones por el bosque. Por el bosque polaco. Rath lo siguió. El viejo masuriano no tardó mucho, apenas diez minutos, en volver a detenerse. Habían llegado al linde del bosque y ante sus ojos se extendía un paisaje pantanoso, cubierto de hierbajos, arbustos y maleza. Del suelo se erguían troncos de árboles muertos, lo que todavía reforzaba más el efecto de desolación.

—Alto —advirtió Adamek, levantando una mano—. Aquí empieza el pantano, aquí cualquier paso es peligroso.

Rath asintió sumiso.

—Ahí detrás —prosiguió Adamek, señalando hacia las profundidades de ese solitario paisaje—, está su cabaña.

—Bien —dijo Rath—. Pues vayamos hacia allí.

Adamek lo miró como si le hubiese hecho una proposición indecente.

—¿Cómo?

—Tiene que llevarme a la cabaña del Kaubuk.

—De eso no hablamos. Yo tenía que enseñarle la cabaña. —Adamek señaló el paisaje pantanoso, tras el cual, en algún lugar, empezaba el bosque—. Está ahí detrás. Si se orienta por los pinos altos, siempre en esa dirección, debe de haber unos quinientos metros. No está lejos.

—Pero en medio del pantano.

El anciano asintió.

—Solo ha de tener cuidado. Ser muy prudente cada vez que dé un paso.

—Entonces llévenos usted. Usted sabe desenvolverse por aquí.

—No por el pantano.

—¿Qué pasa? ¿Quiere dinero? Tendríamos que haber hablado de ello antes. ¿Cuánto quiere? A lo mejor podemos arreglarlo.

El cazador furtivo negó con la cabeza.

—Demasiado peligroso para mí.

—¡Pues si tan cobarde es, vaya a buscar a Kowalski! ¡La Policía Criminal prusiana no lo es!

Adamek no se inmutó. Asintió y volvió a penetrar en el bosque.

Rath se sentó en una piedra caliente y se quedó mirando el pantano. Miró en la dirección que Adamek le había señalado e intentó imaginarse qué aspecto tendría una cabaña en medio de toda esa inhóspita maleza. En cualquier caso, era el lugar ideal donde vivir para alguien que anhelaba que lo dejaran en paz. Escuchaba con atención por si oía el grito de alarma de Kowalski, pero por suerte no se produjo. Lo que le faltaba: que lo detuviera la policía de la frontera polaca...

Quien tampoco aparecía por ahí era Kowalski. Ni él ni Adamek. ¿Dónde se habían metido tanto tiempo?

Rath sacó la pitillera del bolsillo y se llevó un cigarrillo a los labios. Fumar enseguida lo tranquilizó. Imaginarse a los aduaneros había dejado de asustarlo. Que vinieran. Le daría una explicación: un turista que se había extraviado mientras paseaba, seguro que se lo creerían. Siempre que no encontrasen su arma reglamentaria y sus credenciales.

Cuando hubo aplastado su cigarrillo contra la piedra, todavía no había aparecido nadie. ¿Estaría discutiendo Kowalski con Adamek? ¿Intentando convencerlo de que los llevara directamente a la cabaña? A lo mejor había que hablar masuriano con el viejo para que cambiara de opinión.

Miró hacia atrás. Al oeste, el sol ya había descendido.

Ya tenía suficiente, volvía al bosque. Tampoco faltaba tanto para llegar al claro desde el que Kowalski oteaba en busca de uniformes polacos. Y Adamek había avanzado más o menos en línea recta, no había hecho ningún gran cambio de dirección. Rath se internó en el bosque, pero necesitó más de un cuarto de hora hasta llegar a un claro. Y no estaba seguro de que fuera el mismo en que habían dejado al asistente.

Fuera como fuese, ahí no había ningún Kowalski. Ni tampoco ningún Adamek.

Miró a su alrededor, entonces reconoció el pino de dos troncos junto al cual habían salido del bosque. No cabía duda, era el mismo claro. Y aquí el pinar era prusiano, lo había dicho Adamek. Así pues, no había que esconderse de nada.

—¿Kowalski? —gritó Rath hacia el interior del bosque tan alto como pudo—. ¿Adamek?

Silencio.

—¡Kowalski! —volvió a gritar—. ¡Adamek! ¿Dónde se han metido?

Nada. Ningún movimiento. Ningún ruido. Solo un par de pájaros que aleteaban cerca de donde estaba.

—¡Kowalski! ¡Haga el favor de contestar!

La voz de Rath se perdía en la lejanía, el bosque callaba.

La única explicación que encontraba era que Adamek y el asistente se habían ido al pantano de Radlewski por otro camino y se habían cruzado con él. Así que a desandar el camino otra vez. Volvió a introducirse en el bosque, gritando de vez en cuando los nombres de su compañero y de su guía. Nadie contestaba.

Cuando llegó al pantano, el sol ya se había ocultado tras los árboles.

Algo ahí no funcionaba. ¿Los habría capturado la policía de la frontera?

Continuamente aparecían en los periódicos incidentes en la frontera con Polonia, sobre todo en Silesia, pero ¿por qué no podía ocurrir algo así también en Prusia Oriental?

Aunque, ¿no deberían haberlo detenido hacía rato también a él? ¿Con lo que había gritado?

Si no era así, solo había otra explicación: los muy cabritos lo habían dejado colgado.

Pero ¿por qué? ¿Porque también Kowalski era demasiado cobarde para adentrarse en el pantano? ¿Porque quería anticiparse a una orden?

De nada servía darle vueltas, habían desaparecido, eso era lo único que contaba.

Rath miró por encima del pantano. Quinientos metros para llegar al escondite de Radlewski, había dicho Adamek. Pero era una locura, estaba solo en plena naturaleza, no daría ni un paso por ese pantano, ni aunque la cabaña estuviera a dos metros de distancia. Y si Adamek no había dicho la verdad... ¿Se estaría vengando por su enfrentamiento y porque casi se habían peleado en el barucho de Pritzkus?

Encontró sin problemas el camino de vuelta al claro y a la frontera. Se encendió otro Overstolz, el penúltimo, e intentó orientarse. El sol estaba al oeste, ¿no era esa también la dirección que debía tomar? Y mantenerse un poco en dirección al norte, seguro que todo saldría bien. Y el norte estaba a la derecha del oeste. En realidad no había ningún problema.

Se internó animoso por el pinar en la dirección que él creía correcta. Al menos ahora no estaba en Polonia.

Esperaba llegar al linde del bosque o al lago pequeño. Y si no era así, mientras fuese recto a la fuerza acabaría llegando a un camino o incluso a una carreta.

Ese era el plan, pero al cabo de una hora larga todavía estaba en el bosque. Entretanto ya había anochecido. La luz crepuscular estaba a punto de convertirse en auténtica oscuridad.

¡Joder! Y no llevaba nada consigo, ni una linterna, nada en absoluto. Al

menos llevaba el calzado adecuado.

Se acordó de que una vez se había extraviado con Charly en el Müggelsee y fue perdiendo poco a poco la confianza en su sentido de la orientación, pese a que Kiguí había sido en aquella ocasión la que había provocado que se confundiesen. Sin la perra tenía más posibilidades de salir adelante. No le habría ido mal una brújula, dentro de poco el sol ya no le serviría para orientarse, ya ahora la luz difusa que se hundía a través de las copas de los árboles dejaba apenas sospechar por dónde se estaba poniendo. O mejor dicho: por dónde se había puesto.

Rath sofocó el pánico que se iba apoderando de él y siguió adelante con valentía. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, todavía podía distinguir los troncos de los árboles que estaban detrás y al lado unos de otros en fastidiosa monotonía. En ningún sitio había algo que indicara que estaba llegando al final del bosque.

—¡Kowalski! —volvió a gritar, aunque sabía que era absurdo—. ¡Adamek!

El bosque respondía con un silencio brutal. Con un silencio que nada tenía de romántico o de sosegador.

Por fin distinguió un resplandor detrás de los árboles. El linde del bosque. Debía de estar a punto de llegar al lago, no había razón para asustarse.

Sin embargo, cuando salió del bosque, tan solo había alcanzado un claro. No el mismo del que había partido, al menos eso: no había estado caminando en círculos. Pero nada más, no tenía la menor idea de dónde se encontraba. El cielo estrellado cubría el claro y el bosque, sobre cuyas copas ya había una resplandeciente luna. ¡Venga, no había que perder el optimismo! Pese a su decepción, Rath también sintió algo semejante al alivio: al menos tendría luz suficiente en esa noche sin nubes. ¿Hacia dónde era que se desplazaba la luna? ¿Hacia el oeste como el sol? ¿O era hacia el este? ¿O hacia otro lugar totalmente diferente?

Ya no creía que fuera a encontrar en algún momento el camino a Markowsken, pero le bastaría con encontrar un camino cualquiera para volver a la civilización.

Si es que se podía llamar así a Masuria. «Donde termina la cultura, empieza Masuria.» En su estado actual, a Rath cualquier sencilla cabaña sin agua corriente ni electricidad le habría parecido el paraíso. Incluso la perspectiva de que unos policías polacos lo detuvieron había perdido su agresividad. Lo principal era que lo sacasen de ahí.

La luz de la luna era tan intensa que podía ver como unos animalitos saltaban en todas direcciones antes de que él diera un paso. Saltamontes, pensó al principio, pero no estaba caminando por la hierba, sino sobre un musgo blando y cuando se inclinó distinguió que las que saltaban fuera de su camino eran unas minúsculas ranitas. Eso tenía algo de tranquilizante, así que siguió caminando con determinación. La naturaleza ahora tampoco era tan hostil. Se estaba preguntando si la luna realmente salía por el este cuando el musgo que había bajo sus pies cedió de repente y su pie izquierdo pisó algo borboteante y húmedo. ¡Un condenado cenagal!

No pudo evitar recordar su odisea por el Müggelsee. Entonces también acabaron en una zona pantanosa, lo que le costó la pérdida de un zapato. ¡No iba a permitir que un condenado pantano volviera comérsele el zapato! La idea de tener que luchar descalzo contra ese bosque interminable le espoleó a seguir luchando. Bastaba con no levantar el pie demasiado rápido o con demasiada fuerza. Lo probó, cauteloso, pero tenía la sensación de que se hundía más. Tenía que desplazar el peso, le iría mejor, pensó y dio un pasito hacia delante con la pierna derecha. Y cayó en otro cenagal. Bajo esa capa de musgo, en la que las ranas seguían saltando, todo parecía de repente nadar.

Se inclinó hacia delante y procuró llegar con la mano al pie izquierdo y el zapato. En vano. Lo único que notaba era que cada vez se hundía más.

Eso era más que un condenado cenagal, había acabado en un endemoniado pantano. ¿Cuántas zonas pantanosas había aquí, maldita sea? Pues lo único que podía decir sin temor a equivocarse era que este pantano no era el mismo en que vivía Radlewski, no aquel al que los había llevado Adamek, este paisaje era mucho más idílico, le recordaba con sus arbustos y la alfombra de musgo al

paisaje fluvial de la Wahner Heide, cerca de Colonia, donde no había troncos de árboles muertos que señalaran un entorno hostil.

«Tranquilo», se dijo, colocó los brazos y las manos encima del tembloroso musgo e intentó buscar dónde agarrarse, pero no había ninguna sujeción, la alfombra de hierba y musgo se balanceaba sobre el agua y se abría bajo su peso. Lo único que consiguió fue que el agujero en el que se encontraba cada vez se hiciera más grande, como si él mismo hubiera cavado su propio hoyo. Y cuanto más se esforzaba, más fría y firmemente lo envolvía el pantano tirando de él hacia abajo.

Ya temía verse tragado por completo, cuando recordó lo que habían aprendido en la clase de Ciencias Naturales. No, en un pantano nadie corría el peligro de verse absorbido hacia el fondo y hundirse del todo, la flotabilidad lo impedía; el único peligro mortal consistía en no ser descubierto a tiempo y rescatado, pues en pocas horas uno podía morir de hipotermia.

Ya ahora, Rath sentía cómo el frío iba penetrando cada vez más profundamente en su cuerpo, aunque en el aire todavía se notaba el calor del día. Ya no percibía nada en las piernas, tenía dificultades para moverlas. Los mosquitos lo acosaban y él los espantaba moviendo los brazos, hasta que cayó en la cuenta de que ese movimiento provocaba que todavía se hundiera más. No tenía otro remedio que pedir ayuda y tenía la vaga sensación de nunca en su vida haber estado tan alejado de la vivienda de un ser humano.

—¡Socorro! —gritó tan fuerte como le fue posible—. ¡Socorro!

Su grito se extinguió en la noche iluminada por la luna. Prestó atención, oyó el susurro de las hojas de los árboles movidas por el viento, oyó el chillido de un mochuelo, y nada más. Y el mochuelo no tenía visos de ser Kowalski.

—¡Socorro! —gritó de nuevo, y algo en el bosque crujió. Giró la cabeza para ver mejor. En efecto, una sombra salió del bosque, una sombra enorme.

Habría todavía lobos, se preguntó, ¿a ver si con sus gritos todavía atraía a algún depredador! Antes de que Rath pudiera distinguir los contornos, la sombra ya se había alejado de su campo visual.

Le picaba toda la cara, pero ya no espantaba a los mosquitos. Sintió una picadura en el labio superior y confirmó que había empezado a temblar, ahora incluso oía que le castañeaban los dientes.

¡Joder, qué frío hacía!

Cerró los ojos e intentó ordenar sus pensamientos, pero cada vez le costaba más. De nuevo oyó un crujido y abrió los ojos, se asustó al ver que algo increíblemente grande se inclinaba delante de él y lo miraba con curiosidad. Una cabeza con una enorme cornamenta.

No daba crédito a lo que veían sus ojos. Un alce. Un alce lo miraba y contemplaba su agonía.

Pensó en Charly, en lo que le había dicho en Tempelhof.

«A lo mejor ves un alce.»

Charly. ¿Iba a ser esa fea despedida en el aeropuerto su última y definitiva noche juntos? ¿De verdad que iba a diñarla absurdamente en el pantano, cuando su futuro juntos todavía tenía que empezar?

Cuando acababa de engañarla por primera vez, ayer mismo. Pensó en la noche, en la noche con Hella y de repente su situación actual se le antojó como un castigo por lo que había hecho.

Pero claro que no lo era. Todo eso no tenía ningún sentido, morir era igual de absurdo que el resto de la vida. Pensó en el cementerio de los héroes en Markowsken. Quien hablara de muertes con sentido, de muertes heroicas, de sacrificios por la patria y de locuras similares era un condenado embustero. ¡Pero ya fuera absurdo o no, él quería vivir, joder, tan solo vivir, por muy absurdo que fuera!

—Acércate —dijo con cautela al alce para no asustarlo—, ven. Da un pasito más.

De hecho, la gran cabeza se aproximó un poco, el alce parecía realmente confiar en ese hombre, la mitad de cuyo cuerpo salía del suelo por debajo de él. Rath había leído en algún lugar que los alces, a diferencia de los corzos y ciervos, no eran esquivos ante los seres humanos.

Ese desde luego no lo era.

O ahora o nunca.

Con un gesto rápido intentó alcanzar la cornamenta, incluso creyó sentir la piel suave que cubría el cuerno, pero el animal dio un salto hacia atrás y levantó la cabeza. Rath dio un manotazo al vacío, el alce dio otro paso hacia atrás, a la maleza y luego se alejó despacio y solemne, iluminado por la luz de la luna.

Rath se lo quedó mirando hasta que desapareció.

«Serás idiota —pensó—, mira que dejar a tu único amigo en este lugar salvaje.»

—¡Socorro! —volvió a gritar y se extrañó de lo débil que era su voz a esas alturas. ¿Tanta fuerza había perdido en ese despiadadamente frío pantano?

¿Había perdido ya la razón?

En cualquier caso, no le faltaba demasiado.

Se acordó de su pistola y sacó la Walther de la funda. Apenas podía sostener el acero frío con las manos, pero consiguió quitar el seguro y disparar un tiro. El retroceso casi le había arrancado el arma de la mano entumecida, la sujetó en el último momento y la enfundó de nuevo para que estuviera en lugar seguro. A lo mejor volvía a necesitar la Walther si realmente había lobos allí.

La desesperación fue apoderándose de él y era peor que el frío. La pérdida de esperanzas lo iba impregnando como un tinte pesado negro y podrido, un caldo espeso, que se extendía por todos sitios y no dejaban ningún rincón libre. Y al mismo tiempo asomaba en lo más profundo de su ser un deseo desenfrenado de vivir. Pero no llegaba a abrirse paso hasta la superficie.

A esas alturas los mosquitos ya le daban igual, que se lo comieran, no se defendía.

Y de repente creyó estar alucinando.

De la maleza volvió a salir un animal, un perro negro y enorme que le recordó la ilustración de *El perro de los Baskerville* que había en su libro de Sherlock Holmes, ese cancerbero letal y gigantesco. En ese momento debería sacar la

pistola, pero ya no estaba en situación, los músculos no le obedecían, solo temblaban.

Rath cerró los ojos dispuesto a morir. Si ese cancerbero no era producto de su fantasía, lo devoraría. Y si se lo había imaginado, desaparecería en cuanto volviera a abrir los ojos.

Mantuvo los ojos cerrados, con la sensación de que los párpados eran los únicos músculos que le obedecían. Y cuando al cabo de un rato, durante el cual no se lo habían comido, volvió a abrirlos, el perro, en efecto, había desaparecido. En lugar de él, Rath vio una figura que le recordó otra ilustración de sus libros de juventud. O en realidad dos.

A Robinson Crusoe. Y al último mohicano.

Un hombre con una barba cerrada increíblemente desaliñada y con los cabellos largos e hirsutos estaba ahí, cubierto de cuero y pieles, con un arco al hombro y un carcaj de flechas, sobre la cabeza una gorra de piel de castor como el montaraz de los libros de Calzas de Cuero.

Rath se quedó mirando esa aparición, no era capaz de hacer otra cosa.

Cerró los ojos y todavía sintió cómo su boca se distendía en una pacífica sonrisa. Incluso había dejado de temblar. Sintió una profunda paz y, pese a todo ese frío, una gran y repentina calidez.

Y luego acabó rodeado de oscuridad. Una oscuridad en la que ni siquiera la luna creciente podía penetrar.

TERCERA PARTE

PRUSIA

Desde el 18 de julio hasta el 6 de agosto de 1932

Raras veces ocurre que la libertad, del tipo que sea, se pierda de golpe.

DAVID HUME

Todo estaba adornado con banderas negras y blancas, también el ataúd, que apenas se veía entre tanta tela blanquinegra colgando por la iglesia. Los compañeros decían que nunca había habido tanta bandera en el funeral de un agente de policía. Charly no podía evaluarlo, era la primera vez que acudía a un acto de este tipo, y enseguida supo que lo odiaba. Toda esa pompa, los uniformes planchados, los discursos ampulosos... a eso se lo llamaba «rendir homenaje».

La iglesia no estaba especialmente llena, largas hileras de bancos estaban vacías. Que matasen a un policía había dejado de ser algo especial en Berlín; cada vez con más frecuencia los agentes se veían expuestos a los fuegos cruzados cuando comunistas y nazis se disparaban unos a otros.

Las banderas y la abundante decoración floral parecían querer compensar el vacío de la iglesia, la ausencia de un auténtico grupo de personas en duelo. Tampoco faltaban coronas, el ataúd se asfixiaba entre ellas, y muchas no procedían del ámbito policial. Aunque, naturalmente, también el presidente de la Policía Grzesinski había encargado una, así como Heimannsberg, el comandante de la Policía de Seguridad, sin embargo ninguno de los dos había hecho acto de presencia. El subjefe de Grzesinski, Bernhard Weiss, pronunció el discurso del funeral, un honor que un policía en realidad solo recibía cuando un comunista o un nazi lo había matado. Pero también el hombre que estaba delante en el ataúd había muerto en el cumplimiento de su ejercicio.

A ella le habían contado que el Estado Libre de Prusia no había pagado el desbordante paramento de banderas y flores de la iglesia, lo que la habría

sorprendido dada la escasez de dinero que desde hacía tiempo padecía el erario público. No, el hermano del policía asesinado se había ocupado de que ese funeral fuera casi tan solemne y ceremonioso como el de un ministro fallecido o de un Hohenzollern. Y el elevado número de coronas también se debía en una parte significativa a su capacidad financiera e influencia. La Oficina de Propaganda de Marggrabowa había regalado una corona; la Ciudadanía de Treuburg, otra; pero la más grande la había donado él personalmente: SIEMPREENNUESTRAMEMORIA —se hallaba escrito en una espléndida corona de flores blancas y violeta oscuro, casi negro—. TU HERMANO GUSTAV.

Charly intentó escuchar el discurso de Bernhard Weiss, pero no lo consiguió y tampoco estaba allí para eso. Estaba concentrada en no perder de vista a Gustav Wengler, situado en primera fila, con la cabeza baja, en diagonal respecto a ella.

Se había cruzado una vez con el hermano del difunto, se había presentado allí y contestado diligentemente a todas las preguntas que la brigada Patria le había hecho en relación con la muerte de Siegbert Wengler y los acontecimientos de 1924. No habían conseguido obtener mucha información de él. El grupo de investigación se había reunido después del interrogatorio para hablar al respecto y Charly no había sido la única que intuía que Gustav Wengler escondía más de lo que revelaba.

A la brigada Patria le habría gustado conversar con Gereon, quien ya había conocido a Wengler en Treuburg y le había tomado el pulso, pero la comunicación resultó ser más difícil de lo esperado, pues el señor comisario llevaba días sin dejarse oír.

Seguía registrado en el hotel de Treuburg, pero no había cumplido con ninguna de las repetidas indicaciones de que llamara a la jefatura. Böhm estaba fuera de sí y Charly lo entendía. Todo el mundo sabía que una mala costumbre de Rath consistía en desaparecer durante días para poder trabajar a su aire, sin que nadie lo molestara y sin tener que obedecer órdenes.

Pero lo que a Charly le indignaba más era el hecho de que Gereon ni siquiera la hubiera llamado a ella, que habría estado dispuesta a cubrir su juego del

escondite frente a Böhm. Naturalmente, le habría dado su opinión y puesto los puntos sobre las íes, pero nunca lo habría traicionado, seguro que él lo sabía. ¿Acaso no confiaba en ella? ¿O evitaba simplemente una pelea ya previsible?

Entretanto se había instalado junto con Kiguí, de cuyo cuidado había liberado a Erika Voss, en la Carmerstrasse con la esperanza de que Gereon tal vez llamase allí. Pero el teléfono estaba tan muerto que ella ya se había preguntado si en realidad estaba dado de alta.

Lo estaba. Una vez no había podido aguantar más y había llamado al hotel de Gereon en Treuburg. Lo sentían mucho pero el comisario Rath no se encontraba allí, no sabían cuándo volvería, esa era la escasa información que le habían dado. El recepcionista había anotado el mensaje de que el comisario respondiera a la llamada, pero nadie lo había hecho. Ahora ya no se atrevía a volver a llamar al hotel, ya había oído con demasiada frecuencia las amables palabras de pesar con que se le parafraseaba la ausencia de Gereon Rath. Lo había intentado a todas horas de la mañana y de la noche y a estas alturas se preguntaba si Gereon todavía dormía allí. Y dónde dormía si no era allí. Y con quién.

¡Desgraciado!

Tampoco habían accedido a él a través de la Policía de Treuburg. Gereon no había puesto al corriente a los compañeros masurianos de sus pesquisas. Y en absoluto de sus acciones futuras. El jefe de policía, con quien había tenido la oportunidad de hablar personalmente, parecía bastante ofendido. Charly podía imaginarse más o menos cómo lo había tratado Gereon: con toda la arrogancia de un poli de la gran ciudad, investigando en una zona rural sumada a esa pizca de cabezonería propia de Rath. Siempre igual: Gereon Rath, la máquina de investigar en solitario. ¡Cómo odiaba esa forma de hacer! Si al menos se presentara con algún resultado. ¿O es que quería detener a su sospechoso, Artur Radlewski, él solito?

La Policía de Treuburg parecía desconfiar de Gereon y en Berlín tampoco confiaba nadie en él, a excepción de Gräf, tal vez, y un par de colegas más.

Charly intentó volver a concentrarse en su trabajo y mantener bajo vigilancia a

Gustav Wengler. No acababa de entenderlo. Parecía escuchar atentamente las palabras de Bernhard Weiss, pero ella sabía que Wengler era de tendencias populistas y que debía de desagradarle que un judío pronunciara el discurso de esa ceremonia fúnebre. No se le notaba. «Escurridizo.» Esta palabra parecía estar concebida para una persona como él.

A lo mejor lograban sonsacarle algo, incluso sin la valiosa ayuda de Gereon. Le habían enviado una citación al hotel, tendría que volver a la Alex antes de irse de Berlín. Y esta vez le tenía guardada una sorpresa de la que no podría escapar tan fácilmente.

El gran reloj de la torre de la administración señalaba las nueve y veinte minutos. Ya hacía tiempo que se había despedido el sol, una estridente luz de neón iluminaba el recinto y se reflejaba en las negras aguas del puerto.

Reinhold Gräf se hallaba en su puesto de observación dominando el muelle desde la cabina del conductor de una grúa de carga que BEHALA, la Sociedad de Almacenes e Instalaciones Portuarias, había puesto a su disposición con el objetivo de vigilar la zona. Un palco. Hasta tenía unos gemelos de teatro, unos pequeños prismáticos de las existencias de la policía.

Salvo por un único barco que se estaba descargando a la luz del neón no había demasiado trasiego, la mayoría de los trabajadores del puerto se habían marchado ya hacía tiempo a casa, como mucho todavía quedaban dos docenas trabajando.

Y un grupo de la guardia de asalto que por el momento no estaba a la vista. Los hombres se mantenían bien escondidos. Hasta hacía un año, la compañía Ford todavía había montado coches para el mercado alemán en el almacén 2, pero luego había trasladado la producción a una nueva fábrica de Colonia y colaborado de ese modo a que aumentara el número de desempleados en Berlín y a que los tinglados berlineses estuvieran desiertos.

El almacén vacío disponía de sitio suficiente para todo un regimiento de cien hombres, para todo un batallón, era el escondite ideal. La Dirección General de Aduanas, con quien colaboraban en este caso, les había sugerido que se ocultaran en ese lugar y ellos habían introducido discretamente allí a los

hombres, con abrigos de civil sobre el uniforme y las armas e incluso los chacós en cajas. Su aspecto era el de un grupo de trabajadores, como si por fin alguien hubiese arrendado el local y pensara volver a llenarlo de vida. El comisario jefe Böhm y un inspector jefe de Aduanas, también de civil, habían sido los últimos en entrar en el almacén. Una vez que todos estuvieron dentro, Böhm había dado las instrucciones a la guardia de asalto y repartido los chacós y carabinas. Desde entonces los agentes estaban a la espera de una llamada.

Gräf miró al teléfono junto a las palancas y botones de los que no se atrevía a tocar ni uno por miedo a que la grúa se pusiera en movimiento. Por ese aparato hablaban el conductor de la grúa con los capataces que estaban en tierra y coordinaban el trabajo conjunto de grúa y personal de tierra. Pero ahora el teléfono de ese vehículo estaba directamente conectado con el almacén 2. Y aunque ya lo sabía, cuando el timbre sonó dio un respingo.

—¿Sí?

—¿Todavía no hay movimiento?

—Nada.

«A las 21h», estaba escrito en el cuaderno de Lamkau. Martes por la noche a las 21h. Quinientas cajas. Un número nada despreciable. Y todavía más licores, veinticuatro botellas por caja. Suficiente para una imputación. Desgraciadamente no sabían en qué barco, solo en qué dársena, y en la dársena del norte había amarrados cinco barcos.

Gräf ya se preguntaba si tal vez alguien se había olido algo y la policía había emprendido toda esa operación para nada, pero de repente algo pasó en la Westhafenstrasse. Venían. Un coche tras otro cruzaba el Portal del Este hacia las instalaciones del puerto, cinco furgonetas blancas como la nieve, todas con el anuncio publicitario MATHÉE LUISENBRAND. TREUBURGER BÄRENFANG. Gräf no había contado con ello: con que la compañía Lamkau se paseara por allí así de abiertamente con una carga tan delicada. ¿O acaso se habían equivocado y la carga de esas furgonetas procedía legal y oficialmente de la producción regular y respetable de la Luisenbrennerei, una destilería que pagaba sus impuestos? Pero

¿por qué habría Lamkau apuntado la fecha de la entrega en un cuaderno de notas en el que solo se registraban ingresos en negro, ingresos que no aparecían en los libros de cuentas oficiales de la empresa?

Los coches se detuvieron en fila en el muelle, en el punto de carga que estaba libre, justo al lado del almacén. Gräf cogió los prismáticos e intentó distinguir el nombre del barco junto al cual se habían parado las furgonetas de Lamkau. *MS Erika*.

Un par de hombres aparecieron en la cubierta y abrieron las escotillas de carga. Y entonces se bajaron también los ocupantes de las furgonetas. En cada coche había dos individuos y todos llevaban la bata oficial de la empresa Lamkau.

Eso sorprendió a Gräf al principio, pero luego se dio cuenta de que cualquier otra cosa habría llamado mucho más la atención. Los hombres no hacían nada prohibido, cargaban un barco con cajas de licor. Eran las mismas cajas con el rótulo de Luisenbrand que Gräf ya había visto en la Casa Patria. En el ascensor, junto al cadáver de Lamkau.

Solo que aquí contenían un matarratas destilado clandestinamente y no un producto de marca. Un matarratas pensado para el mercado americano, hacia donde sería embarcado con ayuda de la Ringverein Concordia.

Esperaba que fuera así. De lo contrario serían el hazmerreír de todos.

Desde el barco se desplegó una pasarela hasta el muelle, los hombres formaron cadena y empezaron a cargar las cajas de la primera furgoneta en el barco. Una vez cogido el ritmo, todo marchaba a una velocidad enorme. Como una cadena de cubos de agua para apagar un fuego. Una cadena de cajas de licor.

El secretario llamó por teléfono y esperó a que Böhm atendiera la llamada.

—Ahora —dijo—. En el lado oeste del almacén 2. El *MS Erika*. Cinco furgonetas, en total algo más de una docena de hombres. Todavía no he visto a ninguno armado, pero no se excluye que un par de ellos lleven armas, sobre todo los del barco.

Pocos segundos después se abrió una gran puerta corredera en el almacén y el

inspector de Aduanas subía a la rampa, detrás de él iba Wilhelm Böhm con un megáfono.

Los hombres de Lamkau todavía no se habían dado cuenta de nada y las cajas de licor seguían pasando de mano en mano.

Entretanto, también los agentes de uniforme se habían apostado en la rampa con las carabinas en posición de tiro.

«¡Atención, atención —oyó resonar Gräf la voz de Böhm por el megáfono—, les habla la policía!»

La cadena de cajas que hasta el momento funcionaba tan deprisa como una cadena de montaje se detuvo; una caja de licor que no había encontrado quien la recogiera estalló en el pavimento.

—Así está bien —siguió hablando la voz por el megáfono—, depositen las cajas en el suelo y levanten las manos. Quedan provisionalmente arrestados. No se resistan, están rodeados, el recinto portuario está acordonado. La Dirección General de Aduanas de Berlín incautará la mercancía.

Uno de los conductores no hizo caso de las indicaciones de Böhm, se subió en una furgoneta y dio gas. Con el motor rugiendo el vehículo corrió a toda velocidad por el muelle, pegado al borde del agua, dos hombres de la cadena tuvieron que saltar a un lado para que no los atropellara. El conductor pretendía huir por la Westhafenstrasse, pero el Portal de Este estaba cerrado y vigilado por agentes de uniforme con carabinas. La furgoneta giró haciendo chirriar los neumáticos, pero nadie lo importunó cuando volvió por el recinto del puerto, nadie lo persiguió. Esa huida aturdida no beneficiaría en nada al conductor, solo revelaba que había intervenido efectivamente en una acción ilegal. Entretanto, el hombre había llegado al Portal Oeste. Cuando también allí se topó con agentes de la guardia de asalto armados, se rindió y salió con las manos en alto.

Gräf guardó los prismáticos y se dispuso a bajar de la grúa.

Los hombres habían levantado las manos obedientemente y no opusieron resistencia cuando los detuvieron.

Una vez en el suelo, Gräf oyó el ruido de los motores diésel y vio llegar los

coches de la policía, que estaban aparcados detrás del edificio de la Administración. Los policías de Seguridad que no estaban ocupados esposando a los detenidos empezaron a cargar las cajas en un camión. No solo las de las furgonetas y las que estaban en el muelle, sino también aquellas que ya se habían introducido en el barco. Böhm ya había hecho abrir una caja y había sacado una botella. La abrió, olisqueó el contenido e hizo una mueca de asco. El comisario jefe tendió la botella a Gräf. Por su aspecto, era igual que el Luisenbrand normal, tal como se servía en Berlín en todos sitios, pero olía de forma totalmente distinta. Muy fuerte, más a alcohol para quemar que a un aguardiente noble de cereal. Si bien era necesario realizar un análisis químico para el juicio, no cabía la menor duda de que eso era uno de los más baratos matarratas. ¿Y eso iban a endilgarles a los yanquis como si fuera una especialidad alemana? Gräf se preguntó cuánto dinero podría ganarse en Estados Unidos haciendo contrabando de alcohol, sobre todo teniendo en cuenta el actual cambio a dólares. En cualquier caso, lo suficiente para dedicarse a él en gran escala.

Observó a los hombres que habían caído en sus redes. En el barco habían atrapado a un par de granujas, cuyos retratos posiblemente se encontraban en el álbum de delincuentes, pero los ocupantes de las furgonetas eran empleados totalmente normales de la compañía Lamkau. Gräf creía haber visto a alguno de ellos en los terrenos de la firma.

Los hombres tuvieron que instalarse en la plataforma de los vehículos de la policía, justo al lado de la mercancía de contrabando.

De repente se produjo un golpe fuerte y metálico. Gräf se dio media vuelta. Vio la puerta de una furgoneta y a un agente de uniforme que caía al suelo. Y luego una bata blanca que flotaba en la noche como un fantasma.

¡Joder!

Debía de haberseles pasado por alto alguien que todavía estaba escondido en una furgoneta, la que estaba más adelante. Y había golpeado con la pesada puerta trasera a uno de los agentes que no sospechaba nada y ahora huía por el muelle con la bata ondeando.

—¡Alto, deténgase! —gritó Böhm por el megáfono—. ¡No siga corriendo! O me verá obligado a dispararle.

El hombre se dio media vuelta y a la pálida luz de las lámparas de neón, Gräf creyó reconocer el rostro de Dietrich Assmann, el hombre de Prusia Oriental que gestionaba temporalmente los negocios de la compañía Lamkau para ayudar a la abrumada viuda.

Pero el fugitivo siguió corriendo y Gräf ya no estuvo seguro de que realmente fuera Assmann. Quien en realidad estaba bajo vigilancia.

—¡Deténgase! —resonó el megáfono de nuevo—. ¡O dispararemos!

Y, en efecto, un agente disparó un tiro al aire, tal como estaba prescrito en las instrucciones.

Después de una advertencia de ese tipo, la mayoría de los delincuentes se detenía, pero ese hombre echó a correr todavía más deprisa.

De nuevo, un disparo resonó en la noche y Gräf se temió que esa operación nocturna, que hasta el momento había transcurrido sin complicaciones, exigiera ahora su primera víctima mortal; pero de repente la bata blanca ascendió, por unos instantes se diría que iba a emprender el vuelo, pero después descendió con la rapidez del plomo y desapareció tras del muro del muelle.

Gräf corrió detrás con un par de agentes hacia el borde del muelle e iluminó con la linterna de bolsillo la superficie del agua, donde aún se veía la espuma causada por la zambullida. Alguien gritó: «¡Allí!» cuando el foco de luz captó algo claro que subía lentamente a la superficie acompañado de numerosas burbujas de aire. Pero no era más que la bata blanca empujada hacia arriba por las burbujas, del fugitivo no había rastro. El hombre había desaparecido sin dejar huella en la espumeante agua negra.

Ya era tarde, el despacho estaba vacío y oscuro. Gräf había ido con Böhm al Westhafen, el puerto Oeste, y Erika Voss ya hacía rato que había concluido su jornada laboral. Charly encendió la luz y colgó el abrigo en el guardarropa. A los compañeros no les gustaban demasiado las vigilancias, por eso tenían que cargar con ellas los dos aspirantes. Desde la mañana no le había quitado los ojos de encima a Gustav Wengler; este casi todo el día había estado fuera con sus parientes de Danzig, que también pasaban el día en Berlín después del funeral y ahora estaban en el hotel. Aunque no parecía tener intención de ir al Westhafen, no dejaron de vigilarlo.

Hacía apenas una hora que Lange había cogido el relevo y mientras él esperaba en un Opel verde delante del hotel Eden, junto a la iglesia Memorial, a ver si Gustav Wengler se movía, Charly había ido a la jefatura en lugar de a casa. Lo que tal vez se debía a que en ese momento no sabía exactamente dónde estaba su casa.

Ya se había despedido en su interior del apartamento de la Spenerstrasse sin que hubiera reunido todavía fuerzas para comunicarle a Greta los cambios que se habían producido en su vida, y en Charlottenburg seguía sintiéndose como una extraña. Aunque la casa le parecía demasiado grande, sobre todo cuando estaba allí sola, había pasado las últimas noches en la Carmerstrasse. Si al menos se hubiera podido llevar la perra allí, pero Kigú volvía a estar bajo la tutela de Erika Voss mientras ella se ocupaba de la vigilancia.

Charly suspiró y sacó de la estantería el expediente Patria. Herbert Lamkau.

Tres delitos se cruzaban en la persona del comerciante de licores fallecido: asesinato, extorsión y contrabando de alcohol. Y la gran pregunta consistía en qué era lo que unía estas tres cosas.

En cualquier caso, ya no cabía duda sobre la extorsión. Riedel y Unger estaban en prisión preventiva a la espera de que se los juzgara. Los dos habían intentado echarse la culpa mutuamente, lo que al final había aligerado el caso. Charly leyó por encima el acta del interrogatorio de Nebe y no pudo reprimir una sonrisa. El modo en que el comisario había embaucado a los dos chantajistas había sido magistral: con una observación que había dejado caer, había despertado en Unger la impresión de que Riedel lo había puesto en una situación difícil y esto había provocado que el cocinero tratara de hacer lo mismo con el comprador. Una partida de ping-pong en dos salas de interrogatorios al final de la cual había unas confesiones firmadas.

Con el matarratas que Unger y Riedel querían endosar a la compañía Lamkau para chantajearla después habían tocado sin sospecharlo un punto flaco, pues Herbert Lamkau realmente vendía destilado ilegal. Un negocio lucrativo que los dos chantajistas habían alterado: Lamkau había ganado sumas considerables con ello. Todo, hasta el último céntimo, anotado en el cuaderno que Gräf había encontrado en la vivienda de Siegbert Wengler. Habían necesitado un rato hasta comprender las columnas de cifras, pero lo habían conseguido. Todavía no sabían cómo y cuándo había robado Wengler el cuaderno de la jefatura, pero lo determinante era que lo había hecho.

Sin embargo, Wengler no había podido proteger a Lamkau de los chantajistas. En el álbum de delincuentes, Charly había reconocido a uno de los hombres que había visto en el bar de la Linkestrasse. Rudolf Haas, alias El Bello Rudi, la mano derecha de Paul Marzewski, llamado Paule el Polaco, el jefe de la organización criminal Concordia. Aunque Charly no había encontrado al otro granuja en el álbum de delincuentes, era de suponer que también se tratara de un miembro activo de la Concordia.

Charly se preguntaba si los dos hombres también tendrían algo que ver con el

asesinato de Lamkau o si se trataba de una venganza como sospechaba Gereon, la venganza de un hombre cuya madre había caído víctima del matarratas de Lamkau y compañía. Aunque lo que Gereon no sabía, porque nadie se lo había podido decir, era que Lamkau había seguido con sus negocios clandestinos hasta el día de hoy, que todavía podía haber muchas más víctimas mortales y, con ello, muchas más personas que tendrían una razón para vengarse.

Gereon. ¡Maldita sea! Otra vez estaba pensando en él.

Miró a través de la ventana, pero en el exterior el crepúsculo había dado paso a la oscuridad y Charly solo podía distinguir en el cristal de la ventana su reflejo, que ahora bostezaba y mostraba lo cansada que estaba en realidad.

¡Si supiera al menos dónde se había metido ese hombre!

No iba a decírselo a nadie, pero estaba empezando a preocuparse por él. ¿Le habría pasado algo grave?

Pero entonces las autoridades de Treuburg ya habrían dicho algo. O esos compañeros de Köngisberg de quienes había hablado.

Por muy ridícula que se sintiera por ello, decidió volver a llamar al hotel de Treuburg. Al menos podía telefonar desde la Carmerstrasse sin que ningún compañero la oyera. Ni qué decir Greta. Su amiga se habría tronchado de risa si hubiera sabido que Charly se preocupaba por un hombre y telefoneaba para tener noticias de él. Si bien Charly ignoraba si realmente lo que la inquietaba tanto era eso. A lo mejor era solo la rabia que sentía hacia ese desgraciado que no había manera de que llamara.

Sonidos extraños. Sudor animal y hierbas. Manzanilla y vinagre. De repente claridad tras la penumbra. Reflejo de luz tras los párpados.

Jirones de sueños. Recuerdos.

La luna.

La sonrisa de Charly.

Fugaz, inaprensible, inaccesible.

Una cuchara de madera con un líquido humeante. Un olor asqueroso. Sudor animal. Hierbas. Manzanilla y vinagre.

«¡Bebe, bebe!»

Una voz ronca.

Media vuelta. Cerrar los ojos.

La sonrisa de Charly.

Un retorno forzado a la luz.

Una sonrisa infernal muy cerca, un animal negro enseñando los colmillos y una lengua roja y jadeante. Por encima una barba rubia.

Demasiado débil para asustarse.

«¡Bebe!»

Una voz ronca. Detrás de la barba.

Y otra vez la cuchara. Metida a la fuerza en la boca. Un sabor asqueroso, amargo, grasiento, caliente. Tragar sin querer. Manzanilla, vinagre, miel y hierbas.

Un temblor repentino. Calor extendiéndose por el cuerpo y un gran cansancio.

Un cansancio más intenso que cualquier cosa.

Recaída.

Pesadez.

Párpados.

Cerrados de nuevo.

Negrura de nuevo, sueño y muerte.

En paz.

Lo principal, la paz, dejadme en paz.

Un sueño negro, muerto.

La sonrisa de Charly.

Paz.

Lo principal.

Dietrich Assmann estaba sentado en la sala de interrogatorios B y se encogía de hombros. Como había hecho un montón de veces en esa conversación. Böhm habría podido hacer una lista.

¿Iba la compañía Lamkau a embarcar una entrega más grande en el Westhafen?

Encogimiento de hombros.

¿En el *MS Erika*, con Hamburgo como puerto de destino?

Encogimiento de hombros.

La carga no estaba registrada en los documentos de transporte.

Encogimiento de hombros.

Las cajas contenían licor destilado ilegalmente en botellas originales de Luisenbrand.

Encogimiento de hombros.

Doce mil botellas en total, buena parte de ellas ya embarcadas, el resto todavía en cinco furgonetas de la compañía Herbert Lamkau, Berlín Tempelhof, aparcadas en el muelle Norte del puerto Oeste. Todas incautadas por la Dirección General de Aduanas de Berlín.

Encogimiento de hombros.

La carga realmente registrada en los papeles de transporte del *MS Erika*, trescientas toneladas de aceite de colza, tenía, según los papeles de transporte, que ser embarcada en el puerto de Hamburgo en el carguero de alta mar *MS Tsingtao*. Su puerto de destino: Hoboken, Nueva Jersey.

Encogimiento de hombros.

Böhm habría podido llevar un recuento, pero solo estaba allí con los brazos cruzados y escuchaba cómo el inspector jefe de aduanas Bruno Kressin interrogaba tan pacientemente como en vano al gerente de transición de la compañía Lamkau. Y notaba como su tensión arterial subía un poco con cada encogimiento de hombros de ese granuja de Assmann. La paciencia en los interrogatorios lentos no era su fuerte, y por esa razón había cedido el paso a Kressin, entre cuyas diligencias caían las actividades ilegales de la compañía Lamkau. Pero era evidente que, en lo relativo a interrogatorios, el agente de Aduanas era un torpe integral.

Böhm aguantó en calma un cuarto de hora, escuchando lo que el hombre en la silla del interrogado decía o, mejor dicho, no decía. Durante un cuarto de hora dio muestras el comisario jefe de una paciencia de santo, pero hasta ahí había llegado.

—¡Por favor, no se haga el tonto, señor mío! —vociferó de golpe, y Dietrich Assmann, que hasta entonces había estado sentado inalterable a la mesa de los interrogatorios, retrocedió instintivamente unos centímetros. El inspector de Aduanas todavía se asustó más que el delincuente: Kressin dio un auténtico respingo cuando Böhm alzó la voz.

El comisario jefe, que hasta el momento había permanecido apoyado a la pared, aparentemente sin participar en lo que ocurría, se colocó junto al asustado aduanero y golpeó la mesa con el puño.

—Hemos encontrado furgonetas de la compañía Lamkau en el Westhafen, señor Assmann.

Y el gerente reaccionó, ahora sí, con algo más que un encogimiento de hombros.

—Puede ser —respondió—. Pero yo no las envié allí.

—¿No?

—No. ¿Cuántas veces he de decirlo? —Assmann se puso insolente—. ¿Es que se ha creído usted que preguntándome las mismas preguntas que su compañero

voy a darle respuestas distintas? ¡Tendrían que cambiar las preguntas, no al interrogador! No puedo decirles nada al respecto.

—¿No puede o no quiere? —Böhm resollaba y evaluaba a Assmann con su mirada de bulldog—. Seguiremos interrogándole hasta que nos dé una explicación lógica. ¿Por qué iban a ir al Westhafen sus coches, casi todo el parque móvil de la compañía Lamkau, si el gerente no les había dado órdenes de hacerlo?

—Gerente de transición.

—¿Y por qué iban a encontrarse los empleados, conductores y trabajadores del almacén de la compañía Lamkau con unos hombres que son miembros de la Ringverein Concordia? ¿Y cargar con ellos alcohol destilado ilegalmente en un barco?

—¿Yo qué sé? ¿Es tarea mía preocuparme de eso? A lo mejor los hombres obedecían las órdenes del fallecido. O uno de ellos actúa por su cuenta y riesgo e hizo trabajar a los demás para sus propios negocios.

—¿Así que usted no tiene nada que ver con esto?

—Es lo que llevo todo el día diciendo.

—Entonces ¿por qué estaba allí?

—¿Cómo?

—Ayer por la noche estaba usted en el Westhafen.

—¡Tonterías!

—Entonces, dígame por favor dónde estaba usted ayer a eso de las nueve y media de la noche...

—Puedo contestarle con bastante exactitud. A esa hora estaba cenando.

—¡No me cuente chorradas! ¡Estaba usted en el Westhafen! ¡Un agente lo reconoció!

—¿Ah, sí? A lo mejor ese agente tiene un defecto en la vista.

—Al parecer es usted un buen nadador, ¿no es cierto? ¿Dónde se desprendió usted de su ropa mojada? Cuando nuestros compañeros fueron a verlo a su hotel a las doce y media iba impecablemente vestido.

—No sé a dónde quiere ir a parar.

—Solo espero que no se haya resfriado. Nadando de noche en el puerto.

—¿Qué me está contando? ¿También lo vio el agente de policía? Más vale que lo envíe a un oculista.

—El testimonio de un agente de policía tiene mucho valor ante un tribunal, señor Assmann.

—¡Yo no estuve en el Westhafen, maldita sea, estuve en el Rheingold!

—Y seguro que puede demostrarlo. ¿Qué es lo que comió en el Rheingold?

—Lomo de corzo.

Böhm apuntó.

—Comprobaremos si está en la carta.

—Hágalo.

—Pero todavía no tenemos una prueba de que realmente estuvo usted allí.

—¿Y la factura? ¿Sería una prueba?

—En cualquier caso, eso mejor que nada. Si quiere enseñármela.

—Lamentablemente no es posible. No pagué yo la cena.

—¿Y quién fue el que de modo tan amable lo invitó?

—Mi jefe. —Assmann sonrió—. Gustav Wengler. El director de la Luisenbrennerei.

Böhm gruñó y se puso en pie.

—Kressin, siga sin mí por favor.

Ese hombre no la tomaba en serio, lo veía en su mirada. La tomaba por una secretaria o por otra taquígrafa. Y, sin embargo, Hilda Steffens era la única que sostenía una bloc de taquígrafa en la mano. Y Charly se había presentado con voz alta y clara, dando su nombre y su función. Pero el concepto «aspirante a comisaria» no parecía decirle nada a Gustav Wengler. O se lo tomaba tan poco en serio como el de «secretaria» o «taquígrafa». Por la «a» final.

Era obvio que consideraba al agente de Seguridad que estaba apostado con

expresión severa junto a la puerta de la sala de interrogatorios. A mucho más importante que a la mujer que estaba sentada frente a él. Al menos se volvía y dirigía la palabra al agente de uniforme.

—Tengo que acudir a unas citas de negocios. ¿Cuánto piensa retenerme aquí?

El policía de Seguridad no respondió. Estaba ahí con un rostro imperturbable como la guardia del castillo en tiempos del emperador.

—Las citas de negocios se pueden postergar, señor Wengler —respondió Charly—. Recibió nuestra citación hace cuatro días, tuvo tiempo suficiente para organizar su agenda de forma adecuada.

Wengler volvió la cabeza hacia ella, parecía desconcertado y algo ofendido.

—Me citaron para un interrogatorio. ¿Y qué ocurre? Llego puntualmente y el señor comisario que va a interrogarme no hace acto de presencia.

—Que ningún señor comisario haga acto de presencia se debe a que soy yo quien va a interrogarlo. —Charly sonrió con toda la amabilidad de que fue capaz y se ganó una mueca de asco en el rostro de Wengler—. Un par de preguntas más. Creo que también tendrá interés en que se aclare la muerte de su hermano.

El fabricante de licores asintió malhumorado.

—Naturalmente. Me sorprende que sus compañeros no me hayan planteado estas preguntas el viernes cuando pasé por aquí.

—Es que cuando se realiza una investigación siempre se encuentran cosas nuevas. Y los nuevos hallazgos arrojan nuevas preguntas, es lo que ocurre.

—¿Nuevos hallazgos? Me ha despertado la curiosidad.

Hilda Steffens tenía preparados cuaderno y lápiz, y Charly empezó.

—¿Es Dietrich Assmann el gerente de la Luisenbrennerei en Treuburg?

—¿A esto lo llama usted un nuevo hallazgo?

—¿Por qué ha enviado al gerente de su destilería a Berlín? El señor Assmann lleva más de una semana aquí.

—Edith Lamkau me pidió que la ayudara.

—Y le envía al instante a su empleado más importante.

—A mi mejor empleado. La compañía Lamkau desempeña en Alemania

Central una función decisiva para nuestra empresa; es pues en mi propio interés que los negocios vuelvan a su curso aquí.

—¿Conoce bien al señor Assmann?

—¿Qué pregunta es esta?

—Una que usted debe contestar, por favor. —Charly sonrió de nuevo—. ¿Es la suya una relación puramente profesional? ¿O existe entre ustedes una amistad personal?

—Puramente profesional.

—¿Conocía usted bien a su hermano?

—Me hace unas preguntas muy extrañas.

—Eso es asunto mío. Usted solo tiene que responder.

—En los últimos años había entre nosotros ochocientos kilómetros de distancia. Uno pierde contacto en una situación así. En cualquier caso, yo no conocía su último domicilio, si es que se refiere a esto. Y tampoco sabía nada del peligro que corría.

—¿Y Herbert Lamkau?

—¿Qué demonios quiere de mí? ¡Dígame de una vez a dónde quiere llegar?

—Licor adulterado con una elevada dosis de metanol, perjudicial para la salud, en las botellas de Luisenbrand...

—Por Dios, ¡no vuelvan a desenterrar una y otra vez esas viejas historias!

—La pregunta consiste en qué sabe y sabía usted de esas viejas historias.

—Ya se lo he contado a su estimado compañero en Treuburg. ¿Es que este tipo de información no corre?

«Por desgracia, no siempre», pensó Charly, intentando sacarse a la fuerza a Gereon de la cabeza.

—Señor Wengler —dijo carraspeando—, las viejas historias no son, por desgracia, viejas. Ayer por la noche la Policía de Berlín, junto con la de Aduanas, intervino una gran cantidad de este tipo de alcohol adulterado y muy dañino. Embotellado en botellas originales de Mathée Luisenbrand.

—¿Cómo?

El estupor de Wengler parecía auténtico. Pero ¿qué quedaba de auténtico en ese hombre?

—La mercancía iba a ser embarcada en el Westhafen. Por empleados de la compañía Lamkau. Y en el muelle había furgonetas de esa misma compañía.

—¿Y usted piensa de verdad que yo tengo algo que ver con eso? ¿A quién cree usted que perjudica más una cochinada así? ¡Al renombre de Lusienbrand! ¡A la reputación de nuestra compañía y de la marca Mathée!

—Yo no creo nada, señor Wengler. Estoy intentando reconstruir los hechos. — Charly sostuvo la mirada de Wengler—. ¿Sabe usted cómo averiguó la Policía de Berlín que se iba realizar el embarque de la mercancía? Gracias a un cuaderno negro que se encontró en el apartamento de su fallecido hermano. Una libreta que procedía del escritorio de Herbert Lamkau, que ya estaba entre documentos intervenidos por la policía y que su hermano robó en la jefatura.

No mencionó al informador de la banda de delincuentes de los Nordpiraten, que había revelado a los compañeros de Aduanas importantes datos sobre los negocios de la banda enemiga de la Concordia con Lamkau y los americanos.

Wengler movió la cabeza.

—Y yo que creí a Siegbert cuando me dijo que él no tenía nada que ver con la destilería clandestina...

—Tampoco parece haber sido la fuerza motora.

—Era Lamkau, ¿verdad? ¡Esa víbora traidora! Me juró que nunca más volvería a hacer negocios sucios. ¡Arrastrar así, por el barro, el nombre de mi compañía!

—Si Herbert Lamkau es el instigador, lo que me sorprende, señor Wengler, es que ayer se realizara esta operación en el Westhafen a pesar de que Lamkau ya lleva casi tres semanas muerto.

—A mí lo que todavía me sorprende más —dijo Wengler— es que se haya envasado una cantidad tan grande en botellas de Luisenbrand. Lamkau debía de tener a alguien que lo ayudaba desde mi destiladora. Posiblemente, uno de sus antiguos cómplices...

Charly intentó comprender la mirada de Wengler, pero no lo consiguió.

La puerta se abrió, el comisario jefe Böhm entró en la habitación.

—Disculpe la interrupción, Charly —dijo—. ¿Puedo hablar un momento con usted?

Wengler la miró con curiosidad cuando volvió a entrar en la sala de interrogatorios A. Charly se tomó su tiempo, se sentó y abrió su cuaderno de notas. No habría tenido que apuntar en él lo que Böhm acababa de comunicarle delante de la puerta, podría haberlo memorizado perfectamente. Pero no iba a prescindir del efecto que un cuaderno de notas ejercía sobre una persona que estaba en una sala de interrogatorios.

Esperó unos minutos más, se encendió un Juno para plantear luego la pregunta de repente, el mordisco inesperado de una serpiente.

—Señor Wengler, dónde estuvo ayer por la noche entre las nueve y las diez de la noche.

El fabricante de licores mantuvo la calma.

—Fui a cenar. Al Rheingold. ¿Por qué?

—El Rheingold. Buena cocina. ¿Qué había?

—Lomo de corzo.

Charly asintió y tomó nota. La respuesta no llegó precedida de grandes reflexiones. Como se suele responder cuando se ha acordado una coartada y se han preparado todas las respuestas.

—¿Hay alguien que pueda probarlo? Seguro que habrá conservado la factura.

—No sé qué sospecha ahora de mí. ¿No estábamos hablando de la muerte de mi hermano?

—Me gustaría saber con quién cenó usted ayer, es todo.

—Con mis parientes. Mi tío Leopold y su familia. Vinieron al funeral. Esta mañana se han vuelto a marchar a Danzig.

Ahora era Charly la sorprendida. Había esperado otra respuesta. ¿O se estaba

guardando el nombre de Assmann para el final? ¿Para que sonara más creíble cuando lo mencionara como de paso con un «¡Ah, sí!»? Pero Wengler no siguió hablando.

—¿Nadie más? —preguntó.

—No.

Charly bajó la vista a su cuaderno de notas

—Dietrich Assmann, su gerente, afirma que ayer comieron y cenaron juntos en el Rheingold.

—Debe de haberse equivocado de día. El domingo por la tarde nos encontramos para cenar, pero en el local de Kempinski, no en el Rheingold.

Gustav Wengler sonrió, pero Charly no podía ni imaginarse que no supiera lo que estaba haciendo en ese momento.

¿Pensaba de verdad que iba a poder zafarse tan fácilmente? ¿Acaso no suponía que su antiguo compañero de andanzas Assmann iba a admitir algo así?

Habían tenido que dejar marchar a Wengler, pero Lange seguía pisándole los talones. Por el contrario, y gracias a la declaración de Wengler, Dietrich Assmann tuvo que comer el plato del mediodía en una celda individual de la penitenciaría de la jefatura de Policía.

Charly ignoraba si a los reclusos se les servía la misma bazofia que a los empleados en el comedor de la jefatura, pero ese día al menos así lo parecía, la papilla que se ofrecía como puré de patatas podría haber servido de engrudo. Y el lacón ahumado estaba lleno de tendones y tibio como mucho.

Cogió una servilleta y envolvió cuidadosamente la carne con ella. Para Kiguí. Y el resto se lo comió haciendo de tripas corazón, la col fermentada ni siquiera sabía mal.

Miró el plato de Wilhelm Böhm, parecía recién lavado. El comisario jefe tenía el estómago de un caballo. Y las papilas gustativas de un camión de la basura.

—¿Cuándo volvemos a llevar a Assmann a la sala de interrogatorios? — preguntó mientras encendía un cigarrillo.

—Lo dejaremos que espere una horita o algo así.

—¿Qué dirá cuando sepa que su coartada no sirve?

—Espero que mucho. Sobre todo cosas que incriminen a Gustav Wengler.

—No debemos olvidarnos de que estamos investigando un asesinato. El contrabando de alcohol es asunto de Aduanas.

—Pues claro. Pero al parecer los asesinatos en serie que estamos estudiando se relacionan con los destiladores clandestinos de Luisenbrand y con los

negocios turbios de esa gente. Cuatro de ellos ya están muertos, y eso significa que todos los que tienen que ver con ese asunto del contrabando podrían ser víctimas potenciales de nuestro asesino. Tanto Assmann como el mismo Wengler.

—En cierto modo tengo la sensación de que este caso está maldito. —Charly movió la cabeza—. Me refiero a que está como embrujado: vamos de un delito a otro, pero estamos muy lejos de avanzar en la búsqueda del asesino.

Böhm le dio la razón.

—Sería bueno saber qué ha averiguado en este tiempo el comisario Rath en Prusia Oriental. Si pudiéramos arrestar de una vez a ese indio, yo estaría más tranquilo. —Bebió un sorbo de café—. Se liberó del compañero de Königsberg que lo ayudó en Masuria. Para mí es como si Rath hubiera finalizado sus pesquisas. Pero ¿por qué no regresa entonces? ¿Y por qué no llama? —Böhm se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—. En confianza, Charly, usted tiene una buena relación con el comisario. ¿Tiene usted alguna explicación de por qué no ha dado señales de vida desde hace una semana?

Charly casi se atragantó con su Sinalco. Dejó el vaso con el refresco en la mesa.

Tenía muchas explicaciones. Y la mayoría de ellas no quería compartirlas con Wilhelm Böhm. Tampoco que había maldecido a Gereon mil veces por no haberla llamado. Porque nunca se sabía por qué hacía esas cosas. Con una persona cumplidora, uno al menos se habría preocupado, pero en el caso de Gereon no sabías ni siquiera si tenías que enfadarte o preocuparte.

¿Qué iba a contarle a Böhm? Se encogió de hombros y apagó su cigarrillo.

—Creo que deberíamos volver al trabajo —dijo—. El comisario Rath ya llamará. O simplemente lo encontraremos sentado a su escritorio como si nada hubiese ocurrido.

—Sí, eso es muy propio de él —opinó Böhm, al tiempo que se levantaba—. Pero tiene usted razón: ¡a trabajar!

En los pasillos reinaba una extraña inquietud. No era el barullo habitual de los

mediodías, era algo distinto. Los compañeros habían formado pequeños grupos y conversaban en voz baja, parecían observar algo que estaba ocurriendo en el despacho del jefe de Policía.

Charly y Böhm avanzaron abriéndose paso y entonces vieron lo que había causado ese desasosiego entre los agentes: un uniforme no habitual en los pasillos de la jefatura, el gris de las fuerzas armadas. Un capitán que escoltaba a un coronel de policía y a un civil camino del despacho del jefe de la Policía.

—Ese agente de uniforme es el teniente coronel Poten, el que antes dirigía la Academia de Policía de Eiche —dijo Böhm.

Charly se asombró.

—¿Y qué hace por aquí con un capitán de las fuerzas armadas?

—Se dice que Poten va a sustituir a Heimannsberg —susurró uno de los agentes que estaban observando lo que ocurría—. Y el que va de civil será el nuevo jefe de policía.

—¿Cómo?

—Es probable que toda la dirección de la Policía cambie.

El compañero le tendió un periódico.

«Planes peligrosos —era la cabecera del *Berliner Tageblatt*—. ¿Von Papen comisario del Reich?»

Charly leyó el titular y le tendió el ejemplar del periódico a Böhm. ¿Hasta ese punto habían llegado? Hacía días que flotaba en el aire, desde los sangrientos enfrentamientos entre comunistas y nazis el domingo en Altona. Un baño de sangre con dieciséis muertos en una ciudad de provincias, en un rincón de Holstein, tiroteos en plena calle provocados por un grupo de las SA que había desfilado con toda su panoplia por un barrio comunista. La policía prusiana había tenido que pedir refuerzos en la vecina Hamburgo para controlar la situación. Los acontecimientos habían provocado que en la prensa nacional se planteara la cuestión de si el gobierno regional y la policía todavía eran dueños del estado de las cosas en Prusia. Se exigía la investidura de un comisario del Reich que depusiera el gobierno minoritario socialdemócrata bajo el mando del

obstinado Otto Braun, de Prusia Oriental. Resumiendo: Prusia debía ser cogobernada por el Reich.

Eso no era más que un llamamiento al golpe de Estado, o al menos así lo veía Charly.

El canciller del Reich, Franz von Papen, cuya contribución política más destacada había consistido hasta el momento en levantar la prohibición de las SA, que de haberse mantenido no se habrían producido conflictos como el de Altona, había viajado expresamente a Prusia Oriental, a la residencia de Hindenburg, para convencer al anciano presidente de la necesidad de aplicar esa solución. Y, naturalmente, el mismo Von Papen, que ni siquiera disponía de mayoría en el Reichstag, el Parlamento, y solo había sido nombrado canciller gracias al favor de Hindenburg, también quería ser comisario del Reich en Prusia.

Lo que significaría el fin de la democracia en Prusia. En uno de los últimos bastiones democráticos de Alemania. Y precisamente eso era lo que quería conseguir el reaccionario Franz von Papen, que soñaba con el regreso del emperador o con una dictadura militar, nadie lo sabía a ciencia cierta.

Böhm y Charly observaron en silencio cómo el capitán de las fuerzas armadas se detenía junto a la puerta del jefe de policía Grzesinski y la golpeaba, y cómo la secretaria permitía la entrada a los hombres como si ya los estuvieran esperando.

Incluso cuando volvieron a poner rumbo hacia la Inspección A, ninguno de los dos miembros de Homicidios pronunció palabra. Böhm fue quien por fin rompió el silencio.

—Así que Von Papen y sus barones se han atrevido, efectivamente, a hacerlo —dijo.

Charly se sorprendió. Böhm era una persona que nunca opinaba sobre política entre sus compañeros de trabajo. Pero se había cruzado un límite, ahora el brazo de la política se introducía profundamente en el Castillo y en el trabajo de la policía, y esto parecía resultarle en extremo desagradable al comisario jefe.

—¿Cree usted que el ministro presidente ya ha sido destituido? —preguntó Charly.

Böhm hizo un gesto de ignorancia.

—No creo que Otto Braun se rinda sin oponer resistencia. —Le abrió la puerta de la inspección de Homicidios como un caballero de la vieja escuela—. Y tampoco me imagino que Grzesinski abandone su escritorio tan fácilmente. Y el doctor Weiss en absoluto. —Algunos compañeros estaban en el pasillo y el comisario jefe volvió a susurrar—. Con un poco de suerte esta farsa quedará en nada, algo igual de lamentable que el golpe de Estado de Kapp.

Charly asintió. Esa mañana se había cruzado por casualidad con Albert Grzesinski por la escalera. El jefe de policía iba vestido con chaqué y sombrero de copa porque ese día a las tres se daría sepultura el consejero Mercier. Ahora tenía que recibir vestido de luto a un capitán de las fuerzas armadas del Reich.

Le habría encantado saber qué estaba ocurriendo en el despacho del jefe de la Policía.

Media hora más tarde, cuando volvieron a llevar a Dietrich Assmann a la sala de interrogatorios, no había más novedades. Al parecer, Grzesinski todavía estaba en el despacho. Seguramente, Böhm estaba en lo cierto: todo eso no era más que una farsa, ni el jefe ni el subjefe de policía dejarían que los echaran a la calle tan fácilmente.

Charly intentó no pensar en ello y concentrarse en el hombre que tenía enfrente.

—Esta es la compañera Ritter —dijo Böhm, y Assmann la miró con curiosidad—. La compañera ha hablado esta mañana con el señor Wengler, su jefe. Y su coartada.

Assmann frunció el ceño.

—¿Y?

—Para abreviar —dijo Charly—, el señor Wengler niega haber estado cenando con usted ayer por la noche. Según él, lo vio por última vez el sábado por la noche.

Dietrich Assmann se quedó mudo.

—Es una trampa —dijo al cabo de un trato, sonriendo—. Quieren engañarme.

—Con mucho gusto le mostraré la declaración escrita de Wengler. —Böhm, que todavía estaba detrás de Charly con los brazos cruzados delante del pecho, no se movió ni un milímetro mientras hablaba. Parecía una estatua de mármol que solo movía los labios—. Si lo desea, podemos organizar una sesión cara a cara con el señor Wengler.

Assmann pareció reflexionar sobre lo dicho.

—Quiero un abogado —reclamó a continuación.

—¿Desea que llame al doctor Schröder? —preguntó Böhm—. Es el suyo, ¿cierto?

Assmann negó con la cabeza.

—Ya no. Quiero otro.

«No es extraño que quiera cambiar de abogado», pensó Charly. Helmut Schröder era el abogado berlinés que también se ocupaba de Gustav Wengler.

Abrió los ojos y vio unas fauces y unos colmillos afilados. El cráneo de un animal.

Se asustó mucho, sus pensamientos se iban ordenando pero no tenía ninguna explicación de en dónde se encontraba.

El cráneo, que podría ser de zorro, estaba en una estantería de la pared, justo al lado de su catre.

Rath miró a su alrededor. Una cabaña de madera toscamente amueblada. Troncos de árboles unidos con barro y cubiertos en la mayoría de los lugares con pieles de animales que colgaban de la pared al igual que en otros lugares yacían en el suelo como alfombrillas de camas.

Notó en la piel un sudor frío, pero en realidad se sentía bien ahora que el primer estupor del despertar había desaparecido. Se sentía tan descansado como hacía mucho tiempo no lo estaba, como si después de meses por fin hubiera podido dormir.

«¿Dónde te has metido, Gereon Rath? ¿Y cómo has llegado hasta aquí?»

Rebuscó en su memoria, pero solo encontró jirones de oscuros sueños.

El hombre de la barba. Un cancerbero. Un alce.

De todo ello, ¿qué había soñado, qué había vivido?

Se sentó. La luz del día penetraba a través de dos pequeñas ventanas. Oyó trinar unos pájaros fuera y distinguió unas ramas verdes.

En la cabaña había una mesa pequeña y una sola silla. El suelo también estaba cubierto de pieles, en una esquina de la habitación Rath descubrió una chimenea,

ahí las vigas estaban envueltas de una gruesa capa de barro llena de hollín, arriba en el techo se había dejado una abertura a través de la cual asomaba ahora la luz del sol. En una especie de parrilla había una vajilla de hojalata también manchada de hollín.

Empezó a sospechar quién había construido esa vivienda y cuando vio lo que había en la pared frente a él sus sospechas se volvieron certezas. Había algo que no cuadraba en ese entorno, aunque estuviera igual de burdamente construido. Su contenido, sobre todo, era lo que hacía de ese mueble un cuerpo extraño: libros. Rath vio una estantería de libros.

Había llegado a la cabaña del Kaubuk.

Aunque de un modo distinto a como se lo había imaginado.

Se llevó la mano a un costado, ahí donde normalmente colgaba la funda de su pistola. No estaba. La Walther PP y la pistolera habían desaparecido, al igual que su chaqueta, los pantalones, los zapatos y los calcetines. Estaba en calzoncillos. Cubierto con una piel marrón rojiza que todavía olía bastante a animal.

El catre no era muy alto, en cualquier caso no tan alto como una cama normal. Echó a un lado la pesada piel y quiso ponerse en pie, pero las piernas no le respondían, estaban demasiado débiles, no podía levantarse, simplemente se desplomaba.

Rath se sorprendió. La circulación sanguínea parecía funcionar con normalidad, pero sentía las piernas como si fueran tubos de goma. Y así se comportaban cuando intentaba levantarse. Reunió todas sus fuerzas y lo intentó de nuevo, aguantándose con las manos en una tabla que sujetaba la pared de la cabaña. De repente sintió un hambre canina. Y todavía más sed.

¿Habría algo que comer y beber en esa cabaña?

Se deslizó sosteniéndose con las manos como un paralítico, encontró agua en una jarra de madera, la olió y la dio por buena. Qué agradable sensación sentirla fluir por su garganta. Los músculos volvían a acostumbrarse a sostenerlo, pero le costaba mucho más esfuerzo del que había imaginado. Se sentó en un taburete junto a la ventana para volver a reunir fuerzas y observó la estantería.

Reconoció el dorso de muchos de los libros, entre ellos algunos de Karl May y otros volúmenes de Calzas de Cuero. Posiblemente fueran las mismas ediciones que él había leído de niño. Pero aquí estaban en la biblioteca de un hombre adulto, releídos y manoseados. Al lado había un par de ediciones nuevas: *La flecha voladora* de Fritz Steuben, y otros títulos de Gabriel Ferry o Wayne Reid, así como toda una serie de libros especializados con títulos como *Los indios de Norteamérica* o *Vida en las praderas*.

Rath se levantó y probó a ver si ya podía sostenerse en pie con las manos libres. Más o menos, como mínimo no tenía que sujetarse todo el rato a algún sitio para no caerse. En un plato de hojalata, cerca del hornillo, había un trozo de carne, una pata pequeña y curvada. Imposible reconocer de qué animal procedía, pero tenía un aspecto crujiente y él estaba hambriento.

Cogió la pata o lo que fuera y mordió, arrancó toda la carne que pudo del hueso y lo dejó reluciente con los dientes. Se sintió como un animal depredador, tanta era la voracidad que sentía por esa carne.

El gusto le resultó algo conocido, algo cercano a la carne de conejo. Aunque no tenía la apariencia del conejo. Y el hueso roído tampoco parecía ser de ese animal.

Volvió a dejarlo sobre el plato de hojalata que le recordó a aquellos en los que había comido durante la guerra. Fue con pasos prudentes hacia la puerta. Las piernas ya no le flaqueaban, pero para mayor seguridad cogió un bastón.

El sol ya había llegado a su cénit. ¿Cuánto debía de haber dormido? Los mosquitos revoloteaban a su alrededor y los espantó. Justo al lado de la puerta había un barril lleno de agua recogida de la lluvia, bebió con las dos manos y se refrescó con ella la cara hasta sentirse algo más despejado y no tan atontado. La cabaña estaba rodeada de árboles y arbustos, un camuflaje perfecto. Bastaba dar un par de pasos y ya no se veía a causa de la gran espesura de la maleza.

El paisaje no era aquí tan desolador como el lugar que el viejo Adamek le había mostrado. Pero se notaba que era pantano. Rath palpó hacia delante con el bastón y enseguida lo metió en terreno cenagoso bastante profundo. Dio una

vuelta a toda la cabaña y comprobó que estaba en una especie de isla rodeada de pantano por todas partes. Para él era un misterio cómo Radlewski lograba entrar y salir de ahí. Debía de conocerse muy bien el pantano. Al menos mejor que el viejo Adamek.

Intentar huir no prometía gran cosa. Rath comprendió por qué el hombre no lo había atado.

Pero tampoco lo había matado. ¿O tenía previsto hacerlo?

Rath volvió a la cabaña y registró todos los armarios y cajones hasta encontrar en un gran cofre su traje. Un poco húmedo e increíblemente sucio, sobre todo los pantalones, pero mejor eso que andar por ahí en calzoncillos. Se vistió de nuevo y también se puso los calcetines y los sólidos zapatos de caminar de Damerau que parecían ser los que mejor habían sobrevivido a la toda esa desgracia.

Palpó los bolsillos internos de la chaqueta. Todavía estaba allí la pitillera. Vacía. Claro. Volvió a cerrarla. La lupa plegable también estaba en el bolsillo, aunque él habría preferido un par de Overstolz.

Volvió a sentarse en el taburete y se puso a mirar los libros. Cogió uno de la estantería y lo abrió. Un montón de papeles cayó por el suelo. Rath se agachó a recogerlos. No eran puntos de lectura como había pensado en un principio. Eran cartas. No la caligrafía pequeña y con tachones de Artur Radlewski que Rath ya conocía, no: una escritura elegantemente arqueada.

Querido Artur:

Sé que no voy a poder convencerte para que dejes la naturaleza salvaje y vuelvas con nosotros, los urbanitas, y a veces te entiendo muy bien. Solo que yo no puedo escoger el mismo camino que tú, yo no podría vivir así, no soy lo suficiente fuerte. Por eso elijo este camino, porque sé lo mucho que amas el mundo del lenguaje y el de la escritura. Incluso es posible que de este modo lleguemos a ser algo así como amigos. No tienes que responderme, pero si no quieres que te escriba, devuélveme mi carta cuando vengas a entregar los libros. Yo insistiré volviendo a colocarla entre las páginas de un libro que quieras pedir prestado.

Rath no tuvo que leer hasta el final para saber que Maria Cofalka había escrito esas líneas. Era el comienzo de su amistad epistolar. Rath ya había pensado que

había sido la bibliotecaria quien había empezado el intercambio. Utilizando, lógicamente, los libros que separaba para Radlewski y que eran algo así como su buzón.

Había escrito al amor de su juventud, carta tras carta. Y Arthur Radlewski, sensible a la palabra escrita, había empezado a contestarle en algún momento. Le había dado el nombre de Winchinchala, fuera lo que fuese que eso significara. Salvo Nscho-tschi, la hermana del famoso protagonista de las novelas de Karl May, Rath no conocía más nombres de mujeres indias.

Volvió a plegar el papel, colocó las cartas en su sitio y puso el libro con los otros en la estantería.

Un mueble que estaba justo al lado de la ventana había despertado su curiosidad. Una mesa, aunque una con una encimera torcida, una especie de escritorio o secreter, sobre el cual incluso había un tintero además de la tinta, a saber dónde había robado todo eso Radlewski. Probablemente también formaban parte de los objetos robados la lámpara de petróleo que estaba sobre la mesa y un par de utensilios más que Rath reconoció: unas herramientas, los platos de hojalata y una tabla de lavar.

Así que esa era la mesa que Artur Radlewski utilizaba para escribir sus extrañas y casi indescifrables cartas a la bibliotecaria de Treuburg.

¡Las cartas que Hella Rickert le había cogido del cajón!

Los recuerdos iban emergiendo y Rath intentó ordenarlos. El día en Treuburg. Las cartas desaparecidas. La expedición al bosque de Markowsken. El lago pequeño. El viejo Adamek alejándose a zancadas. Y luego de repente desaparecía. Junto con Kowalski. La noche iluminada por la luna. El pantano. En el que se había hundido. En el que ya se había despedido de la vida. Y entonces llegó Radlewski, el Kaubuk, y lo había encontrado en esa desagradable situación.

Ya no se acordaba de nada más.

Rath se tocó la cabeza buscando un chichón, el cuello buscando un pinchazo; no encontró nada.

¿Qué haría el Kaubuk con él cuando se diera cuenta de que ese huésped inesperado estaba despierto?

Ya hacía tiempo que debía saber que Rath era policía. No tenía ni la placa ni sus credenciales, tampoco el arma reglamentaria.

En cualquier caso, no lo mataría, ya lo habría hecho si hubiese querido.

Rath abrió una puerta del escritorio y se sorprendió.

Había una pila de virginal papel blanco. Y al lado de esta unos cuadernos con cubiertas de piel, algunos nuevos y otros bastante manoseados.

La diminuta caligrafía de Radlewski. Rath desplegó la lupa e intentó leer un poco. Diarios, sin la menor duda: Artur Radlewski había escrito diarios para no volverse loco en la soledad de esa naturaleza indómita.

Los cuadernos provenían de una papelería, así como el tintero y el papel de cartas.

Rath se sentó y abrió el libro que parecía más viejo y manoseado. Radlewski había llenado las páginas con la misma escritura diminuta que también había utilizado en las cartas a Maria Cofalka.

Vuelve a estar en camino y se desliza a hurtadillas por los bosques, ha abandonado su guarida y se esconde entre los arbustos, nadie lo oirá, nadie lo verá. En el aire flota una apatía amarilla, incluso a la sombra de los árboles percibe el calor del día, el verano ha llegado con fuerza. Los tilos esparcen su aroma y la cebada se despliega por los campos de cultivo cercanos a Markowsken. Tokala se detiene e inspira profundamente. Ahora hasta puede oler el lago y se alegra del baño que lo espera en el agua blanda y fría...

Dietrich Assmann no se fiaba de ellos.

Aunque su coartada había fracasado y Gustav Wengler era el causante de ese fracaso, él no abandonaba la prudencia. Al menos no dejaba que se sirvieran de él contra un presunto cómplice tan fácilmente como había hecho el cocinero jefe Manfred Unger contra el vendedor Alfons Riedel.

Presentía que iban a tenderle una trampa y por eso no decía nada por el momento, más allá de que quien le sonsacara fuera el agente de Aduanas, Kressin, o los dos agentes de la Policía Criminal, Ritter y Böhm.

Ni siquiera confiaba en Charly, no se rendía a su amabilidad.

Bueno, al menos la tomaba en serio, pensaba ella, como mínimo eso, aunque en este caso era más bien una desventaja.

Después de pasar tres horas y media interrogándolo sin obtener resultados, Böhm ordenó que volvieran a llevárselo a su celda. No tenían prisa, tarde o temprano Dietrich Assmann estaría convencido al cien por cien de que su jefe lo había dejado colgado y entonces confesaría. Les serviría, o así lo esperaban, a Gustav Wengler en bandeja. Les entregaría el suficiente material comprometedor para dictar una orden de arresto contra el director Wengler.

Solo debían poner atención en que el fabricante de licores no los descubriera entretanto, pero Gräf, que realizaba el turno de día, era bueno en esos asuntos. Se habían puesto de acuerdo en cambiar de agente en cada turno para que Wengler no reconociera ninguna cara y no descubriera el pastel. Los agentes de la Criminal y los de Aduanas se iban alternando periódicamente.

—¿Qué cree usted, hará Assmann alguna declaración hoy? —preguntó Bruno Kressin, el inspector jefe de Aduanas, un hombre reseco.

Böhm negó con la cabeza.

—Yo diría que ese necesita una noche más para pensárselo y hablar con su nuevo abogado. Pero apuesto a que mañana ya estará maduro.

—Lo que me extraña es que Assmann haya escogido esta coartada —dijo Charly—, ¿por qué dice algo así si no tiene la certeza de que Wengler lo cubrirá?

—A lo mejor la tenía —respondió Böhm—. Pensaba que su jefe lo sacaría del aprieto.

El policía de Aduanas asintió y también a Charly le pareció ilustrativa la aclaración.

De repente se oyó un tumulto fuera, un vocerío, gritos. Los agentes se miraron. Charly abandonó la sala de interrogatorios y salió al pasillo, se dirigió a la escalera, de donde provenía el alboroto y donde se había reunido ya un buen número de compañeros. Oyó que Böhm y Kressin la habían seguido pero no se volvió hacia ellos, sino que se concentró en lo que estaba viendo.

No sabía qué había ocurrido en todas esas horas que habían pasado interrogando a Dietrich Assmann, no sabía qué conversaciones se habían sostenido en el despacho del jefe de policía, solo sabía que esa mañana Albert Grzesinski no había tenido tiempo para cambiarse: el jefe de Policía seguía llevando el traje de luto. Y ahora descendía por la escalera flanqueado por dos soldados.

La imagen no dejaba ningún margen para la duda. Las fuerzas armadas del Reich habían detenido al jefe de la Policía de Berlín y lo sacaban de su despacho.

A Grzesinski lo seguían el subjefe Bernhard Weiss y, como siempre en un uniforme impecable, el comandante de la Policía de Seguridad Magnus Heimannsberg, ellos también en medio de dos soldados. Aunque bajo los cascos de acero las miradas eran de maldad, en los rostros se percibía que los jóvenes tenían más bien miedo. Miedo de que los agentes de la policía berlinesa, de los

cuales habían cientos en la Alex, pudieran oponerse al encarcelamiento de sus superiores.

Pero nadie movió un dedo, los compañeros cuchicheaban y refunfuñaban, pero nadie hacía el menor gesto de ir a pasar a la acción.

Böhm se dominaba, pero Charly podía ver que lo que estaba pasando no le gustaba. El inspector jefe de Aduanas murmuró una disculpa, algo como que «no quería inmiscuirse en los asuntos de la policía» y prefirió despedirse.

Charly no conseguía entenderlo. Así que era cierto que se habían atrevido. Von Papen y sus ministros reaccionarios no solo querían el Estado Libre de Prusia, el único estado federal que estaba gobernado por socialdemócratas, también querían apropiarse de la Policía. Y para ello no bastaba simplemente con desterrar al ministro del Interior, había también que cambiar toda la cúpula de la Policía de Berlín, al socialdemócrata Grzesinski, el liberal Weiss, el católico Heimannsberg del Partido de Centro.

—No pueden salirse con la suya —dijo Charly a Böhm—, ¡tenemos que hacer algo!

—En cuanto el jefe de policía dé la orden, le seguirán varios miles de personas.

—Pues que lo haga, maldita sea. Grzesinski deja que lo detengan sin oponer ninguna resistencia. Como un cordero que se deja llevar al matadero.

—El jefe de Policía ya sabe lo que hace. Cualquier levantamiento armado posiblemente desataría una guerra civil entre unidades policiales y fuerzas armadas. Habría entonces un baño de sangre, peor que el de mil novecientos diecinueve.

—Von Papen tampoco querrá una guerra civil. Nadie puede quererla. ¿Es que no tenemos violencia suficiente en nuestras calles?

—A saber qué demonios quiere Von Papen. Democracia, desde luego que no.

El chaqué negro y el sombrero eran, de hecho, una indumentaria acorde con la situación; incluso si Grzesinski no hubiera asistido al funeral del consejero Mercier, era el atuendo apropiado para el funeral de la democracia prusiana.

Cada vez se abrían más despachos, cada vez salían más funcionarios al pasillo y se percataban de lo que estaba sucediendo delante de ellos. Cada vez eran más los que corrían a los pasillos y se precipitaban a las escaleras, seguían a la comitiva con los uniformes gris que se llevaba detenidos a sus superiores. Muchos compañeros, sobre todo los de uniforme, mostraban su respeto dirigiendo un saludo marcial y considerado a sus jefes.

«¡Arriba la república!», gritó de repente alguien, y los rostros bajo los cascos de acero se contrajeron nerviosos.

«¡Arriba la república!» Cada vez eran más los compañeros que unían sus voces y también Charly lo hizo a voz en cuello, incluso Böhm, a quien ella nunca había considerado capaz de algo así, estaba a su lado y repetía: «¡Arriba la república! ¡Arriba nuestros jefes!».

Estas eran las palabras que resonaban cada vez con más fuerza por los pasillos, por las escaleras.

«¡Arriba la república! ¡Arriba nuestros jefes!»

Los jóvenes soldados de las fuerzas armadas del Reich miraban cada vez más intranquilos a derecha e izquierda, las manos en los fusiles, preparados para pelear en cualquier momento. Posiblemente contaban con que uno de los funcionarios de la Policía Criminal sacara su arma de reglamento y simplemente apretara el gatillo, que la policía prusiana pusiera fin a ese tumulto usando también la violencia por necesidad. Lo que nadie hizo, pues los agentes eran demasiado prusianos para eso: sin orden expresa nadie cogía el arma. Pero sí manifestaron claramente su opinión a los golpistas.

Y en ese momento, entre los gritos de sus compañeros, en los que también se mezclaban los llamamientos a la libertad, Charly sintió un orgullo que hacía tiempo que no experimentaba hacia la Policía de Berlín y hacia su patria prusiana. Pese a tipos como Dettmann, que por supuesto también los había entre sus compañeros, ella estaba infinitamente orgullosa en ese momento de formar parte del aparato policial, que pese al alarde de violencia armada del gobierno del Reich se mantenía leal a sus superiores demócratas.

Los agentes siguieron a la comitiva escalera abajo, y también Charly fue con ellos. En ese momento le importaban un pepino Gustav Wengler, Dietrich Assmann y quien fuera, ella se sentía parte del aparato policial prusiano que protestaban ante el hecho de que los soldados arrestaran a su cúpula como si de criminales se tratara.

Abajo, en la Alexanderstrasse, esperaba un Mercedes con los distintivos de las fuerzas armadas del Reich, Grzesinski subió junto con el capitán. Heimannsberg y Weiss se instalaron en un segundo y tercer vehículo. Nadie sabía hacia dónde se dirigían, a algún lugar hacia el oeste.

Cuando los vehículos doblaron la esquina, Charly levantó la vista hacia la fachada de ladrillo de la jefatura de policía. Casi todas las ventanas del Castillo estaban abiertas, por todas partes había funcionarios que seguían esa indigna representación. El grito que acababa de llenar las escaleras del Castillo resonaba desde las ventanas y también en boca de los compañeros que habían seguido a la cúpula de la Policía hasta la calle: «¡Arriba la república! ¡Arriba nuestros jefes!».

Charly ya no tenía ganas de unirse a esos lemas, de repente se dio cuenta de lo absurdo de esa conducta. Su euforia y su orgullo se desvanecieron tan deprisa como habían aparecido; el abatimiento se iba apoderando de ella, de golpe sintió su propia impotencia con mayor intensidad que todo lo demás. Intuía, no: sabía con una certeza repentina que las palabras eran demasiado poco frente a la increíble desfachatez de que hacía alarde en ese momento el gobierno del Reich.

Buscó a Wilhelm Böhm con la mirada a su alrededor, pero no lo localizó entre tantos compañeros, solo veía rostros desconocidos, y de repente se sintió indeciblemente sola y sin nadie a quien recurrir.

Era la tarde del miércoles, poco después de las cinco y media.

A esa hora, la democracia prusiana llegó a su fin.

Rath ignoraba cuántas páginas había leído, ese material tenía fragmentos disparatados y su hilo narrativo no siempre era cronológico, pero al mismo tiempo era fascinante. El estilo era el mismo que el de las cartas, pero ahí Radlewski parecía abandonarse más a sí mismo. A veces contaba detalles de su vida cotidiana, a veces eran lúgubres recuerdos de su infancia llenos de odio hacia su padre y de amor hacia su madre. Pero siempre regresaba a un mismo suceso, al suceso que también había descrito a Maria Cofalka: al asesinato de Anna von Mathée en las aguas poco profundas de la orilla del lago pequeño.

Radlewski había observado cómo un hombre violaba a Anna y no había intervenido. Luego, cuando volvió lleno de remordimientos, ella ya estaba muerta.

¿En cuántos lugares de su libro había descrito esa escena? Cómo el cadáver de la joven se mecía en el agua. Cómo solo pudo comprobar consternado que estaba muerta. Cómo un joven había descubierto a Anna muerta. Cómo el asesino había vuelto al escenario del crimen en compañía de un policía de uniforme. Cómo el agente había golpeado con la culata del fusil al doliente joven que estaba junto al cadáver sin preaviso. Radlewski hasta había escrito las palabras.

—¿Ahogamos a este polaco de mierda aquí y ahora? —pregunta el de uniforme.

El malo niega con la cabeza.

—Que pague por ello —dice—, que pague por ello el resto de su miserable vida.

Y luego mira al policía como si pudiera darle órdenes.

—Arréstalo —dice—. Arréstalo y luego lo llevaremos a juicio. Que todos sepan lo que ha hecho.

Los apuntes de Radlewski no mencionaban en ningún momento el nombre de Polakowski, a lo mejor tampoco conocía al joven asistente médico del hospital, pero no podía ser otro.

«¿Ahogamos a este polaco de mierda?»

Rath se acordó del comerciante de maderas del aeropuerto. También él había hablado de «polacos de mierda». De broma, pero el insulto iba en serio. A esas alturas eran muchos, muchísimos los alemanes que hablaban con desprecio y odio de los polacos.

Y muchos, muchísimos polacos los que hablaban con odio de los alemanes.

La puerta se abrió de repente y Rath se dio media vuelta. Se sintió atrapado *in fraganti*, a fin de cuentas estaba ojeando los diarios de otra persona. Incluso si no estaban escritos como diarios y daban saltos en el tiempo, no eran otra cosa que diarios.

El hombre que estaba en la habitación le arrancó el libro de la mano sin decir palabra y lo tiró del asiento con un solo manotazo.

Rath fue a parar al suelo y levantó la vista hacia esa fuerza de la naturaleza que acababa de irrumpir en la cabaña. El hombre solo se asemejaba en parte a las imágenes que recordaba de sus sueños, en la barba llena y en la vestimenta de cuero. Sobre la cabeza, sin embargo, Artur Radlewski no llevaba nada, y Rath vio que el hombre se había peinado el cabello rubio oscuro en dos trenzas y llevaba una cinta en la frente como los indios.

Y de golpe y porrazo se dio cuenta, en ese instante, de que estaba viendo a ese Radlewski cara a cara y sin fiebre: con esa barba y esos pelos así de largos era imposible que ese hombre se hubiera estado paseando por Dortmund, Wittenberge y Berlín para vengar la muerte de su madre. Habría llamado la atención de inmediato, tampoco en un grupo de vagabundos con las mismas descuidadas barbas habría pasado inadvertido, incluso en Berlín, aunque esa ciudad estaba curada de espantos y no se sorprendía de cosas que en otros lugares llevaban a levantamientos populares.

Ni qué decir del enorme perro negro que se había quedado en la puerta como

si no fuera a dejar salir a nadie y que observaba con atención a Rath mientras jadeaba con la lengua colgando.

—¡Señor Radlewski! —Rath intentó adoptar un tono afable. Y sabía que el hombre hablaba el alemán estándar. Sonrió—. Me alegro de conocerlo por fin.

Radlewski no respondió, sin decir palabra recogió de la mesa los libros que Rath había dejado y volvió a guardarlos en el secreter o como fuera que se llamaba ese mueble.

—Usted me rescató del pantano. Le doy las gracias por ello.

Radlewski le lanzó una mirada desconfiada, mientras colocaba en su sitio los diarios, justo al lado de los papeles de carta. Lo único que se oía de él era un gruñido desabrido.

—Me he despertado y no sabía dónde estaba. Entonces vi sus libros. Pensé que a lo mejor encontraba en ellos alguna indicación.

La mirada de Radlewski iba y venía de Rath al escritorio. La desconfianza de su mirada no se redujo, pero al menos su expresión se volvió un poco más cordial.

—Perdone, acababa de abrir el cuaderno cuando usted entró —mintió Rath.

Radlewski farfulló algo y fue a la chimenea. Había descubierto el plato de hojalata con los huesos roídos. Probablemente Rath se había zampado su comida del mediodía. Radlewski cogió el plato y miró a su huésped.

—Me lo he comido, disculpe. —Rath se preguntó si tenía que dejar de disculparse en algún momento—. Pero tenía un hambre canina. Si quiere, puedo pagarle. Todas las molestias que pueda causarle. Si me dice dónde está mi cartera.

—No tiene que pagarme nada, es usted mi huésped. —En efecto, entre la desaseada barba rubia salían palabras. La voz de Radlewski no sonaba tan seca como Rath había imaginado. Era casi seguro que hablaba regularmente con su perro. Este al menos no se sorprendió de oír a su amo, se quedó tranquilo en la puerta, mirando a Rath—. Hay suficiente para todos. He atrapado más.

—¿Atrapado?

—Solo hay que despellejarlos y destriparlos, luego podemos asarlos.

Y dicho esto salió de la cabaña. El perro se quedó en la puerta. Rath prefirió no moverse, el animal no le quitaba los ojos de encima.

No había pasado mucho tiempo cuando Radlewski regresó. Sostenía en la mano un pincho de metal en el que estaban espetados, uno tras otro, tres flacos y sospechosamente pequeños roedores con unas colas largas.

Rath se quedó de piedra.

—Son... ¿ratas? —preguntó.

—¿Ratas? —Radlewski rio—. Sí —respondió—. Ratas.

Riendo, metió la mano en un saquito y frotó los cadáveres despellejados y sanguinolentos con sal.

El estómago de Rath hizo el amago de rebelarse, pero se calmó de nuevo.

—Unas ratas especiales —siguió diciendo Radlewski mientras avivaba unas ascuas. Su risita empezaba a enervar a Rath—. ¡Ratas de árboles!

—¿Ratas de árboles?

—Ardillas —dijo Radlewski, colgado el espetón con los tres animales en la chimenea. Seguía moviendo la cabeza al tiempo que tenía una expresión divertida.

La información tranquilizó un poco a Rath, aunque tampoco se le había abierto un apetito enorme ante el hecho de comerse otra ardilla.

Pero Radlewski también había asado un animal para él. Lo colocó en un plato de hojalata y se lo tendió a Rath

—A comer —dijo, cogió otro animal del pincho y le hincó el diente—. Tiene que comer. Ha estado enfermo.

Rath miró esa cosa despellejada y asada que había en su plato, tan delgada que recordaba más una rata que una ardilla y la cogió con la mano. Luego cerró los ojos y le dio un bocado. El estómago no protestó.

Los dos comieron un rato en silencio. Radlewski quería ofrecerle una parte de la tercera ardilla, pero Rath la rechazó. El anfitrión se encogió de hombros y se repartió el último animal con su perro.

—¿Por qué está usted aquí? —preguntó sin preámbulos, al acabar de comer—. ¿Qué busca en mi bosque?

«¿Su bosque?», estuvo a punto de preguntar Rath pues no le parecía demasiado adecuado ese adjetivo posesivo.

—Soy policía —respondió—, capturo asesinos.

—Que es usted policía, ya lo sé. Pero no de aquí.

—No.

Rath reflexionó sobre si debía contarle la verdad, pero era tan obvio que ese hombre no tenía nada que ver con los asesinatos con curare que prefirió dejarlo estar.

—¿Por qué está aquí?

—Quería conocerlo.

Eso al menos era cierto. Y sonaba más bien cordial.

—No iré con usted. No soy un asesino. Yo solo quería justicia.

—¿Qué quiere decir?

—Mi padre. ¿Está aquí por su causa?

Rath se acordó de la historia. Un chico de catorce años que le arranca el cuero cabelludo a su padre.

—No. —Movi6 la cabeza—. Usted vio cómo mataron a Anna von Mathée —contestó.

Radlewski lo miró. Sorprendido. Tal vez un poco enojado.

—Tiene que declarar ante un juez —prosiguió Rath—, usted vio al hombre que mató a Anna. Un inocente fue por eso a la cárcel.

Había hablado demasiado, se dio cuenta al ver la reacción de Radlewski. Este, en un principio, no dijo nada, pero parecía estar reflexionando.

—Así que lo ha leído —dijo el Kaubuk con el viejo tono receloso en la voz—. Sí que ha leído mis libros.

—Solo he echado un vistazo, pero Maria Cofalka...

—Yo no salgo del bosque —dijo Radlewski—. ¡Nunca más volveré con los seres humanos! ¿Le ha enviado Maria?

—Sí y no, es...

—Yo no salgo de mi bosque —lo interrumpió Radlewski—. ¡Tampoco usted me sacará de aquí, nadie lo hará!

—Pero no. Solo quiero...

Radlewski se levantó. Rath se asustó al ver lo enorme que parecía. Y el miedo que daba de golpe. No era extraño que hablaran ahí del Kaubuk. A nadie le gustaba encontrarse con alguien así en el bosque.

—Ya se ha curado —determinó Radlewski—. Está usted sano y ha recuperado las fuerzas. Ya no necesita más cuidados, es hora de que se marche.

—¿Me ha cuidado usted?

—Tenía fiebre. Una fiebre fuerte. Pasó demasiado tiempo en el pantano. Pero ahora tiene que regresar con su gente. ¡Y no vuelva nunca más a mi bosque! ¡Nunca más!

Mientras hablaba, Radlewski había cogido de una repisa junto a la chimenea una cantimplora que abrió en ese momento. Y entonces agarró a Rath, tan deprisa que este no pudo reaccionar incluso si hubiera tenido algo más de fuerza, lo forzó con una llave a abrir las mandíbulas y le sostuvo la cantimplora en la boca.

—Beba —Radlewski repetía esta misma palabra únicamente—, ¡beba!

Y Rath bebió. No le quedaba otro remedio, el pulgar y el índice del hombre se había metido con toda firmeza entre sus mandíbulas, como en un caballo al que se quiere poner el bocado.

Bebió la poción que sabía regular pero en cualquier caso mejor que los dedos sucios del Kaubuk y se percató de cómo volvía a adormecerse.

¿Qué demonios le estaba dando ese tipo? ¿Quería envenenarlo? ¿Por qué? ¿Por... qué?

La única respuesta que obtuvo fue la oscuridad que una vez más lo rodeó de golpe.

A las ocho se apagaban todas las luces y de repente parecía hacer más frío. Dietrich Assmann se envolvió en su manta de lana y se tendió en el catre, pero no dejaba de temblar.

De acuerdo, pasaría una noche más aquí, pero luego el abogado tenía que sacarlo. Esperaba que fuera bueno. Habría preferido al doctor Schröder, pero comía de la mano de Gustav Wengler y en ese momento eso no era la mejor referencia. Si Gustav realmente quería traicionarlo.

Todavía no se lo podía creer.

¿Por qué se habría cargado su coartada Gustav Wengler? Lo habían pactado todo.

El embarque en el Westhafen había fracasado, cierto, ¡pero él no era el culpable!

Esos últimos días había hecho todo lo posible para cumplir el plazo de la entrega pese a los problemas que había ocasionado la muerte de Lamkau. Y lo había conseguido. No era culpa suya que algún gilipollas se hubiera ido de la lengua. Probablemente uno de los de la Concordia. A diferencia de Gustav Wengler él nunca había confiado del todo en ese grupo.

En realidad se había sentido orgulloso de cómo había huido de los polis. Cómo había conseguido ropa seca, con la que había vuelto al hotel. Había creído que Gustav le daría el reconocimiento que se merecía esa operación, a fin de cuentas habría podido palmarla.

Todavía no estaba seguro de si los polis no le estarían tendiendo una trampa.

Todo en él se resistía a darles crédito. A creer que Gustav Wengler lo dejaba, sin más, en la estacada.

Gustav tenía que saber que un Dietrich Assmann no iba a permitir una cosa así, que lo involucraría si lo dejaba colgado.

¿O era ese el plan? Como entonces, en el año veinticuatro, cuando Lamkau y sus socios tuvieron que ser sacrificados para salvar el negocio. Incluso Siegbert Wengler había tenido que irse de Mansuria a cambio de unos dinares de plata, como los otros tres.

A lo mejor Wengler había pensado hacer algo similar con él y Schröder acudía a la mañana siguiente a visitarlo a la celda para presentarle una oferta.

Ya vería. Tendría que ser una oferta sustanciosa, eso era inamovible. De lo contrario cantarían. Conocía dónde estaban todas las destilerías ilegales; sabía qué gente trabajaba para ellas; conocía la mayor parte de las vías de transporte y mucho más. Más de lo que Lamkau nunca había sabido, y esos conocimientos valdrían lo suyo.

Que se hubiera buscado a su propio abogado tampoco podía perjudicarlo. Si este se encargaba de negociar con Schröder a lo mejor lograba conseguir más. En cualquier caso, el negocio había crecido un montón desde el veinticuatro y era mucho más lucrativo. Él no iba a dejarse despachar por unas migajas de pan como hicieron esos dos pringados. Y también pediría más que Lamkau. No le remordería la conciencia por eso.

No pudo evitar pensar en las últimas palabras que le había dicho el robusto comisario jefe antes de enviarlo a esa apestosa celda:

«Una cosa debe tener en cuenta, señor Assmann: los asesinatos de sus antiguos compañeros están relacionados con la destilería ilegal. Si tiene algo que ver con ello, debería decírnoslo y podríamos protegerlo. Es posible que usted sea la próxima víctima».

¡Qué chorrada! Ese no tenía ni idea. Entonces, cuando el viejo Radlewski murió, Dietrich Assmann había pasado por inocente, como Gustav Wengler.

Precisamente por eso era el jefe ejecutivo de la destilería. Corría tan poco peligro como el mismo Wengler.

Estaba oscuro como boca de lobo, pero a pesar de ello no conseguía conciliar el sueño.

A lo mejor era propio de la trena tener todo el tiempo del mundo y no conseguir aprovecharlo. Ni siquiera para dormir.

En esa oscuridad todo acababa siendo demasiado ruidoso: cerrar una puerta, un chirrido, toser, sorber, gemir, roncar. Incluso oía las campanas de la iglesia vecina, cuya tosca melodía penetraba hasta en la oscuridad de su celda.

«Sé siempre leal y honrado.»

Se le pasaban por la cabeza miles de cosas y aunque estaba agotado no conciliaba el sueño. Pero de repente sucedió algo.

Se sobresaltó cuando encendieron la luz del sector de su celda. Solo fuera, en el pasillo, en las celdas, no.

Oyó unos pasos y luego a vio a dos hombres que se paraban delante de su celda, un guardia de uniforme y otro de civil con un traje arrugado. El de uniforme llevaba un manajo de llaves.

—Este es su hombre —dijo, señalando al preso.

Cuando la llave giró en la puerta, un fuerte sonido que retumbó en las paredes vacías.

Assmann se sentó.

—Tiene usted compañía —dijo el guardia de uniforme.

—Pensaba que era hora de dormir.

—Pues quédese mañana en recepción. Si la Kripo quiere verlo, ha de estar despierto.

—¿La Policía Criminal?

—Lamento perturbar su sueño, señor Assmann, pero hay un par de cuestiones que querría aclarar con usted —dijo el hombre vestido de civil, entrando en la diminuta celda. Assmann se sentó sin querer todavía más tieso cuando el hombre

le enseñó la placa. Estaba completamente despierto. Y nervioso. ¿Qué más querían ahora de él?

El guardia volvió a cerrar con llave la celda.

—¡Señor comisario!

—Lo llamaré cuando esté listo.

El hombre del traje se sentó en el catre junto a Assmann.

—¿Qué más quiere? Sus compañeros ya me han atosigado suficiente arriba.

—Era el turno de día —dijo el hombre sonriendo—. Yo soy el de noche.

¡Eso iba a ponerse divertido! ¿Se ocupaban de él por turnos? ¡Guripas de mierda!

—Pero sí puedo fumar, ¿no?

—Por favor.

El poli hizo un gesto invitador con la mano. Assmann sacó el último cigarrillo de la pitillera, aunque en realidad se lo estaba reservando para la mañana, y lo encendió. El comisario no dijo nada, simplemente estaba ahí sentado y manteniendo la comisura del labio un poco curvada hacia arriba, como si le complaciera su propia expresión. Qué tío tan raro.

Assmann ya estaba impaciente por que le hiciera las preguntas. A este todavía le contaría menos que al fornido comisario jefe o al aburrido inspector de Aduanas. Turno de noche... ¡ja! Ya podían esperar, que con esta táctica no conseguirían nada. Dietrich Assmann no hablaría hasta que no supiera cuál era su papel en esa historia. Una vez que hubiese hablado con su nuevo abogado. Y con Gustav Wengler.

Entonces la luz volvió a apagarse y la negrura volvió a reinar. Solo la ceniza ardiente del cigarrillo resplandecía como un gusanito de luz en la oscuridad y proyectaba una luz rojiza sobre el singular comisario, que todavía no había hecho ninguna pregunta. ¿Pretendía acabar con él a través del silencio? Assmann movió la cabeza. Dio una profunda calada, con fruición, a fin de cuentas era el último cigarrillo de la tarde y, cuando volvió a mirar al lado, se quedó perplejo.

El rostro del hombre que hacía unos segundos estaba sentado a su lado en el

catre había desaparecido.

Olía a hierba. Hierba húmeda. Frescor en la piel.

Letras esculpidas en la piedra.

Una serpiente, casi negra a la luz mortecina, reptando por la piedra.

Rath miró hacia arriba y distinguió una lápida.

Por un momento creyó encontrarse en una pesadilla e ir a leer inmediatamente su propio nombre o algo así, pero luego supo que era la realidad ya que, cuando se enderezó, sintió un tirón en la nuca.

Y en la lápida había otro nombre.

CABO SZUDARSKY, RES. R. INF. 49

Rath conocía esas abreviaturas. Hacía dos años que las había aprendido. Reserva Regimiento de Infantería 49. Allí yacía muerto un cabo que había luchado por el emperador y la patria en el año mil novecientos catorce.

Rath miró a su alrededor. Más lápidas, todas alineadas, los prusianos incluso formaban filas cuando morían. La luna proyectaba una luz clara sobre las piedras.

¡Y de repente supo dónde se encontraba!

¡El cementerio de héroes de Markowsken!

Siguió leyendo nombres. Todos fallecidos el mismo año: 1914. Muchos parecían ser polacos. Así que no se trataba exclusivamente de tumbas de prusianos caídos en la guerra, también se había enterrado allí a soldados rusos, y también ellos tenían algunos apellidos que parecían muy próximos al polaco.

Los masurianos habían dado sus vidas por Prusia y el emperador; los

masovianos por la Polonia rusa y los zares.

Qué diferencia había en nacer a un lado de la frontera u a otro.

Al final, ninguna: todos los que yacían ahí habían acabado muertos sin importar de qué lado provenían.

Rath se puso en pie y tuvo que sostenerse al principio en la lápida del cabo prusiano Szudarsky porque le fallaban las rodillas. Radlewski le había administrado algún sedante. Recordaba vagamente haber ido dando traspiés por el bosque, apenas consciente, arrastrado por el Kaubuk y su perro. Un rato después notó que las piernas iban recuperando fuerzas.

Bajó la vista para mirarse. El traje gris estaba listo para la basura. Rath se palpó el lado izquierdo. Volvía a llevar la funda de la pistola junto con el arma reglamentaria. Incluso encontró la cartera. Miró en su interior. No faltaba ni un céntimo, ni siquiera su carnet de policía. Artur Radlewski y su condenado pantano habían vuelto a escupirlo casi tal como se lo habían tragado.

Lo único que no tenía eran cigarrillos.

Rath se marchó del bosquecillo y del cementerio y se encaminó hacia la carretera. Si tiraba hacia la derecha por Krupinnen, había siete u ocho kilómetros hasta Treuburg; pero él conocía otra meta más cercana y giró hacia la izquierda.

La luna le iluminaba el camino. Rath miró el cielo nocturno y supo que tenía que haber estado fuera más tiempo de lo que había creído, más de una o dos noches, mucho más. La luna creciente que lo contemplaba cuando estaba a punto de morir se había convertido en luna menguante.

La torre de la iglesia del pueblo se recortaba lúgubre y oscura en el cielo. Rath anduvo los últimos metros por la calle Mayor, esperando no cruzarse con nadie en el camino. Tenía el traje hecho un asco, el pelo revuelto y al tocarse la barbilla y las mejillas confirmó que necesitaba urgentemente un afeitado.

En la escuela todavía había luz. Rath llamó a la puerta.

Aguardó unos minutos hasta que Karl Rammoser le abrió. El susto que se llevó parecía auténtico, al menos abrió los ojos como platos al ver a Rath. Tal vez lo tomó por el Kaubuk.

—Señor comisario —dijo el maestro al final—. ¿De dónde viene tan tarde? Pensaba que hacía tiempo que ya se había marchado a Berlín.

—¿Puedo entrar? Y se lo cuento.

—Claro.

Sobre la mesa de la vivienda del profesor había una botella de licor hecho por el maestro y un vaso, al lado, un libro abierto. Rammoser sacó un segundo vaso del armario.

—¿Usted también? —preguntó—. Tiene aspecto de necesitarlo. ¿Qué ha pasado?

—¿Podría darme un cigarrillo? Lo necesito más que el alcohol. —Rath miró a su alrededor—. ¿Dónde está su ama de llaves?

—¿Erna? Hace rato que se ha marchado.

El reloj de la pared marcaba casi las doce de la noche.

—¿Qué día es hoy?

—Miércoles.

—Me refiero a la fecha.

—Veintidós de junio. ¿Necesita también saber el año?

Rath movió la cabeza. Había estado más de una semana en el bosque. ¿Por qué nadie lo había buscado?

Ramoser le dio un cigarrillo y fuego.

—No quisiera ofenderle, señor comisario, pero tiene un aspecto horrible.

—Gracias por el cumplido. —Rath inhaló con fuerza el humo del cigarrillo y sintió cómo la nicotina volvía a extenderse por su cuerpo. Por fin—. ¿Y qué le ha ocurrido a usted? —Señaló el traje negro que llevaba el maestro, si bien con la corbata ya floja y el cuello de la camisa abierto—. ¿Ha estado en un entierro?

—Estos últimos días no se ha enterado de gran cosa, ¿verdad? —Ramoser frunció el ceño.

—No sé absolutamente nada, he estado un par de días fuera del mundo. Y esto en sentido literal.

—Ha muerto Maria Cofalka.

Rath tuvo que sentarse.

—Lo siento —dijo—. Sabía que eran buenos amigos, ¿no es así?

—Muy buenos amigos. —Rammoser llenó los dos vasos con su licor y se sentó a su lado—. Maria era posiblemente la mejor amiga que se podía tener en esta ciudad.

El maestro alzó su vaso y los dos brindaron y bebieron.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó Rath.

—Ahogada. En el lago de Treuburg. Encontraron el cadáver no lejos de la piscina. —El maestro se encogió de hombros, parecía desolado—. Algunos hablan de un suicidio, pero yo creo que fue un accidente. Maria nunca se habría suicidado. Debió de resbalar en la pasarela, golpearse la cabeza y desmayarse.

Rath dio una calada y calló. No fue capaz de hablar de las cartas que Maria Cofalka le había confiado antes de su muerte. Y que él se había dejado robar.

Rammoser movió la cabeza.

—Pero hablemos de usted. Todos creíamos que había vuelto a Berlín.

—¿Quién dice esto?

—Se cuenta en la taberna de Pritzkus. Tampoco sé quién ha hecho correr este rumor.

—¿El viejo Adamek, tal vez? —preguntó Rath.

Rammoser se encogió de hombros.

—Sea como sea, a él tengo que agradecerle todo este lío. Casi la palmo.

—Cuénteme.

Y Rath contó al maestro su odisea en el pantano y que el Kaubuk le había rescatado.

—¿Artur Radlewski? Así que todavía vive.

—Y me salvó a mí la vida.

—¿Por eso no lo ha arrestado? ¿O es que ha podido convencerle de su inocencia?

Rath hizo un gesto de ignorancia.

—La mayor parte del tiempo estuve con fiebre e inconsciente. Y cuando por

fin pude hablar, nuestra conversación no fue del todo amistosa. Me temo que me aproveché en exceso de su hospitalidad. —Se encendió un cigarrillo más—. Me atontó con una pócima. Yo estaba como ido, recuerdo vagamente que estuve caminando con él de noche. Y luego me he despertado en el cementerio de los héroes de Markowsken.

—¿Y ahora convocará a las fuerzas de la policía del distrito de Oletzko para ir a buscarlo a su escondite en el pantano?

Rath negó con la cabeza.

—De eso no tiene que preocuparse. En primer lugar, no soy rencoroso. En segundo lugar, estoy en deuda con Radlewski. Y por último, estoy seguro de que él no tiene nada que ver con los asesinatos que debo resolver.

Ramoser asintió. Con toda la satisfacción que experimenta un maestro cuando su alumno favorito contesta correctamente.

—¿Y usted cree que el viejo Adamek lo llevó con toda la intención al pantano?

Rath asintió.

—De lo contrario me habría buscado. Y no andaría difundiendo la mentira de que he vuelto a Berlín.

—No le atribuya que está divulgando falsedades. No sé si los rumores del local de Pritzkus provienen de él.

—Pero no habrá dicho tampoco lo contrario.

—Adamek no suele hablar mucho cuando está en la taberna. Usted mismo lo ha visto. —Ramoser movió la cabeza—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Eso me gustaría saber a mí —respondió Rath—. A lo mejor todavía tiene una cuenta pendiente conmigo.

—No, se equivoca usted al juzgar al viejo.

—Ya veremos. De todos modos estoy impaciente por saber qué va a decirme.

Ese jueves por la mañana, la reunión matinal en la Inspección A casi semejaba un funeral. Casi todos los rostros que Charly miraba eran de aflicción.

Ernst Gennat llegó más tarde de lo acostumbrado. Se rumoreaba que la nueva dirección había pedido esa misma mañana al jefe de la Inspección y del Departamento que se presentara a informar. El consejero no dejaba traslucir lo que pensaba. Cuando se subió a la tribuna, las conversaciones y susurros enmudecieron.

—Todos sabemos que ayer se produjeron cambios decisivos en nuestra cúpula —empezó diciendo el Buda con su conocida serenidad—. No obstante, espero de ustedes que, tanto hoy como en los próximos días, cumplan con su trabajo tan concienzudamente como siempre. Obedezcan las órdenes de sus superiores y hagan su tarea.

—Con permiso, señor consejero —intervino Wilhelm Böhm—, pero justamente ahí veo yo el problema: ¿quiénes son nuestros superiores? ¿Es el señor Grzesinski o el señor Melcher?

—Hasta nuevo aviso es el doctor Melcher.

—¿Qué significa «hasta nuevo aviso»?

—Hasta que todo este asunto se estudie judicialmente —respondió Gennat—. Estas cosas no deben impedirnos cumplir con nuestra labor. Dios sabe que tenemos investigaciones de casos de muerte que aguardan una resolución.

Los agentes asintieron. Aunque no muy entusiasmados.

—No pongan esas caras tan tristes —dijo el Buda—. Kurt Melcher seguro que

no es un mal jefe de policía. En Essen goza de una estupenda reputación.

—Es posible, señor consejero. —Wilhelm Böhm no se dejaba convencer—. Pero a mí y a no pocos compañeros nos preocupa la forma en que el doctor Melcher ha ocupado su cargo.

—Tiene usted razón —dijo Gennat—. No sabemos si el cambio de responsables en el ámbito de nuestros superiores se ha realizado de modo correcto o mejor dicho: legítimo. Pero seguimos viviendo en un Estado de Derecho y son los tribunales los que resuelven estas cuestiones. Mientras tanto nosotros seguiremos efectuando tranquilamente nuestro trabajo.

—Yo no estoy tan segura de eso —intervino Charly, y todos la miraron. Ella misma estaba sorprendida de su audacia, tomando la palabra en medio de ese grupo de hombres, pero no podía seguir callada—. Me refiero a que no estoy tan segura de vivir todavía en un Estado de Derecho. —Sujetó en lo alto el *Berliner Tageblatt* que había adquirido abajo, en la Alex—. Si es cierto lo que pone en el diario, lo que ayer vimos fue pura y llanamente un golpe de Estado. Así Von Papen se ha apropiado con el consentimiento de Hindenburg de la Prusia democrática. —Miró a su alrededor—. En cualquier caso, nuestro nuevo jefe no se ha ganado hasta el momento la fama de ser demócrata.

—Yo creo que también es importante que sea un buen jefe de policía. —Arthur Nebel había tomado la palabra. Sonrió amablemente a Charly—. Esta administración ya tenía demócratas suficientes en su cúpula que luego han revelado ser, por desgracia, malos criminalistas.

Charly ya iba a replicar, pero Böhm se le adelantó.

—Espero que no cuente entre ellos a Grzesinski y el doctor Weiss, estimado Nebel —apuntó el comisario jefe.

—Yo solo digo que la competencia profesional es más importante, en mi opinión, que la orientación política.

—En realidad, yo había esperado de usted más lealtad hacia nuestros antiguos superiores —dijo Böhm—. El doctor Weiss le ha protegido a usted en tal medida que debería estarle agradecido hasta el final de su vida.

—¡Uno también se gana la protección, señor comisario jefe, con su rendimiento!

—Caballeros, caballeros —intervino Gennat—, debemos dejar a un lado las querellas políticas en esta administración. Todos somos libres de tener nuestras propias ideas políticas, pero no tenemos que discutir las en el trabajo. Las cualidades profesionales del doctor Melcher son indiscutibles. Ha dirigido la Jefatura de Policía de Essen de forma modélica desde la guerra. —Gennat miró a Böhm y Charly con severidad antes de seguir hablando—. Y la orientación democrática de un hombre que pertenece al partido de Stresemann también está fuera de duda.

Charly, sin embargo, no estaba tan convencida; en su opinión, el simple hecho de que Kurt Melcher se hubiera prestado a dar ese golpe de Estado ya hablaba en contra del anterior jefe de la Policía de Essen, para quien el salto a Berlín también suponía un salto en su carrera. Pero no dijo nada más y también Böhm guardó silencio. Gennat tenía razón, esas cosas no debían discutirse ahí, creaban malestar y no resolvían ninguno de los problemas que había provocado el día anterior.

—Espero de ustedes... —prosiguió el Buda, pero entonces la puerta se abrió de par en par y ya no supieron qué era lo que el consejero de la Policía Criminal esperaba de ellos.

Por la puerta apareció el aspirante Steinke y daba la impresión de estar muy alterado.

—Disculpe la interrupción, señor consejero —dijo. Le faltaba el aliento, como si hubiera recorrido a toda velocidad el trayecto desde el despacho del servicio de Urgencias de Homicidios y la sala pequeña de conferencias—. Pero ha ocurrido algo horrible que debe saber.

—¡Qué ha ocurrido! ¡Cuéntenoslo de una vez, hombre! —exclamó Gennat cuando Steinke volvió a hacer una pausa para recuperar el aliento.

—Es... es el preso Assmann... en custodia policial...

—¿Assmann? Es mi preso —advirtió Böhm—, ¡no me diga que ha huido! ¡O

que lo ha asaltado uno de esos picapleitos!

—No, no —dijo Steinke—. Peor todavía. Me temo que Assmann está muerto.

En el Salzburger Hof ya estaban recogiendo los desayunos. Hella Rickert abrió los ojos de par en par cuando vio al comisario de Berlín, pero no dijo nada, se limitó a darse media vuelta con la bandeja sobre la que había apilado los platos sucios y dirigirse a la cocina mostrándole su bonita espalda.

«Si no es hoy, será mañana», pensó Rath encaminándose a la recepción. No había nadie. Golpeó tan fuerte la campanilla que sonó como el gong del martillo de feria.

En caso de necesidad, Rath estaba dispuesto a enfrentarse con toda la familia Rickert, hacía una eternidad que no se sentía tan descansado. Rammoser lo había dejado dormir y no lo había despertado hasta eso de las nueve. Después de tomar un baño, afeitarse a fondo y comer un desayuno como es debido con café y sin pinchos de ardilla, se sentía de nuevo casi como un ser humano. Su traje gris ya no servía ni para lustrar zapatos, Rammoser le había provisto de unas prendas de su armario ropero; los pantalones le iban un poco cortos y la chaqueta tenía las mangas remendadas, por lo demás la ropa le iba perfectamente, aunque le daba el aspecto de un maestro rural.

Un maestro rural que acababa de llegar de una excursión con la escuela, pues Rath todavía llevaba el calzado del profesor Damerau cubierto de barro.

El tren de las diez lo había llevado de Wielitzken a Treuburg. Rammoser le había aconsejado que buscara un médico en la ciudad que le hiciera una revisión, ya que había pasado una semana con fiebre, pero lo primero que hizo Rath, todavía en la estación, fue comprar tres cartones de diez paquetes de Overstolz.

Luego puso rumbo a la cabina telefónica del vestíbulo de la estación y pidió una conferencia con Berlín, y mientras esperaba la conexión encendió el primer cigarrillo. Pidió que lo conectaran con el número de teléfono de Charly, pero en lugar de ella, respondió Böhm y Rath volvió a colgar al instante. El comisario jefe seguramente le habría ordenado que volviera a Berlín de inmediato y Rath todavía tenía un par de cosas que resolver en Treuburg.

Por ejemplo en el Salzburger Hof.

Volvió a llamar a la campanilla de recepción y en ese mismo instante apareció Hermann Rickert por la esquina.

—¡Señor comisario! —El hotelero lo miró de arriba abajo, como si tuviera que comprobar que realmente se trataba de su anterior huésped—. ¡Qué sorpresa!

—¡A que sí!

—Se marchó sin decirnos nada. Nos quedamos estupefactos.

—Si le hubiera preguntado al viejo Adamek, él mismo les habría podido indicar más o menos dónde me encontraba yo.

El hotelero lo miró atónito.

—Le pregunté al sargento Grigat por usted, él viene aquí a comer regularmente. Pero tampoco sabía nada con certeza. Dijo que no le había informado de lo que iba a hacer.

—¿Eso le dijo?

—Tuve que vaciar su habitación, durante el fin de semana vinieron muchos huéspedes. Pero puede ocuparla otra vez enseguida, si lo desea.

—Muy amable.

Rath no estaba seguro de si Hermann Rickert había captado el tono sarcástico de su respuesta.

—Debería haberse dado de baja si iba a pernoctar fuera de aquí —dijo el hotelero—, por supuesto le habríamos guardado las maletas el tiempo necesario.

—Lamentablemente me resultaba imposible darme de baja.

—Bah, tampoco voy a ser así, le cobraré solo por guardarle el equipaje los

últimos siete días. —Rickert dibujó su más cordial sonrisa de hotelero.

—Muy atento por su parte. —Rath sonrió a la fuerza—. Entonces ¿podría volver a ocupar mi habitación?

—Por supuesto. —El hotelero cogió la antigua llave de la habitación de Rath del tablero—. Enseguida digo que le suban la maleta.

—Gracias. —Rath inclinó la cabeza—. Y... había echado en falta algo antes de mi... ausencia, ¿lo recuerda? ¿Es posible que lo haya...?

—¡Naturalmente! Discúlpeme, ¡cómo habré podido olvidarme! —El hotelero se inclinó y sacó la carpeta negra de detrás del mostrador.

—¿Dónde la ha encontrado?

—Yo no, mi hija —respondió con orgullo Rickert. ¿Es que no sospechaba la joya que había criado en los últimos dieciocho años?—. Cuando limpiamos su habitación el sábado y la preparamos para los clientes del fin de semana, Hella la encontró. Se había caído detrás de la cama.

—Vaya, vaya —dijo Rath, cogiendo la carpeta y la llave. Y subió a su habitación.

Lo primero que hizo fue sentarse al escritorio y comprobar si estaban todas las cartas. No estaba del todo seguro, pero creía que faltaban algunas, al menos aquella que había leído el día antes del robo. Del resto no podía confirmar nada, había leído demasiado poco y la única persona que podría haberlo señalado con certeza estaba muerta.

La noticia del funeral de Maria Cofalka había afectado mucho a Rath. Su muerte no era ni accidental ni un suicidio, ni tampoco era una casualidad.

Alguien golpeó a la puerta, pero Hella no estaba tras ella, sino Reimund, el chico para todo de Rickert. En una mano llevaba la maleta y en la otra los Budapest.

Rath solo se cambió de zapatos, el traje marrón, el único que todavía le quedaba, era para regresar a Berlín y lo colgó en el armario. Cerró la carpeta con las cartas en el escritorio, cogió la llave y volvió a marcharse del hotel.

Su primera estación se hallaba en la Goldaper Strasse. Llamó al taller del

zapatero. Friedrich Kowalski se había anudado el delantal de cuero y llevaba un pequeño martillo en la mano. Lo miró sorprendido.

—Quería devolverle esto —dijo Rath, dejando caer los zapatos de caminar cubiertos de unas costras de barro que se desprendieron con el golpe—. Salude al profesor Damerau de mi parte y dele las gracias. Me han prestado un servicio valiosísimo.

—¡Señor comisario! —El zapatero miró los zapatos y luego levantó la vista hacia Rath—. Ya pensaba que no volvía.

—Sí, casi la palmo. —Rath echó un vistazo a la habitación, pero no pudo distinguir gran cosa—. ¿Dónde está su estimado sobrino?

—En Königsberg.

—¡En Königsberg! Vaya, vaya. ¿Y qué está haciendo ahí?

—Pues trabajar, ¡qué iba a hacer! Le ordenaron que volviera. Ya hace una semana.

—Y que me dejara tirado en el bosque, eso a nadie le interesó, ¿o qué?

—¿Cómo? —Friedrich Kowalski mostraba verdadero asombro.

—Sí, me dejó tirado en el bosque, ¡su querido sobrino! Él y el viejo Adamek. ¡Casi me muero allí en el pantano!

—Entre, señor comisario. —Kowalski señaló la sala de estar—. La calle no es lugar para hablar de esto.

Poco después, Rath estaba sentado con una taza de té a la mesa de la cocina de Kowalski.

—No lo entiendo del todo —dijo el zapatero—. Si lo he interpretado correctamente, usted mismo le dijo que volviera. Con ese mensaje para Grigat.

—¿Yo? Lo último que le dije a su sobrino fue que hiciera guardia en el claro junto a la frontera. Y cuando regresé ya se había marchado, y el viejo Adamek también.

—Qué extraño. —Kowalski meneó la cabeza—. Eso no es propio de Anton en absoluto. Él no deja tirado a nadie.

—¿Y con qué mensaje para Grigat se supone que lo envié de vuelta?

—No lo sé, no me lo dijo. En cuanto llegó a la jefatura, tuvo que marcharse enseguida. Königsberg exigió que regresara urgentemente. Él y el coche oficial.

—¿Y a nadie le interesó lo que pasaba conmigo?

Fritz Kowalski hizo un gesto de impotencia.

—Anton no me contó nada con detalle. Pero en cierto modo todos supusimos que ya no necesitaba su ayuda.

Rath asintió pensativo. Había algún que otro intrigante por ahí haciendo de las suyas. Y ya sospechaba quiénes eran.

Wilhelm Adamek estaba sentado delante de su cabaña, tallando un enorme bastón. Registró la llegada de Rath con un breve levantamiento de ceja, luego volvió a dedicarse a la madera. No dejó traslucir si sintió el menor asombro cuando el comisario desaparecido subió por el camino. Comprobaba su bastón, adelantaba un poco el labio inferior y luego sacaba más virutas de madera. Rath se preguntó si debía tener cuidado con el cuchillo. Aunque su Walther no llevaba balas en el cargador, llegado el caso bastaría para intimidar.

—Buenos días —dijo el anciano—. ¿Ya ha salido del bosque?

Adamek le echó una breve mirada y siguió tallando. Rath intentó estimar las fuerzas físicas del anciano. Con alguien como Wilhelm Adamek, probablemente se llevaría, sin más, la peor parte, así que después de una semana en cama y con fiebre, y con las piernas todavía flojas, lo tenía aún peor. Debía ser diplomático. No podía simplemente agarrar al viejo por las solapas y levantarlo. Aunque ganas no le faltaran.

—Últimamente he estado buscándole. ¿Por qué no volvió?

—Yo lo llevé a donde usted quiso.

Adamek no levantaba la vista al contestar, seguía extrayendo grandes virutas de la madera.

—Y luego me dejó tirado.

—Tenía que sacar a su compañero del bosque.

—No diga tonterías. ¿Qué le dijo a Kowalski para que se fuera con usted? ¿Que yo lo enviaba de vuelta? ¿Con un mensaje para el sargento Grigat? ¿Qué mensaje? ¿Qué yo ya me desenvolvía la mar de bien en el bosque y no necesitaba más ayuda? —Rath había ido alzando la voz, pero le daba igual. Lo enfurecía la flema con que ese criminal estaba ahí sentado delante de su cabaña, tallando un bastón—. ¡Casi me muero en el pantano! ¡De no haber sido porque me sacaron de allí!

Adamek levantó la vista y arqueó las cejas.

—Lo siento —dijo—. No era esa mi intención.

Sonaba realmente sincero. Rath se sorprendió.

—¡Entonces no tendría que haberme dejado colgado en medio del bosque!

—Ya le he dicho que lo siento.

Rath miró al viejo, pero su expresión era difícil de interpretar.

—No fue idea suya, ¿verdad?

Adamek callaba y tallaba el bastón.

—¿A quién se le ocurrió?

Cada vez eran más las virutas que salían volando y caían en el suelo delante del banco.

—¿Quién?

—¡No puedo decirlo!

—¡Así que alguien le incitó a hacerlo!

Adamek dejó de tallar y levantó la vista, miró a Rath con una mezcla de indignación y menosprecio. Era la primera vez que un comisario de la capital le hacía un interrogatorio.

—Dígame quién fue. ¿Le chantajearon?

Adamek callaba. Pero su cuchillo cada vez sacaba virutas más grandes del bastón, a estas alturas parecía que estuviera cortando leña más que tallando madera.

—Con su caza furtiva, ¿cierto? ¿Le amenazó alguien con denunciarle?

De repente, el viejo se levantó de un salto y lanzó el cuchillo al banco de

madera sobre el que había estado sentado con tal impulso que la hoja estuvo vibrando un rato.

—Ahora, escúcheme usted con atención —dijo el viejo manifiestamente exasperado—, ¡lo único que quiero de la vida y de la gente es que me dejen en paz!

—Yo estaré muy gustoso de dejarle en paz. Pero no encuentro nada divertido en que me dejara usted tirado.

—¡Yo no dejo a nadie tirado!

—Pero hay alguien que no le deja a usted en paz. Le pidió que no me sacara tan pronto del bosque. Que me diera una pequeña lección. ¡A ese arrogante comisario de Berlín! ¡Que está hasta el gorro de Masuria y quiere volver cuanto antes mejor a la capital del libertinaje! ¡Para que aquí todo siga igual que siempre! ¿No es así?

Adamek callaba.

—Pero le digo a usted y a sus condenados conciudadanos que no les voy a hacer ese favor, que no se van a librar tan pronto de mí. En esta ciudad hay muchas cosas que se hacen bajo mano y ha llegado el momento de que alguien las saque a la vista de todo el mundo. ¡Y eso exactamente es lo que yo voy a hacer, ya puede comunicárselo a su patrono!

Adamek ya no parecía tan malhumorado como hacía un instante, ¿acaso estaba sonriendo? El ataque de cólera de Rath parecía, al menos, haberle gustado.

—Dígaselo usted mismo —se limitó a responder.

Durante el tiempo que había trabajado en el Castillo, Charly siempre había dado un gran rodeo para evitar la penitenciaría. Y con razón, pensaba en ese momento. No olía especialmente bien y habría renunciado con agrado a las groseras observaciones que algunos presos lanzaron al descubrir a una mujer en su imperio. Pero al menos ya veía el final, pues habían llegado a su meta.

Y el hombre de esa celda ya no decía nada.

En realidad se lo veía muy tranquilo: Dietrich Assmann estaba tendido en su catre, cubierto con una delgada manta de lana con la que los presos debían temblar de frío mientras dormían. A primera vista, uno diría que estaba dormido, hasta tenía los ojos cerrados.

—Al despertarlo nos hemos dado cuenta de que pasaba algo raro —explicaba en ese momento el guardia de servicio a Gennat—. Y como no se movía, hemos entrado. El resto ya lo conoce.

—Conocemos el resto —repitió Gennat. Miraba al guardia de una manera no precisamente amable—. Este hombre era un testigo importante —dijo—, y a este testigo lo han asesinado. ¡Bajo su vigilancia! ¿Es que ni siquiera está uno seguro en la cárcel?

—No bajo mi vigilancia —protestó el guardia—. Yo ayer por la noche no estaba de servicio.

—¡No sea usted puntilloso! ¡Aquí es usted el responsable, señor mío!

—Sí, señor consejero.

—Exijo una explicación de lo que ha ocurrido.

—Es un misterio para mí mismo. En realidad, aquí no entra ni sale nadie si nosotros no lo queremos.

—En realidad —repitió Gennat—. Pero de algún modo ha entrado un asesino en la celda y ha vuelto a salir. Esto no parece un suicidio. —Movi6 la cabeza—. ¡Qu6 chapuza! ¡Asesinato en la penitenciaría de la policía! ¡Como la prensa se entere, estamos perdidos, señores míos!

El guardia se mir6 las puntas de los zapatos y estruj6 la gorra del uniforme entre las manos.

—Quiero aclarar este asunto. Necesito sobre mi escritorio todos los libros y protocolos que se llevan en penitenciaría. Inmediatamente. Y reúna a todos los empleados que estaban de servicio ayer por la tarde y ayer por la noche.

—¿También inmediatamente? —pregunt6 el guardia.

—No —contest6 Gennat—. Antes.

—¿C6mo?

El Buda lo mir6 hostil.

—A sus 6rdenes, se6or consejero.

El guardia salud6 de modo marcial y se retir6 a toda prisa.

Por lo general, Ernst Gennat no visitaba los escenarios del crimen, desde hacía unos a6os prefería quedarse en su despacho y manejar desde allí los hilos de las investigaciones. Pero esa vez eran los casos de asesinato los que acudían a la jefatura. Para ir a ver el cadáver de Dietrich Assmann, el Buda no tenía que salir a la calle, sino dirigirse a la penitenciaría, en el ala sur de la jefatura de policía, y subir al segundo piso de una única escalera que llevaba a las celdas individuales.

Lo acompañaban también B6hm, así como Lange y el aspirante a comisario Steinke, que había dado aviso del caso. Todos estaban delante de la angosta celda en la que Dietrich Assmann había pasado su última noche y observaban a los criminalistas reuniendo huellas.

Gennat se acerc6 al cadáver, cuyo cuello ya estaba estudiando el doctor Karthaus.

«Seguiremos efectuando tranquilamente nuestro trabajo.» Exactamente eso

estaba demostrando hacer el Buda. Charly no sabía si lo consideraba correcto o no, pero casi seguro que no había otra solución. ¿Acaso no daba igual para su trabajo diario que el jefe de policía se llamara Grzesinski o Melcher, que fuera socialdemócrata o nacional liberal?

Parecía, en efecto, como si su asesino hubiera vuelto a atacar. Dietrich Assmann yacía muerto sobre su catre, el colchón y la parte superior de la manta de lana estaban húmedos y del armazón de la cama colgaba un pañuelo rojo, todavía mojado. Charly se acercó y lo miró. Olfateó la tela roja.

—Huele raro —señaló—. A alcanfor o algo así.

Lange, quien separaba la cámara del cadáver, al que ya había fotografiado, y la orientaba hacia el pañuelo para fotografiarlo también, asintió.

—Es verdad —dijo—. Yo diría que es Pitralon.

—¿Pitralon? —Gennat abrió los oídos y se acercó a ellos—. ¿Loción de afeitar?

—Se diría que es lo que hizo la víctima antes de morir —señaló el doctor Karthaus—. El cadáver huele como acabado de afeitar. Aunque la barbilla deja bastante que desear.

—En fin —observó Gennat—. Estos pañuelos son los que utiliza el asesino en serie, los coloca sobre la boca y la nariz y luego los empapa de agua para torturar a la víctima, ¿no es así?

—¿Quiere decir que el pañuelo ha absorbido el olor de la cara de Assmann?

—Exacto, eso mismo quiero decir.

—¿No es el olor demasiado intenso para eso? —preguntó Charly—. Yo más bien diría que empaparon el pañuelo con loción de afeitado.

—Haga una foto del pañuelo, Lange, Kronberg lo meterá en una bolsa y lo analizará.

—A sus órdenes, señor consejero. —El aspirante asintió y se puso manos a la obra.

Gennat se acercó a Kronberg, que conversaba con Böhm.

—¿Y?

El jefe del SI se encogió de hombros.

—Todavía no nos explicamos cómo consiguió el autor entrar en la celda y volver a salir. No hay ninguna huella de que hayan forzado la cerradura ni nada que señale el empleo de una ganzúa.

—Pero de algún modo tiene que haber entrado.

—A lo mejor tenía una llave.

—¿Cree usted que fue alguien del personal de vigilancia?

—No deberíamos excluir la posibilidad. Pero yo me refería más bien a alguien que disponga de una copia de la llave. O que la haya conseguido de otro modo. No es la primera vez que una llave cae en manos de quien no debería tenerla.

—Tendremos que indagar entonces en los círculos correspondientes.

Gennat era conocido por sus buenos contactos con las organizaciones criminales de Berlín y por su excelente red de informadores. Si alguien podía averiguar quién había hecho una copia de la llave de la penitenciaría, ese era el Buda.

—Cuando analice el pañuelo —dijo a Kronberg—, me gustará saber por qué huele así. Y si sigue el mismo patrón que los demás.

Mientras Gennat hablaba con el criminalista, Charly había estado estudiando la celda y descubierto una colilla debajo del catre. Se arrodilló junto al doctor Karthaus y cogió el cigarrillo con unas pinzas. Solo habían consumido la mitad del pitillo.

—Miren un momento, esto estaba debajo de la cama.

Gennat y Böhm se volvieron hacia ella.

—Qué raro, ¿verdad? —observó Charly.

—¿Por qué raro? —preguntó Böhm—, según tengo entendido, se puede fumar durante el arresto policial.

—Pues precisamente por eso —replicó Gennat—. Y si está usted en una celda y fuma, entonces se fuma el cigarrillo hasta el final. En cualquier caso, no lo tira medio consumido. Esto es lo que usted quiere decir, ¿verdad, señorita Ritter?

Charly asintió aunque la situación le resultaba lamentable. Se sentía como una

empollona impertinente. Böhm no pareció tomárselo a mal.

El doctor Karthaus se separó del cadáver y se acercó a ellos.

—¿He escuchado bien? ¿Está permitido fumar aquí?

Sacó una pitillera de la bata y encendió un cigarrillo.

—Mientras no tire ceniza al suelo.

—No hay problema. —Karthaus sacó una cajita de hojalata con tapa de su bata. Un pequeño cenicero portátil—. Ya sé cómo actuar con la Policía Científica.

—¿Ha encontrado algo, doctor? —preguntó Böhm—. ¿Otra vez muerte por ahogamiento? ¿Lo habitual?

—Depende. Si por habitual se entiende que el hombre está muerto, entonces sí. —El médico forense inhaló el tabaco con fruición—. Pero si se refiere a que aquí tenemos el mismo *modus operandi* que en el caso Patria y las muertes relacionadas con él, entonces tengo que decepcionarlo.

Böhm lo miró sorprendido, cosa que pareció complacer al doctor. Karthaus señaló con la mano derecha y el cigarrillo al cadáver.

—He estado buscando en todo el cuello el pinchazo de una aguja pero no lo he encontrado.

—A lo mejor el asesino le ha puesto esta vez la inyección en otro lugar.

—Eso se averiguará en la sala de autopsias. Pero cuando estuve revisándole el cuello, encontré algo distinto. —Karthaus volvió a inhalar profundamente el humo y señaló el cuerpo con el pitillo—. Si no me equivoco, este hombre tiene la nuca rota.

Erich Grigat estaba delante del espejo enderezándose el chacó cuando Rath abrió la puerta. El sargento de policía ya estaba pensando en la comida del mediodía y se sorprendió al ver aparecer de repente en su despacho al comisario de Berlín.

—¿Cómo ha entrado aquí?

Eso fue lo primero que Grigat preguntó.

La respuesta la dio la secretaria, ante cuyas protestas Rath había cruzado la antesala sin hacer caso.

—Disculpe, sargento, el señor me ha ignorado por completo. Ni siquiera ha llamado a la puerta y tan solo...

—No pasa nada, señorita Bikowski. Ya me ocupo yo del comisario. Tómese ya el descanso de mediodía. Yo también me marcharé enseguida. Si pasara algo, me encontrará en el Salzburger Hof.

La secretaria asintió, pero lanzó a Rath una mirada furibunda antes de marcharse.

Rath cerró la puerta.

—Creo que le conviene que sostengamos esta conversación en la intimidad — advirtió.

Grigat se encogió de hombros.

—No sé qué tiene que decirme, señor comisario. Hasta el momento nunca me ha informado de sus intenciones. Y a sus compañeros de Berlín tan poco como a mí. Su superior me ha llamado varias veces; pero por desgracia no pude ayudarle.

—¿No? —Rath miró a Grigat, cuyo bigote temblaba ligeramente—. ¿No pudo comunicar a Berlín dónde estaba yo estos últimos días? Y, sin embargo, usted lo sabía mejor que nadie, ¿no?

—¿Cómo?

—¿Qué le dijo al viejo Adamek? ¿Lo amenazó? Le dijo que ya no haría la vista gorda a su caza furtiva. Aunque se viera obligado a renunciar a los lomos de corzo del Salzburger Hof.

—¡No sé de qué me está hablando!

—Nos cruzamos con usted. Cuando nosotros íbamos a casa de Adamek, usted volvía de allí, ¿no es así?

—¡Señor comisario, hágame el favor de hablar claro y no me venga con acertijos!

—No creo que quisiera usted matarme. Probablemente solo pretendía hacerme la vida imposible para que me fuera de su bello Treuburg. ¡Pero no lo conseguirá!

—¿Que yo quería matarlo? ¿De qué está hablando? ¡Qué afirmación tan escandalosa!

—¿O es que alguien le dio dinero para que forzara al viejo Adamek a dejar al comisario de Berlín en el bosque y que se perdiera?

—¡Protesto enérgicamente! ¿Alude usted a que la Policía de Treuburg es sobornable?

—¿Qué significa sobornable? A lo mejor tan solo le ha hecho un favor a alguien. En Colonia decimos que una mano lava a la otra.

—¡Y aquí lo llamamos difamación! ¡Se lo advierto! ¡Guárdese para usted estas insolencias!

Grigat se comportaba como si fuera a retar en duelo a Rath.

—Una cosa debo recordarle... —Rath colocó el escrito de Bernhard Weiss sobre el escritorio—. El subjefe de la Policía de Berlín personalmente quiere que me apoye y que no me torpedee. Así que le aconsejo que enseñe sus cartas: dígame quién quiere desembarazarse de mí y entonces tal vez renuncie a

informar a Berlín y quejarme de usted. ¡En el peor de los casos su conducta podría interpretarse como desobediencia a las órdenes! Y no tengo que mencionarle que el doctor Weiss tiene buenos contactos en el Ministerio del Interior.

—¿Ah, sí? —Grigat cogió el escrito con el membrete de la Jefatura de Policía de Berlín y sonrió irónico—. Con este papel, querido señor Rath, puede usted limpiarse el culo. No sirve para nada más.

—¿Cómo dice?

—¡Ya me ha entendido!

—¿Cómo se atreve? Está hablando de un escrito que el subjefe de la Policía de Berlín, el doctor Bernhard Weiss...

—¡Su querido Isidor, como llaman al doctor Weiss, ya no tiene ni voz ni voto! —Las palabras de Rath parecían acalorar todavía más a Grigat—. El jefe de la Policía de Berlín se llama Kurt Melcher, y su doctor Weiss ya puede estar contento de que no le hayan dado una buena tunda en su trasero judío. Ese ya no volverá a pisar la jefatura.

Por un momento, Rath creyó seriamente que Erich Grigat había enloquecido. El sargento cogió un papel del escritorio que estaba en lo alto de su bandeja de documentos.

—Esta mañana nos ha llegado esto por télex —dijo Grigat—. Grzesinski, Weiss y Heimannsberg están todos depuestos. ¡Ahora por fin se pondrá orden en esta pocilga que los sociatas han hecho de Prusia!

—¡No diga tonterías! El ministro del Interior, Severing, no permitirá que esto ocurra.

—Severing también está destituido. Todo el gobierno prusiano, esa cuadrilla de rojos, está destituida. Hindenburg ha nombrado comisario del Reich en Prusia al canciller del Reich.

—Enséñeme el escrito. No le creo ni una palabra.

Grigat sonrió cuando le tendió el mensaje. Rath leyó por encima el papel. Una instrucción en la que se informaba a todos los cargos policiales y todas las

gendarmerías de que se había destituido al gobierno prusiano en minoría, así como a la cúpula de la Policía de Berlín y que, hasta nueva orden, un comisario del Reich gobernaría Prusia.

—No ... no puede ser. Es... es un golpe de Estado —titubeó Rath.

—Yo le aconsejaría seriamente que reflexionara sobre las palabras que utiliza —dijo Grigat, que disfrutaba a ojos vistas de llevar ventaja—. ¡En caso contrario yo me vería forzado a presentar una querrela contra usted, señor comisario! ¡Mi paciencia con usted y su extraño espíritu de trabajo se está acabando! —Le cogió a Rath el télex y señaló la puerta—. ¡Y ahora márchese de mi despacho! ¡De lo contrario mandaré que lo saquen por la fuerza!

Rath ya iba a contestar algo, pero se abstuvo de ello. Sin pronunciar palabra, volvió a plegar el escrito de Bernhard Weiss, abandonó el despacho de Grigat y descendió lentamente la escalera hasta llegar a la calle.

«Joder —pensó—, en los pocos días que has desaparecido del mapa ha pasado un endiablado montón de cosas.»

Justo delante del juzgado había una cabina telefónica. Rath sacó el monedero del bolsillo y contó las monedas que tenía. Debía darse prisa antes de que el jefe de la Policía de Treuburg declarase persona non grata al reaparecido comisario de Berlín.

Robert Naujoks era una persona de fiar. A las dos y media el sargento de policía retirado llegó en tren procedente de Lyck.

—Una vieja historia, la del expediente Mathée —dijo después de que Rath le diera la bienvenida en el andén, y abrió la maleta de piel que contenía un grueso archivador—. ¿Y usted cree que aquí encontrará algo que pueda incriminar a Gustav Wengler? La víctima era su novia.

Rath se encogió de hombros.

—Ya veremos. Pero puede usted creerme: no lo dejaré en paz hasta que tenga que reconocer todas sus mentiras.

Naujoks asintió satisfecho.

—Pues no cese en su empeño. Espero que tenga usted éxito. —Sacó el expediente de la cartera—. El caso Mathée ya estaba cerrado cuando yo llegué a la ciudad. Hacía mucho que el asesino estaba en Wartenburg, pero a pesar de ello la gente seguía hablando de él.

—La gente todavía habla hoy en día de él. Solo que entonces encerraron a la persona equivocada. Y creo que había muchos que sabían que era la persona equivocada. Entre otros, Gustav Wengler.

Naujoks miró a su alrededor, como si temiera que alguien los escuchara.

—No debería hablar tan alto aquí de estas cosas.

Rath señaló el restaurante de la estación.

—¿Puedo invitarle a un café?

—Muy amable por su parte, pero no, gracias. Aquí en la ciudad todavía me conocen demasiados. Es mejor que no me vean con usted.

—Puede que tenga razón.

—Claro que tengo razón. Cuídese: aquí no sienten especial simpatía por los policías curiosos.

—Ya me he dado cuenta.

—De todos modos, cojo el siguiente tren de vuelta a Lyck. —Naujoks miró el reloj—. Sale dentro de media hora. Prefiero beber el café a solas. Y usted también debería buscarse un rinconcito tranquilo, donde nadie le moleste, mientras estudia el expediente.

Rath asintió. Se despidió del sargento retirado y volvió a darle las gracias. Naujoks le restó importancia con un gesto y se marchó al restaurante de la estación.

Rath salió a la calle, con el expediente bajo el brazo, preguntándose dónde encontraría en esa ciudad un rinconcito donde nadie lo molestara. No se le ocurría ninguno. Ya antes de que Naujoks se lo advirtiera, tenía la sensación de que todo Treuburg se había conjurado contra él, como si por todos sitios y continuamente lo estuvieran observando.

Y entonces se le ocurrió dónde leer el expediente. En diagonal, frente a la estación, a pocos metros de allí, también paraban trenes, los de vía estrecha que unían Mierunskén con Schwentainen.

Encajaba en sus planes. El siguiente tren salía en diez minutos y Rath compró un billete.

El tren no solo era de vía más estrecha que los ferrocarriles alemanes, también sus vagones eran más pequeños. El que iba a Schwentainen, y que a Rath le dio la impresión de ser de juguete, ya estaba en la vía y la locomotora iba exhalando vapor. Encontró un compartimento vacío en el que se sentó junto a la ventana.

Según el itinerario, el tren se detenía en todas las estaciones por pequeñas que fueran, pero al comisario ya le iba bien, no tenía prisa. La primera parada, poco después de que dejaran Treuburg, fue Luisenhöhe. Rath distinguió los ladrillos de la destilería y los depósitos de cobre. Un par de personas bajaron, nadie subió y el tren siguió su camino. Ahora podía estar bastante seguro de que no iba a subir nadie más que conociera al comisario de Berlín. Abrió el grueso archivador y empezó a leer.

El ferrocarril tardó media hora larga en llegar a Schwentainen y cuando el tren por fin alcanzó su meta, después de parar en casi una docena de estaciones, Rath tenía una visión aproximativa del asesinato de Mathée el mes de julio de 1920.

Le asombró la cantidad de nombres que conocía.

El agente Siegbert Wengler fue quien descubrió a la difunta Anna von Mathée el domingo 11 de julio de 1920, hacia las tres y media de la tarde, en la orilla de un lago pequeño y sin nombre, en el bosque que estaba detrás de Markowskén. Por el atestado del policía se deducía que ese, al llegar, se había encontrado a un hombre inclinado sobre el cadáver a quien, cuando había hecho uso de la violencia para tratar de evitar su arresto, había neutralizado valiéndose de la culata de su escopeta y a quien había sacado esposado a continuación del bosque como «primer sospechoso del asesinato de Anna von Mathée», según rezaba el atestado. El nombre de ese individuo era Jakub Polakowski.

El caballo de la fallecida todavía estaba en un claro vecino, atado a un árbol;

la bicicleta de Polakowski junto al lago.

Antes de dejar el lugar del crimen y solicitar la presencia de un médico, el mismo agente Wengler había confirmado que Anna von Mathée estaba muerta. Previamente había sacado el cadáver a la orilla e incluso le había cerrado los ojos. Justo las cosas que Gennat se esforzaba por quitarles de la cabeza a los simplones agentes de la policía de Seguridad que por regla general llegaban los primeros al lugar de los hechos: primero poner orden, luego llamar a la Kripo. Una mala costumbre que se obstinaban en seguir manteniendo.

En el caso de Anna von Mathée nadie se había alterado por ello; los investigadores de la Policía Criminal de Lyck habían reconstruido la historia a partir de las declaraciones del agente de policía y de las huellas halladas, así como de los resultados de la autopsia. Según estos, el sospechoso del asesinato de Anna von Mathée la había seguido en la bicicleta hasta el bosque, tal vez con la intención de ver bañarse a la joven, pero se había dejado llevar por su instinto y abusado sexualmente de ella. Cuando la mujer se defendió, él la ahogó. En el texto se hallaban las suposiciones más fantásticas; según ellas, el plebiscito adverso a Polonia podría haber inflamado de odio a Polakowski contra todo lo alemán, había declarado el agente Wengler, y mencionado una pelea que el sospechoso había comenzado, la mañana de ese mismo día, con tres miembros de la Oficina de Propaganda de la Nación de Marggrabowa. Adjunta estaba el acta de ese incidente y los nombres de los tres miembros de la Oficina de Propaganda le resultaron a Rath muy familiares: Herbert Lamkau, August Simoneit y Hans Wawerka. Wengler incluso había mantenido bajo arresto por un breve tiempo a Polakowski, pero luego lo había soltado.

Una hora más tarde aproximadamente, el prometido de Anna von Mathée se había presentado en la Policía y había informado de la desaparición de su novia, no había acudido a la comida colectiva en la finca de Luisenhöhe. Unos testigos la habían visto, entrada la mañana, cabalgando en dirección al bosque de Markowsken. Así que salieron en su búsqueda.

Era llamativo que Wengler solo citara una sola vez el nombre del prometido,

con discreción, en un lugar que fácilmente podía pasarse por alto, como si le resultara desagradable haber tenido que salir en busca de la desaparecida con un familiar.

Pues el hombre con quien el agente Wengler peinó el bosque y al final llegó al lago pequeño no era otro que el mismo prometido, no era otro que su hermano, el inspector de la finca.

Gustav Wengler.

El hombre malo, como lo llamaba el Kaubuk, el hombre que había vuelto al lugar donde había cometido el crimen.

Ciertamente, el doctor Karthaus se había dado prisa. El cadáver de Dietrich Assmann todavía yacía en la mesa de autopsias cubierto con una sábana de algodón blanca cuando el médico forense se reunió con la brigada de Homicidios Patria en sus santos aposentos del sótano de la morgue.

Charly no se sentía a gusto al entrar en la sala de autopsias y quizá por esta razón, precisamente, Wilhelm Böhm la había llevado con él: porque algo así formaba parte de las experiencias que debía vivir una aspirante a comisaria que, aunque solo fuera de forma temporal, estaba activa en la inspección de Homicidios

Anteriormente, cuando todavía trabajaba de taquígrafa en la Inspección A, Böhm y Gennat siempre la habían incluido en sus investigaciones y valorado sus conclusiones y teorías, pero ninguno de ellos la había llevado nunca a la morgue.

En efecto, había que acostumbrarse al olor, esa mezcla de sangre y desinfectantes, sobre todo cuando uno sabía que era sangre humana lo que desprendía ese olor. Pero su curiosidad hacia el diagnóstico forense era mayor que el asco que sentía.

Gennat había retenido en el Castillo a la mayoría de la gente que estaba con él interrogando al cuerpo completo de guardia. Y eso para resolver la cuestión principal: ¿cómo había podido llegar el asesino a las celdas?

—Qué rápido ha ido, doctor —dijo Böhm, y Karthaus arqueó sorprendido una ceja. Oír un elogio de la boca del comisario jefe era tan extraño como ver caer un copo de nieve en agosto.

—He adelantado la autopsia de este cadáver porque el consejero Gennat me lo ha pedido. Y porque ya en la revisión *in situ* me han llamado la atención algunas peculiaridades.

—La fractura del cuello.

—Exacto. Al principio pensé que podía tratarse de una consecuencia de la tortura con agua. Si se ata a las víctimas y estas son presa del miedo, reaccionan a veces con tanto ímpetu que hasta llegan a romperse los huesos.

—Pero nuestro hombre no sujeta a sus víctimas, las paraliza —apuntó Charly.

—Así es. Pero esta vez no lo ha hecho. —Karthaus la miró a ella y luego a Böhm. Contaba con toda su atención—. Lamentablemente, todavía no se ha concluido el análisis de sangre —prosiguió el doctor—, pero apostaría sin temor a equivocarme que esta vez dará negativo. Me ha sido imposible encontrar la marca de un pinchazo, en todo el cuerpo.

—¿Así que el asesino ha atado a Assmann? —preguntó Böhm.

—Eso es lo primero que yo sospeché. Pero no hemos encontrado huellas de pelea ni nada que indique que sujetaron a ese hombre.

—¿Y el agua del catre, el pañuelo mojado? Eso sí sugiere la tortura con agua.

—Tiene que sugerirla, diría yo. Únicamente hemos encontrado agua en la tráquea y sin lugar a dudas entró *post mortem*.

—¿Nada en los pulmones?

Karthaus negó con la cabeza.

—Un imitador —dijo Charly pensativa, y el médico forense asintió.

—Yo también sospecho algo así. No hay nada que indique que fue sometido al tormento del agua, ni qué decir que muriera por su causa. Por suerte para él, si es que se puede decir esto de un muerto. Es probable que no sintiera nada al morir. Salvo que la luz se apagó. —Karthaus carraspeó—. Metafóricamente —dijo, dirigiendo una mirada de disculpa a Charly—. Volviendo al tema del agua: he estado estudiando tanto la que había en el catre y en el cabello como la humedad de ese pañuelo rojo. El mismo olor. Se trata, en efecto, de Pitralon. He

encontrado restos de alcanfor y de alcohol en el agua. Estaba mezclado con loción de afeitado aunque también muy aguada.

—¿Puede proceder de la víctima? —preguntó Böhm.

—No es nada probable. —Karthaus negó con la cabeza—. Tengo otra explicación. —Señaló el cadáver cubierto—. A este hombre lo desnucaron y fue alguien que sabe de lucha cuerpo a cuerpo o similares. Todo lo demás es simplemente simulación. —El médico forense miró a los dos funcionarios de la Policía Criminal—. Y no tuvo mucho tiempo para prepararlo todo, tenía que improvisar. Según mi teoría, el autor del crimen tuvo que encontrar en algún lugar de la celda el agua que necesitaba para simular el tormento del agua. Y allí tropezó con una botella de Pitralon vacía o casi vacía y la llenó de agua porque no tenía nada más a mano.

Rath salió a pasear. Habría preferido volver directamente, pero el siguiente tren no partía hacia Treuburg hasta al cabo de hora y media. Así que paseó por el lugar con el expediente bajo el brazo. Schwentainen era un pueblo que había crecido flanqueando una calle que llevaba al lago del mismo nombre, con una pequeña iglesia sobre cuya torre brillaban al sol las tejas rojas.

A lo mejor le sentaba bien verse forzado a dar ese paseo: tenía que reflexionar, no debía actuar precipitadamente aunque le habría gustado pedir cuentas a Gustav Wengler de inmediato.

Intentó seleccionar lo que había leído, compararlo con las líneas que Radlewski había escrito en su diario.

Había sido un juego amañado. Todo. Desde la muerte de Anna hasta el proceso por asesinato contra Jakub Polakowski.

Los trabajadores de Wengler habían involucrado a conciencia al joven médico asistente en una pelea para que Gustav Wengler pudiera sorprender a su novia con toda tranquilidad. En ese lago, en el que se reunía con su amante, en ese árbol en cuya corteza la joven pareja de enamorados ya se había immortalizado con sus iniciales.

¿Había sido el asesinato de Anna von Mathée un acto planificado? ¿Se había planeado su violación? ¿O se suponía que iba a ser solo una discusión que se le fue de las manos? ¿Qué se convirtió en un brutal asesinato? Para el cual los hermanos Wengler encontraron el chivo expiatorio perfecto en Jakub Polakowski.

Rath había dejado Schwentainen atrás, se había adentrado por una delgada lengua de tierra que separaba dos lagos y había llegado al pueblo que estaba al otro lado. SULEYKEN, DISTRITO DE OLETZKO, REG. ADTVA. GUMBINNEN, rezaba la señal indicadora.

Se sentó junto a la orilla del lago en un embarcadero y contempló los tejados de Schwentainen, alineados en la orilla opuesta del lago. Una vista de una hermosura arrebatadora.

Y nada debía perturbar el idilio del distrito de Oletzko, región administrativa de Gumbinnen, y la verdad menos que nada.

La verdad que Maria Cofalka había descubierto.

Ayer enterraron a esa mujer y Rath estaba decidido a conseguir que exhumaran el cadáver. ¡La bibliotecaria estaba muerta, pero su caso no estaba para nada resuelto!

Arrojó el cigarrillo al lago de Schwentainen y emprendió el camino de vuelta a la estación.

Cuando Charly regresó al Castillo con Böhm, Vosskamp, el director del cuerpo de guardia en persona, estaba sentado en el despacho de Gennat. Trudchen Steiner les hizo unas señas.

—Al señor consejero le gustaría que entraran —dijo. Charly no sabía si se refería solo a Böhm o también a ella, pero el comisario jefe tiró de ella sin vacilar para que lo acompañara.

—¿Y? —preguntó Gennat en cuanto la secretaria les sirvió café—. ¿Qué dice el médico forense?

—No es nuestro asesino en serie, es un imitador. —Böhm se encogió de hombros—. Le rompió con toda frialdad el cuello a Assmann. Y después lo salpicó con agua y dejó un pañuelo rojo para que siguiéramos al principio una pista falsa. Pero no lo hemos hecho.

—En el agua se han encontrado restos de loción de afeitado —completó Charly.

—Interesante. —Gennat echó tres cucharadas de azúcar en su taza de café y lo removió lenta y pensativamente—. Así que un imitador. Esto coincide con los hallazgos de la Científica. Mientras que todavía no se ha podido aclarar la procedencia de los demás pañuelos rojos, han podido averiguar de dónde proviene el de esta mañana: del departamento textil de Tietz, justo aquí en la Alexanderplatz.

—Pues sí que han ido rápido.

—Uno de los compañeros de Kronberg ha reconocido el pañuelo. Se ha

comprado uno igual hace un par de días.

—Entonces es un primer sospechoso —bromeó Charly.

—No se lo tome a risa. —Gennat estaba serio—. Está usted más cerca de la verdad de lo que le gustaría. —El Buda miró al agente de uniforme que estaba sentado en el sofá—. Mientras, el señor Vosskamp y yo hemos resuelto un par de enigmas.

El comandante del cuerpo de guardia, que tomó estas palabras como invitación para que diera el parte, carraspeó.

—A sus órdenes —dijo, dejando sobre la mesa su taza de café—. Para reconstruir las últimas horas del señor Assmann, hemos interrogado al jefe de guardia de los turnos de tarde y noche. —Carraspeó una vez más—. Y según sus palabras, el preso recibió una visita a las nueve y doce minutos. De un comisario de la Criminal.

Charly aguzó los oídos.

—¿De qué comisario? —preguntó Böhm—. Yo no he enviado a ninguno, ya de noche. O tiene Aduanas algo que ver...

—No, era un comisario de la Policía Criminal —dijo Vosskamp—, así está apuntado en la lista de visitantes.

—Y por todo lo que sabemos hasta ahora —dijo Gennat—, debe de ser ese hombre el que ha matado a Dietrich Assmann.

—¿Qué significa esto? ¿Un interrogatorio que se le fue de las manos?

—Todavía no lo sabemos. —Gennat hizo un gesto de ignorancia—. El guardia jura por todos los santos que todo parecía normal cuando el agente volvió a salir de la celda. El preso ya estaba en el catre durmiendo.

—O ya estaba muerto —dijo Charly, reprendiéndose a sí misma por no saber contenerse.

—Así es, señorita Ritter —se limitó a decir Gennat—. Es lo que yo también creo. —Miró una página de papel—. Esto sucedió a las 9.37, cuando el agente pidió que le abrieran de nuevo la puerta. A esa hora también dejó la penitenciaría.

—Y luego no sucedió nada especial —siguió Vosskamp, a quien era evidente que este hecho le resultaba especialmente digno de mención.

—Pero si está en la lista de visitantes, debe de haber dejado un nombre —dijo Böhm—. ¿Por qué no tenemos a ese agente sentado en una sala de interrogatorios y lo bombardeamos con preguntas?

—Me temo que no es tan sencillo —respondió Gennat, abriendo un cuaderno que le tendió a Böhm por encima de la mesa—. Esta es la entrada, mire, ahí abajo.

Böhm miró el cuaderno y observó con atención. Charly miró de reojo. Estaba apuntado con esmero qué preso y en qué celda habría recibido visita desde cuándo y hasta cuándo. La última anotación con fecha del día anterior concernía a Dietrich Assmann y Charly pudo ver qué nombre y qué firma había ahí debajo. Y realmente parecía su firma, la firma que había al final de las cartas que ella recibía en París. Una firma cuyas letras eran perfectamente legibles:

«Gereon Rath.»

No tardó en encontrar la tumba, solo había una única recientemente excavada en el cementerio católico de Treuburg. Las coronas y las flores ya empezaban a marchitarse, olía a hierbas, tierra vegetal y agua bendita. Maria Cofalka todavía no tenía lápida, pero Rath sabía que esa era la tumba correcta. Camino del cementerio había adquirido flores después de dejar el expediente de asesinato en la estación, en la misma taquilla en que había guardado su maleta antes de encontrarse con Naujoks.

Rath depositó el ramo de flores junto a las coronas que había sobre el montón de tierra arenosa y antes de darse cuenta de lo que hacía se puso de rodillas. No era especialmente piadoso, ni siquiera sabía si todavía podía creer en Dios, pero se sentía culpable de la muerte de esa mujer.

Wengler había ordenado que la mataran, ordenado que la mataran a sangre fría.

A Gustav Wengler no solo le interesaba conservar la leyenda de Anna von Mathée y el malvado polaco que la había asesinado. Le interesaba ocultar un crimen que él mismo había cometido y que con ayuda de su hermano le había endosado a otro.

Si Gereon Rath no hubiera permitido que le robaran los papeles que ella le había confiado, Maria Cofalka todavía estaría posiblemente viva.

Tenía la urgente necesidad de pedirle perdón, aunque se sintiera ridículo por ello. Allí arrodillado, delante de un montón de tierra bajo el cual estaba enterrado un cadáver, y hablando con un muerto.

«Ya no te oye, joder, ¡es demasiado tarde!»

Sin embargo seguía hablando con ella, disculpándose por tener que perturbar en un futuro próximo su tranquilidad. Para desvelar las circunstancias de su muerte, en esa ciudad en la que habitualmente todo se escondía bajo la alfombra. Por orden de ese poderoso hombre. Aquí todo parecía suceder por orden de ese hombre.

La visita previa de Rath a Luisenhöhe no había servido de nada.

Había querido pedirle explicaciones y se había bajado del tren una parada antes de llegar a Treuburg, había ido hasta la finca pero allí nada más había encontrado a Fischer, el secretario particular.

El señor director seguía en Berlín. Se estaba ocupando del legado de su hermano y después emprendería un viaje de negocios, se calculaba que no volvería hasta al cabo de una semana, como muy pronto.

¿Sabría el diligente señor Fischer para quién estaba trabajando? ¿Que Gustav Wengler era el culpable de la muerte de su prometida? ¿Y de más personas? ¿Estaban tal vez el secretario y su patrón compinchados?

Rath se levantó y se sacudió el polvo de las rodillas. Pasó junto a la tumba de Jakub Polakowski, que no estaba muy alejada de la de la bibliotecaria, y leyó de nuevo la inscripción.

FUERTE ES EL AMOR, COMO LA MUERTE, Y LOS CELOS TAN TENACES COMO EL INFIERNO.

SUS ASCUAS SON ARDIENTES Y UNA LLAMA DEL SEÑOR.

El amor. Rath se preguntaba quién se había preocupado de que Polakowski fuera enterrado allí. Y de que tuviera esa inscripción en su lápida.

A lo mejor la misma persona que era responsable de los asesinatos en serie. Alguien que conocía los expedientes y que sabía quién había actuado para arrebatarse a Jakub Polakowski el amor de su vida y además ponerlo a él entre rejas hasta el fin de sus días.

Si Rath no tuviera más información, habría supuesto que Maria Cofalka era

esa persona, ese alguien. Había trabajado en el hospital durante la guerra, así que sabía manejar inyecciones. Y como mujer podría haberse acercado a todas sus víctimas sin levantar sospechas... hasta que la aguja llegara a la yugular.

Pero Maria Cofalka estaba en Treuburg cuando mataron a Wengler en Berlín, Rath la había ido a ver unos días antes a la biblioteca y la había interrogado.

¿O acaso tenía un cómplice? ¿Alguien que acabara el trabajo precisamente ahora que la bibliotecaria estaba muerta? Debía averiguar quién más había estado vinculado a Jakub Polakowski.

O dejaba que las cosas siguieran su curso y se guardaba lo que sabía. Le deseaba suerte al misterioso vengador y que sorprendiera a Gustav Wengler y lo atormentara hasta matarlo como él había hecho con Anna von Mathée.

Rath negó con la cabeza. No podía. Le gustaría, pero era incapaz. Corría suelto un demente que ya había matado a cuatro personas, ninguna de ellas inocente, pero cuatro seres humanos. Seres humanos que no se merecían la muerte, como tampoco Gustav Wengler la merecía.

No, lo único correcto era procesar a Gustav Wengler.

En la Bergstrasse, poco antes de llegar a la plaza del mercado, se encontró con las SA, una docena de jóvenes. Klaus Fabeck, el novio de Hella, dirigía la tropa y miró ceñudo a Rath. La típica mirada de las SA, pensó el comisario, esa mezcla de odio y desprecio, uno casi se atrevería a pensar que los camisas pardas practicaban esa forma de mirar tan concienzudamente como se ejercitaban en marcar el paso y propinar patadas en la boca del estómago.

Se cruzó en el camino del grupo y Fabeck levantó la mano y pidió a los demás que se detuvieran.

«Al menos están bien amaestrados, esos asnos», pensó Rath.

—¿Qué —dijo—, listos para emprender actos heroicos?

Fabeck se quedó tan perplejo que al principio no supo qué responder y se limitó a mirarlo como un cretino.

—¿Cuál es el programa de hoy? —siguió Rath—. ¿Robo, asesinato, lo habitual?

Fabeck consiguió formular un par de frases.

—¿Qué tal dar una paliza a un bocazas?

—Te crees muy fuerte con tu gente guardándote las espaldas. Pero eso no te permite para nada inducir a tu amiguita a cometer robos en las habitaciones ajenas del hotel.

—¿De qué está hablando?

—Lo sabes perfectamente.

—¡Deje paso!

—Ya puedes impartir órdenes a tus inexperimentados chicos, pero no a un agente de la Policía Criminal prusiana. —Rath sacó su placa por si acaso todos los de la tropa no se habían enterado de que él era el fisgón de Berlín—. ¿No te contó tu chica que casi la pillé, y que solo pudo conseguir las cartas mediante un truco?

—¿Qué truco?

En realidad el chico era todavía más tonto de lo que parecía. Ese era el tipo de gente que necesitaban las SA. Y por desgracia la obtenía continuamente.

—¿No te lo ha contado? Tiene que ver con sus encantos femeninos, que es incuestionable que los tiene.

—¿De qué me está hablando? —Fabeck estaba enrojeciendo.

—No desearía profundizar aquí en este tema. Pregúntaselo a ella misma. A lo mejor tampoco era un truco, a lo mejor solo quería...

—¡Cierre el pico!

Fabeck gritó de repente. Al menos todavía le hablaba de usted, eso significaba que aún no había perdido del todo el control sobre sí mismo.

—Está bien, está bien —dijo Rath—. Lo dicho, a mí lo que me interesa son las cartas. Son pruebas. Espero que no las hayáis destruido, eso se castiga duramente. —Miró a Fabeck—. Tráemelas y me olvidaré de este asunto.

El joven de las SA escupió.

—¿Quién se ha creído usted que es? —dijo—. ¿Es así como habla a un jefe de sección de las SA?

—Igual como hablaría al cabecilla de una pandilla de chavales que se considera un hombre solo porque lleva una camisa parda.

—¡Es usted un fanfarrón, tío!

—¡Para ti, todavía, señor comisario! Es posible que la policía os trate aquí de otro modo, pero en Berlín todavía sabemos que las SA no son más que una banda de matones con uniforme.

—¿Qué piensa hacer entonces, tío? ¿Denunciarnos? ¿Cuántos testigos cree que declararían a su favor? ¿Y cuántos al nuestro? Aquí en la ciudad no hay quien lo trague.

—No pensaba tanto en una denuncia —respondió Rath sacando la Walther—, más bien en una defensa propia. Entonces ¿quién quiere ser el primero?

Los camisas pardas dieron un paso atrás.

—Yo en vuestro lugar —dijo Rath— no me daría tantos aires. Me he propuesto averiguar cómo murió Maria Cofalka.

—¿Esa zorra católica? —preguntó uno de los chicos, ganándose una mala mirada de su líder.

—Yo no la llamaría así —contestó Rath—. Yo también soy católico y no veo nada de malo en ello. En cualquier caso, vosotros, chicos, estáis en los primeros puestos de mi lista de sospechosos.

—Usted aquí no tiene nada que investigar —volvió a intervenir Fabeck—, no está autorizado, y lo que Isidor diga en Berlín aquí a todo el mundo le importa un rábano. La policía prusiana se ha quitado de encima a los judíos.

—Por lo visto tenéis muchas cosas en contra de otras confesiones; deberíais ser un poco más tolerantes. Precisamente como prusianos. —Rath seguía apuntando a los camisas pardas con la Walther—. En cualquier caso: ya sea con judíos o sin judíos, preparaos para que dentro de poco una brigada de Homicidios de la Policía Criminal prusiana os someta a unas cuantas preguntas.

Dejó a los camisas pardas y siguió su camino hacia la estación. Qué agradable

sensación haberse enemistado por fin con el actual grupo de matones de Wengler. Y qué sensación aún más agradable tener la maleta ya hecha.

Charly ya no sabía qué creer.

¿Dónde demonios se había metido Gereon? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué no llamaba el muy cabrón?

Parecía su firma, pero no podía imaginarse en serio que el día anterior hubiera ido a la penitenciaría de la policía para matar a un preso. Y además hubiera dejado después su nombre escrito.

Alguien le había gastado una broma de muy mal gusto.

Gennat parecía pensar lo mismo, pero el Buda le había pedido que se quedara a hablar a solas con él cuando Vosskamp y Böhm hubieron salido de su despacho.

El consejero de la Criminal sabía de su compromiso, sabía que ella conocía mejor a Gereon y esperaba que pudiera decirle dónde se encontraba y qué estaba haciendo. Pero ella no podía.

Con compromiso o sin él, Gereon Rath seguía siendo ese cabrón del que uno no podía fiarse que había sido siempre. Él iba a la suya cuando le convenía y el resto no le importaba nada. Ni siquiera un compromiso matrimonial podía cambiarlo.

Sacó el anillo del monedero, donde lo guardaba desde aquel memorable día dos semanas atrás. No estaba segura de si volvería a ponérselo en el dedo o si se lo tiraría a Gereon a los pies si es que volvía a aparecer.

¿Joder, dónde estaría ese desgraciado? ¡Joder!

Dio un puñetazo en la mesa.

Le había dejado el coche, la perra y la llave del apartamento. Y un anillo de compromiso. Pero hacía más de una semana que no sabía nada de él. ¿Quién se pensaba que era?

¿O debería preocuparse?

Ya hacía tiempo que estaba preocupada, pero si lo admitía todavía se enfadaba más.

Dudaba en si llamar de nuevo al hotel y quedar en ridículo una vez más.

En realidad, hacía rato que había terminado la jornada laboral y era la única que todavía estaba en el despacho. Y que estaba dándole vueltas a quién se había hecho pasar por Gereon Rath en la prisión. El guardia ni siquiera había pedido el carnet, le había bastado con la placa. Y eso que cualquier idiota podía hacerse con una placa así si la necesitaba. Incluso si estaba penalizado, claro.

Y una firma se podía falsificar. Si bien la falsificación se parecía mucho al original. Tenía que ser de alguien que había sacado de algún sitio una firma de Gereon.

A lo mejor debería sugerir a Gennat al día siguiente que alguien se ocupara de ello. En lugar de fastidiar a una aspirante a comisaria con preguntas que era incapaz de contestar.

El teléfono de la mesa de la secretaria sonó, dándole un susto de muerte.

El número directo de Erika Voss.

Ya se había ido de la oficina hacía horas. Se había vuelto a llevar a Kigú porque Charly todavía estaba con Gennat cuando se había marchado.

Dudó por un instante, pero luego se fue hacia el aparato y atendió la llamada.

—Ritter, despacho del comisario Rath —contestó.

—Aparatos Rath, Rath al aparato.

Se quedó tan parada que por unos segundos no fue capaz decir nada. Durante varios segundos. Notó que las lágrimas le empañaban los ojos de lo aliviada que se sentía al oír su voz. ¡Desgraciado de mierda! Aguantó el auricular y dejó que las lágrimas rodaran. Al menos él no podía verla.

—¿Hola? ¿Charly? ¿Estás ahí?

—¡Desgraciado de mierda! —No se le ocurría otra expresión y además era la que mejor encajaba.

—Charly no te enfades. Escúchame, no tengo muchas monedas, estoy en la cabina telefónica de la estación...

—¿De qué estación?

—Bueno, tantas no hay en Treuburg.

—¿Todavía estás en Treuburg?

—Sí, ¿dónde quieres que esté? —Debía de haber percibido en su voz lo angustiada que estaba, en cualquier caso se puso serio y dejó por fin de hacerse el gracioso—. Charly, lo siento —lo oyó decir—. Sé que te llamo demasiado tarde. Pero... Estuve un rato desaparecido del mapa.

—¿Un rato? —No pudo evitarlo, le salió del alma—. ¡Llevamos más de una semana de mierda sin oír ni una sola palabra de ti!

—Lo siento, Charly. Hoy mismo me he enterado de que ha sido tanto tiempo. Estaba con fiebre y la mayor parte del tiempo inconsciente, durmiendo.

—¡Por Dios, Gereon! ¿Qué ha pasado?

—Es una larga historia, demasiado larga para una conferencia. Te la cuento cuando esté en casa. Lo principal es que estoy bien.

—¿Vuelves? Entonces, ten cuidado no vaya a ser que te detengan; te buscan. Desde hace tres horas aproximadamente.

—¿Cómo dices?

Le contó lo que había ocurrido.

—Alguien se ha permitido hacerme una mala jugada.

—A mí también me lo parece. Y si hubieras informado regularmente desde Treuburg, a lo mejor Böhm y Gennat también lo verían así.

—¿No creerán en serio que me iban a contratar para matar a uno de los hombres de Wengler?

—No lo sé, Gereon. Para ser honesta, hace cinco minutos yo tampoco sabía qué pensar.

—Aquí han pasado un montón de cosas. El indio no es nuestro hombre, seguí

una pista falsa.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuve con él. Y fue él quien me salvó la vida.

—¿Qué?

—Te lo cuento más tarde. Hazme caso, es imposible que haya sido él. Un tipo así enseguida habría llamado la atención: el pelo largo, la barba descuidada, eso no se puede esconder.

—A Böhm no le hará mucha gracia.

—Tal vez se alegre de que ahora sepa más sobre el móvil. Es realmente una venganza, en eso vamos por el buen camino, pero no tiene que ver con la víctima mortal del alcohol adulterado, sino con un asesinato. Con un asesinato que Gustav Wengler perpetró hace doce años.

—¿Tienes pruebas?

—Todavía no, pero lo sé. Y que entonces se encargó de que otro fuera castigado por ello.

—Y ese es el que ahora se está vengando.

—No. Está muerto. Murió en un intento de fuga. Y desde entonces alguien se está vengando. En todos lo que entonces estuvieron implicados. No debéis apartar la vista de Wengler, estoy bastante seguro de que él será el próximo.

—Lo estamos vigilando.

—Bien.

—¿Quién debe de ser ese misterioso vengador?

—Algún pariente, un amigo, no lo sé, ni idea. Aunque espero averiguarlo pronto.

—¿Qué tienes en mente?

—Me queda un asunto por resolver aquí, luego me voy.

—Pensaba que ya estabas en la estación.

—Tengo un billete para el tren nocturno de mañana. Es decir, pasado mañana, poco después de las seis, estaré en la estación Zoo. Me alegraría que...

—¿Cómo pasado mañana? Qué...

Oyó un pitido en la conexión y esta se interrumpió. ¡Joder! Pulsó la horquilla pero no ocurrió nada.

—¿Centralita? ¿Cómo es que se ha terminado la conferencia?

—Lo siento —dijo la telefonista—. El abonado no ha puesto más monedas.

Charly colgó. ¡Joder! ¿Cómo podía contactar ahora con él? Dudó unos minutos, pero luego lo hizo. Llamó al Salzburger Hof.

—Buenas noches. Siento molestarles de nuevo. He oído que el comisario Rath, su huésped de Berlín, está de vuelta en Treuburg. Podría darle un recado...

—Lo siento, señorita. —El hotelero la interrumpió con tanta cordialidad como determinación—. Llama usted en mal momento. El señor comisario se ha marchado hoy al mediodía.

—Oh... Esto... ¿de verdad?

—Lo lamento.

Charly colgó y se quedó mirando el teléfono, como si la baquelita negra pudiera responder a sus preguntas.

¿Qué demonios estaba ocurriendo? ¿Qué había planeado Gereon?

Se quedó un rato más mirando el aparato de teléfono, pero este permanecía mudo. Al final cogió el abrigo y apagó la luz.

Ya había cerrado la puerta del despacho cuando oyó una voz a sus espaldas y se dio media vuelta.

—¿Tan sola a estas horas de la noche?

Se quedó de piedra. Detrás de ella estaba Harald Dettmann.

—¡Así que volvemos a vernos! —El comisario esbozó una desagradable sonrisa—. ¿Tan tarde y todavía en acción?

—¡Déjeme en paz, Dettmann!

El hombre le cerró el camino. Charly quería esquivarlo, pero Dettmann dio un paso al lado por lo que la forzó a retroceder. La empujó con destreza hacia atrás en el pasillo, hacia la pared de cristal y el rincón.

—¡Déjeme ir! ¿Qué se ha creído?

—No pensaba yo que fueras una chivata.

—¿Qué es lo que quiere?

Dettmann movió la cabeza.

—La muy zorra se va a Gereon Rath, le hace la mamada y se desahoga llorando con ese gilipollas.

—¡Deje de hablar así! ¡Suélteme!

Dettmann apoyó los brazos contra la pared y aprisionó a Charly de tal modo que ya no podía escapar ni hacia la derecha ni hacia la izquierda. Olía el sudor de las axilas y el tónico de afeitado. Volvió la cabeza hacia un lado.

—Escúchame bien, chica, y luego te dejo ir. Ahora no hay nadie a quien puedas irle a llorar. Han enviado a tu Gereon al quinto pino. Y los otros ya se han ido a casa.

—¡Hablaré con el consejero Gennat acerca de su comportamiento, Dettmann!

—¿Qué te he hecho yo? Nada. Salvo darte mi opinión. Y, hazme caso, yo no soy el único que cree que a las mujeres no se les ha perdido nada en la Inspección de Homicidios.

No parecía que fuera a soltarla, la encerró entre sus brazos y la miró con una mezcla de repugnancia, odio y menosprecio.

Charly se sentía impotente y desamparada. No quería volver a huir y esconderse en el baño para llorar. Pensó en Gereon y en que ahora estaba muy lejos. Se la había jugado por ella aunque no fuera de la forma más delicada. Pero al menos había actuado.

«¡Tú también tienes que hacer algo —pensó—, no puedes pasarte toda la vida huyendo de estos tipos!»

Dettmann se separó de la pared y se colocó con las piernas abiertas para observar a su víctima. En su mirada había cierta satisfacción cuando se encendió el cigarrillo.

En realidad se trataba solo de un maldito juego de poder. Había querido asustarla. Era demasiado cobarde para hacerle daño, se trataba simplemente de humillarla.

Charly miró a los ojos sin brillo de ese hombre que sonreía y fumaba. No

retrocedió cuando él le arrojó el humo del cigarrillo a la cara. Y entonces, sin parpadear ni apartar la vista ni un solo segundo, sin preámbulos y tan fuerte como pudo, le propinó una patada entre las piernas.

Esta vez sacó de la cama a Karl Rammoser. Aunque no era tan tarde, en cualquier caso no tan tarde como en su anterior visita.

El maestro se había echado una bata por encima y lo miraba somnoliento.

—Lo siento —dijo Rath—, pero pensaba que mientras circularan trenes hasta Wielitzken se podía llamar a la puerta de la gente.

Rammoser miró el reloj y luego la maleta a los pies de Rath.

—Este era el último tren que ha salido de allí.

—Cierto —dijo Rath— y ya no hay más de vuelta. —Carraspeó—. El sofá de la sala de profesores es muy cómodo y todavía no hay clases... Quería preguntarle si puedo disfrutar por última vez de su hospitalidad.

—¿Y por cuánto tiempo? —Rammoser señaló la maleta—. ¿Viene a instalarse aquí conmigo?

—No se inquiete, solo será por esta noche. Mañana por la mañana mi tren sale hacia Allenstein y luego de vuelta a Berlín. Solo que... en el Salzburger Hof ya no me siento seguro. Me he peleado con las SA y es mejor que no sepan dónde estoy.

—¿Qué es lo que ha hecho?

Rammoser miró a derecha e izquierda, pero las calles de Wielitzken estaban vacías. Luego metió a Rath en la escuela y cerró la puerta.

—¿Lo ha visto alguien? —preguntó.

Rath negó con la cabeza.

—He sido el único en bajar del tren.

—Esperemos entonces que las SA no se hayan enterado de a dónde se ha ido.

—Piensan que ya estoy en Allenstein. Al menos es lo que he dicho en el hotel.
Y la familia Rickert simpatiza con las SA.

—Cierto —respondió Rammoser—. Sobre todo la hija.

Condujo a Rath a la sala y colocó dos vasos sobre la mesa.

—Tengo que ir un momento al aula —dijo— a buscar una botella.

Rath se sentó y encendió un cigarrillo. No pudo evitar pensar en la conversación telefónica con Charly. ¿Debería contarle a Rammoser que lo estaban buscando? ¿Porque era sospechoso de un asesinato? Mejor no, las SA ya le habían infundido al maestro miedo suficiente.

Este regresó con una nueva botella de su propio licor.

—También le traigo sus cosas —dijo Rath—. Gracias una vez más.

—No hay de qué. —Rammoser llenó los vasos—. ¿Por qué demonios se pelea usted con las SA? ¿Aquí en Treuburg? ¿Es que no sabe lo importantes que son?

—Son los matones del director Wengler, ya lo sé. Usted mismo me lo dijo. —Rath dio una calada—. Y esos matones le quitaron la vida a Maria Cofalka.

—¿Cómo? —Rammoser dejó el vaso, que acababa de levantar para beber, de nuevo sobre la mesa—. ¿Por qué iban a matar las SA a Maria? Zurrán a los comunistas, pero no se pelean con una inofensiva bibliotecaria.

—El jefecillo de las SA, Fabeck, no lo ha negado cuando se lo eché en cara.

—Ese tipo ya era repugnante en la escuela. El rey del patio en el recreo, pero un inútil a la hora de pensar.

—¿Lo conoce de la escuela?

—Le di clases en una ocasión. —Rammoser se encogió de hombros—. Un ejemplar bastante malogrado del género humano, por desgracia. Pero ¿un asesino?

—Personas más amables que Klaus Fabeck se han convertido en asesinos, hágame caso. Sobre todo si podían responsabilizar a un grupo de sus propios actos.

—¿Por qué iba Fabeck a hacer algo así? A Maria nunca se le habría ocurrido

la idea de pelearse con estos tipos o de acercarse a ellos más de diez metros. Se comportaba como todos los que todavía conservan la razón y que no han perdido la cabeza por ese Hitler y su reciente y sonada aparición en Lötzen: simplemente no hacía caso de los camisas pardas. Trataba a esos vagos como si siguieran siendo los escolares a los que prestaba los libros de Karl May o Mark Twain.

—Pero ya no lo son.

—No, ya no lo son.

Rammoser vació su vaso de un trago y se secó los labios.

Rath bebió un pequeño sorbo. Parecía más fuerte que la última vez.

—Maria Cofalka no se peleó con las SA —dijo—, se convirtió en un peligro para Gustav Wengler y por eso tuvo que morir.

Rammoser calló y de repente se quedó ensimismado. Cogió la botella y volvió a servir.

Rath le contó la historia de las cartas y lo que contenían, también que se las habían robado en el hotel poco antes de su partida al pantano (aunque describiendo de forma vaga la función que había desempeñado Hella Rickert en ese robo). Y que le habían devuelto la carpeta en el hotel, pero que estaba seguro de que faltaban páginas determinantes aunque él no había podido leerlas todas. Las páginas que confirmaban que Jakub Polakowski no era ningún asesino.

—Maldita sea —dijo Rammoser, después de que Rath hubo concluido—, maldita sea, ¡debería haberlo sabido! Tendría que haber protegido a Maria.

—¿Cómo iba a estar usted al corriente de esta historia? Yo fui el primero al que le confié su correspondencia con Radlewski. Yo soy el que ha fallado. El que tendría que haberla protegido.

—No. Usted no conoce toda la historia. Hace dos años, también durante la fiesta del plebiscito, Maria bebió un poco más de la cuenta. Era algo que le ocurría muy raramente, casi nunca lo hacía. Aunque a veces yo tenía la impresión de que bebía para soportar con el alcohol la forma en que Wengler se hacía pasar regularmente en esa fecha por el salvador de la patria. En cualquier caso, a una hora avanzada, cuando casi nadie se acordaba del discurso de

Wengler y la gente no pensaba más que en divertirse, lo llamó asesino delante de todo el mundo.

—¿Cómo? ¿Esa mujer tan frágil y tímida?

—Maria era más fuerte de lo que usted piensa.

—¿Y cómo reaccionó Wengler?

—La tildó de borracha y de no saber lo que decía. Lo que no le resultó demasiado difícil. La gente creía, y yo también, que se refería a la muerte de Martha Radlewski.

—Y eso no era una novedad.

—No, ya en el año veinticuatro los rumores no aguantaron mucho tiempo. La gente era de la opinión de que una vieja borrachuza se había matado bebiendo. Nadie culpó a Wengler.

—Es decir, nadie tomó en serio a Maria Cofalka...

—No. Yo y un par de amigos la llevamos a casa porque nos temíamos que se pusiera en ridículo e incluso que su puesto de trabajo peligrara. Durmió la mona y al día siguiente no dedicó ni una palabra a ese suceso. A lo mejor no se acordaba en absoluto, estaba bastante bebida.

—A lo mejor había bebido para animarse a decirle algo así en la cara a Wengler.

—A lo mejor.

Rath se encogió de hombros.

—Creo que antes de lidiar consigo misma para confiarme las cartas también tuvo que beber para reunir valor.

—Nuestra valiente muchacha —dijo Rammoser, bebiendo. Luego el maestro volvió la cara y Rath guardó silencio.

No empaquetas más que lo que realmente necesitas, el resto lo echas a la estufa. Solo vas a llevarte una maleta pequeña para el viaje, nada de lastres. Ya conseguirás el tubocurarina ahí arriba. Como encuentren medicamentos en tu maleta te darán problemas.

La orden de busca y captura de Sobotka te cae en las manos y no sabes si tienes que arrojarla a la maleta o a la estufa. Un trozo de diario que ya ha empezado a amarillear.

PRESO FUGADO

La policía busca a Franz Sobotka, 32 años de edad, originario de Altschöneberg en Allenstein, condenado a veinte años de cárcel por atraco a mano armada de, como mínimo, quince cajas de ahorro rurales y bancos Raiffeisen en las regiones administrativas de Allenstein y Königsberg. Sobotka, huido de las obras de construcción de la carretera al este de Wartenburg, está desaparecido desde el 5 de agosto de 1930.

La descripción del individuo que seguía a estas líneas no era mala, y sin embargo el llamamiento para encontrarlo no había tenido éxito.

Te acuerdas del día en que conociste a Sobotka. Un hombre que nunca perdió las ganas de vivir, que hasta consiguió despertar algo así como nuevas esperanzas incluso en ti.

Si bien hablar de esperanza no es lo acertado.

Pero con Sobotka volviste a reír por primera vez en años. Reíste aunque pensabas que nunca más serías capaz de reír. En Sobotka volviste a encontrar por primera vez en muchísimo tiempo algo así como un amigo. Después de haber

creído durante años que todos los hombres estaban condenados a una soledad absoluta y todo lo demás solo era ilusión.

Tal vez la amistad de Sobotka también fuera ilusión, pero te reías de sus chistes y cuando se burlaba de ti y luego te miraba riendo con esos dientes enormes, de un blanco resplandeciente, nunca te enfadabas porque sabías que no tenía mala intención. Volviste a sentir la calidez que solo la amistad puede ofrecer y te daba igual si esa calidez se basaba en una ilusión o no.

Sí, volvió a hacerte la vida soportable, pero nunca aprobaste los planes de fuga que urdió y compartió contigo desde un principio. No querías salir de esas paredes que te daban una forma propia de protección, ni siquiera hubieras sabido qué hacer ahí fuera en el mundo. Qué se te había perdido ahí fuera.

Pero llegó ese día de principios de verano y luego todo cambió. Todo.

Fue la primera visita que recibiste en Wartenburg. Si se exceptúa a tu defensor de oficio, que no te defendió realmente entonces, en el juicio ante el tribunal de Lyck, sino que solo aspiró a lograr una sentencia suave y con tal fin te apremiaba para que firmases una confesión. Por supuesto tú no te dejaste convencer. Callaste. Era evidente que el fiscal se hallaba bajo la influencia de los hermanos Wengler y de los testigos que habían comprado. Querían verte entre rejas como asesino, querían mostrarte como ejemplo de supuesto amigo de los polacos. Para ello el agente de policía hasta había hecho una declaración falsa. Que tú habías empezado la pelea contra los tres de la destilería. Que por eso te había encerrado. Que te había vuelto a soltar al cabo de una hora.

Pero no era cierto. Pasaste más de dos horas en una miserable celda antes de poder marcharte hacia el lago. Y la encontraste.

No recuerdas qué ocurrió después. Fue como si tu alma ya hubiese abandonado ese cuerpo, que seguía estando allí, respirando, mirando apático el lago, para salir en busca de ella, cuyo cuerpo yacía muerto y exangüe en el agua.

Fue en la sala de audiencias donde te enteraste de que debiste pasar casi una hora agachado en el agua, al lado de su cadáver, hasta que en un momento dado

salió el policía del bosque y te golpeó con la culata de su fusil. El mismo hombre que te impidió salvar la vida de ella.

En esa sala de audiencia solo quedó sin resolver una cuestión: quién había matado realmente a Anna.

La visita que recibiste en la cárcel respondió, diez años después, a esa pregunta.

Al principio no reconociste quién era, ahí sentada en la silla de las visitas, tímida, con el bolso en el regazo y la vista baja. Wartenburg no era lugar para una mujer como ella. Cuando levantó la cabeza y te miró, la reconociste.

Maria. La bibliotecaria.

Te conmovió tanto que casi te echaste a llorar, no habías contado con eso. Ahí estaba, sentada delante de ti, alguien que pertenecía a tu vida anterior.

Y entonces bajó la voz y te contó una historia increíble. Que había habido un testigo de la muerte de Anna.

Que ella sabía quién era el asesino de Anna.

Cuando acabó la hora de visita habías cambiado de modo fundamental tu opinión sobre el sentido y el sinsentido de fugarte de la cárcel.

Para gran regocijo de Sobotka. Ya que tú formabas parte de su plan. Porque siempre os tenían a los dos encadenados juntos, fuera, en las obras de construcción de la carretera, en las que trabajaban los prisioneros de Wartenburg en el verano de 1930.

Unidos el uno al otro con argollas en los tobillos y las manos libres para poder trabajar. Los vigilantes con las carabinas daban vueltas aburridos alrededor. Las cadenas no se podían cortar, para ello se necesitaba un herrero. Un herrero que se mezclase con criminales, con presos fugados.

Sobotka sabía qué vigilante era el más negligente, lo había planeado todo desde hacía meses y observado todos los procesos, el momento decisivo, cuándo apretaba más el calor al mediodía y el hombre con el fusil de vuestra sección estaba sentado a la sombra y cabeceaba, casi dormido.

Funcionó mejor de lo que habíais pensado.

Lograsteis llegar al bosque antes de que el vigilante diera la voz de alarma. Entonces pudisteis soltar las cadenas, y tintineaban con cada paso que dabais, pero en el bosque daba igual, solo teníais que llegar a un lago antes de que aparecieran los vigilantes con los perros. Pero todavía tardarían un rato en ir a buscar a la brigada canina.

En el bosque de Wartenburg había muchos lagos y vosotros optasteis por el primero que encontrasteis, en medio de la vegetación, sin amarradero, sin barca, sin nada. Lograsteis cruzarlo a nado, justo cuando salíais del agua, en la otra orilla, oísteis los ladridos de la jauría. Sobotka sonrió irónico porque sabía que los perros perderían vuestro rastro en el borde del lago.

Y también tenía una solución para el problema de las cadenas de los pies. La línea de ferrocarril para Insterburg, que no estaba muy alejada, transcurría por en medio del bosque.

—No es peligroso —había dicho con su típica sonrisa, la primera vez que te habló de ello y vio tu expresión horrorizada—. No es peligroso.

Entonces asentiste porque no te tomabas en serio sus ideas descabelladas. Porque para ti solo eran teorías que nunca serían llevadas a la práctica.

Pero había llegado el momento.

Las vías del tren transcurrían por en medio del bosque de pinos y era la única señal de civilización en todo el entorno.

Reinaba el silencio, solo se oían un par de pájaros y el susurro del viento entre las hojas de los árboles. Nada de perros. Habían perdido vuestro rastro. Sobotka se tendió sobre las vías y te enseñó cómo ponerte. Fuera.

—Ahí no es tan peligroso —dijo.

—Creo que no es nada peligroso.

—No para el que está fuera.

—Pero sí para ti.

—Mientras no haya algo que cuelgue del tren, no puede suceder nada, los vagones son los suficientemente altos, solo tengo que encogerme. —Su sonrisa—. El ferrocarril de Prusia Oriental mantiene el orden, del tren no cuelga nada

que no tenga que colgar, ninguna pieza de metal, nada, de ahí no cae ni un tornillo.

Recuerdas que le creíste. ¿Qué otra cosa ibas a hacer? Te echaste a su lado, boca abajo cómo él, el raíl entre vosotros y encima de él la cadena que mantenía unidos vuestros tobillos.

Una vez tendido, oías vibrar los raíles.

Sobotka no dijo nada, se protegió la parte trasera de la cabeza con las manos. Tú ibas a imitarlo, pero entonces te tapaste los oídos para no oír la vibración cada vez más fuerte y en la que paulatinamente se mezclaba un traqueteo.

Y entonces llegó el tren.

Charly se iba poniendo de peor humor cuanto más se prolongaba su conversación con Gennat. El día anterior el Buda ya la había presionado, pero hoy no la soltaba. Desde que ella le había contado que la noche anterior había hablado por teléfono con Gereon Rath.

—¿Sabe usted lo que esto significa? Está encubriendo a un hombre tras el cual hay una orden de búsqueda y captura.

—Yo no estoy encubriendo a nadie en absoluto. No sé dónde está Gereon Rath. ¿Cree usted que conmigo se sincera más?

—Por lo que yo sé, están ustedes prometidos, en tal situación por regla general uno se sincera más que con un compañero de trabajo. Y a fin de cuentas la llamó a usted, a nadie más.

—¡Llamó a la jefatura de policía! —Charly se encendió un cigarrillo furiosa—. Y yo todavía estaba aquí por casualidad, por eso cogí el teléfono.

—Pero no se lo ha dicho a nadie.

—Fue ayer a eso de las ocho, ocho y media. Le he informado a usted esta misma mañana. No me ha parecido necesario darme más prisa todavía.

No le contó al Buda lo que había ocurrido con Dettmann y que ya podía estar contenta de haber conseguido salir de la jefatura sin que la molestara más.

—Podríamos haber dado alguna indicación al departamento de Búsquedas —dijo Gennat—, ya sabe la importancia que tiene el factor tiempo en nuestro trabajo.

—¿Qué indicación? Si el comisario Rath no me ha dicho dónde estaba.

—¿De verdad no se lo ha dicho?

—En cuanto se interrumpió la comunicación, telefoneé al hotel de Treuburg. Gereon Rath se había marchado de ahí el día anterior al mediodía. Llamó desde una estación.

—Entonces, todavía está en Prusia Oriental.

—O ya ha llegado al Corredor. Por lo que me dijo, quería volver a Berlín.

No desveló a Gennat que Gereon quería llegar al día siguiente por la mañana. A lo mejor todo ese lío ya se había aclarado para entonces.

—Al menos sabemos que todavía está vivo —prosiguió, y apretó el cigarrillo contra el cenicero con una fuerza tal como si quisiera hacer un agujero en él. Pocas veces se había enfadado tanto porque Gennat intentara sonsacarla. Y sin embargo su rabia estaba causada no tanto por la tenacidad de Gennat como por el hecho de que se veía a forzada a mentir a su jefe. Al Buda, al que ella respetaba más que a todos los demás hombres con los que había trabajado.

Gennat adoptó de nuevo un tono conciliador.

—El gerente de Wengler es asesinado —dijo—, el comisario Rath cae bajo sospecha y un día después llama y quiere contarnos que Gustav Wengler es un asesino. ¿Pura coincidencia?

Charly hizo un gesto de impotencia. Estaba cansada y le costaba tener que aguantar estas preguntas.

—¿Cree usted esa historia que cuenta Rath? —inquirió Gennat—. ¿Es Wengler un asesino?

—Todavía no puede probarlo, él mismo lo ha dicho. —Charly miró a Gennat tan confiada como pudo—. Pero yo creo en lo que dice.

Se preguntaba si el Buda se tragaría su afirmación, porque no estaba tan segura como quería aparentar.

—¿Y quién va detrás de Wengler? ¿Quién es ese ominoso ángel vengador?

—Ya veremos —respondió Charly—, si Gereon dice que lo averiguará, hará todo lo posible para averiguarlo.

—Precisamente eso es lo que yo me temo —concluyó Gennat.

La secretaria llamó a la puerta y abrió.

—Disculpe, señor consejero —dijo Trudchen Steiner—, ha venido el aspirante Lange. Dice que tiene que hablar urgentemente con usted.

—Que pase —farfulló el Buda e inmediatamente después Andreas Lange estaba en el despacho de Gennat con el sombrero todavía en la mano y jadeante.

—Gustav Wengler —anunció sin sentarse—. Se ha ido. Ha salido de viaje.

—¿Adónde? —preguntó Gennat.

—Ha subido al tren de Danzig en la estación Friedrichstrasse. Apenas conseguí seguirlo.

—No pasa nada —dijo—. Voy a informar al compañero Muhl de Danzig. Lo atraparán en la estación y se encargarán de vigilarlo.

—Pero —replicó Lange—, es la Ciudad Libre de Danzig, ahí la policía alemana no tiene nada que hacer.

—Es posible —dijo Gennat— y tal vez por esta misma razón Wengler haya tomado esa dirección. Pero John Muhl es un viejo prusiano y un viejo amigo, así que nos hará este favor.

El olor de las cárceles era igual en todas partes, ya fuera Klingelpütz, Plötzensee o Tegel: orina y sudor, polvo, acero y miedo, una mezcla inconfundible. En cuanto dejó el patio y entró en la esclusa supo que era un lugar donde se encerraba a hombres, incluso si uno todavía reconocía en el presidio de Wartenburg el monasterio que había sido en su origen. En cualquier caso, Rath no conocía ninguna otra prisión en la que una iglesia fuera el edificio dominante. El presidio se hallaba en un lugar casi idílico de una península, separado del núcleo de la población de Wartenburg con su iglesia de ladrillo por un canal. Muchas ventanas daban al agua, también ventanas con barrotes, pero Rath dudaba de que los presos supieran apreciar las vistas.

Intentó imaginarse cómo se había sentido Polakowski en su celda, injustamente condenado, su amada asesinada por el hombre que le había metido a él a la cárcel con ayuda de sus colegas, que habían declarado todos a su favor.

El tren nocturno que cruzaba el Corredor salía al cabo de cuatro horas y media de Allenstein y Rath había aprovechado la oportunidad para visitar el lugar en el que hasta su fuga mortal, hacía dos años, Jakub Polakowski había cumplido una condena por un crimen que él no había cometido. El director del centro recibiría al comisario de Berlín y, pocos minutos después de llegar a la estación de Allenstein, Rath había cogido un taxi.

Un guardia entró en la sala de espera en la que habitualmente aguardaban los familiares que iban a visitar a los presos.

—El señor director puede recibirlo ahora.

«El señor director.» Rath no pudo evitar pensar en Gustav Wengler. En cuya casa a uno lo anunciaban con esas mismas palabras.

El despacho del director de la penitenciaría era más bien pequeño, pero ofrecía una hermosa vista de la ciudad por encima del agua. Rath cada vez tenía más la impresión de que los funcionarios de Prusia Oriental ponían especial interés en el panorama de que podían disfrutar.

El director del centro penitenciario, Karl Henning, era un hombre delgado, con el cabello fino, que lo saludó amablemente y le ofreció asiento en una silla tambaleante.

—Fantástica ubicación la de su presidio —dijo Rath, después de sentarse e intentando conservar el equilibrio. Era como si la silla fuera a romperse de un momento a otro.

—Antes era un monasterio —explicó Henning.

—¿Puedo fumar?

—Por favor.

El director le señaló un cenicero sobre el escritorio, Rath sacó la pitillera del bolsillo.

—¿Se interesa usted por un preso determinado? —preguntó Henning mientras Rath encendía el cigarrillo.

—Así es, señor director. Jakub Polakowski. Condenado a cadena perpetua por asesinato. Ingresó el 7 de noviembre de 1920.

—Pero ese hombre está muerto, ¿lo sabe, no? Perdió la vida en un intento de fuga.

—Estoy informado al respecto. Me gustaría saber si tenía familiares o amigos íntimos. Quién lo visitó durante el tiempo que estuvo encerrado aquí.

—Puedo contestarle con toda exactitud, llevamos un registro. —Henning cogió el teléfono que estaba sobre el escritorio—. ¿Grundmann? Traiga por favor el expediente Polakowski, Jakub, preso 466/20.

Rath todavía no había terminado el cigarrillo cuando apareció un joven

sumamente diligente que colocó un delgado expediente sobre el escritorio del director. Henning no tuvo que buscar mucho.

—Aquí lo tenemos... —El director hojeó una vez para delante, luego de nuevo para atrás, para no saltarse ninguna página, y siguió hablando—. Si no se me escapa nada, en los más de diez años que Jakub Polakowski pasó aquí no recibió más que una visita en una ocasión. —Movié la cabeza—. Recordaba que este hombre estaba muy solo, pero no fui consciente de que lo estuviera tanto.

—¿Quién lo visitó? —preguntó Rath—. ¿Y cuándo? Es posible que el hombre sea un asesino. Alguien que esté vengando al fallecido Polakowski.

—No fue un hombre —señaló Henning—, fue una mujer.

Tendió a Rath la delgada carpeta y le mostró el nombre que estaba registrado con la dirección completa.

«Cofalka, Maria. Bibliotecaria de Treuburg. Reg. Adtva. Gumbinnen, Seestrasse, 3.»

No era el nombre que Rath había esperado leer, en absoluto, había contado con otro Polakowski, algún pariente lejano o similar, pero aun así o precisamente por ello, Rath sintió al momento ese cosquilleo bajo el cuero cabelludo que experimentaba siempre que algo empezaba a perfilarse y que él todavía no distinguía, aunque posiblemente resultaba determinante.

—Advierto que fue pocos días antes de su intento de fuga —señaló el director Henning, moviendo la cabeza—. Una tragedia. Justo cuando recibe una visita, decide huir y pierde la vida.

—A lo mejor huyó porque volvió a encontrar sentido a su vida.

—¿Porque se enamoró de la mujer que lo vino a ver? —Henning se encogió de hombros—. Puede que tenga usted razón, son cosas que pasan.

—¿Cómo ocurrió en realidad? ¿Cómo murió al escaparse? ¿Le dispararon?

—No. —El doctor Henning no tuvo ni que volver a consultar el expediente para contar la historia—. Polakowski trabajaba con otro preso en las obras de construcción de la carretera. Huyó en un momento en que no los vigilaban. Junto

con el preso al que estaba encadenado. Un tal Sobotka, un astuto atracador de bancos.

—¿Encadenados? ¿No son totalmente imposibles las fugas en tales casos?

—Es lo que nosotros también pensábamos. —Henning hizo un gesto de impotencia—. Que solo un loco lo intentaría. Es decir, dos locos, porque uno solo es imposible. Pero Sobotka consiguió huir. Todavía lo estamos buscando hoy. —El director estaba serio. No era un tema de su agrado—. Y Polakowski, el pobre, al que seguramente Sobotka incitó a la huida, le hizo caso.

—¡Cuénteme!

Y el director contó cómo el cadáver de Polakowski había sido encontrado en el tramo del tren entre Allenstein e Insterburg, arrastrado por un vagón. Y ni huella de Sobotka.

Rath asintió.

—¿Podría echar un vistazo al expediente? —preguntó al director.

Poco después, Rath estaba sentado en un despacho cuya ventana daba al patio de la cárcel y a una torre de vigilancia en la que se distinguía a dos hombres, con las carabinas listas para disparar. El director había pedido que le llevaran un café. Rath se encendió un Overstolz y hojeó el expediente Polakowski. Un hombre lo miraba gravemente desde la foto. Un hombre que no tenía la menor chispa de esperanza en los ojos.

Rath miró la fecha en que se había registrado la visita. Maria Cofalka, bibliotecaria de Treuburg, residente en esa misma ciudad en la Seestrasse 3, había visitado al preso Jakub Polakowski el 27 de julio de 1930, un domingo. Justo una semana después de la fiesta del plebiscito en que había acusado de asesinato a Gustav Wengler.

¡Maria Cofalka había compartido su secreto con Polakowski! El preso número 466/20 había recuperado el sentido de su vida, efectivamente, tras la visita de la bibliotecaria.

De golpe, Polakowski quiso salir de la prisión tras largos años de letargo en los que ya había arrojado la toalla.

Pero no porque se hubiese enamorado de la bibliotecaria. No, no fue el amor, sino el odio, lo que lo empujó a evadirse.

Una semana y media después de la visita de Cofalka. Un martes al mediodía, a la una y media. Y poco después de las cinco se había encontrado su cadáver.

El expediente del preso concluía con la fecha de su muerte, el 5 de agosto de 1930, y el sello impreso de «fallecido».

Rath pasó las páginas hacia atrás, hacia el principio del documento, hasta la foto. La imagen de ese hombre que había tenido que sufrir un destino tan trágico había despertado algo en él, una sensación indeterminada que ahora intentaba recuperar.

Y de repente supo lo que era: conocía a ese hombre, lo había visto una vez. Aunque su aspecto era muy distinto, sus ojos no dejaban la menor duda. Era el mismo hombre y Rath se había cruzado con él. Hacía poco, unas pocas semanas. Pero no en Treuburg.

En Berlín.

No las tenía todas consigo. Esa era su primera operación con arma de fuego y todavía no tenía mucha práctica con ella. Pero Gennat había insistido en que se armara también antes de marcharse con Böhm.

El Buda mantenía la posición en el Castillo. Según los datos que había dado cuando trabajaba en la Casa Patria, Hartmut Janke vivía en el cuarto piso y eso era, sin la menor duda, demasiado para el peso pesado del consejero. Tener que subir cada día las escaleras del Castillo ya era un problema para Gennat, aunque la Inspección A se hubiera trasladado al primer piso. Tal vez, y no era Charly la única que así lo suponía, pernoctaba cada vez más en su despacho, donde ya hacía años que se había montado un dormitorio para aquellos días en que se le hacía tarde. Y esos días cada vez eran más frecuentes en el caso de Gennat. Cada vez eran más frecuentes en el caso de los agentes de la Criminal que se tomaban su trabajo en serio.

Y ese era uno de esos días. Eran las ocho de la noche pasadas cuando los policías de uniforme ocuparon sus puestos en la escalera. Todas las vías de escape estaban cerradas, abajo en el patio y en la calle había más agentes apostados.

El jefe de la operación hizo un gesto con la cabeza a Böhm y este llamó a la puerta de madera de la vivienda.

Nada

Böhm llamó de nuevo.

—¿Señor Janke? ¿Está usted en casa? Disculpe que le moleste tan tarde.

Tengo que hablar urgentemente con usted. Policía Criminal. Tenemos un par de preguntas más sobre el asesinato ocurrido hace tres semanas en la Casa Patria. No tardaremos mucho.

Ninguna reacción todavía detrás de la puerta.

Charly pensó si debía mostrar a Böhm los conocimientos sobre cómo forzar cerraduras que Gereon le había enseñado, pero el comisario jefe ya había tomado impulso, propinado una potente patada y sacado la puerta de los goznes y de la cerradura. La madera se astilló y se oyó un fuerte crujido.

Y entonces los agentes se precipitaron al interior de la vivienda.

Charly los siguió a una distancia conveniente, con el arma de reglamento desenfundada y sin seguro. La sostenía preparada para disparar, el cañón levantado, pero solo para guardar las apariencias y para que sus compañeros no se burlaran de ella.

Y había un montón de compañeros en ese lugar.

Justo después de que Gereon llamara, había informado a Böhm y Gennat. Lo primero que quiso saber el Buda:

—Espero que pueda decirnos ahora dónde se encuentra el comisario Rath.

—No sé dónde se encuentra ahora, solo sé que ha llamado desde una prisión.

—¿Cómo?

—Desde Wartenburg. Un presidio en Prusia Oriental. Y que ha reconocido en el expediente a Janke, es decir a Polakowski.

Gennat se había dado por satisfecho con esta respuesta. Y había decidido entrar en acción de inmediato y llevarse una unidad de más de ochenta hombres por si ese tipo se defendía o intentaba huir.

Los agentes se habían repartido por el patio, por todas las entradas y salidas, así como por la Müllerstrasse. Incluso ahí, en Wedding, tal cantidad de policías era algo inaudito.

En menos de treinta segundos habían peinado la vivienda.

En efecto, no había nadie en la casa. Todas las ventanas estaban cerradas por dentro, así que ni siquiera había intentado huir por la escalera de emergencia.

Böhm condujo sus primeros pasos hacia el dormitorio y el armario ropero. Allí solo golpeteaban perchas vacías, salvo una en la que colgaba el uniforme de la compañía de seguridad y servicios de protección de Berlín.

Todos los demás armarios estaban vacíos, hasta la cama estaba sin sábanas. De la pared no colgaba ningún cuadro, solo unos pequeños orificios en el papel pintado delataban que sobre el escritorio había habido una buena cantidad de fotos u otros objetos colgados. Charly se inclinó y descubrió un trocito de diario apenas amarilleado, todavía se veía una línea negra, como la de una orla, esa era la única tinta impresa, exceptuando esto, nada más.

Y al parecer era el único rastro que Janke había dejado de su paso. Los efectivos policiales cedieron el terreno a los criminalistas, pero estos tampoco encontraron nada, ningún pañuelo rojo, ningún sobre, nada de tubocurarina, ni siquiera huellas dactilares.

—Como si lo hubiera limpiado todo con un trapo antes de marcharse.

—¿Y el uniforme? —preguntó Böhm.

—Negativo, si se refiere a las huellas dactilares. Se diría que ha pasado por una lavandería.

—¡Mire un momento aquí!

Otro miembro del SI había arrancado una tabla de madera justo entre el vestíbulo y el salón, debajo mismo del marco de la puerta.

—¡Aquí abajo hay un hueco!

—¿Y?

Charly y Böhm se acercaron para echar ellos mismos una ojeada al escondite.

El criminalista se encogió de hombros, más decepcionado que nadie.

—Vacío.

Y así era. Pero Charly estaba segura de que hasta hacía poco ahí se había guardado todo lo que la policía, en una visita casual al vigilante Janke, nunca habría debido encontrar.

—Mire a ver si a pesar de todo descubre algo en ese hueco...

—¿Qué quiere decir? Está vacío.

—Me refiero a algo muy pequeño. Algo para lo que necesite tal vez una lupa. Y mejor luz. Fragmentos de vidrio quizás o restos secos de algún líquido. Algo en esa dirección. Y luego compruebe si el cristal podría pertenecer a una jeringa. O si el líquido podría tratarse de curarina.

El agente de la Científica asintió.

En un rincón, donde confluían tres habitaciones de la vivienda, había una pequeña estufa de carbón. Charly cogió un pañuelo y abrió la puerta.

—En la estufa todavía hay ceniza —advirtió, y uno de los miembros del equipo de Kronberg se acercó rápidamente—, todavía está caliente.

El criminalista cogió el atizador y removió con cuidado la ceniza. Sobre todo se había quemado papel. Pero el agente cogió un poco de la masa caliente y grisácea que se deshizo en cuanto la tocó, algo que había sobrevivido a la avidez de las llamas. Una pequeña esquina de papel en el que todavía se reconocía una esquila funeraria. E incluso podían leerse un par de palabras:

tu victoria?
luntad,
mi querido
nitud de la vida.

Ahora Charly estaba segura. Habían encontrado su escondite. Era él realmente.

El vigilante Hartmut Janke que con tanta diligencia les había facilitado información en la Casa Patria se llamaba en realidad Jakub Polakowski. Y había asesinado a cuatro hombres.

La vio enseguida cuando el tren entró en la estación. Ahí estaban, una perra y una mujer. Charly parecía un poco enfadada. ¿O eran imaginaciones suyas? Desde luego no había comprado ningún ramo de flores, pero él tampoco había esperado que lo hiciera.

«Papeles cambiados», pensó. Tres semanas atrás era él quien había estado esperándola a ella con Kiguí en ese mismo andén. Solo que entonces el tren de Charly llegaba desde el Oeste y el suyo ahora desde el Este

Agitó la mano, pero todavía no lo habían visto. Por supuesto que estaba de mal humor, y tenía todo el derecho del mundo para estarlo. Pero esperaba que también se alegrara un poco de verlo. Igual como él se alegraba de verla a ella, a ella y la perra.

Se puso con la maleta al lado de la puerta y fue uno de los primeros en bajar del tren.

Cuando Charly lo vio, una sonrisa apareció, a pesar de todo, en su rostro. ¡Ahí estaba!

Fue hacia ella con la maleta, pasó junto a otros viajeros que se apretujaban en el andén y que no le interesaban en absoluto y se abrió camino entre ellos sin ningún miramiento para llegar hasta ella. Kiguí movía la cola como una loca y brincaba excitada de un lado a otro; Charly estaba allí de pie, simplemente, mirándolo con severidad. Y sonreía.

Él la abrazó y no la soltó durante un rato. Hundió la nariz en su cabello e inspiró su olor como un adicto.

—Lo siento —susurró en su oído.

—¿Qué es lo que sientes?

—Bueno, todo. Haber estado fuera tanto tiempo. Que no supieras dónde estaba. —La miró—. Por decirlo de algún modo, estaba desaparecido.

—Si tú lo dices.

—En serio. Me extravié en el bosque, casi la palmo en el pantano, si no... — Se interrumpió—. Mejor te lo cuento en casa con una taza de café en lugar de aquí, en la estación.

—El café ya está hecho.

—Estupendo.

Hizo señas a un mozo de equipajes.

—¿Habéis cogido a Polakowski? —preguntó cuando bajaron la escalera en dirección al coche.

Ella negó moviendo la cabeza.

—Ni a Polakowski ni a Wengler. Polakowski se ha despedido de la empresa donde trabajaba y ha vaciado su apartamento.

—Espero que no se haya olido algo. O a lo mejor va al encuentro de su última víctima... ¿Dónde está Wengler?

—Ayer se marchó de viaje. A Danzig.

—¿Danzig? Su ciudad natal.

—Suponemos que ha ido a visitar a su familia. La Policía Criminal de Danzig está sobre aviso. Los compañeros lo han recibido en la estación y no le quitan la vista de encima.

Rath asintió.

—Deberíamos enviarles una descripción de Polakowski, lo mejor sería una foto.

—Si la tuviéramos.

—Yo tengo una. De la prisión de Wartenburg.

—¿Crees que Gustav Wengler es un asesino?

—Lo es, ¡apostarí mi próximo ascenso!

—Si es que alguna vez lo hay. —Charly rio. Pero luego volvió a ponerse seria —. Estaría bien que pudiéramos demostrar que lo hizo él. Respecto al asunto del contrabando de alcohol es escurridizo como una anguila. Para ello sacrifica hasta a su propia gente. Ha traicionado a su gerente, Dietrich Assmann.

—¿El muerto de la penitenciaría?

—Exacto.

—Seguro que Wengler está detrás de este asesinato. A lo mejor le dijo al falso policía que se presentase como Gereon Rath. Como pequeña venganza porque en Treuburg lo saqué de sus casillas. —Miró a Charly—. Esperemos que no se salga con la suya en cuanto a los asesinatos. Ya se ha librado de alguien que sabía lo que había hecho y que ahora le resultaba una carga.

—¿Cómo?

—La bibliotecaria de Treuburg. Desafortunadamente no tenemos nada contra él. Nada que se pueda probar. La única persona que vio cómo Gustav Wengler asesinaba a su prometida hace doce años no causaría ninguna buena impresión ante un tribunal, me temo. Suponiendo que pudiéramos sacarlo del bosque.

—¿Radlewski?

Rath asintió.

—Un tipo realmente raro, pero no un asesino. Si en este caso desempeña realmente algún papel, es el de testigo. Al menos teóricamente.

Habían llegado al Buick que Charly había aparcado directamente debajo del puente del tren urbano, en la Hardenbergstrasse.

Rath estaba ocupado metiendo el equipaje en el maletero cuando se dio cuenta, demasiado tarde, de que tres hombres se acercaban a él. Los tres llevaban pistola. Y uno le dirigió la palabra.

—Espero que no cause ningún problema y nos acompañe.

Se dio media vuelta. Ahí estaba Wilhelm Böhm, apuntando hacia él el cañón de su pistola.

—¿Qué se supone que es esto? ¿Va a arrestarme? Habría ido de todos modos al Castillo después de desayunar.

—Prefiero pisar sobre seguro.

Böhm hizo con la pistola una señal a la calle, en la que acababa de detenerse un Opel verde, y Rath se puso en marcha.

La perra no entendía qué sucedía y corría de un lado a otro entre su amo y el Buick.

Charly estaba desconsolada.

—Lo siento, Gereon, no lo sabía. Deben de haberme seguido.

Miró enfadada a Wilhelm Böhm y en ese momento a Rath ya no le pareció que la situación fuese tan mala, en cierta medida incluso le resultaba placentera: por primera vez Charly lo apoyaba en su rechazo hacia Wilhelm Böhm. A lo mejor ahora se daba cuenta de lo antipático que llegaba a ser el comisario jefe. Se sentó en el asiento trasero del Opel verde casi con agrado y saludó al hombre que estaba al volante.

—¡Mertens! Siento que hayas tenido que levantarte tan pronto por mi culpa.

—No pasa nada, señor comisario.

Un agente de civil a quien Rath no conocía le arrojó el equipaje en el maletero del Opel, luego Böhm colocó su pesado cuerpo en el asiento trasero.

—Entonces tendremos que desayunar en la jefatura —anunció el comisario jefe. Y respondiendo a su señal, Mertens arrancó.

En el espejo retrovisor, Rath vio que Charly y la perra se quedaban junto al Buick y se iban haciendo cada vez más pequeñas hasta que un autobús cruzó la Hardenbergstrasse y le impidió seguir mirándolas.

Al menos Böhm no le había puesto las esposas.

—¿Es esto un auténtico arresto? —preguntó Rath cuando el coche pasó la rotonda de la iglesia en recuerdo al emperador Guillermo.

—De hecho tengo una orden de arresto. Pero apelo a su comprensión.

—Señor comisario jefe, ¡esto es ridículo! Arrestarme como si fuera un criminal. En algún sitio alguien se partirá de risa cuando se entere de que se han tomado en serio su jugarreta.

—El juez de instrucción ve indicios suficientes para sospechar de un asesinato. Eso no significa que yo comparta su opinión.

—¿Y por qué me arresta?

—Porque puedo —gruñó Böhm. Y salvo estas palabras ya no dijo nada más durante el resto del viaje hasta la Alex.

Cuando entraron en el despacho de Gennat y Rath vio la bandeja de pasteles sobre la mesa supo que la situación no era tan grave. Aun si el Buda lo saludó con cierta aspereza.

—Comisario Rath —dijo—, ¿hay que arrestarlo para que dé usted parte?

—Es un malentendido, yo...

Gennat lo interrumpió.

—No es ningún malentendido. Es evidente que esta es la única posibilidad de obligarlo a dejar de jugar al escondite. Queremos saber de una vez qué sucede. ¿Qué ha hecho usted en Prusia Oriental? Cuando nos lo haya contado quizá

también entendamos por qué ha tenido que morir Dietrich Assmann. Y retirar la sospecha que pesa contra usted.

—Con su permiso, señor consejero, tal como le he dicho al compañero Böhm, justo después de desayunar, habría...

—Bien —lo interrumpió el Buda—, pues ha venido para desayunar a la jefatura. —Él personalmente le sirvió café—. Espero que haya tenido un buen viaje.

Rath se sentó.

—Gracias por su interés. Al menos no tuve que volar.

Se encendió un Overstolz y bebió un sorbo de café. En un principio no tocó el trozo de pastel que Gennat le había puesto en el plato. En lugar de ello contó lo que le había ocurrido. Desde el principio hasta el final. Solo evitó contar los detalles de las circunstancias en que Hella Rickert le había robado las cartas del Kaubuk.

Cuando terminó, Gennat se había comido tres trozos de pastel.

—¿Está usted seguro de las circunstancias en que murió esa tal Anna von Mathée?

—Bastante seguro. Radlewski no tenía ninguna razón para imputar a un inocente. Él mismo se reprocha profundamente no haber intervenido para impedir la muerte de Anna. Yo pienso que con esos diarios ha intentado aliviar sus remordimientos de conciencia. No hay razón para dudar de la autenticidad de sus confesiones.

Gennat hizo un gesto afirmativo, e incluso a Böhm, quien usualmente siempre tenía algo que objetar, parecía haberle convencido la historia de Rath.

—Entonces nuestro sospechoso, Radlewski, le salvó la vida.

—Eso parece.

—¿Y está usted seguro —preguntó— de que no es él, sino ese Polakowski el ángel vengador que ya ha aniquilado a cuatro personas?

Rath asintió.

—Siendo vigilante, Janke mató a Lamkau en la Casa Patria. Ni siquiera tuvo

que abandonar el lugar del delito porque nadie iba a sospechar de él.

—¿Tiene una foto? —preguntó Böhm.

—En el expediente de la cárcel. Está en mi maleta.

Böhm abrió la maleta de Rath y sacó la foto del expediente.

—Tenemos que enseñársela al agente Scholz, que fue agredido por el asesino de la torre de tráfico —dijo—. A lo mejor lo reconoce.

Gennat asintió y Böhm salió con la foto.

—Ahora que nos hemos quedado a solas —señaló el Buda—. Sé que no se lleva usted bien con el compañero Böhm, pero que no haya llamado a su prometida, señor Rath, yo, personalmente, me lo tomo a mal. Debería disculparse con Charly. Y no volver a tratarla así nunca más. De lo contrario tendrá que vérselas conmigo. Y, hágame caso, eso no le conviene.

—A sus órdenes, señor consejero. —Rath casi se sintió conmovido de que el Buda estuviera tan preocupado por el bienestar de Charly—. Con su permiso, informo, señor, ya me he disculpado. Nunca más volverá a pasar.

—Bien. Y ahora cómase el pastel de nueces.

Rath obedeció. También había que acatar estas órdenes de Gennat.

—Lo que me pregunto—dijo el Buda—, es que si usted tiene razón y lo que ha ocurrido hasta ahora es solo el trabajo previo para el asesinato final de Gustav Wengler, ¿por qué Polakowski no ha matado antes a Wengler? Ese hombre ha pasado más de una semana en Berlín, seguro que ha habido más de una oportunidad de hacerlo.

Rath tenía la boca llena. Acabó de masticar y tragó antes de responder.

—A lo mejor no la hubo. La mayor parte del tiempo Wengler estuvo bajo vigilancia, ¿no?

Gennat asintió.

—Y todavía lo está. Muhl, el jefe de la Kripo en Danzig, me llamó ayer por la tarde. Wengler se aloja en el hotel Eden de Danzig. Y dos agentes de Muhl están apostados en un coche delante de él.

—Que no lo pierdan de vista. A lo mejor Polakowski les tiende una trampa.

—Antes de nada debemos advertirle a Wengler de su presencia.

—¿Para que sospeche y sepa que hemos sacado a la luz historias del pasado? Wengler ya hace tiempo que sabe que va tras él. Porque Polakowski así lo quería. Por eso los anuncios funerarios y todo el montaje. Con su permiso, señor consejero, si advertimos a Wengler de algo que es muy probable que ya sepa únicamente le brindaremos la oportunidad de borrar todas las huellas que señalan su culpabilidad. Bastante difícil resulta ya de por sí probar que él asesinó a Anna von Mathée.

—Considero que es más importante evitar un asesinato que resolver uno que ya ha sucedido, señor comisario. —Gennat lo miró circunspecto—. En nuestro caso, Wengler es la víctima, la víctima potencial. Polakowski es el sospechoso de asesinato que estamos buscando y no Gustav Wengler.

—Yo solo me temo que este pasará por encima de cualquier cadáver cuando se trate de esconder su culpabilidad. Mandó matar a la bibliotecaria de Treuburg cuando descubrió que estaba en contacto con Radlewski.

—¿Cómo? —Gennat arqueó las cejas—. ¿Está usted seguro?

—Bastante. Creo que las SA locales están implicadas. Dependen en cierto modo de él.

—¿Wengler es un nazi?

Rath hizo un gesto de ignorancia.

—No lo anda pregonando. Pero imagino que si algún día entra de forma oficial en la política se pondrá una de esas agujas con la cruz gamada en la solapa. —Dejó el tenedor en el plato y se encendió un cigarrillo con la esperanza de que Gennat no volviera a servirle ningún pastel más. Lo que, aparentemente, le salió bien—. Si quiere sabe mi opinión, Wengler también es responsable de la muerte de Assmann. Y quiere colgarme a mí el muerto.

—Y ahora que ha salido el tema. —Gennat carraspeó—. Si bien yo no creo que sea usted culpable, no podemos pasar por alto el protocolo. Tomar huellas dactilares, careo con el personal de vigilancia. Eso al menos tendremos que hacerlo.

—Si no hay más remedio.

—No lo hay —convino Gennat—. Ya hemos comparado las firmas. Sea quien sea el que se ha metido en la penitenciaría para matar a Dietrich Assmann ha copiado bastante bien su firma.

Rath pensó en quién podía haber dado su firma a Wengler. ¿Hella Rickert o su padre? ¿El corrupto policía de provincias Grigat? Eran varios los candidatos a quienes tomar en consideración.

Entonces se abrió la puerta y entró un perro negro.

Kigú se dirigió directamente hacia su amo y se dejó acariciar por él.

En el umbral apareció una mujer contrariada.

—¡Señorita Ritter! ¿Qué está usted haciendo aquí?

—Después de que el comisario jefe Böhm me haya arrebatado a mi prometido sin pronunciar una palabra al respecto, he pensado en echar un vistazo en la jefatura. ¿No pensará en serio interrogar al comisario Rath como sospechoso en el caso Assmann? ¡Como se le ocurra encerrarlo en una celda, le pongo una lima en el pastel!

Rath casi no conseguía ocultar su orgullo y su felicidad contenida.

—Y tú —se dirigió Charly a él—, ¡deja de sonreír! ¡Si te atuvieras un poco más a las normas no se habría montado todo este teatro!

—Es lo que acabo de decirle al comisario Rath, señorita Ritter. —Gennat parecía divertido—. Creo que ha sido razonable.

—¡Es lo mínimo!

—Siéntese con nosotros. —Gennat dio unos golpecitos con la mano al sitio libre junto a él en el sofá verde—. ¿Un café?

—Gracias.

Charly se acomodó, todavía enfadada. Rath habría querido abrazarla. Pero por desgracia el Buda estaba sentado a su lado y el comisario tuvo que limitarse a acariciar a su perra.

Gennat sirvió el café y Charly encendió un Juno. Lentamente fue calmándose.

—¿Ha llamado ya Kronberg? —preguntó al Buda.

Este consultó el reloj.

—El consejero Kronberg debe de estar desayunando. Si es que ya se ha levantado.

»Me refiero al SI en general. Iban a pasar la noche trabajando.

Rath puso cara de no entender de qué estaba hablando.

—Ayer encontramos un par de menudencias en el apartamento de Janke, es decir, de Polakowski —explicó Gennat al comisario—. Y Kronberg nos prometió que hoy nos daría los resultados.

Cuando concluyó la reunión, Charly fue a levantarse para salir con Gereon, pero la detuvo la voz de Gennat.

—Señorita Ritter, ¿podría quedarse unos minutos más? Tengo que hablar con usted. A solas.

—Por supuesto, señor consejero.

Charly miró a Gereon, que estaba saliendo del despacho. Solo pudo responder con un gesto de ignorancia a la mirada inquisitiva de él.

Se preguntaba qué querría Gennat de ella que no hubiera podido mencionar antes. El Buda le sirvió café y ella se encendió otro cigarrillo.

—¿No le apetece un trozo de pastel?

—No, gracias, señor comisario.

—Señorita Ritter, quería darle las gracias por su colaboración en las investigaciones, ha realizado usted una estupenda labor.

Sonaba a despedida. Charly no dijo nada.

—Ha sido también gracias a su intervención que ahora nuestras pesquisas ya pueden darse por acabadas, lo que queda es tarea de la sección de Búsquedas sobre todo. —Gennat la miraba a los ojos y ella percibió que no le resultaba fácil comunicarle esa noticia—. A la compañera Wieking le gustaría que volviera a su sitio y yo me temo que ya hemos agotado los argumentos para seguir manteniéndola con nosotros, Charly. Abreviando: a partir del lunes volverá usted

a la Inspección G. —El Buda le tendió la mano—. Ha sido un placer trabajar con usted. Conserve un buen recuerdo de la Inspección A.

Estrechó la mano del consejero.

—A lo mejor se da otra vez la oportunidad de colaborar con Homicidios — dijo ella, intentando sonreír.

—A lo mejor. —Gennat no parecía convencido.

Charly siguió sonriendo valientemente.

Cuando salió al pasillo se habría puesto a llorar. Otra vez en la G. Otra vez con la compañera Van Almsick, otra vez con las pandillas juveniles de Wedding, con niños abandonados y chicas perdidas.

Aunque en realidad ya lo sabía. Sabía que su trabajo en Homicidios era un intermedio, que el día a día era distinto para una mujer en la Policía Criminal de Berlín.

Precisamente en ese momento, Dettmann se cruzó en su camino. El comisario la miró desconfiado y guardó una respetuosa distancia. Pero ella pudo oler su loción de afeitado cuando pasó a su lado. ¿Pitralon? En cualquier caso se había untado con algo de olor penetrante. Y en abundancia, por lo visto. Como si se hubiese comprado una nueva botella de litro de esa cosa.

Se detuvo y se dio media vuelta. Dettmann se había metido en su despacho. Una idea se había formado en su mente, una imagen tan vaga que en realidad no podía tomarla en serio. Y, sin embargo, no se libraría de ella.

Rath tenía que esforzarse para mantener los ojos abiertos, había dormido poquísimo esos últimos días. E igual de poco había colaborado en los trabajos de investigación que Böhm estaba dirigiendo desde hacía más de dos semanas en el Castillo. Se sentía como si ya no formara parte de eso y Wilhelm Böhm no ponía nada de su parte para cambiar esa percepción. Iba de un sitio a otro como la falsa moneda, mientras que todos los demás se dedicaban a su trabajo.

Así que se sentó a su escritorio y llamó a Königsberg.

—Asistente Kowalski, por favor —dijo a la señorita de la central telefónica.

El asistente pareció alegrarse de la llamada. Y al mismo tiempo estaba inconsolable.

—Mi tío me contó lo que había sucedido, señor comisario. Siento haberme dejado manipular por Adamek. En realidad pensé que solo tenía que informar a Grigat y luego volver con usted, pero me envió de inmediato a Königsberg. Y ya sabe usted. ¡una orden es una orden!

—¿Qué le dijo Adamek que tenía que comunicar a Grigat?

—Bueno, que usted le había dicho que necesitaba refuerzos en el pantano. Más gente para detener al Kaubuk. También pensé que Adamek se quedaría con usted, porque volvió a meterse en el bosque. No sospeché que Grigat hubiese incitado a Adamek a actuar de ese modo.

—Está bien. Sobreviví.

—Y ahora vuelve a estar en Berlín.

—En efecto. Y tengo novedades.

Y Rath le contó toda la historia a Kowalski

Aunque el asistente parecía un poco abatido por haber perseguido erróneamente al Kaubuk, se enorgullecía al mismo tiempo de que el comisario de Berlín le pusiera al corriente del desarrollo del caso. Simplemente del hecho de que lo hubiera telefoneado.

—¡Wengler un asesino! ¿Está usted seguro?

—Bastante. Pero no tengo pruebas.

—Hay que encontrarlas.

—Después de doce años, es difícil. Además, mis superiores no me lo permiten. Wengler es, en primer lugar, una víctima a la que hay que proteger. Primero tenemos que encontrar a Polakowski, luego ya veremos.

Kowalski dudó unos instantes.

—Lo que quería decirle, señor comisario —añadió al final— es que me lo he pasado muy bien trabajando con usted.

Rath no sabía qué contestar. Ningún compañero le había dicho algo así.

Murmuró un apresurado saludo de despedida y colgó.

Kronberg apareció en la Inspección de Homicidios en el preciso momento en que Rath pensaba salir a dar un pequeño paseo con Kiguí. En lugar de eso, se reunió con el resto en el despacho de Böhm para escuchar al criminalista. Charly todavía no había aparecido. ¿De qué estaría discutiendo tanto rato con Gennat?

—Los recortes de periódico del apartamento de Janke —informó Kronberg— son idénticos a las dos esquelas que encontramos en la casa de Wengler. La esquela de Lamkau y la de Simoneit. —Deslizó la mirada por los presentes—. En lo que respecta a la esquela de Lamkau, del *Kreuzzeitung*, estamos al cien por cien seguros; en lo que respecta a la de Simoneit, el papel es definitivamente el mismo que se utiliza para imprimir el *Volkszeitung für die Ost- und Westprignitz*. Pueden leerlo todo con más detalle aquí.

Mostró una carpeta y la depositó sobre la mesa.

—Le estamos muy agradecidos, compañero Kronberg —dijo Böhm—. Gracias a usted todo ha avanzado con extrema rapidez.

Kronberg asintió modesto. «Típico —pensó Rath—. Ha tenido a todo su equipo trabajando la noche entera y ahora se lleva el mérito.»

Böhm ya se había inclinado sobre el informe de Kronberg, cuando el jefe del SI sacó una segunda carpeta de su cartera de piel.

—Tengo algo más —anunció—. Por lo visto hemos podido resolver el origen de la tubocurarina.

Eso también era típico de Kronberg. Siempre dejaba lo importante para el final.

Sorprendentemente habían llegado al resultado a través de los pañuelos rojos. Por lo visto, no eran de Berlín, sino de Königsberg, de una importante remesa de artículos textiles y de confección que hacía dos años habían robado del almacén de la compañía Moser en la Junkerstrasse de Königsberg. Los autores pertenecían a un grupo de delincuentes conocidos en la ciudad y contra los cuales rara vez se podía obtener pruebas, aunque la Policía de Königsberg conocía perfectamente su forma de actuar.

A partir de ese dato, los compañeros infirieron que el mismo grupo había entrado dos noches después en la clínica universitaria de Königsberg y había robado, además de diversas drogas y narcóticos, una elevada cantidad de un nuevo anestésico que el instituto estaba investigando: un relajante muscular basado en el veneno curare de los indios sudamericanos que se extraía del *Chondrodendron tomentosum*. Su nombre: tubocurarina.

Por lo visto, Polakowski se había servido de una sola y única fuente: un grupo de delincuentes de Königsberg.

Rath ató a Kiguí a la correa y salió con ella. Buscó una cabina libre en la Alex y volvió a llamar a Königsberg.

Ni siquiera la perra estaba allí. Sin Kiguí y sin Gereon se sentía todavía más sola junto al escritorio de la Inspección A. Seguía instalada en la antesala con Erika

Voss, y se entendía con la secretaria mucho mejor que en sus primeros días de trabajo. Lo cual quizá tenía que ver con la ausencia del señor Rath.

El señor comisario había salido con la perra, le había dicho la secretaria, y por un momento Charly estuvo tentada de salir a buscar por la Alex a la perra y a su amo. Pero entonces Böhm asomó por la puerta y le pidió que hiciera copias de la foto de Polakowski que Gereon les había facilitado y que las enviara a todas las comisarías importantes de Prusia.

—Y le entrega también una docena a nuestra sección de Búsquedas, por favor.

Charly asintió, cogió la foto y la llevó al laboratorio fotográfico que se encontraba en el Servicio de Identificación.

Hasta que el laboratorio hubiera acabado de hacer las copias podía pasar un buen rato. Y se recomendaba esperar las copias y poner de los nervios a los ayudantes del laboratorio, de lo contrario se tardaba un montón en tener las reproducciones.

Esta era, pues, su última tarea en la Inspección A. Hacer copias de imágenes y enviarlas a recorrer el mundo. Un trabajo estupendo. Pero incluso esto le parecía más emocionante que la perspectiva de volver a estar sentada el lunes con Karin van Almsick en un despacho.

Y luego estaba lo de Dettmann y el olor de su loción de afeitado y lo que ese olor había desencadenado en ella. No sabía si se estaba volviendo una histérica, pero una idea se le había pasado por la cabeza o, mejor dicho, unas imágenes, tan realistas como si ella misma las hubiera experimentado. Un policía rompiéndole el cuello a un preso.

Últimamente esas imágenes habían pasado con frecuencia por su cabeza y veía imágenes de posibles *modus operandi* del autor; esa era su forma de reflexionar, no sabía hacerlo de otra manera. En su imaginación, el pobre Dietrich Assmann había sido asesinado cien veces de ese modo, con un solo gesto brusco y rápido, desnucado.

Pero ahora, por primera vez, el asesino tenía rostro.

Cuando volvió al Castillo, la mayoría de los compañeros ya habían empezado el fin de semana.

Solo Charly estaba todavía sentada al escritorio metiendo unas fotos en sobres. Rath reconoció la imagen del preso Jakub Polakowski.

—¿Puedes enviar también una a la jefatura de Königsbeg?

—Ya está hecho. —Le mostró un sobre. Dirigido al jefe de policía en persona.

—Pues envía una más. Al asistente Kowalski.

—No hay problema, tenemos copias suficientes. —Le dio una foto y un sobre—. Toma. Puedes copiar la dirección de la otra carta.

Rath hizo lo que le dijo, escribió un par de líneas de agradecimiento en una hoja de papel de carta y la juntó con la foto.

Cuando estuvo listo, Charly ya había puesto al menos cinco fotos más en sus respectivos sobres y escrito las direcciones. Seguía estando un poco seca.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Siento haberte tratado como si fueras mi secretaria. Pero ya ves... —Le enseñó la carta a Kowalski—, hasta puedo hacerlo solo.

—No pasa nada —dijo. Pero su cara no encajaba con ese «no pasa nada».

—¿Ha vuelto a molestarte Dettmann?

—No, no, no te preocupes, ese más bien me evita.

—Mejor. —Rath sintió cierto orgullo. Así que su actuación en el despacho de Dettmann no había sido en vano.

Charly esbozó una sonrisa triste.

—Dentro de poco Dettmann tampoco tendrá oportunidad de cruzarse conmigo en el pasillo. A no ser que nos encontremos en el comedor. —Vaciló un momento antes de seguir hablando—. El... el lunes me vuelvo a mi escritorio en la Inspección G.

—¿Ya se ha terminado tu misión entre nosotros?

Intentó dar a sus palabras un tono de pesadumbre, pero en realidad se sentía aliviado. No le había gustado trabajar tan estrechamente vinculado a ella, a veces se había sentido realmente observado, limitado en su libertad de movimientos. Y, sin embargo, habían sido solo tres días laborales completos los que habían pasado juntos en la brigada Patria, el resto del tiempo él había estado deambulando por Prusia Oriental. Pero cuando pensaba en la curiosidad de Charly, y en su propia tendencia al secretismo... Las llamadas anteriores, por ejemplo. En el fondo estaba muy bien que el lunes volviera a trabajar a su otro despacho.

Pero vio su rostro y supo que tenía que consolarla. Se acercó y la abrazó y en ese momento ella rompió a llorar.

Eso no era propio de Charly, era la segunda vez en cuestión de pocas semanas que lloraba en su presencia. Ella solía contenerse en cualquier circunstancia. Por un momento se preguntó si estaría embarazada...

La estrechó entre sus brazos y ella se desquitó llorando en su hombro.

—Perdona, Gereon —dijo pasado un rato y volviendo a sonreír entre las lágrimas—, qué tonta soy.

Él le secó las mejillas con su pañuelo.

—No —replicó él—, eso no es cierto. Tonta no eres.

Necesitó un instante para caer en la cuenta, y entonces lo golpeó con los puños cerrados hasta que él volvió a rodearla con los brazos.

—¡Cerdo! —dijo ella, sonriendo todavía. Al menos eso sí lo había conseguido Rath: estabilizar su sonrisa—. Sabía que el trabajo en la Inspección A era temporal, pero en cierto modo me ha afectado que Gennat me dijera que el lunes volvía a estar con Wieking. —Hizo un gesto de resignación—. Pero tiene razón.

La investigación ya casi se ha terminado. Lo que queda es más tarea de la sección de Búsquedas: encontrar a Jakub Polakowski.

—Yo lo veo de otra manera —advirtió Rath—. Todavía no tenemos ninguna prueba en contra de Gustav Wengler.

—Tienes a este hombre entre ceja y ceja, ¿no? Está amenazado, no te olvides.

—No me olvido. Pero tampoco me olvido de que mató a una muchacha. Y de que para esconder su crimen, ordenó matar a una bibliotecaria, una mujer que no le había hecho ningún daño a nadie. Y también permitió que mataran a sangre fría a su viejo colega Assmann.

Charly se puso seria de repente, su sonrisa había desaparecido.

Le gustaría habérselo contado pero no podía. Además, ¿qué iba a contarle? ¿Debería describirle las imágenes que veía? ¿Harald Dettmann rompiéndole el pescuezo a Dietrich Assmann con un gesto experimentado? Hasta podía oír el crujido de los huesos al fracturarse, podía ver el cigarrillo de Assmann cayendo al suelo y a Dettmann pisándolo.

Pero ¿cómo iba a contarle eso a Gereon? ¿Sin que volviera a producirse una pelea?

Se apoyó en su hombro cuando él conducía el Buick por la Tiergartenstrasse hacia el oeste. La miró de reojo un segundo, y luego le pasó el brazo derecho por encima de los hombros.

Charly se sorprendía de sí misma: de esa necesidad de apoyo, de ese miedo a que se produjera otro altercado. Lo único que deseaba era un fin de semana tranquilo.

Miró los limpiaparabrisas luchando contra la lluvia. Había empezado a llover poco después de las dos, cuando se habían marchado del Castillo.

Pasó un buen rato así, apoyada contra él, disfrutando sencillamente de estar

sentada a su lado. Ya habían llegado a la iglesia memorial Kaiser Wilhelm y la cortina de lluvia apenas si dejaba intuir la punta de la torre, pero Charly tenía algo que decir, ya no conseguía dominarse. Se limitaría a mencionar el tema a ver cómo reaccionaba Gereon.

—En cuanto a Assmann —preguntó—, ¿crees que realmente fue uno de nuestros compañeros?

Notó que Gereon se encogía de hombros.

—Es difícil de decir. Más bien apostaría por una placa de policía falsa.

—Pues yo a uno como Dettmann sí lo veo capaz de hacer algo así.

—¡Charly! ¡No tienes que tomártelo tan personalmente! Es un gilipollas, pero no por eso ha de ser un asesino.

—Yo solo digo que lo veo capaz de hacer algo así.

—Cualquier persona es capaz de asesinar, eso es lo primero que Gennat nos enseña.

—¿Cualquier persona? ¿Tú también?

Se detuvo un momento antes de seguir hablando.

—Esto no tiene ni pizca de gracia —dijo él.

—Lo siento. —Se enderezó y lo miró—. Sé que lo de tu firma ha sido una jugarreta, pero precisamente por eso hay que tomar en consideración a alguien como Dettmann. Está al acecho.

Gereon se lo estaba pensando, ella lo veía en su rostro, pero no captaba su idea. Ella ya sabía qué nombre mencionaría antes incluso de que él abriera la boca.

—Fue una idea de Gustav Wengler —dijo él con total determinación—. Otro intento más de crearme problemas, igual que en Prusia Oriental. Estoy resultando una carga para él, y ya te digo yo que esa es una buena sensación. Al parecer lo estoy haciendo todo bien.

—¿Estás siendo realmente objetivo en este caso? Parece que quieras endosarle algo a Wengler a cualquier precio.

—¿«Endosarle» algo? —Gereon la miró indignado—. Ese hombre mató a su

prometida hace doce años y le endosó a otro el asesinato. Y encima sacó beneficio de ello.

—Un asesinato que no puedes probar.

—Pero que probaré, ¡ya puedes confiar en que lo haré! Y si no ese, entonces otro. El de Maria Cofalka, por ejemplo, o el de Dietrich Assmann.

—A ella no la mató él.

—No. —Gereon soltó una risa amarga—. Gustav Wengler nunca mata en persona a nadie. Ordena matar. ¿De qué le serviría si no ser director?

—¿Y tú me acusas a mí de tomarme las cosas demasiado a pecho? No deberías obcecarte tanto con Gustav Wengler.

—¿No debería? Tal como yo lo veo soy el único en nuestra brigada de Homicidios que se interesa en él. Todos los demás solo van detrás de Polakowski.

—No creo que Gennat se tome a la ligera el asesinato en la penitenciaría de la policía.

—No. Pero no ha interrogado a Gustav Wengler sobre eso, ¿o sí?

—Porque no aportaría nada.

—Wengler está detrás del asesinato de Assmann, es obvio. Así nadie más puede declarar en su contra.

—Si le hubiera dado una coartada todavía habríamos logrado hacer menos. Entonces los habríamos dejado a los dos en libertad.

—A lo mejor quería librarse de él. A lo mejor se había convertido en un fardo para él.

—A lo mejor —convino Charly—. Igual que sus anteriores compañeros de camino. No he tenido la impresión de que confiara en ninguno de ellos, ni siquiera en su hermano. Es posible que tengas razón: quería librarse de Assmann.

—Claro que lo quería. —Habían llegado a la Carmerstrasse. Gereon había aparcado justo delante del portal—. Pero para eso seguro que no ha contratado a Harald Dettmann. No se conocen.

—No —respondió Charly. Gereon tenía razón. Dettmann había estado totalmente ocupado con su Fantasma y no se había dejado ver ni una sola vez por la brigada Patria. Y, sin embargo, no se sacaba la imagen de la cabeza. Harald Dettmann desnuca a Dietrich Assmann. Luego empapa un pañuelo rojo con el agua de una botella de Pitralon. Anuda el pañuelo al armazón de la cama, vacía el resto de la botella sobre la cabeza de Assmann, tapa al hombre para que parezca que está dormido y luego se va de la celda.

Reina la calma, todo duerme. También tú podrías acostarte, pero sabes que no encontrarás la paz hasta que bajes del tren en Königsberg. Antes, el traqueteo de las ruedas de acero te ha calmado y te ha adormecido, pero esto no volverá a pasar.

Königsberg. Hace dos años que no has vuelto a la ciudad pero todavía sabes a dónde has de ir y a quién has de dirigirte.

Esa tabernucha en la Vogelgasse, tan angosta que nadie diría que tiene un cuarto trasero. Y uno que pone el mundo a tu disposición, un cuarto trasero en el que se puede comprar todo con dinero. Información y armas, anestésicos de todo tipo y una nueva vida.

Recuerdas la primera vez que entraste.

—Necesito un pasaporte.

—Eso está hecho. Pero te costará un dineral.

—Tengo dinero.

El botín de Sobotka. Todavía estaba en su escondite. En el bosque de Allenstein, cerca de un pueblo llamado Altschöneberg. El lugar donde había nacido Sobotka. Quince mil marcos. El dinero con que el atracador quería empezar una nueva vida cuando volviera a salir de la trena. Y lo que tú precisas para eso.

—Necesito algo más.

—Podemos conseguírtelo todo.

—¿También tubocurarina?

—¿Qué es eso?

—Un narcótico. En la clínica universitaria están investigando con él. En el departamento de anestésicos.

—No necesitamos la dirección.

Recuerdas cómo te miró. Con desconfianza.

—Pero será caro —advirtió.

—Lo dicho: tengo dinero.

Qué cara puso cuando colocaste un billete de mil sobre la mesa.

—Cuatro más si me lo conseguís todo. Y además me hacéis un favor.

—¿Tenemos que matar a alguien? ¡Eso no lo hacemos!

—No. —Le enseñaste tu argolla de hierro en el pie, debajo de la pernera derecha de tu elegante traje—. Tengo que sacarme esto de encima. Hoy mismo. —Viste por su sonrisa que ahora realmente te respetaba—. Y necesito un par de direcciones —dijiste mientras que volvías a bajarte la pernera—. De cuatro personas de Prusia Oriental que se han ido al oeste. Cuatro hombres de Marggrabowa.

—Ahora se llama Treuburg.

Asentiste. Sabías que el mundo había cambiado. Y le pusiste sobre la mesa una hoja de papel con los nombres y con las otras peticiones.

Te liberaste de la argolla del pie ese mismo día. Y dos semanas más tarde tenías todo lo que necesitabas. Un nuevo nombre, cuatro direcciones y tubocurarina suficiente para acabar con un elefante.

El traqueteo del tren no te adormece, penetra en tus pensamientos y provoca que suban a la superficie sombríos recuerdos.

El vibrar de los raíles.

El terraplén de las vías en el bosque de pinos junto a Wartenburg.

Sobotka sobre las traviesas, entre los raíles, cubriéndose la nuca con las manos. La cadena del pie que os une sobre el metal reluciente.

Tú tiras de la pierna con la cadena hacia fuera, Sobotka, por su parte, hacia dentro para que la cadena esté lo más tirante posible sobre el raíl.

Por el momento, del tren no se percibe más que una vibración. No has protegido tu nuca, solo te tapas los oídos cuando se acerca a toda velocidad y cada vez hace más y más ruido. Te tapas los oídos y tensas la cadena esperando lo inevitable.

Aunque te tapas los oídos, el sonido del tren aumenta tanto que empiezas a temblar, las gotas de sudor te cubren la piel y tiritas de frío, un fuerte viento se acerca rugiendo.

Cierras los ojos y esperas a que pase de una vez, pero dura una eternidad.

Un bramido arrasador, un chirrido, un rugido, un ruido atronador y entonces sientes un golpe que te sacude, un golpe en la pierna. Duele.

No te atreves a moverte, esperas a que ceda ese rugido ensordecedor y el viento. Oyes el chirrido, que el chirrido se aleja y por fin enmudece.

Y entonces abres los ojos. Te duele la pierna derecha. Te la tocas instintivamente, no notas ninguna herida: la cadena se ha desprendido y debe de haberte golpeado la tibia, una mancha morada, nada más.

A lo mejor cojeas, pero podrás seguir caminando. Y es lo que debéis hacer, debéis poner pies en polvorosa lo más deprisa posible. El maquinista ha parado el tren y pronto dará la alarma. Tardarán un buen rato en llegar al bosque y encontrar vuestro rastro, pero no tenéis todo el tiempo del mundo.

Te enderezas. Pero tu sonrisa triunfal se desvanece cuando miras las vías.

El recio cuerpo de Sobotka con su ropa de presidiario casi intacta, pero ahora está boca arriba. Falta una mano. Y la cara.

Algo le ha golpeado la cabeza. O ha arrojado la cabeza contra el tren que pasaba a toda velocidad por encima de él. No sabes, únicamente ves que donde hacía pocos minutos todavía se veía la sonrisa de Sobotka, esa que podía desterrar cualquier miedo del mundo, ahora no se ve más que una masa sanguinolenta.

Te encuentras mal, pero el miedo te empuja, el miedo a que vuelvan a encerrarte.

Hay algo que piensa por ti cuando te sacas la ropa y te pones la de Sobotka.

Cambias tu número, 466/20, por el suyo, 573/26.

Y luego te internas en el bosque lo más deprisa posible. Antes de que llegue el maquinista, antes de que llegue la patrulla de búsqueda, antes de que lleguen los perros. Antes de que encuentren al preso número 466/20 muerto.

Corres por el bosque y gritas, pese a todas las cosas horribles que acabas de vivir, te invade un entusiasmo nunca antes conocido. Es la libertad lo que sientes. Una libertad que solo puede regalar la muerte.

Había tenido que engañarla. Al menos en parte.

Era cierto que no podía quedar en el comedor de la policía, pero no le había contado toda la verdad del porqué.

—Tengo trabajo fuera del despacho —había dicho y, de hecho, tenía que interrogar a algunos de los testigos que decían haber visto a Jakub Polakowski en el fin de semana.

Sin embargo, ya había acabado mucho antes de la pausa del mediodía, tal como había imaginado, la visita a los tres no había merecido la pena. Una anciana sospechaba de su vecino, que siempre escuchaba la radio a todo volumen; era obvio que un contable sin trabajo había llamado a la policía por aburrimiento; y solo se podía tomar en serio al último testigo, un quiosquero de la estación de Silesia que decía haber visto a Polakowski el viernes. Cuando Rath le enseñó la foto que era más nítida que la impresa en los periódicos, asintió.

—Pasó por la estación el viernes por la mañana, seguro. Con una maleta pequeña.

Naturalmente, el hombre no pudo decirle a dónde había ido Polakowski, ni siquiera se acordaba de la hora aproximada. Rath tomaba apuntes al tiempo que no se hacía ninguna ilusión de conseguir seguirle la pista. De la estación de Silesia, que también tenía un andén para el tren rápido, se podía partir hacia casi cualquier lugar. A las once y veinte, ya había cumplido con sus obligaciones,

pero no volvió a la Alex aunque solo lo separaban de allí dos estaciones del tren rápido.

Había mentido a Charly, y precisamente el día en que habían hecho oficial su compromiso en el Castillo. Gennat lo había comunicado esa mañana en la reunión y Harald Dettmann, con el que Rath se había vuelto a encontrar ese día por primera vez desde su vuelta de Masuria, había mirado con malos ojos a los recién prometidos mientras los demás compañeros se unían a la felicitación de Gennat. Ahora ya estaba hecho, todos estaban informados y podrían haber brindado en el restaurante de la jefatura, pero en lugar de eso él recorría Friedrichshain rumbo hacia la orilla del Spree.

Bajó despacio por la Mühlenstrasse, un cigarrillo entre los dientes y las manos en los bolsillos del abrigo en dirección al puente Oberbaum, hacia el Osthafen, el puerto Este. Donde el año anterior Hugo el Rojo, el jefe de la Ringverein Berolina, había desaparecido sin dejar huella.

La limusina Adler negra, que pasó junto a Rath y luego se detuvo en el bordillo, no encajaba con ese entorno marcado por la industria, la criminalidad y la pobreza, pero nadie habría osado ni tan solo hacer un arañazo en la pintura del vehículo.

Todo el mundo sabía a quién pertenecía ese coche. También él.

La puerta del conductor se abrió y descendió un chino muy bien vestido. Por debajo de su sombrero asomaba una larga trenza negra, saludó a Rath con una breve inclinación de cabeza y abrió el vehículo.

—Gracias, Liang —dijo, y se sentó en el banco posterior con un hombre de complexión recia que en esos momentos leía unos documentos que al instante dejó a un lado.

—Señor comisario. Cuánto tiempo sin verlo.

—He estado de viaje.

—¿Me permite que le invite a comer? Conozco un buen restaurante chino muy cerca.

—Gracias, pero ya he quedado. —Rath había apagado su último cigarrillo

antes de subir al coche y ahora sacaba de la pitillera el siguiente Overstolz.

—Entonces nos limitaremos a pasear un poco por el barrio —dijo Johann Marlow, dando una indicación al chino. La pesada limusina se puso en marcha. Liang giró en la Warschauer Strasse.

—Le agradezco que haya accedido a este encuentro —dijo Rath, aunque le repugnaba tener que dar las gracias a Marlow, el rey del hampa. Sin embargo, no podía prescindir de su ayuda y hacía de tripas corazón. Aunque lentamente se iba acostumbrando a ello.

Marlow siempre lo había tratado honestamente, al menos y nunca había intentado embaucarlo, lo que no siempre se podía afirmar de todos los supuestos compañeros del Castillo. Como por ejemplo los gilipollas de Harald Dettmann o Frank Brenner. O traidores como Bruno Wolter y Sebastian Tornow. Incluso Andreas Lange no siempre jugaba limpio, y gente como Böhm y Gennat, más o menos, por no hablar de los diversos jefes de policía que había conocido.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Rath encendió un cigarrillo antes de hablar.

—Si estoy buscando en esta ciudad a un asesino de pago, ¿a quién he de dirigirme?

Marlow se echó a reír.

—¡Señor comisario! ¿Pretende librarse de sus superiores? —A continuación volvió a ponerse serio—. A mí no podrá recurrir para este tipo de servicios, y tampoco a nadie de la Berolina.

—¿Y de la Concordia?

—Tiene el mismo código de honor que la Berolina: nada de asesinatos.

Rath asintió. Si bien estas asociaciones controlaban el crimen organizado de la ciudad y no tenían nada de ingenuos coros juveniles, la mayoría se negaba a matar por encargo, al menos aquellas que se permitían el lujo de tener un código de honor.

Marlow miró escéptico a Rath.

—¿Qué quiere saber, señor comisario?

—La semana pasada mataron a un testigo en la penitenciaría de la jefatura. Fue un profesional.

No quería desvelarle nada más al jefe del hampa: no que el asesino se había presentado como un policía y, aún menos, la firma de quién había utilizado.

—Y cree que la Concordia está detrás.

—Creo que detrás está un hombre llamado Gustav Wengler. Un supuesto traficante de alcohol que tiene negocios con la Concordia. —Rath dio una calada al Overstolz—. Y sospecho que Wengler se ha sacado de encima a un testigo molesto con ayuda de la Concordia.

—¡Anda usted totalmente equivocado, querido comisario! —Marlow golpeó un cigarrillo contra la tapa del estuche y lo encendió.

—¿Qué quiere decir?

—La Concordia ya no tiene nada en absoluto que ver con Wengler.

—Hace una semana la gente de la Concordia prestó solícitamente su ayuda a la hora de embarcar botellas de alcohol destilado ilegalmente de Wengler en el Westhafen.

—Exacto —dijo Marlow—. Y aproximadamente ese fue el momento en que la colaboración que mantenía la Concordia con la compañía Mathée llegó a su fin.

—Un segundo. ¿La Concordia negociaba directamente con la Luisenbrennerei?

—«Negociaba», en pasado. ¿De qué otro modo iban a conseguir tantas botellas originales? Y son importantes, los yanquis pagan lo que sea por productos de marca, eso sí puedo asegurárselo. A estas alturas conozco muy bien el negocio.

Rath no dijo nada al respecto, captó la indirecta y no se olvidó de los dos mil dólares que había encontrado en su buzón.

—Lo que hay en el interior de las botellas es de segunda clase —siguió hablando Marlow—. Hay que tener en cuenta que los socios de ahí lejos vuelven a adulterarlo todo de nuevo. Con agua y alcohol medicinal. O con algo todavía peor. Pobres yanquis. —Marlow movió la cabeza riendo.

—¿Y ahora ha acabado la colaboración con Wengler?

—Los Piratas han sacado del negocio a la Concordia, y si quiere saber mi opinión, con el consentimiento expreso de Gustav Wengler. —Marlow dio una calada a su cigarrillo—. Y si en este asunto había que eliminar a un testigo, Hermann Lapke, el jefe de los Nordpiraten, se ha ocupado de hacer el encargo. —El gángster sonrió—. Y entonces, querido comisario Rath, yo, en su lugar, indagaría entre sus compañeros de trabajo, tal vez encuentre en ese círculo al asesino.

Rath se quedó atónito. Estaba seguro de no haber mencionado ni al falso policía ni la placa. Las palabras de Charly daban vueltas en su mente. Pero el comisario Dettmann tenía menos relación con una Ringverein que con Gustav Wengler. ¿O no?

—¿Qué tienen los Piratas contra la Concordia? Yo pensaba que estaban enemistados con usted y con la Berolina.

—Lampek nos deja ahora en paz porque se da cuenta de que está perdiendo el tiempo. —Marlow inhaló el humo con fruición—. Pero los Piratas atosigan bastante a la Concordia, con la que compiten en el noroeste. Lapke ya se ha cargado a cinco de ellos. —Miró a Rath—. Usted mismo investigó estos casos. Se publicó en los periódicos.

—El Fantasma. —Rath asintió pensativo—. Y todas las víctimas se relacionaban con la Concordia...

—A algunos no les gustaría que eso quedara grabado en sus lápidas, a Riemann, el elegante abogado de Charlottenburg, por ejemplo, Dios lo tenga en su gloria, pero así es: las víctimas del Fantasma son todas gente que Marzewski necesitaba de algún modo para sus negocios.

—¿Paule el Polaco?

—No lo llame así. Es posible que le mate a tiros. Aunque, por lo demás, es un tipo muy simpático.

—¿Masuriano?

Marlow se encogió de hombros.

—Prusiano, en cualquier caso. Llegó a Berlín hace un par de años procedente de Königsberg.

—Entonces Wengler lo conoce desde hace tiempo.

—Es posible. Aun así, ahora ya no son amigos. Marzewski teme convertirse en la siguiente víctima del Fantasma. Al menos lleva desaparecido un par de días.

—¿Y detrás de todos los asesinatos del Fantasma están los Piratas?

—Detrás está Lapke. Desde que hace más de un año salió de la prisión de Tegel tiene un contacto, sorprendentemente bueno, con la Policía de Berlín.

—¿Qué quiere decir?

—En cualquier caso, no es por pura coincidencia que se salvase en el pasado de la Mano Blanca, mientras que su amigo Höller tuvo que morir.

—¿Se refiere a que Lapke estaba conchabado con la Mano Blanca?

—A lo mejor todavía lo está.

—La Mano Blanca ya no existe. La desmantelaron hace un año.

—Sea como sea, el asesino a sueldo de Lapke, llámelo Fantasma o como quiera, es uno de sus compañeros, señor comisario, hágame caso.

—El Fantasma es un tirador de alta precisión, a la víctima de la penitenciaría de la policía lo desnucaron.

Marlow hizo un gesto de ignorancia.

—Me extrañaría en todo caso que Lapke, precisamente en este caso, hubiera confiado en otro.

—¿Y qué policía se supone que es?

—Si lo supiera, ese hombre ya habría huido, puede estar seguro. O estaría muerto.

—Está usted muy bien informado.

—En mi ramo la información es esencial —respondió Marlow, y Rath recordó el lema de su padre: «Saber es poder».

Reflexionó y apagó el cigarrillo en el cenicero. Era tan grande como la guantera del Buick.

—¿Cree usted —preguntó—, que Paul Marczewski accedería a declarar contra Gustav Wengler?

—Quiere a toda costa que Wengler no se salga de esta, ¿verdad? —Marlow sonrió irónico—. Si eso perjudica a los Piratas tiene mi apoyo. Por otra parte, me temo que Marczewski no causará la mejor impresión como testigo ante un tribunal, y tampoco estará encantado con esta operación, pero... —Marlow arrojó su cigarrillo por la ventana— ya veré qué puede hacerse con eso.

No llevaba ni medio día sentada a ese escritorio y ya sentía que había caído en la antigua rutina.

Durante el fin de semana todavía se había hecho la ilusión de trabajar para la brigada de Homicidios, había hablado con Gereon sobre el muerto en la celda de arresto y mencionado un par de veces más el nombre de Dettmann sin que el señor Rath saltara.

Por lo menos sus compañeras habían descubierto la pandilla de chicas de Wedding. Los interrogatorios se habían realizado mientras Charly trabajaba en el caso Patria, y ahora debía estudiar las actas junto con Karin van Almsick, con la que volvía a compartir despacho, en busca de peculiaridades o contradicciones.

Aunque en sus asaltos en el metro las chicas actuaban de forma bastante brutal y amenazaban a sus víctimas con navajas que abrían delante de sus narices, Charly más bien sentía pena por esas pobres crías.

La más joven de la pandilla tenía catorce años y la mayor diecisiete, todas sin techo, chicas sin padres que de algún modo iban tirando. Charly no pudo evitar recordar a Alex, a quien había conocido hacía un año. ¿Dónde debería de estar ahora? Al principio había tenido miedo de encontrar en las actas el nombre de Alexandra Reinhols, y se alegró de que no fuera así. También Alex había robado, también había utilizado un cuchillo de vez en cuando, pero a Charly le gustaba esa chica. Esperaba que hubiera vuelto a encauzar su vida, y también su amiga Vicky.

—¿En qué piensas?

Karin van Almsick era una compañera muy cotilla.

—Deja que adivine: en él, ¿verdad?

Al igual que en la Inspección A, esa mañana se había dado a conocer el compromiso de la aspirante Ritter con el comisario Gereon Rath. Charly había recibido las felicitaciones de sus compañeras y había prometido llevar un pastel al día siguiente.

—Hum, no, en realidad no —respondió—. Si te soy sincera, no pienso tanto en Gereon.

Charly intentó volver a concentrarse en el acta del interrogatorio que tenía delante de ella, pero su compañera no le dejó.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis, en realidad? Pfeiffer, de delincuencia juvenil, dice que ya trabajaste en la brigada de Homicidios hace tres años. Como taquígrafa.

—En efecto, ahí conocí a Gereon Rath. Una conclusión muy inteligente. Se nota que eres una criminalista.

La compañera sonrió ingenuamente. No había entendido la sarcástica observación de Charly y tal vez fuera mejor así.

—¿Y desde entonces sois pareja?

—Lo éramos y luego dejamos de serlo. Por decirlo de algún modo nos hemos ido amoldando el uno al otro.

Karin van Almsick la miró compasiva.

—¡Qué horror!

—No es para tanto. Hay otros hombres.

Charly lo había dejado caer, pero la frase había causado un asombro increíble en su compañera.

—Esto era una broma, ¿no?

—¿Cómo?

—Lo de los otros hombres. De verdad no habrás...

Karin casi parecía que iba a reventar de curiosidad.

—Si quieres saberlo con exactitud: ha habido algunos otros hombres en mi

vida, unas veces más en serio que otras. Hay que poder comparar. Es lo que se hace al comprar, ¿por qué no hacerlo también en los asuntos realmente importantes?

Karin van Almsick necesitó un par de segundos antes de ser capaz de volver a cerrar la boca.

Una pueblerina. Venía de Wriezen o similar. En cualquier caso estaba escandalizada por las costumbres berlinesas. O por la depravación de las costumbres, así lo llamaría ella.

Karin se levantó.

—Voy a prepararnos un té —dijo sonriendo, pero se le notaba que estaba contenta de evitar a su compañera por unos minutos.

Charly la siguió con la mirada. «Mejor dejar las cosas claras desde un principio —pensó— que tener que andar luego dando rodeos todo el tiempo.»

Karin van Almsick llegó más deprisa de la cocina de lo esperado. La puerta se abrió y ella apareció de nuevo en la oficina. Sin tetera, pero jadeante. Y blanca como la leche.

—Hay alguien fuera —anunció.

—¿Y? —preguntó Charly.

Karin van Almsick respiraba con dificultad y daba la impresión de haberse encontrado con el diablo en persona.

—Un negro —respondió—, Charly, ahí... ahí fuera hay un negro, ¡y quiere hablar contigo!

Rath no aguantaba estar sentado quieto esperando, pero no le quedaba otro remedio. ¡Qué idea tan absurda ir a ver a esa hora a Gennat! Debería haber pensado que no lo atendería enseguida. Pero por el momento, pensar era precisamente su problema, pensar con claridad, al menos. Había llamado sin pensar y preguntado por el consejero, Trudchen Steiner le había pedido que tomara asiento un momento y ahí estaba él, sentado y sin poder marcharse.

No obstante, sentía una inquietud interior que convertía su espera en una tortura. Se imaginaba haciendo miles de otras cosas antes que estando ahí aguardando una audiencia con Gennat. Pero tal vez fuera mejor que no hiciera esas cosas.

Por ejemplo, entrar en el despacho de ella, acercarse a su escritorio y preguntárselo.

¡Con quién demonios había quedado el miércoles cuando él le dio dado calabazas!

Después de la conversación con Marlow había ido a tomar un bocado antes de volver, con una albóndiga en la mano, al Castillo. No había contado con que iba a encontrársela en el Aschinger, de lo contrario habría entrado en otro sitio. Involuntariamente había buscado protección detrás de una señora gorda que esperaba en la fila, la mala conciencia tras el encuentro con Johann Marlow funcionaba automáticamente.

Y entonces vio que no estaba sentada sola a la mesa junto a la ventana.

Precisamente en el Aschinger, donde la mitad de la jefatura iba a buscar la comida del mediodía. Ella estaba allí sentada a la vista de todo el mundo.

La señorita Charlotte Ritter, cuyo compromiso con el señor Gereon Rath acababa de anunciarse públicamente, estaba ahí sentada comiendo sin su prometido. Pero no sola.

Con un negro.

Con un negro que, en ese momento, mientras Rath miraba con disimulo, mostraba su reluciente dentadura blanca. Y Charly se reía de lo que ese hombre acababa de decir y estaba tan concentrada en su interlocutor que ni siquiera se había dado cuenta de que él estaba haciendo cola.

Había reprimido su primer impulso de acercarse allí y propinar un bofetón a ese tipo, había emprendido la retirada.

Si no acabara de haber visto a Johann Marlow, sobre cuyo contacto con la Policía de Berlín Charly nunca debía enterarse, sobre todo porque ese contacto llevaba el nombre de Gereon Rath, le habría pedido explicaciones. Y echado a puñetazos a ese negro del local.

Quizás era mejor que no lo hiciera. Pero después se habría sentido más descansado. Quizá.

¿Quién era ese? ¿Por qué se había encontrado Charly con él? ¿Y cómo es que todavía no le había contado que había un negro en su círculo de conocidos? La verdad es que pinta de abogado no tenía.

Se quedó mirando el retrato de Hindenburg en la antesala de Gennat e intentó pensar en otra cosa, pero una y otra vez pasaban por su cabeza las mismas imágenes. ¡Charly ahí sentada y riéndose con un negro!

Fue Trudchen Steiner quien lo sacó de ese tiovivo imparable de pensamientos.

—El señor consejero puede atenderlo ahora.

Ernst Gennat estaba sentado al escritorio.

—¿Algo importante? —preguntó el Buda.

«Mi prometida se ve a escondidas con un negro.»

—¿Cómo le va al compañero Dettmann con el caso Fantasma? —preguntó

Rath.

Tal vez no era precisamente la forma más elegante de abordar el tema. Gennat lo miró con desconfianza.

—¿Desea recuperar su antiguo caso, señor comisario?

Claro que sí. Y si además eso le permitía llevar a Gustav Wengler ante los tribunales, mejor todavía.

—Claro que no, señor consejero, es... —Rath encendió un cigarrillo. Pocas veces se había sentido tan nervioso en ese despacho. Lo que también podía deberse a que sus pensamientos constantemente se desviaban hacia Charly—. A lo mejor tengo nuevos hallazgos sobre el caso...

—Pensaba que actualmente la brigada de Homicidios Patria estaba ocupada intentando encontrar a Jakub Polakowski.

—Es en este contexto que he tropezado con nuevos datos. Bueno, en relación con las investigaciones contra Gustav Wengler.

—Debería dirigir su atención a Polakowski —dijo Gennat—, él es nuestro sospechoso de asesinato. En este caso, Wengler es la víctima. Bueno, la víctima en potencia. Lo vigilamos para protegerlo.

—Con su permiso, señor consejero, Gustav Wengler es un asesino y un traficante de alcohol. Y para ocultar sus negocios con el alcohol adulterado ha mandado matar a quien ha sido durante años su jefe ejecutivo.

—Hasta ahora esto no es más que una teoría.

—Pero tengo material para apoyar esta teoría. —Rath dio una calada al cigarrillo—. Wengler se ha aprovechado de la rivalidad entre dos organizaciones criminales, se ha pasado de la Concordia a los Nordpiraten.

—¿Adónde quiere llegar?

—El asesinato de la penitenciaría podría ser responsabilidad del Fantasma. El hombre asesina por encargo de Hermann Lapke y de esa forma hace un favor a su nuevo socio Wengler.

Gennat miró a Rath, con una expresión más que grave, escandalizada, luego cogió el teléfono.

—Señorita Steiner, en los próximos diez minutos no quiero ser interrumpido bajo ninguna circunstancia. Ni siquiera por usted.

Colgó y calló unos minutos.

—¿A quién le ha contado todo esto?

«Charly se ve con un negro.»

—¿El qué?

—Pues lo que sospecha.

—A nadie, señor consejero, es usted el primero.

—Y así tiene que permanecer. —Gennat arrugó la frente—. ¿Cómo ha llegado a esta conclusión? El Fantasma es un tirador de precisión Y a Assmann lo desnucaron.

—Tenía que ser rápido. Y la penitenciaría de la policía es el peor lugar imaginable para un tirador de precisión.

—¿Y dónde ha obtenido usted esta información?

Rath dio una calada al Overstolz.

—Me lo ha contado un informador de la Ringverein Berolina. Según él el Fantasma es algo así como el asesino a sueldo de Lapke.

—La Berolina...

—Sí, señor. Una Ringverein en buena relación con la Concordia. Del entorno de la cual surgen la mayoría de las víctimas de nuestro Fantasma, cuando no todas.

—¿Opina que los Piratas vuelven a sembrar cizaña en el hampa?

—A lo mejor es Lapke personalmente. —Rath bajó la voz como si alguien no deseado tal vez pudiera escucharlos—. En el mundo del hampa se supone que Hermann Lapke colaboró directamente con la Mano Blanca hace un año. Y que su Fantasma es, por decirlo de algún modo, un residuo de esa época, lo que, naturalmente, equivaldría a...

—Que el Fantasma es un agente de policía —concluyó Gennat la frase.

Rath asintió.

—Así tendría acceso a la penitenciaría. Fue realmente un compañero. Basta

con que enseñemos las fotos de todos los agentes de la Policía Criminal al guardia del miércoles por la noche.

—Me temo que será difícil. —Gennat lo miró con gravedad—. Hace tres días que el guardia Studer está desaparecido.

El Buda había puesto una cara de auténtico conspirador.

—Lo que ahora tengo que decirle, comisario Rath, no puede salir de estas cuatro paredes. ¿Puedo confiar en usted? ¿Al cien por cien?

—Por supuesto, señor consejero.

Gennat le lanzó una mirada estimativa antes de seguir.

—Los asesinatos del Fantasma empezaron de hecho en otoño del treinta y uno, poco después de desarticular la Mano Blanca —dijo—. Sospechamos que por aquel entonces se nos escapó alguien que entretanto había convertido su pasatiempo en profesión. Una lucrativa segunda profesión.

—Matar a delincuentes o a sus cómplices y ganar dinero con ello. —Rath apagó su cigarrillo—. Entonces ¿es realmente un policía?

—Pero esto debe quedar entre nosotros. Y sobre todo lo que voy a decirle ahora. ¡Ni una palabra a nadie!

Gennat miró insistente a los ojos de Rath y este asintió como hipnotizado.

—No solo sabemos que se trata de un compañero —señaló el consejero—, también conocemos su identidad.

Ya habían pasado cuatro días en la zona sin dar con el paradero de Jakub Polakowski. A estas alturas, todas las grandes comisarías prusianas estaban en posesión de su foto, la sección de Búsquedas había peinado todo Berlín y todas las ciudades por las que Polakowski había pasado durante su campaña de venganza... sin obtener ningún resultado.

No había ni rastro de él.

También se había suministrado fotos a la Policía Criminal de la Ciudad Libre de Danzig; pero Polakowski no había aparecido delante del hotel de Wengler. El fabricante de licores seguía hospedado en el Edén y de vez en cuando se reunía con sus abogados o con miembros de su familia. Wengler parecía querer poner orden en todos los asuntos de su hermano muerto. Y, al menos eso es lo que pensaba Rath, planificar otros negocios con el alcohol de contrabando.

Ya llevaba una semana en su ciudad natal. Rath se preguntaba cuándo iba a volver Gustav Wengler a ocuparse de sus asuntos en Treuburg, sobre todo porque el jefe ejecutivo había muerto y, con ello, la Luisenbrennerei no tenía dirección. ¿O acaso se había encargado ya hacía tiempo el señor director de nombrar a un sucesor?

Bah, mañana a más tardar regresaría, un individuo tan vinculado a la política como Gustav Wengler no se perdería las elecciones federales de Alemania. A lo mejor hasta era de aquellos a los que la prensa fotografiaba metiendo su voto en una urna.

Rath no se sentía bien esos días. Le pesaba el secreto que el Buda había

compartido con él. Le habría gustado contárselo al menos a Charly, pero Gennat le había advertido expresamente que tampoco la pusiera a ella al corriente. El secreteo todavía era mayor que hacía un año, cuando habían descubierto la alianza secreta de la Mano Blanca, agentes de policía frustrados que se habían tomado la justicia por su mano y mataban a delincuentes habituales.

Y el último de esa alianza todavía andaba suelto asesinando. Aunque ahora lo hacía por dinero.

Al principio, Rath se había sorprendido cuando Gennat le mencionó el nombre, pero luego ya no.

—El comisario Dettmann —le había dicho el Buda.

—¿Dettmann? ¿Y le encarga a él su propio caso? ¿Para que pueda borrar todas las huellas?

—¿Qué huellas? No hay ninguna. Ya conoce usted los expedientes. Le he dado a él el caso para que se sienta seguro.

—Arrestarlo sería más conveniente.

—Imposible sin pruebas.

Y Gennat tenía razón: no tenían ninguna prueba, solo indicios no efectivos ante el tribunal.

Así que debían ser pacientes.

Lo que le resultaba difícil.

Rath no era el único en la Carmerstrasse que escondía algo, tampoco Charly había contado nada hasta la fecha. Respecto a con quién se había reunido el lunes al mediodía no había dicho ni pío.

¿Quién era ese condenado negro?

Rath creía incluso haber pillado algún cotilleo sobre el tema en el comedor de la jefatura, pero no estaba del todo seguro porque los chismorreos se habían interrumpido en cuanto lo habían reconocido. Pero él había oído la palabra «negro», ponía la mano en el fuego, y las miradas que le habían lanzado los compañeros cuando interrumpieron sus conversaciones, esas miradas llenas de burla y compasión, ya lo decían todo.

Había intentado no pensar en ello, había recordado su propio resbalón en Masuria, esa extraña noche con Hella Rickert. Por supuesto, eso nunca se lo contaría a Charly, no era asunto de ella. Acaso Charly no le contaba nada del negro porque ella también... con él...

Los celos de Rath iban en aumento con cada día que pasaba. Pocas veces había hecho tantas veces el amor con Charly como últimamente, y en ocasiones pensaba que lo hacía solo para sentir que la poseía, que era su mujer y que no pertenecía a nadie más.

¿Quién era ese negro? No quería saber más. Y por qué ella no le contaba nada de él...

Incluso había pensado en contratar a un detective para enterarse de la vida privada de Charly, pero había desistido en el empeño. No solo porque los sabuesos privados que conocía en Berlín eran bastante malos y de moral dudosa, sino también porque dando un paso así habría reconocido definitivamente que estaba celoso.

En la Inspección A, la vida había vuelto a su normalidad. Visto de ese modo, Charly había regresado a su escritorio en el momento adecuado. Y ella tampoco se quejaba, se había resignado. Era evidente que se entendía la mar de bien con sus compañeras y que nadie en la Inspección G la envidiaba por haber trabajado tres semanas en la Inspección de Homicidios.

Esa semana, Rath había quedado tres días para comer en el restaurante de la policía con ella y había disfrutado mostrándose en público a su lado, presentándola a sus compañeros como «mi prometida, la señorita Ritter».

Tal vez fueran los celos lo que la unía tan estrechamente a ella, pero le daba igual, estaban ensayando algo así como el matrimonio, se sentaban juntos por las noches para escuchar la radio o los discos y hablaban de su trabajo. Y se guardaban sus secretos para sí. Pero a lo mejor eso era lo propio de un matrimonio, él intentaba asumirlo aunque le costaba.

Hasta irían a votar juntos el domingo, así se lo había prometido él. Y todavía no sabía dónde poner la cruz. Le parecía absurdo: a fin de cuentas sería el viejo

Hindenburg el que decidiría quién podía ser canciller del Reich. Y quizá fuera mejor así, el viejo no permitiría que ningún nazi ocupara el gobierno, estaban por debajo de su nivel. Lo único que Rath deseaba en esas elecciones era que volvieran a descender los votos por los nazis y los comunistas, y con ello también la frecuencia de las peleas en las calles. A lo mejor el nuevo gobierno prohibía otra vez las SA y las SS para que la vida en Berlín y en otros lugares de Prusia volviera más o menos a la normalidad. Que no se dijera nunca más de la policía prusiana que no dominaba la situación.

Pero más que todas estas cuestiones, mucho más, le interesaba otra pregunta. ¿Quién era ese condenado negro?

El domingo de las elecciones a lo mejor llevaba discretamente la conversación hacia el tema de los nazis y su maldito racismo. ¿Había realmente negros alemanes? Ese era un tipo de pregunta que uno podía dejar caer como si nada.

Apartó estos pensamientos a un lado y se concentró de nuevo en el expediente que tenía sobre la mesa. Había dedicado gran parte de la semana a hacer un informe de los incidentes que le habían ocurrido en Masuria. Odiaba todo ese papeleo. Pero ahora el informe por fin estaba en el punto en que podía dárselo a Böhm sin que este se lo tirase por la cabeza. O al menos eso esperaba.

A lo mejor Böhm se había ido. La mayoría de los compañeros ya habían empezado el fin de semana, era el único que quedaba en el despacho. También Charly se había despedido hacía una hora, había quedado con su amiga Greta para ir de compras.

O es que volvía a encontrarse con...

Estaba como embrujado. Otra vez le daba vueltas a la imagen: Charly y ese hombre a la mesa de la ventana del nuevo Aschinger.

Sonó el teléfono y Rath se sintió así agradecido por poder dejar de pensar. Era la llamada que había estado esperando toda la semana.

—Kowalski —dijo—, ¿también hacen horas extra en Königsberg?

—He estado trabajando mucho con los compañeros de la división de Robos.

—¿Y? ¿Ha averiguado algo?

—El robo en la clínica universitaria, el 30 de octubre... —Kowalski hizo una pausa, como si quisiera cerciorarse de que nadie lo estaba escuchando—. Ahora sé qué banda de delincuentes se esconde detrás de él. Los compañeros no pudieron probar nada, pero están seguros de que ha sido la columna de Marczewski la que ha metido mano en este asunto, llevaba su firma.

—¿Marczewski?

—Así sigue llamándose el grupo todavía, aunque el jefe vive desde hace un par de años en Berlín.

—Paule el Polaco.

—¿Cómo?

—Es así como se llama aquí. Se ha hecho cargo de una Ringverein. Por lo visto ha crecido con el contrabando de alcohol.

—Puede ser. En cualquier caso tenemos a un infiltrado en la columna y a través de él he podido averiguar alguna cosa. Le he enseñado la foto que me envió y ha reconocido al hombre.

—¿Y? —Rath sintió que su instinto de caza despertaba.

—Ese individuo pagó por la sustancia de la clínica. Encargó el robo y hasta sabía dónde realizarlo.

—Interesante

—Sí, y ese no fue el único encargo que hizo a la banda de Marczewski. También quería un pasaporte nuevo. Y la dirección de cuatro personas de Treuburg que ya no vivían ahí.

—Deje que adivine: ¿esos cuatro hombres ya no están vivos?

—Así es.

—¿Sabían los de la columna que con esas direcciones le servían a un asesino sus víctimas en bandeja de plata?

—El informador lo niega. Pero si quiere saber mi opinión: en caso de necesidad, habrían vendido a su propia abuela si Polakowski se lo hubiera pedido. Les puso varios miles de marcos sobre la mesa, así de sencillo. Delante

de eso cualquier canalla flaquea. Solo me pregunto de dónde sacaría tanto dinero un preso acabado de escaparse.

—Seguro que era el botín de los atracos de su compañero de fuga —respondió Rath—. Muchas gracias, Kowalski, muy buen trabajo.

—Gracias, señor comisario, ya sabe, a pedir. Pero nuestro informador ha dicho lo más interesante al final...

—¿Y era?

—Que había vuelto.

—¿Quién?

—Polakowski ha recurrido otra vez a la columna de Marzewski. El domingo pasado. Necesitaba más tubocurarina. Y se la dieron.

Wilhelm Böhm todavía estaba sentado a su escritorio, pero ya llevaba el sombrero y el abrigo puestos. Hablaba por teléfono.

—Mantenga los ojos abiertos. Es posible que vuelva pronto.

El comisario jefe colgó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rath.

—Los compañeros de Danzig —respondió Böhm—. Han perdido de vista a Gustav Wengler. En un mercado.

—Vaya, cosas que pasan —dijo Rath. Y dejó una gruesa carpeta sobre el escritorio de Böhm—. A propósito de Wengler. Mi misión en Masuria. El informe.

—Por fin. —Böhm cogió la carpeta y la abrió—. Gracias, señor comisario. Pero ya era hora.

Era imposible que Wilhelm Böhm se limitara a dar amablemente las gracias.

—Es bastante extenso —indicó Rath—. Y yo tenía otras cosas que hacer al mismo tiempo.

Se quedó quieto. Vacilante. No sabía cómo informar a Böhm sobre la llamada de Kowalski. No sabía si realmente tenía que contárselo al comisario jefe.

Böhm, que había hojeado por encima el expediente, levantó la vista.

—¿Algo más, señor comisario?

—Sí. Y no.

Böhm frunció el ceño.

Rath hizo un segundo intento.

—Polakowski —dijo—. Creo que ya está en Treuburg a la espera de Gustav Wengler.

—¿Cómo ha llegado a esta conclusión?

—Es un presentimiento.

—Pues entonces deje que las fuerzas de la policía local comprueben la veracidad de su presentimiento. En una ciudad de provincias enseguida se podrá encontrar a alguien como Polakowski.

—Con su permiso, señor comisario jefe, pero no confío en la policía de Treuburg. —Rath señaló su informe—. Está todo ahí. Veo capaz al sargento Grigat de matar a Polakowski.

—¿Un policía asesino?

—No sería la primera vez. Seguramente lo vendería como que fue en defensa propia o que disparó porque Polakowski se dio a la fuga. En cualquier caso, Grigat está compinchado con Wengler y este no tiene el menor interés en que ese hombre caiga con vida en las manos de la policía. Es el único testigo de un viejo asesinato.

—Y un asesino múltiple.

—Pero tampoco por eso se le puede abandonar para que alguien se tome con él la justicia por su mano.

—Hum —musitó Böhm, rascándose la barbilla.

—Además —prosiguió Rath—, ¿qué efecto produce que la Policía de Berlín pida la ayuda de las autoridades a causa de una intuición?

—Tampoco da buena impresión que a causa de una intuición la Policía de Berlín emprenda un costoso viaje de trabajo.

—Es el fin de semana —dijo Rath—, a lo mejor se puede emprender un viaje

privado de fin de semana.

—¿Qué es lo que tiene en mente?

—A lo mejor viajo otra vez a Treuburg. Pero esta vez en viaje particular.

—¿No quiere ir a votar mañana?

—Hay cosas más importantes.

Y antes de que Böhm pudiera contestar, Rath ya había salido a toda prisa del despacho y se precipitaba escaleras abajo.

Se había tomado el «hum» del comisario jefe como un asentimiento. No tenía que brindar ninguna oportunidad a Böhm de volver a expresarse. En tal caso seguro que retendría a su comisario.

El día anterior, Rath había llenado el depósito del Buick, en la cartera todavía tenía más de cien marcos, sería suficiente. Rath condujo el coche por la Kaiserstrasse y luego por la Frankfurter Allee. El tráfico todavía era un poco denso hasta Lichtenberg, pero luego, detrás del puente del tren rápido, pudo dar gas.

Le habría gustado llevarse a Charly y quizá ella lo habría acompañado aunque normalmente siempre intentaba disuadirle de sus locas ideas.

Pero se había ido con una amiga a Tauentzien, la calle comercial, a gastar un poco de dinero.

¿Cómo iba a dar con ella ahora?

¡A la mierda!

No le quedaba otra elección. Al menos eso sentía él. Tenía que hacer lo que debía. Y deprisa, si todo iba bien, con el Buick necesitaría quince horas aproximadamente. Al día siguiente, a más tardar, Gustav Wengler estaría votando en Treuburg, de eso estaba convencido. Y él quería estar allí.

Y quizás era mejor viajar a Masuria sin Charly... cuando pensaba en Hella Rickert y en que las dos posiblemente coincidieran allí.

Aceleró y, pese a ello, tardó casi cinco horas en llegar a la frontera. En Schneidemühl, la última ciudad alemana antes del Corredor, encontró una

gasolinera. En la pared de la caseta del cajero había un teléfono público. Mientras el empleado de la gasolinera se ocupaba del coche, Rath se dirigió a él.

Eran casi las ocho y por supuesto ella ya llevaba tiempo en casa. La conexión no era buena, la voz de Charly llegaba ronca por el auricular.

—¿Gereon? ¿Dónde te has metido? ¿Horas extra?

—No. —Decidió ser breve y conciso. Decir la verdad sin rodeos—. Estoy en una gasolinera —respondió—. En Schneidemühl.

—¿Qué?

—En Schneidemühl. En la frontera polaca.

El silencio al otro extremo del cable no prometía nada bueno. Charly acentuaba cada palabra cuando le hizo la pregunta y con cada palabra iba elevando el tono de su voz.

—¿Qué? ¿Haces? ¿Tú? ¿En? ¿Schneidemühl?

—Tranquilízate. Es por Polakowski. Sé dónde se esconde.

—¿Y te permites hacer un viaje extra? Gereon, no querías...

—De viaje extra nada, Böhm está al corriente.

Se quedó muda. Bien.

—No te preocupes, Charly. Tengo que colgar, se me están acabando las monedas. Te quiero.

Colgó.

Hasta la frontera no faltaba mucho. No parecía ser el único que quería pasar en Prusia Oriental el fin de semana. Delante del punto de control se había formado una larga fila. Gennat no había exagerado. Primero necesitaba un visado de tránsito que le costó un marco sesenta y mucha paciencia hasta que finalmente estuvo sellado y firmado. Pasó también mucho rato hasta que el policía de Aduanas polaco, que por lo visto se tomaba su profesión muy en serio, hubo registrado el coche. Encontraron incluso una de las pelotitas de goma de Kiguí que hacía mucho que echaban de menos. Lo más desagradable fue que no pudo llevarse su arma reglamentaria. Le confiscaron la Walther y le dieron un resguardo con el cual, según le explicaron, podría recoger el arma al presentarlo

en el viaje de vuelta. Y cuando ya hubo resuelto todo esto, Rath todavía tuvo que pagar cinco eslotis de peaje. Los aduaneros no aceptaban marcos del Reich, tuvo que ir a una oficina de cambio que de nuevo cobró una comisión rayana en la usura. A esas alturas, Rath ya se arrepentía de haber salido en el coche; el viaje en tren habría sido más agradable, incluso habría podido soportar mejor un vuelo pese a su miedo a los aviones. Pero ahora ya había acabado con todo el papeleo y ya no había marcha atrás. Según el visado tenía veinticuatro horas para cruzar el Corredor, lo consiguió en dos horas y media. Bromberg y Thorn eran las dos unas ciudades bonitas, pero él no se detuvo, ni para mear, solo quería llegar lo más deprisa posible a Deutsch Eylau y con ello al suelo prusiano.

La hostilidad con que lo habían tratado los aduaneros polacos le hacía temer que los civiles polacos no se comportarían mejor con él si descansaba y reconocían que era alemán. Prefería curarse en salud.

La entrada en Prusia Oriental transcurrió con menos problemas que la de Polonia; los aduaneros le pidieron el visado, el pasaporte y el carnet de conducir. Una buena media hora después, ya pisaba suelo alemán.

Entretanto, casi era medianoche.

A Charly la esperaba un agradable día cuando se dirigió a la puerta con la perra. La temperatura había vuelto a subir. Sentía en la piel los rayos de sol y un ligero viento que relegaba su cansancio al olvido. ¡Menuda noche! Estaba tan enfadada que había tardado un montón en dormirse.

Gereon Rath. ¿Qué tenía ese hombre en la cabeza?

Pero más que enfadada con él, lo estaba consigo misma. De lo tonta que era de estar cuidándose de la casa y la perra mientras que el señorito se iba de viaje. Ni siquiera le había dejado el coche, ¿es que no podía haber cogido un avión? No estaba tan segura de que se hubiera marchado tan precipitadamente a Masuria con la bendición de Böhm.

Y ella que estaba tan contenta pensando que saldrían al campo. Y que irían a votar.

Charly recordó la última semana en la que habían estado practicando el matrimonio aplicadamente. ¿Formaba parte de la rutina matrimonial pasar los fines de semana sola?

¡Tal vez, pero no para Charlotte Ritter! Recuperaría la excursión al Wannsee que le debía a Greta. Su colegio electoral se encontraba, de todos modos, en Moabit, así que podía ir a echar un vistazo a la Spenerstrasse. A lo mejor podía pasar la noche allí, ¡ella no tenía por qué mantener caliente la cama de Gereon Rath en la Carmerstrasse!

Tiró con fuerza de la correa porque Kiguí no la seguía cuando fue a cruzar la calle. La perra la miró sorprendida y trotó detrás de ella; Charly se arrepintió al

instante de haber descargado su rabia en el animal. Kigúí no tenía ninguna culpa de los caprichos de su amo.

En la Steinplatz se quedó parada delante de la columna de anuncios con los carteles de las elecciones. ACABEMOS CON EL SISTEMA, exigía el KPD. LOS TRABAJADORES HAN DESPERTADO, afirmaban los nazis. Ahí en Charlottenburg no abordarían con esos lemas a muchos votantes. Para eso más bien los nacionalistas alemanes, que habían pegado carteles con la frase MÁS PODER PARA EL PRESIDENTE DEL REICH, mostrando al viejo Hindenburg. Ninguno de los tres partidos tenía mucho que ver con la democracia así que tampoco tenían mucho interés por las elecciones. El poder era lo que les interesaba, exclusivamente el poder.

Ya iba a encaminarse hacia el parque cuando un hombre salió de la señorial y luminosa casa de la esquina. Parecía absorto en sus pensamientos, se caló el sombrero, miró a través de los gruesos cristales de las gafas qué día hacía y caminó hacia ella.

Charly no pudo reprimir su sorpresa.

—Buenos días, señor vicepresidente —lo saludó.

Bernard Weiss la miró amistosamente y se quitó el sombrero.

—Buenos días, señorita Ritter.

No había dudado ni un segundo a la hora de decir su nombre, lo que a Charly la halagó más de lo que habría admitido.

—Me temo —siguió diciendo Weiss—, que es usted de las pocas personas que todavía me conceden este título.

—Puede ser, pero para mí, usted siempre será el jefe, señor doctor.

Weiss sonrió.

—En sentido estricto solo estoy de permiso. Y durante el arresto he tenido que firmar una declaración respecto a que me abstengo de todo ejercicio profesional.

—Su destitución no fue legítima. Y la del gobierno fue un golpe de Estado.

—El Tribunal Constitucional decidirá lo que es legítimo.

Charly vaciló, pero acabó preguntando. La pregunta que ardía en deseos de

plantear desde que los soldados de las fuerzas armadas se habían llevado detenidos a los superiores de la Policía de Berlín como si fueran delincuentes.

—¿Por qué no nos hemos defendido? —preguntó—. Veinte mil agentes de policía. Podríamos haber evitado este golpe de Estado.

—Creo que el ministro presidente Braun y el jefe de la Policía Grzesinski no querían arriesgarse a que estallara una guerra civil. Ya ha corrido sangre suficiente por nuestras calles. —Weiss señaló la columna de anuncios—. Y quién sabe, tal vez las elecciones nos regalen un nuevo gobierno.

—¿Cree que las elecciones pueden cambiar algo? —preguntó Charly, y sonrió al ver su cara—. No tenga miedo. No he perdido la esperanza. Por supuesto voy a votar. Ojalá pudiera hacer algo más por la república.

—No debería dar por perdido este país demasiado pronto.

Charly asintió.

Weiss acarició a Kiguí, que estaba olisqueando su zapato izquierdo.

—¿Es su perro?

—Yo... Bueno, la perra es del comisario Rath. Me cuido de él mientras el comisario está en Prusia Oriental.

—¿Todavía no ha vuelto Rath?

—Más bien ha vuelto a marcharse. Si he entendido bien, el comisario Rath está siguiendo la pista a un sospechoso de asesinato, pero, para ser sincera, no lo sé con exactitud. Llevo una semana sin trabajar en la Inspección de Homicidios.

Weiss la miró como si se sorprendiera de que a pesar de ello sacara a pasear al perro. Por un momento, Charly dudó en si contarle al subjefe de policía lo del compromiso, pero no le pareció conveniente hacerlo en medio de la calle.

—¿Vive usted aquí? —preguntó, señalando la casa de la que había salido Weiss.

—Todavía no. Pero me mudaré aquí con mi familia. En un par de semanas tendremos que dejar la vivienda oficial de la oficina de Policía de Charlottenburg.

—Entiendo. —De repente, Charly se sintió invadida por una gran tristeza—.

Así que es definitivo. Me refiero a su cese.

—No hay nada que sea definitivo, señorita Ritter. Espero volver a ocupar pronto mi escritorio en la Alex. Cuando el Tribunal Constitucional lo haya decidido. O un nuevo gobierno del Reich.

—Si es que hay un nuevo gobierno. Y no es peor que el anterior.

Cuando Rath por fin llegó a Treuburg, con el traje arrugado y el estómago protestando, casi era mediodía.

Poco antes de llegar a Allenstein se había desviado a la derecha y estacionado el Buick en un camino forestal. Se le cerraban los ojos, no podía más. Cuando despertó, ya clareaba. Se había refrescado con agua de un arroyo y había seguido conduciendo. Cuanto más se acercaba a Treuburg más gente había circulando. Las avenidas masurianas no estaban hechas para coches, tenía que pisar el freno constantemente porque los carros de caballos trotaban lentamente por la calle y obstaculizaban el paso. A veces también era un grupo de peatones que se lo tomaban con calma. La gente miraba el Buick, pero tardaba un buen rato antes de dejar vía libre y que él pudiera pasar.

Los masurianos iban camino de la iglesia y del colegio electoral. Casi todas las ciudades y pueblos por los que pasaba se habían engalanado para ese día, la gente había colgado en las ventanas banderas que indicaban sus preferencias políticas. Demasiadas cruces gamadas, pensó Rath, demasiadas banderas tricolores negro, blanco y rojo y demasiadas pocas banderas con los colores negro, rojo y oro. Las elecciones federales de Alemania no prometían nada bueno, al menos en Prusia Oriental.

Llegaba de Lyck y ya podía ver la torre de agua de Treuburg, pero antes de haber entrado giró a la izquierda por la avenida que llevaba a Luisenhöhe.

Su presencia causó sorpresa en la finca. Sí, el señor director había vuelto, ayer por la noche, pero en ese momento no estaba en casa. Después de asistir a misa

había ido directo a votar y tenía algunos asuntos importantes que resolver en la ciudad.

A qué hora esperaban que volviera.

Encogimiento de hombros.

—Tengo que encontrar al señor Wengler, es importante. ¡Un asunto de vida o muerte!

El sirviente miró a Rath como si jamás hubiera escuchado una locura similar.

—Vaya, vaya —dijo—, se lo comunicaré al señor director.

—Entonces puede que sea demasiado tarde. Dígame simplemente dónde puedo encontrarlo.

—En la ciudad. Yo no sé más. Inténtelo en la plaza del mercado. Ahí está el colegio electoral del señor director.

Las banderas también colgaban de las ventanas en Treuburg. Mucho negro, blanco y rojo, y muchas esvásticas entremedio. También el negro, rojo y oro se veía por algún sitio, solo los comunistas no tenían banderas. O los nazis ya se habían apoderado de las banderas rojas y las habían quemado en algún lugar.

La escuela para chicas de la plaza del mercado se estaba utilizando como colegio electoral. Delante de la puerta había un par de chicos de Fabeck, las camisas pardas recién planchadas, ellos peinados con una raya bien recta. Reconocieron al comisario de Berlín y le lanzaron una mirada hostil, pero sin su superior no sabían si tenían que pelear o no.

—Aquí los berlineses no pueden votar —dijo uno cuando Rath pasó por su lado para entrar en el edificio.

—¿Quién va a votar en estos tiempos cuando personajes como vuestro Führer se presentan a elecciones?

Antes de que el joven camisa parda llegara a contestarle, Rath ya se había metido en el colegio. Los habitantes de la ciudad de Treuburg cumplían con aplicación y endomingados sus obligaciones para con la patria. A Gustav Wengler no se lo veía por ningún lado. Uno de los asistentes electorales a quien preguntó tampoco pudo ayudarlo.

—El señor director ya ha votado —dijo. No sabía nada más.

Cuando Rath volvió a salir, Klaus Fabeck estaba con sus secuaces y se interpuso en su camino.

—Ah, el farolero de Berlín —dijo—. Me acaba de decir Brand, miembro de las SA, que ha ofendido usted al Führer...

—¿Yo? —Rath se encendió un cigarrillo—. Bueno, no es mi Führer, así que puedo decir lo que me dé la gana. Siento haber herido vuestros delicados sentimientos hacia ese hombre. Me había olvidado de que sois todos unos maricones.

Fabeck hizo un gran esfuerzo para mostrarse despreciativo.

—Tiene usted suerte de que hoy sean las elecciones, señor comisario. Pero cuando las hayamos ganado, ¡vaya con más cuidado! ¡Los que son como usted serán los primeros que habrá que sacarse de encima.

—¿Los que son como yo?

—Los que se burlan del Führer. Cuando Adolf Hitler esté a la cabeza del pueblo alemán, entonces solo los auténticos alemanes...

—Vuestro Führer ni siquiera es *Reichspräsident* —interrumpió Rath el patético arrebatado del joven de las SA—. A lo mejor tendría que empezar a pensar en largarse a su casa, ese señor Hitler, a Austria. Hace medio año ni tan solo tenía la nacionalidad alemana, ¿y alguien así tiene que decirnos lo que es un auténtico alemán?

Fabeck estaba a punto de abalanzarse sobre Rath, pero dos de sus acompañantes lo sujetaron.

—Déjalo, Klaus —dijo uno—, es un guripa. Te está provocando para encerrarte.

—Qué amigos más listos tienes —dijo Rath, y lo saludó quitándose el sombrero—. Que pases un buen día.

Procuró aumentar a buen paso la distancia entre él y los chicos de las SA sin dar la impresión de apresurarse. Por dentro estaba en guardia, listo para golpear de inmediato si alguien lo agredía por la espalda.

Pero no ocurrió nada.

Delante del Kronprinzen se encontró con Karl Rammoser que estaba sentado en la terraza a una mesa a la sombra. El maestro se sorprendió.

—¡Señor comisario! ¿Usted aquí?

—No puedo librarme de la bella Masuria.

—¿Hoy no votan en Berlín?

—Por desgracia tengo cosas más importantes que hacer. Estoy buscando a Gustav Wengler.

Rammoser reflexionó.

—Hace una hora más o menos que lo he visto. Venía del colegio electoral. Ha intercambiado unas palabras con los de las SA y luego se ha subido a su coche.

—A su casa no ha vuelto. Ya he estado en Luisenhöhe.

—Supongo que irá a dar una vuelta. Cuando viaja sin chófer suele hacerlo, da un paseo por los alrededores, va a un lago o a un bosque.

—Es cierto que el paisaje es muy bonito por aquí.

—Y que lo diga. Solo que no todo el mundo tiene un Mercedes para disfrutarlo.

—En un Buick también se puede. —Rath señaló su coche que estaba algo más abajo junto al bordillo—. ¿Lo acompaño a casa? Esta vez voy motorizado.

—Es demasiado temprano. He quedado aquí para comer.

—Entonces... —Rath se tocó el ala del sombrero como gesto de despedida.

Se preguntaba cuánto tiempo podría dejar el coche en la plaza del mercado antes de que los SA le rajaran los neumáticos. El vehículo llamaba la atención. Era el único con la matrícula IA de la policía de Berlín, los otros llevaban las letras IC de Prusia Oriental. Incluso la familia de turistas berlinesa había regresado a casa a tiempo para votar.

Se subió al coche y pensó en dónde podría haberse escondido Polakowski en Treuburg. En cualquier lugar y en ninguno. No tenía la menor idea. Viajar a Treuburg había sido una idea descabellada. Y, sin embargo, sabía que

Polakowski estaba allí, acechando en algún lugar. A la espera de la oportunidad de acabar con su venganza.

Se tranquilizó: si Wengler estaba dando una vuelta con el Mercedes no estaba en peligro. Otra pregunta era si realmente estaba seguro en Luisenhöhe.

Al menos Rath había logrado recuperar su pista, que los compañeros de Danzig habían perdido. Eso tendría que hacer más indulgente a Böhm. Puso el coche en marcha y arrancó. Sin una meta establecida. Tal vez él también tenía que dar una vuelta por los alrededores y disfrutar de ese hermoso paisaje, a lo mejor encontraba en algún lugar el Mercedes burdeos de Wengler. En ese entorno un coche así era muy llamativo.

En el puente del Lega, junto al molino municipal, algo ondeaba al viento.

Rath frenó, retrocedió dos metros y miró por la ventanilla lateral del coche.

Un pañuelo rojo, atado a la barandilla del puente.

Se situó a la derecha, se acercó y lo miró con detenimiento.

No había duda: un pañuelo del mismo tipo, como el que se había encontrado en el ascensor de la Casa Patria. En la torre del tráfico de la Potsdamer Platz. En Wittenberge y en Dortmund.

Rath ya se temía lo peor y miró por encima de la barandilla buscando en las aguas poco profundas del Lega un cadáver. Nada.

Respiró aliviado. Aun así, bajó al río y buscó debajo del puente. Solo cuando estuvo completamente seguro de que ahí no había ningún muerto volvió a subir a la carretera y examinó el pañuelo rojo.

Seco. No estaba mojado, ni siquiera húmedo.

Se preguntó qué podría significar eso.

Y le vino a la mente que los pañuelos rojos también constituían una señal para las víctimas de Polakowski, no solo una herramienta para torturarlas con el agua. Los pañuelos aludían a aquella señal que había llevado a Anna von Mathée a la muerte. Y a Jakub Polakowski a la perdición.

Rath subió al Buick y se dirigió hacia Markowsken. Sin llenar el depósito. Tenía gasolina suficiente para un par de kilómetros; tenía que darse prisa, no

quería llegar demasiado tarde, había grandes posibilidades de que Wengler también hubiera visto la señal. No tardó mucho, hubo de adelantar dos carros de caballos, pero por lo demás tuvo vía libre hasta Markowsken.

Su intuición no le había traicionado. El Mercedes burdeos de Wengler estaba aparcado en el linde del bosque, detrás del pueblo.

Gustav Wengler quería desembarazarse del hombre. Un cómplice que amenazaba su leyenda, uno que sabía, como Maria Cofalka, que el señor de Luisenhöhe fundamentaba su poder en las mentiras y en la falsedad. ¿Creería el director ser superior a Polakowski? Eso había pensado también Herbert Lamkau y Siegbert Wengler. Pero cuando Polakowski había inyectado el líquido no encontraba resistencia. ¿Lo sabría Wengler? ¿Cuánto le habían contado sobre el desarrollo de los hechos en la muerte de su hermano?

Rath pasó junto al Mercedes y se internó en el bosque cuanto pudo, hasta que el camino se convirtió en un sendero. Frenó el Buick y salió corriendo. No sabía a qué distancia estaba, ni siquiera estaba seguro de si no había vuelto a extraviarse sin Adamek y sus conocimientos del lugar, pero en ese momento vio brillar el agua entre los árboles.

Por un momento se planteó gritar, si era cierto que Polakowski estaba allí le demostraría lo absurdo de su empresa, pero de ese modo también estaría avisado y nunca lo pillaría in fraganti. Y quería pillarlo. No solo porque era un asesino, un asesino múltiple, no, también y sobre todo para contar por fin con un testigo de cargo contra Gustav Wengler, un testigo que todavía vivía.

Se abrió camino por el bosque hasta llegar a ver el agua del lago pequeño.

Llegaba demasiado tarde.

Lo reconoció al instante. Estaba de pie en las aguas poco profundas, el mismo hombre al que ya había visto en una ocasión en Berlín y que había creído que se llamaba Hartmut Janke, pero que en realidad era Jakub Polakowski, aquel a quien Wengler había arrebatado el amor de su vida. Y a quien, para más inri, había metido en la trena por esa muerte.

Polakowski estaba junto a la orilla sobre el cuerpo sin vida de Gustav

Wengler. La cabeza de este bajo el agua, pero Polakowski volvía a levantarla. La víctima boqueaba en busca de aire, pero no tan agitadamente como alguien que teme estar ahogándose. El efecto de la tubocurarina, supuso Rath. El agresor movía los labios, como si estuviera hablando con su presa, quien se mantenía apático en el agua, solo erguido gracias a los fuertes brazos de Polakowski.

Rath se imaginó cómo Polakowski había conversado con sus otras víctimas, cómo les había echado en cara sus pecados mientras los iba matando lentamente. Cómo les preguntaba acerca de lo que le hicieron a él y a su amada, cómo les interrogaba acerca del máximo culpable, acerca de Gustav Wengler.

Y entonces descubrió que no estaba solo en el bosque. Detrás del grueso tronco de un pino se escondía un hombre, algo encogido, absorto en lo que ocurría en las aguas de la orilla, en su traje marrón pasaba casi desapercibido en ese entorno.

Erich Grigat de civil. El sargento había desenfundado su arma de reglamento. No se había percatado de la presencia de Rath, estaba concentrado en apuntar a Polakowski.

Rath no acababa de entender qué estaba ocurriendo allí, ¿por qué no intervenía Grigat? ¡Estaban ahogando a su dueño y señor ante sus mismísimos ojos!

Pero comprendió: el sargento quería matar a Polakowski, por eso estaba ahí. Y estaba esperando el momento justo, no quería arriesgarse a tocar a Gustav Wengler por accidente.

Con su pistola de reglamento Rath enseguida se habría puesto manos a la obra, pero la Walther se hallaba en un cuarto en la frontera.

Abajo, en el lago, se oía hablar a Polakowski, Grigat solo tenía a la vista al asesino y a su próxima víctima. Rath cogió un palo del suelo y se acercó lentamente al sargento de policía por detrás, poniendo mucho cuidado en no pisar ninguna rama seca que pudiera hacer ruido. Había leído algo así en los libros de Karl May cuando era niño y, de hecho, funcionó. O a lo mejor

simplemente tuvo suerte. Y en el mismo momento en que volvían a hundir al director bajo el agua con un fuerte chapoteo, golpeó.

El robusto policía se desplomó sin emitir ningún sonido, se hincó en un principio de rodillas, como en la iglesia, y luego se cayó de lado sobre el mullido suelo del bosque. De su mano se desprendió una Luger, el arma reglamentaria. Rath la cogió, avanzó el último metro hacia la orilla y salió de entre los árboles.

Polakowski estaba tan ocupado con su presa que todavía no se había dado cuenta de la presencia del comisario. Le daba la espalda y empujaba hacia el fondo a su víctima, que estaba boca abajo en el lago, con la cara debajo del agua. Un par de burbujas subieron a la superficie, salvo por eso no se movía nada, Wengler ni siquiera se contraía en espasmos.

Rath se descubrió a sí mismo disfrutando de esa escena: el gran Gustav Wengler ahogado por su más lastimera víctima. ¿Acaso no era eso justo? ¿No merecía Wengler morir? ¿No debía él limitarse a esperar a que Polakowski terminara su trabajo y arrestarlo luego?

Lo único que debía hacer era andarse con mucho sigilo para no asustar a Polakowski e impedir que concluyera su acción.

La otra parte de su conciencia se decidía por lo contrario. Ya se había ocupado de que su mano derecha quitase el seguro de la Luger de Grigat y la colocase en posición de tiro. De que sus pies fueran acercándose a la orilla.

Había llegado el momento de poner punto final a ese asunto.

—Policía Criminal de Berlín —advirtió Rath—, voy armado; no intente resistirse. Siga por favor mis indicaciones.

Vio que el cuerpo de Polakowski se quedaba petrificado. No alcanzaba a ver su cara, pero estaba seguro de que en ese momento su expresión se mantenía impertérrita.

—Saque a ese hombre fuera del agua —dijo Rath—. Despacio y con cuidado, por favor.

Polakowski obedeció, levantó a Gustav Wengler por los hombros y este respiró fuerte y sonoramente en cuanto su cabeza salió a la superficie del agua.

El preso fugado, que tantos años había estado injustamente encarcelado, sostenía a su víctima, a quien fuera su torturador, fuera del agua.

—Acérquemelo a la orilla.

Rath no sabía si todavía era posible salvar a Wengler. No tenía ni idea de si el curare ya ejercía su efecto mortal o cuándo había empezado a hacerlo. O si el hombre no tenía ya demasiada agua en los pulmones.

Polakowski seguía sin darse media vuelta. Había cogido el cuerpo inerte de Wengler por las axilas y lo arrastraba despacio hacia la orilla.

—Y ahora déjelo ahí, por favor. Levante las manos y dese la vuelta.

Polakowski también obedeció a esa orden, pero lo hizo de un modo diferente a como Rath había pensado: se giró a tal velocidad que Rath apenas entendió lo que ocurría, y con un único y rápido gesto le quitó la Luger de la mano. La pistola aterrizó entre la maleza de la orilla, Rath no sabía exactamente dónde porque Polakowski ya se había abalanzado sobre él.

Era fuerte. No dijo ni una palabra pero su rostro irradiaba tal gravedad que el comisario sintió miedo e inquietud. Intentó librarse de él pero sin éxito. Al contrario. Polakowski consiguió arrodillarse sobre los brazos de Rath y con las manos libres lo agarró por el cuello y apretó.

Rath intentó defenderse, pero no conseguía liberar las manos y aunque pateaba y agitaba las piernas no le servía de nada. Polakowski estaba sobre él y lo estrangulaba sin piedad. Rath sentía que se iba quedando sin aire.

Y entonces la presión de las manos se detuvo y Jakub Polakowski se desplomó hacia un lado como un árbol caído.

Rath se llevó las manos al cuello y tosió, y entonces levantó la vista. Ahí arriba estaba Gustav Wengler, con la Luger de Erich Grigat en la mano, la sangre de Jakub Polakowski brillaba en el arma, lo que desconcertó a Rath. En cierto modo, que un arma de tiro se utilizase como una primitiva arma contundente causaba una extraña impresión.

Pero había servido para dejar a Polakowski fuera de combate.

Ese maldito Gustav Wengler le acababa de salvar la vida.

Rath nunca había pensado que daría las gracias a un tipo así en su vida. Que tendría que darle las gracias.

Pero eso parecía.

—Necesita a un doctor —dijo a Wengler—. Le ha inyectado tubocurarina. ¡Es posible que en una dosis letal! Es un milagro que se sostenga usted en pie.

Wengler rio.

—¡Me decepciona, comisario! Me decepciona usted totalmente. Lo había tomado por alguien más inteligente. Y también por menos escrupuloso. —De repente se puso serio—. Esperaba que aniquilara a este desgraciado cuando lo he visto en el bosque. ¿Tanto le cuesta esto? ¡Ha estado a punto de matarme!

Rath no entendía.

—¿No le ha inyectado una sustancia paralizante?

—Me ha inyectado algo pensando que era esa sustancia del demonio. —Wengler rio—. Pero solo era una inofensiva solución de agua con sal. —Señaló el gran árbol junto a la orilla—. Hacía días que había escondido la inyección allí. Supuse que querría acabar con esta historia en este lugar. Le pedí a Erich que vigilara el lago. Así que no hubo ningún problema en cambiar la inyección.

—¿Eso significa que usted solo estaba fingiendo? ¿Por qué?

Wengler miró el arma.

—¿Le ha cogido la Lunge a Erich? Vaya, eso no es muy cortés por su parte, es su arma de reglamento. ¿Dónde está?

—Duerme el sueño de los justos. ¿Qué significa todo este montaje? ¿Por qué representaba la muerte del cisne?

—¿Pues por qué iba a ser? Para que se produjera una situación de legítima defensa y Erich pudiera matar a ese cerdo sin que por ello lo procesaran.

—¡Entonces todo estaba planeado!

Wengler rio.

—Señor comisario, ya hace dos años que sé que Polakowski ha salido de la cárcel y que ha emprendido una especie de campaña para vengarse. En Königsberg cometió el error de adquirir documentación falsa y ese anestésico

precisamente a través de Paul Marczewski. Sin saber que yo tengo negocios con este último.

—Que «tenía» usted negocios con Marczewski.

—Ya veo que está bien informado. Sí, por desgracia tuve que poner punto final a nuestra relación comercial. Pero en aquel entonces me resultó muy útil. Cuando el Polack empezó a investigar acerca de mis hombres, Marczewski enseguida me informó, por supuesto.

—¿Así que lo supo todo este tiempo? ¿Cómo es que no protegió a sus hombres?

—¿Por qué tenía que protegerlos? De todos modos, se habían convertido en un lastre para mí. Pecados de juventud. —Movi6 la cabeza—. Señor comisario, quiero que mis negocios reposen sobre la legalidad, y todas esas viejas historias de destiladoras clandestinas no encajan en ello.

—Pero... su propio hermano...

—Si desea saber la verdad, Siegbert era un corrupto de mierda. Tarde o temprano, cuando le hubiera comunicado que iba a dejar de pagar, me habría chantajeado. De todos modos me costaba demasiado, el muy vago. Y apenas había movido un dedo para merecerlo.

—Entonces, por decirlo de alg6n modo, Polakowski mat6 en beneficio de usted.

—Qu6 atento, ¿verdad? Y 6l que creía que me infundía miedo con sus esquelas funerarias. Alegría es lo que me daba que trabajase tan bien. ¿Cuánto cree que habría costado pagar a alguien para que lo hiciera?

—Eso lo sabrá usted. Bien que pag6 para que aniquilasen a Assmann, ¿no es cierto? ¿O ha asumido Lapke la mitad de la factura?

—Ay, comisario, si es usted tan listillo, me pregunto, ¿por qu6 tengo yo que hacer su trabajo?

Wengler levant6 la pistola de Grigat y apunt6 con ella a Polakowski, que seguía inconsciente. Rath cerr6 los ojos.

—¡No puede hacer eso! Wengler, ¡es un asesinato a sangre fría! Lo meteré en

la cárcel por eso.

—¿Eso piensa? ¿De verdad piensa que va a salir vivo de aquí?

Apuntó el arma hacia Rath.

—Primero dispararé a ese polaco de mierda y entonces creará lo que le digo. Luego nos imaginaremos una bonita historia de cómo usted quiso salvarme pero, por desgracia, murió como un héroe. El pobre sargento Grigat recibió en el combate un golpe en la cabeza pero dará solícito testimonio de que realmente ocurrió así. Un policía testificando siempre se gana el respeto general.

—Se lo advierto, Wengler, ¡no puede hacerlo! Mis compañeros están informados, aparecerán en cualquier momento.

El director rio.

—Esto no se lo cree ni usted. Por lo que me ha contado Grigat, prefiere usted huir de sus compañeros y superiores que mantenerlos al corriente de lo que hace.

—De repente su risa murió y miró de forma fría y malvada por encima del cañón de la pistola—. Y si sigue contándome cuentos morirá usted antes que nuestro pobre Polack.

—Wengler, es usted una criatura...

«Miserable», quería añadir Rath, pero ya no pudo. Oyó un zumbido, un ruido, como si clavaran la tabla de una cerca en un terreno fangoso y un segundo después el disparo, sintió un golpe brutal contra su hombro que lo tiró de espaldas sin que él pudiera hacer nada en contra. Se volvió a encontrar tendido en el suelo y miró hacia arriba. Gustav Wengler estaba en el mismo lugar que antes, no se había movido ni un milímetro, en su mano la Luger humeaba. Y entonces, antes de oír el estertor, Rath vio lo que había pasado: en el cuello de Wengler estaba clavada una larga y fina flecha.

El señor director dejó caer la pistola en el suelo y se llevó las dos manos a la garganta, respirando con dificultad y desesperado, mientras las manos tiraban del asta en vano; entonces la flecha siguiente le dio en el ojo izquierdo. Las manos se detuvieron en medio del gesto, sí, era como si todo el hombre se hubiera congelado de repente, estaba tieso como un palo, ya no se movía, miraba

fijamente más allá del lago, en la espesura del bosque a la otra orilla del pequeño lago.

Y luego se desplomó con lentitud, como un árbol que se ha talado y que acaba de perder el último contacto con sus raíces. Rodó ligeramente hacia el agua y se quedó tendido boca arriba. Rath se sentó y en ese momento sintió lo mucho que le dolía el hombro. El cuerpo de Wengler yacía sin vida en las aguas poco profundas de la orilla. Las dos flechas, una en el cuello y la otra en el ojo izquierdo se erguían hacia el cielo como juncos solitarios.

Y ahí estaba una vez más Rath, sentado en el sofá verde de Ernst Gennat, pero en esta ocasión el asunto era más serio que en la anterior. En tal coyuntura nadie se habría permitido hacer un mal chiste, esta vez alguien había muerto en una operación policial. No una persona cualquiera, sino un honorable ciudadano de Treuburg en cuya necrológica se había superado el mismo redactor Ziegler con un dramón chorreante de *pathos* nacional.

En el día que debería haber sido su mayor triunfo, en el día en que las fuerzas nacionales experimentaron un ascenso insospechado en su querida Treuburg, ese día murió Gustav Wengler, nuestro benefactor, en medio de una lluvia de balas de la policía berlinesa.

Rath ya conocía ese tipo de críticas. En Colonia había tenido que escuchar algo similar y al final se había ido de la ciudad por esa causa. Lo que escribían sobre él en Treuburg no le afectaba, pero sí, y más, a Erich Grigat, pese a la rectificación que la Jefatura de Policía de Berlín había publicado en el *Treuburger Zeitung* para contradecir al menos las peores y más absurdas tergiversaciones de los hechos del diario. El sargento de policía todavía estaba de baja por enfermedad, se restablecía de la grave herida en la cabeza en casa de unos parientes en Elbing y ya había solicitado su traslado. Probablemente eso era lo mejor, incluso si el redactor Ziegler no podría conservar eternamente la buena reputación de Gustav Wengler con sus mentiras: las investigaciones acerca de la muerte de Maria Cofalka continuaban, la Policía Criminal de Königsberg tenía una brigada de Homicidios *in situ*, de la cual también formaba parte Anton

Kowalski, y, según le había contado el asistente en su última conversación, parecía ser una simple cuestión de tiempo el que el primer muchacho de la tropa de las SA Fabeck acusara al difunto Wengler de haber encargado el asesinato. Al menos en este caso el tiempo parecía ir por una vez a favor de la justicia y no en su contra.

Todo miembro de las SA que entraba en la cárcel era un punto a favor para la seguridad pública. Los ataques violentos y con frecuencia mortales de los camisas pardas todavía habían aumentado más después de las elecciones. El importante ascenso de votos de los nazis había desestabilizado totalmente la situación.

Gennat miraba el informe que Rath había escrito sobre los acontecimientos del lago pequeño y movía la cabeza.

—¡Qué cosas hace, señor Rath! —El consejero señaló el brazo vendado—. ¿Qué tal su hombro?

—Bien, gracias. La semana próxima me quitan el vendaje.

Rath había tenido suerte con el disparo en el hombro. Suerte porque daba pena verlo con la venda empapada de sangre y el cabestrillo. Lo que le había ayudado mucho para ablandar a Charly. El médico le había prescrito que guardara cama y ella lo había cuidado de una forma conmovedora, algo de lo que él había disfrutado de verdad y con lo que casi se había olvidado de los dolores en el hombro.

—Lo que no acabo de entender —dijo Gennat— es por qué le quitó el arma al sargento Grigat.

—Para armarme yo. Porque los agentes de la aduana de Wirsitz se habían quedado con mi arma reglamentaria. Sabía que Polakowski no estaba lejos. Fue por su causa por lo que fui otra vez a Masuria.

Gennat arqueó las cejas.

—¡Pero dispararon a Gustav Wengler con esta arma reglamentaria!

—Fue en defensa propia, ya lo he explicado todo. A la policía de Lyck y de Gumbinnen. Y a usted también.

—Ya sabe usted cómo son las cosas en la Policía Criminal. Nos gusta volver a escucharlo todo una y otra vez. A mí me interesa saber de qué modo se produjo esa situación de defensa propia. —Gennat hojeó el informe de Rath—. Por lo que veo, usted bajó al lago y dejó al sargento de policía desarmado arriba en el bosque...

—Correcto, señor consejero.

—Y en el lago se encontró con Jakub Polakowski...

—Que estaba aguardando a Gustav Wengler, a quien había atraído al lago con una carta de chantaje.

De hecho, era cierto que habían encontrado el escrito en el Mercedes de Gustav Wengler. A lo mejor Polakowski se había inspirado en Riedel y Unger, de cuyas extorsiones en la Casa Patria seguramente había tenido noticia mientras trabajaba allí de vigilante. En cualquier caso, amenazaba a Gustav Wengler con acusarlo no solo de destilar alcohol clandestinamente, sino también de asesino. Y se suponía que conocía muchos detalles: Polakowski había torturado hasta la muerte a los confidentes de Gustav Wengler, lo sabía todo sobre el señor director. Pero él no solo quería acabar con la existencia construida a base de mentiras de Wengler, sino también con su vida.

—Y entonces —prosiguió Gennat— usted se dispuso a apresar a Polakowski.

—Correcto. A fin de cuentas, sobre él pesaba una orden de captura, un supuesto asesino múltiple...

—Todavía existe esa orden de detención. Al final dejó que ese supuesto asesino múltiple, como usted correctamente lo define, se escapara.

—Lo siento, señor consejero. —Rath se mostraba compungido, lo que en su situación no podía perjudicarlo.

—De vuelta en el lago: consiguió tener en jaque a Polakowski con la pistola de Grigat.

—Todo iba bien, el hombre no me opuso ninguna resistencia. —Rath se encendió un cigarrillo—. Hasta que apareció Gustav Wengler.

—Quien había golpeado en el bosque al compañero de Treuburg, Grigat...

—Eso es lo que suponemos, señor consejero.

—¿Por qué? Total, si como usted siempre ha dicho tenía a la policía en el bolsillo.

—Era una equivocación. El sargento Grigat es un íntegro y leal representante del ejecutivo prusiano.

—¿Y Wengler lo amenazó con una pistola?

—Sí, señor consejero. Quería matar a Polakowski. Le había tendido una trampa y yo me había metido en medio. Le exigí que soltara el arma.

—Pero él no siguió su indicación.

—Así es. —Rath dio una calada a su cigarrillo—. Como puede usted ver en mi informe, él me exigió que fuera yo quien soltara el arma. A continuación le dije que él también quedaba temporalmente arrestado. Que había permitido conscientemente la muerte de sus compañeros y de su hermano porque quería librarse de ellos y que era responsable de la muerte de Maria Cofalka y de Dietrich Assmann.

—Y eso le bastó para dispararle.

Rath se encogió de hombros y contrajo el rostro porque se hizo daño en el hombro izquierdo.

—Eso parece. —Sacudió cuidadosamente la ceniza con la mano derecha—. En cualquier caso, disparó.

Gennat volvió a mirar el expediente.

—He entendido su primer disparo —dijo—. Un caso clásico de defensa propia. Pero ¿por qué disparó a Wengler también en el ojo después de haberlo dejado fuera de combate con el disparo en el cuello?

—No lo sé, señor comisario. Apreté el gatillo dos veces. Soy consciente, fue un error, pero ocurrió. A lo mejor fue un reflejo, el miedo a morir después de que Wengler me alcanzara... En una situación así no se piensa con claridad, se actúa...

—¡Como agente de policía también tiene que reflexionar en tales situaciones!

A fin de cuentas, para eso está formado. ¡Precisamente debe reflexionar al usar el arma! ¡Reflexionar antes de apretar el gatillo!

—¡Sí, señor consejero!

—El arma que le disparó, ¿pudo haber sido también una Luger? Por desgracia, los compañeros no han podido encontrar ningún proyectil.

—No lo sé, señor consejero. Es posible.

—Por su herida se diría que lo era. —Gennat suspiró—. Lástima que no dispongamos del arma.

—Sí, señor consejero. —Rath adoptó de nuevo un aire compungido—. Siento haber dejado escapar a Polakowski. Pero se había apropiado del arma de Wengler y me amenazó con ella.

—Usted también iba armado. ¿Por qué no salió inmediatamente en su persecución?

—Debía ocuparme de Gustav Wengler, todavía vivía.

—Y el sargento Grigat ya no iba, lamentablemente, armado. —Gennat golpeó el expediente con la palma de la mano—. Mi estimado señor Rath, me resulta difícil creer ni aunque sea la mitad de esta truculenta historia.

—Señor consejero, yo no puedo evitar que la verdad sea a veces truculenta.

Gennat le dirigió una profunda mirada, tan profunda que a Rath le resultó desagradable.

—Nunca sabremos lo que realmente pasó en ese lago de Masuria.

«Eso espero —pensó Rath—. De lo contrario le hará la vida imposible al pobre Artur Radlewski. Y él es quien menos se lo merece.»

—Le he contado todo lo que sé, señor comisario.

—Digámoslo así: no se ha contradicho ni una sola vez. Y sus declaraciones coinciden con las del sargento, así que démoslo por bueno.

Trabajarse a este último había sido más fácil de lo que Rath se temía. Pero el hecho de que el gran hombre de Treuburg estuviese muerto y de que hubiese unas balas del arma reglamentaria del sargento en el cuerpo de Wengler le

facilitaron el camino para ganarse a Grigat para su propósito de dar una versión más o menos verosímil de cómo se había desarrollado la situación.

Gennat golpeó con la mano abierta el informe de Rath.

—Le interrogarán con frecuencia sobre las cosas que ha documentado aquí. La instrucción todavía no se ha cerrado.

—Soy consciente de ello, señor consejero.

Rath fumaba, intentando no perder la calma ante la severa mirada que Gennat volvía a lanzarle.

—Espero —dijo el Buda— que no pese sobre su conciencia haber matado a un ser humano y dejado escapar a un supuesto asesino múltiple.

—Pido perdón, señor consejero.

Gennat movió la cabeza.

—A veces pienso que es usted un poco demasiado católico.

—¿Qué quiere decir, señor consejero?

—Que siempre pide perdón. ¿Cuántas veces se ha sentado usted aquí y ha pedido perdón? Y no soy ni su confesor ni tampoco soy Dios. Cuando vaya a confesarse tal vez le perdonen todos los pecados, ¡pero no en este despacho!

—Hace mucho que no voy a confesarme, señor consejero.

—Pues lo mismo tendría que hacerlo otra vez.

El Buda cerró el expediente.

—Tiene usted suerte, señor Rath, de que además del sargento Grigat y el asistente Kowalski, también la señorita Ritter e incluso Wilhelm Böhm hayan intercedido en su favor. Y que frente a las condiciones actuales yo necesite gente como usted. Gente que no se ocupa de la política sino de resolver crímenes.

Rath apagó su cigarrillo. Tenía la sensación de que ese asunto ya estaba cerrado. Ya superaría la instrucción. Y el Buda no tenía que preocuparse ni por su conciencia ni por sus futuras confesiones. Él estaba en paz consigo mismo. Más o menos.

Miró el reloj y se puso en pie.

—Si me permite que se lo recuerde, señor consejero: tenemos una cita.

Pese a que estaban a mediados de agosto reinaba en el puerto un frío desapacible, un viento cortante y desagradable. Rath había aparcado el Buick directamente delante del almacén y abrió la puerta del acompañante. Gennat a duras penas había podido entrar en el coche, así que trabajo le costó al Buda volver a levantarse del asiento.

Rath se subió las solapas del abrigo y miró a su alrededor. En el otro extremo del puerto se estaba cargando un barco, salvo por esto reinaba la calma. Se sentía un poco inútil con el brazo en cabestrillo, conducir mismo ya resultaba un desafío, pero estaba seguro de que ahí no tenían nada que temer. El Westhafen seguía perteneciendo al territorio de la Concordia, los piratas no se atrevían a entrar allí. E incluso si había un delator en las filas de la Concordia, algo de lo que Rath tenía fuertes sospechas, nadie en la Ringverein sabía de ese encuentro, eso se lo había garantizado Marlow, solo el jefe, personalmente, estaba al corriente.

Rath se había reunido con Marczewski una vez, en el despacho de la estación del Este de Marlow, poco antes de su regreso de Prusia Oriental.

—¿Así que es usted de Königsberg? —le había preguntado, y Paul Marczewski lo había negado moviendo la cabeza.

—No directamente. De Rastenburg. Hice como muchos masurianos y viajé por trabajo al Oeste.

—¿Es de Masuria? ¿Por qué le llaman entonces Paule el Polaco?

—Pregúnteselo a los que me llaman así. Nosotros los masurianos nadamos

entre varias aguas. Para los polacos somos demasiado alemanes; para los alemanes demasiado polacos. Pero, créame, la mayoría de las personas a las que se insulta aquí en Berlín o en las minas de Westfalia tiene pasaporte prusiano.

Gustav Wengler siempre había sabido, en efecto, que Polakowski había emprendido una campaña de venganza. Y no había hecho nada para frenarla. Como si en un momento dado, cuando quería legalizar su negocio y convertirse en un intocable, le hubiera convenido perfectamente librarse por fin de sus antiguos cómplices y compañeros. Lamkau, Simoneit y Wawerka. Y su propio hermano.

—Fue algo raro —contó Marczewski—. Llega uno y nos pregunta por gente con la que nosotros mismos hacemos negocios. Hemos hecho negocios.

Y así fue como el antiguo jefe de una columna de delincuentes de Königsberg y actual presidente de una Ringverein en Berlín informó a su socio Gustav Wengler.

—Si hubiera sabido que ese cabrón iba a dejarme con el culo al aire no lo habría avisado. Está bien que haya acabado con él.

Rath no sabía si alegrarse por el cumplido, pero una cosa sí sabía: no derramaba ni una lágrima por la pérdida de Gustav Wengler.

Al Buda le costó lo suyo subir por la pequeña escalera. Rath seguía al jadeante consejero. En cuanto llegaron a la rampa de cemento, se abrió una puertecilla y salió un hombre.

—Si me permiten presentarlos: señor comisario, este es Paul Marczewski.

—Encantado.

En efecto, eso es lo que dijo Gennat. Rath se sorprendió de la naturalidad con que el Buda se comportaba con el jefe de la organización criminal.

Ambos, el malhechor y el director de la Inspección de Homicidios de Berlín, se estrecharon la mano.

—Entren —los invitó Marczewski—, dentro no hace tanto frío.

El almacén no pretendía ser otra cosa que un almacén, no podía compararse con el despacho de Marlow en la estación Este, que semejaba la habitación con

chimenea de una casa de campo inglesa. En eso, Marczewski parecía ser más modesto. Aunque sí había un par de sillas y una mesa.

Se sentaron. Sobre la mesa había tres vasos y una botella de Mathée Luisenbrand. Marczewski sirvió y esbozó una sonrisa cuando vio la cara de los agentes de policía.

—No se preocupen, es de la producción oficial.

Brindaron. El Luisenbrand sabía igual que el que Rath había bebido en Treuburg. No era un matarratas. Por otra parte, tampoco era tan bueno como el que destilaba el mismo Rammoser.

—La policía de Berlín y la Concordia —dijo Marczewski, encendiéndose un cigarrillo— tenemos, por lo visto, un problema común...

—Así es —convino Gennat—. Y el comisario Rath me ha dicho que estaría usted dispuesto a resolver este problema con la policía.

—El Fantasma, como llaman los diarios a ese hombre, ha matado a cinco de mis hombres. El objetivo de cada uno de esos asesinatos era debilitar la Concordia. Y la próxima víctima —dio una calada al pitillo— tengo que ser yo.

—¿Cómo lo sabe?

—Desde la operación del puerto Oeste. Siete de mis hombres están actualmente en prisión preventiva. Si ahora me eliminan, la Concordia estará acabada. ¿Por qué cree que me escondo?

Gennat asintió pensativo.

—¿Cree que el Fantasma volverá a atacar en cuanto usted se muestre de nuevo en público?

—Puede apostar por ello. —Marczewski bebió un trago de Luisenbrand y sirvió—. El Fantasma siempre apunta al tórax de sus víctimas, ¿no es cierto?

—Correcto.

—¿No tiene la policía algo así como chalecos salvavidas? Hace poco lo leí en los diarios.

—Los tenemos —respondió el Buda.

—La fiesta de la fundación de la Concordia se celebrará dentro de dos

semanas. En la sala de celebraciones del Habsburger Hof, en la Stresemannstrasse. Sería un honor poder saludarlo allí en persona, señor consejero.

Gennat miró a Marczewski entrecerrando los ojos.

—¿El Habsburger Hof? Está justo enfrente de la Casa Europa.

—Un escondite perfecto para un tirador de precisión. Pero a lo mejor se pueden planear algunos preparativos.

Gennat asintió meditabundo.

—Estoy seguro de que pueden planearse, señor Marczewski. Le doy sinceramente las gracias por su invitación.

—Entonces ¿acepta?

—Acepto.

Paul Marczewski estrechó la mano de Gennat y se despidió de los agentes de la Policía Criminal. Rath lo miró a los ojos y se fijó en las líneas de expresión de su rostro. Marlow tenía razón: parecía de verdad un tipo amable. Con lo que Rath prefirió no pensar en cuánta gente pesaría sobre la conciencia de ese tipo amable. Y qué entendía Marlow por un tipo amable.

Pero le daba igual. Marczewski los estaba ayudando a tender una trampa a un asesino a sueldo, el último superviviente de la Mano Blanca.

—¿Qué está pensando, comisario Rath? —preguntó Gennat cuando estuvieron de nuevo a solas—. ¿Estará usted allí durante la fiesta de la Concordia?

—Más bien al otro lado de la calle. La Casa Europa es de hecho el puesto ideal para un tirador de alta precisión. —Rath se encendió un cigarrillo, el último Overstolz—. Sería para mí una alegría, señor comisario, poder arrestar personalmente a Harald Dettmann.

Gennat se limitó a asentir.

En silencio, los dos siguieron su camino en esa clara noche. En las negras aguas del puerto se reflejaban las estrellas titilantes. Y una media luna. Creciente. Eso daba esperanzas.

EPÍLOGO

Lunes, 30 de abril de 1945

Los cuatro hombres que han de vigilarlo no le prestan atención. Beben, fuman, ríen y juegan a las cartas. Tokala permanece inmóvil, no mueve ningún músculo, en su rostro no se percibe la menor emoción. Impertérrito, conservando la dignidad incluso en cautiverio, como sus grandes modelos.

Así que lo han arrestado. Siempre ha contado con que ocurriría, desde el día en que mató al hombre malo en el lago pequeño. ¿Cuántos años han pasado desde entonces? Y en todo ese tiempo no lo han cogido, ni siquiera lo han buscado, se han mantenido alejados de su bosque como en los años anteriores. Aunque rompió el trato y se inmiscuyó en el mundo de ellos.

Había esperado que los hombres del pueblo y de la ciudad fueran un día a buscarlo, pero en lugar de ellos fueron esos soldados con uniformes extraños los que inundaron el bosque y en cuyas manos él cayó. Y lo trataban como a un asesino, aunque era imposible que supieran que él había matado.

Tokala se ha odiado todos esos años por no haber evitado la muerte de Niyaha Luta. Todavía puede oír hoy el chapoteo de las piernas y los brazos al agitarse en las aguas poco profundas de la orilla. Todavía puede ver al hombre malo hundiéndola en el agua, una y otra vez, y colocándose sobre la joven...

Tokala nunca había pensado que volvería a verlo, pero un día el hombre malo volvió al lago pequeño, muchos años después de ese verano en que mató a Niyaha Luta y Tokala perseveró en el mismo escondite, en el mismo arbusto en que años antes lo había contemplado todo. El hombre malo había engordado, pero Tokala enseguida lo reconoció y permaneció en su escondite. Observó que el hombre malo se quedaba en la orilla. Lo observó todo.

Cómo el otro salía del bosque y clavaba al malo algo en el cuello, no era un cuchillo, una flecha de cristal. Cómo, acto seguido, el malo caía de rodillas y el

otro lo arrastraba al agua. Cómo después aparecía el policía que casi se había muerto en el pantano.

Tokala no entendió por qué se peleaban los hombres, por qué rodaban por el suelo de repente. Él solo observaba cómo el malo salía de repente del agua, golpeaba a uno y amenazaba al policía con una pistola.

Y Tokala sintió que volvía a apoderarse de él la sensación de impotencia.

El malo quería salvarse. Otra vez.

Pero en esta ocasión, Tokala no lo permitiría y cogió una flecha de su carcaj; no tenía más remedio aunque sabía que la flecha lo delataría, aunque sabía que vendrían a cogerlo, los policías, la gente de la ciudad.

Pero tenía que hacerlo y lo hizo.

Y no comprendió lo que ocurrió luego. Que el policía arrancó las flechas del muerto y las arrojó al lago, donde se hundieron. Que cogió la pistola y disparó dos veces en los orificios ensangrentados en los que poco antes todavía estaban clavadas las flechas de Tokala. En el cuello y en el ojo izquierdo.

Tokala no entendió y se retiró al bosque. Estuvo comiendo con Odakota y esperando que fueran a cogerlo, pero no llegaron. Ni la policía ni nadie lo buscó, por lo que pasado un tiempo se atrevió a volver a salir.

Poco después, en la ciudad colgaron de todas las casas banderas rojiblancas con la cruz gamada de color negro y Tokala vio a hombres de uniforme, muchos uniformes más que antes, cuando gobernaba el emperador. Los tiempos habían cambiado y todos debían de verlo. Incluso un hombre que habitaba en medio del pantano podía darse cuenta de que algo había cambiado.

Winchinchala ya no escribía ni le dejaba preparados libros y Tokala la buscó y encontró su tumba junto al lago. Una vez fue a la ciudad y le dejó flores traídas del pantano y desde entonces no volvió más al lugar donde habitan los hombres, ni siquiera para recoger libros.

Y entonces, los uniformes no engañaban, de nuevo estalló una guerra. Tokala pensó que eso a él no le afectaba, como ocurrió en la primera, en la que evitó a los soldados en su bosque como evitaba al resto de los hombres. Nunca

encontraron su escondite, nadie sabía el camino en medio del pantano donde estaba su cabaña, nadie salvo él y Odakota, su fiel amigo de pelaje negro.

Tuvo que estallar una segunda guerra y tuvieron que llegar nuevos soldados para descubrirlo. Fue demasiado imprudente. Había pensado que la guerra había concluido porque ya no había tiroteos. Y a lo mejor era así. Pero los soldados todavía estaban allí.

Así que lo capturaron.

Deben de ser rusos, por desgracia no puede entenderlos. No saben qué hacer con él, de eso se ha dado cuenta. Casi lo han matado de un tiro, así de simple, pero en el último momento un oficial ha empujado hacia un lado el cañón de la ametralladora que el hombre con el rostro contraído y los ojos entrecerrados había apuntado hacia él, de modo que el pantano se tragó la ráfaga de balas con un chapoteo sordo.

Tokala ya había cerrado los ojos a la espera de la muerte, pero no lo aniquilaron, le hicieron lo peor que le podían hacer. Lo encerraron.

Son hombres malos, mataron a Odakota delante de sus ojos y él no pudo oponerse porque estaba atado a una silla, así que tuvo que presenciar la muerte de su querido perro. Tiró violentamente de sus ataduras, pero su rebelión solo le llevó a caerse con la silla ante la sonora carcajada de los soldados que lo rodeaban.

Le hicieron pasar hambre y sed, le pegaron, le impidieron dormir y lo dejaron en el agua fría durante horas porque querían saber algo, respuestas a unas preguntas que él no entendía.

Lo acusaron de todo lo posible, de si era un espía, un luchador solitario, un hombre solo, cualquier cosa para que dijera sí. Le hablaron en ruso, en polaco, en alemán y él calló en los tres idiomas. No pronunció ni una sola palabra y soportó en silencio todas las torturas como un hombre. De sus labios no salió ni un gemido de dolor.

Y ahora lo han metido en esa caja de lata, que se ha levantado por los aires con un ruido atronador en cuanto lo han tirado a ese asiento de piel ajada.

Quiéren llevarlo a Moscú, a unos especialistas, le ha explicado el oficial que habla también alemán, un alemán muy bueno, que ellos sabrían averiguar qué era.

Qué era.

Al parecer nunca han visto a alguien como él.

Está sentado junto a la ventana en esa máquina que se tambalea ligeramente, escucha los monótonos zumbidos y ruidos y mira al exterior, ve la tierra debajo, el bosque y los lagos, la tierra de sus ancestros, y contempla lo bonita que es. Y de repente se siente invadido por un infinito amor hacia su tierra. Siempre la ha amado, pero nunca lo ha percibido de forma tan clara y contundente.

Y de golpe sabe lo que hay que hacer, sabe cómo recuperar su libertad.

Mira a su alrededor. En la cabina hay cuatro soldados fumando y jugando a las cartas, no están pendientes de él, se creen que está en lugar seguro, ahí arriba en el aire.

Sigue atado, pero solo los brazos, que le han sujetado delante del pecho, para que pueda sentarse.

Ha visto cómo funciona el pestillo de la puerta, cómo lo han cerrado antes. Sigue siendo Tokala, el Zorro. Es sagaz. Es hábil. Y es rápido.

En solo dos, tres pasos, llega a la puerta, descorre el pestillo con las dos manos, la puerta se abre de par en par por sí misma.

En el avión, el ruido es de repente atronador, un ruido más desatado que el zumbido sordo a que estaban sometidos hasta el momento, el viento se adhiere a su capa de metal y tira con fuerza de las ropas de Tokala.

Waziyata.

El mismo viento del norte quiere recuperar a su hijo.

Tokala oye unos gritos a sus espaldas y se vuelve. El viento ha barrido las cartas de la mesa y estas revolotean por la cabina, los hombres se han levantado de un salto. Ve el miedo en los rostros de los soldados. Cuatro metralletas dirigidas hacia él. Cuatro hombres que gritan. Que cierre la puerta, que se arroje

sobre el suelo, pero él no obedece. Uno lo apunta y repite su amenaza, va a disparar. La voz impregnada de pánico.

Tokala sabe que no disparará, sabe que no pueden impedir que huya. No tiene que hacer nada, simplemente dejarse caer hacia delante. Y entonces siente como Waziyata lo envuelve y presiona su pecho.

Por un momento le impide respirar, ruge y brama tan fuerte en sus oídos que ningún sonido más penetra en ellos, tampoco el zumbido del avión.

Ha cerrado los ojos al entregarse al viento, pero ahora los abre y ve acercarse cada vez más los lagos y el bosque que han sido su vida.

Y sabe entonces que él forma parte de los elegidos, de aquellos a quienes se ha concedido la fortuna de ver, poco antes de su muerte, la grandeza y la hermosura de la creación, no solo de verlas sino de sentirlas con todo su cuerpo y su alma, y de reconocerlas, y en su hermosura y grandeza percibir su propia intrascendencia y pequeñez.

Esto es lo que piensa y siente y sabe, y con una sonrisa en el rostro y con el viento entre sus cabellos, se estrella contra la superficie dura como el hierro del agua de un solitario lago del bosque.

Y ese es el momento en que le es dado su nuevo nombre.

Mitakuye Oyasín.

Estoy unido a todo.

Nota final del autor

La presente novela cuenta una historia ficticia, lo que significa que la mayor parte simplemente se ha inventado. Nunca hubo, por ejemplo, una finca llamada Luisenhöhe cerca de Marggrabowa/ Treuburg; como tampoco una destiladora de licores Mathée ni sus productos. Nunca se desarrollaron los acontecimientos que se describen en la novela ni en la finca Elisenhöhe (que ha sido el modelo de la ficticia Luisenhöhe) ni en la ciudad de Treuburg. Cualquier semejanza con personas vivas o difuntas sería pura coincidencia. De todos los ciudadanos de Treuburg que aparecen en la novela, solo el jefe de distrito y el alcalde lo hacen respondiendo a sus nombres históricos.

Asimismo, nunca existió un indio masuriano como Artur Radelwski y si bien Masuria abunda en lagos y pantanos, el lago pequeño y el infranqueable pantano del Kaubuk en el bosque de Markowsken (que hoy en día se llama Markowskie) solo existen en mi fantasía. Lo que no es válido para el cementerio de los soldados que todavía hoy se encuentra junto a la carretera nacional en Markowskie.

También son ciertos los hechos históricos, es verdad que Marggrabowa cambió su nombre por Treuburg ya en 1928, antes de la ola de germanización nazi. Fundamentados también son el resentimiento antipolaco y antialemán en ambas partes de la frontera de Prusia Oriental. Y por desgracia también es verdad que los masurianos, que desde 1920 solo estaban unidos al Reich alemán por una vía de tránsito que circulaba por Polonia, el llamado Corredor polaco, se sentían abandonados por el Reich y sus gobiernos y ya en la primavera de 1932

aclamaban como si fuera su salvador a Adolf Hitler. Al hombre que se convertiría en el sepulturero de su cultura.

También están históricamente documentados los acontecimientos descritos en la novela del 20 de julio de 1932 en la jefatura de policía de Berlín, el arresto del jefe socialdemócrata de policía, Grzesinski, y toda la cúpula de la policía berlinesa. Si el gobierno reaccionario del Reich no hubiera eliminado la democracia prusiana y la Policía de Berlín, los nazis no habrían tomado el poder tan fácilmente.

La acción de esta novela se desarrolla en gran parte en un mundo ya extinto. La vieja Masuria, en la que las culturas polacas y alemanas coincidían con otras culturas produciéndose una fructífera simbiosis, se pulverizó entre las muelas de molino del nacionalismo, entre la germanización y la polonización. La cultura multiétnica de Masuria, que habría podido ser un puente entre los alemanes y los polacos, no tenía sitio, lamentablemente, en un mundo entregado al delirio nacionalista.

Volker Kutscher,
abril de 2012

Una nueva entrega de Babylon Berlin, la saga del detective Gereon Rath ambientada en el Berlín de los años treinta.



Berlín, año 1932: Un hombre es hallado muerto en el ascensor de servicio del Fatherland House, el legendario palacio de la Potsdamer Platz. Este asesinato parece tener algo en común con una serie de muertes, cuyo rastro llevan al inspector Gereon Rath hacia la zona este del país.

Mientras que su gran amor, Charly, se introduce encubierta como asistente de cocina en Fatherland House, Rath sigue investigando hasta llegar a Masuria, una pequeña ciudad cerca de la frontera con Polonia. Cuando el detective amenaza peligrosamente con descubrir un antiguo secreto, la resistencia contra él se endurece. Mientras tanto, en Berlín, las luchas callejeras entre nazis y comunistas se intensifican y la ciudad se convierte en un hervidero de muertes y traiciones.

La crítica ha dicho:

«Un nuevo detective literario para el Berlín prenazi.»

El País

«La ambientación es ciertamente admirable y la historia está muy bien estructurada.»

Culturamas

Volker Kutscher es historiador de formación, especializado en el Berlín de los años veinte y treinta del siglo xx. Es periodista y escritor de ficción. *Sombras sobre Berlín* es su primera novela con el detective Rath como protagonista.

Título original: *Die Akte Vaterland*

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2012, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG., Colonia, Alemania

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Susana Andrés, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Samuel Gómez

Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6544-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El expediente Vaterland

Prólogo, 11 de julio de 1920

Primera parte. Berlín. Desde el 2 de julio hasta el 6 de julio de 1932

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Segunda parte. Masuria. Desde el 7 de julio hasta el 13 de julio de
1932

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Tercera parte. Prusia. Desde el 18 de julio hasta el 6 de agosto de
1932

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Capítulo 96

Capítulo 97

Capítulo 98

Capítulo 99

Capítulo 100

Epílogo. Lunes, 30 de abril de 1945

Nota final del autor

Sobre este libro

Sobre Volker Kutscher

Créditos